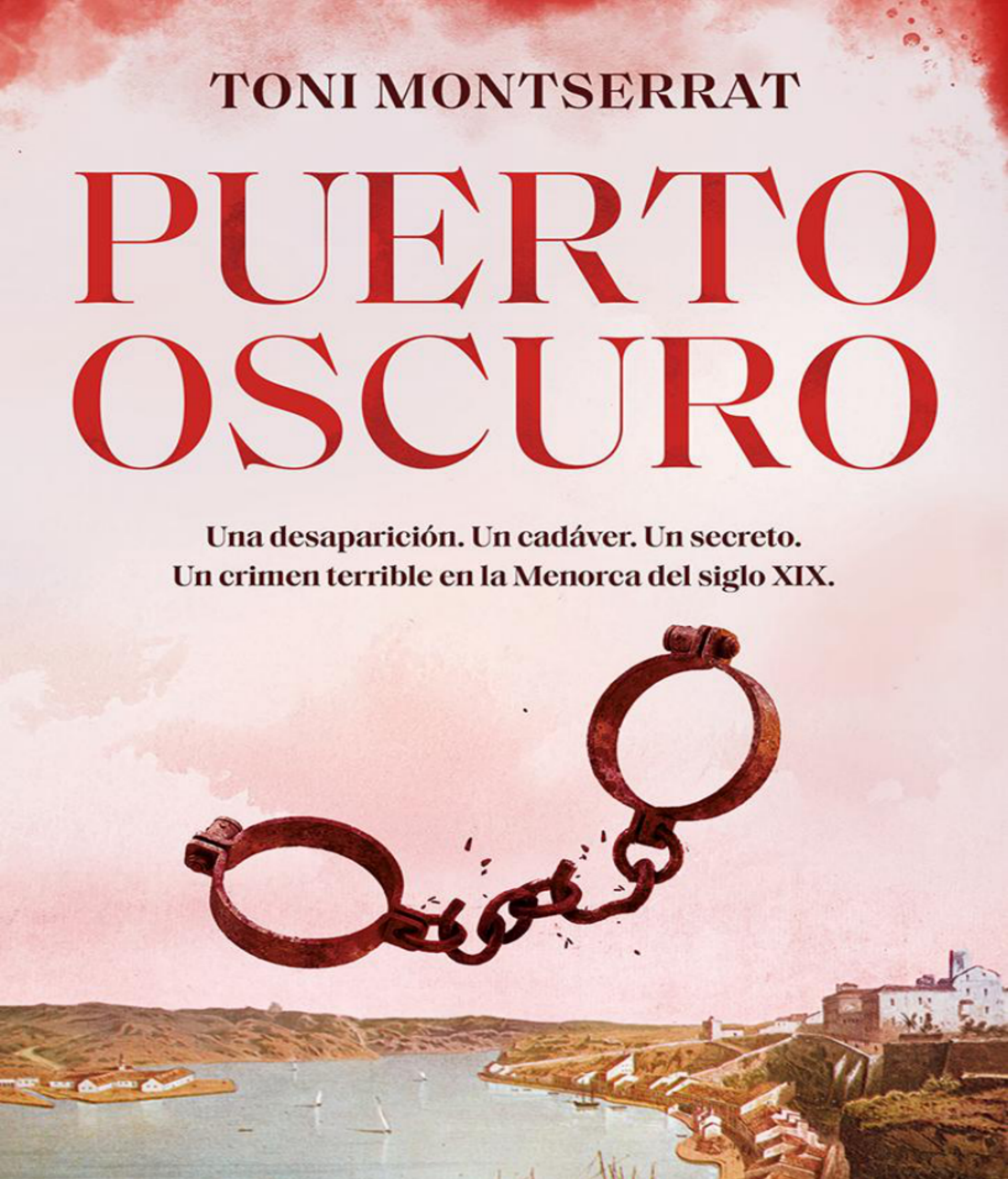

TONI MONTSERRAT
PUERTO OSCURO
Una desaparición. Un cadáver. Un secreto.
Un crimen terrible en la Menorca del siglo XIX.
PLAZA JANÉS

TONI MONTSERRAT

PUERTO OSCURO

PLAZA JANÉS

Para Enrique García Garrigós, Óscar Ferrer «Platé»,
Ricardo Reina Escandell, Javier José Pin Pardo
y, por supuesto, Álvaro Cerdà Montero.
In memoriam

Nota al contenido

Esta obra incluye numerosos personajes históricos que vivieron en Menorca en el momento en que transcurren los hechos narrados (julio de 1866). Sin embargo, todo cuanto aquí se incluye debe entenderse como lo que es: pura ficción. Cualquier similitud con acontecimientos verdaderos o con la caracterización de los personajes —más allá de lo señalado en la nota final del autor— es pura coincidencia.

Dramatis personae

Nuestros protagonistas:

- Marc Guasch: investigador del Cuerpo de Investigación del Crimen.
- Lucía Lequerica: esposa de Marc Guasch, de origen bilbaíno, y estudiante de medicina en la Academia de París.
- Toni Riera: subinspector de la policía de Ibiza y ayudante de Marc Guasch.
- Toni Petit: hijo adoptivo de Toni Riera. De origen mallorquín.

Los menorquines y su entorno:

- Andreu Orfila: amigo de la infancia de Marc Guasch y su anfitrión en Maó.
- Sara Orfila: hermana de Andreu, viuda y madre de dos hijos.
- Lissie Wright: hija de Sara.
- Agustín Sevilla y Manero*: subgobernador civil de la isla de Menorca.
- Teodoro Ládico*: vicecónsul de Estados Unidos en Maó.
- Francisco Vinent*: comerciante y anfitrión de Carlos María de Campos.
- Guillermo Forbes*: profesor de inglés de Andreu.
- Francisco Tudurí de la Torre*: líder masón y anglicano menorquín.
- Cesáreo Santos*: carcelero.
- Olives: niño de la calle, muy espabilado.
- Ruc Mesquida: niño, lugarteniente de Olives en alguna de sus aventuras.
- Miquel Mesquida: campesino, padre de Ruc Mesquida y de otros dos hijos.
- Santiago Sintes: comercial de La Industria Mahonesa e hijo de Mariano.
- Mariano Sintes*: padre de Santiago y accionista de La Industria Mahonesa.
- Joan Fábregas**: tipógrafo de la imprenta de *El Diario de Menorca*.
- Julian Ticoulat*: dentista.
- Josep Font: doctor ilustrado menorquín.
- Policarpo Trinidad**: propietario de una taberna en Es Barrio.
- Clotilde Mestre Cerdà (La Ramona): prostituta, conocida de Toni Petit.
- García: empleado en la barra de una taberna en el Moll de Llevant.
- Guida: gobernanta de la casa de una acomodada familia menorquina.

Los gaditano-madrileños:

- CARLOS MARÍA DE CAMPOS Y FERNÁNDEZ DE CÓRDOBA: hijastro de Carlos Marfori.
- CARLOS MARFORI Y CALLEJAS*: favorito de la reina Isabel II y padrastro de Carlos María.
- EL MANDÍBULAS: guardaespaldas de Marfori, llamado así por su mandíbula prominente.
- EL CERAS: guardaespaldas de Marfori de pelo repeinado y muy encerado.

Los guardias civiles y militares:

- SALVADOR LECHUGA Y LECHUGA*: teniente coronel del regimiento de infantería de América nº 14 y oficial de guardia.
- MIQUEL FEBRER: capitán menorquín de la Guardia Civil.
- FULGENCIO PARRA: cabo guijuelense de la Guardia Civil.

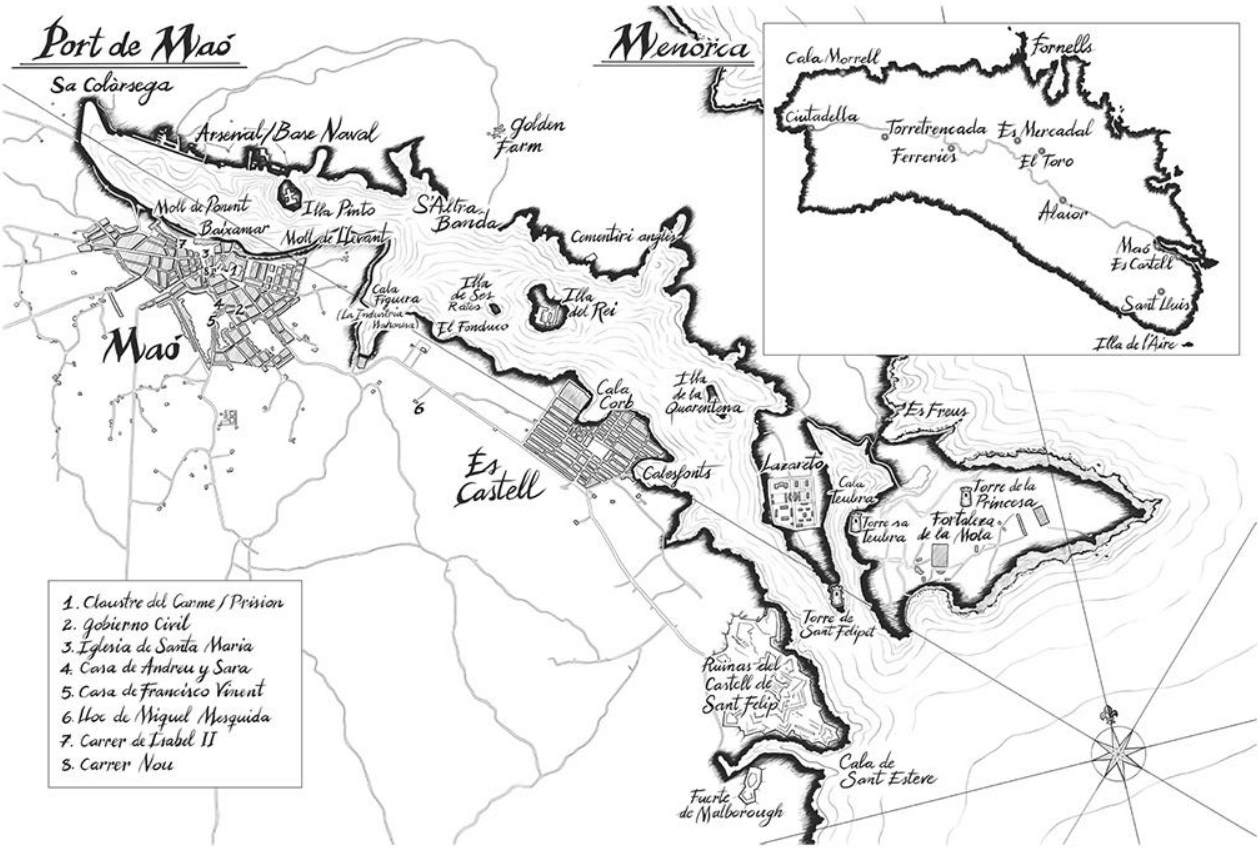
Los ibicencos y su entorno:

- JOAN RIERA RIERA: hermano de Toni Riera.
- DOLORS: esposa menorquina de Joan Riera.
- PEP RAMÓN: amigo de Joan Riera.
- FRANCINA FERRAGUT: amiga de Joan Riera.

Los estadounidenses:

- THOMAS HENDERSON EASTMAN*: comandante del USS Constitution.
- JOHN HARPER: sargento estadounidense, colabora con Guasch.
- PATRICK O'BRIEN: marine de origen irlandés.
- JAMES S. WILLIAMSON: marine y antiguo esclavo negro.
- SAMUEL BROWN: marine, antiguo esclavo negro, compañero de Williamson.
- JAUME MASCARÓ: violinista menorquín enrolado en el USS Constitution.

/*: Ver significado en la nota del autor, al final de la novela.
Nota: Al final de la novela se incluye un glosario con todos los términos o frases en menorquín.


Port de Maó
Sa Colàrsega
Arsenal/Base Naval
Golden Farm
Illa Pinto
Moll de Pount
Baixamar
Moll de Llevant
S'Altra Banda
Cementiri anglès
Cala Figuera
(La Industria Mahonesa)
Illa de Ses Rates
El Fonduco
Illa del Rei
Maó
6
Cala Corb
Illa de la Quarentena
Es Castell
Calesfonts
Lazareto
Cala Teulera
Torre sa Teulera
Torre de la Princesa
Fortalesa de la Mola
Es Freus
Torre de Sant Felipet
Ruinas del Castell de Sant Felip
Cala de Sant Esteve
Fuerte de Malborough
Menorca
Cala Morrell
Fornells
Ciutadella
Torretrencada
Ferreries
Es Mercadal
El Toro
Alaior
Maó
Es Castell
Sant Lluís
Illa de l'Aire
1. Claustre del Carme / Prision
2. Gobierno Civil
3. Iglesia de Santa Maria
4. Casa de Andreu y Sara
5. Casa de Francisco Vinent
6. Lloc de Miquel Mesquida
7. Carrer de Isabel II
8. Carrer Nou

Prólogo

Toque de difuntos

El tañido de una campana lejana emergió entre la niebla densa que le embotaba los sentidos y le oprimía el corazón. Unas imágenes difusas desfilaron por su mente en una procesión que resucitaba miedos olvidados y componía una pesadilla macabra.

La oscuridad habría sido absoluta de no ser por una constelación de destellos que, sin orden ni concierto, iluminaba sus retinas. En un hilo de consciencia, el primero en lo que parecía una eternidad, comprendió que tenía los párpados cerrados. Los abrió, pero al hacerlo descubrió que la capa de brillos continuaba titilando sobre aquel lienzo fúnebre.

¿Qué sucedía? ¿Acaso era noche cerrada?

La certeza de que algo iba tremendamente mal tomó forma en su cerebro abotargado.

Se encontraba en un lugar cerrado y estrecho. Estaba echado de costado, y al intentar moverse lo alcanzó una sucesión de dolores que, como dentelladas rabiosas, emergían desde cada rincón de su cuerpo.

Aquel tormento terminó de despejarlo y temió que esa explosión de lucidez fuese un error fatal, quizá el último de la larga serie de errores fatales que había cometido en su vida. Sentía su sangre batiendo con fuerza en la sien y lamentó haberse espabilado. Movió los ojos, sin lograr ver más allá de esa especie de venda negra que le cegaba la vista y le nublaba el entendimiento. Quiso chillar para pedir auxilio y liberar el miedo que lo devoraba, pero la lengua adormecida se lo impidió.

Respiró con fuerza de forma entrecortada.

El ambiente era húmedo y denso, enrarecido por un hedor a orina rancia que se mezclaba con otro aún peor, a putrefacción. Como si yaciera junto al cuerpo de un animal en descomposición.

¿Era ese su propio olor?

Trató de incorporarse, pero una nueva oleada de punzadas dolorosas se propagó desde las costillas por sus articulaciones hasta hacerle sentir que la cabeza le estallaba en mil fragmentos. Recordó en una bruma espesa el frío de una hoja metálica penetrando en su carne y algo compacto que percutía una y otra vez contra su rostro y su cuerpo, entre crujidos y salpicaduras de un líquido viscoso.

Vísceras y sangre.

Sus vísceras.

Su sangre.

Apretó los dientes y trató de absorber aquella nueva oleada de latigazos y entre jadeos y espasmos intentó mover los brazos para enderezarse. Fue en vano. Los tenía adormecidos y atados con firmeza a la espalda.

También las piernas.

Sintió ganas de llorar.

Y lloró.

De rabia e impotencia, de un modo quedo, como jamás lo había hecho, ni de niño, ni en las situaciones más extremas que había vivido, que no eran pocas. Sintió las lágrimas calientes brotar de sus lagrimales y cruzarle el rostro hasta empapar la mejilla que reposaba contra el pavimento pedregoso.

Un nuevo tañido seguido de una breve pausa y de dos toques graves le hicieron regresar a su opresiva realidad. Advirtió que era capaz de mover los dedos de las manos, pero que no le era posible llegar hasta el cordaje que lo aprisionaba.

Era poco más que un fardo inútil.

Una lluvia de tierra impactó contra su cara. Afinó el oído. Oyó unos chasquidos rítmicos, leves, casi imperceptibles. Justo al otro lado del muro que le comprimía la espalda. Gimió con fuerza y se concentró hasta escuchar con claridad el sonido intermitente de un objeto duro que arañaba una superficie áspera.

Pero había algo más: una resonancia viva, un murmullo demasiado parecido a una voz humana como para no serlo. Grave. Sosegada. Cercana. Empezó a gemir y a mover la cabeza con furor adelante y atrás, golpeando la frente y la nuca contra las piedras que lo confinaban.

Quedó aturdido y tardó un tiempo en recuperarse.

Era imposible que no hubiesen oído los golpes ahí fuera.

Otro repique de campanas, lejano y melancólico, rasgó la niebla de su mente y en un fogonazo de comprensión supo que tocaban a difuntos: anunciaban que un muerto iba a ser enterrado según los ritos de la tierra. Un privilegio que a él le negaban aquellos que al otro lado del muro seguían con su trabajo perverso.

Estaba maniatado, a oscuras, abandonado a su suerte en esa cripta, sin agua, sin alimento, sin esperanza.

Enterrado en vida.

Probó a gritar otra vez, pero, de nuevo, se atragantó.

Se preguntó cuánto tardaría en exhalar el último aliento.

Se dijo que la muerte siempre llega demasiado pronto, que él no quería morir.

Todavía no.

Pero si aquella era la realidad cruel que le tocaba en suerte, el final que le brindaba su destino traicionero, encontraría el modo de acortar

el camino, de recorrer los últimos pasos a su manera y disfrutar de un último resquicio de libertad.

No se veía con fuerzas de prolongar una agonía que intuía infinita.

Se agitó sin moverse.

Aulló sin alzar la voz.

Y tomó una decisión.

PRIMERA PARTE

1

De camino

El subinspector Toni Riera sintió que el zarandeo de la caravana le molía los huesos. Estaba cansado y no se podía dormir; molesto y no se podía acomodar; acalorado y no se podía refrescar, pero, por encima de todo, estaba hambriento y no se podía alimentar. Hacía tiempo que había dado cuenta de la última *panada* adquirida en Ciutat y ahora notaba, con un malhumor creciente, cómo su estómago exigía un bocado con rugidos felinos.

El periplo había comenzado la mañana del día anterior, cuando él y Toni Petit, su recién adoptado hijo mallorquín de diez años, embarcaron de manera precipitada en Vila, la capital de Ibiza, en un pailebote con destino a Palma. Ahora, con el sol de mediados de aquel tórrido mes de julio escapando a su espalda, regalándoles una breve tregua, cruzaban la isla de Mallorca en una diligencia de línea por la carretera que unía la capital balear con la bahía de Alcudia.

A su izquierda quedaba la escarpada y majestuosa Serra de Tramuntana.

Los estoicos viajeros realizaban la ruta sentados en dos incómodos bancos de madera que los enfrentaban unos a otros en aquel trayecto interminable.

Al menos para él.

Riera estaba deseoso de alcanzar cuanto antes la costa de Levante y embarcarse en la primera nave que los acercara hasta Menorca, su destino final.

—*Olla esperada, mai bull…* —mascculló.

—¿Cómo dice? —preguntó el seminarista de voz serena que se sentaba a su derecha.

—Digo que parece que no vamos a llegar nunca.

—¿Tiene prisa?

—¿No se nota?

Se le estaba agriando el humor, pero el conato de sacerdote no tenía la culpa y no merecía respuestas impertinentes como esa.

—Encuentro el viaje muy largo —matizó, obligándose a calmar el tono—, eso es todo.

—Ya no queda mucho —intervino Santiago Sintes, el joven y amable menorquín que ocupaba el extremo opuesto de su misma

bancada.

El muchacho, de espíritu jovial y porte refinado, no apartaba los ojos de la cordillera que a lo lejos desfilaba junto a ellos. Según él mismo había explicado, trabajaba como representante de una gran fábrica de tejidos mahonesa y regresaba a su hogar después de, había añadido sonriente, «unas provechosas jornadas en Mallorca». Su juventud y buen talante lo hacían inmune a las incomodidades del viaje y al hecho de llevar las piernas de Toni Petit apoyadas en el regazo.

El pequeño logró estirarse y dormir con la evidente desaprobación de las dos mujeres instaladas en el banco frontal, a quienes acompañaban el que a todas luces era su progenitor, un anciano de coronilla pelada y cabellera lateral plateada de expresión avinagrada, y un mocoso de orejas prominentes, cara granuda y dientes amarillos, el poco agraciado hijo que alguna de aquellas féminas había engendrado con Lucifer. Riera no recordaba haberse cruzado nunca con una criatura tan fea. Las mujeres, que vestían recatados jubones negros y se cubrían la cabeza con los tradicionales *rebosillos* mallorquines, habían dejado de refrescarse con sus abanicos de nácar y se habían aferrado a sus pertenencias cuando Riera anunció su origen ibicenco. Pusieron cara de espanto de una manera tan espontánea como en apariencia sincera.

Riera acarició la cabecita pelirroja que reposaba en sus muslos, una parte del cuerpo que en aquel momento apenas sentía. Ojalá él también pudiera dormirse y despertar en Menorca.

—Ya veo las murallas de Alcudia —anunció Sintes.

—¡Eso es imposible! —replicó el viejo, áspero—. Estamos lejos. Y además, empieza a anochecer y no se ve tres en un burro.

—En serio le digo que…

—¡Y yo le repito que no!

El menorquín cruzó una mirada con Riera, que enarcó una ceja ante el tono hosco de aquel carcamal de pelaje imposible. ¿Cómo podía alguien ser calvo y al mismo tiempo lucir semejante cortinilla de pelo?

—Por supuesto, caballero —concedió el joven—, debo de haberme confundido.

Traquetearon unos instantes en silencio y Riera sintió un dolor punzante en una muela que le hizo gemir. Hacía varios días que le atacaba a traición, con contundencia y sin compasión.

Se llevó la mano a la cara y blasfemó por lo bajo sin que el seminarista se percatara.

El resto no advirtió su tormento.

—¿Ha estado antes en Menorca? —inquirió Santiago Sintes, cordial.

—No, nunca.

—¿Y qué le lleva a visitarla a estas alturas?

Riera, que no tenía intención de confesar el motivo que les había obligado a emprender aquel viaje, se preguntó si con aquello se referiría a ese momento concreto del verano o a su edad, que ya rebasaba los cuarenta. Tanto daba. Tomó aire y lo expulsó despacio mientras rememoraba la locura desatada la mañana del día anterior durante su habitual charla con Miquel Guevara en la fonda que este regentaba en el puerto de Vila, cuando el hijo de un amigo que sabía enrolado en una goleta valenciana apareció a la carrera y se abalanzó sobre él.

—¡Toni Riera! —gritó entre jadeos—. ¡Por fin lo encuentro, señor! ¡Tengo nuevas de su hermano!

Riera emitió un balbuceo vacilante.

—¿Có… cómo…?

El chaval le explicó atropelladamente que en su última parada en el puerto de Maó se enteró de que Joan, su hermano menor, había sido detenido y encarcelado días atrás acusado de la desaparición de un hombre.

Riera tardó en asimilar el mensaje y aún más en reaccionar.

—¿Por qué? ¿Lo ha matado? —El chico se encogió de hombros y Riera se repitió que no podía ser—. Te confundes, es imposible que sea él porque…

—Joan Riera Riera. Ibicenco. *Mestre d'aixa*.

Maldición.

Por mucho que se negara a admitirlo, en Menorca no habría muchos ibicencos con idéntico nombre que su hermano trabajando de carpinteros de ribera.

—¿Quién es el desaparecido?

El muchacho hizo una mueca. Tampoco lo sabía. Le formuló todas las preguntas que se le pasaron por la cabeza, pero el otro no tenía más respuestas que brindarle.

Cierto que Joan fue siempre un tarambana, desde su infancia y juventud, todo el tiempo que habían convivido, pero Riera no alcanzaba a entender cómo podía ahora verse involucrado en algo en apariencia tan grave un tipo que residía y trabajaba en Maó desde hacía más de una década sin haber causado, por cuanto sabía, ningún problema. Desde su marcha, la comunicación entre ambos fue menguando y desconocía en detalle su vida desde el día en que, impulsado por la necesidad de saberse sin herencia ni futuro, decidió emigrar de Ibiza.

Tenía claro que iría en su ayuda para sacarle las castañas del fuego.

Como antaño.

Como siempre.

Sentía que se lo debía, y pocas cosas empujan más al ser humano que el sentimiento de culpa.

Organizó el viaje con celeridad. Tuvo que buscar alternativas al vapor de línea, el Rey don Jaime I, más rápido y cómodo, pero que no zarpaba hacia Mallorca hasta el miércoles siguiente. El comercio directo y el trasiego de naves entre Ibiza y Menorca era prácticamente inexistente, por lo que no tuvo más remedio que embarcarse en un velero que, para su fortuna, partía rumbo a Palma aquella misma mañana. Una vez allí ya daría con el modo más rápido de llegar a Maó.

El mayor escollo, sin embargo, no fue resolver el asunto del transporte, sino superar la rotunda negativa de su mujer a quedarse «al cuidado de este sinvergüenza mallorquín que has traído a casa sin mi aprobación». Su esposa aderezó la frase con un vigoroso portazo. No le costó comprender que su postura era inflexible y no tuvo más remedio que, para evitar un cisma familiar, acceder a llevárselo con él.

Toni Petit era un pequeño pelirrojo, embaucador, travieso y listo como el hambre. No había congeniado con su esposa, que no lograba meterlo en vereda y lo consideraba un salvaje y la peor influencia para su hijo de apenas tres años que, muy a su pesar, bebía los vientos por el recién llegado y lo seguía a todas partes cual perrillo faldero.

Riera se planteó en un primer momento que Toni Petit le acompañara hasta Palma y dejarlo al cuidado de algún conocido, pero el crío se negó en redondo alegando que formaban un buen equipo, que necesitaban trabajar juntos y que no podía abandonarlo allí otra vez. Al final, Riera se autoconvenció de que lo de Maó sería un malentendido de rápida solución y no supo negarse a las presiones de un niño por el que sentía, no se engañaba, una evidente debilidad.

Cuando escuchó un carraspeo postizo, comprendió que estaba ensimismado y que el seminarista seguía a la espera de una respuesta. Tirando de evasivas, se la brindó:

—Voy a Menorca bueno… hum… a visitar a un familiar.

—Con su hijo —añadió Sintes.

—Así es.

—¡Pues no se asemejan en nada! —gruñó una de las víboras.

—Usted, en cambio, no puede negar descender de su señor padre —soltó Riera antes de señalar al crío orejudo—, o que este engendr… esta criatura es su digno vástago.

—¡Se equivoca! ¡Es hijo de mi hermana!

El granuloso hijo del diablo bizqueó y le sacó una lengua blancuzca salpicada de puntos rojos. Riera tuvo que controlarse para no pinzarla con los dedos y tirar de ella con fuerza. En lugar de eso, alegó:

—Sin duda, están las dos al mismo nivel de gracia y belleza, señora.

Unos toques en la ventanilla delantera interrumpieron la conversación. Mejor, porque, espoleado por el dolor de muelas, se

estaba empezando a calentar y la cosa podía acabar mal.

—*Arribem a Alcúdia!* —gritó el cochero desde el pescante.

—¡Y dale! —bramó el cascarrabias alzando un puño desafiante—. ¡Que es imposible!

—¿Qué le sucede? —terció Riera—. ¡Acaso no desea usted regresar a casa!

—¿Por qué dice esa majadería?

Se disponía a replicar aquella insolencia cuando sintió que se aligeraba el peso que se apoyaba en sus piernas. Toni Petit se incorporó y se aclaró la voz adormilada.

—¿No quiere dormir esta noche en la caravana, abuelo? —espetó—. ¡El orejudo este de los granos parece morirse de ganas!

Las mujeres desencajaron las mandíbulas, Santiago Sintes contuvo una carcajada y Riera sufrió un aparatoso ataque de tos.

La caravana accedió a la ciudad fortificada por la Porta de Mallorca y se adentró en sus calles mientras la noche empezaba a extender como un susurro su manto de tinieblas. Alcudia, poseedora de una espléndida muralla medieval, era, junto con Palma, la única población mallorquina ubicada cerca de la costa y que, por tanto, había vivido con el miedo constante a sufrir ataques piratas.

Se detuvieron frente a la iglesia de Sant Jaume cuando la tensión entre los viajeros llegaba a su momento más álgido. Bajaron agarrotados, se despidieron a media voz y se adentraron con presteza en las sombras para evitar males mayores. El joven mahonés asumió con gusto el papel de cicerone en esas tierras para ellos ignotas y les informó de que por esas fechas les resultaría sencillo encontrar alojamiento en su fonda, cerca de la Porta de Xara.

No se equivocó.

El bochorno de aquel verano cruel persistía incluso después de la caída del sol. Pese a ello, las calles mostraban un gran alboroto. Los pescadores regresaban del puerto con aspecto cansado y se detenían en las tabernas para refrescarse con vino agrio; los mercaderes y arrieros descargaban fardos en la plaza mientras cerraban cuentas bajo la luz de los faroles; un grupo de muchachos descalzos jugaba a perseguirse unos a otros, ajenos al calor y al cansancio de los adultos.

Dejaron sus bártulos en la habitación asignada, tomaron asiento en una mesa arrinconada en el concurrido y bullicioso comedor de la fonda y dieron buena cuenta de unas viandas frías y grasosas que, sin embargo, les supieron a gloria. Santiago Sintes explicó que el tráfico marítimo entre las islas de Mallorca y Menorca era constante y fluido, no solo con la más cercana Ciutadella, sino también, aunque con menor frecuencia, con el esplendoroso puerto de Maó, en la costa de levante. A primera hora de la mañana zarpaba rumbo a la capital el

llaüt, en el que el joven menorquín iba a embarcar.

—Es el modo más rápido para llegar a Mô.

—¿Qué es Mô? —preguntó Toni Petit con la boca llena.

El joven sonrió.

—Los menorquines llamamos así a Maó —aclaró, exagerando la vocalización, mientras se servía más vino de la tierra—. ¿Han visto alguna vez un mapa de Menorca?

El crío negó con la cabeza y miró a Riera, que imitó el gesto recordando aquello de que es mejor pasar por estúpido en una única ocasión que hacer el ridículo toda la vida.

El menorquín apartó el plato y mojó el dedo en la copa.

—La isla tiene esta silueta —explicó, deslizando la yema en el tablero y dibujando una forma de riñón en la que marcó varios puntos —. Mô está aquí, a levante, y Ciutadella queda en el extremo opuesto, a poniente. En medio de ambas hay otras poblaciones, como Lô, Es Mercadal o Ferreries, y nosotros —señaló con el dedo el tablero más allá de la costa menorquina— nos encontramos ahora aquí.

—¿Lô es como Mô y significa Laó? —preguntó Toni Petit.

Santiago Sintes soltó una carcajada.

—Bien pensado, pero no. Es Alaior.

Riera sintió una nueva punzada de dolor que le hizo llevarse la mano a la cara. El período de gracia que le concedía muela había terminado. Los ataques se producían cada vez con mayor frecuencia. Se le humedecieron los ojos.

—¿Se encuentra bien? —se interesó Sintes.

—Podría estar mucho mejor. Espero que haya algún sacamuelas en Maó.

El joven asintió.

—Si no se ha marchado ya de la isla, hay un cirujano dentista del que todo el mundo habla bien. Se lo recomiendo sin ninguna duda.

—Pues tendré que hacerle una visita.

Riera rellenó su copa hasta arriba y la bebió de un único trago, convencido de que la mejor sedación era el vino. Se sirvió otra copa más, que apuró de nuevo al instante.

—¿Es muy grande Menorca? —se interesó Toni Petit.

—Algo más que Ibiza, pero mucho menos que Mallorca.

Se quedaron ensimismados viendo cómo iba evaporándose el dibujo líquido.

—Tardaremos bastante en llegar, ¿verdad? —preguntó Riera sin ocultar su impaciencia.

—Por mi experiencia, y siempre dependiendo de los vientos y del estado del mar, diría que la mitad de lo que suele emplearse en navegar de Vila a Ciutat de Mallorca.

Toni Petit resopló, sacó un abanico de nácar de su pequeña bolsa de

viaje y comenzó a ventilarse con vigor. Riera ahogó una exclamación y barrió el comedor con la vista.

—¿Se puede saber de dónde has sacado eso? —musitó.

—¿Usted qué cree?

—¡Que se lo has robado a una de las mujeres de la caravana!

—Si ya lo sabe, ¿para qué pregunta?

—¡No seas impertinente, que ahora soy tu padre!

Riera miró avergonzado al menorquín mientras Toni Petit componía una sonrisa de querubín.

—Solo lo he cogido prestado para hacerlas rabiar un poco.

—¿Prestado? ¡Ja! ¿Y cuándo piensas devolverlo?

—Venga ya… ¡Se lo merecían!

Sintes rellenó su copa, la alzó para brindar y le dio un largo trago hasta apurarla.

—En eso hay que darle la razón a Toni Petit —dijo con los ojos enrojecidos—. ¡Han sido muy maleducados con nosotros!

—No entiendo por qué al presentarme han reaccionado tan mal —lamentó Riera.

—Imagino que no están al corriente de lo de la Albufera…

—¿Qué es eso? —se interesó el crío.

—Una laguna de agua salobre de la zona de Alcudia que están desecando desde hace un tiempo. La cuestión es que un grupo de jornaleros ibicencos ha dejado el trabajo en la obra para dedicarse a otros menesteres menos lícitos…

—Sorpréndame —gruñó Riera.

—Asaltan transeúntes por Selva y Lluc al grito de «el dinero o la vida».

Riera arqueó las cejas.

—¿Quiere decir que esos cretinos me han confundido con un bandolero a mí, que soy agente de la autoridad? ¡Pero si además me acompaña un niño!

—Les ha bastado con oír que venían de Ibiza.

Riera se llevó otro pedazo de empanada a la boca y refunfuñó un poco más.

—¿Hay muchos ibicencos en Menorca? —preguntó.

—Muchos no, pero sí bastantes. La mayoría viven en Es Castell y trabajan en la construcción de la fortaleza de la Mola. Los hay que se desempeñan de peones en las canteras que suministran piedra a la fortificación. Suelen ser personas de origen humilde con funciones, digamos, sencillas.

—¿Decentes?

—Si se refiere a si tenemos forajidos al estilo de los de Mallorca, ya le digo yo que no. Nuestra isla es tranquila, ¿sabe? El menorquín es de naturaleza pacífica y respetuosa, de fácil convivencia, y las gentes que

vienen a nuestra tierra acostumbran también a serlo. Por cierto, ¿dónde vive su familiar? ¿A qué se dedica?

La pregunta cogió desprevenido a Riera, que, después de valorarlo, consideró que no tenía nada que temer y que podía sincerarse con aquel joven de buen talante y mejor predisposición. Quizá podría incluso obtener alguna información útil.

—¿Ha escuchado algo acerca de una desaparición?

—¿Qué? —Sintes puso cara de no comprender—. ¿Dónde?

—En Maó, hace poco. No sé mucho más.

—Llevo un par de semanas fuera de la isla. Antes de ausentarme no había sucedido nada de interés. En cualquier caso, me extraña que haya desaparecido alguien en Menorca, salvo que se trate de un accidente o de un malentendido.

—Lo dice como si allí nunca pasara nada —observó Toni Petit.

El joven lo miró con curiosidad, seguramente sorprendido de que un mozalbete que solo elevaba unos palmos del suelo prestara atención, comprendiera e incluso interviniera con buen criterio en una conversación de adultos. Riera rio por lo bajo. Todavía no había visto nada.

—Eso es justo lo que quiero decir.

—Ibiza es diferente. —Riera se inclinó sobre la mesa y bajó el tono de voz—. Voy a visitar a mi hermano. Se llama Joan, es *mestre d'aixa* y ha sido detenido a resultas de esa desaparición. Por desgracia, no sé nada más. Queremos averiguar qué ha ocurrido y ayudarle.

Sintes adoptó una expresión grave mientras pasaba la vista de Toni Petit a Riera. Entonces asintió lentamente y pareció tomar una decisión.

—Pasaré unas semanas en Mô antes de partir de nuevo. Estaré ocupado preparando la junta anual de accionistas de la empresa, pero, si puedo serles de ayuda, no duden en pedírmelo. Estoy a su disposición.

Riera se emocionó, como siempre que alguien le brindaba ayuda desinteresada y, con los ojos húmedos, elevó la mano y al mismo tiempo la voz.

—¡Brindemos pues! —Se levantó—. ¡Posadero, si no trae otra jarra de vino le juro por la Virgen Santísima que llamo a los guardias y le cierro el garito!

El horizonte empezaba a clarear cuando la tripulación del Virgen Dolorosa levaba el ancla de la arenosa bahía de Alcudia. Una neblina ligera les envolvía con su abrazo invisible.

Después de despedirse de Sintes hasta la mañana siguiente, Riera y Toni Petit se dirigieron a sus aposentos para descansar. Escuchó la respiración profunda y acompasada del crío al poco de tumbarse en el

jergón, mientras Riera era presa de pensamientos funestos, recuerdos de situaciones vividas con su hermano y la incertidumbre de qué iba a pasar.

Pensó en Guasch y en cuánto le gustaría contar con él, con su mente estructurada y sus tablas. Lamentó tener que enfrentarse él solo a este lance. Rememoró el día en que lo conoció, un par de años atrás, en el *porxo* de la casa parroquial de la iglesia de Sant Jordi, en su querida y ahora lejana isla de Ibiza; revivió como si fuera hoy su figura alta, la ropa elegante, su educación exquisita y esa manera de desenvolverse, natural y segura, más propia de un aristócrata que de un policía, siempre dispuesto a dialogar y convencer antes que a pelear o imponer. Habían colaborado en dos investigaciones difíciles que habían marcado sus vidas para siempre y habían iniciado una relación de amistad sincera entre dos personas provenientes, con algún matiz, de realidades opuestas.

Suspiró.

Ni el cansancio acumulado por el viaje, la generosa ingesta de vino durante la cena o la tregua que le concedía aquella muela maldita lograron doblegar una aflicción que lo mantuvo en vela durante varias horas. Finalmente, sin que pudiera evitarlo, las imágenes difusas que poblaban su mente adquirieron vida propia y zarparon hacia el océano de rutas imposibles que forman el mundo de los sueños.

Unos golpes en la puerta le trajeron de vuelta a la realidad. Al abrir descubrió el rostro casi imberbe de Santiago Sintes iluminado por la tímida llama de un candil.

—Debemos embarcar ya.

Y así lo hicieron, mientras una oscuridad rotunda abrazaba todavía el firmamento estrellado que se extendía sobre sus cabezas. La temperatura era agradable y el viento sibilante henchía las velas e impulsaba la nave entre suaves crujidos de madera y el aroma espumoso del mar. La tripulación, menorquina en su totalidad, se desenvolvía con soltura en cubierta, envuelta en la euforia que confiere el saberse de regreso al hogar.

Sintes señaló un entrante montañoso que en dirección norte se hundía en el mar.

—Formentor —anunció.

Un pestañeo luminoso atravesó la bruma y se derramó hacia ellos desde lo alto del peñasco.

—¡Un faro! —exclamó Toni Petit, que, subido sobre un peldaño y agarrado al pasamanos de babor, no perdía detalle de aquella odisea apasionante—. ¡Me encantan los faros!

—Este lo acabaron hace poco. Un amigo de Mô colaboró en su construcción. ¡Eran más de doscientos trabajadores! El obispo Salvá promulgó una dispensa para que los obreros pudieran trabajar los

domingos y dispuso un altar en la montaña para celebrar misa los festivos. ¡Trabajaban como animales!

El niño asintió sin apartar la mirada del lejano coloso de roca.

—¿Cómo subían las piedras hasta allí arriba? —preguntó.

—Sé que las canteras estaban en Sa Pobla, que transportaban las rocas en carro hasta Alcúdia y que, si las condiciones del mar lo permitían, las llevaban en barca hasta Les Moles para alzarlas con un cabrestante que manejaban cuarenta hombres.

Toni Petit emitió un silbido, bajó del escalón de un brinco y, dando pequeños saltitos, se aproximó a dos marineros que tensaban un cabo y a los que empezó a acribillar a preguntas.

Riera había permanecido en silencio junto a ellos y prestado atención en parte a la conversación, en la medida en que su mente ansiosa se lo permitía. Sintes, que pese a su juventud demostraba ser una persona avispada y cabal, comprendió la situación y se retiró para dejarlo a solas con sus pensamientos. Riera resopló y optó por no torturarse más sobre el futuro de su hermano, ya que nada podía hacer en ese momento. Tenía decidido qué pasos dar al llegar a Maó y pensó que lo mejor era mantener la cabeza ocupada.

Se mudó a estribor, escupió por la borda y observó cómo el salivazo se desintegraba en la tramontana creciente antes de fundirse con el mar picado. El oleaje se intensificó cuando la embarcación abandonó el resguardo de la bahía e irrumpió decidida en el canal de Menorca. La proa, enfilada a levante, subía y bajaba al son caprichoso de las olas buscando ahora hundirse en el mar, ahora clavarse en el disco solar que empezaba a asomar en el horizonte.

La neblina se disipó y la costa menorquina no tardó en manifestarse, ufana, provocando las sonrisas maliciosas de los marineros, que enumeraban con picardía todas las atenciones que brindarían a sus mujeres durante los días que sus almas errantes anclarían en tierra firme.

El litoral austral de la isla se ondulaba con suavidad y alternaba paredes de mediana altura agujereadas por un sinfín de cuevas con calas de aguas profundas y cristalinas. Riera se dejó llevar por el trajinar alborotado de la tripulación y la panorámica hipnótica que se desplegaba ante sus ojos.

La embarcación dejó atrás la Illa de l'Aire, un islote breve y plano atravesado por un faro, y viró rumbo noreste hasta embocar, un buen rato después, entre vítores y gritos de júbilo, una amplia y alargada lengua de mar que se introducía generosa en la tierra ondulante. A ambos lados de la bocana emergían sendas elevaciones rocosas. En la península de estribor se distinguía la estructura de una fortaleza a medio construir; a babor, una ruina con varias montañas de piedras de lo que en algún momento debió de ser un fuerte colosal. Un par de

torres cilíndricas completaban el sólido entramado defensivo.

Riera se acercó a Santiago Sintes y a Toni Petit, que charlaban distendidos en proa.

—Este es el lazareto —oyó que explicaba el menorquín mientras señalaba unos largos muros de piedra—, el lugar en el que deben guardar cuarentena todas las embarcaciones que desean acceder al territorio español y que no disponen de patente limpia.

—¿Es aquí donde venían durante la epidemia de cólera del año pasado los barcos que iban a Ciutat? —preguntó el crío.

Sintes asintió y Riera señaló la orilla opuesta, dirección sur, donde se ubicaba un grupo no demasiado numeroso de edificaciones. El barco continuaba su desplazamiento sedoso sin hacer amago de aproximarse al núcleo urbano.

—¿Qué sucede? —preguntó—. ¿Por qué no atracamos?

—Porque eso no es Mô, sino Es Castell, el antiguo Georgetown de los ingleses; también lo llamamos Vila Jordi, s'Arrabal o Villacarlos. ¿Recuerda que le hablé de esta población?

—¿La de los ibicencos?

—¡Eso es! —confirmó—. Tiene usted buena memoria.

—¿Y Maó, entonces?

El joven señaló hacia delante con un brillo de orgullo en la mirada.

—Todavía queda un buen trecho, apenas acabamos de entrar en el puerto.

La embarcación evitó un molesto islote que Santiago Sintes llamó Illa de ses Rates y dejó, de nuevo a estribor, otra isla de notables dimensiones en la que se levantaba un conjunto de construcciones.

—La Illa del Hospital —apuntó Sintes—, o Illa del Rei.

—¿Aquí todo tiene varios nombres? —preguntó Toni Petit con guasa.

Santiago Sintes se quedó un momento pensativo.

—Pues no te digo que no. De hecho, s'Illa de ses Rates tiene tres o cuatro nombres más.

—¿Y por qué la llaman Illa del Rei?

—Según la tradición, Alfonso III de Aragón desembarcó allí en la reconquista de Menorca a los moros. Lo de hospital naval —señaló los edificios que lo poblaban— ahí lo tienen: lo construyeron los ingleses el siglo pasado.

El guía, dichoso, siguió ofreciéndoles explicaciones de cuantos salientes y calas desfilaban frente a ellos. Riera y el pequeño disfrutaron de la exhibición que la naturaleza les brindaba en aquel puerto privilegiado, salpimentado de embarcaciones fondeadas por doquier.

Santiago Sintes llegó al colmo de la satisfacción frente a Cala Figuera, una ensenada generosa en cuya orilla se erigía un edificio

enorme del que sobresalía una larga y humeante chimenea de ladrillo.

—¿Recuerdan que les dije que trabajaba en una fábrica de tejidos? —Extendió las manos en esa dirección—. Pues aquí la tienen: les presento a La Industria Mahonesa. ¡Es una de las más grandes de España!

Alrededor de la edificación se distribuían varios carros cargados con unos voluminosos sacos de color crudo.

—¿Qué llevan ahí? —se interesó Toni Petit.

—Algodón americano. Es el que usamos para fabricar tejidos.

El niño volvió a mostrar su admiración con un prolongado silbido. Después de superar un último recodo, la embarcación se acercó a un muelle que Santiago Sintes llamó Baixamar y tras el que se elevaba, ahora sí, un acantilado escarpado coronado por varias iglesias de color cálido y otras construcciones civiles pintadas de blanco: Maó.

Por fin.

Al otro lado de la ribera se extendían las instalaciones de un viejo arsenal que daba servicio a los barcos. Había matorrales dispersos y pedía a gritos un buen mantenimiento. Un espectacular velero de casco negro y velamen plegado permanecía varado en tierra mientras un grupo de hombres reparaban el casco. Una columna de humo espeso ascendía hacia el cielo.

Riera pensó en Joan y sintió que se le aceleraba el corazón. Ni siquiera había pisado todavía suelo menorquín y ya comenzaba a sentir la presión, como si su hermano le recriminara que hubiese tardado tanto en llegar.

2

Reencuentro

Un agente de vigilancia aduanera esperaba en el muelle frente a un edificio rojo y alargado, con los brazos en jarra, a que el *llaüt* concluyera las maniobras de aproximación. Se trataba de un tipo de edad y físico parecidos a los de Riera: menudo, enjuto, pelo entrecano alborotado y tez requemada por el sol.

Después de responder de manera ocurrente y con naturalidad a las observaciones jocosas de los tripulantes del Virgen Dolorosa y de saludar a Sintes con un gesto cariñoso, centró su atención en Riera, al que dedicó una mirada valorativa. Si le llamó la atención su atuendo, pantalones *balons* y camisa blancos, faja roja y *espardenyes* de esparto, no lo exteriorizó. Más bien al contrario, pues su pregunta confirmó que estaba familiarizado con sus paisanos: —Ibicencos, ¿no? —interrogó, tomando los documentos que Riera le tendía.

—*Mem, que jo som mallorquí!* —protestó Toni Petit desde las bajuras.

—No sufras, se te nota enseguida —masculló Riera, que extendió la mano hacia su interlocutor—. Toni Riera, para servirle.

El agente enarcó una ceja, le estrechó la mano con escaso entusiasmo y echó una ojeada rápida a los papeles. Luego levantó los ojos y señaló su exiguo equipaje.

—Doy por hecho que están de paso.

—Confiamos en regresar a casa cuanto antes.

—Así sea, pues.

El agente centró su atención en un pailebote con pabellón francés que asomaba por el canal y dio unas instrucciones rápidas al patrón del Virgen Dolorosa para desembarcar la carga.

—¿Puedo hacerle una pregunta? —inquirió Riera.

—Pruebe a ver.

—¿Dónde está la prisión de la ciudad?

El vigilante lo observó con renovado interés.

—He visto que se apellida Riera Riera, igual que el pájaro ibicenco que tenemos enjaulado en el claustro y que se parece mucho a usted. Son parientes, ¿verdad?

—Ya veo que lo conoce.

El otro se quedó ensimismado, como si por su mente desfilara un reguero de imágenes relacionadas con su hermano o con lo que fuera que este le evocara. Riera asintió desconcertado y extendió las manos esperando una aclaración que se demoró todavía un poco más.

—Me preguntaba por la prisión —respondió finalmente mientras levantaba la vista y hacía un gesto hacia una robusta edificación de piedra caliza que se elevaba sobre el altiplano escarpado—. Ahí la tiene. Dé recuerdos de mi parte a Cesario Santos, el carcelero.

El vigilante se llevó dos dedos a la visera a modo de despedida, pero Riera no tenía todavía intención de dejarlo marchar. Necesitaba respuestas, saber por qué motivo y en base a qué había sido encarcelado a su hermano, la identidad del desaparecido o las circunstancias en que esta se produjo. Debía ganárselo de alguna manera.

—Soy el subinspector de policía de Ibiza, ¿sabe?

—Ah, ¿sí? Pues a ver si consigue que Joan actúe de una manera civilizada y con un poco más de cordura en su vida. *Bon dia i salut!*

Y se marchó dejando a Riera con la palabra en la boca.

No se lo había ganado del todo.

Un enjambre de críos se abalanzó sobre ellos en cuanto se despidieron del amable Sintes, que volvió a ofrecerles su ayuda. Los niños no diferían mucho en altura, complexión y edad de Toni Petit, que destacaba por el vistoso color naranja de su cabello y por su camisa blanca, mientras los otros solo se cubrían con unos exiguos pantalones, iban descalzos y llevaban los torsos bronceados al descubierto.

—*Gimme a penny for bread, sir!* —repetían a coro con las palmas de las manos extendidas—. *Gimme a penny for bread, please!*

Riera agitó los brazos para quitárselos de encima mientras ascendía la cuesta con la respiración entrecortada. Cuanto más se esforzaba en apartarlos, más estrechaban el círculo ellos a su alrededor.

—*Es pot saber d'on surt aquesta puta boixarella?* —aulló.

—¡Pero si no son extranjeros! —exclamó uno.

—¡Ya os lo dije! —añadió otro de pelo negro ensortijado y una gran ceja que subrayaba su frente estrecha—. ¡Da igual que sea pelirrojo, viste igualito que los ibicencos de Es Castell!

El grupo perdió parte del ímpetu con que los habían embestido en un primer momento, pero no por ello dejó de atosigarlos, como si no quisieran renunciar a la recompensa por insignificante que esta fuera. El alboroto remitió solo cuando Toni Petit sacó a relucir su desparpajo.

—¿No veis que también somos pobres?

—Pero ¿de qué hablas, chaval? —replicó el que parecía el cabecilla —. ¡Tú vas bien vestido y aseado y nosotros no!

—¿Prefieres que te dé mi camisa o que te limpie los mocos?

La pandilla estalló en una carcajada burlona. El líder lanzó capones ofendidos a varios de ellos y se encaró con el pequeño y deslenguado mallorquín.

—¿Te crees muy gracioso, enano?

Toni Petit señaló con el pulgar a otro grupo de chiquillos que avanzaba por el muelle y apoyó una mano con suficiencia en el hombro de su contendiente.

—Eso ahora es lo de menos, amigo mío —dramatizó—. Lo importante es que ese barco francés está a punto de amarrar y si no espabiláis os van a birlar el botín, y te aseguro que ahí hay muchas más monedas de las que nos podáis sacar a nosotros.

—*És veritat, Olives!* —gritó el unicejo—. *Anem per avall o no arribarem a temps!*

Y se marcharon en tropel.

Riera, que había presenciado el rifirrafe desde la distancia, retomó el andar cansado por la cuesta empinada. La inmediatez del reencuentro con su hermano y el modo en que este se producía lo sumían en un estado de melancolía y preocupación que le impedía razonar con claridad, algo impropio de él. Se notaba descentrado. ¿Sería posible que después de la aventura a lo largo y ancho de Ibiza en pos del asesino del párroco de Sant Jordi, o de la temeraria investigación en Mallorca de hacía unos meses, sintiera ahora los achaques de la edad, del cargo, del peso de los días? Solo de pensarlo se sintió abatido y molesto consigo mismo. De nuevo esa apatía, esa predisposición a la derrota, esas dudas de sus propias capacidades.

Aquello se tenía que acabar.

Alcanzó entre jadeos la parte superior de la colina, donde en una explanada se abría una plaza de forma irregular circundada por edificaciones encaladas con las ventanas de guillotina y las persianas pintadas de color verde oscuro. Una iglesia de aspecto macizo y sobria fachada se erigía en uno de los costados. La prisión se encontraba junto a ella, y Riera dio por sentado que se trataría de un convento exclaustrado en una de las pasadas amortizaciones y al que la municipalidad daba usos dispares según sus necesidades.

Se encaminaron hacia la entrada. Toni Petit avanzaba unos pasos por delante, girando la cabeza a un lado y a otro, atento, como de costumbre, a cualquier cosa que llamara la atención de sus ojos despiertos. Riera lo empezaba a conocer bien y disfrutaba de su ánimo, de su audacia y de sus ocurrencias. De todo él. Cogió aire varias veces para insuflarse valor, cruzó el umbral con la cabeza alta y se plantó frente a un individuo que dormitaba tras un escritorio vacío.

—*Bona tarda tengui!* —saludó.

El otro abrió un ojo perezoso y deslizó la pupila arriba y abajo de su ibicenca figura para, acto seguido, desviarla a la cabellera anaranjada del crío. Manteniendo el gesto impertérrito, se incorporó en su asiento y, solo entonces, elevó el otro párpado.

—¿Qué quieren?

—¿Es aquí la prisión?

—Eso parece…

—Y usted es don Cesario Santos.

El carcelero respondió haciendo la estatua.

—El vigilante aduanal nos ha dado recuerdos para usted —dijo, buscando generar emoción o interés en su indolente interlocutor.

Tampoco ahora alteró demasiado el gesto.

—Preferiría que les hubiera dado los cinco reales que me debe.

—Vaya, pues eso no nos lo ha…

—Ya lo supongo. Imagino que pretenden visitar también a Joan Riera, ¿no?

—¿Cómo que también?

Señaló su indumentaria.

—Han pasado por aquí varios paisanos suyos vestidos como usted. Son muchos los que intentan verle: olvídelo.

—¿Cómo dice?

—Que no entrarán—respondió lacónico.

—¿Por qué? —preguntó Toni Petit.

El carcelero, al igual que antes Sintes, pareció sorprenderse de que aquel ser diminuto tuviera el don del habla y la desfachatez de entrometerse en una conversación de adultos.

—Órdenes del juez, no puede recibir visitas.

—¿Y los otros ibicencos? —insistió Riera.

—He dicho que intentaron verle, no que lo lograran.

El tipo se divertía a su costa, y Riera se estaba empezando a cansar.

—Soy hermano de Joan y policía, ¿cuál de los dos motivos tiene más fuerza para dejarme entrar? Estoy seguro de que el juez aprobaría esta visita. —Santos enarcó las cejas y vaciló un instante. Riera apretó —. ¿No me cree?

—¿Me muestra su identificación?

Le entregó el papel que lo acreditaba profesionalmente en tierras ibicencas y el guardián lo estudió con detenimiento.

—Lo siento, el juez no lo permite —repitió, devolviéndole el documento.

Riera sacó unas monedas de la bolsa de cuero que escondía en la faja y las colocó sobre el escritorio.

—Quizá esto le ayude a aclarar sus dudas…

—¿Acaso insinúa que voy a aceptar una gratificación a cambio de hacer la vista gorda y dejarle entrar?

Riera suspiró y extendió el brazo para recuperar el dinero, pero el vigilante estiró el cuello para echar un vistazo a la calle y le dio una palmada en la mano.

—Pues tiene razón —dijo el carcelero mientras se metía las monedas en el bolsillo y le hacía un gesto con la mano—, pero que no

salga de aquí —señaló a Toni Petit y añadió—. Y este listillo se queda aquí.

Fue a replicar, pero Riera le hizo un gesto de súplica para que desistiera. El chiquillo debió de notar la angustia reflejada en su rostro, porque se mordió el labio y, por una vez, ¡oh milagro!, obedeció.

El antiguo patio de los carmelitas de Maó era espacioso y estaba rodeado por una galería de arcos y columnas similar a otras que Riera había visto en Mallorca o, sin ir más lejos, aunque de factura más humilde, en el antiguo claustro de los dominicos de Dalt Vila, en Ibiza, que parcialmente también era utilizado como correccional. Subieron las escaleras que conducían a la prisión, ubicada en la primera planta. El sonido de sus pisadas generaba un eco intermitente al golpear contra los muros. El runrún tamizado de voces que flotaba en el ambiente daba a entender que algunas celdas estaban ocupadas por más de un recluso.

—¿Hay muchos presos? —inquirió Riera para romper aquel silencio incómodo.

—Los que tiene que haber —respondió Santos, sucinto.

—Yo creo que uno de más…

El carcelero compuso una mueca que parecía un amago de sonrisa.

Al final harían buenas migas y todo.

—Es el juez quien dicta sentencia, amigo. Mi función se limita a mantener a buen recaudo a estos caballeros.

Se detuvieron frente a una puerta de madera maciza idéntica al resto. Santos seleccionó una llave del juego que colgaba de su cintura y la introdujo en la cerradura. Tras unos giros chirriantes, se apartó e hizo un gesto para permitirle entrar.

—No se demore demasiado, su donación no da para mucho. Me quedaré aquí apostado. Golpee la puerta al terminar. Ah, y entrégueme las armas que lleva encima.

— ¿Armas? ¿Qué insinúa?

—No insinúo nada. —El carcelero tendió la mano—. Afirmo que es usted ibicenco y seguro que lleva encima «sus cositas».

Riera resopló y sacó su *catxorrillo* y un *raó,* su inseparable cuchillo.

—¿Nada más?

—¿Le parece poco?

Santos se encogió de hombros y Riera entró.

El portón se cerró tras él y lo sumió en la penumbra.

La cámara era de dimensiones generosas y se mantenía fresca, ajena al calor exterior. Un ligero hedor a orín y heces le abofeteó la nariz, que se cubrió con el antebrazo.

Una sombra se movió junto a uno de los muros.

—*Joan? Hi ets?* —dijo Riera.

—*Toni, ets tu?* —El bulto se incorporó con brusquedad—. *Què hi fas aquí?*

Riera sintió que se le formaba un nudo en la garganta al escuchar esa voz con un timbre tan parecido al suyo. Se sorprendió ante la paradoja de encontrarla allí, en aquella isla, en aquel entorno, en aquellas circunstancias. Se preguntó en qué momento se rompió el hilo que tan fuertemente les unía en otro tiempo, cómo sus vidas, antes inseparables, se habían distanciado hasta transformarse casi en dos desconocidos.

Joan se levantó y se fundieron en un abrazo sereno, extraño en su hermano, poco dado a las muestras de afecto. Y Riera sintió que estaba donde tenía que estar y que hacía lo que tenía que hacer. Recordó la vez que lo consoló, siendo niños, después de caer Joan de lo alto de un algarrobo y partirse una ceja; o al morir su madre, demasiados años atrás, dejándolos huérfanos, a ellos dos y a su hermana Regina, en compañía de un padre con tendencia a ausentarse durante días para jugarse la vida al *munti*, el endiablado juego de cartas del que tan funesto recuerdo guardaba; u otras tantas veces en las que Riera tuvo que ejercer de primogénito, no ya solo para reconfortar el alma afligida de Joan, sino también, más a menudo, para salvarle el pellejo y arreglar las consecuencias de las trastadas que iba dejando a su paso.

Joan se separó con brusquedad, como si de repente sintiera cierto embarazo. Luego le agarró por los hombros y le dio una palmada en el brazo. Se alejó para levantar la cortina de esparto que cubría el único, amplio y elevado ventanal de la celda, permitiendo que la cálida luz de la tarde invadiera la estancia y diera forma a lo que hasta entonces solo había logrado intuir: un catre sencillo junto a uno de los muros, un orinal colmado de toda clase de residuos y una jofaina con agua. Prendas de vestir usadas se amontonaban en una de las esquinas, y sus *espardenyes* estaban tiradas de cualquier manera.

Joan lo escrutaba con una ceja levantada.

—¿Qué le ha pasado a tu cabellera? —soltó, señalando su menguante cabello entrecano.

Le hubiera gustado responder del mismo modo, pero el pelo castaño, frondoso y rizado de su hermano seguía inalterable diez años después, coronando lo alto de su figura menuda; al igual que su rostro de aspecto juvenil, ajeno todavía a las arrugas pese a haber rebasado ya la treintena.

—Ya te llegará, maldito.

Riera tomó asiento en el camastro.

Joan levantó las manos y se sentó a su lado en actitud relajada. Se interesó por varios amigos de la infancia a los que había perdido el

rastro y Riera entró en detalles, consciente de que esa charla intrascendente era importante para, después, abordar los temas peliagudos. Daba la sensación de que se encontraban en cualquier otro lugar, muy alejados de aquel triste presidio. La mera ausencia de libertad, la imposibilidad de poder salir de manera voluntaria a la calle, tiene la capacidad de trocar el más fastuoso de los palacios en la más lúgubre prisión.

—¿Qué embuste le has contado a Santos para que te dejara entrar? No creo que te haya bastado con decir que somos hermanitos.

—Y policía, pero lo que ha terminado de convencerle ha sido un puñado de monedas.

Joan asintió despacio.

—Recuerdo que me lo dijiste en una de tus cartas. En realidad, ya me contaron que tuviste que buscar una ocupación después de perder Can Riera al *munti*. Es evidente que heredaste la finca del viejo, pero no su habilidad.

Riera asintió despacio mientras escrutaba a Joan esperando encontrar algún gesto de recriminación que no percibió. Le habría podido echar en cara, y con razón, el vergonzoso hecho de haber fundido a los naipes la casa familiar recibida en herencia, mientras que él solo había percibido una mísera legítima con la que costear el pasaje a Menorca y poco más. Riera era consciente de su pecado y lo lamentaba a diario. Pocas cosas hay más deshonrosas que dilapidar el fruto del esfuerzo y del trabajo de las generaciones precedentes.

Decidió entrar en materia.

—*I bé, germanet* —preguntó—. ¿Qué haces en este calabozo?

—Hablar amigablemente contigo.

Riera no respondió, dando a entender que las chanzas se habían terminado.

—Soy inocente —dijo al fin.

—Muy bien, pero explícame, antes de nada, qué se supone que has hecho y quién es el desaparecido.

—No creas que lo tengo muy claro…

Riera fue a recriminarle la ambigüedad, pero Joan levantó las manos.

—Carlos María de no-sé-qué y Martínez, o Fernández, de algo…

—¿Lo dices en serio? —Riera se llevó las manos a la cabeza.

—¿Qué sucede? ¿Lo conoces?

—Si algo he aprendido en la vida es que cuanto más largo es un nombre y más apellidos compuestos contiene, más poderoso es el personaje y más problemas tienen quienes se cruzan en su camino. —Joan soltó una risita inoportuna—. ¿Qué te resulta tan gracioso? ¡Hablo en serio! —se molestó Riera—. ¿Y no sabes entonces quién es?

—No tengo la menor idea.

—¡Coño, Joan! ¡No me vengas con esas!

—¡Te lo juro! ¡No le conozco de nada! Aquella noche fui a una timba en la taberna de Policarpo, en Es Barrio, una barriada de las *tanques* del Carme que queda aquí detrás —señaló con el pulgar por encima del hombro—. Había jugadores nuevos, algo habitual por aquí gracias a las bondades del puerto: marinos, soldados, mercaderes… Los amantes de las cartas, y cualquiera en general, no ven el momento de desembarcar, lanzarse a los brazos de una fulana y tocar naipe hasta quemar los dineros que han ganado en sus travesías. No es difícil despellejar a los incautos, Toni. Apenas se ahogan en alcohol empiezan a apostar sin criterio ni mesura hasta perder los pantalones.

Hizo una pausa en la que solo le faltó añadir: igual que tú.

—¿Y qué sucedió?

—Esa noche la mesa tenía una composición peculiar. Uno de los jugadores era este fulano de nombre largo…

—¿Cómo fue la partida?

—El rico tomó enseguida la banca. Iba fuerte y podía aceptar sin despeinarse nuestro volumen de apuestas. Sabía manejar las cartas. Nos animaba a subir los envites. Yo gané algo, no demasiado.

—¿Y qué hacía un, se supone, distinguido caballero jugando en ese tugurio?

Joan arqueó las cejas.

—Tú lo has dicho: se supone. No era tan distinguido ni tan caballeroso como lo pintas. Acariciaba los pechos y los muslos de cualquier mujer que se le ponía a tiro; bebía más alcohol que toda la tripulación del Constitution junta y apostó y perdió dinero sin mesura ni vergüenza durante buena parte de la noche. Al final, antes de irme, se había recuperado bastante.

—¿Qué es el Constitution?

—¿No has visto una fragata de guerra en el arsenal?

—¿En la ribera opuesta del puerto? La que están calafateando, ¿no?

Joan asintió.

—Pues eso, que el tipo disfrutó de lo lindo —concluyó.

—¿Y qué pasó con él?

El hermano se acomodó en el camastro.

—No tengo la menor idea, Toni. Solo sé lo que he oído, que se ha esfumado, que no ha aparecido ningún cadáver, que no hay testigos que lo hayan visto con vida y que, y eso ya es intuición mía, no hay pistas.

Permanecieron en silencio un instante.

—¿Quién se marchó antes? ¿Él o tú?

—Yo. Al día siguiente trabajaba en el muelle. Además, prefiero ser prudente y dejar el juego a tiempo, aunque las ganancias sean menores, antes que actuar con ansia, tentar a la suerte o cometer

algún error grave y terminar perdiéndolo todo… Ya sabes.

Sí, ya sabía.

—¿Viste a Carlos María después de irte?

—No.

—Entonces volvemos a mi pregunta inicial: ¿por qué sigues aquí encerrado?

—¡Eso mismo me pregunto yo! ¡Me retienen solo por haber participado en la timba!

—¿Y el resto de los jugadores?

—Arrestaron a varios, también a Policarpo y a alguna de las chicas.

—¿Cómo lo sabes?, ¿os trajeron juntos?

—No. Lo he deducido de los interrogatorios que me hacen a diario.

—¿Cada día?

Su hermano asintió.

—Esta mañana, por ejemplo, un par de policías me han apretado bastante. Se van turnando, los muy sinvergüenzas. Los de hoy eran nuevos.

—¿Te han pegado? —preguntó Riera apretando los dientes.

—Los primeros días se mostraron más agresivos y tuvimos nuestras diferencias, pero no te preocupes, *germanet*; si hubiese sido algo fuerte, se lo habría devuelto.

Lanzó un par de puños al aire.

—Ya… —Riera cayó en la cuenta de algo—. He hablado antes con el vigilante de la aduana. Ha sido muy duro contigo y no me ha querido dar explicaciones. ¿Lo conoces?

—Desde luego…

Unos golpes retronaron en la puerta.

—¡Vayan terminando! —bramó Santos.

Joan escupió al suelo e hizo un gesto despectivo hacia la entrada.

—¿Y…? —apremió Riera.

—Durante un tiempo cortejé a una de sus hijas, pero terminé perdiendo el interés y el tipo la tomó conmigo. Solo es eso, Toni, se le pasará. Te aseguro que no hice nada malo.

—¡Claro que no, por Dios! ¡Tú nunca haces nada malo! —Riera se acercó a la ventana y buscó en lo alto la grieta visible del cielo, cada vez menos luminoso—. Hablaré con la Guardia Civil para que me expliquen qué tienen exactamente contra ti, y también lo haré con tu abogado y con el juez. ¡Con quién sea! Tienen que atenderme.

—*Gràcies, germanet*. Eres mi salvador.

—Ya te daré yo a ti salvador…

—Por cierto, no me has dicho dónde te alojas.

—No he buscado nada todavía. Imagino que alguna fonda habrá aquí cerca…

—¡Ni lo sueñes! Dile a Santos que te indique el modo de llegar a mi

casa, que las instrucciones ya están pagadas con el dinero que le has dado. Quédate allí y…

—Eso haremos.

—… así conoces a mi esposa.

—¿A tu esposa? —Riera enarcó las cejas—¿Cómo que a tu esposa?

—¿No te dije que me había casado?

Riera dio unos pasos enérgicos y aporreó la puerta con los nudillos.

—¡No, no me has explicado nada! ¡Como siempre!

Joan se rascó el cogote en un gesto característico de su padre y que él también había heredado.

—Y tú has dicho haremos. ¿No has venido solo?

—Me acompaña un chiquillo mallorquín que adopté hace unos meses.

—¿Ah, sí? —Joan dio unas cabezadas—. Y luego soy yo el que no explica nada… ¿Has dicho mallorquín? ¿Tú? No puedes estar hablando en serio.

Rio.

—Tienes razón, Joanet. A partir de ahora deberíamos hablar un poquito más…

—Me parece bien, Toniet, pero te agradecería que lo hiciéramos fuera de estos muros.

El sol se batía en retirada cuando Riera y Toni Petit se despidieron del apático carcelero. Cesario Santos demostró ser, además de avaricioso, desabrido y pausado de reflejos. Tras mucha insistencia terminaba contestando, pero siempre a medias y forzando al interlocutor a realizar nuevos y largos circunloquios para plantear preguntas que nunca llegaban a esclarecerse del todo.

Riera perdió la paciencia. Solamente comprendió a medias unas pocas cuestiones: que la casa de Joan se ubicaba en la población de Es Castell, «infestada de ibicencos», y que esta no quedaba cerca; que a esas horas era improbable, por no decir imposible, que pudieran localizar a algún guardia civil que les informara sobre el caso, y que en el muelle, o en Es Barrio, podrían encontrar alguna posada en la que pasar la noche.

—No nos ha aclarado nada —se lamentó Riera mientras cargaba con su pequeño petate cuesta abajo, en dirección a la ribera del puerto.

Toni Petit caminaba a su lado, pateando piedras y canturreando por lo bajo. El crío no se molestaba en ocultar la alegría que le producía vivir una aventura, y Riera se sintió dichoso de su compañía y, yendo más allá, afortunado de tenerlo en su vida y haber contribuido, esperaba, a mejorar la suya. Sabía que antes o después su esposa descubriría su buen fondo y se acabaría encariñando con él.

No visualizaba otra opción.

Sus pensamientos regresaron a Joan, al que había encontrado, pese a las circunstancias, sereno y optimista, más indignado por su injusta situación que preocupado por el desenlace. O eso aparentaba. Aquello logró en cierto modo tranquilizarlo también a él, pues todo indicaba, como había imaginado cuando zarparon de Ibiza, que no se trataba más que de un malentendido que esperaba resolver sin mayores consecuencias. Lo que sí le inquietaba era el pomposo nombre del desaparecido, que impulsaba a las autoridades a proceder con un celo desmesurado, muy superior al habitual. Pensó en cómo habrían actuado de tratarse de un humilde campesino, a cuántas personas habrían registrado, interrogado y arrestado por una simple e insignificante desaparición. Le dolió reconocer que la respuesta era elemental: a ninguna.

Así funcionaban las cosas.

¿Quién era pues el distinguido y disoluto personaje merecedor de tantas preocupaciones? ¿A santo de qué venían tantas detenciones sin evidencia ni sospecha aparente? No entendía nada. Pensó de nuevo en Guasch y echó de menos su consejo. Conociendo los círculos en los que se movía, era posible que incluso conociese al susodicho. Decidió que, en función de cómo se desarrollaran los acontecimientos, le enviaría un telegrama para pedirle su opinión.

Lo que necesitaba ahora era departir con el responsable de la investigación y averiguar en qué punto se encontraba, en especial respecto a la involucración de su hermano.

El espejo del agua del puerto reflejaba los tonos cálidos en los que se desteñía el firmamento. Las gaviotas volaban sobre los mástiles de las naves oscilantes que dormitaban en aquel puerto colosal; sus graznidos se entremezclaban con las risas de las tripulaciones que se deslizaban en sus botes hacia la orilla, exultantes ante la noche de desenfreno que les esperaba.

Se fijó con mayor detenimiento en el inmenso buque de guerra estadounidense de mástiles y velamen colosal que dormitaba ladeado al otro lado de la ensenada, en el arsenal. Se descubrió imaginando qué habrían hecho con los cañones y demás enseres para que no se amontonaran en aquel lado y, después, enderezarla de nuevo.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Toni Petit, interrumpiendo sus pensamientos, cuando llegaron de nuevo al muelle.

La cuestión era pertinente.

Riera miró a un lado y a otro.

—¿Tienes hambre? —consultó.

—Siempre.

—Pareces hijo mío.

—Pensaba que ya lo era…

—Claro que sí, pero vas mejorando: sigue esforzándote. —Señaló al

frente—. ¿Vamos ahí?

Pasados unos almacenes se toparon con un local de cuyas puertas, abiertas de par en par, surgía el sonido del rasgueo de una guitarra y el jaleo y las palmas de la feligresía entregada. En la mezcla de olores que poblaba el ambiente se intuía el de algún alimento a medio cocinar.

Empezó a salivar.

—¡Eh! —exclamó Toni Petit de repente—. ¡Mire eso!

Dos hombres enfundados en sendos uniformes azules de la Guardia Civil aguardaban con pose distendida junto al portón entreabierto de un almacén. Desde aquella distancia no alcanzaba a identificar sus graduaciones. Se aproximaron a paso vivo hacia ellos para descubrir a un cabo de talla menuda, bigotillo fino y abundante pelo negro peinado hacia atrás, con una crencha impecable, y a un guardia de estatura todavía más baja y rostro aniñado, quizá demasiado para alguien cuyo menester consistía en imponer la ley y el orden.

—Buenas noches, señores —saludó—. Soy el subinspector Toni Riera.

Los guardias se volvieron para mirarlos de arriba abajo.

El cabo alzó las cejas.

—¿Subinspector… de qué? —Cuestionó con sorna—. Venga, circulen y no molesten.

—Subinspector de policía —respondió Riera sin alterarse—. En Ibiza. Me gustaría conocer al oficial a cargo de…

—¿No ha oído al cabo? —interrumpió el joven guardia que, por si fuera poco, tenía la voz aflautada—. ¡Que se marchen!

Toni Petit soltó una risita.

—¿Y tú de qué te ríes, canijo? —dijo el guardia soltando un gallo.

La risa se transformó en una carcajada mal disimulada.

El joven militar apretó los dientes y apoyó la mano en la empuñadura del sable.

—Ey, ey, ey —terció Riera, dejando caer el petate y levantando las manos—. ¿Por qué no nos calmamos todos un poquito?

—Y usted ¿por qué no le enseña a este mequetrefe a respetar a la autoridad? ¿No dice que es policía? A ver si se nota…

El cabo señalaba a Toni Petit con un dedo acusador.

Riera puso los ojos en blanco y fingió afección.

—Espero que no tenga usted la desdicha de tener un hijo tan mentecato como el mío. —Lanzó un manotazo al aire que el crío esquivó—. Le pido humildemente perdón.

Aquellas palabras llanas y medio sinceras parecieron apaciguar al militar, que no al subordinado, que mantenía la mirada desafiante clavada en Toni Petit como un perro de presa a punto de atacar.

Un perro esmirriado, a decir verdad.

Riera extrajo el documento que lo acreditaba a nivel profesional y se lo tendió al militar, que le echó un vistazo rápido en la penumbra sin, seguramente, distinguir una palabra. Se lo devolvió y lo observó con renovado interés. Riera decidió aprovechar la tregua.

—Le ruego que no se lleve a engaño con respecto a mí, pues, pese a mi atuendo poco reglamentario, he contribuido a resolver casos complejos. Mire, solo quiero saber con quién puedo hablar acerca de la investigación del tal Carlos María. No sé si estará usted al corriente…

—¿Al corriente, dice? —El cabo se paseó la palma de la mano por el cabello encerado—. ¡Hace más de una semana que no hacemos otra cosa que buscar a ese señor por toda la isla! Cuando lo encontremos, le voy a cantar las cuarenta. Solo una vez, en Guijuelo, estuve tanto tiempo siguiendo el rastro de un hombre desaparecido, y al final…

—¿Ha estado usted en Guijuelo? —cortó Riera, que empezó a salivar.

—Soy guijuelense, ¿por qué?

—Es que tengo unos recuerdos imborrables de cierto jamón.

El cabo sonrió con complicidad y Riera se obligó a centrarse.

—¿Y qué hacen a estas horas aquí, cabo… cabo…?

Chascó los dedos.

—Parra, Fulgencio Parra. ¿Que qué hacemos? Trabajar, por supuesto.

—¡No me diga! —exclamó, exagerando la sorpresa.

El guardia hizo una seña hacia el interior del almacén.

—Acompañamos a nuestro superior directo y a la persona que dirige las pesquisas.

Riera dio un respingo como si le hubieran dado una bofetada.

Ahora sí, su asombro era sincero.

—¡Pero qué me dice!

—Si tiene paciencia se lo presento y ya se apaña usted con…

—¡Se lo agradeceré con toda mi alma!

Y se dispuso a esperar, feliz ante aquel inesperado golpe de suerte. Toni Petit, que todavía no se había librado de la ojeriza del joven guardia, permanecía a su lado, ojo avizor.

—¿Y quién es el desaparecido? —se interesó Riera—. Será alguien muy importante para armar tanto revuelo.

—No estoy autorizado a desvelarlo.

—¿Hay algo que sí nos pueda contar? —preguntó Toni Petit.

El cabo le dirigió una mirada de amonestación para, acto seguido, ignorarlo sin más. Les indicó que se hicieran a un lado y se dirigió, por lo bajo, a su aniñadísimo y todavía ofendidísimo subordinado.

—Si no aprendes a comportarte —le susurró Riera a su hijo mientras forzaba una sonrisa—, te encerraré en una celda y lanzaré la

llave al puerto, ¿me has entendido?

Toni Petit fingió un bostezo.

Riera entrelazó las manos por la espalda y tomó cierta distancia con el edificio frente al que se encontraban y que, imaginó, contenía materiales relacionados con la reparación de embarcaciones o mercancías llegadas con el tráfico marítimo.

El aire olía a una intensa mezcla de madera mojada, barnices y algas.

Reflexionó sobre la mejor manera de abordar al investigador y decidió que sacaría a colación el nombre de Guasch. Sin duda. No podía desaprovechar su amistad con una persona tan importante en una ocasión así y ante un mandamás que, de un modo u otro, debería de conocerle o, cuanto menos, al Cuerpo de Investigación del Crimen para el que trabajaba. Lamentó no haber pensado nunca en procurarse una carta de presentación firmada por él.

Se oyeron por fin unas voces en el interior de la nave. Los guardias se enderezaron para crear una imagen marcial ante la inminente salida del preboste que, por lo visto, no iba solo. Riera se alisó la camisa con las manos y Toni Petit se arregló el flequillo.

La puerta se abrió y de las sombras emergieron dos figuras de aspecto dispar. El primero, de recortada barba entrecana, vestía un impecable uniforme de la Guardia Civil con tres franjas doradas en los hombros. El segundo llevaba ropajes de civil y era alto y moreno como Guasch, elegante y bien proporcionado como Guasch, y apuesto y confiado como Guasch.

—¡Por el amor de Dios, Riera! —exclamó un boquiabierto Guasch—, ¿se puede saber qué hace usted en Menorca?

3

Puesta al día

Guasch sacudió las manos mojadas en la jofaina y las secó con una toalla de delicado algodón que colocó de nuevo en el colgador. Se endosó la chaqueta frente al espejo de su habitación y se atusó con rapidez el cabello oscuro, abundante y rebelde. Le llamaron particularmente la atención sus ojos cansados, empequeñecidos entre las cejas frondosas y sus labios gruesos. El brillo habitual de su mirada parecía más apagado que de costumbre, y el sombreado de su mentón anguloso, evidente pese al bronceado propio del verano, invitaba a procurarse un nuevo rasurado.

Esperaría hasta mañana.

Salió del cuarto y se dirigió escaleras abajo a una de las salitas de la distinguida vivienda de la calle Anuncivay en la que Andreu Orfila, su amigo de la infancia, le acogía durante su estancia en Maó.

Imaginó que Andreu seguiría visitando a unas amistades en la ciudad y que su hermana Sara y los dos hijos de esta, que vivían con él en aquella amplia y confortable casa, se encontrarían todavía en el *lloc,* una finca rural que poseían cerca de Sant Lluís. Aún no la había visto, pero Andreu le había dicho que en breve regresarían a la capital y podría saludarla y conocer a su prole.

Estaba deseando comprobar cómo la había tratado la vida.

El subinspector Toni Riera y su hijo Toni Petit esperaban sentados en sendas butacas. El adulto giraba la cabeza a un lado y a otro, contemplando los óleos de embarcaciones de velas abombadas que navegaban en mares embravecidos que poblaban las paredes. El crío, igual de diminuto que cuando lo conoció meses atrás en Palma, estiraba las piernecillas finas sobre el asiento mientras daba cuenta de la última vianda que Guasch les hizo servir mientras él subía a asearse. Se le hacía tan extraña la relación familiar que ahora unía a sus dos invitados como inesperada su presencia en ese lugar tan cercano y, al mismo tiempo, tan alejado de sus respectivas islas.

Riera se levantó, se acercó a él y le dio un abrazo cálido, ahora ya sí, lejos de las miradas indiscretas de guardias, amistades o personal de servicio. El subinspector se apartó, quizá violento ante aquella muestra demasiado espontánea de afecto.

—¿Qué tal se encuentra? —preguntó—. Además de tostado cual caracol al sol.

—Muy bien, Riera. Sin novedades desde que nos vimos en Mallorca.

—¿Cuánto hace ya de eso?
—Unos pocos meses que parecen varios años…
Hizo un gesto para invitarle a tomar asiento.
—No me puedo creer que esté aquí, Guasch —dijo el subinspector.
—Me temo que la sorpresa es mutua.
—¿No le acompaña Lucía? ¿Cómo está?
—Esta vez no. Sigue en París y, por suerte, se recuperó bien de los acontecimientos de Palma. Ya hace vida normal. Le ha quedado una pequeña cicatriz en el cuello —Guasch desvió la vista hacia Toni Petit —. ¿Y tú qué tal te sientes en Ibiza? ¿Se porta bien Riera contigo?
—¡Muy bien, inspector Guasch! Sí, me trata de maravilla y me alimenta muy bien. ¿No ve que estoy más alto y más gordo?
El crío estaba igual de canijo y enjuto que siempre.
—Sí, desde luego…
—Ya tiene organizada a toda la chiquillería de la isla y los maneja a su antojo —explicó Riera que, de repente, se puso serio—. ¿Qué hace usted en Menorca, Guasch? ¿Acaso ha descubierto el cadáver del desaparecido? ¡Espero que no!
Guasch se pellizcó los labios.
—¿Por qué no me cuenta usted primero, si no le importa, qué le une a Carlos María?
—¡Nada! ¡No sé quién es ese señor!
Y le explicó, perdiéndose como solía en detalles insustanciales, su relación fraternal con uno de los detenidos; su partida urgente de Ibiza y el periplo vivido hasta poner pie en el puerto de Maó hacía solo unas horas. Riera no había perdido el tiempo y se las había apañado para entrevistarse con su hermano en prisión y lograr una primera, aunque superficial, composición de lugar. El subinspector demostraba que sabía desenvolverse por sí mismo lejos de su Ibiza natal.
—Así que este es el Joan del que me habló hace tiempo —murmuró Guasch—. ¡Ya es casualidad encontrarlo en estas circunstancias! ¿Y dice que piensa instalarse en su casa de Es Castell con su cuñada?
—Exacto.
—También pueden quedarse aquí, si lo desean. Estoy convencido de que Andreu no solo no pondrá objeciones, sino que se alegrará de que se lo haya propuesto.
—¡Sí! —Toni Petit levantó las manos por encima de la cabeza y miró a Riera—. ¿A qué sí?
—¿Está seguro? No queremos molestar…
El subinspector observó al crío, exultante, y después a Guasch, para terminar dando unas cabezadas de asentimiento.
—En ningún otro lugar podríamos estar mejor —admitió—. Se lo agradezco.
Ahora le tocaba a Guasch brindar las explicaciones oportunas.

Dadas las circunstancias y siendo Riera quien era, no podía menos que sincerarse por completo. La presencia de Toni Petit, al que conocía bien desde el caso del pasado carnaval en Palma, lejos de incomodarlo, le procuraba un estímulo adicional. El chico era capaz de ponerlos a todos a prueba.

—¿Qué sabe usted de Isabel II? —preguntó.

—¿Se refiere a la reina de España?

—La misma.

—Caray, no esperaba esta pregunta. —Riera se rascó el cogote en un gesto que conocía bien—. Pues imagino que sé más o menos lo mismo que cualquier persona que vive lejos de la Corte de Madrid y a la que solo le llegan rumores y noticias sin confirmar, a veces malintencionadas o incluso falsas.

—¿Y qué es…?

—Que es nuestra reina; que no es particularmente «fina», en ninguno de sus significados; que es querida por el pueblo llano, por mucho que este se encuentre sumido en la miseria más absoluta; que su marido, Paquita Natillas, es un pelele que no ha conocido mujer y… hum… que tiene muchos amantes y muchos hijos con ellos… ¡Va a uno al año!

—Justo a ese punto quería llegar yo.

—¿Al de los hijos?

—No, al de los amantes. ¿Le suena don Carlos Marfori y Callejas? —Riera negó con la cabeza—. Está casado con doña María de la Concepción Fernández de Córdoba y Campos, prima de Narváez. Marfori fue alcalde, gobernador de Madrid y diputado a las Cortes, y es un empresario de éxito. Cuando partí de Madrid hace unos días había rumores de que González Bravo lo nombraría de nuevo gobernador de la capital, ya ve en qué momento tan delicado. Es intendente general de la Real Casa y Patrimonio y se mueve en palacio como pez en el agua, donde hace y deshace a su antojo. En definitiva, que es el favorito de la reina.

—¿Quiere decir su amante favorito? Es el único de todos esos cargos que he entendido.

—Es, en efecto, quien en esta etapa de su vida yace con ella. —Guasch extendió las palmas de las manos—. Pues bien, a lo que iba. Don Carlos María de Campos y Fernández de Córdoba, el caballero que ha desaparecido hace algo menos de dos semanas aquí, en Menorca, es hijo de Marfori o, mejor dicho, de su esposa doña María Concepción y de su marido anterior del que enviudó siendo todavía joven. No sé si me he explicado…

Riera permanecía en silencio con la mandíbula desencajada.

—Dios mío… —murmuró el subinspector.

—¿Comprende lo que eso significa?

—Que ese señor —se adelantó Toni Petit— es hijastro del amante de la reina de España y, por tanto, alguien muy poderoso.

El crío seguía igual de despierto que siempre, si no más, y aquello le alegró. Bajo el ala protectora de Riera, el pequeño llegaría donde su ambición le llevara, algo vital en el mundo insensible que les había tocado vivir. Por supuesto, Guasch y Lucía le ayudarían en lo que necesitara, ya que se sentían, en cierto modo, como los padrinos de ese niño tan vivaz.

—¿Y por qué ha venido usted a Menorca si no hay muertos? —preguntó Riera—. Su cuerpo solo les moviliza si hay un asesinato y las autoridades locales piden ayuda en su resolución. Recuerdo bien lo que sucedió en Palma con el gobernador de la provincia.

—Eso no ha cambiado en absoluto.

—¿Entonces? ¿Conoce a Carlos María?

—Así es. Pero mi presencia en Menorca no es a título personal, sino por petición expresa de don Carlos Marfori, su padrastro.

—¿También le conoce?

—Sí, pero…

—¿Y a la reina? —interrumpió Toni Petit—. ¿Es amiga suya?

—No, yo…

—¿Lleva la corona puesta todo el día? ¿Duerme con ella?

Guasch soltó una carcajada y levantó una mano para detenerlo.

—No, Toni, la he visto varias veces, pero no he tenido el gusto de relacionarme con ella en persona —dijo sonriendo antes de proseguir con Riera—. Decía que Marfori hizo la solicitud directamente al director general del cuerpo, de quien es íntimo amigo, además de socio en varios negocios. El director no pudo negarse, por supuesto, y me asignó el caso.

—¿Cuándo ha llegado?

—Ayer por la noche. Hoy ha sido mi primer día y estoy todavía haciéndome una idea de los hechos.

—Y esta casa es del señor Andreu, ¿eh? —interrumpió Toni Petit mirando a su alrededor—. Tiene usted muchos amigos, ¡y muy buenos!

—Podríamos decir que sí, Toni, tengo esa suerte.

Riera se aclaró la voz para anunciar un giro en la charla, previsiblemente más serio.

—¿Ha visitado ya la cárcel?

—Sí, y he interrogado esta mañana a Joan.

—No entiendo por qué sigue encerrado más allá de que el amante de la reina presione para que avance la investigación y exija resultados. Necesitan una cabeza de turco, es eso, ¿verdad?

—Joan es la última persona con quien, según nos consta, se vio a Carlos María.

Riera arqueó las cejas.

—No es posible. Me ha contado que salió a media timba y que se marchó a casa.

—A mí me ha explicado lo mismo, pero hay un testigo que asegura haberlos visto juntos en la calle bien entrada la madrugada.

—No es posible —repitió.

—Yo mismo he entrevistado al testigo este mediodía y no me ha parecido que mintiera.

—No digo que mienta, quizá solo se confunde.

—Ya… —Guasch dio unas cabezadas mientras cavilaba sobre la siguiente pregunta—. ¿Y puede ser que mienta Joan? Es curioso que no le haya contado este hecho. No es un detalle menor.

—¿Mentirme a mí? Por su bien, más le vale que no…

—¿Eso significa que tal vez lo ha hecho?

—Significa que confío y que quiero confiar en él y que, si es tan estúpido de no contarme la verdad, por el motivo que sea, seré yo mismo quien le retuerza el pescuezo.

—El resto de los detenidos está en libertad —explicó Guasch—. Solo él sigue encerrado por este testimonio que lo relaciona con el desaparecido. Que él lo niegue no ayuda demasiado.

—¿Y por qué debería reconocerlo si está diciendo la verdad?

—Ya la descubriremos.

—Eso espero…

El subinspector se cubrió la cara con las manos y emitió un gemido profundo.

—¿Qué sucede, Riera?

—Que me las prometía felices y, mira tú por dónde, el botarate de Joan se ha metido en un problema que le queda muy grande.

Guasch se levantó de la butaca, dio una palmada animosa en la espalda del subinspector y se acercó al armario en el que Andreu había instalado un completísimo mueble bar. Al abrirlo quedó a la vista un ejército de botellas de cristal con etiquetas y contenidos de los más variados colores.

—¿Ha bebido ron alguna vez?

—Alguna.

—Pues apuesto a que no sería tan bueno como este.

Agarró una *bòtil*, le sirvió una copa y preparó otra para él.

—¿Y yo? —preguntó Toni Petit.

—¿Quieres un vaso de agua?

—Prefiero ron.

Guasch suspiró, entregó a Riera su vaso y agarró una jarra de agua para servir al niño.

—Otro día.

Toni Petit refunfuñó, cruzó los brazos sobre el regazo y frunció los

labios. O eran imaginaciones suyas o el pequeño había adoptado algunos gestos de Riera.

Fuera oscurecía. Las ventanas de guillotina permanecían abiertas a la espera de una brisa que no acababa de arribar. Les llegaban las voces tamizadas de los escasos paseantes que caminaban por aquella céntrica arteria de la capital.

Guasch tomó asiento de nuevo y, por un instante, logró abstraerse de la realidad y pensar que ese momento, fruto del inesperado reencuentro, era ciertamente agradable. Echó de menos a Lucía, para variar, pero esta vez su mero recuerdo le dolió.

—¿Qué puede contarme de su hermano? —preguntó para desviar sus pensamientos.

Riera se llevó la mano a la mejilla e hizo una mueca de dolor. Después olisqueó la bebida, alzó el vaso hacia él y le dio un sorbo rápido.

—De su vida en Menorca en los últimos tiempos, poca cosa —respondió—. Hace bastante que no nos carteamos.

—¿Joan sabe escribir?

—No demasiado bien. Para mantener la correspondencia acudía a un lector de cartas que también le redactaba las contestaciones.

Guasch hizo un gesto para animarle a seguir.

—A ver qué le puedo contar… —Riera dio otro sorbo, esta vez más reposado—. Joan es ocho años menor. Los tres hijos que tuvieron mis padres entre él y yo murieron en el parto o durante su infancia. Después vendría Regina, dos años más joven que Joan, que se casó muy pronto y se marchó de casa.

—¿Regina? Que nombre tan curioso para una ibicenca.

Riera se encogió de hombros.

—Mi padre regresó de Cuba con la idea de llamar así a una futura hija. No sabría explicarle por qué, y casi prefiero no saberlo.

—¿Estuvo en el Caribe?

—Un par de años. Después regresó a Ibiza, se desposó y dejó encinta a mi madre.

—Prosiga, por favor. Le he interrumpido.

—Yo fui el *hereu* y Joan recibió su legítima y emigró. En su juventud trabajó como aprendiz de *mestre d'aixa* en el puerto de Vila algunos años, por lo que nada más llegar aquí se colocó en el arsenal. Desconozco si sigue en el mismo empleo y no recuerdo el nombre de su patrón. Poco a poco fueron espaciándose nuestras cartas. La última la recibí hace más de un año. Según parece, se ha casado y yo no tenía ni idea.

El subinspector estaba molesto, Guasch no supo si con su hermano o consigo mismo por haber dejado que su relación languideciera hasta ese punto.

—¿Qué me dice de su afición al juego?

—Que ambos la llevamos en la sangre. Él por lo menos no ha seguido mi ejemplo y no ha perdido su patrimonio. O eso espero. Joan es desordenado y, según él, nunca tiene la culpa de nada. Es una víctima eterna. De pequeño me tocaba a mí acudir en su ayuda para arreglar sus trastadas, y ya ve que las cosas no han cambiado demasiado. El problema es que con fechorías de este calibre no puedo serle de mucha utilidad.

—No se adelante. Aún no se ha demostrado que esté implicado en nada.

—Lo que usted diga, pero está en prisión.

Riera hizo un mohín que confirmaba que no las tenía todas consigo.

No era para menos.

Guasch se levantó de la poltrona con decisión y Riera se apresuró a imitarlo.

—Les propongo ir a donde el testigo dice que vio a Joan y a Carlos María. —Señaló sus escasas pertenencias—. Dejen el equipaje en su habitación y acompáñenme.

Toni Petit levantó la mano.

—Tengo una petición —dijo—. ¿Cree que antes de partir podríamos comer algo más?

O mucho se equivocaba, o la mirada que Riera dirigió al crío era de franco orgullo paternal.

Es Barrio era el nombre que popularmente recibía la zona de Maó comprendida entre las calles Sant Nicolau y Sant Sebastià hasta Santa Cecilia. Allí se amontonaban los prostíbulos y las tabernas más miserables de la capital, el lugar en el que convivían y trabajaban los segmentos marginales que a duras penas lograban sobrevivir fuera de aquellos muros invisibles.

Antes de salir, Guasch se había sentido obligado a advertir a Riera sobre aquella zona de la ciudad.

—No creo que ese sea un lugar apropiado para una criatura.

—Ya recordará en qué circunstancias conocimos a Toni Petit…

—¿Cómo olvidarlo?

—Pues por eso mismo, Guasch. Antes de llevármelo a Ibiza era un niño de la calle. Por mucho que nos pese, el chiquillo tiene más experiencia en estos ambientes turbios que usted y yo juntos. Es el mundo en el que se ha criado.

—Aun así…

Riera negó con la cabeza.

—Le agradezco la preocupación, pero le haríamos un flaco favor obligándole a quedarse.

—Tampoco le hacemos ningún favor llevándolo con nosotros.

El subinspector le brindó ahora un exagerado levantamiento de hombros.

Una solitaria farola de queroseno los envolvió en su cálido abrazo lumínico cuando los tres salieron a la calle Anuncivay, a tiro de piedra de la cárcel y de la iglesia del Carme. El ambiente era húmedo y todavía, no obstante la hora, caluroso. El reputado viento menorquín, que hubiera sido bienvenido en aquellas circunstancias al menos en forma de suave brisa, se negaba a hacer acto de presencia. El aroma que flotaba en el ambiente manifestaba que algún vecino iba a dar cuenta, si no lo hacía ya, de una suculenta cena.

Riera bajó la mirada al pasar junto al muro exterior de la prisión. Guasch no se atrevió a preguntar qué le pasaba por la cabeza, aunque no era difícil de adivinar. Sintió el mal trago que estaría pasando su amigo.

Ojalá lo pudiera ayudar.

Pasaron la plaça de la Miranda y accedieron al carrer de Sant Sebastià, una recta impecable en la que descubrieron las primeras muestras palpables del ambiente nocturno. Un grupo de marineros se dirigía calle arriba, agarrados unos a otros por los hombros y cantando una canción soez. Cerca, varios extranjeros que se apiñaban frente a un portal con bebidas en las manos los miraron con indiferencia, haciendo caso omiso de su aspecto desigual o de la presencia del pequeño que los acompañaba con paso firme y expresión vivaz. Más allá, tres mujerzuelas de indumentaria ligera, carnes generosas y risa fácil se insinuaban con descaro a una pandilla de muchachos rudos de miradas lujuriosas y labios temblorosos de deseo.

La noche había empezado en Es Barrio.

El subinspector estuvo a punto de tropezar con un individuo de brazos portentosos y piel negra como una noche sin luna. Al poco se cruzaron con una pareja de asiáticos y, después, con un grupo de blancos con el cabello y la piel como la cal.

—¡No imaginaba que las personas pudiéramos ser tan distintas! —admitió Riera.

—Es una buena muestra de las distintas variantes de la especie humana. No recuerdo haber estado en un puerto tan internacional. ¿Cádiz, tal vez?

Caminaron un instante atentos a cuanto sucedía a su alrededor.

—¿Se han fijado en que no hay balcones? —interrumpió Toni Petit con la mirada en alto—. Tampoco en nuestra calle.

Guasch reconoció lo acertado de su observación y comprobó que ningún edificio en aquella calle tenía voladizos o barandillas externas, solo ventanales con hojas de guillotina sin rejas o barrotes que daban testimonio, por otro lado, de lo segura que era la isla.

—Solo alguna tribuna suelta —dijo Riera.

—He oído que los menorquines les llaman *boínders* —aclaró Guasch —, parecido al *oriel window*.

Pasada la plaça de Sant Roc el griterío se volvía más animado. Guasch vislumbró ventanas abiertas en busca de aire respirable y sintió pesar por los estoicos vecinos de aquel barrio, tan oscuro como imprescindible en todas las ciudades portuarias.

—¿Cuál es la taberna en la que estuvo jugando mi hermano?

Guasch estiró el cuello y volteó la cabeza a un lado y a otro de la calle.

—Si no me equivoco, estamos muy cerca.

Giraron en la concurrida esquina de Santa Cecilia y se abrieron paso con decisión, procurando a la vez no excederse en su empeño. No convenía provocar a la etílica muchedumbre, por la sencilla fórmula de que a más cantidad de alcohol ingerido, mayor es el nivel de sensibilidad y agresividad que muestra su tomador.

—Tendríamos que haber venido en otro momento —gritó Guasch para hacerse oír.

Encontraron el portal.

Antes de adentrarse en el tugurio tuvieron que someterse a una rigurosa inspección por parte del voluminoso vigilante. El *curro* les hizo un gesto para que dejaran salir a varios individuos de paso vacilante y, solo entonces, les autorizó a entrar.

El lugar estaba abarrotado. Si antes el subinspector había quedado fascinado con la amalgama de razas, ahora hizo lo propio con las lenguas y los acentos que escucharon: inglés americano y británico, francés, italiano y un lenguaje cargado de jotas que Guasch asoció al holandés. Fue incapaz de identificar el resto de los idiomas que oyó.

—Aquí no se puede jugar a las cartas —señaló Toni Petit, encaramado a un taburete.

—Hay una sala en la parte posterior —aclaró Guasch.

—¿Había estado ya aquí? —preguntó Riera.

—No, lo he leído en el informe.

Lograron avanzar hasta el mostrador sorteando cuerpos malolientes empapados en sudor, saliva y alcohol, y Guasch se descubrió pensando en el lavado a fondo que necesitaría su traje. No le gustaban esos ambientes.

Policarpo Trinidad, el estrábico, menudo y cabezón propietario del establecimiento que había permanecido encerrado en prisión varios días a raíz de la desaparición de Carlos María, se avino solícito a mostrarles el garito de las timbas, haciendo caso omiso a la poco oficial indumentaria de Riera o la presencia de Toni Petit. Guasch recordó una de las habituales máximas de su padre, Gaspar Tur, apodado Picaflor, cuando decía que la gente pone menos trabas a determinadas situaciones después de recibir un buen susto.

Seguramente por eso era tan aficionado a darlos.

Trinidad les hizo pasar a su lado del mostrador, agarró una linterna de llama fútil y corrió una cortinilla que ocultaba una compuerta diminuta y que daba a un breve pasillo al final del cual se abría otra portezuela de idénticas proporciones. Guasch tuvo que plegarse en dos para franquearlas. Una vez en la sala de juego, el tabernero encendió dos faroles que colgaban de las paredes e iluminó un espacio que, contra todo pronóstico, resultó ser amplio y agradable. El centro de la sala estaba dominado por una mesa maciza cubierta por un impecable tapete de terciopelo rojo. A un lado se apilaban una docena de sillas.

—Les juro que no volveré a usarla —aseguró el tiparraco de mirada desviada y contrita.

Guasch sonrió ante la mentira flagrante e hizo un gesto vago con la mano para que el otro interpretara lo que le viniera en gana.

—¿Qué sucedió aquella noche? —se interesó Riera.

Policarpo explicó lo que sin duda habría contado decenas de veces durante las últimas dos semanas:

—Organicé una partida de *munti* con ocho jugadores. El que actuaba de banquero tuvo que ser reemplazado a las pocas manos, ya que no era capaz de cubrir las apuestas de uno de los participantes, que jugaba muy fuerte. Mucho más que los demás.

—Carlos María.

—El mismo. Tuvo que encargarse él de la banca y se adaptó a las apuestas del resto, aunque los animaba a incrementarlas. Asumió el papel sin esfuerzo, era evidente que el señor se movía en unas cifras inalcanzables. Así pasamos buena parte de la noche.

—¿Tuvo algún contratiempo con alguien?

—Al contrario. Se lo pasó en grande toda la velada, hasta que decidió irse, pero dejó dicho que volvería otra noche a jugar antes de regresar a Madrid.

—¿Lo dijo así, tal cual? —insistió Riera.

—Sí, señor. Con estas mismas palabras.

—Tengo entendido que empezó perdiendo y que después se recuperó.

—Sí. Aquella noche nadie perdió demasiado.

—Eso significa que ninguno de ellos tendría motivos para querer vengarse de Carlos María, pero ¿cree que alguien pudo buscarlo para desvalijarle?

Trinidad rotó de derecha a izquierda su fenomenal cabeza.

—Uno de los requisitos para entrar aquí es que yo conozca a los jugadores, o que gente de mi entera confianza me dé buenas referencias. También puedo dejar pasar a algún forastero beodo siempre que no me parezca peligroso.

—¿Y de qué forma llegó ese caballero aquí? Imagino que a él no lo

conocía.

—Pues lo cierto es que sí. Jugó en mi casa varias veces hace un par de años y nunca dio problemas, más allá de beber como un cosaco y de manosear a las damas. Solía perder dinero alegremente. Era, por decirlo de alguna manera, el jugador ideal, que es el que financia la partida sin alterarse.

—¿Recuerda algo más?

—Se marchó poco antes de dar la partida por concluida. Otros continuaron un rato más tras su marcha, ya con otro ritmo de apuestas, por supuesto.

—¿Y Joan, el *mestre d'aixa* ibicenco? —se interesó el subinspector.

—Ganó algo y se largó.

—Antes que Carlos María.

Asintió.

Guasch observó que Riera suspiraba aliviado antes de dirigirse de nuevo a Policarpo.

—¿Qué puede contarnos de él? —preguntó.

—¿De Joan? Que juega bien, bebe mucho, habla por los codos y no soba demasiado a las mujeres. Tiene fama de ganar más cuando lleva la banca, y eso genera rumores de que no juega limpio.

—¿Y qué opina usted? —preguntó Guasch.

—Que nunca he visto nada raro y por eso le permito que siga viniendo.

—¿Y ahora le dejará volver? —preguntó de forma inesperada Toni Petit.

—Si es inocente, no veo por qué no.

—¿Quizá porque acaba de decir que no organizará más timbas? —le recordó Riera.

—Hum… Ah, sí… claro…

Los cuatro permanecieron un momento sin hablar. Policarpo se secaba con un pañuelo sucio y empapado los chorretones que le resbalaban por la frente.

—Hay otro acceso —planteó Guasch después de examinar la estancia con la mirada.

Trinidad señaló otra cortina que, según explicó, comunicaba con una vivienda, también de su propiedad, y que daba al exterior.

—¿Podemos verla?

—No tardarán mucho, ¿verdad? Necesito regresar a la tasca para atender a la clientela.

—Descuide.

El tabernero fue corriendo en busca de las llaves mientras ellos aprovechaban para registrar la sala a fondo. No descubrieron nada fuera de lugar.

El apartamento de Trinidad, en la planta superior, se componía de

una cocina, un cuarto de aseo y tres pequeñas habitaciones en exceso perfumadas que en ese momento estaban desocupadas. No era necesario ser muy sagaz para comprender que a lo largo de la noche serían utilizadas de modo repetitivo por las meretrices que pululaban por la taberna ofreciendo sus servicios a los fogosos y alcoholizados clientes. Lo extraño era que todavía no estuvieran ocupadas.

Se despidieron, salieron a la calle y se fundieron con la multitud internacional y multirracial que incluía también a jóvenes a todas luces menorquines.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Toni Petit.

—La idea era visitar el lugar en el que vieron a Joan con Carlos María por última vez. Vamos para allá. Queda cerca.

—Tiene que ser aquí —supuso Guasch mientras miraba a uno y otro lado del carrer de Bellavista.

El griterío había ido menguando a medida que se alejaban de Es Barrio y llegaban a una zona tranquila. Más allá solo existía una oscuridad homogénea que daba fe de que estaban en el límite de la ciudad. La luna permitía distinguir las siluetas de varios molinos de viento y, a lo lejos, la forma espigada de una chimenea industrial. A sus pies se extendía un fragmento de la formidable lengua de mar que conformaba el puerto. Las embarcaciones, con los mástiles tenuemente iluminados, se mecían con suavidad en el agua profunda.

—Esa es Cala Figuera —informó Toni Petit, señalando a levante.

—¿Y tú cómo lo sabes? —preguntó Guasch, todavía poco familiarizado con la cartografía menorquina.

—Por la fábrica. Nos lo explicó Santiago Sintes cuando llegamos al puerto. —El crío vio la duda reflejada en el rostro de Guasch y añadió —: es un vendedor que nos acompañó desde Ciutat y que trabaja allí.

Calibraron para sí sus sensaciones.

—A ver, ¿y qué le ha contado exactamente el testigo ese? —preguntó Riera, escupiendo todo su desprecio en las últimas palabras —. ¿Estaba mi hermano torturando a Carlos María en plena calle?

—Que estaban hablando.

—Pues tendrá una vista prodigiosa, porque aquí no hay mucha luz.

Por mucho que Riera estuviera obcecado en justificar a Joan, con o sin argumentos, era justo reconocer que en esa ocasión tenía razón.

—Supongamos que sea cierto y fueran ellos —propuso Guasch.

—¡Discrepo!

—Solo es una hipótesis, Riera. Déjeme plantearla, por favor.

El subinspector masticó unas palabras por lo bajo, como solía hacer cuando disentía de su opinión. Esta vez no puso mayores objeciones y le permitió proseguir.

—¿Qué hacían aquí? ¿Se encontraron por casualidad o se habían

citado? ¿Hacia dónde se dirigieron después, juntos o por separado, y para qué?

—No podemos saberlo.

—Lo sé, solo quiero formular las preguntas en voz alta por si nos sugieren algo.

—Pues no creo que…

—¡Socorro! —gritó de repente Toni Petit.

—¿Qué sucede? —preguntó Riera, alarmado.

—¡Ayuda! —vociferó de nuevo, ahuecando las manos en torno a la boca.

El crío esperó un instante antes de hablar.

—No se ha movido ni una sombra. Aquí se puede matar a alguien sin que nadie se entere o mueva un dedo para evitarlo.

Examinaron los alrededores y comprobaron que, en efecto, los chillidos no habían provocado reacción alguna en el vecindario que dormía, les ignoraba o, sencillamente, estaba fuera de casa.

Riera se asomó a la pared vertical que los separaba del margen lateral del puerto.

—Hay una rampa ahí abajo. Carlos María pudo comentar la partida con Joan, despedirse de manera amigable de él, bajar al muelle silbando o cantando a voz en grito, subir a una embarcación cualquiera, y si te he visto no me acuerdo. ¿Quién está capacitado para controlar el movimiento de este puerto? Sería necesario un batallón al completo, y ni aun así…

—Tiene razón —secundó Toni Petit—. Puede estar en cualquier sitio.

Guasch dejó escapar un nuevo suspiro y tuvo que admitir que estaban en lo cierto.

Cabía cualquier cosa.

No tenía claro si estaba cansado o perdido. Se dijo que las dos cosas. Aquel primer día apenas le había servido para ubicarse, tanto en lo referido a la investigación como al lugar. Sabía que debía ser constante y paciente, que ese era el único modo en que era capaz de obtener resultados. Pero aquel caso atípico le daba mala espina y lo adivinaba complejo.

Rememoró el momento en que, días atrás, después de resolver un asunto lúgubre en la villa de Getafe, llegó a la sede del cuerpo y fue convocado de inmediato por don Francisco Serrano, el director general de la Guardia Civil y, por ende, del Cuerpo de Investigación del Crimen. Apenas entró, su superior y el visitante que le seguía, un caballero de cabello escaso y frondosas patillas de boca de jarcha, se levantaron para recibirle.

El acompañante no era otro que Carlos Marfori, el todopoderoso favorito de la reina Isabel II de España.

No era difícil reconocerle, más allá de su fisonomía robusta y su capilaridad despistada, por su actitud confiada y desenvuelta, quizá inevitable en quien habita bajo el ala protectora, cuando no la propia falda, de su majestad la reina. Era evidente que se sentía cómodo en el cortijo que para él eran Madrid, la península, las islas o las provincias de ultramar.

Las órdenes para Guasch fueron claras: salir cuanto antes con destino a Menorca para encontrar al hijo de Marfori, misteriosamente desaparecido. La noticia no le llenó de alegría, y no por el hecho de visitar una isla para él desconocida, sino porque las circunstancias fueran aquellas y justo cuando tenía intención de pedir unos días de permiso para visitar a su esposa, Lucía Lequerica, en París, algo que necesitaba para calmar sus ánimos decaídos.

Su mente divagó hasta Riera. Fuera culpable o no su hermano, le debía el esfuerzo de descubrir la verdad por la amistad que les unía y porque, en el pasado, el subinspector lo ayudó de manera desinteresada cuando él lo requirió.

¿Qué no haría por él?

Fue el propio Riera quien lo sacó de su ensimismamiento.

—Ha dicho antes que lo conoce. ¿Cómo es Carlos María de Santos y… hum…?

—Carlos María de Campos y Fernández de Córdoba.

—Eso, su ilustrísima.

—Coincidimos un par de años en el instituto, en Madrid. Su familia es originaria de San Fernando, en Cádiz, y lo envió a estudiar a un internado muy reputado. —Guasch recordó ciertas escenas y se encogió de hombros—. Era un imprudente. Su forma de ser no casaba demasiado con la mía y nunca tuvimos demasiado trato. Terminaron sacándolo de allí y creo que regresó a Cádiz, donde lo podían atar más en corto. Me encontré con él tiempo después en Madrid, en un par de actos públicos a los que me vi obligado a asistir y en los que comprobé que se desenvolvía con soltura. Solo cruzamos unas palabras de cortesía.

—¿Tiene alguna teoría sobre qué le ha podido pasar?

—Como comprenderá, hace días que no pienso en otra cosa, y teorías tengo muchas. —Hizo una pausa y se mesó el pelo mientras ordenaba las ideas—. Hay tres posibilidades: la primera es que alguien lo haya secuestrado y lo mantenga retenido; otra, que a raíz de su innegable capacidad de ostentación, le hayan robado, agredido y, en último término, eliminado…

—¿Que lo han matado, quiere decir?

—Sí. —Se desabrochó el botón de la americana—. No termina de encajarme la primera opción, la del secuestro, pese a la caótica situación política que vivimos en España.

—¿Por qué?

—Porque sería una medida de presión, una ocasión para exigir lo que sea y obtenerlo por la fuerza. Si fuera ese el caso, alguien debería a estas alturas haber reclamado algo.

—¿Quién podría estar interesado en secuestrarle?

Sonrió con tristeza al recordar la situación caótica de la capital unos días atrás, cuando abandonó la meseta para dirigirse hacia Cataluña. Madrid era un campo de batalla.

—Viendo el panorama, me atrevería a responder que cualquiera. Los republicanos desean dinamitar la monarquía; los progresistas están en contra de las injerencias de la Iglesia en la Corte de Isabel II, han salido del gobierno y renegado de las últimas propuestas de O'Donnell ante el fracaso de las chapuceras sublevaciones de Prim, quien, por cierto, está huido y condenado a muerte desde lo de Villarejo de Salvanés. Quizá estén buscando nuevas fórmulas para presionar a la reina. Por supuesto, están los masones, aunque personalmente no me encaja que lleven a cabo medidas tan personalistas. Y, por qué no, algún espadón por puro interés personal.

Riera le miraba boquiabierto.

—¿Todo eso hay en Madrid?

—Y estas son solo algunas de las facciones dentro de las que, como no puede ser de otra manera, también hay divisiones importantes…

—¿Cuál era la tercera opción de la que hablaba antes? —se interesó Toni Petit.

—Esconderse por iniciativa propia, pero tampoco me termina de encajar. La noche de su desaparición salió a divertirse y, según Policarpo, tenía intención de regresar otro día. ¿Sucedió algo a última hora de la noche que le asustó hasta el punto de verse forzado a ocultarse?

—¿Dos semanas?

—Eso es, subinspector. Demasiado tiempo. Además, ¿por qué no sencillamente pedir ayuda a la autoridad? Es un sinsentido. Carlos María es una persona que disfruta de una posición social privilegiada, tal y como les he explicado, y con un comportamiento complejo…

—¿Complejo significa barriobajero?

—Llámelo como quiera, ya lo ha escuchado usted mismo.

—No comprendo qué hacía un hombre de su talla en un cuchitril así.

—Divertirse, ¿qué va a ser? Según sus gustos, claro.

Riera le propinó un codazo de complicidad.

—Estar cerca de los Borbones es lo que tiene, ¿eh?

—No creo que tenga nada que ver. —Guasch se acercó con cuidado al acantilado y apoyó un pie en una roca—. De las opciones que acabo de listar, la única que en este momento se me antoja lógica es la de

que le hayan asaltado, quizá con la simple idea de robarle.

—Se me ocurre una cuarta opción —intervino Toni Petit. Guasch y Riera lo miraron en silencio—. Que haya sufrido un accidente y quien le cuida no sabe que lo andan buscando.

—Es factible —reconoció Guasch—. Tenemos que conseguir que toda la isla de Menorca esté al corriente.

—¿Quién habrá sido? —murmuró Riera.

Unos aullidos llegaron procedentes de Es Barrio, seguidos de unas carcajadas.

—Cualquiera, Riera —respondió incorporándose—. Eso es lo que deberemos averiguar.

4

Manos a la obra

Guasch se despertó varias veces durante la noche y se levantó fatigado y de mal humor. No recordaba con precisión los sueños tormentosos que había padecido, pero sí algunos pensamientos recurrentes, casi obsesivos, que le asaltaron durante la noche. Unos habituales, relacionados con el nuevo caso al que se enfrentaba, en esta ocasión sin cadáver de por medio; otros, imágenes repetitivas de investigaciones pasadas que no lograría borrar nunca de su memoria y, por último, unos nuevos y difíciles de asimilar, con nombre, apellido y condición: Lucía Lequerica, esposa.

Lamentaba no haber sido del todo sincero con Riera cuando este se interesó por ella. Se había limitado a responder con vaguedades: que seguía como de costumbre, que se reunían cuando podían, que estaba estudiando mucho… Nada más lejos de la realidad. El motivo de esa mentira piadosa era que no se veía con ánimos de explicarle que se encontraba alicaído porque Lucía había decidido tomarse una nueva pausa en sus estudios para centrarse en los cuidados de su buen amigo, el magnífico poeta y excelso sinvergüenza Charles Baudelaire, quien padeció meses atrás un severo ataque de sífilis que lo había dejado paralítico y sin habla. La madre del artista, conocedora de la amistad que la unía a su hijo y de su formación en medicina, había acudido a ella desesperada nada más llegar de Bélgica. Su esposa no solo le recomendó que ingresara en una reconocida clínica parisina, sino que, para más *inri*, abandonó sus estudios para apoyar al equipo médico en los cuidados de su amigo.

Guasch era comprensivo con los deseos de Lucía y siempre la había animado a proseguir su educación y cumplir su sueño de licenciarse en la prestigiosa Academia de París. Se sentía orgulloso de ella y había hecho también suyo aquel anhelo, tal vez incluso más que ella misma. Jamás le había reprochado que tuvieran que vivir separados en países distintos ni, en estos momentos difíciles, que socorriera a un buen amigo; lo que le disgustaba y había desencadenado una discusión primero y un velado malestar después fue que abandonara la carrera *sine die* para atender a un crápula egoísta que ahora solo recogía el fruto de sus excesos. Guasch podía comprender la admiración literaria que su esposa sentía por el poeta, pero al mismo tiempo consideraba que, a título personal, Baudelaire no merecía ningún sacrificio. La echaba de menos, era inevitable, y solo pedía que esa separación fuera por un motivo que valiera la pena y no por un deshecho humano que

solo atendía a sus propios caprichos.

Estaba ya preparado y se disponía a bajar las escaleras cuando escuchó una risa femenina, diáfana, que en un primer momento le recordó a Lucía. Su presencia allí era algo del todo imposible, pero eso no evitó que se le encogiera el corazón. Le costó poco adivinar que se trataba de Sarita, la desgarbada, rubia y pecosa hermana de Andreu, a la que por fin tendría ocasión de saludar.

Por la amistad de sus padres, Andreu, Sarita, Guasch y sus hermanos habían coincidido y jugado a menudo durante su infancia. La mujer era tres años mayor que él y, según le contó Andreu, había contraído matrimonio con un oficial de la marina estadounidense y se había mudado a la costa este de Estados Unidos para, posteriormente, enviudar. Se había quedado en América con sus dos hijos un tiempo antes de regresar a Maó, donde Andreu, soltero y sin compromiso, los había acogido con gozo.

Por un motivo u otro, hacía casi dos décadas que no la veía.

Guasch descubrió que Riera y Toni Petit habían bajado al comedor y terminado de desayunar. Los anfitriones estaban celebrando en ese momento alguna de las ocurrencias del subinspector y se volvieron al entrar él en la sala.

Su reacción al verla fue de sincera sorpresa.

—Déu meu, Sarita! Ets tu?

La mujer que se levantó de la mesa había ganado en esbeltez, y el cabello rubio de antaño se había oscurecido hasta adquirir un elegante tono castaño claro veteado de reflejos dorados. La constelación de pecas, sin embargo, permanecía inalterable en su rostro sonriente y le confería un aire juvenil.

—¿Marquitos?

Rieron.

Guasch estrechó los dedos finos que ella le tendía y se los acercó a los labios para sentir un delicado aroma a agua de colonia de azahar. Levantó su mano y la miró de arriba abajo para terminar exclamando:

—¡Pero si eres toda una mujer!

—¿Cómo es posible, si solo han pasado dieciocho años desde la última vez que nos vimos? Oye, tú tampoco eres el niño de rodillas peladas que yo recordaba, ¿eh?

—¿Y qué me dices de los granos? —añadió Andreu.

Toni Petit se desternillaba. Se lo estaba pasando en grande.

Guasch puso cara de fastidio
—¿A qué viene este ataque frontal hacia mi persona? Si lo sé, me quedo en mi cuarto.
Rieron de nuevo.
El acento de Sara, que ya no Sarita, era peculiar, como si el tiempo vivido en el extranjero rodeada de yanquis hubiera dotado a su dicción menorquina de una imperfecta aunque graciosa capa de sofisticación.
Tomaron asiento mientras un miembro del servicio se apresuraba a reemplazar una bandeja vacía por otra a rebosar. El *berenar* era delicioso: *truites italianes*, *formatjades* de carne, queso o *brossat*, y una aromática horchata *de sa bona*.
El amplio comedor, en la planta baja, se asomaba a un patio interior al que también daban las ventanas de los dormitorios de la primera planta. Todo en aquella casa era espacioso: el salón, el zaguán, la escalera, la biblioteca, el descansillo o *replà* y, por supuesto, las habitaciones. Techos altos, cuadros de reputados pintores locales que colgaban de las paredes, muebles de maderas nobles y cortinas confeccionadas con delicadas telas importadas de los más variados puertos internacionales. La residencia era en su conjunto una oda al buen gusto. Andreu le había explicado que era habitual en las casas mahonesas que los dormitorios se situaran en la zona central y que era paradójico que, cuanto mejor era la casa, más recóndita y oscura acostumbraba a ser la alcoba de su propietario.
Guasch agradeció la charla distendida con los anfitriones y la posibilidad de olvidar por un instante sus dolores de cabeza. Confiaba en que después del descanso y con la mente fresca, supiera encontrar soluciones a situaciones que *a priori* parecían inviables.
Preguntó a Sara por su vida en Estados Unidos de América, un país con menos de un siglo de antigüedad que acababa de salir de una sangrienta guerra civil.
—Allí, cada estado o, mejor dicho, cada ciudad, es un mundo. Boston es muy estimulante gracias a su vida intelectual y a que está en constante transformación, dispone de una industria fuerte y de un puerto comercial extraordinario. —Se detuvo para meditar—. Creo que podría decirse que refleja muy bien la juventud y la energía del país. Antes de la *civil war* ya era uno de los principales centros abolicionistas, un estandarte de la justicia social y de la igualdad. Era fascinante.
—¿Cómo se vivió allí la guerra?
—En Massachusetts no hubo enfrentamientos, pero la vida cotidiana sí se vio muy afectada. El fervor patriótico se propagó entre toda la población, que estaba más unida que nunca. Además, el alistamiento de los hombres fue constante y nos obligó, me refiero a las mujeres, a

adoptar nuevas responsabilidades en el ámbito público.

—¿Le afectó mucho a usted? —preguntó Riera, que se cubría la mejilla con la mano.

La tenía hinchada, pero, pese a ello, no perdía detalle de las explicaciones de la anfitriona ni tampoco, consideró Guasch, de sus atractivas y equilibradas facciones, de las que era complicado abstraerse.

Una sombra cruzó los grandes ojos verdes de la joven viuda, que entornó sus largas pestañas con pesar.

—Mi esposo murió en la batalla de Bull Run, en Virginia, al poco de iniciarse el conflicto. Aquello hizo que me involucrara todavía más en la guerra. Recaudé fondos, cuidé heridos y lideré junto con otras damas infinidad de campañas de concienciación. Fue un esfuerzo necesario y que, visto en perspectiva, valió la pena.

Se encogió de hombros y Guasch comprendió que era oportuno cambiar de tema.

—¿Y qué tal es tu vida en Maó después de residir en un lugar tan estimulante?

—Dorothea Dix, la superintendente de enfermeras del ejército, me ofreció una vez terminada la guerra ayudarla en sus cruzadas, pero… —por un instante quedó abstraída— … decidí que debía cerrar esa etapa de mi vida y regresar a Menorca. No me arrepiento de haber venido, si te refieres a eso, Marc. Este es mi hogar. Creo que la razón no puede negar al corazón aquello que verdaderamente desea y, en mi caso, necesitaba regresar al lugar al que pertenezco.

Guasch se preguntó por el motivo que hacía palpitar el suyo, pero el amago de reflexión quedó interrumpido por un gemido apenas perceptible.

—¿Qué sucede, subinspector? —preguntó Andreu, frunciendo el ceño—. ¿Se encuentra bien?

Riera se removió en el asiento y cerró los ojos con fuerza.

—Hace unos días que siento un dolor terrible en la boca —respondió como pudo—. Tengo una muela que me hace ver las estrellas.

La anfitriona se levantó rauda y fue a buscar un ejemplar de *El Diario de Menorca* que reposaba en una mesilla auxiliar. Lo extendió y señaló un anuncio que se publicaba en la última página.

—Conservación de la dentadura —leyó—. Mister Julian Ticoulat ha llegado a la isla con un gran surtido de dientes y dentaduras enteras… Limpia, empasta y orifica… A ver… Mire: extrae dientes, sobredientes y muelas con la mayor facilidad. —Levantó la vista del papel—. Estoy convencida de que le podrá ayudar.

—He oído hablar bien de él —añadió Andreu.

Riera hizo un gesto con la mano con el que daba a entender que iría

cuanto antes.

Tres golpes en la puerta principal resonaron justo cuando el reloj de péndulo del salón marcaba las ocho.

Guasch cayó en la cuenta de que no había probado bocado.

No tenía apetito.

—Me temo que el capitán Febrer es más diligente que yo —dijo, plegando la servilleta y levantándose—. Sarita, ha sido un placer volver a verte y charlar contigo de nuevo. Ya tendremos ocasión de continuar esta conversación.

Se pusieron todos de pie.

Sara le tendió de nuevo la mano, al tiempo que ensanchaba su sonrisa pecosa.

—Eso espero, Marquitos. Eso espero.

La casa en la que estaba instalado el dentista Ticoulat durante su estancia en Maó se encontraba en la calle de Hannover, en pleno centro. Siguiendo las instrucciones de Sara, a Riera y a Toni Petit no les costó localizarla. Se trataba de una edificación modesta, de una única planta y que contaba con una pequeña zona ajardinada en la que descansaba un carro de color azul y diseño peculiar que sería, sin lugar a dudas, el que empleaba el dentista para viajar por el mundo con sus herramientas, sus enseres y su arte.

Tocaron a la puerta cuando se escuchó un alarido desesperado en el interior.

—Mejor volvamos otro día —dijo Riera, girando sobre sí mismo.

Una mujer abrió la puerta con brusquedad.

—¡Pasen, caballeros! —exclamó con los ojos bien abiertos—. ¡Les aseguro que no se arrepentirán!

—No, si ya nos íbamos… —mintió Riera—. Nos… nos hemos confundido.

La mujer señaló la mano que llevaba aplastando su mandíbula y dijo:

—¡Mister Ticoulat sana cualquier dolor de boca! ¡Sus manos son milagrosas!

El grito agónico se repitió. Con la puerta entreabierta se escuchó con mayor claridad. Parecía que aquel pobre desdichado estaba siendo torturado por un tribunal de la Santa Inquisición.

—Lo serán para los que logren sobrevivir…

—¡Naturalmente que sí! ¡Entren, por favor, están en su casa!

La mujer de edad indeterminada y entusiasmo desmedido se hizo a un lado y, sin saber bien cómo, Riera se encontró sentado en un cuartito en el que esperaban dos hombres de rostros abollados, frentes sudorosas y miradas angustiadas. Ambos, como si se hubiesen coordinado, se presionaban la mandíbula con la palma de la mano.

Estaban tan concentrados en aguantar el dolor y contener las ganas de salir corriendo de ese matadero que no repararon en su presencia.

Colgaba en uno de los muros un cuadro de notables dimensiones y escasa calidad artística que representaba a una santa de cabeza desproporcionada rodeada por una aureola ensartada por un sinfín de rayos dorados. A los pies de aquella mártir de cuerpo deforme y facciones angustiadas se incluía un escrito: «Santa Apolonia, patrona del dolor de muelas».

—Todo irá bien —dijo Toni Petit, tomando asiento de un salto en una de las sillas vacías—. Recuerde que Santiago Sintes y Andreu han comentado que se hablan maravillas de este dentista.

—Se habrán confundido…

Toni Petit le hizo la consulta a la mujer, que vigilaba la calle por la ventana a la espera de nuevos e incautos pacientes.

—No hay más cirujanos dentistas en la isla —respondió ella sin desatender la vigilancia—. Por eso Mister Ticoulat se queda tanto tiempo en Mahón, porque hay infinidad de bocas que curar.

Riera notó una nueva punzada de dolor agudo, gimió por lo bajo y empezó a rezar a santa Apolonia con toda la fe que no había sentido en sus más de cuarenta años de vida.

Su suerte estaba echada.

La puerta de la consulta se abrió para dejar salir, vivo y por su propio pie, a un paciente de rostro violáceo y mejilla abultada como un huevo de avestruz que, sin embargo, parecía sentirse aliviado.

O eso quiso pensar.

Una voz afrancesada dio la orden desde el interior para que entrara el siguiente paciente mientras la mujer se encargaba de cobrar un buen dinero al que salía. Fuera lo que fuese que pretendiera cobrarle a él, el franchute estaría bien pagado. ¿Qué no daría por librarse de su tormento?

Los gritos, los rezos, las salidas y los cobros se repitieron hasta que, finalmente, cuando otros tres doloridos clientes esperaban tras él, llegó su turno.

Riera accedió, seguido de Toni Petit, a una habitación iluminada por un gran ventanal. El mobiliario se componía de un sillón reclinado, una cómoda repleta de objetos y herramientas de formas retorcidas y punzantes y una jofaina de agua rojiza. El dentista, Mister Julian Ticoulat, permanecía de espaldas mientras terminaba de secarse las manos con una toalla.

Se dio la vuelta.

Un delantal salpicado con unas gotas de sangre le cubría el pecho. Tenía el pelo revuelto y mostraba una ristra de dientes perfectos, resplandecientes y desproporcionadamente grandes.

—Bienvenidós a mi consulta, caballegós! —dijo con un marcado

acento francés.

Otro cuadro de la misma santa colgaba de la pared. Esta vez, sin embargo, ejecutado por una mano más dotada, resultaba bien proporcionada y su dentadura impecable transmitía confianza y al mismo tiempo cierta inquietud. El letrero que la acompañaba proclamaba en esta ocasión: «Santa Apolonia después de ser tratada por Mister Ticoulat».

—Túmbese aquí —ordenó el médico con la autoridad que le otorgaba haber devuelto la sonrisa a una santa a la que antes de encontrar la muerte le fueron arrancados todos los dientes.

Riera, cohibido ante aquella magna y sanadora figura, obedeció sin rechistar.

—Pero oiga —dijo Toni Petit, rascándose la barbilla—, ¿santa Apolonia no es de la época de nuestro señor Jesucristo?

—Oh, no, no… ¡la tgaté con mis pgopias manos, pequeñó…!

—Pues yo creía que…

—¡Basta de cháchaga! —El dentista hizo un gesto enérgico con las manos antes de mirar a Riera con condescendencia—. ¡Cuente a misteg Ticoulat lo que siente!

—Mucho dolor…

—*Oh là là!* Me temo que tiene que explicagse un poco mejog, caballegó. Aquí todos vienen pogque sienten dologues.

—Dolor intenso, en este lado… Es como un hierro candente en la encía latiendo sin piedad. Luego de repente se va… y regresa mucho peor…

—¿Con dolog de cabesá?

—Hum… A veces sí.

—¿Y le queda un sabog metálico en la bocá?

—También.

—Ajá… a ver, abgalá.

El dentista le agarró la mandíbula con una mano, aferró la frente con la otra y le forzó a abrirla un poco más. Riera sintió que se iba a desencajar.

—Ggggll…

—A ver… Saque la lenguá hasia el lado opuesto del dolog.

Más obediencia ciega.

—Ajá… —El galeno se asomó hasta casi meter la punta de la nariz en la cavidad bucal—. No se muevá.

Y, sin desviar la mirada, estiró el brazo hacia la mesa para capturar una varilla metálica de punta curva con la que empezó a escarbar entre los dientes. No sintió ningún dolor hasta que Mister Ticoulat hurgó en la muela que le venía atormentando.

Entonces sí.

Su aullido debió de escucharse hasta en el puerto de Ibiza.

—Duele, ¿eh? —murmuró Mister Ticoulat con una mueca de compasión fingida.

—Córteme la cabeza y acabemos cuanto antes con esto —balbuceó Riera.

—*Oh là là!* —respondió el dentista sin inmutarse—. ¡Hombgé de poca fe! No siegué la bocá.

Con unas pinzas metálicas cogió un pedazo de algodón que empapó en un líquido verdoso. Al introducirlo en su boca comprobó que se trataba de un aguardiente con un gusto dulzón que, de manera instantánea, le alivió el dolor. ¿Qué era aquella maravilla? A continuación, el dentista se armó con un tenebroso gancho de metal, apoyó la rodilla en el brazo del sillón y empezó a raspar la muela con fruición.

Riera entrecerró los ojos llorosos y se esforzó por recordar algo agradable. Le vino a la mente el *guisat d'ous* que le preparaba su madre de pequeño.

La cabeza del francés se movía adelante y atrás. Un brillo febril resplandecía en su mirada mientras repetía una y otra vez una misma frase como si se tratara de un conjuro pagano.

Riera comprendió que estaba en manos de un genio o de un loco. No había otra opción intermedia.

Rezó a santa Apolonia y a toda la corte celestial para que se tratara de lo primero.

—Esto ya casi está, caballegó —dijo el dentista al cabo de un rato.

Mareado hasta la náusea, cuando pensaba que no iba a aguantar más, Mister Ticoulat se irguió, se quitó un mechón de pelo de la frente y anunció:

—*Voilà!*

Le aplicó una crema caliente con sabor a miel y Riera sintió que una lágrima de alivio le recorría la mejilla.

—Listo, señog —dijo el dentista mostrando su dentadura desproporcionada del mismo modo que el comerciante orgulloso exhibe su mejor género—. Dentgó de un gato ni guecogdagá el dolog. Límpiese la bocá con agua de mag y, sobgé todó, ¡explique usted las magavillosas agtes de misteg Ticoulat!

—¿Ya está? —preguntó Riera, incrédulo—. ¿Eso es todo?

—Solo faltaguía pagag a la salidá, amigo mío… ¿No es magavillosó?

—¡Y que lo diga! ¿Qué tenía, doctor?

—Un diente muy picado…, ¡picadísimo!

Toni Petit permanecía boquiabierto y el dentista le guiñó un ojo antes de dirigirse a la puerta y abrirla de un tirón.

—¡Qué pase el siguienté, por favog!

Los hombres arrastraron las sillas al levantarse cuando Guasch dio por

concluida la reunión de la mañana. Habían organizado el trabajo de la jornada y asignado las zonas de búsqueda a las diferentes unidades. La superficie sombreada en el mapa de Menorca que colgaba de una de las paredes empezaba a ser significativa, y el equipo murmuraba entre dientes que cada vez quedaban menos puertas que tocar y menos cuevas en las que husmear. Aquel trabajo, para hacerse del modo minucioso que precisaba, requería de enormes dosis de tiempo y paciencia, un tiempo que se les echaba encima y una paciencia, la de los mandamases, agotada desde hacía tiempo.

Guasch había previsto no solo reuniones matutinas a primera hora, sino también, de ser necesario, al anochecer. El cabo Parra se quedaría en la sede de gobernación para recopilar los informes y coordinar las operaciones.

La línea de investigación seguida hasta la fecha era la correcta, y Guasch consideraba que su presencia allí se debía más a las presiones recibidas por su director general que a su capacidad real para añadir sentido común a un trabajo como aquel. Sus principales funciones iban a ser mantener alta la moral del equipo y hacer de escudo frente a las tensiones que continuarían llegando desde Madrid. El único camino que se le ocurría para triunfar era registrar cualquier agujero que hubiera en la isla, y eran muchos, e interrogar a cuantos menorquines y visitantes se cruzaran en su camino, que no eran pocos.

Carlos María llevaba demasiado tiempo sin aparecer, y eso era muy mala señal.

Sin embargo, no quedaba otra que seguir trabajando y ver qué lograban averiguar.

El capitán Miquel Febrer se ajustó las bandoleras blancas que le cruzaban el torso, se quitó una mota de polvo invisible del hombro, levantó la aldaba y llamó a la puerta del número 46 del carrer de Gràcia con tres contundentes zambombazos. Guasch levantó la mirada para observar la fachada del edificio frente al que se encontraban. Sin ser propiamente un palacete, tenía sin embargo un aspecto elegante y señorial.

—Usted es nacido y crecido en Maó, ¿verdad, Febrer?

—Nacido sí, pero de pequeño me trasladé con mi familia a un pueblo de Tarragona. ¿Por qué lo pregunta?

—Porque conocerá a todo el mundo.

—He pasado casi toda la vida fuera, y al entrar en la Guardia Civil, ya sabe… Los menorquines viajamos mucho, pero amamos nuestra tierra y con frecuencia terminamos regresando. Más los *ciutadellencs* que los *maonesos*. Yo volví enfundado en este uniforme, algo que muchos aquí no comprendieron y… Lo siento, me estoy yendo por las ramas, ¿qué desea saber de Francisco Vinent?

—¿A qué se dedica? Veo que no anda escaso de cuartos.

—Por lo que sé, su familia posee inversiones en casi cualquier cosa y barcos con los que comercia con las colonias, algo habitual entre las gentes bien posicionadas de aquí. —Se llevó la mano a la barbilla—. Aunque, bien pensado, la lógica es a la inversa, tienen una buena posición económica precisamente porque mercadean con las provincias de ultramar. Creo que Vinent exporta calzado e importa azúcar y maderas tropicales. Es hermano del diputado Antonio Vinent, ¿lo conoce?

El nombre le resultaba familiar, quizá alguna vez había salido a colación en las comidas en las que tanto su padre como su hermano, parlamentarios, conversaban de política y de sus cosas.

—¿De dónde le viene su relación con Carlos María? —preguntó.

—Las dos familias son amigas, no sabría decirle mucho más. Es muy probable que Antonio Vinent tenga lazos comerciales con Marfori. Carlos María se alojaba en su casa desde que llegó, unos días antes de su desaparición. Dijo Vinent que el hecho de que no amaneciera en su cama no le causó gran extrañeza, pues no era raro en él, pero empezó a barruntar que algo no iba bien cuando al anochecer del día siguiente seguía sin dar señales de vida. Dejó pasar aquella noche y finalmente avisó a primera hora de la mañana.

—¿Cómo es? —preguntó Guasch bajando la voz.

—¿Vinent? Alto, voluminoso, calvicie incipiente…

—Me refería a su forma de ser, capitán.

—Ah, disculpe —sonrió—. Es un individuo de ademanes graves y fama de serio. Salta a la vista que su familia tiene excelentes contactos en Madrid, además de algún pariente cercano al capitán general de Cuba. De hecho, Vinent vivió muchos años allí, donde tuvo varios negocios y dos hijas y…

—¿Es buena gente?

Febrer echó la cabeza hacia atrás y le miró con curiosidad desde la dignidad que le conferían su barba de corte impecable y su siempre inmaculado uniforme.

Torció la sonrisa.

—Esa es una pregunta delicada, Guasch. Ni sé si yo mismo lo soy o no. Imagínese tener que valorar a un tercero a quien, a título personal, apenas conozco de un par de charlas superficiales en alguna cena con el subgobernador o, estos días difíciles, de varias reuniones para informarle del estado de la búsqueda. Lo único que puedo decir de él es que hace un tiempo fue concejal y segundo teniente de alcalde del ayuntamiento y que es un comerciante bien posicionado, con lo que eso implica.

—¿A qué se refiere?

Se oyeron, por fin, unos pasos lentos y arrastrados tras la puerta.

—A que Vinent ha de ser astuto y, si se tercia, capaz de pasar por

encima de quien se interponga en su camino sin romanticismos ni remordimientos. Así es como los mercaderes acumulan fortunas más o menos sustanciosas, aunque sobre eso ya sabe lo que suele decirse: *mercant i porc, no es sap lo que té fins que és mort.*

Guasch asintió, sorprendido de la imagen simplista que el militar tenía de los hombres de negocios y, al mismo tiempo, satisfecho con aquella respuesta razonada. Estuviera o no de acuerdo con él, que no lo estaba, al menos Febrer demostraba tener criterio. Le gustaba el capitán, con quien coincidió años atrás en Barcelona, cuando su traje impoluto lucía todavía los galones de alférez, en una investigación que sacaron adelante con éxito y en la que hicieron buenas migas. Encontrarle en Maó, su tierra natal, había sido una inesperada y agradable sorpresa.

La puerta se abrió por fin y colocó frente a ellos la silueta oronda de una mujer embutida en un vestido negro ribeteado de blanco. Si se sorprendió por encontrar tras la puerta a un oficial de la Guardia Civil y a un desconocido de estatura prominente, no lo demostró.

—*Bon dia i salut!* —saludó Febrer.

—*Bon dia que Déu mos do!* —respondió la criada—. ¿Qué desean los señores?

—¿Se encuentra en casa don Francisco? —preguntó Febrer.

La asistenta les cedió el paso a un amplio zaguán del que partía una escalera de piedra con una graciosa barandilla de hierro que alternaba barrotes rectos con otros ondulados. Los acompañó hasta una sala repleta de pinturas, libros y objetos variados, fruto seguramente de los múltiples viajes del empresario por el mundo. La mujer de andares desacompasados tardó en regresar. Cuando lo hizo, les rogó que la siguieran a un buró situado en la pieza contigua.

Dominaba la estancia una gran estantería repleta de gruesas carpetas. Si cada una de ellas equivalía a un negocio, aquel hombre, o su familia, poseía un auténtico imperio.

Don Francisco Vinent despegó los ojos de uno de los papeles que se desparramaban sobre su escritorio, se desprendió de unas gafas finas y se levantó. Tanto la descripción física como su carácter en apariencia circunspecto se ajustaban con precisión al retrato que el guardia había hecho de él.

—*Bon dia, capità* —saludó, mirando de reojo a Guasch e invitándoles a tomar asiento—. ¿Viene a darme buenas noticias?

—Lamento comunicarle que seguimos sin novedades, señor.

—Pero ¿se puede saber qué están haciendo? —El comerciante aplastó la yema del dedo sobre los papeles—. ¿Comprende usted en qué situación me deja esto frente a la familia de Carlos María? ¡Es imposible que se haya esfumado!

—Por supuesto, don Francisco, pero no tenemos testigos…

—¿Cómo que no? Tenemos uno que acusó al preso ibicenco.

Febrer puso cara de circunstancias.

Vinent extrajo un pañuelo de un cajón y se lo pasó por la frente. Le temblaba la mano.

—No está usted avanzando nada, capitán.

El comerciante se levantó y se dirigió a un pequeño mueble repleto de botellas de vidrio tallado y les ofreció una bebida que rechazaron. Él se sirvió una copa generosa a la que dio un trago largo.

—¿De verdad sigue sin declarar el tipo ese? —preguntó, más calmado, de regreso a su butaca.

—Niega haberse encontrado con don Carlos María.

—No lo suelten hasta que confiese, y empleen todos los medios necesarios para conseguirlo. Ya me entiende…

—Hacemos lo que podemos, don Francisco. Y le garantizo que le hemos apretado. Por lo que se refiere a su posible salida de prisión, ya sabe usted que eso no depende de nosotros.

—Entonces, capitán Febrer, dígame a qué debo el honor de su visita.

—Quería presentarle a Marc Guasch, recién llegado de Madrid y que a partir de ahora, siguiendo las instrucciones del director general Serrano, liderará las labores de búsqueda.

Vinent asintió.

—¿Le manda Francisco Serrano Bedoya en persona?

—Así es —confirmó Guasch.

—Pues le deseo toda la suerte que les ha faltado a sus compañeros.

—Espero que entre unos y otros podamos descubrir el paradero de Carlos María. Mi intención es la de disponer de toda la información y encontrar alguna pista que nos oriente sobre dónde o qué buscar. Por eso quería hablar con usted.

—Ya dije lo que sabía, y varias veces, además.

—Me consta que así es, y agradecemos su colaboración, pero, aún a riesgo de importunarle de nuevo, me gustaría pedirle que lo comparta también conmigo. —Guasch organizó las ideas con rapidez antes de que su interlocutor se pudiera negar—. ¿Qué relación tiene con la familia del desaparecido?

—No entiendo qué tiene que ver esto con…

—Se lo ruego —interrumpió Guasch—, todo puede ser importante. Fue el propio don Carlos Marfori, padre de Carlos María, quién solicitó a don Francisco Serrano mi presencia aquí. Por tanto, si me permite expresarlo de este modo, estoy en Menorca con la autorización expresa de la familia del desaparecido para hacer cuanto esté en mi mano para localizarlo.

Vinent suspiró para por fin, magnánimo, responder:

—Mi hermano y yo somos amigos de Carlos Marfori desde hace muchos años. Coincidimos en Cádiz en la juventud e iniciamos varios

negocios juntos, algunos de los cuales todavía, y pese a las circunstancias, somos capaces de mantener.

—¿Le une también una buena amistad con su hijo?

—Conozco a Carlos María desde que Marfori se casó con su madre, María de la Concepción. En aquel momento, el niño tendría poco más de diez años, doce si no recuerdo mal. Mentiría si dijera que ha crecido a mi vera y que lo conozco como si fuera mi propio vástago. No es el caso. Pero eso no quita para que sienta un aprecio sincero por él y que sea siempre un placer acogerlo en esta humilde morada.

—¿Viene a menudo?

—No, solo de manera puntual.

—¿Por alguna razón en especial?

—¿Acaso es necesario tenerla? Escapar cada cierto tiempo de Madrid es motivo más que suficiente, ¿no cree? Y todavía más viendo lo que sucede por esos pagos en los últimos tiempos.

—¿Se refiere a la sublevación del cuartel de San Gil?

—Por ejemplo. Prim y su camarilla han perdido el oremus hace tiempo. Los masones campan a sus anchas por las cloacas del país. No me atrevería a afirmar que Carlos María, por ser hijo de quien es, saliera de Madrid porque temiera por su integridad, pero sí que tal vez concluyó que era un buen momento para alejarse de todo aquel embrollo y serenarse en nuestra isla.

—¿No habló con él del asunto?

—Me pareció que no le apetecía demasiado y no quise profundizar. Lo que le he dicho no son más que impresiones mías.

—¿Sabe a qué se dedica Carlos María? —preguntó.

—Naturalmente. Su hermano Fernando optó por la carrera militar y él se responsabilizó de una rama de los negocios familiares.

Guasch se esforzó por encontrar las palabras apropiadas.

—¿Y cree que desempeña esa labor con diligencia?

—¿Acaso tendría que ponerlo en duda? Lo lamento, pero no comprendo qué insinúa…

—Que quizá carece de las virtudes que se presuponen a un buen administrador.

Vinent torció los labios.

—¿Porque le gusta salir por las noches? ¿Porque viaja por placer? ¿Considera que sus visitas a la isla son impropias de un buen gestor? —El comerciante no dio tiempo a Guasch a responder—. Me parece que Carlos María tiene edad suficiente para saber cuál es la mejor manera de organizarse. También creo que no se puede juzgar a una persona tan a la ligera. Deseo que sea usted más riguroso en sus investigaciones que con estas alegres suposiciones.

—Lamento que lo haya interpretado de ese modo, don Francisco. Solo le pedía su opinión al respecto.

—Eso mismo acabo de darle.

—¿Cómo encontró a Carlos María? ¿Cuál era su estado de ánimo cuando llegó?

Vinent apuró el contenido de su bebida y analizó el cristal tallado como si en este se ocultara la respuesta a la pregunta.

—Supongo que, ya que se trata de una persona sensata, preocupado por los últimos acontecimientos. Su padre goza de una posición privilegiada que republicanos, masones y la chusma progresista ponen en jaque.

—¿Algo más que pueda contarme?

—Llegó a Maó cinco días antes de su desaparición. Salió un par de noches para disfrutar del ambiente del puerto. También lo hacía de día, dando largos paseos por los alrededores de la ciudad e incluso adentrándose en el interior. En breve pensaba trasladarse a Ciutadella para visitar a unas amistades.

—¿Tuvo algún altercado con alguien?

—No, que yo sepa.

—¿Y la última noche?

—Salió temprano y se despidió hasta la mañana siguiente. «Quizá hasta la tarde» fueron sus palabras exactas. Estaba de buen humor.

—¿Sabe de alguien que quisiera hacerle daño?

—Ya le he dicho que no.

—¿Y qué cree que sucedió?

Suspiró con resignación.

—No tengo la menor idea, señor Guasch. Si la tuviera, ya la habría compartido con la Guardia Civil. —El reloj de la sala marcó las diez y el hombre dio una palmada en el escritorio, se levantó y les tendió una mano fría—. Me temo que les estoy entreteniendo en sus tareas. Confío en haberles ayudado. Mucha suerte en su cometido.

—Solo una última cosa, don Francisco, que no le quitará tiempo. —Vinent quedó de pie con la mano tendida y mirada interrogativa—. ¿Podríamos registrar la habitación y las pertenencias de Carlos María?

—Es un trabajo que ya hicieron sus compañeros.

—Aun así…

—Hagan lo que les venga en gana, ¡pero encuéntrenlo de una maldita vez!

El comerciante retiró la mano, gritó el nombre de la empleada y, fingiendo sumergirse de nuevo en sus quehaceres, dejó de prestarles atención.

A la salida del dentista Riera y Toni Petit descubrieron que había mucho ambiente en la calle. En grupos, en parejas, en familia. Los mahoneses había decidido salir a pasear en tropel aquella calurosa mañana de sábado: las mujeres sujetaban sombrillas con las que se

protegían del sol, llevaban vestidos de faldas abombadas que, supuso, escondían en su interior algún tipo de estructura que les daba aquel volumen; los hombres, con independencia de su edad, vestían pantalones anchos con raya en medio y chaquetas cortas con pañuelos de colores que sobresalían del bolsillo superior. Unos y otros tocaban sus cabezas con sombreros de distintas y originales formas.

Riera se sentía extraño enfundado en sus ropas de payés ibicenco.

—¿Te has fijado que todo el mundo viste como los señores?

—Van muy *a la moda* —admitió Toni Petit mirando a unos y a otras.

Al final del camí des Castell pasaron frente a la fábrica de licor de un tal Ramón Vives. Un vaho espeso se escapaba por la puerta entornada cargado de alcoholes dulzones y madera vieja. Riera asomó la nariz, se quedó mirando las botellas alineadas en la penumbra y decidió que valía la pena tomar *una copeta* que le ayudara a sobrellevar mejor el camino.

El trayecto hasta Es Castell no parecía tan largo ni tan pesado como Santos había predicho, lo que confirmaba su teoría de que el carcelero era, además de lento de reflejos, muy impreciso.

—¡A saber qué más se habrá inventado! —exclamó Toni Petit.

A la izquierda se avistaban el agua y la riba norte de la rada. Varios pequeños *llaüts* aparejados con velas latinas se deslizaban arriba y abajo impulsados por la tenue brisa estival.

A mitad de camino se cruzaron con una pareja de pastores que viajaban con las que debían de ser sus hijas, y Riera le hizo saber a su hijo adoptivo, de modo inocente y sin segundas intenciones, que las muchachitas no habían dejado de mirarlo entre sonrisas y cuchicheos.

—Las chicas son muy aburridas —zanjó el crío con la rotundidad y la gallardía propias de la juventud.

—Eso no puedes saberlo si nunca has…

—Claro que lo sé. —Y comenzó a enumerar—: No hacen guerras de piñas, no cazan lagartijas ni escupen lejos, no saben hablar eructando… ¡y tampoco tirarse al mar de cabeza! No hacen nada divertido. ¡Si ni se tiran pedos! —Miró a Riera con los ojos bien abiertos. Parecía ofendido—. ¿Usted ha visto a alguna chica tirarse uno?

Riera se rascó el cogote mientras buscaba el modo de rebatir esos poderosos argumentos.

—¿Ve como tengo razón? —sentenció el mocoso.

—Hombre, no sé… —Le guiñó un ojo—. ¿Nunca has querido darle un beso a una?

Toni Petit apretó los párpados y sacó la lengua.

—¡Puaj!

Pisaron Es Castell menos de una hora después de haber abandonado la consulta del dentista. El traslado no se les hizo pesado, y Riera lo

asoció a su espíritu animado. Nunca pasa el tiempo tan rápido como cuando uno disfruta del camino. Y eso había sido posible gracias a Mister Julian Ticoulat, el ilusionista del alicate, el mago de las muelas, el santero de dentadura perfecta. Un tipo que se aupaba, en su clasificación personal, al estatus de Su Santidad.

Los viales de Es Castell eran, al igual que la mayoría del ensanche de Maó, rectas perfectas que subían y bajaban siguiendo las suaves ondulaciones del terreno. La localidad se distribuía en torno a una gran explanada rectangular acotada por un conjunto de formidables edificios de color rojo con los bordes pintados de blanco, una combinación que se observaba en otras edificaciones de la capital. Eran los cuarteles de la dotación militar responsable de las estructuras defensivas del puerto.

Preguntaron a varios transeúntes por la vivienda de Joan, a la que llegaron tras un breve zigzagueo. El edificio no era ni grande ni pequeño y estaba compuesto por planta baja y un piso; tres ventanales se distribuían de manera uniforme en el nivel superior, alineados con la puerta de entrada y las ventanas laterales del plano inferior. Pensó cuál sería la parte que ocuparían su hermano y su mujer y se dijo que su aspecto era bastante mejor que la covacha excavada en la roca que hasta hacía un par de años fue su propia casa en Dalt Vila. Su suerte cambió después de resolver el caso de Sant Jordi junto a Guasch, pues el ayuntamiento de Vila, en agradecimiento a los servicios prestados, le había proporcionado un piso alto y luminoso frente a la iglesia de Sant Elm en el que ahora residía.

Riera sentía curiosidad por conocer a la consorte de su hermano. Sabiendo cómo era este, no tenía grandes expectativas de que fuese demasiado decente ni formal.

Tocó a la puerta mientras Toni Petit miraba arriba y abajo de la calle, silbando y con las manos hundidas en los bolsillos.

—*Bon dia i salut!* —saludó la joven que abrió—. *Què desitgen vostès?*

La mujer, de aspecto agradable, mantuvo los ojos fijos en Riera, que la imaginó valorando la similitud entre sus rasgos y los de su marido. También él aprovechó para evaluarla: estatura mediana, cabello oscuro, cuerpo voluminoso y facciones proporcionadas en una cara redonda de mejillas rojizas; una chispa risueña se adivinaba en el brillo de su mirada, que, sin embargo, se nubló con un velo de tristeza o preocupación, como si de repente hubiera pensado que Riera era portador de malas noticias.

—Buenos días —respondió Riera—. Si no nos han dado mal las indicaciones, usted es la esposa de Joan.

—Lo soy, ¿quién pregunta por él?

—Su hermano Toni y, por tanto, su cuñado. Siento presentarme de improviso y…

La joven se abalanzó sobre él y lo estrechó con fuerza entre sus brazos.

—¡Pero qué alegría tan grande!

Riera miró de refilón a Toni Petit y correspondió con torpeza a aquella espontánea muestra de afecto.

—Lo mismo digo, señora…

—Soy Dolors… ¡pasen por favor!

La mujer les condujo por un pasillo estrecho hasta un pequeño patio interior y les sirvió sendos vasos de agua fresca.

—Lamento que encuentren la casa así —se excusó Dolors mientras bebían.

Riera examinó la estancia sin entender a qué venía aquella disculpa. La casa era espaciosa y estaba perfectamente ordenada y limpia. De hecho, más espaciosa, ordenada y limpia de lo que Riera hubiera podido jamás imaginar tratándose del hogar de su destartalado hermano. De no ser porque su recién conocida cuñada lo acababa de confirmar, habría dado por sentado que se encontraba en el lugar equivocado. Aquella mujer, sin duda, además de agradable a la vista y al trato, era hacendosa.

—Si con «así» quiere decir impecable —elogió—, entonces estoy de acuerdo.

Dolors asintió halagada y cruzó las manos sobre el regazo.

Riera comprendió que le tocaba a él llevar la iniciativa.

—Hemos viajado hasta aquí apenas supimos la situación de Joan. —Ella bajó la vista al suelo—. Hace mucho tiempo, demasiado, que no sabíamos el uno del otro, y reconozco que desconocía que él… que ustedes, hubieran contraído matrimonio. Algo que, visto lo visto, celebro enormemente.

—Joan me ha hablado de sus padres, de usted y de Regina. Me alegra que, pese a todo, nos conozcamos. No sabe cuánto le agradezco que haya venido para ayudarnos.

Riera pensó que tenía mucho que averiguar sobre su hermano y que lo más sensato sería mantener una charla distendida, que la conversación fluyera por cauces naturales y que las respuestas cayeran por su propio peso.

—Tiene una casa preciosa —insistió.

—La construyó mi abuelo en un *trast* que heredó de…

—¿Un *trast*?

—Oh, un pedazo de tierra, quería decir. —Riera hizo un gesto para que prosiguiera—. Pues eso, que mi padre, que en paz descanse, heredó la casa y de él pasó a mí. Arrendamos habitaciones a trabajadores de La Mola. En el arsenal no se gana demasiado de un tiempo a estar parte, ya se habrá fijado en lo abandonada que está, y Joan va colaborando con algún *mestre d'aixa* construyendo *llaüts*.

Entre lo que él trae a casa y los alquileres logramos mantenernos con cierta holgura.

Riera aguzó el oído, pero no escuchó sonido alguno.

—Imagino que los inquilinos están ahora trabajando. ¿Son ibicencos? Nos han dicho que hay muchos en el pueblo y que están contratados en la fortaleza que construyen al otro lado del puerto.

—¿Por qué no viven allí? —preguntó Toni Petit, que hasta ese momento había permanecido en silencio, balanceando las piernas que le colgaban de la silla.

—*I tu qui ets, polit?* —se interesó ella con voz dulce.

—Toni Petit, sobrino de usted. Para servirla.

Aquel maldito enano sabía comportarse cuando le daba la gana.

—La respuesta a tu pregunta es que en S'Altra Banda no hay ningún pueblo, ni casa, ni residencia donde los obreros puedan dormir. Es una zona militar. Por eso en Es Castell ofrecemos alojamiento que, además, no es demasiado caro. El modo más rápido y sencillo de llegar es cruzando el puerto con barcas desde Calesfonts, que queda aquí abajo.

—¿También los militares que se alojan en los cuarteles de la explanada se emplean en la obra de la fortaleza? —inquirió Riera.

—Desde luego, ¡es inmensa!

Riera asintió complacido y tamborileó con los dedos sobre la rodilla.

—Dolors, quiero ayudar a mi hermano y necesito comprender bien qué hace. Le agradecería que nos contara cualquier cosa que nos pueda ser útil, como con quién va, por dónde se mueve… Ya sabe.

—Lo cierto es que no, Toni, ni sé ni entiendo qué está pasando ni lo que hay que hacer, pero si algo está en mi mano, por favor, cuente conmigo. Me pregunta por sus amistades, y ahí sí le puedo decir que su mejor amigo es Pep Ramón, con quien acostumbra a *fer vinachus*…

—¿Qué quiere decir?

—Que les gustan la noche, el vino y el juego.

—¿Dónde puedo encontrarlo?

—Pep se aloja con nosotros y es peón en La Mola. Regresará al anochecer.

Riera hizo un gesto de agradecimiento. No estaba dispuesto a esperar.

—¿Hay alguna barca que cruce el puerto a estas horas?

—Es posible. El trasiego es constante.

Riera arrastró la silla al incorporarse y Toni Petit tuvo que saltar para bajar de la suya.

Dolors fue a incorporarse, pero torció el semblante en un gesto de dolor y se llevó las manos al estómago.

—¿Se encuentra bien?

Ella soltó un soplido profundo, sonrió y levantó la mano para pedir

disculpas.

—No es nada, no se preocupe… Es solo que ya estoy casi a punto.

—¿A punto de qué?

Dolors dirigió los ojos a su barriga y Riera reparó por primera vez en que el vestido camuflaba una forma esférica. La mujer la acarició con unos suaves movimientos circulares.

—De dar a luz, por supuesto. Las punzadas son ahora más frecuentes e intensas, y la partera dice que no me queda mucho. Si Dios quiere, en breve será usted tío, Toni. No podía haber llegado en un momento más oportuno.

Calesfonts era un preciosa ensenada de fondo arenoso que se adentraba en la vertiente meridional del puerto, a los pies de Es Castell y no lejos de la plaza de armas, la explanada del acuartelamiento militar.

El sol ascendía brioso hacia su cénit provocando que sus rayos mordieran con ahínco la sudorosa testa de Riera. Toni Petit, silbando, se daba aire con el abanico de nácar que había sustraído en el ómnibus. A lo lejos, en unos salientes rocosos, unos chiquillos jugaban a tirarse al mar entre risas y chillidos.

—¿No te gustaría ir con ellos? —preguntó Riera.

—¿Bromea? —Resopló—. ¡Esto es mucho mejor!

—No sabes lo que dices. —Riera se detuvo, apoyó una rodilla en el suelo y lo agarró por los hombros—. ¡Eres pequeño y deberías estar trasteando con los demás!

—Yo no soy igual que los demás. ¿Qué tiene de malo que lo acompañe? ¡Esta vez no hay muertos y solo buscamos a un señor! Es como jugar al escondite, puedo ayudar a encontrarlo. Le aseguro que es más divertido que lanzarse al agua. Eso ya lo haré con mis amigos cuando volvamos a Vila.

Riera no supo rebatir aquellos argumentos. Bufó, se incorporó y retomó el paso cansino para continuar descendiendo la rampa que daba a la orilla.

Frente a ellos, al otro lado del puerto, se desplegaba una extensión de tierra sobre la que se repartían unos muros altos y largos. Le llamó la atención que estuvieran tan cercanos.

—Es el lazareto, ¿recuerda? —dijo Toni Petit cuando lo comentó en voz alta—. Santiago Sintes me explicó que no era una isla y que la parte que queda en la costa norte está unida a tierra.

Se aproximaron a un grupo de pescadores que bregaba con una enorme madeja de redes. Los mandaron a Es Planet, un trecho arenoso que quedaba pasada la punta de poniente de la cala y en el que descansaban varias embarcaciones pequeñas. Dos hombres vestidos con uniformes militares contemplaban, con los brazos en jarras, un

bote que se alejaba de la costa impulsado por las remadas de dos bogadores de aspecto marcial. Tres individuos vestidos de civil completaban la tripulación.

Riera corrió hacia los soldados.

—¿A dónde se dirige esa barca? —gritó.

—A La Mola —respondió uno de ellos sin mirarles ni alterar el gesto.

—¡Necesitamos ir con ellos!

—Me temo que no va a ser posible —dijo el otro—, ¿no ve que ya han zarpado?

—¡Pero si están cerca! —Riera empezó a agitar los brazos—. ¡Eh! ¡Regresen!

Las cabezas de los remeros se volvieron hacia él. Riera se descalzó y se arremangó los bajos del pantalón mientras agitaba una mano. Los del bote habían detenido la boga y parecían hablar entre ellos, dubitativos.

—¡Vuelvan, por favor!

Uno de ellos negó con la cabeza e introdujo el remo en el agua para continuar con el paleteo. Entonces se escuchó la voz aguda de Toni Petit, que se desgañitaba:

—¡Que reme él! ¡Vamos, vengan! ¡Él remará lo que haga falta!

El mocoso señalaba con el dedo índice a Riera mientras hacía aspavientos.

Los militares se mofaron a su espalda y Riera creyó oír risotadas desde el bote. Tras una breve conversación, introdujeron las palas en el agua, dieron la vuelta a la embarcación y comenzaron a deshacer el camino hacia la costa.

—*Puta boix des ous!* —renegó Riera, dirigiendo a su hijo una mirada de rencor—. ¿Así me agradeces que te sacara de la calle?

—¿Qué pasa? —Toni Petit fingió sorprenderse—. ¿No quería que volvieran?

—¡Te voy a desheredar!

—¡Pero si no tiene nada!

—¡Tengo una cueva!

—Uy, sí, el agujero ese…

—Pues te devolveré al hospicio.

El crío puso los ojos en blanco.

Les dejaron sitio entre chanzas y Riera no tuvo más remedio que arremangarse y, gimiendo y resoplando, ponerse a remar. La pala parecía tallada en roca maciza, y hundirla en el agua e impulsar el batel resultó ser una tarea titánica. A medio trayecto ya estaba exhausto y empapado en sudor, suplicando por un relevo que, entre abucheos, le fue concedido. El sol atizaba con fuerza sobre su cuerpo derrumbado mientras trataba de recuperar el resuello. El traidor de

Toni Petit intentaba congraciarse cogiendo agua con las manos y refrescándole la cabeza. Le hubiese gustado dialogar con sus compañeros de viaje y hacer alguna averiguación sobre la fortaleza o sobre Pep Ramón, al que, tal vez, alguno de ellos conocía, pero no tenía fuerzas para hablar.

Por fin alcanzaron la costa arenosa de Cala Teulera.

Los tripulantes saltaron a tierra sin prestarles atención y desaparecieron de su vista.

Toni Petit le esperó con los pies sumergidos en el agua y expresión angelical. Riera tardó en incorporarse y, a rastras, logró salir de la embarcación para tumbarse en la arena con los brazos extendidos hasta reunir los ánimos suficientes para levantarse y echar a andar.

El crío, listo, se mantenía lejos de su alcance.

Ascendieron por una cuesta corta y empinada que iba de la playa hasta la explanada superior. Riera subió despacio, mientras recuperaba la capacidad de pensar con claridad.

Maldito cuerpo. Años atrás aguantaba el esfuerzo físico como un chaval.

O eso, o se estaba aburguesando.

Arriba, la actividad era febril, y la obra, colosal. Frente a ellos se desplegaban, a un lado y a otro, sendos lienzos de piedra flanqueados por un largo esqueleto de madera sobre el que se repartían numerosos trabajadores. El trasiego era hipnotizante, con obreros que iban y venían cargando herramientas, planos u objetos extraños; carros con mulas que espantaban moscas con la cola mientras esperaban a que completaran la carga. Oficiales y soldados rasos; operarios y maestros de obra. Todos permanecían ocupados. En la vorágine, nadie se fijó en ellos.

Preguntaron por Pep Ramón y siguieron las indicaciones hasta llegar a una torre de defensa que quedaba a media altura de la gran explanada de La Mola. El torreón se encontraba en reparación.

Junto a él, sentados en unos exquisitamente esculpidos cubos de marés, se distribuía un corro de hombres que daban bocados furiosos a unas gruesas rebanadas de pan colmadas de sobrasada de un intenso color anaranjado. Vestían las habituales prendas de los campesinos ibicencos, idénticas a las suyas propias. A medida que Riera y Toni Petit se aproximaban, la conversación fue menguando y les fueron prestando mayor atención. Alguno dejó la comida a medio masticar. El buen talante fue reemplazado por una curiosidad expectante.

—¿Toni Riera? —dijo uno de ellos—. ¿De verdad eres tú?

—¿Qué hace este aquí? —preguntó otro con una mueca.

Riera reconoció algunos rostros, entre ellos varios familiares de jugadores a los que había arrestado en alguna de las numerosas partidas clandestinas que, tiempo atrás, desmanteló a lo largo y ancho

de la isla de Ibiza.

—Así que esta es la famosa comunidad ibicenca de Es Castell —dijo Riera apoyando las manos en las caderas—. Si casi parece que estoy paseando por el muelle de Vila…

—Una pequeña parte —puntualizó uno.

—*Com va, senyor Riera?* —saludó el hijo de un conocido.

Riera le correspondió con un gesto.

—¿Sabéis que sois los únicos que no dan palo al agua?

—¿También tenemos que rendir cuentas contigo en Menorca? —espetó el malcarado de antes—. ¿Piensas detenernos?

—Respira tranquilo, lumbrera. No tengo nada contra ti… por ahora. —Riera los examinó uno a uno—. ¿Quién de vosotros es Pep Ramón?

Las miradas confluyeron en un tipo corpulento que comía con parsimonia. El hombretón levantó un dedo.

—¿A qué debo el honor? —preguntó sin dejar de masticar.

—Me gustaría que charláramos un poco.

—¿Conmigo? —Pep, al fin, dejó el bocado a medias.

—¿Podemos hablar a solas?

El hombre arqueó las cejas y se incorporó.

—Imaginaba quién era usted por el parecido —comentó Ramón mientras se alejaban del resto y tomaban asiento a una distancia prudencial—. Supongo que está aquí por su detención…

—Me han dicho que es un buen amigo de mi hermano Joan.

—Es cierto.

—Pues le agradecería que me contara algo que me ayude a sacarlo de prisión.

—No sé qué decirle, más allá de que no creo que Joan tenga nada que ver con el desaparecido.

—¿Por qué?

—Porque le conozco bien. No haría daño a nadie de manera voluntaria y sin venir a cuento. Además, ese hombre es muy importante. ¿Qué pinta Joan con él, al margen de la timba que compartieron? No le conocía.

—Por lo visto, fue el último en verle con vida.

—Eso no quiere decir nada.

—Lo sé, es lo que me han contado. ¿Vio a Joan después de la partida?

Negó con la cabeza.

—Llegó bien entrada la madrugada. Yo hacía tiempo que dormía. A la mañana siguiente vine a trabajar y tampoco coincidimos.

—¿Y por la noche? —Pep titubeó y Riera prosiguió— ¿Está seguro de que no lo vio? Lo detuvieron a la mañana siguiente.

Pep Ramón emitió un largo suspiro, se sacó con la uña un resto de comida de entre los dientes y elevó los ojos al cielo despejado.

Empezaba a levantarse una brisa agradable que relajaba el ambiente.

Por fin.

—Tampoco coincidí con Joan la noche siguiente.

—Entonces ¿cómo sabe que no se conocían?

—Porque se lo dijo a Dolors.

Riera decidió proseguir.

—A ver, Pep, Joan me explicó que abandonó antes la partida y fue directamente a casa, pero hay un testigo que afirma haberle visto esa misma noche, más tarde, en compañía de Carlos María. ¿Qué opina?

—Que es mi amigo y le creo.

Fe ciega. En eso consistía la amistad.

Para Guasch y para cualquier investigador sensato, sin embargo, aquello no significaba nada.

—Supongamos que sea verdad que Joan coincidió con Carlos María —prosiguió Riera—. ¿Qué hizo desde que salió de la timba hasta que se encontraron?

Ramón levantó las cejas.

—No sé a qué se refiere.

—Quiero saber si mi hermano oculta algo.

Pep Ramón negó de manera enérgica con la cabeza.

—Estoy seguro de que no.

—Ayer conversé con el vigilante del puerto y se refirió a Joan en términos no demasiado halagadores. Sé que cortejó a su hija y que la cosa no terminó bien, pero me dio la sensación de que había algo más. ¿De qué se trata?

—Solo opina que Joan no es de fiar, eso es todo.

—¿Y lo del encuentro nocturno? —volvió a probar.

Pep Ramón se levantó y se palmeó la pechera para retirar unas migas rebeldes.

—Dudo mucho que Joan le haya mentido a su propio hermano, que ha venido desde Ibiza para ayudarle a salir de prisión. Yo diría que es inocente y que no tiene nada que ocultar. Es un tipo normal, ni más ni menos, no un criminal. Es trabajador y ordenado.

—¿Ordenado él?

—¿Cuánto hace que no se ven? Tal vez ha madurado y usted no lo sabe, ha pasado mucho tiempo desde que se marchó de Ibiza. Le gusta la noche, es cierto. También a mí y a tantos otros. No hay nada de malo en eso. Estoy convencido de que, sea lo que sea lo que le haya pasado a ese señor, Joan no tiene nada que ver.

Riera se incorporó y se situó frente a él.

—Me encantaría creerle, pero ¿por qué tengo la sensación de que se me escapa algo?

—Se confunde, Toni. —Pep Ramón miró a sus compañeros, que se empezaban a poner en pie—. Tengo que regresar…

—Una última pregunta: si tuviera que buscar al hombre desaparecido, ¿dónde lo haría?

—En Menorca hay infinidad de sitios para esconderse.

—Me basta con uno. Dígame dónde miraría.

—Si no lo han encontrado ya… ¡Llevan muchos días con esa historia!

—Yo voy a empezar ahora.

Pep Ramón puso los brazos en jarras y arrastró la mirada por el horizonte, en dirección sur. El viento había subido en intensidad y le revolvía el pelo ondulado. Sus ojos regresaron al lugar en que inició su inspección y señaló un punto con el dedo.

—Yo miraría en el castillo de Sant Felip.

Riera ahuecó la mano y la apoyó en la frente para ver mejor.

—Pero si está en ruinas. ¿No es de allí de dónde sacan la piedra para construir esta fortaleza?

—En parte sí. Pero yo no me refiero a la superficie, sino a los túneles. —Se encogió de hombros—. Por lo que he escuchado decir siempre, lo que hay ahí abajo es un gran misterio.

5

La Ramona

Guasch lanzó un manotazo y las moscas revolotearon. Estaba hastiado de aquellos malditos insectos que no hacían más que posarse en su rostro, en sus manos y en cualquier otro fragmento de su anatomía. Era última hora de la tarde, pero hacía todavía un calor bochornoso y el ambiente de la sala, denso e inmóvil pese a tener las ventanas abiertas, provocaba una desagradable sensación de asfixia.

Los guardias se aventaban con abanicos, hojas de papel y hasta con las manos en busca de una brizna de aire con la que minorar el sofoco.

Riera se había incorporado oficialmente a la investigación. No le costó demasiado convencerle con el argumento de que el mejor modo de ayudar a su hermano era dar con Carlos María. Más difícil fue hacerle entender a Toni Petit que no podría asistir a la reunión de aquella tarde en la sede de Gobernación en la calle de San Fernando. El niño se marchó con el mentón alto diciendo que ya investigaría él por su cuenta.

El capitán Febrer se había sentado junto al subinspector y ambos escuchaban, cariacontecidos, las explicaciones del cabo Fulgencio Parra sobre las inspecciones del día. Bastaba con ver las expresiones del equipo para comprender que no se había producido ningún avance y que seguían sin tener pista alguna sobre el paradero del gaditano. El cabo sombreaba en el mapa las zonas rastreadas a lo largo de la jornada.

—La dimensión de la isla es inabarcable para un equipo tan reducido —lamentó—, por mucho que contemos con la colaboración de algunos efectivos de la dotación militar.

—Discrepo, cabo —rebatió Febrer—, al menos en parte. Contamos con tres docenas de hombres, dieciocho parejas, suficientes para visitar muchos parajes y hablar con mucha gente. Hay que estar atentos.

—Y lo estamos, capitán, pero nadie ha visto nada.

—Siempre hay alguien que ve algo —dijo Guasch repitiendo una de sus máximas.

—También en esta ocasión —alegó Febrer, volviéndose hacia él—. Tenemos al testigo que usted interrogó que dijo que Carlos María estaba en compañía del detenido a altas horas de la noche.

Riera arrugó la nariz para poner en duda la fiabilidad del testimonio.

Cuando Guasch lo había presentado al equipo omitió adrede que Riera era hermano del sospechoso que aguardaba en prisión. No quería malas interpretaciones por parte de sus hombres.

—Desde luego —admitió Guasch—, pero anoche estuvimos en el lugar y la oscuridad impedía reconocer los rasgos de nadie.

El oficial resopló en su asiento.

—¿Cree que el declarante se confunde o que miente?

—Yo no creo nada, capitán, solo hago una observación.

Unos golpes resonaron en la puerta, que se abrió para dar paso a la rechoncha fisonomía de don Agustín Sevilla y Manero, subgobernador civil de la isla. Guasch había averiguado que este era su segundo mandato en Menorca y que durante el primero, además de otras mejoras significativas como la fundación de la Sociedad de Socorros, había gestionado la instalación del primer cable de telégrafo submarino que había unido la isla con la Península.

El hombre lucía una tez bronceada y saludable, pero llevaba la cara desencajada. Agitó un papel que traía en la mano.

—Ha llegado un telegrama de Madrid en el que me exigen resultados inmediatos y un informe detallado de la situación. —El dirigente apoyó las manos en la mesa—. Díganme que tenemos algo más que un hombre retenido por… por nada.

Guasch vio que Riera asentía y que, con la barbilla elevada, paseaba la vista a su alrededor para que los demás advirtieran cuán acertada consideraba aquella observación.

El subgobernador posó la vista en el subinspector.

—Seguimos escudriñando en todos lados, don Agustín —dijo Guasch—. Le aseguro que se está haciendo un buen trabajo.

—No seré yo quien lo niegue, Guasch, pero debo rendir cuentas ante unos superiores que, obvia decirlo, están muy nerviosos. Esta gente no quiere solo un buen desempeño, sino que exige resultados.

—No podemos ir más rápido que el tiempo, señor.

El preboste dejó caer los hombros en actitud derrotada.

—¿No hay nada más que podamos hacer?

Fue Riera quien, de modo inesperado, respondió:

—Me han recomendado inspeccionar los pasadizos subterráneos del antiguo castillo de Sant Felip.

—¿Y usted quién es? —interpeló el subgobernador.

—Toni Riera, subinspector de la policía de Ibiza.

—¿De Ibiza? ¿Y qué hace aquí?

—El señor Riera está aquí por petición expresa mía, don Agustín —aclaró Guasch—. Hemos colaborado con anterioridad y quería contar con su ayuda también en esta ocasión.

Tampoco esta vez consideró oportuno revelar los lazos sanguíneos de los dos ibicencos.

El mandamás pasó la mirada de Guasch a Riera varias veces, como si no comprendiera que pudieran trabajar juntas, e incluso relacionarse, dos personas de apariencia tan dispar.

—Entiendo —dijo con cara de no entender nada—, pero ¿y su uniforme? ¿Qué hace vestido como un vulgar campesino ibicenco?

—Le procuraremos un traje —dijo Guasch, rápido.

—Eso espero. Este hombre no puede ejercer autoridad alguna vestido de esta guisa.

Febrer miró a Riera.

—Respecto a su propuesta de examinar las ruinas de Sant Felip, he de decir que es muy poco probable que haya alguien oculto allí. Es más, diría que es imposible.

—Según me han asegurado, hay unos corredores abandonados. ¿Han sido registrados?

El capitán tomó aire y lo expulsó con lentitud.

—No creo que sea necesario.

—¿Por qué?

—Porque para acceder a ellos hay que pasar por unas dependencias del ejército que todavía están en pie en las que siempre hay personal militar y que, como supondrá, no están abiertas al público. Además, muchos de esos túneles se encuentran en estado de ruina, y otros nos son desconocidos. Desde que se marcharon los ingleses están sellados e inexplorados porque es inviable entrar. Por eso digo que ahí abajo no hay nada ni nadie.

—Sigo sin entender por qué no podemos explorarlo —insistió el subinspector—. Muy poco probable no significa que sea imposible.

—Repito, porque no es un lugar fácilmente accesible para esconderse ni, debido a las características de esa infraestructura militar, mantener a alguien retenido. La dotación y los canteros trabajan allí fuera, lo que hace el lugar todavía menos apropiado para cualquiera de estas hipótesis.

—Aun así…

Aquello era un cuestionamiento repetitivo a la autoridad de Febrer, que Guasch intuyó que se disponía a replicar con contundencia a aquel irrespetuoso ibicenco con aspecto y modales de payés.

—Me bastan un par de hombres, capitán —intervino Guasch—. Mañana a primera hora nos acercaremos nosotros con ellos a revisar los túneles. No creo que perdamos nada más allá de un par de horas de nuestro tiempo.

Febrer hizo una mueca.

—Le aseguro que no serán un par de horas, Guasch —dijo el capitán —. No tendrán suficiente ni con dos o tres días. E, insisto, a causa de la demolición hay muchos tramos que son inseguros o están bloqueados.

—No le demos más vueltas. Mañana echamos una ojeada y zanjamos este asunto.

En ocasiones, la mejor manera de conseguir que alguien ceda a las pretensiones de uno, sin emplear la fuerza que le pueda por ley corresponder, pasa por mostrar un mínimo de educación.

—Se lo ruego…

—Usted manda —accedió por fin.

Don Agustín les abandonó con la misma premura con que había llegado y, tras su marcha, trataron algunos detalles menores sobre la organización de la jornada del día siguiente. Quedaron en reunirse a primera hora para valorar brevemente los últimos resultados de la tarde.

Los guardias, espoleados por Febrer, salieron a la carrera cuando este dio por finalizada la sesión, dejando solos a Guasch y a Riera, que terminaron de recoger la sala en un silencio meditabundo. A la salida, pasaron bajo la ondulante bandera rojigualda que lucía el escudo de Isabel II y se detuvieron frente a la puerta de entrada.

—Hemos registrado las pertenencias que Carlos María dejó atrás en la casa de Francisco Vinent —dijo Guasch—. No hay nada destacable, salvo el hecho de que, en mi opinión, viajaba con muy poco equipaje.

—Será un hombre práctico.

—O que salió de Madrid a la carrera sin poder llevarse su equipaje habitual. No sé si es relevante o no, tan solo es una impresión.

—Sus impresiones suelen ser acertadas, Guasch.

Riera dirigió una mirada apesadumbrada al muro oeste del claustro de los carmelitas en el que se ubicaba la prisión. La calle estaba tranquila a aquellas horas en las que el sol anaranjado del atardecer regaba con mesura los tejados de la ciudad y concedía una nueva tregua a los sufridos y acalorados menorquines. Una figura femenina se apoyaba bajo una de las ventanas altas del muro de la penitenciaría en una pausa para reponer fuerzas.

—Voy a visitar a mi hermano —anunció el subinspector—, tenemos mucho de qué hablar.

—¿Quiere que le acompañe?

—Se lo agradezco, pero esta conversación tendrá un aire personal que irá más allá de la investigación. —Calló y se volvió hacia él—. Me gustaría, eso sí, pedirle un favor.

—Usted dirá.

—¿Podría buscar a Toni Petit y comprobar que está bien? Cuando se le mete algo en la cabeza es capaz de cualquier tontería con tal de salirse con la suya, ya sabe…

Guasch detectó movimiento por el rabillo del ojo y, al girarse, descubrió una pequeña cabellera pelirroja que se aproximaba corriendo.

—Diría que ha sido él quien nos ha encontrado a nosotros.

Toni Petit se detuvo frente a ellos, se agachó y apoyó las manos sobre las rodillas mientras recuperaba el resuello. Entre muecas y resoplidos no resultaba sencillo distinguir su expresión. Guasch habría dicho que sonreía.

—*Què passa, Toniet?* —preguntó Riera.

—Síganme —dijo el crío con la voz entrecortada—, quiero que conozcan a alguien.

Aquella a la que llamaban la Catalana, la Ramona o la Tacones, en realidad ni era catalana, ni se llamaba Ramona ni, a aquellas alturas de su vida, calzaba tacones. A Clotilde Mestre Cerdà, natural de Es Molinar de Llevant, cerca de la Ciutat de Mallorca, y con tendencia a llevar cómodos zapatos planos, no podía resultarle más indiferente aquel cúmulo de apelativos superficiales y contradictorios. Y es que la Ramona era así, sencilla y práctica, romántica y sensible, leal y, sobre todo, bondadosa con quienes la rodeaban: las fulanas con quien compartía penas, los botarates que se encaprichaban de ella y por los que a menudo perdía la chaveta o los niños desarrapados que conseguían hacerla reír y abrirse un huequito en su corazón. Era una apasionada de las causas perdidas, de los hombres sin rumbo y de las criaturas sin futuro.

Toni Petit sabía aquello y, también, que aquella mujer de pechos inmensos y asentaderas colosales a la que conoció en las calles marginales y los tugurios más inmundos de Ciutat había sido desde que se cruzaron sus caminos un punto de apoyo para él. Aunque breve. Porque nada con la Ramona duraba demasiado, y cuando la mujer quedó prendada de un majadero por el que bebía los vientos, de un día para otro y sin avisar a nadie, desapareció con él. Nada más se supo de ella en los ambientes turbios de la capital mallorquina, esos en los que la Ramona era algo más que un simple desecho, un error de la sociedad.

Toni Petit la añoró, pero se hizo fuerte y se obligó a desterrarla de su mente, al igual que hacía, por necesidad e instinto de supervivencia, con todos aquellos que, de manera voluntaria o no, salían de su vida y lo abandonaban a su suerte, como sus padres, fueran quienes fuesen; como Pere Pau, su buen amigo, al que no lograba olvidar, o como la Ramona y sus amores imposibles.

De nada sirve seguir queriendo a quien ya no está.

No se molestó cuando Riera y Guasch le impidieron acudir a la reunión de aquella tarde, lo daba por sentado, pero se hizo el ofendido para mantener las apariencias, porque, ya lo decía Pere Pau, quien nada tiene solo puede hacerse valer.

Había acompañado a Riera hasta la sede del gobierno civil, con su

imponente bandera de España, para después encaminarse con paso tranquilo hacia una de las calles que conducía a Es Barrio.

—¿A dónde vas? —preguntó Riera a su espalda—. Nuestra casa queda al otro lado.

Toni Petit se despidió con la mano sin desvelar sus intenciones. Sabía qué buscaba y qué hacer para encontrarlo, le había estado dando vueltas mientras iba con Riera de un lado a otro en sus andanzas matutinas y había llegado a una conclusión: en una ciudad, la porquería y los secretos fluyen por las alcantarillas. Y su especialidad era circular por ellas.

Así que se puso en marcha.

Deambuló por las calles estrechas con las manos en los bolsillos y los ojos bien abiertos. Lo que más le llamó la atención no fueron los gatos dormidos al sol ni los cántaros en las ventanas, sino aquella especie de fiebre blanca que parecía haberse apoderado del vecindario o, más bien, de la población entera: mujeres con pañuelos apretados en la cabeza y hombres encaramados a escaleras que se afanaban en blanquear los muros con brochas gruesas y cubos de cal. Lo hacían con una seriedad casi religiosa, purgando en cada brochazo no ya los propios pecados, sino los de todas las generaciones que habían habitado tras aquellas paredes.

Los numerosos relojes de sol construidos con pizarra negra y el verde de las parras trepadoras destacaban todavía más sobre las relucientes fachadas.

Toni Petit se acercó a una anciana que, plegada sobre sí misma, encalaba la parte baja de un muro.

—*Perdoni, senyora* —dijo—. *Què passa avui?*

La mujer se incorporó despacio y Toni Petit imaginó que su espalda chirriaba a medida que se desdoblaba. La abuela, con la cara y el vestido manchados de blanco, miró a un lado y a otro sin ver, en apariencia, nada destacable.

—No sé a qué te refieres, jovencito…

—A toda esta gente, igual que usted, blanqueando como si tuvieran que pasar revista.

—¡Ah, eso! —dijo, mostrando unas encías grises —. ¡Es que hoy es sábado!

—¿Quiere decir que hacen esto cada semana?

—Así es, ¿quieres echarme una mano?

Toni Petit parpadeó un par de veces y rechazó el ofrecimiento con educación. Bastante tenía él con no mancharse los zapatos y centrarse en lo suyo.

Tocó la puerta de algunas viviendas desconchadas, sorteó con su desparpajo habitual las reticencias de sus interlocutores e indagó sobre el puñado de nombres que había memorizado la noche anterior.

Localizó a varios de ellos y enumeró a unos cuantos personajes del submundo mallorquín con los que se había relacionado en Ciutat en busca de conocidos comunes.

Y ¡sorpresa!, sin pensarlo ni mucho menos esperarlo, dio con la Ramona.

Ni más ni menos.

¿Quién le iba a decir que vería de nuevo a la mujerona rebosante de carnes y bondad a la que daba por perdida?

Recuperó su memoria del baúl de los recuerdos y apartó de un plumazo el polvo y las telarañas que la cubrían. Se sintió feliz de poder hacerlo.

El eco de los golpes se propagó en el interior del piso y vino acompañado del sonido de unos pasos sigilosos. Cuando la Ramona la abrió, se cubrió la boca con la mano y emitió un grito de sorpresa:

—*Ay, es meu nin!* ¡Pero si estás igual de canijo que siempre!

Dio un paso hacia él, lo rodeó con sus brazos robustos y lo apretó contra sí, sumergiéndolo en los mullidos pliegues de su cuerpo.

—*Ramona, no puc respirar…*

Ella soltó una risa hilarante, lo liberó dichosa y le hizo pasar y sentarse en una sillita de asiento trenzado en cruz. Le sirvió un vaso de agua fresca, rebosó sus nalgas en otro taburete igual de insignificante y se interesó por su suerte.

Toni Petit la puso al día de las andanzas de varios conocidos comunes. Le habló del destino de Pere Pau, al que la Ramona también conocía, y de su reciente adopción por parte del subinspector de policía Toni Riera, que la mujer celebró con unas palmaditas silenciosas y una lagrimilla de emoción.

—Tú con un policía ibicenco y yo con un tunante menorquín, ¿eh? —dijo dando cabezadas—. Los dos hemos cambiado nuestra *roqueta* por otra isla. ¡Quién nos lo iba a decir!

La Ramona se refirió a su Cosmi, el sujeto con el que escapó y al que seguía unida, que resultó ser un fantoche con escasas luces y carácter agrio que no la trataba bien, aunque tampoco demasiado mal, y que no daba más que para regentar la tasca más lúgubre de aquel suburbio de perdición. La Ramona ofrecía allí sus servicios junto con otras dos bullangueras naturales de Cataluña.

Toni Petit dejó que se desahogara y la mujer lamentó con pesar que, con lo cultos e inteligentes que eran los menorquines, a ella hubiera tenido que tocarle precisamente el peor. Él se solidarizó raudo y confirmó lo incomprensible de ese hecho en una dama como ella.

—Un príncipe, Ramona, tú te mereces un príncipe, ¡o como poco un marqués!

Ella le miró de refilón.

—Tú te estás choteando de mí, ¿verdad?

—¿Yo? ¿Con lo que te quiero? ¡Jamás!

—¡Caray! No esperaba encontrarte en Maó. ¿Y qué haces tú aquí, *nin*?

—He venido a blanquear tu pared —bromeó.

—Uy, sí —dijo ella, risueña—, aquí todos los sábados es obligatorio, una religión. Yo digo siempre que, más que una buena costumbre, es una mala manía. Cuéntame lo tuyo, por favor.

Toni Petit le habló del hermano de Riera y de la desaparición de Carlos María.

—Ah, sí…

—¿Lo conoces?

—¿Y quién no? La Guardia Civil y la soldadesca llevan días preguntando por él.

—No de oídas. Me refería a si le conoces en persona.

—Lo he visto alguna noche, pero no ha estado conmigo, si te refieres a eso. Un caballero así va con señoritas más finas que una servidora.

—¡Pero qué dices, Ramona, si tú eres la mejor!

La prostituta soltó una risotada.

—Sigues tan zalamero como siempre.

—Qué va, Ramona, ¡ahora mucho más! —Toni Petit intuyó que ahí había algo—. Oye, ¿y con quién sí ha estado ese caballero al que viste en alguna ocasión?

Ella, consciente de que había sido pillada en falta, contuvo la respiración.

Fiel y leal con las suyas, como siempre.

—Ramona, dímelo, por favor, esta vez es importante.

—¡Siempre dices lo mismo!

—Será porque siempre es verdad. ¿Acaso crees que yo te mentiría?

—¡Ya lo creo! ¡Eres un descarado!

—Venga, Ramona, por favor… —Juntó las palmas de las manos—. ¡Cuéntamelo!

—Sí, sí, un descarado… ¡y un caradura!

—Ah, ¿sí? ¡No sabía que se pudieran ser las dos cosas a la vez!

—¿Cómo que…? —bufó—. ¡Eres un sinvergüenza!

—¡Cuántas cosas! Vamos, Ramona, ¡me lo debes!

E insistió hasta que la Ramona, para variar, se lo terminó contando.

Toni Petit les guiaba a la carrera. Guasch y Riera a duras penas conseguían seguirle el paso. En la calle empezaban a brotar los especímenes más necesitados de sexo, jarana y alcohol. El crío se giraba en cada esquina para comprobar que no se perdían y, cuando iban a alcanzarlo, arrancaba de nuevo a correr.

Por fin, el pequeño se detuvo frente a una puerta que cruzó sin

llamar.

Guasch llegó primero y esperó a que arribara el agitado subinspector.

—Este enano me va a matar —espetó entre toses.

—Vamos, Riera, no exagere.

—¿Dónde se ha metido? —Oteó dentro de la vivienda—. ¿Le ha sonsacado algo?

—¿Toni? —Guasch tocó con los nudillos al marco de la puerta—. Solo sé lo que nos ha dicho antes, que le siguiéramos y que nos contaría al llegar.

La voz de Toni Petit emergió de las profundidades del apartamento.

—¡Entren y cierren!

La vivienda comenzaba en una pequeña salita que hacía las veces de cocina. Las paredes blancas acumulaban una espesa capa de hollín. El ambiente olía a guisos antiguos, a sueños rotos y a humedad.

La cabeza pelirroja asomó por el marco de una puerta.

—¿Por qué tardan tanto?

Al entrar descubrieron la presencia de dos mujeres de aspecto dispar: una de cuerpo voluminoso, edad incierta y belleza marchita ataviada con un vestido negro, y otra de aspecto infantil y desvalido que se sentaba sobre un jergón.

Tenían las manos entrelazadas, como si se quisieran dar fuerza la una a la otra.

Riera frunció el entrecejo y miró al niño, que hizo una seña hacia ellas.

—Esta es mi amiga Ramona —presentó, breve.

—Buenos días, señoras. Soy Toni Riera, y este caballero es Marc Guasch —dijo, pasando por alto su pertenencia a la autoridad—. Hum… Estamos en Maó para ayudar a mi hermano, que se encuentra encerrado injustamente en prisión.

—¿Injustamente? —dijo la mayor—. Su hermano hace trampas a las cartas. ¡Lo sabe todo el mundo!

—No es ese el motivo por el que está detenido.

—Eso yo no lo sé, pero no venga a decirnos que es un santo varón…

—Tranquila, Ramona —dijo Toni Petit.

—¡Ni tranquila ni puñetas!

—Señoras —empezó Guasch—, si estamos aquí es porque ustedes pueden saber algo que nos ayude a dar con el paradero de don Carlos María, el hombre desaparecido hace un par de semanas y…

Guasch calló cuando reparó en que las mujeres lo miraban boquiabiertas.

—Ejem, ejem… —carraspeó Riera—. Lo que el señor Guasch quiere decir con estas palabras tan complicadas es que necesita que nos cuenten lo que sepan de ese caballero.

—No tienen nada que temer —añadió Guasch—. ¿Le conocen?

La más joven dedicó una mirada a la mayor que tanto podía buscar su apoyo como recriminarle haberla metido en ese compromiso.

Riera apoyó el hombro en la pared y se cruzó de brazos.

—Soy yo quien le conoce —dijo la chica al fin; su voz desgastada daba a entender que ni era tan joven ni tan desvalida como aparentaba—. Estuvo conmigo la madrugada en que desapareció.

—¿Y por qué no lo refirió a la autoridad? —la regañó Riera.

—Lo importante es que la señorita nos lo está contando ahora —se apresuró a decir Guasch antes de dirigirse a ella con suavidad—, y le estamos muy agradecidos. ¿Sería tan amable de continuar, por favor?

—Estaba en la taberna del Turco. Él entró, intercambiamos unas palabras y subimos a los cuartitos del primer piso. Era tarde.

—¿Antes o después de la partida de Policarpo?

—Después. Me dijo que acababa de salir y me estuvo hablando del juego. —Se permitió una sonrisa fugaz—. Me explicó que no le había ido mal, señor. A cierta clase de gente la vida siempre le sonríe. El que tiene de sobra no lamenta las pérdidas o, al menos, las asume no diré que con alegría, pero sí con indiferencia.

—¿De qué más hablaron?

—No hablamos demasiado, ya sabe… Pero cuando terminamos, mientras se vestía, me dijo que le gustaría volver a verme la noche siguiente.

—¿Se lo dijo así, tal cual?

—Sí, ¿por qué?

—Porque confirma que Carlos María hacía planes para los días siguientes —dijo Guasch mirando a Riera—. Creo que podemos asegurar que en ese momento no tenía intención de desaparecer.

—No disponía de mucho margen para cambiar de opinión. —Riera se dirigió a la prostituta—. ¿Estaba nervioso o preocupado por algo?

La mujer negó con la cabeza.

—Para nada. Estaba un poco borracho, pero no demasiado. Y muy excitado. Demostró ser muy fogoso y…

Calló.

—¿Y?

—Nada. No creo que esto sea de su interés.

—Si calla, no lo podremos saber —razonó Riera.

La mujer sonrió con malicia.

—Quería decir que, además de ser apasionado, estaba muy bien dotado.

Guasch notó que se le encendían las mejillas.

—Vamos, cuéntales lo de los dos individuos —pidió Toni Petit—. Eso es lo mejor.

—¿Quiénes? —preguntó Riera.

—Salimos a la calle y me despedí de él. Como le decía, me prometió que me buscaría a la noche siguiente. No le di mayor importancia, pues los varones con los calzones satisfechos se comprometen a cosas que luego no se molestan en cumplir.

—Todavía cumplen menos cuando están insatisfechos, querida —observó la Ramona.

—La cuestión es que, cuando Carlos María torcía por Sant Sebastià, vi que dos sombras salían de un portal, seguían sus pasos y giraban tras él.

Guasch y Riera cruzaron una mirada rápida.

Toni Petit hinchó el pecho con satisfacción.

—¿Dos sombras? ¿Las pudo ver bien?

—Solo eran dos figuras oscuras, señor.

—¿Hay algo de ellos que le llamara la atención? —insistió Guasch—. Cojeaban, eran muy altos o muy bajos, gordos o delgados, llevaban sombrero… No sé, ¡lo que sea!

—No… —La joven meditó un momento—. Solo me fijé en su actitud.

—¿A qué se refiere?

—A que era diferente del resto de la gentuza que ronda por el barrio a esas horas. —Hizo una mueca—. Por lo general, están borrachos como cubas y son bulliciosos y agresivos. Estos caminaban en silencio y se movían con lentitud. Estoy segura de que no iban bebidos y que, y esto es de mi propia cosecha, se ocultaban y querían pasar desapercibidos.

Alcanzado aquel punto de confidencialidad, Riera consideró que podía repetir la pregunta que había hecho al principio del interrogatorio. En esta ocasión la planteó sin acritud.

—¿Por qué no fue a la Guardia Civil?

Y la joven inocente, que no era ni tan joven ni tan inocente, esta vez sí respondió:

—Porque no me fío de ellos y nada bueno me reportaría hacerlo, señor. —Miró a la mujerona y, acto seguido, a Guasch—. Y espero que esto que les he contado a ustedes tampoco me afecte de ninguna manera.

Guasch le mantuvo la mirada e hizo un gesto afirmativo.

—Se lo aseguro, señorita. Y yo, con los calzones satisfechos o insatisfechos, sí cumplo mis promesas.

6

Negro

La profesora de canto ajustó la altura de la banqueta, colocó la partitura en el atril y se aseguró de que Lissie Wright estuviera preparada. La niña, que esperaba diligente con la mano apoyada en la cola del piano, hizo un gesto de asentimiento. Llevaba un vestido ligero de batista blanca que le llegaba hasta los pies. Los tirabuzones rubios le caían sobre los hombros y enmarcaban el rostro pecoso de facciones dulces y perfectas que a Guasch le recordaba a la pequeña Sarita.

El público contenía la respiración en el salón de Andreu Orfila.

La pianista inició la ejecución y tocó con virtuosismo la picada introducción del *Voi che sapete* de Mozart, desvió los ojos hacia Lissie y le marcó la entrada con un leve gesto de cabeza. La voz de la pequeña brotó en el momento preciso, suave, equilibrada, envolvente, y Guasch no pudo dejar de advertir cómo Toni Petit aplaudía con entusiasmo cuando Lissie alcanzó la nota final.

Reconocía no estar dotado de buen oído musical, pero al mismo tiempo admitía sentir cierta debilidad por las melódicas y alegres composiciones del genio austríaco que, junto a Rossini, ocupaba un lugar preferente en su poco entendido pedestal musical.

El dueto interpretó, en excelente coordinación y con inmejorable desempeño, un puñado más de obras que Guasch aprovechó para despejar su mente y olvidar. Despejarse de aquel extraño caso que hasta el momento no había sabido encarrilar y olvidar el telegrama de Lucía que llegó durante la tarde informándole de manera concisa sobre la evolución del maltrecho poeta francés. Su mujer no se había referido a ella misma, a sus sentimientos o a sus propias preocupaciones, y tampoco al amor que los unía. Se confirmaba que la enfermedad del maldito tejedor de rimas había reemplazado a todo lo demás en las prioridades de su esposa. Guasch la sentía distante y la echaba de menos todavía más. No se arrepentía de la relación que tenía con ella, del vínculo construido por ambos, algo alejado de los estándares de aquella sociedad encorsetada a la que tenían el privilegio de pertenecer. Lucía era una mujer inteligente, luminosa, libre, y él estaba enamorado de ella precisamente por eso. Guasch se sentía inseguro e inestable desde los acontecimientos en Mallorca, cuando Lucía estuvo en peligro en manos de una persona desequilibrada cuyo recuerdo prefería olvidar. Habían hablado de

formar una familia en cuanto Lucía acabara los estudios de Medicina en París. ¿Y ahora? ¿Cuánto tiempo debía esperar y quién le decía que después de esta no aparecería un nueva amistad que acapararía también el tiempo, la atención y el cariño de su esposa? Deseaba verla, escucharla reír, sentirla y amarla. Pero lo que necesitaba por encima de todo en aquel momento era olvidarla para no añorarla.

Concluida la actuación, se despidieron de la profesora de música, que rechazó con cortesía unirse a ellos para la cena y se marchó con su circunspecto marido, un tal Guillermo Forbes, a la sazón maestro particular de inglés de Andreu.

—Qué coincidencia que ambos enseñen aquí, ¿no? Marido y mujer —comentó Riera.

—En absoluto —respondió el anfitrión—. Guillermo hace tiempo que me da clases. Fue al llegar Sara con sus hijos cuando me habló de su mujer, que, mira tú por donde, ha resultado ser una pianista excelente y una maestra extraordinaria para Lissie.

Pasaron al comedor, donde les esperaba una mesa lista para un banquete. Riera se relamió y dedicó una mirada con el ceño fruncido a Toni Petit. Guasch advirtió que el pequeño seguía comportándose de un modo impropio en él: ojos bajos, actitud distante y esquivando el trato con Lizzie y Thomas, su hermano mayor.

Los hijos de Sara mostraban una educación exquisita y les habían saludado con su gracioso menorquín americanizado: decían *houla, bounes tarrrdes* o *com está voustè, senior.* Toni Petit se limitó a darles la mano y a mirarse las puntas de los pies. Debía de sentirse cohibido, probablemente porque nunca antes habría tratado con chicos como aquellos y era comprensible que, en un primer momento, sintiera cierta incomodidad. Conociéndole, no tardaría en recuperar su tono habitual.

Guasch miró a Riera, que poco antes de dar inicio el recital había regresado de visitar de nuevo a su hermano en prisión. Apenas pudo hablar un momento con el subinspector, pero fue más que suficiente para constatar que había tenido palabras gruesas con Joan. Riera sufría su encierro, pero también el no estar junto a su esposa en estado.

Le suplicó que intercediera a favor de Joan para que el juez lo sacara de prisión aduciendo falta de pruebas concluyentes en su contra. A Guasch no le quedó más remedio que asegurarle que lo pensaría, en especial porque, bien mirado, creía que tenía razón.

Tomaron asiento alrededor de la mesa y el servicio empezó a servir un ágape generoso y apetitoso compuesto por berenjenas con pescado salado, *greixera* de langosta y un plato que llamaron *boletins de bifestecs* de carne. Les advirtieron que de postre les esperaba una exquisita crema de *xicolati*, por lo que recomendaron no excederse con

los platos salados.

Salió a colación el tema de las supersticiones locales y la *fortuna* de no haber en aquel momento trece comensales en torno a la mesa.

—¿Qué sucedería si fuera el caso? —preguntó Riera.

—Que uno de nosotros moriría antes de finalizar el año —respondió Andreu—, algo que tiene que ver con la decimotercera posición de Judas en la última cena y la posterior muerte de Cristo.

Guasch tragó el bocado, dejó de filetear su berenjena y, divertido, preguntó:

—¿De verdad crees en estas cosas, Andreu?

—No del todo, pero… ¿para qué arriesgarse?

—¿Y cómo se resuelven esas situaciones?

—O se levanta uno de los comensales o se invita a alguien más para sumar catorce. ¡He llegado a ver en un par de ocasiones que una comida se cancelaba!

Daban buena suerte las monedas que presentaban agujeros; el limón oculto en el bolsillo protegía de los resfriados; un mochuelo cantando de noche cerca de un enfermo a quien se velaba era anunciador de muerte y el hallazgo de sal esparcida junto al umbral de una casa era señal de que su propietario o inquilino tenían enemigos que se afanaban por causarles mal.

Riera también comentó varias creencias ibicencas que no se quedaban atrás en cuanto a fantasía y originalidad y que diseccionaron convenientemente entre todos.

La conversación se centró después en las dotes musicales de la pequeña Lissie, que había comenzado su formación en Boston y que ahora disfrutaba bajo la tutela de su nueva y talentosa profesora.

—En Menorca existe una gran afición por la música y hay intérpretes y cantantes muy dotados —explicó Andreu con orgullo—. Es habitual que las compañías de ópera del continente desembarquen en la isla durante la temporada de invierno y que lo hagan sin orquesta, pues los lugareños son capaces de tocar con solvencia las nuevas partituras.

—Las embarcaciones militares extranjeras los incorporan también a las orquestas de sus buques —añadió Sara.

—¿Lo dice en serio? —preguntó Riera mientras recargaba otra *tenedorada* de berenjenas.

—Por supuesto.

—En Ibiza solo usamos la flauta y el tambor, el *espasí* y las *castanyoles*. No conozco a nadie que sepa tocar instrumentos tan sofisticados.

—Aquí antiguamente teníamos el *bufa-canyes*.

Guasch observó que, mientras hablaba, el subinspector ojeaba de manera furtiva a Toni Petit, seguramente preocupado por su actitud

desabrida y por el hecho, todavía más llamativo, de que no probara bocado.

—¿Cómo se encuentra tu esposa, Marc? —preguntó Sara—. Estamos deseando conocer a la mujer que ha sido capaz de colmar el corazón de Marc Guasch.

Guasch sonrió con orgullo y explicó la pasión de Lucía por la lectura y la medicina, así como sus extraordinarios logros al haber sido admitida en la prestigiosa Academia de la capital francesa para estudiar una carrera universitaria. Resaltó que solo un par de mujeres realizaban allí su formación, y Sara y Andreu asintieron admirados. Guasch obvió una vez más hacer referencia a la pausa que se había tomado en sus estudios.

Los más jóvenes se acostaron después de la cena, y los adultos, incluido un adormecido Riera, aprovecharon para retirarse a la biblioteca y conversar sobre la agitada vida política que se sufría en Madrid.

—Nunca he estado pendiente de la actividad gubernativa nacional —reconoció Guasch—, pero ahora, vista la sucesión de acontecimientos, es imposible no estarlo.

—¿Crees que tiene solución? —se interesó Sara.

—Define *solución*.

La menorquina soltó una carcajada.

—¿Todavía usas esa muletilla? No me lo puedo creer…

—¿A qué te refieres? —preguntó Andreu.

Ella se volvió hacia él.

—¿No recuerdas que de pequeño siempre repetía eso de define esto o define lo otro? Por favor, era muy divertido. ¡Y lo decía con la cara seria! Parecía un señor mayor.

Andreu negó con la cabeza.

—Me temo que ni soy tan observador ni tengo una memoria tan privilegiada como la tuya, Sara.

Riera se había quedado definitivamente dormido, con la barbilla apoyada en el pecho y los dedos entrelazados en el estómago. Su pecho subía y bajaba pausado con la inocencia de un imberbe.

La mujer se centró de nuevo en Guasch, que se divertía con la conversación.

—Con solución, querido Marc, quiero decir si crees que las sublevaciones progresistas de Prim tocarán a su fin o si, por el contrario, seguirá insistiendo con sus alzamientos hasta lograr imponerse a la monarca y a los conservadores.

Al igual que su padre, el Gran Picaflor, creía que una pregunta inteligente bien merecía una respuesta, cuanto menos, meditada.

Y se dispuso a darla.

Tamborileó en el apoyabrazos de la butaca mientras daba vueltas a

aquella cuestión compleja, sabedor de la mentalidad adelantada de Sara y Andreu.

—La guardia pretoriana de Isabel II languidece o, por lo menos, envejece, que en este caso es casi lo mismo. Ni O'Donnell ni Narváez son la sombra de lo que fueron. La Noche de San Daniel se resolvió de una manera lamentable y reconozco que sentí, además de una gran indignación, mucha lástima por ella, por la reina. Estaba desquiciada. Los progresistas se rasgan las vestiduras y es justo reconocer que en cierto modo no les falta razón. Parece que han llegado a un punto de no retorno con respecto a doña Isabel: ni están dispuestos a entrar en el gobierno, ni van a dar su brazo a torcer. A mi modo de ver, la monarca los ha perdido definitivamente, y ellos ya solo se conforman con su cabeza. Cuando la tengan clavada en una pica o servida en una bandeja de plata, le arrancarán la corona y se la tirarán a los cerdos.

»La corte es corrupta y vive de espaldas al pueblo —continuó—. La crisis económica y financiera está dinamitando el progreso de un país cuyo crecimiento se demuestra que era pura especulación: el ferrocarril ha quebrado, los bancos están arruinados y la gente pasa cada vez más hambre. Y esa, al final, es la clave. Me atrevería a decir que, el día que el pueblo se harte y se una a Prim, todo cambiará. Cuando ciudadanos y campesinos apoyen a los militares en uno solo de esos alzamientos, os aseguro que triunfarán. Solo hacen falta un año o dos de malas cosechas y que se dispare el precio del pan para que el país salte por los aires. Me preguntas si pienso que este desbarajuste tiene solución. Mi respuesta categórica es que no. Triste y lamentablemente, no.

Los otros callaron mientras asimilaban aquellas palabras con la respiración profunda de Riera como telón de fondo.

—Caramba, Marquitos —dijo Sara al fin—, para no gustarte la política nacional ni seguirla, te veo muy al día, además de tener un excelente y muy razonado criterio.

—Me halagas, pero no olvides que en mi familia hay dos diputados de las Cortes y que en las sobremesas en las que consigo no dormirme, lo mismo que aquí mi compañero ibicenco, sigo la más rabiosa actualidad del país.

—¿De verdad Picaflor opina que ni Unión Liberal ni moderados pueden revertirlo?

—No sé si mi padre compartiría la visión que os acabo de dar. Es solo mi opinión, que he dado porque tú me lo has pedido, ¡para que luego digas que no te hago caso!

—Yo no he dicho eso.

—¡Pero lo insinuabas! —Guasch tomó su copa, examinó con rapidez el color ambarino del licor y la vació de un único sorbo. Empezaba a sentirse mareado—. Y que sepas que negaré siempre haber mantenido

esta conversación.

La mañana despertó ventosa, con una tramontana embravecida dispuesta a demostrar el porqué de su reputación. O eso pensó Guasch, ya que Febrer se encargó de tirar por tierra su apreciación diciendo que aquello no podía catalogarse ni siquiera como de una *tramuntanada com Déu mana* por los lugareños. Que sí, que tenía nervio para levantar polvo, hierbajos y ramas, pero poco más.

Se preguntó qué pretendía decir con aquello de poco más.

En la reunión matutina, Guasch puso al capitán menorquín al corriente sobre las dos «sombras» que, según el testimonio de la joven prostituta que acompañaba a la Ramona, habían seguido a Carlos María a última hora de la noche.

—Sin más información que esa, dudo mucho que podamos dar con ellos.

—Le he estado dando vueltas toda la noche. Investiguemos las llegadas a puerto de los días anteriores y posteriores al desembarco de Carlos María en Maó: hombres que hayan venido en parejas o en grupo. O solos, tanto da. Quizá se juntaron con posterioridad.

—Estoy de acuerdo —convino Febrer—. Mandaré estudiar cualquier identificación que resulte sospechosa.

Así quedaron.

El camino hasta las ruinas del antiguo castillo de Sant Felip fue engorroso. El caballo sufrió para avanzar, y el grupo, formado por Guasch, Riera, Toni Petit y la pareja de guardias que Febrer había puesto a su disposición, debía protegerse el rostro con pañuelos y sujetar los sombreros con la mano para no perderlos por el camino.

Mal día había escogido Riera para estrenar el traje que le habían prestado.

Detuvieron el carromato en la entrada del recinto, echaron pie a tierra y descargaron, no sin dificultad, las linternas y el resto del material que llevaban consigo. Un par de faroles se habían roto durante el trayecto, pero cargaban suficientes para iluminar sus pasos en la oscuridad del subsuelo. Una pareja de militares salió con el torso inclinado para luchar contra el viento y, tras comprobar que todo estaba en orden, reemprendieron el camino de vuelta con la misma dificultad. Guasch se sorprendió del número de canteros que, a su alrededor, bregaban con los montones de piedras que, una a una en un farragoso trabajo artesanal, se esforzaban por recuperar para proporcionarles una nueva vida en la fortaleza que se erigía más allá de la bocana del puerto.

Cargaron con los enseres, cruzaron un patio angosto y entraron en unas oficinas en las que les esperaba el responsable de la plaza. En el interior del edificio el ambiente era silencioso y tranquilo.

—Buenos días, sargento —saludó Guasch, que se disponía a presentarse.

—Estaba al corriente de su visita, señor.

—Entonces ya sabrá que necesitamos que nos ayude a buscar a don Carlos María.

—Por supuesto, inspector, pero, si me permite decirlo, me temo que será en vano. El único acceso a los túneles es este, y está vigilado noche y día. Es difícil, por no decir imposible, que alguien haya entrado, y mucho menos permanecido con vida bajo nuestros pies.

—No perdemos nada por intentarlo.

—Tiempo, señor, pero si es su deseo y lo hace a conciencia, me pongo a su disposición. —El militar reparó en Toni Petit—. ¿Y este jovencito?

—Viene con nosotros.

El sargento asintió sin poner mayores objeciones, demostrando una vez más la grandeza del escalafón de mando.

—Síganme, por favor.

Entraron en un despacho amplio repleto de libros y planos de la isla, del puerto y de una estructura militar con forma de estrella que, imaginó, sería el antiguo castillo de Sant Felip. El oficial escudriñó en unas carpetas enormes que tenía en el cajón de una cómoda para, al fin, extraer un papel de grandes dimensiones que colocó sobre su escritorio.

Todos se colocaron alrededor.

La nariz de Toni Petit quedaba a la altura del tablero.

El militar señaló el centro de la estrella.

—Esta es la red de túneles que hasta ahora hemos identificado bajo la fortificación.

—Defina *hasta ahora*.

—Exactamente eso: tenemos registrada la existencia de muchos de ellos, pero hay otros, construidos por los ingleses, de los que lo desconocemos todo.

—¿Cómo es eso posible?

—Las instalaciones fueron dinamitadas por los españoles a principios de siglo para evitar que fueran usadas por el enemigo en caso de una nueva invasión. Con las explosiones, muchos pasillos quedaron sepultados y, por tanto, bloqueados. En algunos no se ha podido entrar todavía por el riesgo de derrumbe. En estos momentos empleamos unos cuantos como almacenes para guardar pólvora o munición. También existen contraminas con acceso exterior, la mayoría cerrados con portones, aunque hay otros abiertos, pero con escaso recorrido antes de llegar a las zonas derruidas.

Guasch suspiró y miró a sus compañeros. Aquello sería más duro de lo previsto.

—¿Por dónde sugiere que empecemos? —preguntó.

El militar les dio unos consejos rápidos y les deseó buena suerte antes de poner a los dos soldados acordados a su servicio. Bajaron las escaleras hasta un portón y descorrieron un oxidado y chirriante pasador de hierro que Guasch consideró que llevaba mucho tiempo sin ser usado.

Mala señal.

La atmósfera era fresca.

Aquella oscuridad macerada producía cierta inquietud.

Riera alzó su haz de luz y lo introdujo en la abertura de final incierto. La lámpara parecía no vencer la oscuridad, sino empujarla, compactarla, volverla más densa y pesada.

—Esto es enorme —lamentó—. Si no viene alguien a ayudarnos tardaremos semanas en recorrer este lío de túneles. Y eso si nos centramos exclusivamente en lo conocido.

—La idea fue suya, subinspector —señaló Guasch con humor—. ¡Yo solo le apoyé para que se callara de una vez!

—No pensaba que fuera tan grande.

—¡Pues ahora ya lo sabemos! —sentenció Toni Petit, que parecía estar deseando echar a correr por aquel pasadizo insondable.

Decidieron dividirse en dos grupos: Guasch, Riera y el pequeño formarían el primero, en compañía de uno de los militares; el otro soldado se uniría a los dos guardias civiles para conformar un segundo equipo.

Se sumergieron en el túnel bañados en el resplandor difuso de sus lámparas, cada uno con la suya propia. El ambiente refrescaba a medida que avanzaban, y Guasch lamentó no haber cogido una prenda más abrigada.

Toni Petit lanzó una batería de estornudos.

—Te vas a resfriar —advirtió Riera—. ¿Por qué no esperas arriba?

—*Sí, home, pots pensar…*

Al principio caminaban juntos, como si así pudieran protegerse del frío o de las amenazas latentes en aquella oscuridad opresiva. Después, a medida que se familiarizaron con el entorno, optaron por separarse y establecer una dinámica de exploración. Carlos María podía estar vivo y prisionero, o muerto y oculto en cualquier lugar, por lo que, a fin de cuentas, tenían que permanecer atentos a cualquier cosa. Por tanto, acercaban las luces a los muros de piedra perforada en busca de cavidades en las que pudiera esconderse un ser humano.

Vivo o muerto.

Dieron con varias cámaras de tamaño notable que, según el militar, años atrás se empleaban como dormitorios para la dotación del castillo y en los que Guasch creyó oír ecos de pasos y voces del

pasado.

—Parecen fosas comunes —murmuró Riera.

—No sea cenizo, subinspector.

El túnel terminaba de manera abrupta frente a una montaña de escombros.

Regresaron al punto de partida y repitieron la fórmula en varios pasadizos más, cada vez con mayor agilidad, conscientes de que aquellos espacios, tal y como les advirtieron y empezaban a comprender, no ocultaban de modo voluntario o involuntario a Carlos María de Campos y Fernández de Córdoba.

Los otros no tuvieron más suerte que ellos.

Guasch decidió que ya era suficiente, replegó velas y se dirigió al despacho del sargento para consensuar con él que varios militares tomaran el relevo para dar descanso a los suyos y sacarlos del subsuelo.

—¿Puede indicarnos dónde están los accesos externos de los túneles antiminas a los que se refería antes?

El viento mantenía su soplo impasible y provocaba, entre grietas y aberturas, silbidos que arrastraban murmullos de historias y secretos olvidados. Esquivaron a los sufridos trabajadores que, acostumbrados a convivir con el vendaval, cargaban las rocas talladas en carros uncidos por mulos que esperaban la orden de trasladar su carga hasta las barcas que las cruzaban a La Mola.

Llegaron a la costa y rodearon el espectro mutilado del castillo para avanzar por un sendero que discurría en paralelo a la orilla y que llevaba a la cala de Sant Esteve. En el agua cristalina de la ensenada, de tonalidades turquesas y esmeraldas, se esculpían olas de viento picudas que rompían contra las rocas grises.

Dieron con una de las contraminas cuya entrada estaba sellada con portón y candado y, más adelante, con otra resguardada y medio oculta por la vegetación, que carecía de puerta y cuya boca se abría al exterior como un bostezo casual. El cuerpo destripado y maloliente de un gato descansaba exánime junto al umbral.

Guasch se encaminó al interior del breve pasadizo antes de volver a salir.

—Solo se adentra unos pocos pasos antes de bloquearse —informó —. El techo está derrumbado. No he visto nada sospechoso.

Extrajo un pañuelo y se secó el sudor de la frente.

A lo lejos se divisaba la parte superior de un torreón cilíndrico de vigilancia que, si no recordaba mal, alguien había llamado Torre d’en Penjat.

El sonido lejano de una campana les alcanzó con timidez.

Se encontraban a unos pocos pasos de la orilla.

Riera se había sentado en una roca con la espalda apoyaba en un

muro de piedras rectangulares y se pinzaba la nariz con los dedos.

—¿Cómo puede un animal tan pequeño oler tan mal? —exclamó con voz nasal.

Toni Petit se acercó a los restos del gato y lo empujó con un palo. Un par de moscardas verdes salieron despavoridas para, enseguida, posarse de nuevo en su apetitoso manjar.

—Vaya pedrada le han dado —diagnosticó el niño con voz experta —, ¡está reventado!

Guasch se fijó en el animal y, después, en las inmediaciones.

—Qué raro… —dijo.

—¿El qué? —se interesó Toni Petit.

—Que no haya sangre alrededor ni tampoco ninguna piedra ensangrentada.

—Habrá caído rodando.

Negó con la cabeza.

—Lo habrá matado un perro —propuso la voz nasal de Riera.

—Tampoco. —Se arrodilló y señaló los despojos con el dedo—. No hay manchas de sangre, y no tendría lo que queda del cuerpo tan entero.

—¿Entonces?

Guasch contempló al subinspector y respondió sin pensar.

—Alguien lo ha matado y lo ha dejado aquí. De hecho, también le han abierto el estómago en canal, ¿ve?

Riera se puso en pie.

—¿Qué más da el maldito gato? —protestó—. ¿Por qué no continuamos? Cuanto antes nos pongamos, antes terminaremos y regresaremos a casa.

Toni Petit miró a Guasch.

—¿Por qué lo harían?

Guasch hundió las manos en los bolsillos y se alejó unos pasos antes de volverse para contemplar la entrada. Dos muros hechos con bloques de marés se levantaban a cada lado del túnel. Uno estaba medio derruido y varias piedras descansaban en el suelo a sus pies; el otro, el que se elevaba tras el animal, permanecía inalterable al paso del tiempo y los elementos. Un reguero de hormigas trepaba por uno de los laterales y se introducía en una rendija que se abría entre dos bloques. De una hendidura salió una mosca, seguida de un par más.

Guasch se rascó el mentón, se acercó al gato, lo agarró por la cola y lo lanzó lejos, a los pies de un árbol, ante la expresión incrédula de Riera y los aplausos del pequeño bribonzuelo mallorquín. Se arrodilló, inspiró y exhaló varias veces por la nariz y la acercó a la muesca de la que habían brotado los moscones.

Aspiró con fuerza.

La arcada lo pilló de improviso y a duras penas logró no vomitar.

Apestaba.

Se enderezó, escupió al suelo y se pasó el dorso de la mano por la boca para quitarse el sabor agrio.

Un par de moscas más salieron de aquella raja minúscula.

Eso no era muy normal.

Se quitó la chaqueta, que colgó de la rama de un árbol, y se arremangó la camisa.

El muro era liso y contaba con casi tres pasos de longitud. Tenía profundidad lateral, por lo que formaba una especie de cubo cuya parte trasera era la propia montaña. Pensó que el interior podría ocultar alguna concavidad natural. Pasó la yema del dedo por varias de las ranuras que separaban aquellas piedras, cogió una rama fina del suelo y rascó. El mortero de cal se desprendió sin demasiada dificultad.

Empujó con ambas manos en varios puntos, pero las rocas no cedieron.

Se secó de nuevo el sudor de la frente y se volvió hacia el subinspector.

—¿Sería tan amable de subir a las ruinas a buscar ayuda?

—¿Cómo dice? —preguntó Riera, boquiabierto—. ¿Ayuda para qué?

—Traiga a un par de canteros de los que trabajan en la planicie y pídales que lleven consigo picos, mazas o cualquier otra herramienta pesada.

—Pero…

—¡Rápido, subinspector!

Riera extendió las manos, se volvió y empezó a correr.

Guasch trató de mover la piedra que conformaba la esquina superior de la pared. Agarró un pedrusco grande y lo golpeó repetidamente sin lograr hacer mella.

Comprendió que solo le valía esperar.

—¿Qué cree que hay ahí detrás? —preguntó el niño, que había seguido sus evoluciones con la máxima atención.

—Algo que huele muy mal.

—¿Otro animal muerto?

—Por el olor ha de ser un animal muy grande. ¿Cómo dirías tú que se ha metido ahí?

Toni Petit echó un vistazo a aquella especie de mausoleo, lo miró desde todos los ángulos y trepó hasta la parte superior.

—Pues no lo sé —respondió desde lo alto—. No lo entiendo. ¿Y si hubiera un agujero en la montaña y hubiese accedido por detrás?

—Muy complicado, ¿no?

—Un poquito.

Guasch recordó la trágica escena que apenas unos meses atrás había vivido con ese mismo muchacho en Palma, en el raval de Santa

Catalina, en casa de su amigo y mentor.

—¿Por qué no vas al agua y te despejas? Podrías nadar un poco.

—Y jugar a hacer castillos en la arena, ¿no? —Hizo una mueca—. Usted quiere que me marche para que no vea qué hay aquí dentro.

—Exacto.

—Pues me quedo.

Guasch no insistió y el crío, que en realidad no lo era para nada, permaneció parado en su sitio, canturreando a media voz.

Riera tardó un buen rato en regresar. Lo hizo acompañado por tres menorquines cargados con un par de picos y una maza.

Las instrucciones fueron sencillas:

—Caballeros, tenemos que abrir un agujero para descubrir qué se oculta detrás.

Los picapedreros no necesitaron más instrucciones. Dos de ellos agarraron los picos y empezaron a golpear de manera acompasada sobre un mismo bloque, en el centro de la pared. Las esquirlas de marés salían disparadas y se proyectaban en cualquier dirección. El tercer hombre y Guasch les dieron el relevo y continuaron picando hasta que, por fin, lograron partir la piedra y abrir un agujero del tamaño de un huevo de gallina.

Un batallón de moscas salió aleteando con un zumbido quejoso.

Detrás de los bloques, de más de medio palmo de grosor, estaba hueco.

El hedor se hizo mucho más evidente.

Intercambiaron miradas interrogativas y retomaron los mazazos hasta que perforaron buena parte del bloque. Necesitaron unos minutos más hasta que lograron ampliar el hueco lo suficiente para que entrara una cabeza.

Guasch dio el visto bueno y se apartaron para dejarlo solo ante una imagen que tenía la sensación de que se uniría a la cada vez más larga lista de escenas inolvidables.

El sol hacía tiempo que había rebasado su cénit y se dirigía imparable hacia Ciutadella. Un pino cercano impedía que los rayos solares impactaran en el muro e iluminaran el orificio. El viento sibilante los envolvía en un abrazo turbulento e irreal.

—¿Me presta su mechero, Riera?

Tras varios intentos fallidos, introdujo por fin las manos en el orificio y logró encenderlo.

Miró a Toni Petit, que apretó un puño para infundirle ánimos. El subinspector tragó saliva y Guasch creyó oír cómo se le atascaba en la garganta.

La pestilencia era insoportable.

Contuvo la respiración.

Los ojos se le empañaron de lágrimas sin saber por qué. Mantuvo

dentro la mano con el encendedor y después, lentamente, metió la cabeza con cuidado de no quemarse. Cuando la nariz rebasó el marés, desvió la mirada hacia abajo. Al verlo, el instinto le hizo retirarse con tanta rapidez que se golpeó la parte posterior del cráneo contra la roca. Percibió el dolor de un modo remoto, como si fuese otro quien se hubiese pegado.

Dio un par de bocanadas de aire mientras se preguntaba qué era aquello.

Los otros le observaban en silencio, conteniendo la respiración.

Se obligó a asomarse de nuevo para examinar lo que aquella raquítica lumbre solo le había dejado entrever. Llenó los pulmones una vez más y, sobreponiéndose a su propia angustia, introdujo de nuevo la cabeza poco a poco.

Esta vez ya sabía a qué se enfrentaba.

Y lo vio con claridad.

El bulto tenía forma humana y estaba cubierto por pequeños cascotes de la piedra que acababan de picar. Se encontraba dos palmos por debajo de la abertura, tumbado de costado con los brazos amarrados a la espalda y el rostro torcido hacia arriba en un gesto antinatural.

Contempló su cara.

O lo que quedaba de ella.

Oyó voces que provenían del exterior. Le hablaban, preguntándole por lo que veían sus ojos turbios. Y Guasch pensó que aquel paisaje era digno del infierno de Dante.

La lumbre se apagó, dejándolo a oscuras con la testa incrustada en aquel sarcófago de mortero y marés. Por un instante sintió que compartía el destino de aquel pobre infeliz.

Salió despacio y se volvió hacia ellos.

Vio que Riera movía los labios con pesadez, como si hablara bajo el agua.

La lentitud con la que se movía rayaba lo cómico.

Guasch mantenía la imagen vívida de aquellos despojos pegada a sus retinas.

Y entonces, poco a poco, regreso al presente, a la realidad, junto al subinspector, a Toni Petit y a aquellos tres hombres de rostro preocupado. Y sintió una serenidad incomprensible, igual que si su alma hubiera vagado entre las sombras de la muerte y, tras un largo viaje, regresara del más allá.

Miró a Riera a los ojos.

—¿Qué decía, subinspector?

—Le preguntaba si era Carlos María.

—No. No es él.

—¿Por qué está tan seguro?

—Porque este cadáver pertenece a un hombre negro.

SEGUNDA PARTE

I

Nos llevaron vivos

El bosque dejó de hablar. Lo recuerdo bien. No era el silencio del que calla, sino la completa ausencia de unos sonidos que debían estar ahí: los aullidos de los monos, los zumbidos de los insectos o el borboteo del agua del río al golpear contra las rocas. Los perros del poblado enmudecieron, se quedaron quietos esperando una orden que no llegaba. Alguno empezó a lloriquear. Madre dijo que era por el calor, que iba a llover, pero la leña no prendía y ella siempre decía que cuando el fuego no quería arder significaba que los muertos andaban cerca. Eso no me gustó y tuve un mal presentimiento. El viejo Ankra se acercó hasta mí y me bendijo antes de recogerse en su choza con su andar lento. Me resultó curioso, nunca había hecho nada parecido. Esa noche me dormí tarde, y Kofi, mi hermano pequeño, se acurrucó junto a mí como hacía cuando tenía miedo. Lo abracé.

Me despertaron los perros. No eran los nuestros. Estos ladraban con rabia. Estaban de caza. Luego vinieron los gritos de unas voces que no entendíamos. Al principio pensé que era un sueño, pero, cuando oí a mi tío chillar, supe que eran reales y que estaban aquí.

Salimos de la choza cuando las primeras antorchas iluminaban la plaza. Madre tenía los ojos muy abiertos y abrazaba con fuerza a mi hermana Lemba, que lloraba. Estábamos paralizados. Padre y mi hermano mayor reaccionaron rápido, pero de nada sirvió. Vi que tiraban a un viejo al suelo y propinaban un estacazo en la cabeza a una anciana indefensa. Unos hombres se acercaron hasta nosotros y uno me golpeó en el pecho con la culata de un fusil. Caí al suelo rodando sin poder respirar y Kofi cayó encima de mí. Cuando logré abrir los ojos descubrí a padre entre dos bestias. Sangraba e intentaba levantarse. Uno de ellos le dio con la parte plana del machete en la espalda. Kwame estaba en el suelo, tumbado con una pierna torcida en una posición incomprensible. No le volví a ver.

Un soldado golpeó en la cara a madre, que empezó a sangrar por la nariz. La agarró por el pelo y ella intentó morderle la mano. Le pegó de nuevo y se la llevó a rastras por la tierra roja. Otro cogió a Lemba en brazos y la cargó

sobre el hombro. Mi hermana agitó las piernas para resistirse y él la lanzó al suelo y la pateó sin compasión. La cargó de nuevo y ya no obtuvo resistencia.

Créame si le digo que nunca había sentido tanta impotencia como en ese momento.

Nos ataron las manos con cuerdas fuertes. Las muñecas me empezaron a sangrar. Un pequeño de corta edad vomitaba a mi lado. Kofi se orinó encima. Él tenía ocho años, yo doce. Nadie se atrevía a decir nada.

Cuando nos obligaron a caminar hacia la espesura del bosque escuché un crujido detrás de nosotros. Era el techo de palma de la casa del viejo Ankra, que ardía. Unos pies sobresalían por entre las llamas.

Éramos tres decenas, entre ellos mis padres y mis hermanos pequeños. Marchamos a pie durante días. No sé cuántos. Madre siempre decía que para no perder el alma había que contar los pasos y yo contaba con los dedos diez veces diez, y luego volvía a empezar. Una y otra vez. Me ayudaba a no pensar, a no reconocer la realidad.

Nos daban agua una vez al día. Comíamos bolas de mijo cuando los perros no nos las quitaban. Otros días ni siquiera eso. A veces dormíamos en círculo, vigilados por hombres armados que reían entre ellos y escupían al suelo. Eran de otra etnia, nadie sabía cuál, seguramente más allá de las montañas. Una mujer parió junto a un árbol y nadie se detuvo. Un niño se desplomó y lo dejaron atrás. Otro intentó fugarse e hicieron puntería con los fusiles hasta abatirlo. El vencedor violó a una de las mujeres jóvenes frente a los demás.

Atravesamos bosques espesos donde los mosquitos nos devoraban el cuello y los tobillos. Luego vinieron los manglares con su agua negra inmóvil y su olor a podrido. Los hombres nos empujaban con varas y nos hacían cruzar con el agua al pecho.

Fue entonces, al salir de un canal, cuando descubrí el *agua grande*. Una franja inmensa, azul y ruidosa, que cortaba el mundo en dos. Era la primera vez que veía el mar y le aseguro que habría deseado no hacerlo jamás. Un soldado señaló el horizonte azul. Entrecerré los ojos y distinguí un pequeño y lejano promontorio cubierto por una capa de vegetación y una construcción blanca.

Nos acercamos a unas chabolas construidas en la costa. Junto a ellas descansaban unas grandes canoas talladas en troncos de iroko. En nuestra aldea eran mucho más pequeñas.

Uno de los nuestros murmuró un nombre: Corisco
Otro lo escupió como una maldición.
No sabíamos qué encontraríamos.
Pensamos que sería nuestra última parada.
Qué ilusos.

7

Gusanos

La expresión de desconcierto de don Teodoro Ládico, vicecónsul de Estados Unidos de América en Maó, al entrar en aquella sala anexa del hospital de la Illa del Rei no difería demasiado de la de su acompañante, el comandante de la fragata USS Constitution, Thomas Henderson Eastman.

El estadounidense hizo un gesto con la cabeza para saludar a Guasch y a Riera. Ládico, más agitado, no reparó en ellos hasta después de encontrarse frente al oficial que les había convocado.

—¿A qué viene tanta premura? —preguntó el diplomático frunciendo el ceño.

El militar, un teniente coronel, indicó a Guasch que cerrara la puerta de aquel despacho circunstancial.

—Caballeros —empezó—. Lamento el modo urgente en que he debido citarlos.

—Nadie nos ha explicado nada.

—Eso espero, don Teodoro, porque esas han sido mis órdenes exactas —respondió el militar tomando asiento y exhortando a sus invitados a imitarle.

Guasch y Riera permanecieron de pie junto al gran ventanal que gobernaba la sala. Fuera, el cielo encendido empezaba a decolorarse, anunciando el ocaso de aquella jornada inolvidable. Frente a ellos se extendía la orilla sur del puerto, cerca de Es Castell. Un escritorio vacío y varias sillas de madera formaban el escaso y añejo mobiliario del cuartito y creaban un espacio humilde para una reunión de alto nivel como esa.

La habitación se ubicaba en uno de los edificios laterales del Hospital Naval de la Illa del Rei que, como les habían explicado, habían construido los ingleses durante una de sus dominaciones del siglo pasado. El conjunto estaba formado por una espigada edificación central de dos plantas y techo a dos aguas de cuyos extremos brotaban dos breves prolongaciones perpendiculares que componían una curiosa forma de U. El edificio principal estaba constituido por un sinfín de arcos a dos alturas y un espigado torreón central desde el que se abarcaría todo el puerto. A los pies de las instalaciones, en el gran patio frontal, se expandía un bonito jardín sembrado de plantas, probablemente medicinales.

—Imaginou que es usted el official de guarrdia —dijo el americano

en un español tosco.

—Así es, comandante Eastman, yo estoy a cargo de la plaza hoy.

—¿Y su nombrre es…?

—Teniente coronel Lechuga y Lechuga, señor.

Riera miró de reojo a Guasch. Le veía venir y se desentendió de él.

—Pues ya nos dirrá qué tan grave suseder con mis hombres parra convocar en hospital.

El militar con nombre de vegetal no se anduvo por las ramas.

—Lamento tener que darle esta noticia, comandante, pero hace unas horas hemos encontrado el cadáver de uno de sus hombres. —El teniente coronel desvió la mirada hacia Guasch—. Ha muerto en extrañas circunstancias y presenta signos de violencia extrema.

Ládico dio un respingo.

Eastman apretó los labios.

—¿Quierre disir que ha sidou asesinadou?

El teniente coronel asintió, sucinto.

El americano se inclinó hacia delante y apoyó las manos en las rodillas.

—¿Dónde lo han matado?

—Eso no lo sabemos —respondió Guasch.

El otro torció el cuello de un modo peculiar.

—¿Porr qué nou?

—Porque es imposible afirmar que le hayan quitado la vida en el lugar donde lo encontramos, comandante. Me temo que lo transportaron hasta allí para esconderlo.

—¿Esconderrlo?

—Estaba emparedado en el entramado de subterráneos del castillo de Sant Felip, cerca del fuerte Marlborough —aclaró el teniente coronel—. Zona militar.

—¿Emparredadou? —Eastman se dirigió a Ládico—. *What does that mean?*

El vicecónsul se apresuró a traducir.

La tez del comandante adquirió un tono blancuzco.

—*Are you serious?* —bramó—. *Why?* ¡Qué sentidou tiene estou!

El oficial español negó con la cabeza.

—Por desgracia, no podemos responderle todavía, señor.

—Es obvio que los asesinos pretendían que no lo encontráramos —añadió Guasch.

—Perou ¿porr qué?

—Eso es lo que deberíamos averiguar, comandante Eastman.

—*I see.* —El americano apretó los dientes—. Mi tripulasión está repartida en casas particularres en Port-Mahón y muchos tener permisou estos días. Ahora mismou no puedo saber quién es. Quierro ver el cuerpou. ¿Dónde está?

—Lo hemos trasladado aquí, que es donde se le realizará la autopsia. En estos momentos lo están preparando, pero, señor, he de advertirle que presenta un avanzado estado de descomposición. Con seguridad lleva fallecido unos días, y el calor del verano no ha ayudado a conservarlo.

—¿Grraduasión?

—¿Del muerto? —Guasch negó con la cabeza—. No vestía uniforme, señor.

—Entonses ¿de qué forma saber que él ser uno de mis hombrres?

—La manera de vestir y el corte de pelo son los habituales entre los suyos y en especial porque —Lechuga hizo una pausa— el cadáver es de un hombre de raza negra.

Eastman se lo quedó mirando sin decir nada. Además del color cutáneo, el mandamás había perdido parte de su empuje castrense.

—¿Han realizado ya la autopsia? —preguntó Ládico, recuperando el habla.

—No queríamos dar ningún paso sin informarles primero, por si desean que alguien de su confianza esté presente durante la operación.

—El *surgeon* nos ha acompañadou —dijo el estadounidense—, estar en entrrada.

Esta vez el sorprendido fue el militar español.

—¿El *surgeon* es el médico de a bordo? —preguntó.

—Correctou.

—¿Y por qué está con ustedes?

—Yo estar con él cuandou venirr a buscarrme y yo imaginar mala notisia.

—Se tendrá que abrir una investigación para dar con el culpable. —Ládico miró fijamente a Guasch—. Espero que se haga cargo usted y que le dé la máxima prioridad. Este crimen es imperdonable.

El resto de las miradas confluyó también en él.

—Serría lo más mejour —aprobó el comandante, que había sido informado de su identidad y su profesión.

—Estoy comprometido en la búsqueda de don Carlos María, como doy por supuesto que ya sabrán, y mi inglés no es tan bueno para…

—¿Para qué querrer inglés si habla la lengua de Port-Mahón, que es la que va a nesesitar? Y si puedou desirr, esa otra investigasión, *with all due respect*… —Eastman dio una palmada al aire para restarle importancia—. Pondré a un hombre *of my utmost trust* para que le ayuda.

—No hace falta que…

—No ser negosiable —sentenció el estadounidense mientras se ponía en pie, seguido al instante por el vicecónsul—. Él dirrá a mí de avanses de usted.

El teniente coronel se llevó el puño a los labios y carraspeó con

ligereza.

—Caballeros, no olviden que el cadáver ha aparecido en zona militar y que es el ejército español quien tiene jurisdicción y debe llevar a cabo las pesquisas.

—Y así será —concedió Ládico—. Estoy al corriente de las particularidades del Cuerpo de Investigación del Crimen, que depende del director general de la Guardia Civil y está militarizado. Estoy seguro de que coincidirá conmigo en que, más allá de formar parte del ejército, requisito que también cumple, el señor Guasch es por experiencia y saber hacer la persona más apropiada para investigar un asesinato. ¿No está de acuerdo en que se responsabilice él del caso? Si tiene un candidato mejor, por favor, propóngalo…

El oficial se mesó el cabello mientras cavilaba para, por fin, terminar asintiendo y, con ello, dar por zanjada la cuestión y concluida la reunión.

—¿Qué ha pasado ahí dentro? —inquirió Riera de camino de la sala de autopsias.

Guasch caminaba a su lado despacio, pellizcándose el labio inferior, como solía hacer cuando se sumía en sus pensamientos. Se habían despedido del vicecónsul, del comandante y del teniente coronel con apellidos de hortaliza, que se dirigían allá dónde fuera que estuviese esperando el *surgeon* estadounidense. Guasch quiso airearse antes de enfrentarse a la desagradable vivencia que tenían por delante, pues por muchas que hubiese presenciado a lo largo de su carrera, una autopsia no era nunca un trago fácil de digerir. Y menos estando el cuerpo en unas condiciones tan horribles.

Admiraba a su esposa Lucía por infinidad de motivos, entre ellos el de hacerse un hueco en un sistema educativo dirigido por y para hombres y, más allá de estudiar la carrera de medicina, especializarse en medicina forense y asistir de manera continua a ese tipo de intervenciones.

Había que estar hecho de una pasta especial para dedicarse a aquello.

Una pasta de la que él no tenía un ápice.

Recordó que Riera le acababa de formular una pregunta.

—¿A qué se refiere?

—Vamos, no me diga que le ha parecido que todo ha sido normal…

—No, claro que no, pero no sé si quiere decir que Eastman ha mostrado cierta desidia, a que nos han endilgado la investigación, o a que el teniente coronel se apellide Lechuga y Lechuga.

—A lo de los apellidos también, pero ahora me refería a todo lo demás.

El subinspector fue a tragar saliva, pero se atragantó y terminó

tosiendo con fuerza. Guasch le dio unas palmadas en la espalda que este agradeció alzando la mano. Riera estaba nervioso. El pobre se estaría haciendo a la idea de lo que iba a presenciar.

Se tomó un tiempo para responder.

—Es cierto que el comandante no se ha alarmado demasiado, y tanto él como Lechuga y Lechuga han mostrado cierto desinterés en liderar la investigación. Les ha costado poco endosarnos el muerto.

—¡Y nunca mejor dicho!

—Ha sido muy cómodo para ellos que estuviéramos aquí.

—Pero ¿no cree que el vicecónsul tiene razón? ¿Quién mejor que usted para encontrar al culpable? Estoy seguro de que ahora mismo en ninguna dotación militar en Menorca, de la nacionalidad que sea, hay alguien con una experiencia comparable a la suya.

Guasch se encogió de hombros.

—Ya veremos de qué manera lo hacemos —masculló—. No avanzamos con Carlos María y no estamos en las mejores condiciones para ponernos además con otro rompecabezas.

—Eastman ha ofrecido ayuda…

—Una carabina para tenernos controlados.

Unas gaviotas graznaron sobre sus cabezas. Parecían reírse de su triste destino.

Dos Hijas de la Caridad, la congregación que colaboraba con el hospital, salieron de la sala del edificio principal que hacía las funciones de capilla. Cabizbajas y contenidas, se movían en línea recta por la galería como una embarcación que se desliza sobre el agua calma.

—¿Sabe otra cosa que me ha llamado la atención? —preguntó Guasch.

—¿Que, pese a proponerlo inicialmente, el comandante ha optado por no ver a su soldado caído? Si no he entendido mal, ahora él avisará al médico y se largará.

—Pues, sí, justo eso. ¿Qué cree que le ha hecho cambiar de opinión?

—Usted ha explicado que el cuerpo estaba en muy mal estado.

—Siendo militar habrá visto cosas peores. Sin ir más lejos, en la guerra civil que acaban de superar. Se ha sorprendido al saber que el soldado era negro.

—Más bien ha mostrado desinterés —matizó Riera.

—No sé si yo lo interpretaría así, ¿qué importa la raza en este caso? Imagino que tendrá pocos negros a bordo y es un miembro más de su tripulación. Me extraña que un comandante, máxima autoridad en la embarcación y que debe comportarse como un buen padre de familia, no busque lo mejor para todos sus hijos.

—En teoría.

—Yo creo que no se lo esperaba.

Riera encogió los hombros cuando se detuvieron frente a la entrada que les habían indicado. Se trataba de una de las últimas salas de la planta baja del edificio principal.

—No sabría qué decirle, Guasch, desconozco la realidad que sufren los africanos en Estados Unidos.

—A mí me pasa lo mismo, más allá de unas pocas vaguedades. Por lo menos, tras la guerra civil se ha abolido la esclavitud, y espero que todo sea diferente para ellos, que empezarán una nueva era.

—¿Y no le parece llamativo el descontrol de los americanos durante su estancia en Maó?

—No sé a qué se refiere, subinspector.

—A que la tropa no duerma en un cuartel.

—Será que las autoridades españolas no les facilitan las instalaciones y que se organizan como pueden en casas particulares. Y si algunos están de permiso, además, pues no habrá sido posible localizarlos a corto plazo. Yo no diría que están descontrolados.

Se quedaron mirando la puerta cerrada y Riera emitió un largo suspiro que sonó como un lamento.

O un grito de auxilio.

Guasch miró a su compañero y amigo.

—No me hace mucha ilusión presenciar esto —reconoció el ibicenco.

El subinspector no podía esconder por más tiempo su inquietud. Ya no tenía nada con lo que disimular, ni conversación tras la que escudarse ni estratagema para despistar a la imaginación. Era el momento de enfrentarse a una experiencia de aquellas que un ser humano sensato nunca querría vivir. ¿Quién en su sano juicio quiere ser testigo de las consecuencias de los desvaríos y la crueldad humanos?

—No hace falta que vayamos los dos —dijo Guasch—, ¿por qué no se queda fuera?

—Me encantaría, pero no quiero dejarlo solo.

Guasch sintió una ternura inesperada y recordó otras situaciones en las que Riera se había sacrificado por él, algunas alterando sobremanera su vida cotidiana y otras poniendo en riesgo su propia seguridad.

—¿Qué hace Toni Petit? —preguntó.

Riera se rascó el cogote.

—Después de descubrir el cadáver lo hemos mandado a Maó en barca con un grupo de militares, ya sabe. No tengo la menor idea de dónde estará ahora, quizá paseando por el muelle, o tal vez se haya unido por fin a alguna de las bandadas de niños que corretean por la calle y con los que es tan dado a tratar.

—¿Por qué no va con él? Hágame caso, aproveche y despéjese un

poco. Se lo pido por favor. Hoy ha sido un día largo y pesado para todos.

Apenas lo dijo, sintió cómo el cansancio se apoderaba de él.

—No pienso regresar a Maó sin usted.

—En ese caso, espéreme aquí fuera —señaló el patio ajardinado—. No es necesario que pasemos los dos por este mal trago. Me sentiría feliz si al menos usted pudiera librarse.

El subinspector sonrió aliviado e hizo un breve gesto de agradecimiento.

Y cuando Guasch, esta vez sí, tocó la puerta con los nudillos y recibió la venia para entrar, Riera ya había desaparecido de su vista.

No por esperado, el hedor agrio y profundo le resultó menos detestable. Pese a los gruesos muros de marés y a las ventanas abiertas, el calor atemperado de mediados de julio dominaba el ambiente cargado de aquel espacio. La claridad del día menguaba con la caída del sol y en breve sería necesario encender las lámparas que colgaban de las paredes.

El cuerpo del hombre emparedado en la cala de Sant Esteve permanecía estirado en una mesa, cubierto por una sábana de tela cruda repleta de manchurrones de colores, formas y tamaños tan variados como repulsivos. Guasch habría jurado que el tejido se movía, y trató de no pensar en la fauna que seguiría desarrollándose en el interior del organismo.

Se esforzó por borrar aquella imagen de su mente.

Hubiese deseado salir corriendo, ser capaz de abandonar sus principios y su responsabilidad para con los cadáveres que se cruzaban en su camino y buscar un sendero más amable por el que transitar el resto de su vida.

Quizá algún día reuniría las fuerzas necesarias para hacerlo.

El médico y un ayudante de aspecto juvenil y enérgico preparaban el material quirúrgico necesario con eficiencia mecánica y apenas le dirigieron un vistazo rápido. Vestían uniformes militares que cubrían con batas blancas que impedían distinguir sus graduaciones.

—Buenas tardes —saludó Guasch.

—Usted es quien ha descubierto el cadáver ¿no es cierto?—dijo el joven—. Me han explicado de qué manera dio con él y he de reconocer que me parece asombroso.

—Fue casualidad.

El galeno soltó una risita.

—Casualidad sería si el cadáver hubiera estado detrás de un matorral en un paraje recóndito y lo hubiese encontrado, digamos por caso, cogiendo espárragos. Que sospechara usted que se escondía algo detrás de aquel murete y lo horadase tiene, admítalo, muy poco de

casual. Y menos todavía por haber sospechado de ello a raíz de unas moscas que iban saliendo del muro. ¿De verdad cree que fue por eso?

—Y por el olor —admitió—. Me llamó la atención.

—En ese caso, permítame que le felicite.

Guasch se fijó en él con mayor detenimiento y consideró que no era tan joven ni, quizá, tan poco experimentado como imaginaba en un principio. Cabello negro encrespado y enmarañado, ojos vivos tras unos lentes redondos y expresión confiada. Era apuesto.

Aquello le hizo formular la pregunta con prudencia, sin dar por supuesto quién era quién.

—¿El doctor Josep Font? —El viejo dirigió una mirada rápida al otro y prosiguió con su cometido sin decir esta boca es mía. El joven dio una cabezada afirmativa—. Me han dicho que es usted mahonés.

—Correcto. ¿Y usted es…?

—Marc Guasch. Verá, el comandante Eastman, máxima autoridad de la fragata USS Constitution en la que viajaba el finado, ha pedido que un médico estadounidense esté presente durante la intervención.

—¿De verdad? —exclamó el cirujano.

—¿Hay algún problema?

—¡Al contrario! Me parece una idea magnífica. El único inconveniente es que tendremos que esperarle. Confío en que no se demore mucho.

—No creo que…

Unos golpes resonaron a su espalda para confirmar sus pronósticos y, al girarse, se encontró frente a un hombre menudo de ojos hundidos y cabello canoso impecablemente peinado. Vestía el uniforme típico de los marines estadounidenses: chaqueta azul oscuro de botones dorados y pantalones blancos. En los antebrazos resaltaban dos galones que daban fe de su posición en el organigrama médico-militar.

—*Good morning, sirs* —saludó con una inclinación de cabeza y el chasquido castrense al entrechocar sus talones—. *I'm so sorry but my Spanish is very bad.* —Y para dar fe de sus palabras, añadió—: mucho malo ispaniol.

El doctor Font le restó importancia y se dirigió al recién llegado en un inglés de impecable acento británico. Tras una breve introducción sobre las circunstancias que rodearon la aparición del cuerpo, el menorquín explicó el procedimiento que pensaba seguir, que el otro dio por bueno, y, después, entregó una bata al *surgeon* y ofreció otra a Guasch, que la rechazó con cortesía.

No tenía intención de acercarse demasiado a aquella mesa del diablo. Se hizo a un lado mientras los médicos procedían a retirar el paño y descubrir el cuerpo. Concentró su atención en el rostro del estadounidense, que no alteró el rictus y observó el cadáver con expresión circunspecta.

—*És negre com un fumall* —farfulló el doctor Font.

Guasch, ahora sí, se obligó a mirar los restos.

El cuerpo seguía en la misma posición rígida que cuando, horas atrás, habían roto el tabique y fue exhumado con ayuda de varios soldados de Sant Felip y en presencia del juez.

Vestía pantalones de un color oscuro indeterminado y una camisa cruda rasgada y manchada. Estaba atado de pies y manos, estas últimas a la espalda. En un pie llevaba una bota desgastada de cuero; el otro, descalzo, tenía la planta de un vivo tono rosado, similar al de una persona de raza blanca; el empeine y el tobillo eran, sin embargo, al igual que el resto de la piel, del tono más negro que Guasch recordaba haber visto jamás. En algunos puntos de los brazos destacaban máculas violáceas que mostraban el avance del proceso de putrefacción. El cuello torcido y el rostro hinchado se giraba hacia arriba, como si implorara clemencia o suplicara al cielo por la salvación de su alma. De la boca abierta sobresalía lo que parecía la punta de un trapo negruzco y apelmazado. Consideró que una de las posibles causas de la muerte fuera la asfixia. Las cuencas de los ojos eran un bullicio de larvas y gusanos en diferentes fases de desarrollo que le produjeron náuseas.

Se acercó a una jofaina y se mojó las manos y la nuca con agua fresca. Luego, entre resoplidos, tomó asiento en un banco junto a la puerta de entrada. Seguiría la evolución desde la distancia.

Los sanitarios cortaron los cordeles que sujetaban las extremidades, rajaron las ropas del difunto y tiraron los harapos a un rincón para quemarlos. Forzaron los brazos para ponerlos en paralelo al cuerpo, que quedó tumbado boca arriba. El abdomen tenía tonalidades verdosas y estaba también hinchado. Entonces sacaron el hervidero de bichos que ocupaban las cuencas de los ojos, la nariz y las orejas para, finalmente, extraer el trapo que ocupaba la cavidad bucal.

Resultó que aquello no era un pedazo de tela sino la punta de la lengua.

Unos gusanos cayeron al suelo y se empezaron a retorcer.

Font palpó el cráneo con cuidado.

—Tiene una brecha importante —indicó, señalando la parte superior de la cabeza—. Aquí recibió un buen golpe.

Él y el *surgeon* empezaron a hacerse observaciones, señalando todo lo que les llamaba la atención mientras el asistente de mayor edad tomaba nota de los comentarios que Font le iba traduciendo.

—En la parte frontal no presenta heridas de arma de fuego, pero sí de arma blanca. —Señaló varios puntos en el costado, a la altura de la cadera—. Dos heridas… no, tres, si bien estas dos últimas parecen más superficiales.

Después de analizar el aspecto de los moratones y de cuanto

consideraron oportuno se dispusieron a dar la vuelta al cuerpo.

Una vez terminada la maniobra, Font lanzó una exclamación de sorpresa.

El *surgeon* resopló por la nariz y, esta vez sí, pareció contrariado.

—*He's like Whipped Peter* —murmuró.

Guasch se reincorporó a regañadientes, reacio a presenciar aquello.

Pero tuvo que ir.

Siempre tenía que ir.

Se asomó a la mesa de operaciones con más desgana que temor y se sobrecogió. Inevitablemente. La espalda de aquel desdichado estaba totalmente cubierta de laceraciones cicatrizadas. Eran antiguas, tenían medio dedo de grosor y estaban superpuestas unas a otras formando un entramado de trazos sin sentido.

¿Cuántos latigazos se apelotonaban en aquella espalda? ¿Cómo podía alguien sobrevivir a una paliza así?

Aquello era fruto de una mano enloquecida y de una mente enferma.

En el hombro lucía un círculo con un diseño difuminado, como si hubiesen tratado de eliminarlo, pero sin lograrlo del todo. Otra marca similar, pero con una forma diferente y también desdibujada, se distinguía en uno de los omoplatos.

Dos hierros candentes. Dos señales eternas.

Dos marcas que daban fe de su pasado de esclavo.

Decidió que ya tenía suficiente, que esperaría fuera a que terminaran su trabajo. Antes de salir le rogó al viejo ayudante que le dibujara en una hoja aparte esos vergonzosos símbolos esclavistas.

Y entonces salió al pasillo y se derrumbó en el suelo.

Apoyó la cabeza entre las manos y procuró no pensar en nada. No lo logró, y optó por refugiarse en algún pensamiento positivo. Y el mejor siempre era Lucía. Pese a las diferencias surgidas entre ambos que, se dijo, no eran más que pequeñas desavenencias. Buscó una imagen de ella, pero, para su sonrojo, los recuerdos le resultaron borrosos.

La echaba de menos y necesitaba verla cuanto antes, no podían seguir viviendo así.

¿Qué tipo de vida era aquella para dos personas que se amaban y que tenían la fortuna de doblegar el destino a su voluntad?

De un modo u otro, logró mantener la mente ocupada y posponer los pensamientos funestos relacionados con la autopsia. Al cabo de una eternidad, cuando la oscuridad había vencido su duelo diario con el astro rey, el doctor Josep Font abrió la puerta y le hizo una seña para que entrara.

Se le veía exhausto, pero, al mismo tiempo, le brillaban los ojos igual que a aquellos que disfrutan de su trabajo con independencia de lo incomprensible o macabro que resulte a los demás.

Guasch empezaba a dudar que su mirada resplandeciera de ese modo.

—Ya sabemos cómo ha muerto —anunció Font.

—¿Del golpe en la cabeza?

El médico hizo un gesto negativo.

—Ojalá…

—¿Perdón?

—Ahora lo entenderá.

Recordó su teoría inicial.

—¿Asfixia?

—Mucho peor. —Font se detuvo en mitad de la sala de operaciones —. Ahogado.

—¿Lo echaron al puerto atado y…?

—No —le cortó—. Sus pulmones no estaban encharcados de agua, sino de sangre. De su propia sangre.

El *surgeon* se enjuagaba las manos en la palangana de agua rojiza. El ayudante colocaba cabizbajo los instrumentos empleados en una tinaja de barro cocido. Aquello había sido una carnicería.

La puerta abierta ayudaba a renovar el aire infecto.

—¿Cómo puede ser?

—Pese a la posición y a las escasas fuerzas que debía tener se las apañó para morder su propia lengua repetidamente hasta provocarse una hemorragia.

—¿Perdone? —Guasch se aclaró las ideas—. ¿Está tratando de decirme que lo emparedaron vivo?

El médico asintió despacio.

—Y decidió acortar aquella agonía como pudo —dijo—. No se me ocurre un modo más cruel de morir.

Guasch había sido testigo de las más variadas e imaginativas formas empleadas por los seres humanos para matar a sus congéneres, y aquella, desde luego, no entraba en la lista de las más compasivas.

Se fijó en la bota del muerto y en el montón de harapos olvidados que todavía descansaban en el rincón. Sintió la necesidad de hacer algo útil. Se acercó, se arrodilló, agarró el pantalón del suelo y, al hacerlo, escuchó el sonido de un objeto metálico que rebotaba contra el pavimento hasta acabar junto al pie del estadounidense, que lo recogió.

Era una chapa de latón o de algún metal parecido.

—Es una placa de identificación —explicó el americano.

—¿Y eso qué es?

El doctor terminó de secarse las manos y se la tendió.

—Durante la guerra, muchos combatientes recurrían a métodos caseros para, en caso de caer en combate, ser reconocidos: grababan su nombre o iniciales en cinturones o mochilas o lo bordaban

directamente en la ropa o en un trozo de tela que llevaban en los bolsillos. Hay quienes se fabricaban identificadores rudimentarios en monedas o discos de metal o de cuero.

—Este no parece muy casero —apreció Guasch, pasando el dedo por las formas bien cortadas de aquella lámina de metal.

—Como siempre sucede, hubo quien intuyó el negocio y proliferaron pequeños fabricantes que comenzaron a vender a los soldados placas de identificación personalizadas. Siempre de modo privado, ya que estos distintivos no están por ahora estandarizados en el ejército. Quizá algún día…

—¿Cómo se llama? —preguntó el viejo asistente, que por un momento había dejado de trajinar con los utensilios y les prestaba atención.

Guasch giró la placa para dejar a la vista una tipografía elegante escrita en letras mayúsculas que incluía un nombre, una inicial y un único apellido.

—James S. Williamson —leyó, antes de levantar la mirada y pasearla por los rostros de los tres expectantes galenos—. Ya sabemos a quién debemos hacer justicia.

II

Una nueva realidad

La piel del hombre era clara como la ceniza fría, sus ojos azules como el cielo sin nubes y su mirada, de tigre hambriento. Cubría su cuerpo con ropas extrañas. Pensé que tal vez fuera un dios. Sostenía una pluma y metía la punta en un recipiente transparente lleno de líquido negro para, después, deslizarla sobre una lámina blanca. Nunca antes había visto ni una silla, ni una mesa, ni una pluma, ni un tintero. Tampoco un hombre de raza blanca. No podía dejar de mirar todo cuanto me rodeaba pese al miedo que me atenazaba: una casa gigante hecha de madera y una gran jaula desde cuyo interior me miraban los ojos curiosos de un puñado de negros como yo. Comprendí que aquel era nuestro destino.

El hombre de piel blanca anotaba palabras que solo él comprendía y que se referían a cada uno de nosotros. A su lado, un negro gordo traducía lo que el soldado le decía a gritos. Seguramente, el precio de cada pieza.

Llegó mi turno. El soldado me agarró la mandíbula y me abrió la boca. El blanco se asomó, asintió y escribió. Me desnudaron y me palparon todo el cuerpo. Temblaba, pero logré no orinarme encima. Detrás de mí oía los gemidos quedos de madre. Sentirla cerca hizo que me irguiera. Siempre he creído que aquel gesto logró que el soldado obtuviera un mayor precio por mí.

Preguntaron mi nombre.

—Samba —respondí—. Samba Iyanga.

Iban amontonándonos contra la pared de madera. Apretados, pegados a la piel sudada de otros. Algunos lloraban. Nos rodeaban los hombres armados del dios blanco.

Llegó el turno a un hombre de nuestra aldea. Era de edad avanzada, tenía la espalda curva y los ojos hundidos. El viaje había acabado con él. Estaba enfermo y le costaba mantenerse en pie. Le temblaban las manos. Empezaron a discutir por él. El militar y el gordo hablaban a gritos mientras el blanco mantenía la calma. Cuando habló, lo hizo sin levantar la voz. Yo no comprendía sus palabras, pero sabía, por su actitud, que era él quien ostentaba el mando en aquella conversación. El soldado gruñó algo, cargó el fusil y

apoyó el cañón contra el pecho del viejo. Era el modo de demostrar su desacuerdo. La mujer que tenía al lado ahogó un sollozo. Nadie se movió. El blanco negó con la cabeza. El traductor se echó a reír. El soldado también. Disparó.

El dios apuntó algo en su hoja, se levantó e hizo un gesto con la mano. Sus hombres se acercaron a nosotros y nos comprimimos todavía más entre sollozos, gemidos y gritos de dolor. Yo era alto, pero Kofi quedaba entre las piernas de los adultos. No podíamos respirar y pensé que íbamos a morir aplastados o asfixiados. En la entrada de la jaula cortaron nuestras cuerdas y las reemplazaron por cadenas de hierro en las muñecas y en los pies. Nos echaron dentro y cerraron con un candado.

Nos juntamos. Pese a las cadenas, podíamos tocarnos unos a otros. Madre nos acarició la cara. Lloramos. Por Kwame. Por nuestra gente. Por nuestro futuro. También padre. Nunca antes le había visto derramar una lágrima. Los dos hombres que estaban junto a nosotros se negaron a moverse para dejarnos más espacio. Era lo único que poseían.

Y los días empezaron a pasar. Comíamos una bola de mijo rancio o una masa pastosa con olor a humo. Bebíamos agua caliente y turbia en cuencos que pasaban de mano en mano. Hacíamos nuestras necesidades en un cubo de madera que solo vaciaban cuando rebosaba. Y no siempre. Olía a excrementos desde cualquier rincón. Dormíamos como podíamos. Algunas noches, una pareja se unía, con rapidez, sin espacio y en silencio. No se sabía si gemían o lloraban. Kofi y yo nos infundíamos fuerzas el uno al otro. Decíamos que si seguíamos unidos, lo superaríamos. Lo queríamos creer. Nadie sabía cuánto tiempo llevábamos allí. Trajeron gente nueva. Ya casi no cabíamos.

Malembe llegó antes que nosotros. Nos dijo que ya había cruzado el agua grande mucho tiempo atrás. Que había vivido con los hombres blancos en su tierra y que había logrado escapar. Después de pasar mil penurias había conseguido regresar a su aldea, pero, al poco de llegar, lo habían vuelto a capturar. Le dijimos que había tenido muy mala fortuna y respondió que él no lo veía de ese modo y que no estaba dispuesto a dejarse derrotar.

Nos habló del viaje que nos esperaba.

—Los blancos lo llaman barco, pero para mí es una caja de tortura que flota. Se huele mucho antes de que se vea: a hombre muerto. Nos meterán abajo, en la oscuridad. Hacinados durante varias lunas. El aire, cuando entra, es

abrasador. Los marineros y el capitán bajan a por las mujeres, alguno busca niñas e incluso algún niño. Los que se quejan son golpeados; los que lloran, también. Los hay que se muerden la lengua hasta morir. Otros se dejan ir y se niegan a comer y a beber, y, cuando mueren, los lanzan al mar. A veces, ni esperan a que fallezcan. Siempre hay tiburones siguiendo las naves, porque saben que tienen comida segura. Si esta jaula os parece mala, esperad a conocer aquello. He visto barbaridades en mi vida, pero nada comparable a eso. Los espíritus no nos protegen porque no se atreven a entrar, y no les culpo. Disfrutad de los días de espera. —Lo peor lo dejó para el final—: Uno de cada cinco muere durante el trayecto.

Nos miramos unos a otros sin hablar y contamos: nosotros éramos cinco.

8

Esclavos

Toni Petit se había quitado las *espardenyes* y la camisa y arremangado los pantalones para meter los pies en la orilla sin mojarse los bajos.

El agua fresca le cubría hasta los tobillos.

Se agachó y recogió otra piedra plana de las que abundaban al final del puerto, en un punto que unos pescadores llamaron sa Colàrsega. La valoró con mirada experta antes de centrarse en la panorámica que se desplegaba frente a él. A su izquierda se extendía la ribera norte, en un estado casi virgen, con el arsenal y la base naval junto a la orilla y, en lo alto, sobre un repecho, una solitaria y privilegiada casa de color rojo perfilada en blanco desde la que se debía de avistar todo el puerto; en el margen derecho se distribuían diferentes *tanques*, que era como los menorquines llamaban a los huertos, y, sobre el cerro, la espalda de la iglesia y el convento de Sant Francesc, seguido de numerosas viviendas que parecían colgar del precipicio. Todas encaladas en un blanco luminoso y persianas verdes. La excepción era la casa de las monjas de clausura que, quizá para que los mahoneses recordaran su existencia, habían pintado sus ventanas de color rojo.

El sol descendía en poniente y alargaba la sombra de su cuerpo menudo. Levantó una pierna de manera exagerada y luego la otra, en un movimiento cómico, para ver el efecto en su otro yo.

Rio con ganas.

Le costaba poco entretenerse en soledad.

Siempre había sabido hacerlo.

Por necesidad.

Aquella ciudad, por mucho que acabara de llegar y que aún no la hubiera hecho suya como Vila, empezaba a gustarle. En Ibiza se sentía cómodo, en especial después de formar un grupo que comandaba con soltura, con sus lugartenientes y sus acólitos que hacían recados para él. Tenía que admitir que le sabía mal tener diferencias con la esposa de Riera, con quien no terminaba de congeniar. Quizá no le faltara razón a la mujer cuando decía que era un malcriado y un rebelde. No era tan estúpido como para no saber que le convenía obedecerla un poquito más y ceder en ciertas cosas para ganársela. Pero le gustaba que por ahora su nueva vida discurriera por estos cauces y mantener la libertad de siempre. Seguir haciendo lo que quería y como quería.

En Menorca, en tan poco tiempo, era imposible organizarse igual que en Ibiza, pero él ya había empezado a trabajar por su cuenta, a

hacer su propio camino. Aquella tarde, de regreso a Maó después de descubrir el cadáver del hombre negro, había hecho los primeros aunque infructuosos intentos de dar con Sintes.

Ya lo encontraría.

Seguía impactado con la imagen del muerto. Y con los gusanos que cayeron al suelo al sacarlo del agujero. Fue una visión espantosa que, pese a los esfuerzos de Guasch por evitarlo, por protegerle, logró ver.

Siempre quería ver.

Ese cuerpo sin vida pertenecía a un desconocido y le afectó de manera distinta.

La otra vez fue mucho peor.

Recordó a Pere Pau, su querido amigo y mentor en Ciutat. Le costaba poco pensar en él y en las situaciones variopintas que habían vivido juntos. En sus bromas y en sus consejos. En sus gorrazos de advertencia o despedida.

Lo echaba de menos cada día.

Recordó al negro. Para Toni Petit no era un descubrimiento que algunas personas eran capaces de hacer auténticas barbaridades a los demás. Había sido testigo de ello toda su vida en innumerables situaciones. Es lo que tiene criarse en la calle y conocer el comportamiento egoísta y salvaje de quienes la pueblan. Por suerte, también estaban los que se desvivían por hacer el bien.

Esos eran los que le gustaban a él.

Sí, definitivamente tendría que ser más obediente con la mujer de Riera. Se esforzaría en hacerle más el gusto. Pero sin pasarse.

Palpó la piedra plana, la hizo rodar entre los dedos y buscó la mejor posición de agarre. Flexionó las rodillas, se inclinó un poco, giró el cuerpo hacia atrás y la lanzó, con fuerza, contra la superficie lisa del mar. Una… dos… tres… Hasta nueve veces logró que rebotara sobre la superficie líquida.

No era el mejor lanzamiento de su vida ni tampoco el de aquella tarde, pero no estaba mal. El verano anterior, en Ciutat, consiguió quince magníficos saltos. Quedaban lejos de los veinte de un compañero de la inclusa, al que tuvo que pagarle la manzana que habían apostado. Algún día volvería a competir con él y le ganaría. Y no solo conseguiría recuperar esa manzana, sino sacarle media docena.

Después de descubrir el cuerpo y esperar a que llegaran los militares y el juez, Guasch tuvo la desilusionante idea de obligarle a regresar a Maó para que descansara en la casa de Andreu y Sara. Y de Lissie.

Oh, Lissie.

Suspiró.

Todavía le molestaba recordar que se había quedado sin habla al conocerla. Su elocuencia ante ella se esfumó como por arte de magia.

Él, que siempre tenía alguna ocurrencia ingeniosa. Parecía una broma de mal gusto. Y eso que ella fue muy amable cuando los presentaron, mucho más que su hermano, un engreído que se limitó a examinarlo con desdén. Lissie le dirigió una mirada curiosa y le sonrió. Solo supo decir su nombre con torpeza mientras un calor incomprensible le quemaba la nuca.

Hubiese querido salir corriendo de ahí.

Quedó maravillado de lo bien que cantaba Lissie, de la naturalidad con la que se desenvolvía. De la forma en que sonreía a todos.

También a él.

Desde entonces no la había vuelto a ver, y temía que en el próximo encuentro tampoco supiera comportarse con normalidad.

Nunca le había pasado algo así, y sintió rabia por aquella debilidad traicionera.

Lanzó varias piedras más hasta lograr doce meritorios saltos y decidió que ya era suficiente por aquella tarde. Con aquel pequeño éxito dio el descanso por concluido.

Se puso la camisa, se arregló los pantalones y se calzó de nuevo las *espardenyes*.

Ataviado con aquellas prendas se le veía muy ibicenco, seguramente demasiado para un palmesano de pura cepa como él. Pero no le importaba la carcasa. Se sentía orgulloso de sus raíces y se divertía chinchando a Riera exagerando su deje mallorquín. Pese a aquellas pequeñas bromas, por supuesto, le agradaban sus nuevos paisanos, su nueva isla, su nueva realidad. Su nuevo padre.

No podía estarle más agradecido.

Cruzó el Moll de Ponent, se encaminó hacia el de Llevant y dejó atrás las tascas, los almacenes, las tenerías y los talleres, más grandes o más pequeños, de los maestros de ribera. También la oficina de aduanas frente a la que se encontraba la rampa por la que subió a prisión el primer día, con Riera, nada más llegar.

Y continuó caminando por la vía que discurría en paralelo a la orilla.

Le llamaron la atención las culatas de cañones que emergían del suelo al borde del mar y que hacían la función de norays. En algún tramo eran reemplazadas por pesados bolardos de piedra que había oído decir que, en alguna jornada de fuerte temporal, llegaban a ser arrancados del suelo por las embravecidas embarcaciones.

Esquivó carros tirados por mulas de patas pesadas y se cruzó con calafateros alegres y sudorosos con olor a brea que regresaban a sus hogares y marinos que desembarcaban en estado de euforia para dirigirse a Es Barrio.

Le gustaba la actividad de aquel puerto majestuoso, más vivo que el de Ciutat.

Siguió caminando junto a unas *tanques* hasta vislumbrar la chimenea alta y espigada de La Industria Mahonesa, la empresa de tejidos en la que trabajaba el bueno de Santiago Sintes y que había visitado antes, nada más regresar de la cala de Sant Esteve.

—*Eh, tu, mallorquí!* —gritó una voz aguda—. ¿Dónde vas tan decidido?

Toni Petit se giró. Encaramado en lo alto de un muro estaba el cabecilla de aquella banda de pequeños canallas que conoció nada más pisar tierras menorquinas. En esta ocasión iba con un único escudero, ese unicejo de cabello negro que no se perdía detalle de nada.

—¿Hoy no mendigas? —Toni Petit le señaló la pechera—. Por fin has encontrado una camisa limpia.

—¿Eres siempre tan ocurrente?

—Incluso más…

El otro soltó una risita divertida.

—¿A dónde vas? —insistió.

—No creo que te interese.

Toni Petit hizo un gesto de despedida y prosiguió su camino.

—¿Cómo te llamas? —preguntó el menorquín, cruzando los brazos.

Su acólito imitó su pose de pretendida arrogancia. Con su escasa estatura, la única ceja y el negro cabello encrespado tenía una presencia graciosa.

—Toni. Para ti, señor *Toni*.

El otro soltó una nueva risotada.

—Yo soy Olives. Y este es Roc.

Toni Petit dio un manotazo al aire para despedirse de ellos y se centró en la misión que tenía por delante. Aquel encuentro casual le infundió nuevos ánimos. Sabía que el vigilante sería el mismo que ya le había echado de malos modos. Esa vez, Toni Petit no estuvo particularmente habilidoso y no supo reaccionar.

Ahora tenía un plan.

La fachada del edificio principal era imponente. De ella salían dos muros altos que daban continuidad al frontal y que unían la edificación con las paredes rocosas que delimitaban los laterales de la cala y que impedían el acceso a personas ajenas a la compañía.

Se unió a un grupo de mujeres y pequeños que se dirigían a la entrada y con quienes entabló una conversación casual. Los críos eran menores que él y descubrió que aquellos desdichados iban también a ganarse el jornal. Recordó las insistentes palabras de Pere Pau cuando le animaba a aprender a leer y a escribir con soltura para no deslomarse el resto de sus días de sol a sol.

Como aquella gente.

Preguntó por Santiago Sintes, pero nadie lo conocía.

Toni Petit pidió prestado su gorro a un chico para ocultar su cabellera naranja y cruzó el umbral entre los trabajadores. Varias mujeres saludaron al vigilante por su nombre y Toni Petit hizo lo propio alzando risueño una mano y vociferando un exultante «Bones tardes, don Miquel!».

Superado el primer escollo, se encontró en un pasillo largo y ancho que transcurría en paralelo a la nave principal, en la que se situaban los telares donde sus acompañantes se ocuparían las próximas horas.

Preguntó por administración y le dijeron que las oficinas estaban en lo alto del edificio que acababan de atravesar. Toni Petit renegó en voz baja y una de las mujeres, al ver su apuro, le hizo saber que también se podía acceder desde la sala principal.

Aquello le gustó más.

Entró con el grupo a la nave central y soltó un bufido de admiración. Por su dimensión colosal; por el número de trabajadores, centenares; por el rugido de aquellas máquinas infernales funcionando a pleno rendimiento como un batallón de caballos repicando sus herraduras sobre un suelo de madera.

La mujer de antes señaló una puerta que se abría al fondo de la sala. Toni Petit le hizo un gesto de agradecimiento, devolvió el gorro al niño y se encaminó hacia una escalera estrecha de peldaños empinados que casi tuvo que escalar. En el nivel superior encontró una puerta que abrió sin más.

Un caballero bien vestido de poblado mostacho y cabello canoso que leía el periódico en una butaca apartó las páginas que lo ocultaban y le dirigió una mirada de frente arrugada.

—*Què fa vostè, jove?* —preguntó, tajante—. *No sap que aquí no es pot pujar?*

—*Estic buscant en Santiago Sintes.*

Su expresión aunaba molestia y condescendencia a la vez.

—¿Para qué?

—Necesito hablar con él.

—¿Para qué? —repitió, subiendo el tono de voz y plegando el periódico.

—Respecto al pedido que le hicieron de la mercería Ca Donya Àngela en Ciutat. Imagino que conoce el negocio del señor Fortesa.

Lo soltó de un tirón, con desenvoltura.

Fue lo mejor que pudo tramar con los pocos datos que extrajo de la conversación en la caravana. Conocía bien aquel comercio, el más antiguo de la ciudad, y a su propietario, por lo que hablaba con un ligero conocimiento de causa.

—Por supuesto —reconoció el caballero—. ¿Qué sucede con el pedido?

Al menos, había logrado detener su ímpetu inicial.

—El señor Fortesa ha tenido un encargo inesperado y desea… hum… duplicarlo.

—Dupli… ¿duplicarlo?

—¡Exacto! —continuó Toni Petit, que iba ganando confianza—. Bueno, no todo, ¿eh? Solo una parte. Necesito decirle a Santiago Sintes de parte de mi padre qué partidas hay que modificar.

El otro parpadeó.

—¿Y tú quién eres, muchacho?

Su tono había reemplazado la aspereza por perplejidad.

—Toni Petit, señor, para servirle.

—Y si trabajas en Mallorca, ¿qué haces aquí, en Menorca… vestido de ibicenco?

—Mi padre es de Ibiza, pero vivimos en Ciutat, donde trabajamos para el señor Fortesa. Estamos aquí porque… —dudó un instante, no pensaba tener que llevar la mentira tan lejos. Aquello se le estaba yendo de las manos—. Está pensando abrir una sucursal en Maó.

Su interlocutor se levantó de un tirón con los ojos bien abiertos.

En ese momento se abrió una puerta de la que salieron dos caballeros trajeados. Llevaban cada uno un pliego de papeles en la mano y discutían acaloradamente sobre ciertos datos para una reunión de socios que se celebraría en breve.

Ignoraron por completo su menuda presencia.

Por el hueco de la puerta reconoció a Santiago Sintes. Hablaba con vehemencia con otro joven de mejillas encendidas y expresión dubitativa mientras señalaba con el dedo una hoja de papel que descansaba sobre una mesa.

El menorquín levantó la mirada y lo reconoció.

En un principio se quedó inmóvil, como si su mente no se hiciera a la idea de qué hacía él allí, pero después le hizo un gesto para que esperara. Cuando pareció entenderse con el otro, salió a su encuentro. Se movía con tirantez, lejos de la naturalidad que había mostrado días atrás. Parecía que en el entorno laboral tuviera que adoptar una pose de respetabilidad.

—¡Pero bueno! —murmuró con una alegría que no parecía fingida —. ¿Se puede saber por dónde has entrado tú aquí?

Antes de contestar, reparó en que el hombre del bigote departía con los caballeros trajeados y respiró aliviado por habérselo quitado de encima y no tener que continuar con toda aquella sarta de patrañas.

—He venido a pedirte ayuda —cuchicheó—. ¿Iba en serio cuando nos la ofreciste?

—Sí, claro. ¿Qué puedo hacer por vosotros? ¿Has venido solo?

—¿Te has enterado de lo del negro asesinado?

—¿Un asesinato? ¿De verdad?

—Parece que Menorca no es tan tranquila como nos querías hacer

creer.

Santiago Sintes estaba perplejo.

—¿Cuándo ha sido eso?

—Hace un rato. Me gustaría que me ayudaras a investigarlo.

—¿A ti o a tu padre?

—Somos un equipo —mintió.

El señor del mostacho levantó la vista y, al verlos charlando, dio por concluída la conversación con los otros dos y se acercó hacia ellos.

Toni Petit palideció y musitó:

—Disimula, que viene otra vez el pesado este. —Forzó la sonrisa y prosiguió con voz alta y clara—… y por eso necesitaría hablar con usted del pedido de Ca Donya Àngela.

—¿De qué hab…?

—¡Si podemos comentarlo a solas en su despacho, le explicaré qué más necesitamos!

El hombre amostachado tomó la palabra.

—Sí, Santiago, deberíais hablar de eso y que te dé también más detalles de la posible apertura de una tienda del *senyor* Fortesa en Mô. El simple hecho de que se lo plantee es ya una noticia excelente. Hay que darle la máxima prioridad, ¿entiendes? Tenemos que ayudar al padre de este muchacho en todo lo que esté en nuestras manos.

El joven se quedó sin habla, pero debió advertir que Toni Petit se encontraba en un serio aprieto y tras un breve titubeo decidió salvarle el pellejo.

—Ahora mismo vamos al despacho para que me detalles qué te ha dicho tu padre.

El adulto observó con satisfacción a Toni Petit, que reconoció tras aquellos ojos a alguien acostumbrado a ver cumplidos sus deseos y, también, sin duda, a obtener el máximo beneficio de ellos.

Señaló la ventana de luz menguante.

—Os espero a cenar esta noche en mi casa —dijo—. Espero que después de revisar los números con Santiago hables con tu progenitor y que acepte mi invitación. Seguro que puedo aconsejarle sobre el mejor emplazamiento para ese nuevo negocio. Ya verás como él y yo nos entendemos rápido: los hombres de negocios hablamos el mismo idioma.

—No creo que… —empezó a decir el joven comercial.

—No aceptaré un no por respuesta.

Santiago bajó la vista en actitud servil.

—Como deseéis, padre.

¿¡Padre!? ¿¡Aquel tipo era su padre!?

—Tal vez mañana —acertó a decir Toni Petit, que sintió que las rodillas le fallaban—. Hoy tenemos un com… compromiso…

—Nos vemos mañana, entonces. Sin falta.

—Por supuesto, señor…

—Sintes. Me llamo Mariano Sintes.

Toni Petit sintió como si el suelo cediera bajo sus pies.

—¿¡Que has hecho qué!? —oyó que gritaba Riera desde la habitación contigua.

Guasch giró el cuello recostado en la bañera y dirigió los ojos en aquella dirección, como si tuviera la capacidad de atravesar paredes con la mirada y contemplar lo que sucedía tras ellas. Se sumergió por completo en el agua para coger impulso y, emergiendo de nuevo de un tirón, se levantó chorreando.

Pocas veces había sentido una necesidad tan acuciante de limpiarse como en el viaje de regreso en barca desde la Illa del Rei.

Se había frotado a conciencia, casi con rabia, deseando eliminar la sensación de suciedad que le embargaba y el regusto de amargura que le quedaba después de aquella autopsia lastimosa.

—¿¡Que le has dicho qué!? —vociferó de nuevo el subinspector.

Aquel alboroto no era normal. Algo grave pasaba.

Se secó por encima y se anudó la toalla a la cintura; abrió la puerta, examinó el pasillo silencioso y, al no detectar movimiento, se dirigió con sigilo al cuarto de Riera y Toni Petit.

Tocó rápido a la puerta y, sin esperar respuesta, entró.

Cerró tras de sí y apoyó la espalda en la hoja conteniendo la respiración.

El subinspector y su hijo, de pie en mitad del cuarto, le miraron boquiabiertos.

—¿A qué vienen esos gritos? —preguntó Guasch.

—¿Se… se puede saber qué hace aquí desnudo?

—Pero ¿qué dice, Riera? ¡No voy desnudo!

—Usted agarre fuerte la toalla, por si acaso…

—Bueno, ¡respóndame! ¿A qué viene este alboroto?

El ibicenco puso los ojos en blanco y señaló al pequeño.

—¡El crío se ha pasado de listo y me ha puesto en un compromiso!

Guasch no comprendía nada.

—Explíquese, por favor.

Fue Toni Petit quien se refirió a Santiago Sintes, el muchacho con el que viajaron desde Palma y del que ya le habían hablado en alguna ocasión, y le explicó una historia rocambolesca sobre cómo fue a buscarlo para que le ayudara a investigar. Se hizo pasar por trabajador de uno de los más importantes comercios de Palma para llegar hasta él y había terminado comprometiéndose con el progenitor de Sintes para cenar al día siguiente en su casa para hablar de negocios.

—¡Y se supone que soy yo, en representación de ese comerciante, quien quiere abrir una sucursal de su tienda en Maó! ¡Yo! ¿Qué le

parece?

Guasch se encogió de hombros.

—No entiendo dónde está el problema. Basta con poner una excusa para no asistir y asunto solucionado.

—¡Imposible, señor Guasch! —suplicó el pequeño pelirrojo—. Sin querer he puesto en un aprieto a Santiago frente a su padre, que, por lo que he visto, es muy estricto con él. No quiero perjudicarle ni hacerle quedar mal, pero tampoco podemos ir y hacer el ridículo…, ¡y no sé qué hacer!

Toni Petit se derrumbó en la cama y hundió la cara entre las manos.

—¡Y todo este lío por no limitarse a esperarlo en la puerta o, mejor todavía, por no dejarlo estar!

—Bueno, subinspector, ahora ya está hecho. De nada sirven las lamentaciones.

Riera negó con la cabeza y empezó a remugar.

Guasch seguía sin comprender la dimensión del asunto.

—Bueno, tampoco es necesario tomar una decisión ahora mismo. Seguro que se nos ocurre algo. —Se acercó al crío y apoyó una mano en su hombro—. Vamos, Toni, deja de darle vueltas. Lo solucionaremos.

El pequeño se sorbió los mocos.

El reloj del salón marcó las diez.

—¡Eh! ¿Qué es ese delicioso aroma? —Riera olisqueó el aire y olvidó todas sus penas—. ¡Hay que bajar a cenar!

—Me visto y vamos —sugirió Guasch.

—Sí, estaría bien que no irrumpiera en el comedor vestido de esa guisa.

Toni Petit se revolvió en la cama y se cubrió la cabeza con la almohada.

—¡Yo me quedo! —aulló—. ¡Se me ha quitado el hambre!

Guasch miró a Riera, que se encogió de hombros.

O allí pasaba algo que no alcanzaba a entender, o se habían vuelto todos locos.

Al final, Toni Petit bajó al comedor, pero lo hizo en silencio. Andreu, Sara y sus hijos se mostraron tan amables y comunicativos como el día anterior. En ningún momento se refirieron a lo que sin lugar a dudas era *vox populi* no ya en la ciudad, sino en toda la isla: el descubrimiento aquella misma tarde de un cadáver emparedado en las inmediaciones del Castell de Sant Felip.

Al final del ágape, cuando Riera y Toni Petit se despedían y subían a su habitación, Sara envió a sus hijos a la cama con más premura que la noche anterior. A Guasch le pareció buena idea, pues él también quería mantener una conversación en privado con ella y con su

hermano.

Andreu cerró la puerta de la biblioteca, se acercó al mueble bar y, sin mediar palabra, vertió en sendos vasos un par de dedos de ron jamaicano oscuro y espeso, de esos capaces de prender fuego al estómago, a los que después añadió el jugo de un limón y una cucharada de azúcar. A su hermana le preparó un vaso de ginebra local rebajada con agua, algo muy habitual en la isla, según le explicó.

—¿Cómo ha ido la jornada? —preguntó después de entregarle el vaso y tomar asiento.

—Estaréis al corriente…

—*No corre tant un cavall com una mala nova* —dijo Andreu—. Esta isla es grande para algunas cosas, pero muy pequeña para otras…

—¿Cómo te encuentras tú? —se interesó Sara.

Guasch vació los pulmones, clavó la mirada en un punto indeterminado de la gran librería y dio un largo sorbo a su vaso hasta casi apurarlo. Le supo a poco. Iba a necesitar una segunda ronda. Y quizá hasta una tercera.

—He estado mejor —reconoció—. Por mi trabajo, suelo ser testigo de escenas terribles. No entraré en detalles macabros, solo quiero decir que estoy familiarizado con la maldad humana.

—Dios mío, Marc…

Guasch reparó en los ojos vidriosos de su anfitriona y se dijo que debería moderarse.

Negó con la cabeza y prosiguió.

—Lo de hoy ha sido diferente. Más allá de cómo han matado a ese hombre, me han impactado las laceraciones en su espalda. Eran pegotes de carne solapados. Fue azotado una y otra vez sobre antiguas cicatrices que volvían a abrirse y a levantar la carne provocando nuevas heridas. Me cuesta imaginar el tormento que sufrió en vida.

—¿Has oído hablar de Whipped Peter? —preguntó Sara.

—El *surgeon* estadounidense se ha referido a él cuando ha visto el cadáver.

La viuda lo miró profundamente antes de responder.

Donde antes veía una sensibilidad que por error había asociado a fragilidad, Guasch descubría ahora fuerza y determinación. No podía juzgar tan a la ligera a una mujer que había perdido a su marido en los primeros compases de una cruenta guerra civil para, después, involucrarse y colaborar con el mayor compromiso con uno de los bandos.

Podría haber escapado de allí.

Podría haber regresado a España.

Pero no lo hizo.

Sara vivió el horror en primera persona y fue testigo, del modo más intenso, de tantas o más barbaridades que él en ese trabajo que a

menudo catalogaba como brutal. Lamentó haber sido tan presuntuoso, convencido de que nada hay comparable al cúmulo de odio, sangre y dolor injustificado que lleva asociada una guerra.

—Una de las imágenes más impactantes y más determinantes de la *civil war* fue la de Peter Gordon, un esclavo que en 1863 se escapó de la plantación de algodón en la que trabajaba junto al río Mississippi, en Luisiana. Estuvo diez días prófugo, huyendo por bosques y cañaverales, mientras sus dueños lo perseguían con perros de caza. Peter llevaba como toda arma un manojo de cebollas con las que se frotaba el cuerpo para disimular su olor cada vez que salía de un pantano o de un riachuelo. Logró escapar.

Sara dio un pequeño sorbo antes de proseguir.

—Al llegar al campamento de la Unión, cerca de Baton Rouge, vestía unos harapos embadurnados de barro, sudor y sangre. Le dieron ropa nueva y, al desnudarse, dejó su espalda a la vista. Los soldados blancos quedaron horrorizados ante aquel amasijo de cicatrices superpuestas, no demasiado diferentes a las que acabas de describir. Un fotógrafo que visitaba el campamento tomó una imagen que publicó *The Independent* y se difundió rápidamente por todo el país. Se imprimieron tarjetas que se repartían entre la población del norte para que los habitantes fueran conscientes de la verdadera cara de la esclavitud. A los blancos les resultó chocante, y muchos negros decidieron alistarse para combatir aquella crueldad que sufrían sus hermanos del sur.

—¿Estás diciendo que la imagen de esa espalda azotada inclinó la balanza de la guerra civil? —preguntó Andreu.

Sara meditó un instante.

—Fue un factor crucial, desde luego. Los abolicionistas distribuyeron la fotografía de forma masiva para desmentir el discurso de los sureños, que defendían el sistema de producción basado en mano de obra esclava a la que decían tratar con humanidad. Nada más lejos de la realidad.

—¿No tendrás por casualidad una tarjeta de esas?

—Por supuesto que no, Andreu. No tengo intención de recordarla.

El hermano se puso en pie y se dirigió de nuevo al bar.

—Creo que necesito otra copa, ¿soy el único o alguien me acompaña?

Guasch levantó la mano y miró de nuevo a Sara.

—¿Qué sucedió con Whipped Peter?

—Se alistó en los Corps d’Afrique y consiguió la libertad.

—¿Corps de…?

—Es el nombre que recibía, en un primer momento, la unidad de tropas de color del ejército de la Unión.

—¿Unidad de color? ¿A qué te refieres?

La mujer se recolocó el vestido.

—Los soldados blancos y negros no combatían juntos, el ejército los mantenía separados. Eso sí, los altos mandos de los Corps d'Afrique eran siempre blancos.

—No lo entiendo —reconoció Guasch, tomando la nueva copa que le servía su amigo e inclinándose hacia delante en el asiento—. ¿No se supone que unos y otros, al margen de la raza, luchaban en el mismo bando para ganar la guerra y acabar con la esclavitud?

—El tema racial en Estados Unidos es muy complejo, Marc. Allí, el color de la piel lo condiciona todo. A ver si me sé explicar: una cosa es que por cuestiones morales y estratégicas los estados del norte fueran partidarios de abolir la esclavitud en los estados rebeldes, que no en los propios en los que sí estaba permitido, y otra muy diferente que en el norte consideraran iguales a blancos y negros. Ya te adelanto que no.

—¿Estás diciendo que había esclavitud en los estados de la Unión?

—En algunos.

—¿Y allí no iba a abolirse la propiedad de esclavos? ¿Iba a continuar siendo legal?

Sara asintió lentamente.

—Lo has comprendido a la perfección.

—Pero ¿qué sentido tiene? ¿Qué clase de justicia es esa?

—¿Quién habla de justicia, Marc? Esto es política o, mejor dicho, estrategia política: debilitar al enemigo y mantener fieles a aquellos cuyo apoyo necesitas para alcanzar tus objetivos. En este caso, ganar la guerra.

Guasch se acarició las sienes. Empezaba a sentirse mareado y dudaba de si se trataba del licor, del reconocimiento una vez más de la insensibilidad humana o del cauce que había tomado la conversación.

—Entonces, si blancos y negros luchaban por separado, querida Sara, ¿por qué en el USS Constitution conviven militares de ambas razas?

—La US Navy es una institución más flexible que el Ejército. Además, este es un barco escuela con, al mismo tiempo, funciones de representación diplomática. Por eso es comprensible que sea más tolerante en temas delicados como este, aunque sea de puertas hacia fuera. Dudo mucho que haya marinos negros que lleguen a suboficiales. Una cosa no quita la otra o, como decimos por aquí, lo cortés no quita lo valiente.

Guasch terminó de un trago la segunda copa y se levantó.

Ya tenía suficiente, estaba agotado y necesitaba descansar.

—¿Qué encontraré cuando interrogue a la tripulación del USS Constitution?

—Me atrevería a decir que una mayoría de los marines blancos que no estarán demasiado afectados por la muerte violenta de su compañero. O quizá alguno sí, quién sabe. Ya nos contarás.

—¿Crees que la tripulación es racista?

—No es que lo crea, es que estoy segura. Lo que no quita que algún compañero blanco más abierto pudiera sentir simpatía por el muerto. Será algo excepcional, pero no imposible.

Le gustaba la forma de razonar de aquella mujer.

—¿Puedes darme algún consejo aparte de buscar a ese hombre sensible?

Sara negó con la cabeza.

—Me temo que no soy nadie para sugerirte cómo has de realizar tu trabajo, querido Marc. Déjate guiar por tu intuición como, imagino, sueles hacer. Al final, las personas, con nuestras virtudes y nuestros defectos, no somos tan diferentes unas de otras, con independencia de nuestro origen y de la realidad que nos ha tocado vivir. Incluso de nuestra raza. Las sensaciones, los sentimientos y los instintos son siempre los mismos.

Guasch asintió, estrechó la mano de Andreu, acercó sutilmente los labios a la que le tendía Sara y, encaminándose hacia su habitación con paso dubitativo, les deseó buenas noches y se despidió hasta la mañana siguiente.

III

Mongomó

La oscuridad no empezó cuando se cerró la escotilla, sino cuando dejamos de gritar. Era espesa, viva, y nos envolvía por completo. Respiraba por nosotros. Yo quedé encajado entre Kofi y Malembe. No veía a mis padres. Los cadenas me aplastaban el pecho. Éramos más de doscientos.

Cuando desde la playa se avistaron las velas, los vigilantes empezaron a chillarnos. Sus perros ladraban con furia. Nos hicieron salir de la jaula a empellones para alinearnos sobre la arena. Las olas morían suaves a nuestros pies. El disco de fuego descendía en el horizonte. Kofi lloraba detrás de mí. El barco se acercó hasta la costa. Nunca había visto nada tan grande. El olor a muerte, como predijo Malembe, alcanzó la orilla. Desembarcaron dos hombres de piel clara que se reunieron con el dios blanco. Se abrazaron y se dirigieron palabras cercanas. Los soldados volvieron a vocear.

Le aseguro que, pese a las advertencias, ninguno de nosotros vio venir que aquel sería el principio de nuestro final. Uno siempre espera que los males pasen de largo y caigan en los demás.

La estiba se hizo rápida. Una mujer tropezó frente a mí en la rampa y cayó al mar. El fondo absorbió su cuerpo y sus cadenas. Nadie se lanzó a socorrerla. Creí distinguir que me pedía auxilio desde el lecho marino. El largo cabello flotaba alrededor de su cabeza. Su boca era un gran agujero negro que enseguida dejó de burbujear.

Bajamos por una escotilla al gran vientre de madera. El hedor era irrespirable, una mezcla de heces, miedo y sudor. Una mujer vomitó en la espalda de Kofi. En la penumbra nos esperaban varios marineros de aspecto fiero. Dos de ellos, los que más gritaban, eran negros de miradas inyectadas en sangre. El techo era muy bajo. Nos obligaron a tumbarnos pegados unos a otros, hombro con hombro. Uno se resistió, le dieron una paliza y lo dejaron inconsciente. Cuando parecía que no cabía nadie más, rellenaron los huecos de los pasillos. Una chica joven quedó pegada a nuestros pies. Estábamos cerca de la escotilla. Malembe dijo que tendríamos más aire y luz que los del fondo, pero que estábamos muy cerca de la tripulación. Pregunté si eso era bueno o malo.

—Te responderé al llegar.

Cuando se llevaron las lámparas y nos sumieron en la negrura empezamos a gritar, pero lo peor vino cuando finalmente se impuso el silencio. La nave comenzó a desplazarse hacia ninguna parte entre crujidos de madera y los alaridos de la tripulación. Estábamos aterrorizados. Kofi seguía llorando. Emergió de la negrura la voz de madre llamándonos. La de padre se le unió. No se encontraban lejos. No estábamos solos.

Por la mañana descubrí detrás de mi cabeza que la luz se abría paso entre dos tablones.

—Eres un chico con suerte —dijo Malembe a mi lado.

No me podía creer que dijera aquello. ¿Aquello era suerte para él?

El tufo a excrementos y a orín dominaba el ambiente. No pude contenerme más y me defequé encima. Pedí perdón en voz baja. Se abrió la escotilla. Bajaron varios de los de arriba y repartieron bolas de mijo agrio y agua. Nos obligaron a comerlas frente a ellos. El sudor fétido del marinero que tenía enfrente me envolvió. Era uno de los negros.

Tenía la nariz rota y la mirada vacía.

Aquella noche, la escotilla se abrió y un par de sombras se deslizaron a la bodega. Un cuerpo se tumbó sobre la joven que teníamos a nuestros pies, que empezó a lloriquear y a forcejear. La silueta la golpeó. Lo reconocí por su hedor. Fui a incorporarme para impedirlo, pero una mano férrea me aplastó contra el suelo.

—No te muevas si quieres vivir —susurró Malembe en mi oído—. ¿Me oyes? Ni un músculo.

Aguanté la respiración. Lloré de rabia, pero obedecí. A la mañana siguiente, alguien la vio en cubierta. Bailaba desnuda con el rostro surcado de lágrimas esforzándose por sonreír y satisfacer los caprichos de la tripulación. No volvimos a tener noticias de ella.

Nunca supe su nombre.

Las noches y las rendijas de luz empezaron a sucederse. Quise contarlas, pero perdí la cuenta. Alguien gritó que su compañero no respiraba. Chillamos para que nos oyeran. Bajaron un par de hombres y dieron orden de que alguien subiera el cuerpo y lo lanzara por la borda. Contaron al regresar que los tiburones lo despedazaron apenas tocó la superficie del mar.

En los siguientes días murieron un par más. Los más débiles comenzaban a caer.

Kofi empezó a tiritar. Pese a las cadenas, traté de abrazarlo. Murmuró mi nombre. Estaba enfermo. Malembe cerraba los ojos y respiraba despacio. Un día le pregunté en qué se refugiaba. Me habló de la mujer que amó. Murió en su travesía anterior.

Cada cierto tiempo nos permitían subir en pequeños grupos a cubierta para estirarnos y que nos diera el sol. La luz era cegadora. Eran momentos de felicidad, si es que en aquel barco fúnebre se podía emplear aquella palabra maldita. Los otros estaban muy delgados. Supuse que yo también. En una subida coincidí con mis padres. Me costó reconocerlos. El sol estaba bajo y no era abrasador. Madre rompió a llorar y se acercó a nosotros. Llevaba el torso descubierto y la entrepierna cubierta con un harapo. Tenía marcas en la piel y sangre reseca en la parte interior de los muslos. La abracé e intenté no pensar en lo que le habrían hecho. En su sufrimiento. Un hombre blanco se acercó, la agarró del brazo y la separó de mí. Yo me volví hacia él. Lo hice con demasiada rapidez. Me derribó de un puñetazo. Gritó algo en su idioma y yo solo retuve una palabra: Mongomó. Mi agresor sujetaba todavía a madre cuando padre se abalanzó sobre él como un perro rabioso. Lo lanzó al suelo. Levantó los brazos encadenados, unió las manos y las descargó con ira sobre su rostro.

Se escuchó un crujido.

No tuvo tiempo de levantarse. Dos tripulantes se lanzaron sobre él y lo redujeron como pudieron. Padre se revolvía con toda la fuerza que le quedaba. Yo seguía aturdido y eso me salvó. Muy a mi pesar. Porque hubiese ido en su ayuda y dado la vida por defenderle.

A veces se sobrevive sin querer, ¿no cree? Sin saber por qué, sin ser consciente de nada. Sin merecerlo. Simplemente las balas pasan al lado de uno sin rozarle siquiera. Porque tiene que ser así. En cualquier caso, siempre he dicho que mi corazón dejó de latir aquel día, en ese barco, junto al resto de mi familia.

Un hombre blanco apareció entonces en cubierta. Paseó una mirada de entrecejo fruncido a su alrededor mientras se abrochaba los pantalones. Observó a madre, clavó los ojos en padre e hizo una mueca. Dijo algo de mi ramera y alguien le explicó lo sucedido. Reunió a toda la tripulación e hizo que desnudaran a padre y lo ataran con la espalda vuelta hacia nosotros. Besó uno de los pechos de madre y después lo pellizcó con fuerza antes de agarrar una fusta larga y azotar a

padre diez veces. Luego otras diez. Y así hasta que las piernas no le sostuvieron más y se derrumbó. El marinero negro que tenía la nariz rota rio su debilidad. Madre cayó al suelo entre sollozos.

Entonces el hombre blanco se volvió hacia mí con unos ojos llameantes y me tendió la fusta. Tenía el rostro salpicado de sangre y pedazos de carne picada.

Pretendía que siguiera yo.

Tuve una arcada y vomité cuando el vigía gritaba desde lo alto del palo mayor.

—¡Mongomó!

El hombre blanco levantó la cabeza.

Se divisaba un barco inglés en el horizonte.

Nos obligaron a meternos en la bodega mientras desataban a padre.

Lo último que vi mientras me bajaban a empellones por la escotilla fue cómo lanzaban su cuerpo al mar.

9

La mujer misteriosa

Las conversaciones de los guardias que esperaban el inicio de la reunión matutina, como no podía ser de otro modo, giraban en torno a la aparición del cuerpo del marino James S. Williamson. El descubrimiento de un hombre asesinado en un lugar de gente cívica era un hecho excepcional. Que fuera un militar de una dotación extranjera y de raza negra lo hacía todavía más inusual, y que hubiera sido emparedado en una estructura militar abandonada lo convertía en algo insólito en toda la historia de la isla.

Guasch se despertó mucho antes del alba para ordenar y anotar el cúmulo de pensamientos que le atacaron durante el duermevela en que se convirtió aquella larga y calurosa noche estival. Decidió que él se centraría en el asesinato de Williamson y que mantendría al grueso de sus hombres ocupados en la investigación de Carlos María.

Vivo o muerto, terminaría dando con él.

Visitó al juez temprano para, además de informarle sobre la investigación de Williamson, sacar a colación la injusta detención de Joan Riera y exponer lo que, más allá de las presiones interesadas del subinspector, pensaba sinceramente: que no disponían de pruebas sólidas contra él y que lo más sensato era dejarlo en libertad. Su señoría le miró con los dedos entrelazados y el morro torcido para, después de observarlo con atención, terminar pronunciando un lacónico «Lo meditaré».

Nada más entrar en la sede del gobierno civil, Guasch fue asaltado por el alarmado y bronceado subgobernador civil de la isla. Don Agustín quería transmitirle su preocupación por aquel crimen inhumano y exhortarle a encontrar cuanto antes a los culpables. En su diatriba, el mandamás subrayó la importancia de eludir un conflicto internacional con la nueva nación norteamericana y evitar a toda costa la repetición de unos hechos deplorables en una isla tan amable.

Guasch aguantó la arenga con paciencia y evitó matizar que Menorca no había sido tan amable con el negro emparedado. Conocía de sobra los dolores de cabeza de aquellos gerifaltes locales que, por lo común, saltaban de una provincia a otra cada pocos meses, según los caprichos, compromisos o intereses del ministro de Gobernación de turno, quien, a su vez, era reemplazado con harta frecuencia por el voluble presidente del Consejo de Ministros cuya cabeza era, en realidad, la primera en peligrar. La vida política española se

caracterizaba por la más absoluta inestabilidad, que como una veleta engrasada giraba al son del viento cambiante. Y esa ventolera indomable, ese tornado furioso, no era otro que los antojos de la exaltada Isabel II, una monarca iletrada y caprichosa de la que se aprovechaba, cuando no abusaba en los más variados sentidos, el aparato político de primer nivel y la camarilla clerical de la que se rodeaba.

Comprendía por tanto que el interés de don Agustín era completar su mandato sin grandes sobresaltos, lo opuesto a lo que estaba sufriendo en aquel momento y que podía manchar su hasta ahora extraordinaria hoja de servicio. Guasch le dio la razón y sintió que por ahora lo había logrado apaciguar.

Sacó el reloj de bolsillo y comprobó que quedaban todavía unos minutos para la hora prevista de inicio. En sus notas subrayó dos palabras escritas en mayúsculas y entre signos de interrogación: investigador estadounidense. No tenía noticias del comandante de la fragata americana ni de ninguno de sus hombres, pese a que la noche anterior había enviado una nota con la hora y el lugar de la reunión. Quería empezar con puntualidad, como acostumbraba, por lo que, de no llegar a tiempo, lo haría sin él.

Si terminaba viniendo alguien.

Cuando se ponía en pie para comenzar, llamaron a la puerta, que se abrió sin más para dar paso a un tipo que se cubría la cabeza con un sombrero de ala curva y vestía camisa tosca y oscura de algodón negro, pantalones azules desgastados y botas puntiagudas de caña alta y tacón inclinado hacia dentro. Mascaba algo que, cuando mostró su perfecta sonrisa de seductor, asomó por un lateral de la boca.

—Buenos días —saludó en un tono cantarín que Guasch asoció con algún país sudamericano—. Soy John Harper. Supongo que usted es Mister Güish, del que me habló el *commander* Eastman.

—Me llamo Guasch, señor Harper, Marc Guasch. Le estábamos esperando. Me alegra tenerlo con nosotros y que podamos colaborar juntos en…

—*Great, man!* —interrumpió el recién llegado guiñando un ojo al resto del equipo. Luego tomó asiento—. ¡Pues aquí me tiene! Llámeme Harper a secas. Parese que no, pero se gana tiempo abreviando. Ándale, pues, ¿estamos todos?, ¿empesamos?

Guasch tardó un instante en reaccionar ante aquel derroche de energía e indisciplina. Solo le faltaba plantar los pies encima del escritorio y ponerse a silbar. Se obligó a llenar los pulmones de aire mientras se tranquilizaba y refrescaba mentalmente la agenda del día.

—Bien, veamos —empezó—. Antes de planificar la investigación del crimen del soldado Williamson me gustaría repasar las pesquisas de Carlos María, al que debemos seguir buscando con mayor ahínco si

cabe y…

—¿Quién es Carlos María? —interrumpió Harper, volviendo a exhibir su dentadura.

Guasch vio que Riera ponía los ojos en blanco.

—Un caballero cuya desaparición llevamos tiempo intentando esclarecer.

—¡Ah, sí! Me explicó el *commander*. —Chasqueó los dedos—. ¿Y no cree que ha huido, que se ha marchado sin más?

—No tengo idea, Harper. Por lo que sabemos, me atrevería a decir que no.

—Pues entonces, lo han asesinado y enterrado. O lo han tirado al mar.

—Espero que no. Sea como sea, eso es lo que hemos de averiguar y…

—Entiendo —convino el estadounidense, frunciendo el morro—. Prosiga.

¿De dónde salía ese tipo? ¿A qué pensaba que estaba jugando?

—Como decía, tenemos que intensificar el rastreo. —Guasch señaló varios puntos del plano de Menorca, cada vez más sombreado—. Quiero que se comprueben estas zonas entre hoy y mañana.

Fulgencio Parra alzó la mano para pedir la palabra. Guasch se la concedió con un gesto.

—Es un espacio amplio y escarpado, señor —subrayó—. Nos llevará mucho tiempo comprobarlo con detenimiento, tal y como pretende usted.

—Quisá el pinche Carlos se ha caído desde algún acantilado y se ha abierto la cabesa…

—Gracias por el apunte, Harper. En efecto, todo es posible, y ese es el motivo por el cual la búsqueda ha de ser tan exhaustiva. —Se centró de nuevo en el de Guijuelo—. Respecto a su comentario, cabo, tiene razón, pero no hay alternativa si queremos trabajar bien. Soy consciente de que el fugitivo siempre puede moverse de un lugar a otro, pero confío en que seamos capaces de encontrarlo.

El guijuelense asintió con poco convencimiento, aunque sin plantear más objeciones.

—También pediré al capitán general que destine más soldados al caso de Carlos María y así liberar guardias civiles para la investigación del soldado estadounidense. —Miró a Febrer—. Si no le importa, quédese un momento al final y afinamos la zona a examinar.

—A sus órdenes, señor.

—Capitán, ¿hemos averiguado algo de las dos sombras que siguieron a Carlos María después de despedirse de la prostituta?

—Nada en absoluto. Hemos preguntado en Es Barrio, pero con una información tan vaga nadie puede aportar nada. Estamos revisando los

documentos de los viajeros que llegaron al puerto los días anteriores y posteriores a la llegada de Carlos María, aunque seguimos sin sospechosos ni pistas. No le negaré que, por desgracia, es muy difícil que podamos dar con ellos.

Guasch hizo un gesto de asentimiento. Sabía que Febrer tenía razón.

—En relación al asunto de Williamson —continuó— tengo varias ideas en mente, pero para no condicionarles les pediré que compartan ustedes primero con el grupo cualquier cosa que se les pase por la cabeza.

Se hizo un silencio denso que solo quebraban el insoportable mascado continuo de Harper y el vuelo intermitente de una mosca.

Fue Riera quien lo rompió.

—Tendríamos que regresar a Sant Felip para examinar los alrededores del lugar en el que encontramos el cadáver.

Aquel era también el primero de los puntos que él tenía anotados.

—Correcto, subinspector —convino Guasch, escribiéndolo en una gran hoja de papel que hizo colgar en la pared—. ¿Qué más?

—Interrogar a sus compañeros del USS Constitution —propuso Febrer.

Guasch lo añadió a la lista mientras veía de reojo que el estadounidense seguía sus evoluciones con una sonrisa torcida.

—¿Qué puede contarnos de la víctima, Harper? —preguntó.

—Poca cosa, Güish…

—Se dice Guasch.

—¿No es lo que he dicho?

—No.

—¡Híjole! Entonses le llamaré *boss*. Como le desía, *boss*, yo me incorporé a la tripulasión en Marsella, poco antes de que la fragata sufriera los problemas en el casco que nos obligaron a recalar en Port-Mahón. Si he de serle sinsero, no recuerdo ni haberle visto…

—Creo que hay pocos negros en su barco. Será fácil identificarlos.

—Él trabajaba en la cosina…

—Entiendo. —Guasch paseó la mirada por el resto del equipo—. ¿Qué más?

Fue Parra quien tomó de nuevo la palabra.

—Hay que hablar con sus caseros y averiguar qué hizo en sus últimos días de vida.

—Estoy de acuerdo. El primer paso para comprenderlo es interrogar a la familia que lo acogió. Por otro lado, y teniendo en cuenta que estaba de permiso, tenemos que preguntar por ahí. Quiero pensar que a la gente le llamaría la atención un marino de piel oscura.

—Como la noche —matizó Harper.

—Pensaba que no lo conocía —replicó Guasch.

—Lo digo porque todos nuestros negros lo son.

Febrer quiso intervenir:

—Como ya habrá comprobado, en este puerto hay gente de muchas razas, Guasch. Aquí no es tan extraño…

—Lo sé, pero un negro sigue siendo más llamativo que un blanco cualquiera. Aquel que lo haya visto por la calle debería de recordarlo o, al menos, haber reparado en él, ¿no cree?

—Visto así, tiene razón —admitió el capitán—. En cualquier caso, hay que indagar en Es Barrio, que es el lugar al que suelen dirigirse todos los marinos de permiso.

—Y por el puerto, en general. —Guasch se dirigió a Harper—. ¿Habrá funeral?

El americano estiró los brazos y las piernas y enlazó los dedos tras el cogote.

—Dentro de un par de horas…

—¿Dónde?

—En el *cementeri anglès* —respondió Febrer—. En S'Altra Banda.

—¿Cómo va eso? —preguntó Riera—. ¿Cada país tiene uno?

El capitán le miró de reojo.

—Al margen de los cementerios católicos solo tenemos este y otro francés que no queda lejos. Bueno, también hubo un cementerio ruso, pero eso fue algo puntual que no tuvo continuidad. En realidad, en el *cementeri anglès* hay enterrados más súbditos norteamericanos que británicos. Se construyó el siglo pasado, cuando la isla era colonia inglesa, para todos los que profesaban la fe anglicana con independencia de su nacionalidad. El problema surgía porque la iglesia católica impedía expresamente, y sigue haciéndolo, que en sus camposantos puedan enterrarse fieles de otras religiones…

—Querrá decir infieles de otras religiones —matizó Riera antes de mirar a Harper—. ¿Asistirá a la sepultura de su compañero?

Aquello pareció coger al estadounidense por sorpresa.

—Iré si es nesesario, por supuesto, aunque sea sin uniforme. Me han encomendado colaborar con ustedes, por tanto…

A Guasch no se le escapó el «si es nesesario». ¿Qué hubiera pasado si no se hubiera visto obligado a colaborar en la investigación? Decidió no preguntar por ahora. Ya tendría tiempo de conocer mejor a aquel individuo.

Consultó de nuevo su reloj.

—Capitán, como le decía, si se queda un momento terminaremos de organizar la búsqueda de Carlos María para que los hombres puedan ponerse a trabajar coordinados. Parra, venga con nosotros, y Harper, espere fuera con Riera, ahora mismo estoy con ustedes para asistir al funeral. En cuanto al resto, solo me queda encomendarles que aprovechen bien el día. Mañana nos encontraremos aquí de nuevo, confío que con buenas noticias.

El rechinar de las sillas al arrastrarse llenó la sala. O Guasch se equivocaba, o sus rostros mostraban cierta apatía. Menos Harper, que pese a la muerte brutal de un compañero, seguía enseñando a cualquiera su dentadura impecable de masticación perenne.

Toni Petit descendió con suma desgana la escalera que conducía al salón.

Riera y Guasch partieron temprano, y él, que en aquel momento se había hecho el dormido, al final se había vuelto a dormir de verdad.

Al llegar abajo descubrió que, en contra de lo previsto, el comedor no estaba vacío. Una niña de cabello rubio y ondulado rompía de manera inoportuna la soledad del lugar. Lissie Wright desayunaba tranquila. Junto a su plato, sobre la mesa, reposaba abierto un libro con un marcapáginas.

Lo que le faltaba. Después de la metida de pata de la tarde anterior, ahora tenía que vérselas con ella. ¿Qué había hecho él para merecer semejante castigo?

No estaba dispuesto a aguantarlo.

La pequeña levantó la mirada de aquellas páginas amarillentas y se lo quedó mirando con curiosidad.

—Hola —lo saludó Lissie con naturalidad—. ¿Quieres desayunar?

—No… No tengo hambre.

—Entonces, ¿para qué vienes al comedor?

—Ya me iba…

—Bueno —dijo ella, centrándose de nuevo en su libro—. Pues adiós.

Toni Petit se disponía a salir cuando su estómago rugió con fuerza.

Lissie soltó una risita y Toni Petit sintió de nuevo aquel ardor arañarle el cogote.

—¿Buscas a tu padre? —preguntó ella.

—No. Solo voy fuera…

—Ah… —pareció dudar—. ¿Puedo venir contigo?

Solo de pensarlo sintió que le faltaba el aire.

—Claro —se escuchó responder a sí mismo a traición—. ¿No tienes clase de canto?

—Mañana —respondió ella agarrando una empanada y bajando de la silla de un salto. Se la tendió—. Come un poco, anda.

Lissie tocó la campanilla que descansaba sobre la mesa e informó a la criada.

—Voy a salir a dar una vuelta con mi amigo Toni. No tardaremos en regresar.

Y sin añadir nada más se dirigió hacia la puerta, la abrió y se volvió hacia él esbozando una sonrisa pecosa.

—¿Piensas salir o vas a quedarte ahí esperando no-sé-qué como un pasmarote?

Toni Petit correteó hasta la puerta y, obediente, la siguió.

La mañana estaba soleada, la calle, desierta, y su ánimo, exaltado.

—¿Y tu madre y tu hermano?

—Han salido temprano para ir al *lloc* de Sant Lluís.

—¿Y tú por qué no has ido?

—No me apetecía. Prefería quedarme en casa leyendo.

—¿Y por qué vienes ahora fuera conmigo si querías leer?

—¿Siempre haces tantas preguntas?

—Sí… —Toni Petit sonrió con torpeza.

Lissie rio y él la secundó.

Sintió que reía por vez primera desde que la había conocido, que se había quitado un peso de encima. Quizá la clave era que la había hecho reír a ella.

—Si me acompañas, te enseñaré uno de mis sitios favoritos de Mô —propuso Lissie.

Y sin esperar respuesta arrancó a caminar.

Toni Petit se colocó a su lado y con dos rápidos bocados dio cuenta de la empanada.

Al final resultó que sí estaba hambriento.

Cruzaron las plazas del Príncep y del Carme, y subieron con paso brioso la cuesta que daba a la iglesia de Santa María. Torcieron por el Pla de la Parròquia y, pasando junto al Ayuntamiento, alcanzaron una calle señorial que llevaba el nombre de la reina Isabel II.

—¿A dónde vamos?

—Ahora lo verás…

Toni Petit la miró de reojo y pensó que se sentía bien en su compañía.

Los males y las preocupaciones de la noche anterior parecían no haber existido nunca, hasta el punto de que el compromiso con Santiago Sintes tenía mucha menos importancia. El problema seguía estando ahí, pero la situación ahora no era ningún drama.

Los rayos del sol incidían en su espalda y alargaban las sombras que, partiendo de sus pies, se extendían frente a ellos. Le encantaba ese efecto, le hacía sentir un gigante. El pelo de la niña refulgía como la llama de una hoguera y le recordó a la santa del cuadro de Mister Ticoulat. Por supuesto, Lissie era mucho más guapa que aquella desdentada de rayos craneales.

Justo después de pasar frente a una casa con un gran patio se desviaron a la derecha por un callejón con un letrero que rezaba COSTA DES GENERAL, que estaba cruzado por unas curiosas vigas sin techo y que continuaba su camino bajo el lomo de un edificio. Se detuvieron unos pasos más adelante para asomarse a un mirador desde el que se veía el arsenal, con el barco de guerra americano reclinado. Un batallón de calafateadores y carpinteros de ribera maniobraban

alrededor del cuerpo de aquel inmenso caparazón durmiente y formaban, a medida que le aplicaban la brea caliente, una nube de humo densa y compacta.

—*Quina fumassa!* —exclamó Lissie con su gracioso menorquín americanizado.

La Colàrsega ponía fin, a su izquierda, a aquel puerto privilegiado, y más allá se extendían serpenteantes las colinas que se alejaban de la ciudad. A lo lejos, entre la bruma, emergía la figura vigilante de una montaña soberana.

—Es El Toro —apuntó Lissie.

—¿Cuánto mide?

—No lo sé, pero no hay otra más alta en toda la isla.

Entonces, de manera imprevisible, la cantante precoz, la princesa de cabellos dorados, la lectora de libros de adultos, apoyó las manos en el muro del mirador para coger impulso y lanzó un fenomenal escupitajo que se proyectó hacia adelante para hacer una curva y desplomarse sobre la parte trasera del Moll de Ponent.

Toni Petit se asomó para verlo caer sobre unas matas lejanas.

Miró maravillado a Lissie, que rio.

—¡Oye! —exclamó Toni Petit—. ¡Eso ha estado muy bien!

—Una vez llegué hasta aquella roca —señaló con el dedo.

—No me lo creo.

—¡Es verdad!

Toni Petit pensó que podía hacerlo mejor, pero, tras varios intentos solo logró igualar, y con esfuerzo, aquel primer disparo de ella. Después, Lissie probó un par de veces más en las que le superó con holgura y, muy a su pesar, tuvo que rendirse a la evidencia de que aquella niña americana había escupido mucho más lejos que él.

Por lo menos aquel día.

—¿Sabes rebotar piedras en el agua?

—Claro, y soy muy buena.

—No mejor que yo…

—Eso habrá que verlo.

Y bajaron corriendo la cuesta que daba a la Colàrsega.

Los cuatro navegantes alzaron los remos en posición vertical en señal de respeto y dejaron que la barca que transportaba el féretro con los restos del soldado James S. Williamson se deslizara en silencio hasta besar con ternura la orilla. A pocos pasos de ella se alzaban los muros encalados del camposanto que, en forma de cuadrilátero, custodiaba un puñado de lápidas blancas diseminadas sin orden ni criterio, como si una mano superior las hubiera dejado caer de cualquier manera desde lo alto. Un pasillo central y dos perpendiculares dividían el conjunto en las seis áreas desiguales en las que se repartían los

sepulcros.

Los marinos descendieron del bote y pisaron los cantos de pizarra negra que poblaban aquel tramo de la ribera. Para manipular la barca introdujeron los zapatos en el agua sin que aquello alterara lo más mínimo su rictus circunspecto. Dos de ellos eran de raza negra, y los otros dos, blancos. Uno de estos últimos, de tez bronceada y cabello oscuro, vestía de civil; el resto lucía el uniforme de gala de la marina estadounidense: chaqueta azul y pantalón blanco impoluto.

Guasch advirtió desde su situación, en un repecho alto de la misma costa, que en el interior del camposanto aguardaban tres docenas de soldados norteamericanos debidamente formados y uniformados y un puñado de civiles entre los que reconoció al capitán general, al juez, al alcalde constitucional de la ciudad, al subgobernador de la isla, don Agustín y, por supuesto, a don Teodoro Ládico, vicecónsul de Estados Unidos en Maó. El capellán naval del USS Constitution, calvo y de ojos saltones, que cubría su traje con una sobrepelliz blanca, esperaba al féretro en la entrada del cementerio acompañado por el comandante y el resto de los oficiales.

Harper, que se encontraba de pie junto a Guasch y Riera, dejó de mascar lo que fuera que tuviera en la boca para envolverlos con su acento sedoso.

—Ahora el capellán resibirá al muerto con la fórmula tradisional —explicó.

—¿Dónde aprendió a hablar usted español, Harper? —preguntó el subinspector.

—¿México? —probó Guasch.

El americano extendió los dedos índice y pulgar imitando una pistola que apuntó hacia él y, moviendo el dedo gordo, hizo un chasquido con la lengua que representaba un disparo.

—¡Carajo! —respondió, mostrando de nuevo los dientes—. ¡A la primera! Mi tata era mexicana. Trabajaba para nosotros en el rancho de Nuevo México, que es donde yo nasí. Allí el español es bastante habitual.

La boca abierta de Riera dejaba claro que no entendía dónde quedaba aquello. Guasch asintió y se centró en el acto religioso.

Los marinos tiraron de la barca hasta vararla en los guijarros. Después, agarraron el ataúd con el cuerpo del finado para izarlo y posarlo sobre sus hombros sin, al menos en apariencia, realizar un gran esfuerzo. O tenían mucha fuerza, o el cadáver había perdido buena parte de su volumen y se empezaba a transformar en un cascajo.

Polvo eres y en polvo te convertirás.

Elevaron la mirada al frente y comenzaron a caminar marcando el paso. Se detuvieron al llegar frente al capellán, que abrió el libro de

ceremonias y empezó a recitar la fórmula de bienvenida en voz alta y clara para que pudieran escucharle todos los asistentes: *—I am the resurrection and the life, saith the Lord…*

La brisa empujaba nubes pomposas en el cielo azul y mecía el flequillo del religioso y los matorrales altos que rodeaban aquel emplazamiento solitario. Guasch reparó en que ninguna construcción perturbaba la soledad del camposanto, sin duda un lugar privilegiado para el reposo eterno. Al mismo tiempo, pensó en la injusticia que suponía ser enterrado tan lejos del lugar de nacimiento. Recordó los latigazos en la espalda de Williamson y las marcas de los hierros incandescentes, y se preguntó si en realidad Menorca, por su proximidad con África, no estaría más cerca de su verdadero hogar, del lugar del que años atrás debieron de extirparlo en contra de su voluntad.

Después de la plegaria inicial, que fue escuchada por los militares en una impecable posición de firmes, el clérigo buscó un salmo y continuó declamando con voz envolvente. Al terminar, se hizo a un lado e hizo un gesto a la plana mayor del barco escuela, que le imitó para dejar pasar a los porteadores del féretro y seguir sus pasos. El sacerdote inició el canto de un himno melancólico al que se adhirieron varias voces comedidas y poco entusiastas.

La comitiva caminó por el pasillo principal y se adentró en el cuadrilátero central de levante.

Los hombres apoyaron el ataúd en el suelo junto a un agujero de forma rectangular que se había excavado previamente en el terreno, pasaron sendas cuerdas por debajo del cajón de madera y se cuadraron a la espera de que el eclesiástico prosiguiera con el acto.

—We therefore commit his body to the ground; earth to earth, ashes to ashes, dust to dust…

Guasch prestó atención por primera vez a la soldadesca.

—¿Cuántos hombres componen la tripulación? —le preguntó a Harper.

—Serca de sesenta, *boss.*

—¿Y su rango es…?

—¿El mío? Sargento, *boss*.

Guasch suspiró.

—¿Es necesario que me llame así todo el rato?

—Guix… Gash… Güeisc…

—¡Entendido! Llámame como prefiera.

—¿Dónde están el resto de los soldados? —inquirió Riera—. Ahí falta gente…

—Hay algunos de permiso que no han podido ser localisados y otros están indispuestos.

—¿Por qué motivo?

—Enfermos, no sé qué desir. La barriga…

El acento mexicano habría resultado, en otras circunstancias y en boca boca de otro individuo, ciertamente gracioso.

El oficiante terminó de leer los pasajes oportunos y dio un paso atrás, cediendo el protagonismo a los marines. Estos se acercaron de nuevo al sarcófago, tensaron las cuerdas y descendieron el cuerpo hasta las profundidades del hoyo en el que Williamson abrazaría la eternidad. Cuando la caja tocó fondo, el religioso apoyó una rodilla en el suelo, tomó un puñado de tierra y la lanzó sobre el féretro. Sonó a hueco. Guasch imaginó cómo se escucharía aquel trueno funesto desde el interior del ataúd y tragó saliva al recordar que ese hombre había sido emparedado vivo y había tomado la decisión de triturarse la lengua y ahogarse en su propia sangre.

Ni los animales mueren de forma tan cruel.

Se prometió que daría con los culpables y que les haría pagar aquella barbaridad.

El religioso lanzó otro puñado de tierra y se incorporó.

Los soldados negros agarraron las palas y empezaron a rellenar el agujero.

Harper plegó una pierna y apoyó la bota y el trasero en una roca alta.

—¿Por qué viste de esta guisa? —preguntó Guasch mientras escrutaba las lápidas.

Algunas, si no advirtió mal, eran simples piedras encaladas en el suelo.

El otro se miró la barriga.

—¿No le gusta? —Se dio unas palmadas a los hombros de la camisa —. Pensé qué sería bueno pasar desapersibido. Con el uniforme llamo mucho la atensión…

Guasch le contempló de reojo y paseó la vista desde sus botas al sombrero de vaquero, pasando por el resto de su excéntrica indumentaria. Le escrutó la cara en busca de alguna señal, pero por su expresión grave dedujo que hablaba en serio.

—¿Quién es esa mujer? —dijo Riera de repente, señalando con el dedo.

Guasch distinguió una figura femenina que se alejaba del camposanto entre los matorrales.

—No la había visto antes.

—Yo tampoco —reconoció Harper.

—Estaría tras el muro —razonó el subinspector, que añadió—: Si queremos averiguar quién es, vamos a tener que darle alcance.

—Cierto, subinspector, ¿quién va a…?

—¡Voy yo! —cortó Harper.

Y arrancó a caminar antes de que Guasch pudiera poner ninguna

objeción.

—¡No corra! —advirtió a la espalda que se alejaba—. ¡Recuerde que estamos en mitad de un acto religioso!

La mujer de edad indeterminada se encontraba ya a cierta distancia del vértice opuesto del cementerio y caminaba despacio. La brisa suave agitaba su pelo, peinado en un semirecogido, y su vestido negro marcaba la silueta de un cuerpo estilizado y de una estatura que vista desde la distancia no parecía baja.

Harper dejó a su izquierda la primera de las aristas del muro perimetral y la mujer, seguramente alertada por aquel movimiento inesperado, se volvió hacia él. El cabello le cubría parcialmente el rostro y Guasch no pudo apreciar rasgo distintivo alguno. El descubrimiento repentino de un perseguidor la hizo acelerar el paso. Habría dicho que se levantó las faldas para no tropezar.

Se perdió tras unos acebuches.

El americano estaba todavía lejos y tardaría un par de minutos en darle alcance. Estuvo tentado de gritarle que, ahora sí, apretara a correr.

Cuando Harper llegó al árbol, giró la cabeza a un lado y a otro un par de veces y Guasch comprendió que la había perdido. Tanto él como Riera empezaron a gesticular que torciera a su izquierda, pero el americano no se percató y prosiguió en sentido contrario.

Lo perdieron de vista también a él.

—¿Ahora qué hacemos? —dijo Riera.

—Esperar y centrarnos en lo nuestro. Permanecer atentos al funeral.

El hoyo estaba ya prácticamente lleno. Los dos soldados negros dieron las últimas paladas ante la presencia de los asistentes y sin que los otros dos compañeros les relevaran.

—¿Quién es el civil que los acompaña? —preguntó Guasch.

Riera se encogió de hombros.

El capellán dio por finalizada la ceremonia después de rezar todos juntos y al unísono una oración final. Aquel acto sencillo e íntimo se alejaba mucho de la pomposidad del rito católico.

Harper reapareció caminando por la orilla. Llevaba los pantalones mojados hasta las rodillas y parecía que las botas chorreaban agua. Sus hombros caídos eran la viva imagen de la desolación. Tampoco lucía su sonrisa perfecta. Era evidente que la persecución había resultado un fracaso.

Guasch y Riera se acercaron a la entrada del camposanto, donde se reunieron con Harper. El *commander* Eastman, que encabezaba la expedición, hizo una inclinación de cabeza al pasar junto a ellos.

—Señor —lo llamó Guasch—, necesitaríamos interrogar a sus hombres. ¿Es posible hacerlo ahora?

—Parra eso pedí su ayuda, inspector. ¿Dónde querrer haserlou?

—Había pensado en el edificio de la aduana, en el muelle.
El americano dio una cabezada de asentimiento.
—Allí nos vemos, Mister Guasch.

IV

Speculum oris

No fui consciente de lo que pasó después porque no asimilaba lo ocurrido. Perdí de vista a madre. Me llevaron a empujones hasta mi sitio. Me daba lo mismo dónde me colocaran o que me lanzaran por la borda.

Kofi permanecía acurrucado junto a mí.

Los pasos retumbaban rápidos sobre cubierta. Alguien daba órdenes. Tres o cuatro bajaron con faroles. Gritaron algo que nadie entendió. Iban acercando las luces a nuestros rostros buscando a alguien o a algo. Escogían a los desvencijados. Necesitan aligerar el barco, contó Malembe. Los muertos y los moribundos de la bodega fueron desapareciendo uno a uno. Cada cierto tiempo se escuchaba el chapoteo del agua al recibir un nuevo cuerpo. Los tiburones no darían abasto con aquel inesperado festín. Cuando acabaron con los humanos desechables, continuaron lanzando cajas y barriles al mar.

Caí en la cuenta de que no sabía nada de mi hermana. Sentí la necesidad.

—¿Lemba? —grité.

También el nombre de madre. Nadie respondió. Sobrevivir ya era suficiente odisea como para preocuparse por los demás.

El crujido sonó como un trueno y el barco se inclinó. Se escucharon aullidos de pánico. Algunos empezaron a rodar sobre el suelo embadurnado de heces, sangre y sudor. Nos amontonamos unos sobre otros. Recibí el golpe de una cadena en el costado. Sentí un peso en la espalda que me aprisionaba. No podía moverme ni respirar. Pensé de nuevo que iba a morir aplastado o ahogado. Deseé que así fuera. Me desvanecí.

Desconozco cuánto tiempo estuve sin sentido, ni en qué momento me recuperé.

Malembe me explicó después que fuera había empezado a oscurecer, que el barco viró con brusquedad. Que probablemente lograron su objetivo de despistar al barco inglés. Su éxito era nuestro drama.

De algún modo, Kofi había logrado subsistir al amontonamiento, pero seguía sin querer hablar. Encogido. Sabía que estaba vivo porque veía su pecho subir y bajar. Le

cogí la muñeca lacerada. Su pulso era débil.

Navegamos unos días sin sobresaltos. Las violaciones ya eran algo normal. Las raciones cada vez más ridículas. El agua sabía siempre peor. Los espacios en la bodega, eso sí, sin ser amplios, eran más holgados. Los pasillos estaban despejados. Ya no tocábamos el hombro del vecino. A veces dejaban la escotilla abierta para que pudiéramos respirar.

Entraba algo de luz.

El marinero negro de la nariz partida bajó y lanzó unas baldadas de agua al suelo antes de fregarlo con desgana.

Di por sentado que Lemba no había sobrevivido. Tampoco madre. Preferí que así fuera y que hubieran liberado sus almas a imaginarlas en manos de aquel demonio cruel llamado Mongomó. El hombre que mandaba en aquel infierno sobre el mar.

El vigía avistó otro barco enemigo para los blancos. Volvieron las maniobras violentas. Tampoco esta vez tuvimos suerte. Tenía la barriga vacía. No sé qué vomité. Kofi empezó a tener nuevos temblores. Hacía días que se negaba a comer. No me obedecía. Solo podía acariciarle la mano. Un día gimió con fuerza. Me arrastré hasta poner mi rostro frente al suyo. Abrió los ojos y me reconoció. Susurró mi nombre. Sonrió. Fue un gesto fugaz pero suficiente. Yo también le sonreí. Le besé la mejilla, acaricié su frente y dejó de respirar.

A la mañana siguiente descubrieron su cuerpo difunto. Me aferré llorando a él, no quería que me lo quitaran. Una vez más me dominó Malembe. Siempre en su sitio, listo para sobrevivir. Cuando escuché el sonido del mar absorbiendo su cuerpo menudo decidí que ya no quería existir.

Y me rendí.

A la mañana siguiente, arriba, me dieron de comer y lancé la comida al suelo.

Mongomó apareció en cubierta. Me reconoció. Deseaba que me fustigara, que acabara conmigo y seguir los pasos de padre. Quería terminar con aquella angustia. Le escupí, pero no acerté. Rio, y la tripulación le secundó. Encontré otra solución: di dos pasos hacia la barandilla para lanzarme por la borda, pero las cadenas me lo impidieron. Mi cuerpo no obedecía a mi voluntad. En lugar de azotarme, me agarraron las extremidades y me aguantaron la cabeza mientras un hombre me ponía unos hierros en los labios con los que me forzó a separar las mandíbulas. Me introdujeron gachas aguadas que vomité. Antes de volver a intentarlo me

golpearon en las costillas. A la segunda les funcionó.

—*Speculum oris.*

Así dijo Malembe que se llamaba el objeto que habían empleado para alimentarme a la fuerza.

Habíamos cambiado nuestro destino final. Lo había deducido de las palabras blancas. Los barcos ingleses nos habían obligado a desviarnos al norte y nuestra meta no sería ya Cuba, sino Estados Unidos. Yo no sabía dónde quedaba aquello. Tampoco Nueva Orleans, hacia la que nos dirigíamos.

Me daba igual.

Ya encontraría la manera y el momento de poner fin a mi vida.

10

Los compañeros

El transporte de los estadounidenses hasta la ciudad se hizo en los botes que el capitán general había puesto a su disposición. Guasch, Riera y Harper, acompañados de un voluminoso y avergonzado soldado que manejaba los remos, lo hicieron en su propia barca.

Harper, pese a seguir empapado de muslos hacia abajo y a la desilusión inicial de haber dejado escapar a la misteriosa mujer, recuperó su talante desenvuelto. Les contó que al llegar al árbol la había perdido de vista y escogido continuar por el sendero que serpenteaba entre la arboleda para terminar regresando. Al asomarse a la orilla había descubierto una barca que se alejaba bordeando la costa y en la que iba la señora que, sentada y mirando a proa, en apariencia insensible a su persecución, le daba la espalda. Dos remeros la conducían. Se encontraban ya a cierta distancia y Harper decidió dirigirse a su bote para seguirla. Nuestro soldado, según reconoció después, estaba haciendo aguas mayores tras unos matorrales en el momento más inoportuno. Harper se metió en el agua para tirar de la embarcación, pero no solo no lo logró, sino que cayó de rodillas y quedó empapado. Cuando el soldado regresó con cara de apuro, atándose el cinturón, la desconocida y su bote eran poco menos que un punto en la lejanía.

—¿La ha visto?

—¿A la muher? Imposible. Lo único que puedo desir es que tenía el cabello negro…, además de buenas formas.

—Casi todas las menorquinas que he visto tienen el pelo oscuro —dijo Riera.

—¿Y buenas formas? —preguntó Harper.

Guasch negó con la cabeza para reprobar aquel comentario.

—¿Puede describirnos el bote? —prosiguió.

—Era blanco.

—Como la mayoría de los del puerto —dictaminó de nuevo el subinspector.

También en esta ocasión estaba en lo cierto.

Las autoridades civiles y militares menorquinas no habían reparado en la mujer.

Guasch y los demás se dirigieron a Maó.

Acondicionaron rápidamente uno de los despachos del edificio de la aduana en Baixamar. El aire era denso y olía a polvo, salitre y tinta

vieja. Las ventanas estaban abiertas, pero no entraba brisa. Desde el muelle se oía el traqueteo de cajas sobre la piedra, voces en inglés y menorquín y los silbidos de los marineros que amarraban una goleta con pabellón inglés recién llegada de cualquier puerto del mundo.

Sin perder tiempo, dieron paso a los primeros compañeros que querían entrevistar: los negros.

Los dos hombres entraron y se detuvieron en mitad de la sala. Se mantenían erguidos, el mayor con el mentón alzado, el más joven y menudo con los ojos clavados en el suelo. Iban vestidos todavía con el uniforme que habían lucido en el funeral. El sudor les había empapado las axilas y la nuca. Harper se mantenía de pie, con los brazos cruzados, mientras Riera se abanicaba con su sombrero y Guasch se preparaba para tomar notas en su cuaderno.

—Nombres —ordenó Harper sin preámbulos.

Se identificaron.

Harper los midió con la mirada, como si estuviera eligiendo herramientas de trabajo.

—¿Conocían a James S. Williamson?

—Por supuesto, señor —respondió el más joven—. Era uno de los nuestros.

—¿Eso qué significa? —preguntó Harper con una mueca ambigua.

—De nuestra raza —respondió el otro—. Naturalmente. Convivimos entre nosotros mucho más que con los blancos. Comemos solos, dormimos solos… Lo hacemos todo al margen de los demás, señor.

—Como debe ser —mascullé el sargento.

Guasch alzó la vista de su cuaderno. Riera clavó los ojos en el estadounidense, pero no dijo nada. Aquello empezaba mal. Decidió tomar la iniciativa.

—Háblennos de Williamson, ¿cómo era? —preguntó.

—Ante todo, yo diría que era un buen profesional. Hacía su trabajo con pulcritud. No se quejaba. Era limpio. Muy limpio. Lavaba su uniforme y sus pertenencias con esmero. A nivel personal era introvertido. No contaba demasiadas cosas de su vida.

—Es cierto —convino el otro.

—¿Cómo fue la llegada a Menorca?

—Mucho más accidentada que la otra, señor.

—¿Qué otra? —preguntó Guasch.

—Hará un mes y medio ya estuvimos en este puerto.

—No tenía ni idea.

—Unos pocos días. Parada rutinaria. Ya estaba planificada. Dormíamos a bordo, como de costumbre. Nada que ver con esta última en la que sufrimos una vía de agua importante y nos desvivimos por llegar sanos y salvos a puerto. Hubo momentos en los que pensamos que íbamos a naufragar.

—¿Algo que remarcar de la vez anterior?

—Hubo un problema con Williamson —le contradijo el joven—. Fue necesario ir a buscarlo porque no se presentó a la hora convenida. Como castigo, pasó unos días encerrado en el calabozo de la fragata.

—¿Por qué motivo no acudió?

—Nos dijo que había bebido y que no se encontraba en condiciones.

—Lo que resulta curioso —comentó el otro—, porque él no era mucho de beber.

—¿Y qué puede contarnos de esta última visita?

—Estamos en casas particulares, ya sabe. En parejas.

—¿Están ustedes juntos?

—Sí, señor —respondió el mayor, que desvió la vista hacia Harper—. No tenemos opción, ya sabe… Williamson estaba con Brown de permiso. No los veíamos casi desde que llegamos.

—¿Hay algo que les llamara la atención antes de desembarcar?

—Se le veía con ganas de regresar a Menorca —dijo el joven.

—Y no sé si tantas de regresar a Estados Unidos —añadió el otro.

—¿Por qué lo dise? —gruñó Harper—. ¿Se lo dijo él?

—No, pero se le notaba raro. Es mi interpretación, señor. Brown también estaba nervioso esos días.

Harper dio un paso adelante.

—¿De qué hablaban cuando estaban solos?

—De cosas de la navegación, de temas prácticos… Ya le digo que Williamson no intimaba demasiado. Ni con nosotros ni con nadie. Quizá con Brown un poco más.

Guasch miró al sargento.

—Imagino que podremos hablar después con Brown, ¿verdad?

—Es uno de los marines que no hemos podido localisar, *boss*.

—Pues es crítico hablar con él en cuanto sea posible —se centró de nuevo en los marines—. ¿Cómo soportaba Williamson el trato racista del resto de la tripulación?

—Como todos, mordiéndonos la lengua. Si contestas o te quejas, te castigan o te humillan, y a la larga es peor.

—Lo inteligente es callar. De otro modo, estaríamos peleándonos siempre.

—¿Y qué sabe de sus cicatrices?

—Tenía la espalda destrozada. Viejas marcas de látigo…

—No es extraño que las tengamos, señor. Todos los que hemos estado esclavizados hemos sido maltratados alguna vez. Muchos de nosotros cargamos ese pasado en la piel.

—Y en el alma —añadió el mayor.

Harper apretó la mandíbula, pero esta vez se ahorró el comentario fuera de lugar.

Guasch cerró el cuaderno con un leve golpe.

—Creo que tenemos suficiente por ahora. Gracias, caballeros.

Los dos marines se cuadraron, hicieron una leve inclinación y salieron con la cabeza alta.

Guasch se puso en pie para estirar las piernas. Rellenó su vaso con el agua fresca de la jarra de loza e hizo lo propio con los de Riera y el sargento racista John Harper.

Acababa de proponer una breve pausa antes de proseguir con aquel interrogatorio interminable. Llevaban entrevistados a una veintena de hombres. La mayoría no sabía nada o casi nada de Williamson ni del resto de los negros de la tripulación, con los que afirmaban no tener trato. En algunos casos, el racismo era palpable, cuando no predominaba el desinterés.

—¿Cómo se llama el siguiente? —preguntó Riera.

—O'Brien, patrón. —Harper había decidido bautizarlo también a él—. Es el militar que acompañaba a los negros que llevaban el ataúd.

—Excelente.

—¿Cuántos quedan todavía?

—Bastantes.

—¿Por qué no recapitulamos sobre lo que hemos averiguado hasta ahora? —propuso Guasch, tomando su cuaderno de apuntes.

Lo ojeó mientras daba vueltas por la habitación.

Apoyó el hombro en una pared.

Riera suspiró e, imitándole, se puso en pie. Luego levantó los brazos por encima de la cabeza, movió las caderas a un lado y a otro y se plegó sobre sí mismo para tocarse las puntas de los pies. Quedó bloqueado en aquella posición forzada. Emitió un gemido lastimoso y, con las manos en los riñones, se incorporó despacio.

—Tiene usted una ecselente condisión física, patrón.

Riera le dirigió una mirada torva.

Guasch lanzó el cuaderno sobre el escritorio y resumió sus primeras impresiones.

—¿Qué hemos aprendido por ahora de Williamson? Que llevaba un año enrolado en el USS Constitution, al parecer recomendado en Estados Unidos por un oficial de alto rango; que formaba parte de la orquesta del barco, en la que tocaba varios instrumentos de viento: corneta, trompeta y clarinete; que su labor principal era trabajar en la cocina, además de realizar otros trabajos de poca capacitación, como ayudar en las maniobras del ancla, limpiar armas y equipos, recolectar residuos de cubierta o sacrificar a las ratas que capturaba a bordo.

Hizo una pausa que aprovechó Harper para continuar.

—Era una persona reservada que, a exepsión de sus tratos con el violinista menorquín y del tal O'Brien, al que veremos ahora, los dos blancos que ayudaron a llevar el ataúd en el funeral, no se relasionaba

con los compañeros de rasa blanca.

—No comprendo qué hace un músico menorquín en un buque de guerra extranjero —se preguntó Riera, que tomó asiento mientras se masajeaba los riñones.

—Es bastante frecuente que se contraten músicos de talento de otras nacionalidades para las orquestas de las embarcasiones. También tenemos un húngaro, creo, o polaco…, o como pinches se diga.

—En esta isla hay mucho talento musical —añadió Guasch, recordando las explicaciones de Andreu—. Y no me extraña que Williamson fuera introvertido con los blancos.

—¿Por qué dise eso?

—Usted no vio su espalda, Harper. Estaba surcada de cicatrices de latigazos. Era algo… —quiso buscar la palabra justa— salvaje. Sí, eso es. La estampa era de una brutalidad y un ensañamiento como no he visto antes con otro ser humano, y mire que he visto cosas duras. Quien le hizo eso no estaba en sus cabales…

—No diré que suseda siempre, pero sí que es algo habitual entre los negros que tenemos en América, *boss*. Es comprensible que a usted, que vive aislado de ese mundo, le resulte chocante.

—¿¡Chocante!? ¡Es algo desalmado, por el amor de Dios!

Apenas llevaban unas pocas horas juntos y Guasch ya empezaba a estar cansado de él. No de lo que Harper decía, sino de cómo lo decía, el tono frívolo que empleaba para referirse a los negros y la falta de sensibilidad para con el sufrimiento de aquellos pobres desgraciados ante todos esos actos carentes de lógica y de compasión.

—Compruebo que no es usted ajeno a esa realidad, Harper —espetó—. ¿Sería tan amable de compartir con nosotros su opinión sobre los negros, por favor?

Se dio cuenta tarde de que había levantado demasiado la voz.

El estadounidense le mantuvo la mirada y le respondió con voz calmada:

—Pues no, *boss*, no tengo intensión de compartirla con usted. Nomás acabamos de conosernos y esta pregunta no prosede todavía, carajo. Quizá algún día, si llegamos a tenernos más confiansa…

Guasch se dijo que haría una queja formal al comandante Eastman y le solicitaría que reemplazara a Harper por alguien con menos prejuicios racistas. No estaba dispuesto a aguantar aquellas impertinencias de un subordinado. Se preguntó por qué motivo el comandante le habría escogido a él en lugar de a cualquier otro hombre más templado.

—¿Podemos continuar? —propuso Riera seguramente para despejar el ambiente.

Hizo un gesto de asentimiento y en un abrir y cerrar de ojos tuvieron frente a ellos al tal Patrick O’Brien, un joven militar de

aspecto frágil e igual de pelirrojo que Toni Petit. El chico se retorcía los dedos de las manos en una actitud nerviosa.

Guasch se presentó a sí mismo y después hizo lo propio con sus compañeros. Su inglés no era bueno ni fluido, pero después de una veintena de entrevistas empezaba a estar más familiarizado con el lenguaje militar y marinero que empleaba aquella gente. Además, justo era reconocerlo, cuando hacía falta Harper acudía en su ayuda y traducía o matizaba cualquier aspecto poco claro de la conversación. También informaba a Riera de todo cuanto iban tratando.

—Como ya habrá imaginado —prosiguió Guasch—, estamos a cargo de la investigación del asesinato de su compañero James S. Williamson al que, por lo visto, conocía usted bien.

—No diría yo tanto, señor.

—¿Qué quiere decir, O'Brien? —preguntó Harper.

—Que era complicado conocer bien a Williamson, no es… —hizo una mueca—, no era alguien que acostumbrara a hablar demasiado de sí mismo.

—Algo recordará.

O'Brien frunció el entrecejo, como si ese gesto inconsciente le ayudara a concentrarse mejor. Guasch se planteó si él también lo haría y si, en general, el ser humano adopta aquellas manías de manera espontánea después de verlas hacer a los demás.

Alguien tendría que estudiarlo alguna vez.

—No me acuerdo de su lugar de nacimiento…

—Un poblado cerca de Corisco —dijo Guasch leyendo sus apuntes.

—Ah, pues sí, ahora que lo dice, creo que sí. La cuestión es que allí lo capturaron a él y a su familia. Tenía, que yo sepa, un hermano pequeño. No sé si más. Me explicó que el barco con el que cruzaron el Atlántico debía llevarlos a Cuba, pero que algo fue mal y terminaron en Estados Unidos, en Nueva Orleans.

—Continúe.

—Fue a parar a una granja algodonera cerca del río Rojo, en Natchitoches, Luisiana, de la que, después de no sé cuántos años y de sufrir varias palizas del capataz, logró escapar.

—¿Cuáles son sus orígenes, soldado? —preguntó Harper sin venir a cuento.

—Irlandeses, señor.

—Eso salta a la pinche vista —masculló—. ¿Y qué edad tiene?

—Veinte añ…

—¿Emigró a América con su familia durante la hambruna o nasió ya allí?

El chico bajó la cabeza.

—Yo nací en Estados Unidos, señor. Mis progenitores sí emigraron durante la hambruna. Mi madre no pudo superar la pérdida de dos

hermanos. Siempre decía que nuestra tierra parecía castigada por Dios, pero que era el ser humano quien nos negaba el pan.

—En concreto el ser humano inglés —apostilló Harper—. Es una buena manera de definirlo, soldado. Prosiga.

Guasch traducía por encima a Riera lo que iban hablando mientras el subinspector hacía una mueca de incomprensión. Tampoco él entendía del todo bien a dónde pretendía llegar Harper con todo aquello.

—Echaron a mi padre de sus tierras por ser católico. —O'Brien esbozó una sonrisa amarga—. Dicen que la justicia es ciega, pero en Irlanda los ingleses tenían siempre los ojos bien abiertos para averiguar qué religión profesabas, y, si no eras anglicano, te lo hacían pagar muy caro.

—¿Qué más puede contarnos de Williamson, muchacho? —preguntó Guasch para centrar de nuevo la conversación—. ¿Le gustaba la bebida, el juego, las mujeres…? ¿Cree que se pudo meter en alguna situación, digamos, problemática?

—Con ser negro ya tenía sufisiente —interrumpió Harper con sorna.

—¿Permite que responda el soldado O'Brien, sargento?

El americano levantó ambas manos.

—Nunca le vi en tales circunstancias, señor —contestó O'Brien, ajeno al comentario de su superior—. No digo que no le gustara despejarse un poco cuando llegábamos a puerto y teníamos unos días de permiso, pero no le veía desesperado como a otros.

—¿Tuvo algún roce con alguien? ¿Con otro miembro de la tripulación?

—No era conflictivo, pero ya sabe el modo en que se comportan los hombres con los negros.

—No —intervino Guasch, rápido—, no lo sé. ¿Nos lo puede explicar?

O'Brien titubeó antes de hablar, como si no tuviera claro qué decir o, pensó Guasch, como si no quisiera compartirlo frente al sargento Harper.

—Recuerdo un ejemplo, hace unas pocas semanas, en la costa de Francia. Williamson y otro compañero negro cargaban provisiones bajo un sol abrasador mientras un grupo de marineros blancos se tomaba un descanso a la sombra, burlándose de ellos. Uno de ellos mencionó que un hombre de su raza debería estar agradecido por estar aquí cargando cajas en lugar de encadenado a un árbol. Williamson no respondió, pero sus manos temblaban de ira contenida.

—*What else…?* —preguntó Guasch.

—Los negros no solo comen separados de los blancos, sino que además suelen tener comida de peor calidad, y uno de los cocineros… —chascó la lengua—. No, espere, esta otra es aún mejor: una vez,

durante un ejercicio de artillería, Williamson demostró ser rápido y preciso, pero el oficial al mando le gritó que lo dejara, que eso no era tarea para alguien como él. Y permitió que un marinero blanco, visiblemente más torpe, tomara su lugar en las pruebas de tiro. También…

Calló, como si hubiera dicho alguna inconveniencia, y todos quedaron en silencio a la espera de que continuase.

—¿Qué otra desgrasia iba a contar, O'Brien? —lo animó Harper—. No nos deje en ascuas…

—Que en otra ocasión tuvo una bronca fuerte con un compañero de cocina, también de raza negra. No es ninguno de los que nos han acompañado esta mañana con el féretro, sino el otro que convivía con él y con quien disfrutaba de unos días de permiso.

—Samuel Brown —planteó Guasch.

El pelirrojo asintió.

—¿Qué tipo de bronca?

—¿Tiene alguna idea de dónde puede estar Brown? —planteó Harper al mismo tiempo—. No ha sido posible dar con él para que asistiera al funeral.

—Una discusión de trabajo, un tema de organización entre ellos dos. Creo. Riñeron fuerte, pero la cosa no fue a más. Tenían buena relación. Y respecto a dónde estará Brown, pues lo desconozco, señor. Tal y como marcan las normas, habrá dejado constancia de su paradero durante estos días. Creo que si no está aquí es que no se ha enterado de la muerte de Williamson. Hay quien opina que puede haber desertado y otros dicen que, al estar cerca de África, habrá querido regresar con los suyos. Incluso comentan que lo tenía organizado con Williamson, pero que a este lo mataron antes de poder escapar.

—Ya veo. —Harper pinzó la goma de mascar con los dedos y la estiró para, después, volver a introducírsela en la boca—. Y usted, que trataba más con ellos ¿qué opina?

—No lo sé, pero no creo que tuvieran en mente abandonar el ejército y renunciar a su nuevo país. Después de vivir en la esclavitud y de haber ganado su libertad… No sé, ¿para qué perder algo que te ha costado tanto conseguir?

—Para huir del racismo más que evidente que siguen teniendo que soportar —apuntó Guasch—. O para regresar a casa. ¿Qué puede haber mejor que eso?

O'Brien asintió y meditó la respuesta.

—Estados Unidos, pese a sus cosas negativas, que no son pocas ni de escasa importancia, afronta una nueva etapa, señor. No sé qué pasó, pero yo diría que renunciar a todo no estaba entre sus planes. Como lo digo es mi opinión.

Una opinión opuesta a la de sus compañeros negros.

Harper apoyó la espalda en el respaldo de la silla, separó las piernas y aplaudió.

—¡Exselente reflexión, O’Brien! Algún día será usted político y representará a la comunidad irlandesa y… ¡Ah!… —Pareció caer en la cuenta de algo y volvió a centrarse en el soldado pelirrojo—: ¿Sabe dónde podemos encontrar al menorquín? Al músico…

—¿Cómo se llama, por cierto? —se interesó Guasch.

—Mascaró, Jaume Mascaró. —Y, dirigiéndose a Harper, respondió —. Está de permiso con su familia, señor. Después del entierro ha regresado a casa.

—Le veremos a primera hora de la tarde.

—Me parece que no será posible. Su familia vive en una ciudad que queda al otro lado de Port-Mahón.

—¿Sant Lluís? ¿Es Castell?

—Al otro lado de la isla, quiero decir. No recuerdo el nombre, señor.

—¿Mascaró es de Ciutadella? ¿Sabe qué opinión tiene de los mahoneses, los ama o los odia? —preguntó Guasch.

—Dice que no conviene pasar mucho tiempo en este puerto si uno no quiere enfermar.

Guasch creyó entender lo que significaba aquello: o mucho le habían exagerado la mala relación entre los habitantes de las dos mayores poblaciones de la isla, o se confirmaba que el músico Jaume Mascaró era, claramente, originario de Ciutadella.

Tendrían que buscar el momento oportuno para ir hacia allá.

—¿Qué hacía él llevando el ataúd de Williamson? ¿Tenían trato?

El irlandés se encogió de hombros.

—Podríamos decir que sí o, por lo menos, que no tenía tantos prejuicios como los estadounidenses de raza blanca que dicen ser sus compañeros.

Escupió una gota de saliva al verbalizar esta última palabra.

—¿Y usted? —Harper se olvidó por una vez de sonreír—. ¿Por qué tenía buena relasión con él? ¿Acaso sus genes oprimidos irlandeses se solidarisan con los genes oprimidos africanos de Williamson? El haber sido tratados como animales para realisar trabajos forsados debe de unir mucho, por lo visto. Es conmovedor.

La mirada azul de O’Brien se endureció y por un instante perdió toda la fragilidad que había mostrado hasta entonces.

—Desde luego, señor —respondió con frialdad—. Veo que conoce bien las desgracias de nuestro pueblo, sargento, y seguro que también conoce la respuesta. Mi abuelo vivió esclavizado casi una década en Barbados hasta que obtuvo su libertad. ¿Cómo no empatizar con la injusticia que sufren esos desgraciados en sus carnes y que es tan

parecida a la que también vivimos previamente nosotros? ¿No sentiría usted lo mismo?

Harper entrelazó los dedos y los hizo crujir con fuerza.

Ahora sí volvió a sonreír.

—Por suerte no he experimentado esa realidad, O'Brien. Lamento no poder responderle.

—Es más bien una cuestión de empatía, señor.

—En ese caso, digamos que soy poco empático y que…

—¡Sargento! —cortó Guasch, cansado.

—Mande.

—Ya es suficiente. —Se puso en pie para dar por zanjada aquella conversación fuera de lugar—. O'Brien, si es tan amable, dígale al siguiente de la fila que entre.

Definitivamente, si volvía a repetirse una situación como aquella, hablaría con el comandante Eastman para que reemplazara al sargento Harper. Aquello era intolerable.

V

¿Por qué yo?

Ignoro cuántos días estuvimos allí parados. No muchos. La bahía era estrecha. Las aguas, poco profundas y cristalinas. La selva besaba la orilla. Los pájaros piaban melodías alegres y desconocidas. Era un paisaje diferente a mi hogar y, sin embargo, me hizo bien. Nosotros no lo sabíamos, pero estaban arreglando nuestros documentos para que pudieran vendernos en el país. Malembe me contó que, en aquella tierra, los esclavos que llegábamos de más allá del mar no éramos bienvenidos. No podían vendernos. Y eso era bueno. Pero el hombre blanco siempre encuentra soluciones para que sus trampas puedan funcionar.

Nos procuraron comida y bebida de mejor calidad. Resultaba imposible recuperar en unos pocos días todo lo que habíamos perdido, pero al menos no íbamos a peor. Hicieron que nos aseáramos. Nos obligaron a limpiar la bodega. Más allá de los restos que esperábamos, nos sorprendimos al encontrar un cadáver en el que nadie había reparado durante la travesía. Estaba putrefacto. Irreconocible. Su existencia y hedor habían quedado disimulados por el ambiente corrompido, la oscuridad y la confusión.

No volví a intentar quitarme la vida. Mi alma decidió que existía un motivo por el cual los espíritus me habían permitido vivir. Precisamente a mí. Malembe me dijo que un día lo comprendería, y confié en que tuviera razón. ¿Por qué yo? Las cadenas que llevaría toda la vida serían arrastrar ese sentimiento de culpa y una pena profunda.

Hoy, muchos años después, le puedo confirmar que no erré.

Una noche, el barco desplegó sus velas. Mongomó y los hombres blancos sonreían. Estaban limpios y habían mudado sus ropas. Parecían otros. Demonios disfrazados de decencia. Tres noches después llegamos a Nueva Orleans. Malembe me había explicado lo que era una ciudad, pero yo no estaba preparado para aquello: edificios de piedra grandes como montañas, construcciones de madera que no terminaban jamás, millares de personas paseando, respirando, riendo. Habría desgastado mis dedos de tanto contar. Amarramos en un muelle. Dos hombres subieron a cubierta. Mongomó

enseñó unos papeles que los otros miraron con atención. Apenas nos dirigieron una mirada fría. Estrecharon sus manos.

Mongomó estaba satisfecho.

Abandonamos por fin el vientre flotante para meternos en la panza de un edificio de piel de madera y rejas de hierro. Me senté en el suelo y me rodeé las rodillas con los brazos encadenados. Los grilletes formaban ya parte de mí. Mis dedos volvieron a contar. Conté doce veces diez. Malembe y yo. Ciento veintidós supervivientes. No tenía derecho a llorar ni a lamentarme.

Tampoco tenía miedo. Nada podía ser peor que lo que había vivido.

Dormimos una noche allí. A la mañana siguiente abrieron una puerta. Fuera había mucho revuelo. Malembe se acercó a mí. Me agarró por los hombros y me miró a los ojos.

—Recuerda siempre quién eres, de dónde vienes y quiénes son los tuyos.

Aquella fue su despedida. Lo subastaron entre los primeros.

Nunca más volví a saber de él.

Llegó mi turno. Salí al exterior. El sol me golpeó como una pedrada. Cerré los ojos. Al abrirlos, descubrí que estaba sobre una estructura de madera. Frente a mí se distribuían varias docenas de hombres blancos que me miraban fijamente. Ellos no estaban delgados. Varias mujeres se colgaban de sus brazos. Vestían de un modo curioso. Me miraban igual que cuando acompañé a padre a buscar una cabra a otro poblado. Un hombre en el estrado gritó unas palabras que se referirían a mí. Malembe me había dicho que los niños éramos muy valiosos. El público murmuraba sin apartar la vista. Una señora levantó la mano y dijo algo en voz bien alta. Otros hombres siguieron su ejemplo. La mujer volvió a hablar casi en un grito. El último en hacerlo fue un señor que expulsaba humo por la boca en primera fila. La señora resopló, negó con la cabeza y perdió interés en mí. También el resto. Nadie ofrecería más. Mi nuevo amo se levantó, dio unas instrucciones rápidas y se retiró.

El hombre del estrado lanzó un chillido estridente y una esclava con el torso desnudo me reemplazó.

Por primera vez en mi vida, me sentí completamente solo.

11

¡Por fin!

Cuando se descubre un cadáver, el lugar en el que este aparece pierde su inocencia, su virginidad, y ya nunca es visto del mismo modo. La sensación de desasosiego, inquietud o atracción morbosa se agudiza si la muerte es violenta y, todavía más, mucho más, si se ha sido testigo directo del crimen o de sus sangrientas consecuencias.

Mientras se adentraban con la barca en la bocana de la cala de Sant Esteve, Riera llevó la conversación a una nueva dimensión.

—¿Se da usted cuenta de que cualquier lugar es válido para morir o para matar?

Guasch miró al subinspector de reojo.

—Nunca me lo había planteado, pero sí, imagino que sí.

—Vamos, dígame, ¿cuánta gente vive en el mundo?

—No tengo la menor idea. ¿A qué viene eso?

—¿Cuántos habitantes hay en España? O en Menorca, para hacerlo más sencillo.

—Riera, no sé a dónde quiere ir a parar.

—Lo que tiene que preguntarse —intervino Harper que, saltaba a la vista, captaba todo o parte del ibicenco que hablaban entre ellos— es cuánta gente ha muerto en España o, si quiere continuar con el ehemplo, el número de personas muertas en esta isla.

Riera dio una palmada y le señaló con el dedo.

—¡Eso es! —Y regresó con Guasch—. Dígame, ¿cuántas son? ¿Un millón?

—Quizá sean demasiadas, pero da lo mismo. Supongamos que a lo largo de la historia han fallecido en Menorca, entre muertes naturales, crímenes, enfermedades y batallas, pues no sé…, ¿medio millón de personas?

—Eso significa que aquí, en Maó, en este puerto en concreto, la habrán espichado algo más de la mitad, ¡trescientas mil! —Señaló a su alrededor con la mano—. Mire donde mire, habrá muerto alguien. Estamos rodeados de posibles escenarios de un crimen o, como poco, de espacios fúnebres. Las camas en las que dormimos, las calles por las que paseamos, incluso las aguas en las que nos bañamos… ¡En cualquier sitio!

El subinspector parecía eufórico y escandalizado a la vez.

—Riera, ¿a qué viene esto? ¿Se encuentra usted bien?

—¿Por qué lo dice? ¿Acaso no es verdad?

—El patrón está en lo sierto y, además, es un punto de vista muy interesante…

Guasch suspiró. Solo le faltaba que se fueran dando la razón el uno al otro.

Dejaron atrás la estructura en ruinas del castillo y se acercaron al lugar en el que había aparecido el cuerpo sin vida de Williamson. Le indicó al remero que aminorara el ritmo, ya que la costa era rocosa y una aproximación descuidada podía dañar la quilla.

Quería examinar el terreno con calma.

—Busco el lugar donde amarraría la barca que llegó con Williamson.

—¿Por qué una barca? —preguntó Riera.

—Mire las inmediaciones—propuso Guasch—. Este no es un lugar de paso en el que citarse o encontrarse de manera casual. Por tanto, o quedaron aquí con alguna excusa, o lo redujeron en otro lugar para, ya sin conocimiento y probablemente moribundo, traerlo hasta aquí.

—Se deja una opsión, *boss*. El asesino podría ser un amigo o conosido con el que ya estaba aquí, como Samuel Brown.

Guasch valoró esa posibilidad.

—Tiene usted razón, Harper. Tenemos que interrogar a ese hombre apenas lo localicemos. —Miró a un lado y a otro y prosiguió—. De lo que estoy seguro es de que hay al menos dos personas implicadas en el crimen.

—¿Por qué?

—Porque hay que mover un cuerpo pesado y porque un emparedamiento no es sencillo: hay que construir, o reconstruir en este caso, un muro y mover el cuerpo, y eso es pesado y laborioso.

—¿Y qué alternativa cree usted que…?

—Pero ¿qué digo? —Guasch chascó los dedos en el aire—. Es obvio que lo trajeron aquí después de darle el estacazo y la cuchillada en cualquier otro lugar.

—¿Por qué está tan seguro?

—Porque el reguero de sangre de la herida que tenía en el costado no cayó en línea recta, sino que dibujó un zigzag peculiar en el lomo. Eso significa que el cuerpo estuvo en varias posiciones desde que empezó a brotar la sangre.

—Quisá lo golpearon y acuchillaron aquí serca —propuso Harper.

—Suponiendo que llegaran en barca, tal y como sugiere, yo apostaría a que descargaron el cuerpo allí. —Riera señaló un pino de tronco curvo que crecía en el borde mismo del mar.

Guasch buscó la entrada de la contramina y concordó en que el lugar que sugería Riera era apropiado: estaba cerca de la tumba y permitía amarrar el bote en un lugar alejado de posibles miradas indiscretas. Estimó además que el agua poco profunda lo convertía en

un lugar ideal para descender del bote y, ya en la orilla, sacar y manipular un cuerpo inanimado.

Dirigieron la proa en aquella dirección y desembarcaron.

El remero, un menorquín grandote, se dispuso a colaborar con ellos en la exploración. Seguramente con un sentimiento de culpa por no haber estado en su puesto cuando tocaba durante el funeral.

El juez había dado orden de mantener aquella zona vigilada, pero allí nadie les impidió el paso.

Eso no le gustó.

—Tenemos que registrar toda esta área —indicó Guasch mientras se quitaba la chaqueta—. No olvidemos que han transcurrido unos diez días desde el suceso y que los rastros no estarán frescos.

—¿En qué piensa exactamente, *boss*?

—Sangre, ramas rotas, algún objeto personal… Lo que sea.

—A Williamson le faltaba una bota —apuntó Riera—, quizá la encontremos.

—Me extrañaría.

Guasch se alejó unos pasos con la vista clavada en el suelo.

—¿Por qué?

—Porque si la hubieran encontrado, la habrían ocultado en el hueco junto al cuerpo.

—Quisá dieron con ella después de tapiar a Williamson.

—Exacto, y en ese…

—Vamos, señores —urgió Guasch empezando a andar—. Dejémonos de cábalas y arranquemos de una vez. Si alguien descubre algo, que avise al resto.

El subinspector y el soldado se alejaron en dirección contraria al túnel y, cabizbajos, empezaron a patear piedras, apartar ramas y palpar manchas misteriosas. Harper se acercó al muro, que más que agujereado, después de la visita del juez y de la acción de la dotación militar para sacar el cuerpo, estaba devastado.

Guasch escuchó cómo el sargento rumiaba por lo bajo.

Se centró en lo suyo.

El terreno era pedregoso y estaba plagado de matorrales y demás flora de diferente altura y densidad que bloqueaba algunos accesos y dificultaba en determinados tramos caminar con normalidad. Para llegar hasta el subterráneo no era imprescindible superar todo aquel reguero de dificultades, pero no quería dejar pasar la opción de que los asesinos lanzaran algún objeto por allí confiando en que nadie lo fuera a buscar.

Siempre les decía a sus hombres que tenían que ser exhaustivos, y no estaba dispuesto a incumplir su propio credo por comodidad o pereza ahora que debía ponerlo en práctica en primera persona.

El sol apretaba desde lo alto y las cigarras cantaban con entusiasmo

bajo el calor abrasador de la tarde menorquina.

Guasch lamentó no haber llevado consigo refuerzos adicionales que agilizaran la tarea y por un momento sintió envidia de los lugareños que a esas horas, después de comer, reposaban en sus hogares al fresco, ajenos a los esforzados intentos de quienes trataban de poner luz en aquella insana oscuridad.

Se adentró en la maleza dejando la cala a sus espaldas y escuchó el murmullo de unas voces distantes. Aguzó el oído. No estaban demasiado lejos. Eran chillonas e ¿infantiles?

Se aproximó con precaución hacia la zona de donde intuyó que provenían.

—… *ara us hi fixareu!* —decía una voz en menorquín.

Un coro de aprobación, quizá también de excitación, se elevó tras la pantalla verde.

Guasch dio un salto rápido y se asomó por encima de los matorrales para ver cómo un puñado de menores daba media vuelta y apretaba a correr entre gritos y risas histriónicas. Suspiró y se preguntó cuántas personas se habrían acercado ya por allí a curiosear y llevarse cualquier objeto con el que hubieran tenido la suerte de toparse. Era evidente que llegaban tarde. No alcanzaba a entender por qué motivo no se habían respetado las instrucciones del juez.

Se centró de nuevo en el registro procurando seguir una ruta lógica y, tras un repaso minucioso, fue torciendo el rumbo para encaminarse de nuevo, paso a paso, a la entrada de los túneles.

Al llegar encontró a un pensativo Harper sentado en el suelo y con la espalda apoyada en los restos del muro. Tiraba piedras a lo lejos mientras masticaba aquella goma interminable. Al descubrir su presencia, se llevó la mano al ala del sombrero y activó su sonrisa impoluta.

Una sonrisa que cada vez le hacía menos gracia.

—Es probable que alguien haya hurgado por aquí entre ayer y hoy —dijo Guasch, que vio que los despojos del gato muerto seguían a los pies del árbol donde él mismo los había lanzado— y que se haya llevado cualquier cosa que pueda haber encontrado. Llegamos tarde.

Se aproximó hasta el animal, agarró una rama fina con cada mano y lo examinó para corroborar lo que ya sabía, que le habían abierto el tórax en canal con un cuchillo bien afilado, además de golpearle en la cabeza. Unas heridas tan premeditadas como la ubicación en la que habían colocado el bicho, junto al cadáver de Williamson, en un burdo intento de justificar el hedor que este desprendía y para evitar que un esporádico paseante se acercara a curiosear.

Se giró hacia el estadounidense.

—Está muy pensativo, Harper. —El sombrero de vaquero se movió arriba y abajo—. ¿Cuánto tiempo diría que lleva este animal muerto

aquí? —le preguntó a continuación.

—No mucho.

Le explicó su teoría sobre la preparación del escenario.

—¿No cree que es muy complicado todo esto? —preguntó el americano—. ¿Para qué tomarse tantas molestias en esconder los restos de un hombre en lugar de darle una cuchillada y dejarlo a la vista de todo el mundo en cualquier camino?

—Estoy de acuerdo —coincidió Guasch, que empezaba a notar la boca reseca—. No sé desde dónde traerían el cuerpo, pero al moverlo con la barca se arriesgaron a ser descubiertos, y todavía más al adentrarse en una zona militarizada. Los podría haber visto cualquiera, aunque fuera por casualidad.

—Como desía usted antes, no creo que pasee mucha gente por aquí…

—Lo sé, pero no deja de ser un riesgo más. A no ser que…

Se pellizcó el labio inferior.

—¿Qué?

—Que los culpables fueran militares. En ese caso, estarían en su entorno habitual.

—Ya lo había pensado.

La coronilla de Riera asomó a lo lejos acompañada del resto de su cuerpo y del soldado menorquín. Avanzaban hacia ellos con paso lento y expresiones mustias.

Guasch se adentró en el espacio abierto de la contramina sin encontrar nada más que polvo, piedras desprendidas y hojarasca seca. Después se asomó al hueco en el que habían hallado el cuerpo. El olor pestilente se apreciaba todavía con claridad. Dudó si sería real o estaría tan solo aferrado a su memoria. Las dimensiones del hueco eran de apenas dos metros de longitud por entre dos y tres irregulares palmos de profundidad. Un pequeño mausoleo a la espera de un cuerpo indigno.

—¿Cómo se puede encontrar un lugar como este para emparedar a alguien?

—Esa es una buena pregunta, *boss*. Es una tumba perfecta. Tendremos que indagar entre los militares y picapedreros que trabahan en la sona para averiguar si han visto a alguien merodear por aquí.

—Hemos de preguntar muchas cosas a mucha gente —concluyó Guasch.

Pasó la palma de la mano por la base de las piedras de marés y, entremedias, diferenció una capa fina de argamasa. Se agachó y agarró un par de fragmentos de bloque que conservaban muestras de mortero.

—Hay que hablar con algún maestro de obra para que nos explique

qué materiales se han empleado para hacer la mezcla. —Se incorporó de nuevo y levantó la vista al cielo para observar el sol de media tarde. Llevaban todo el día entre interrogatorios y registros—. Vamos, es hora de regresar.

—¿A casa a descansar? —preguntó Riera.

—Después. Antes pensaba sugerirles que nos acercáramos a la casa de acogida de Williamson y Brown. —Guasch miró al soldado que les había acompañado—. ¿Queda muy lejos? ¿Cómo se llama el dueño, por cierto?

—Miquel Mesquida, señor. Está a la salida de Mô, no lejos del camino de Es Castell.

Guasch hizo un gesto de aprobación y se dirigió hacia el bote sin añadir nada más, seguido por el resto del equipo.

Descendieron de la barca a los pies de las imponentes instalaciones de La Industria Mahonesa y subieron por la rampa lindante guiados por el voluntarioso militar. La chimenea de la fábrica escupía el humo negro del carbón empleado para dinamizar las portentosas máquinas de vapor que hacían funcionar las hiladoras y los telares del interior. Su rugido se escuchaba desde fuera.

Guasch sentía el cansancio acumulado durante el día en su cuerpo sudoroso y se dijo que pagaría una fortuna a quien pudiera hacer que de repente llegara el frío y así dejar de sufrir las incomodidades de aquel calor pegajoso.

La luz de la tarde caía oblicua sobre los bancales dorados cuando Guasch y los suyos alcanzaron el *lloc*. La finca no era grande y disponía de unos corrales y varias instalaciones anexas a tiro de piedra de la vivienda. Parecía bien cuidada, como en general todas las casas mahonesas. Estaba también recién encalada. Según les informó el guía, vivía y trabajaba en ella el tal Mesquida junto con su esposa y sus tres vástagos varones.

En la era encontraron a un hombre relativamente joven, curtido y enérgico, que dirigía con una horca los haces de cebada hacia el centro de la era. El trillo de piedra giraba al paso de una mula vieja. Una mujer aventaba el grano con agilidad, lanzándolo al cielo azul con el bieldo para que el aire, escaso, arrastrara la paja.

Los hijos tenían distintas edades y estaturas. Se llevarían un par de años entre sí, desde los once a los quince, y eran réplicas casi exactas unos de otros: cabello negro largo y encrespado y una sola ceja, ancha y continua, que les subrayaba la frente. Vigilaban los animales y limpiaban los comederos con brío.

Trabajaban en silencio, concentrados cada uno en su propia actividad. Los varones vestían prendas sencillas de *llista* fresca y calzaban *avarques* en los pies. La mujer llevaba una blusa azul, una

sencilla falda de calicó y un sombrero de paja de ala ancha.

El payés se incorporó con lentitud al verlos llegar, se quitó el sombrero de palmito y se pasó el antebrazo por la frente. Los miraba con gesto cordial pero expectante. No parecía que la visita le cogiera por sorpresa.

La esposa les lanzaba miradas furtivas.

A nadie le sienta bien que la autoridad venga a husmear a tu casa, y menos cuando tu inquilino desaparecido ha sido asesinado de manera brutal.

—¿Vienen otra vez por lo de los negros? —preguntó Mesquida cuando los tuvo cerca.

—Defina *otra vez* —dijo Guasch.

—¿Cómo dice?

—Digo que si ha venido alguien a interesarse por ellos antes que nosotros.

Mesquida valoró la posición del sol, se volvió hacia su familia y ordenó que dejaran sus quehaceres y recogieran los enseres. «Ja n’hem tingut prou per avui». Después les hizo un gesto a Guasch y al resto para que le acompañaran al pozo.

—Hace unos días que vinieron los estadounidenses a por ellos —explicó—. Los negros estaban todavía de permiso. Querían verles no sé para qué, para hacer unos ejercicios, creo…

—¿Y? —preguntó Riera—. ¿Qué les dijeron?

—Cuando nos despertamos aquella misma mañana vimos que se habían marchado. No estaban ni ellos ni sus pertenencias. Todavía no habíamos tenido tiempo de preguntar o de avisar a nadie.

—¿Quiere decir que desaparecieron el mismo día que vinieron a buscarlos?

—Eso es. Hará una semana. Quizá un poco menos. —Hizo memoria —. Seis días.

—¿No cree que es mucha coincidencia que desaparecieran justo el mismo día?

El payés dudó un instante.

—No sabría decirle. ¿Por qué?

—Solo es que no me fío mucho de las casualidades. ¿Sabe usted algo de esto, Harper?

—Visita de control. No los encontraron a ellos, pero tampoco a otra pareja. Por desgrasia, no es extraño cuando se da manga ancha a la pinche tropa por unas reparasiones tan largas. Por lo general, no es nada alarmante. Se ofresió una recompensa a los militares españoles para que los buscaran.

—¿Cómo dice? ¿Ofrecieron dinero para que los buscaran por la isla?

—Así es, señor. Suele funsionar muy bien. Hase un par de días, pero todavía no habían dado con ellos.

—¿Y por qué el comandante Eastman no nos lo dijo ayer? ¿O por qué nadie me había dicho nada en los interrogatorios de ayer? O Febrer, por ejemplo…

Estaba molesto.

—Quisá porque no es tan extraño, como le digo…

—¿Qué sucede, Guasch? —preguntó Riera—. ¿Por qué le llama tanto la atención?

—Porque tenemos a los hombres buscando a Carlos María y resulta que por otro lado les ofrecen dinero para buscar desertores o borrachos irresponsables extranjeros. Así, es normal que se despisten y que no avancemos. Hemos encontrado a Williamson, pero ¿dónde demonios se ha metido Brown? Si se marcharon juntos es de suponer que debían de estar compinchados. No sé en qué, pero iban de la mano. A ver si resulta que Brown tiene algo que ver con la muerte de su compañero…

—Lo dudo —comentó el ibicenco—. Ya escuchó lo que dijo O'Brien de que tenían muy buena relación.

El campesino se había quitado la camisa y dejado a la vista un torso de cintura estrecha y hombros poderosos. Introdujo las manos en una palangana de agua fresca y se frotó el cuerpo con fruición. Mientras procedía, en un gesto de confianza excesiva, examinaba de reojo la indumentaria de Harper.

—Veamos, ¿qué nos puede decir de Williamson y Brown? —preguntó Guasch.

—Hace tiempo que tenemos apalabrado con varios diplomáticos de la isla que si llegan embarcaciones de sus respectivos países cuenten con nosotros. No es la primera vez que acogemos tripulantes extranjeros ni somos los únicos. Por supuesto, hablamos de la soldadesca, pues los oficiales se procuran viviendas menos humildes que la nuestra y más acordes con su rango. Apenas llegaron los estadounidenses, se presentaron aquí. Acordamos un precio, nos pagaron dos semanas por adelantado y esa misma noche nos enviaron un par de tripulantes.

—Negros —añadió Harper.

—Haciendo honor a la verdad, importa poco el color de su cabello o de su piel mientras paguen —dijo Mesquida—. El dinero no tiene raza, señor.

El campesino cogió una camisa limpia y se la puso sin secarse.

—¿Qué servicios incluía ese pago? —preguntó Riera.

—Cama, una comida caliente al día, lavado de ropa y un par de jofainas de agua por barba para su aseo personal. Hay quien también cobra por hacer de guías o traductores, pero nosotros no hablamos su lengua ni ellos eran capaces de comunicarse en la nuestra. Uno de los dos chapurreaba alguna palabra de menorquín, pero insuficiente para

mantener una conversación.

—¿Cómo eran?

—Silenciosos y poco dispuestos. Cuando uno quiere, sabe hacerse entender. En su caso no querían. Tampoco me preocupaba lo más mínimo. Al final de la jornada les dábamos la comida, ellos se encerraban en su habitación y poco más. Estaban fuera prácticamente todo el santo día, venían al anochecer y por la noche, después de cenar, se marchaban de nuevo.

—Hasta que un buen día desaparesieron —dijo Harper en su acento cantarín.

—Exacto.

—¿Cuántos días después de su llegada fue eso?

—Durmieron en casa… —mirada en blanco y nuevos cálculos mentales— nueve o diez noches.

—¿Podemos ver el cuarto en el que se alojaban?

—Síganme.

El sol cálido del atardecer impactaba contra el muro lateral de la vivienda que, como todas las casas bien construidas de la ciudad, se orientaba al sur. El hijo mayor, un joven de casi la misma altura que su progenitor, y la esposa estaban terminando de acondicionar la era cuando Mesquida cruzó el patio hacia la entrada principal de la casa. Se adentraron en el porche.

El campesino abrió una puerta interior que quedaba al lado de la entrada.

—Esta es —dijo, haciéndose a un lado.

Dos camastros se colocaban junto a las paredes en una estancia sencilla. No había más mobiliario. Un ventanuco con dos maderas cruzadas daba al exterior.

—¿No les molestaban si llegaban tarde?

—No. La habitación está junto a la puerta principal.

Guasch le miró con atención.

—¿Vio o escuchó en algún momento que dijeran algo sobre una posible fuga?

—Ya le he dicho que no hablo su idioma.

—¿Y no notó nada extraño en su comportamiento que le haga sospechar adónde pudieron ir?

—Ni el más mínimo, señor. Le recuerdo que apenas coincidíamos.

—Qué manera tan sensilla de ganar dinero, ¿no? —apreció Harper.

Mesquida se encogió de hombros y sonrió como si pidiera disculpas.

—Por eso mismo me avengo a alojar a desconocidos en mi hogar. ¿Usted no lo haría?

—Depende del tipo de hombre —respondió.

Guasch hizo un gesto a sus compañeros para darles a entender que eso era todo.

—Una cosa más —añadió cuando ya salían—. ¿Vio que esos dos hombres tuvieran algún tipo de contacto con alguien?

Mesquida negó con la cabeza.

—No, señor. —Y agregó—: Que me aspen si tengo la menor idea de qué les sucedió, pero es probable que ese tipo, el desaparecido al que llama Brown, le hiciera algo al otro. Recuerdo que tenía una mirada turbia. Es solo una sensación, pero me pareció poco de fiar.

Guasch asintió a las palabras de don Mariano Sintes, anfitrión de aquella velada inesperada a la que al final decidió asistir en auxilio de Riera y, en especial, del muy atribulado Toni Petit. Podía ser interesante conocer a prohombres de la tierra que le facilitaran información adicional sobre la isla, sus gentes, sus costumbres y sus visitantes.

Después de regresar a Maó y antes de visitar al cabo Parra para ponerse al día, mandó una nota a La Industria Mahonesa a la atención de don Mariano Sintes confirmando la asistencia a la cena de Toni Petit, Riera y él mismo en calidad de algo que todavía no había decidido y que ya terminaría de definir. Al llegar a casa de los Sintes, se presentó como conocido y socio potencial del comerciante mallorquín al que el pequeño pelirrojo había aludido con su desinhibida y fantasiosa verborrea.

Guasch tardó poco en comprender que don Mariano, un individuo de frondoso mostacho entrecano, tez olivácea y ojeras importantes, además de accionista de La Industria Mahonesa y padre del joven, agradable y quizá algo cohibido Santiago Sintes, era propietario de varios locales en el carrer Nou y en la plaça de la Arravaleta, unas de las mejores arterias comerciales de la ciudad. Eso explicaba su interés ante la lucrativa perspectiva que ofrecía la inocente propuesta de Toni Petit y que ahora quería estudiar con detenimiento con su padre, supuesto representante del mallorquín. ¿Quién en su sano juicio no querría de inquilino en un local de su propiedad a uno de los comerciantes más serios y solventes de la isla vecina?

Lo primero que quería hacer Guasch era aclarar el embrollo, de manera que, cuando don Mariano terminó de hablar, cruzó las piernas para adoptar una pose desenvuelta y se dispuso a mentir como un bellaco.

Se lo tomó como un juego.

—Tal vez el pequeño Toni, todavía joven e inexperto aunque rápido en el aprendizaje, no se expresara del todo bien al hablar de las intenciones de mi socio, don Miquel Fortesa, sobre abrir una sucursal en Maó de su exitoso comercio en Ciutat —empezó, lanzando una mirada de fingida amonestación al pelirrojo—, puesto que en realidad soy yo quien está interesado en identificar oportunidades de inversión.

—Señaló al subinspector, que le miraba con los ojos abiertos y la boca cerrada desde la butaquita en la que estaba sentado—. El señor Riera, aquí presente, es mi persona de confianza para hacer esta búsqueda, y he de reconocer que mi presencia en la isla ha sido casual.

Mariano Sintes lo miró con aire circunspecto.

—¿Tiene usted algo que ver con el negro emparedado en la cala de Sant Esteve? Si no recuerdo mal, he leído en *El Diario de Menorca* de hoy que quien lo encontró se apellida como usted. Decían que era un investigador venido de la península para buscar a Carlos María, el hombre del que tanto se habla en los últimos tiempos.

—En efecto, tiene usted buena memoria —reconoció Guasch sin alterarse, a sabiendas de que no tenía sentido ocultar algo que, tarde o temprano, habría terminado averiguando—. Soy quien encontró el cadáver del soldado James S. Williamson y el investigador al que de modo acertado se refiere usted.

—¿Y qué hace un inversor investigando? —preguntó don Mariano —. ¿O debería decir un investigador invirtiendo? Desconozco qué fórmula es la correcta, pero admito que cualquiera de las dos me resulta, cuanto menos, curiosa.

Las dudas eran comprensibles, y la respuesta, sencilla y bastante próxima a la verdad.

—Admito que mi presencia en Menorca se debe a la desaparición de don Carlos María de Campos y que la visita del señor Riera y de su hijo a Maó, planificada con anterioridad, no deja de ser una coincidencia que visto lo visto celebro enormemente. Por otro lado, confieso que provengo de una familia de comerciantes y hombres de negocios, y el hecho de dedicarme a la resolución de misterios para un cuerpo especial de Madrid es para mí un…

Se detuvo en busca de dar con la palabra apropiada.

—¿Un divertimento? —propuso el anfitrión.

—Algo así. Un reto intelectual, diría.

Sintes asintió y se inclinó hacia delante, como suelen hacer de manera instintiva quienes tienen interés en tratar un tema. Guasch supo que la conversación iba a desviarse de las cuestiones comerciales para centrarse en el morboso hallazgo del cadáver.

—¿Tienen alguna pista? —preguntó don Mariano frotándose las manos.

—Todavía no, pero confío en dar con los asesinos lo antes posible.

—Y yo. No es agradable salir a la calle a sabiendas de que hay un sujeto capaz de cometer estas atrocidades… ¿Es cierto que murió ahogado en su propia sangre?

—Ya veo que las noticias vuelan. Eso no salía en el artículo del periódico.

—Este es un lugar pequeño…

—No es la primera vez que me lo dicen.

—Entonces ¿no tienen nada?

—Acabamos de empezar las pesquisas, don Mariano. Pero mire, ya que hablamos del tema, ¿puedo hacerle una pregunta en confianza?

En ese momento reparó en la atención silenciosa que prestaban no ya tanto Riera, sino Toni Petit y Santiago Sintes, y consideró que, aunque solo fuera de cara a la galería, le convenía mantener aquella conversación en privado. Don Mariano debió de leerle el pensamiento, porque al momento se levantó y dio instrucciones a su hijo para que mostrara a los demás la biblioteca y el resto de las dependencias de la casa. La expresión agria del subinspector se suavizó cuando añadió que le ofreciera una copa del delicioso ron dominicano que acababan de recibir y un buen habano del ingenio de un conocido. Los mejores de Cuba, añadió.

Guasch se encontró caminando con Mariano Sintes por los cuidados márgenes del jardín privado de aquella privilegiada vivienda. La rada se extendía frente a ellos y la temperatura había descendido tras el ocaso, haciendo que la existencia fuera más llevadera. A lo lejos se escuchaban, en su latido nocturno, las voces del puerto, que alardeaba con orgullo de su magnificencia habitual. Le alcanzó el sonido de varios instrumentos musicales, a destiempo, interpretando cada uno en su hogar su propia melodía. Por un momento olvidó los problemas que le consumían y la realidad que le envolvía se le antojó idílica, y aquella isla y aquella residencia, un excelente lugar para vivir.

Con Lucía.

Don Mariano disipó aquella fantasiosa dicha.

—Usted dirá —lo animó el menorquín.

—Quería conocer su opinión sobre la aparición del muerto.

—¿Mi opinión? —El empresario se detuvo, se atusó el bigote y lo miró extrañado—. No sé qué quiere que le diga, aparte de que, por supuesto, es una aberración. Creo que un hecho así no tiene nada de subjetivo y deja poco espacio a la opinión.

—Usted es un ciudadano de mundo, un comerciante, y me consta que su empresa emplea como materia prima principal algodón que, en buena medida, se importa de Estados Unidos. Además, es mahonés…

—Sí, todo eso es cierto, pero lo siento, no entiendo qué pretende decirme.

Tampoco él lo sabía.

—¿Es la primera vez que sucede algo así en Menorca o en Maó?

El otro desvió la vista hacia un punto indeterminado.

—Habrá asistido esta mañana a las exequias del muerto en el *cementeri anglès* o, mejor dicho, angloamericano. —Mariano Sintes se volvió a mirarle y Guasch asintió—. ¿Se ha fijado en las fechas de los sepulcros y los nombres de los muertos?

—No.

—Bien, en realidad, tanto da. La cuestión es que todos aquellos infelices fallecieron en la isla por uno u otro motivo: enfermedades infecciosas, inesperadas causas naturales y, también, en algunos casos, asesinatos violentos. Quizá no idénticos a este, pero no menos sanguinarios.

—¿Quiere decir que no es la primera vez que sucede algo así?

—Ni mucho menos.

—¡Pero si me hablaron de las estadísticas criminales y esto es una balsa de aceite!

—Estoy seguro de que hay muchos lugares más despiadados que Menorca, pero también otros, y no pocos, más tranquilos. Desengáñese. Por este puerto pasan muchas embarcaciones, y eso significa muchos marinos, navegantes y tripulantes de países y culturas distintas conviviendo. Las discusiones y peleas son frecuentes. También las reyertas. No quiero decir que las haya a diario, ni mucho menos, pero sí que cada cierto tiempo puede suceder un hecho trágico. No hablo de emparedamientos, sino de asesinatos comunes.

—¿Y los…?

—¿Culpables? —Hizo una mueca—. Vaya usted a saber. A estas alturas a lo mejor están en Marsella o en Argelia. Si han escondido el cuerpo, quizá pretendían ganar tiempo para poner tierra de por medio… o mar, en este caso.

—Lo dudo —dijo—. Alguien tiró un gato a propósito para disimular el mal olor. En cualquier caso, en los crímenes a los que se refiere, ¿se capturó a los culpables?

—Por norma general, sí. Eran casos más sencillos.

—Esta vez no tenemos sospechosos ni, por ahora, ninguna pista.

—No sé darle más información, pero si puedo ayudar en algún momento estaré encantado de darle una mano.

—Se lo agradezco.

El hombre se atusó el bigotazo y sonrió con ligereza, dando a entender que iba a cambiar de tercio. Una vez satisfecha la curiosidad morbosa, tocaba centrarse en cuestiones prácticas y económicas.

—Y bien, dígame, ¿qué tipo de negocio quiere desarrollar en Menorca?

Guasch no tenía nada que objetar, había ido allí a participar en aquel juego.

—Estoy abierto a cualquier oportunidad que justifique una buena inversión. ¿Qué me recomienda?

Y, tomándolo del brazo en un gesto que denotaba confianza, el comerciante menorquín lo dirigió hacia el interior para sumergirse en una charla financiera.

Cuando Guasch, en compañía de Riera y de un mucho más calmado Toni Petit, se dirigían a la casa de Anuncivay, la luna resplandecía en lo alto del firmamento. Se sentía derrotado, convencido de que pocas cosas cansan más que trabajar de sol a sol con la mente concentrada en un objetivo y sin que el esfuerzo obtenga recompensa. Por supuesto que el suyo no era un trabajo físico tortuoso, pero el desgaste mental podía en determinados momentos ser equiparable, sino superior, a aquel.

Antes de la cena habían mantenido una charla con Febrer y con Parra y podía decir sin ambages que la jornada había sido infructuosa desde todos los puntos de vista. Parra no tenía novedades de Carlos María después de que prácticamente todas las parejas hubiesen pasado por la base. Febrer no tenía por ahora testigos que hubiesen visto a Williamson, las indagaciones acerca del bote blanco y de la misteriosa dama del cementerio tampoco dieron frutos y no habían encontrado a ningún asesino de gatos ni tampoco los trabajadores de Sant Felip habían visto sospechosos en la cala de Sant Esteve. Y además, seguían sin noticias de Brown.

El capitán le había quitado hierro a la recompensa ofrecida por los estadounidenses para encontrar a los fugados argumentando que era algo habitual y que los hombres estaban centrados en la búsqueda de Carlos María.

Lo conocía. Sabía cómo trabajaba. Le creyó.

Debía admitir que abortaría con gusto la fantasmagórica búsqueda de Carlos María para centrarse en la investigación del africano, mucho más tangible y real. Haber descubierto en persona el cadáver de Williamson, además, lo involucraba de una manera especial.

—¿Qué estamos haciendo mal? —preguntó Riera con voz cansada.

—¿Se refiere a Carlos María o a Williamson?

—A los dos, al desaparecido y al muerto, al blanco y al negro, al africano y al…

—Ya está, Riera, le he entendido. Con Williamson diría que nada, porque no hemos tenido todavía tiempo de errar. Estamos en una primera toma de contacto para averiguar qué tipo de persona era y qué hizo durante los días que estuvo de permiso. Respecto a Carlos María, todavía nos falta descubrir el factor que mueve los engranajes de su desaparición. Quizá no nos hayamos ni acercado.

—Mantiene su afición a hablar enrevesado. *Arredefotrinat, no he entès ni una paraula!* ¿Un factor? ¿Un engranaje? ¿¡De qué habla!?

Guasch no pudo evitar sonreír.

—Digo que en toda investigación hay algo que desencadena una serie de sucesos y que precipita su resolución: un testigo, una pista, un lo que sea que ilumina la oscuridad. Por desgracia, nosotros todavía no hemos dado con eso en el caso del hijo de Marfori.

—¿Y esto es una aclaración? —exageró—. ¿Ve como habla enrevesado?

Rieron.

Cuando enfilaban la calle Anuncivay se cruzaron con un niño que saludó a Toni Petit. El muchacho les dijo que se quedaría un rato con él.

La puerta de la casa de Andreu se abrió del tirón cuando se acercaron y Guasch se quedó petrificado ante los ojos verdes de Sara, quien tras un breve titubeo anunció:

—Han dejado un mensaje para ti hace un momento, Marc.

—¿Quién?

—Un cabo de la Guardia Civil llamado Parra.

—Pero si hemos estado con él antes de la cena…

La menorquina le entregó un sobre cerrado y se hizo a un lado para dejarles pasar.

—Acaba de salir por la puerta.

—¿Qué habrá sucedido? —preguntó Riera.

—Es obvio que algo urgente.

Guasch rasgó el sobre con torpeza y desplegó el papel.

El texto era breve:

> Inspector Guasch:
>
> La última pareja de guardias de hoy declaran haber visto en el camí del Caragolí, en las proximidades de Ciutadella, un caballero cuya descripción física y vestimenta coinciden con la de don Carlos María de Campos y Fernández de Córdoba.
>
> Además, hace unos minutos, por orden judicial y siguiendo su consejo, ha sido liberado Juan Riera Riera, sospechoso de la desaparición de don Carlos María.
>
> Sin más, quedando a sus órdenes, le deseo una feliz noche.
>
> FULGENCIO PARRA

Guasch apretó un puño en señal de victoria y a punto estuvo de ponerse a chillar.

¡Por fin una buena noticia!

Dos, en realidad.

Informó a Riera, que lanzó un grito de júbilo y abrazó a Guasch hasta la asfixia.

—¡Tenemos que ir a Ciutadella! —exclamó el subinspector, eufórico —. ¡Cuanto antes! Ahora más que nunca hay que descubrir qué le ha sucedido a ese señor.

Sara compartía su entusiasmo con una expresión radiante.

Guasch se dirigió a ella después de desprenderse del estrujón del ibicenco.

—Debemos visitar a un músico menorquín que está enrolado en la

fragata americana. ¿No conocerás por casualidad a Jaume Mascaró?

—¿El violinista? —Sonrió—. No demasiado, pero sí, lo conozco. De hecho, es primo de Guillem Forbes, el profesor de inglés de Lissie, al que viste de pasada hace un par de días, ¿lo recuerdas?

—Naturalmente —dudó—, ¿tienes muchas amistades en Ciutadella? ¿Cuánto tiempo hace que no vas?

—Algunas, ¿por qué? ¿Quieres que os acompañe?

Guasch pensó en el músico, en la captura del supuesto Carlos María y, en caso de que este se escabullera, en la entrevista que deberían tener con los conocidos del gaditano en la ciudad, aquellos a cuya vivienda se iba a trasladar.

—¿Vendrías?

—¿A qué hora partimos?

Guasch lo tenía claro.

—Después de la reunión matutina.

—¿Te dedicas a seguirme o qué? —preguntó Toni Petit a Olives.

El menorquín se lo quedó mirando con expresión risueña.

—Pues mira, esta vez reconozco que sí —respondió.

—¿Y sé puede saber por qué?

—¿Sabes nadar? —preguntó de improviso.

—¿Por quién me tomas?

—Nadar bien, bien, de verdad.

—Que sí. ¿Vas a decirme qué quieres?

—Tengo que hacer un trabajo y necesito a alguien como tú.

—¿Un trabajo? —repitió con escepticismo.

Aquello sonaba, de buenas a primeras, a ilegal.

Le gustaba.

—Te propongo un trato: si me ayudas, te echaré una mano con lo que andas buscando.

—Me parece que no tienes ni idea de lo que busco.

—Quieres averiguar cosas del negro asesinado para ayudar en la investigación de los mayores. También del tipo desaparecido, Carlos María.

Toni Petit lo miró con curiosidad.

—Y tú ¿cómo sabes eso?

—A ver si el único listo aquí vas a ser tú.

Empezaba a tener claro que no.

—Bien, cuéntame de qué se trata.

—Dime solo si puedo contar contigo.

—¿Por qué yo? ¿Dónde están tus fieles seguidores? O no son tan fieles como pensabas, o nadie quiere hacerlo y quieres enredarme a mí.

—Digamos que, por un motivo que ahora no viene a cuento, no

quiero contar con ellos mañana, que es cuando te necesito. —Le señaló con el dedo—. Tienes que confiar en mí. Además, tengo que avisarte de que lo que haremos tiene que quedar entre tú y yo. Nada de ir a contárselo a tu papaíto o al policía alto ese.

—Admite que no eres muy bueno motivando a la gente, ahora entiendo que estés solo y que te cueste encontrar quien te ayude.

—Solo puedo decirte que no es peligroso y que, en cambio, saldrás muy beneficiado.

—¿Beneficiado? ¿Vas a pagarme?

—Ni un real, pero ya te he dicho que te ayudaré en lo que necesitas.

—No sé…

—Pensaba que eras más espabilado.

—Ya, al principio me lo suelen decir… ¿Dónde y cuándo?

—Mañana de madrugada, bien entrada la noche. ¿Cuál es tu habitación? —Toni Petit señaló con el dedo una ventana—. Te tiraré una china, estate atento.

—Me lo pensaré.

Olives puso los ojos en blanco y dio media vuelta.

—De verdad que te hacía mucho más espabilado —repitió.

VI

No movía la cola

Me colocaron en fila con los otros muchachos. El sol nos daba de frente. El fuego crepitaba detrás del almacén. Un negro corpulento trajo un cubo humeante lleno de brasas. En la otra mano portaba un hierro que introdujo en su interior. Supe lo que iba a suceder. El resto de los esclavos de la plantación estaban frente a nosotros, en pie, con los ojos bajos. El amo nos observaba con las manos en la espalda. Un perro blanco de pelo largo estaba sentado a sus pies. Tenía la lengua fuera y movía la cola. El capataz señaló al primero y el negro le marcó en el hombro derecho. Entre alaridos y lágrimas de dolor. Yo era el último. Me temblaban las piernas. El hierro me abrasó el alma. Me mordí los labios. Lloré, pero no chillé. El amo se mostró indiferente ante mi valentía. Hizo un gesto de asentimiento y dio órdenes a las esclavas, que corrieron a curarnos las heridas. Él se marchó y el perro siguió sus pasos moviendo la cola.

La piel me quedó burbujeante y negra. Enfermé. El amo era un demonio blanco como Mongomó y todos los demás. Lo odié. Las negras hablaban en una lengua desconocida. Sus manos eran cariñosas. Me ponían paños fríos. Me acariciaban la mejilla. Pasaron los días y sané.

Dormíamos en un barracón de madera. Nos despertaban con una campana. Comíamos caliente dos veces al día. Me asignaron al establo. Limpiaba, cargaba sacos, empujaba carretas o cuidaba de las mulas. Luego pasé al campo. El capataz me enseñó a usar herramientas. Era blanco pero no cruel. Me explicaba, me corregía, callaba. Nunca me golpeó. Empecé a observar las estaciones, las sombras, la forma en que la tierra respiraba tras la lluvia. Me enamoré de su olor.

Tenía doce años. Trabajaba como un hombre. Mi cuerpo se empezó a desarrollar. Dejé atrás los hombros huesudos. Me salieron músculos en brazos y muslos. Cargaba sacos más pesados. Dormía de un tirón. Comía más. Los mayores decían que crecía como el maíz en julio. Reían conmigo y yo lo hacía con ellos.

Había otros como yo. Algunos me ignoraban. Otros me ayudaban.

No era mejor que el resto, pero tampoco peor.

El amo pasaba entre nosotros a caballo. A veces a pie, con su perro viejo que movía la cola. Nos saludaba con un gesto. No tenía látigo. Una vez salvó a un chiquillo con fiebres altas. Por la noche mandó sacar al médico de la cama y venir con urgencia. Otra vez discutió con un vecino. No vendía a sus esclavos. El precio le daba igual. Jamás le vi levantar la mano a nadie. Con el tiempo dejé de temerle. Luego dejé de odiarle. Nunca le quise, pero siempre le respeté.

Uno obtiene lo que siembra.

Fueron pasando los años. Era alto y fuerte. Tenía la espalda curtida por el trabajo. Aprendí a montar a caballo. A trabajar con la azada. A reconocer los árboles. A distinguir las semillas. A leer los cielos. A sembrar, podar y arar.

Éramos pocos y vivíamos tranquilos. Cantábamos bajo la luna y soñábamos con regresar a casa. Aunque ya ninguno sabíamos dónde estaba. Por las noches recordábamos a los muertos. Les honraba a mi manera. Quería que se sintieran orgullosos de mí.

Cumplí veinte sabiendo lo que era vivir. Dormir sin sobresaltos. Sentirse útil. Tener compañeros y un sitio en el que respirar.

Un chico más pequeño me seguía a todas partes. Me recordaba a Kofi. Una chica me sonreía al cruzarse conmigo. Yo agachaba la cabeza sin saber qué decir.

Una mañana el amo no bajó.

Esta vez nosotros corrimos a buscar al doctor para él. Las negras lo cuidaron, pero el cariño no fue suficiente. Murió rodeado de todos nosotros una semana después. Sin cura. Sin palabras. Lo cargamos entre cuatro, lo lloramos en silencio y lo enterramos al borde del campo. Su perro aullaba junto a la tumba.

Ya no movía la cola.

El capataz nos reunió. Dijo que la plantación pasaba a manos del vecino del este.

Como los demás, yo también sabía lo que se decía de él. Usaba látigos con clavos. No curaba a los enfermos. Abusaba de las pequeñas. Quemaba a los rebeldes. Golpeaba por placer. Esa noche no dormí. Tenía cuerpo de hombre, pero el mismo miedo infantil que creía haber enterrado. Me acordé de Malembe. ¿Qué me diría en aquella situación? Que me adaptara y que hiciera cuanto estuviera en mi mano por sobrevivir. Que a veces ser fuerte era bajar la cabeza y no pelear. Miré mis manos. Eran duras, pero no sabían luchar. Miré el campo que se desplegaba frente a mí. Lo conocía

bien, pero no me pertenecía.

Sentí que todo podía desaparecer.

12

Asumo mi responsabilidad

—Guasch, ¿le he dado ya las gracias por haber liberado a mi hermano? —preguntó Riera mientras subía la escalera de la sede de Gobernación en la calle San Fernando.

—Solo unas treinta veces en los últimos veinte minutos.

—Entonces todavía son muy pocas —respondió el ibicenco—. Gracias, Guasch. Gracias, gracias, muchas gracias.

—Treinta y cuatro… —Oyeron el rumor de los hombres en la sala de reuniones—. Parece que están todos ahí, ¿no?

Guasch consultó su reloj mientras terminaba de cruzar el pasillo.

Llegaban temprano.

Abrió la puerta y se quedó petrificado.

La bota derecha del soldado James S. Williamson rezumaba agua sobre la mesa central de la sala de reuniones de la sede de gobernación.

Y a nadie parecía importarle que poco a poco se estuviera formando un charco a su alrededor o que las gotas se filtraran entre las rendijas de los tablones y cayeran al suelo en un lagrimeo irregular.

Guasch seguía boquiabierto.

Riera sí supo reaccionar.

A su manera.

—*Me cago en Sant Pere coronat!* —exclamó—. ¿De dónde ha salido eso?

Febrer se puso en pie y se acercó al plano de la isla que colgaba de la pared.

—Ha aparecido exactamente aquí —señaló un punto en Baixamar —. Una pareja de pescadores la ha encontrado flotando esta mañana, con las primeras luces.

—¿Desde dónde? —intervino Guasch—. Quiero decir, ¿en qué lugar habrá caído al mar?

Los guardias se quedaron absortos mirando el plano del puerto con sus numerosos islotes y ensenadas. Guasch pensó que, sumando todos los recovecos, no habría menos de una docena de kilómetros de litoral.

—Puede haber sido en cualquier sitio —suspiró Parra.

—Incluso desde un barco —añadió Riera.

Las posibilidades eran infinitas.

Un conato de idea empezó a formarse en su cabeza, pero la apertura impetuosa de la puerta la disipó.

—*Goddamn!* —gritó Harper.

El sargento entró dando grandes zancadas, agarró la bota y empezó a darle vueltas sin parar y a examinarla desde todos los ángulos posibles.

Guasch esperó paciente a que terminara la exploración.

—El cuero ha absorbido mucha agua y tiene arañasos por todos lados —comentó el estadounidense con su acento mexicano—. Es vieja y está muy usada. Sin duda, lo mejor que pudo procurarse un sujeto como Williamson. Lleva muchos días en el mar.

Cuando el americano se sentó, Guasch la tomó entre las manos. Lo hizo con delicadeza, como si fuera una reliquia. En cierto modo lo era.

Aunque la impresión de Harper era correcta, pensó que no todas aquellas magulladuras se debían al uso habitual del calzado, como la grieta profunda y vertical que cruzaba el talón. Se dijo que tal vez se habría producido al rozar algún saliente rocoso y anguloso en su periplo marítimo, aunque enseguida lo descartó por considerar difícil que el mar la hubiese impulsado con tanta fuerza contra las rocas como para arañarla de esa forma.

Compartió sus reflexiones con los demás y, acto seguido, Riera tomó la palabra:

—Es probable que los asesinos transportaran el cuerpo del moribundo a rastras y que los talones rascaran el suelo. Quizá fue así como perdió el calzado. Si esta maniobra se hubiera hecho cerca de la costa, la bota podría haber caído al agua.

Aquello tenía sentido.

Tendrían que analizarla con detenimiento cuando se secase.

—¿Qué hacemos? —preguntó Febrer.

Guasch sacó de su *senalló* las dos piedras con restos de mortero recogidas en el lugar del crimen. Las depositó con cuidado sobre la mesa y se dirigió al cabo Parra.

—Riera y yo iremos hoy mismo a Ciutadella para buscar al supuesto Carlos María.

—Lo único que sabemos es que fue avistado desde la lejanía en… —Parra consultó sus notas— en el camí des Caragolí. Al darle el alto, lejos de obedecer, huyó sin que pudiéramos alcanzarlo.

—No comprendo por qué o de qué se esconde ese hombre —apuntó Febrer.

—Suponiendo que sea él —matizó Guasch.

—Le veo muy escéptico.

—Desde luego. ¿Queda algún guardia en Ciutadella?

—Dos parejas.

—Cuento con ellos. —Guasch señaló las piedras—. Me gustaría analizar la composición de este mortero. Confío en que nos desvele algo de la mano que hizo la mezcla.

—Lo consultaré con algún maestro de obra —se ofreció Febrer.

—Sí, por favor, cualquier información será relevante —insistió Guasch—. Si se ha empleado una fórmula habitual demostrará ser un experto, tal vez alguien de la isla familiarizado con el mundo de la construcción; si se aleja de la normalidad, se confirmará que no es un profesional. Cualquiera que sea el resultado, nos ayudará a descartar a un grupo para centrarnos en el otro.

—¿Qué hacemos con la bota? —preguntó Parra—. Es una lástima que no la hayamos encontrado en el lugar donde se perdió. Así nos sirve de poco.

Entonces recordó el pensamiento que antes había dejado escapar.

—Supongo que habrá algún meteorólogo en la ciudad, alguien que entienda de vientos y de corrientes, e incluso que lleve un registro sobre los mismos. —Miró al capitán—. ¿No se publica algo de esto en *El Diario de Menorca*?

—Cada día incluye temperaturas máximas y mínimas del día anterior, el viento reinante y demás variables climatológicas.

—Sugiero que contactemos con el periódico para averiguar quién conoce estos datos. Sabemos la fecha en que Williamson fue visto por última vez. Tomemos como punto de partida ese día y preguntemos, según las corrientes habituales del puerto y los vientos de esos días, en qué lugares cree que pudo caer la bota al mar para aparecer en Baixamar.

—Corremos el riesgo de que el espacio a revisar sea muy grande —apuntó Febrer.

—Si las corrientes y vientos acompañan, lancemos al mar tablones numerados desde distintas posiciones y veamos hasta dónde llegan.

Riera soltó una risita. Guasch supo que le recordaba la numeración de las torres que llevaron a cabo en Ibiza. Hacía una eternidad.

La sala quedó en silencio y el equipo le contempló con caras interrogativas, como si hubiese reconocido que sabía volar o bucear como un delfín. Harper le señaló con el dedo índice e hizo un chasquido con la lengua cuando realizó, otra vez, aquel ridículo disparo imaginario.

—Me parese una muy buena idea, *boss*.

Guasch le ignoró y prosiguió.

—Me gustaría pedirle otra cosa, capitán: saquen al pregonero a pasear por Maó y por las poblaciones vecinas, que anuncie que quien haya visto a un individuo de raza negra que contacte con la autoridad. Tenemos que rehacer los pasos de Williamson a partir de lo que nos contó Miquel Mesquida, hay que comprender qué hizo y con quién se cruzó los últimos días de su vida y, por cierto… —Hizo una pausa hasta que captó la atención de todos—. ¿Dónde se ha metido Brown? ¿Dónde están sus cosas? ¿Por qué se ha marchado? ¿Tiene relación

con la muerte de su compañero? Mesquida dijo que le parecía un tipo oscuro… y no se refería al color de su piel, por supuesto. Necesitamos encontrarlo.

—Buen apunte…

—Como decía, usemos al pregonero para eso. A ver si los mahoneses han visto muchos negros. Seguro que alguien sabe algo. —Se levantó—. Pues hala, ¡a trabajar! Riera, usted y yo salimos directos hacia Ciutadella apenas termine con el capitán y el cabo. Espero que el hombre que hemos identificado sea de verdad nuestro desaparecido y al menos dejemos resuelta una de las investigaciones.

—¡Me voy a descalabrar! —bramó Riera, agarrando las riendas con fuerza.

Su caballo esperaba paciente junto al subinspector y hacía que, pese a estar encaramado en un taburete, su figura se viera empequeñecida. El animal era un ejemplar de labor adaptado a la silla ideal para un jinete novel.

O eso decía Sara. Riera no lo veía igual. Le temblaban las piernas y Guasch creyó escuchar el repiqueteo de dientes que ya conocía de otros embates.

Su amigo había entrado en pánico.

Trató de insuflarle ánimos y de quitarle importancia mientras Sara le explicaba que aquella montura no difería demasiado de las mulas que solía emplear en su Ibiza natal.

Por fin, tras una nueva y paciente explicación de la anfitriona y una última y apurada intervención de Guasch, lograron que el subinspector pusiera un pie en el estribo y montara al corcel.

—Verá que le irá muy bien —aseguró Sara con voz dulce—. Llegará un momento en que se sentirá cómodo cabalgando e incluso le terminará gustando.

—Claro que sí —dijo Guasch, escéptico.

—Es usted muy valiente, subinspector —añadió ella.

Riera, tieso como un palo y ajeno a los halagos de la atractiva menorquina, tragó saliva y asintió sin desviar la mirada del frente.

Toni Petit aplaudía encaramado en lo alto de un montón de paja.

Lissie y su tío Andreu se encontraban a su lado y seguían distendidos los preparativos.

—Tú pórtate bien en mi ausencia —farfulló el subinspector.

El pequeño mallorquín rio, quizá sin venir a cuento, y Guasch celebró que hubiera superado su bloqueo inicial ante la encantadora hija de Sara. Volvía a ser él mismo. Había resuelto que lo que le sucedía al crío estaba más relacionado con el corazón que con la razón, y se alegró por él, pues pocas cosas hay peores la primera vez que uno se enamora que sentirse cohibido frente a la persona por la

que sientes, o padeces, un afecto especial.

Guasch ajustó la silla de su montura y subió al caballo con soltura. Sara hizo lo propio con un movimiento grácil, pasando una pierna sobre la silla y sentándose a horcajadas. Sin remilgos. Se dijo que una amazona como ella no podía montar a mujeriegas ni siquiera por vestir falda larga. Una borrosa imagen del pasado vino a su mente y la recordó siendo apenas una adolescente, manejándose con soltura en los establos y luciendo una sensibilidad especial con aquellos refinados animales.

Los acompañaría Lluís, un mozo de la casa que cargaría con las provisiones para el camino y las pocas pertenencias que llevarían consigo: un par de mudas y algún producto de aseo personal. Se haría cargo del cuidado de los equinos hasta su regreso sanos y salvos a Maó.

Sara le guiñó un ojo a Andreu y lanzó un beso a Lissie que esta le devolvió. Entonces chasqueó la lengua y su montura se puso en marcha, seguida por el resto del cortejo. Guasch se colocó en cabeza a su lado. Riera iba tras ellos, procurando mantener el equilibrio. El mozo, discreto, cerraba la comitiva.

Salieron a la calle y Guasch observó que los viandantes con los que se cruzaban en la plaça del Príncep cuchicheaban a su paso. Quizá por considerar inconcebible que una mujer cabalgara al modo de los hombres. Sara les devolvía los saludos con espontáneas inclinaciones de cabeza que demostraban su seguridad y su indiferencia ante las habladurías. Muchos de ellos debían de conocerla desde que era pequeña y ya daba señales de su marcada personalidad. Dudó que fuera la primera vez que la veían montar así.

La intuición le susurró que tal vez murmuraran porque la viuda iba con un desconocido caballero de porte, cuanto menos, varonil. Forzándose a ignorar a los transeúntes, mantuvo la mirada fija al frente mientras alcanzaban la plaça del Carme, pasaban frente a la plaça d’Espanya y descendían por la Costa de l’Abundància hasta llegar a Baixamar.

Un bergantín que navegaba bajo pabellón británico atracaba frente a la oficina de aduanas entre los gritos de los tripulantes que participaban en las maniobras de aproximación. Un puñado de gaviotas de cuerpo blanco y alas grises planeaban en lo alto, ruidosas, componiendo circunferencias altivas sobre los torpes y terrestres humanos. El perfume salino del mar dominaba en el ambiente y se entremezclaba con el olor del cuero y de los productos que las tenerías cercanas empleaban en su tratamiento.

Dejaron pasar un carro cargado con pieles de vaca y giraron a la izquierda hacia poniente. El sol apretaba en lo alto y cumplía su amenaza de brindarles otra jornada de calor.

Tendrían que hacer altos en el camino cada cierto tiempo para refrescarse.

Guasch se volvió para comprobar que Riera seguía encaramado en lo alto de su caballo. El subinspector atenazaba las riendas mientras el corcel, imperturbable, avanzaba con la resignación de un viejo maestro acostumbrado a los alumnos poco habilidosos.

Las colinas que se desparramaban a lo largo de las vertientes norte y sur del puerto morían a los pies de la Colàrsega, que, como la comisura de unos labios carnosos, daba inicio a una llanura despejada repleta de huertos y cañas a la que Sara denominó Es Vergers de Sant Joan.

La mujer acarició el lomo fuerte y elegante de su caballo azabache y lo puso al trote.

La estampa que formaban corcel y amazona era de una armonía impecable.

Guasch hizo lo propio con el suyo y comprobó que el caballo de Riera, por imitación, les seguía el paso. El subinspector se balanceaba igual que un muñeco mal atado mientras se aferraba asustado al pomo de la silla. El criado se puso a su lado para darle ánimos y transmitirle tranquilidad, y Guasch le hizo un gesto de agradecimiento antes de regresar junto a Sara.

La amazona cabalgaba abstraída con los ojos entrecerrados, la postura relajada y el cabello castaño ondeando al viento.

En vez de interrumpirla, optó por imitarla. Respiró con fuerza varias veces y acompasó su respiración al paso brioso de su animal. Cabalgaron con esa actitud despreocupada hasta que, pasado un tiempo, Sara salió de su letargo.

—Este es el Camí d’en Kane —dijo—. ¿Has oído hablar de él?

—No, que yo recuerde.

—Lo construyeron los ingleses para mover tropas y mercancías entre Maó y Ciutadella.

—Supongo que ese Kane sería el gobernador de la isla.

—Eso es, Marquitos. Muy bien.

Divisaron casas de campo solitarias con amplias tierras de cultivo, los famosos *llocs*, con sus característicos *fumerals*, unas chimeneas construidas con placas de marés y que adoptaban las formas más variadas; infinidad de muros de piedra seca y de *barreres*, unos pintorescos portones hechos con travesaños curvados y separados medio palmo unos de otros que se veían por doquier. Se toparon con muchas manadas de vacas, y Sara les explicó que una de esas variedades, blancas con manchas, más grandes que las demás, descendían de unos ejemplares suizos que la reina Isabel II había regalado a los menorquines un lustro atrás durante su visita a la isla.

—Qué regalo tan curioso, ¿no?

—Muy apropiado para un pueblo al que siempre han tratado como ganado.

Hizo el amago de reír, pero comprendió que ella lo decía en serio.

El terreno subía y bajaba componiendo cerros ligeros en los que se alternaban bosques de pinos con prados de tierra que, según Sara, en invierno se transformaban en campos verdes e impecables. Los espacios se veían compartimentados por una densa y constante red de paredes de piedra de diferente altura. Las más altas eran las *mitgeres* que separaban las fincas. Algunas trepaban hasta la cima misma de las colinas.

—Los forasteros suelen destacar de los menorquines que somos buenos marineros —explicó Sara en una de sus aclaraciones—, y no se equivocan. Pero a menudo obvian que también somos campesinos y ganaderos y, quizá, por encima de todo, canteros.

—¿Cómo dices?

—Que, por delante del mar y del viento, Menorca es la isla de la piedra.

Guasch meditó un momento aquellas palabras orgullosas.

—¿Es por influencia inglesa?

—Uy, no, Marquitos. Eso sí que no. —Las pecas envolvieron una nueva y cautivadora sonrisa—. Respecto a las dominaciones hay mucho que hablar, pero te aseguro que los británicos tienen poco que ver con mi teoría.

—Si algo tenemos es tiempo.

—La isla ha sido inglesa, francesa y española, pero a nivel general siempre nos hemos sentido única y exclusivamente menorquines. Eso es lo que somos, nuestra identidad, más allá de la bandera cambiante que ondee en la sede del gobierno. Somos supervivientes que hemos hecho lo posible por adaptarnos a cada nueva realidad, aprovechando el viento cuando este soplaba a favor y superando las penurias si no teníamos alternativa…

—¿A qué penurias te refieres?

—Bajo el dominio británico Maó era un puerto franco, y eso hizo que fuera uno de los más importantes del Mediterráneo, si no el que más. Ya bajo bandera española, con Fernando VII se dieron, en las primeras décadas del siglo XIX, varias circunstancias que afectaron a nuestra economía de manera fatal. Se prohibió la importación de cereales para favorecer a los grandes productores castellanos y se revocó el título del puerto. Eso nos hizo perder los privilegios y nos situó en una encrucijada. La ocupación de Argel por los franceses en 1830 puso el punto a final a la práctica corsaria de los isleños e hizo que muchos menorquines perdieran su casi único medio de subsistencia. Y se tuvieron que adaptar.

—¿Qué hicieron? —preguntó Guasch, fascinado por su tono

apasionado.

—Con el comercio estancado y la pérdida de las cosechas a causa de las prolongadas sequías, muchos decidieron emigrar a Argelia. El gobierno francés necesitaba repoblar el territorio y les ofreció numerosas ayudas, como la exención del servicio militar, tierras cultivables gratuitas y facilidades económicas para trabajarlas.

Guasch la observó de reojo.

—¿Menorquines en Argelia? No lo sabía…

—Fueron miles los que emigraron y se establecieron allí. De hecho, existe alguna ciudad que está poblada íntegramente por menorquines. ¿Has oído hablar de Fort de l'Eau? Menos el alcalde, el resto son de aquí o descendientes nuestros. Los armadores de los barcos de gran calado —prosiguió— dirigieron las proas de sus embarcaciones a Cuba y a Puerto Rico, mientras que otros con menos recursos, jóvenes e intrépidos, se enrolaron como tripulantes en embarcaciones españolas o extranjeras que comerciaban con el nuevo continente.

—¿Armadores como Francisco Vinent y su familia?

Sara asintió.

—Por ejemplo, o nuestro difunto padre y tantos otros.

Oyeron a sus espaldas la voz suplicante de Riera pidiendo un descanso. El policía había aguantado mucho más de lo imaginable.

Escucharon sus plegarias y se detuvieron en un *lloc* cercano.

Riera descendió de su cabalgadura gimiendo y Guasch reconoció que alguien que se estrenaba en la monta a caballo con un trayecto tan largo bien podía sentir dolor. Y durante varios días.

Hasta él mismo se sentía agotado pese a ser ducho en materias ecuestres.

Lluís, el mozo, sacó varios embutidos de su capazo y el *amitger del lloc*, la persona que trabajaba aquella finca, dejó de mezclar hojas de chumbera con paja para atenderles y obsequiarles con una jarra de buen vino.

El canto de un jilguero brotó del interior de la vivienda.

El payés tenía ganas de entablar conversación y les hizo saber que le habían llegado rumores fundados de la presencia de asaltantes pasado Es Mercadal.

—¿Es eso cierto? —preguntó Riera—. ¡Solo faltaría que además de padecer esta tortura nos atracaran por el camino!

—No he escuchado nada al respecto —dijo Sara.

—Me extraña —añadió Guasch—, en especial teniendo en cuenta que la Guardia Civil y la dotación militar están desde hace días explorando hasta el último rincón de la isla. Me atrevería a decir que es el peor momento para que un fugitivo haga de las suyas.

El anfitrión le observó con curiosidad.

—Con el debido respeto, es evidente que el señor es forastero y

quizá no está al corriente de que la isla tiene muchos lugares en los que recogerse y que, si alguien lo desea y cuenta con la ayuda de un lugareño, puede ocultarse el tiempo que guste. Como los herreros de Sant Climent, sin ir más lejos.

Guasch miró a Sara.

—¿Quiénes son esos? —preguntó.

—Hace una veintena de años, justo antes de Navidad, un padre y su hijo, ambos herreros, dejaron al hermano pequeño pescando en la orilla mientras ellos iban a cazar por Ses Coves. Bien entrada la tarde fueron descubiertos por una pareja de la Guardia Civil que, al advertir cierta irregularidad en sus armas, los forzaron a ir al cuartel de Es Mercadal. Ellos les hicieron saber que el niño estaba solo en la costa y que no sabría regresar a casa por su cuenta, pero los guardias se negaron a ir a por él. La cuestión, para hacerla breve, es que después de una disputa, los herreros terminaron matándolos y que, tras recoger al crío, regresaron a su hogar. Se terminó conociendo su identidad y tuvieron que escapar y esconderse en una cueva del predio de Binixica mientras familiares y amigos se turnaban para suministrarles alimentos y ropa hasta que, por fin, pudieron escapar en un buque a vela con bandera de Estados Unidos que les llevó ni más ni menos que a Nueva Orleans. Lugar en el que, por cierto, existía una colonia menorquina.

—Y la moraleja es que si alguien quiere desaparecer y cuenta con un mínimo de colaboración, no habrá manera de dar con él, ¿verdad?

—Eso es exactamente lo que le quería decir, señor.

Franquearon la Porta de Ses Voltes de las murallas de Ciutadella cuando el sol se postraba frente a ellos y teñía de naranja y rosa las panzas de las nubes de poniente. Les recibió una ciudad de edificaciones blancas y persianas amarillas.

Pese a la alarma del campesino, no sufrieron percance alguno, ni siquiera pasado Es Mercadal. Tal vez, según auguró Sara, gracias al amparo de la virgen de Toro, patrona de la isla, desde el santuario que se emplazaba en lo alto del monte Toro, por cuyas faldas pasaron con sus monturas.

Tardaron en completar la ruta un par de horas más del tiempo inicialmente previsto a causa de los frecuentes descansos que tuvieron que hacer, bien por el calor agobiante, bien por los ruegos de un subinspector que, a aquellas alturas, casi podía considerarse un jinete experto.

Riera decía estar derrotado. También Guasch se sentía exhausto.

Las murallas renacentistas envolvían el núcleo urbano de Ciutadella y lo protegían, desde que se concluyeran a finales del siglo XVII, de los ataques de los piratas que, siguiendo el ejemplo de Pialí Bajá en 1558,

l'any de sa desgràcia, pretendían saquear la ciudad y esclavizar a sus gentes.

Sara les contó que el otomano y sus secuaces berberiscos, apoyados por los traidores franceses, capturaron a todos los hombres, mujeres y menores que tuvieran valor como esclavos. Las crónicas de la época recogieron que las alrededor de ciento cuarenta naves del gran almirante de la flota de Solimán el Magnífico se llevaron consigo a cerca de cuatro mil habitantes y que solo dejaron a un puñado de viejos sin valor de mercado.

Los ciudadelanos no perdonaban todavía que ellos, en 1535, sí se agruparon para acudir al rescate de sus vecinos mahoneses mientras que estos, cuando les tocó corresponder y acudir en su ayuda, optaron por permanecer a buen recaudo en sus hogares.

—¡Cómo se las gastaban en esa época! —exclamó Riera, que había escuchado el relato con atención—. También en Ibiza sufrimos ataques piratas hasta hace cuatro días, pero caray, ¡no he oído de ninguno tan terrible como este!

—Ni creo que lo haya habido en tierras cristianas —valoró Sara.

Se alojaron en una posada céntrica. Sara ocuparía una habitación de la primera planta y Guasch y Riera compartirían la contigua. Lluís dormiría en los establos con los caballos, que se merecían también un glorioso descanso. Riera cayó como un saco en la cama y se durmió al instante.

Guasch aprovechó para enviar tres notas escritas de su puño y letra. La primera, al cuartel de la Guardia Civil de la ciudad, el único que a nivel oficial podía catalogarse como tal, para presentarse y citar a primera hora de la mañana a la dotación disponible; la segunda, al señor De Olivar, el amigo que alojaría a Carlos María durante su estancia en Ciutadella. Guasch quería confirmar que no se habían visto y que no era él quien lo ayudaba a ocultarse en las cercanías. Confiaba en poder visitarlo aquella misma noche. La tercera y última carta iba destinada a Jaume Mascaró, el virtuoso músico que esperaba que pudiera desvelar algo sobre James S. Williamson para avanzar en la investigación.

Se quitó los zapatos y la chaqueta y se desabotonó la camisa para tumbarse a descansar, confiando en que guardias, prohombre y músico respondieran cuanto antes. Apenas cerró los ojos, resonaron unos golpes discretos en la puerta.

Guasch desvió la vista de las sombras movedizas del techo y se preguntó si los había soñado o habían sido de verdad. Era imposible que sus escritos hubieran llegado a sus destinatarios y obtuviesen respuesta en tan poco tiempo. A no ser que aquel aparente parpadeo fuera en realidad un par de profundas horas de sueño.

Todo era posible en el etéreo imperio de Morfeo.

Al abrir descubrió que Sara se había arreglado y mudado de ropa. A diferencia de él o del despreocupado Riera, que resollaba con fuerza a su espalda, el viaje no había hecho mella en la amazona, hasta el punto de que parecía descansada y lista para una nueva jornada de equitación.

—¡Oh! —exclamó ella, dibujando una O perfecta con los labios—. ¡Ya dormías!

—No, no, en absoluto…

¿Por qué nunca lo reconocemos sin más?

—Me preguntaba si te apetecería dar un paseo por la ciudad —propuso.

Si ahora sonreía, no podría negarse.

Sonrió.

—Dame un momento para asearme y paso por tu habitación, ¿te parece?

—Sí, Marquitos, y, por favor —le señaló la botonadura abierta hasta el ombligo—, vístete como Dios manda, que estamos en Ciutadella y el obispo puede andar al acecho.

Rio con naturalidad y Guasch sintió de nuevo aquel calor en las mejillas.

—Ahora mismo voy.

Después de cerrar la puerta continuó viendo los ojos verdes de ella sonriéndole.

Se llevó las manos a la cabeza y se obligó a pensar en Lucía, en su rostro, en su forma de ser, en el instante en que la había visto por primera vez en casa del gobernador de Ibiza dos años atrás. Recordó momentos compartidos que ahora parecían muy lejanos y lamentó su relación discontinua. La sintió muy lejos, a la deriva de una marea que en los últimos tiempos era demasiado recurrente. Porque su vida de pareja no era normal, algo que sabían y que a menudo se veían obligados a escuchar en boca de propios y extraños. Ellos le quitaban importancia, decían estar por encima de esas cosas. Pero Guasch tenía ahora dudas y se preguntaba si valía la pena ese sacrificio, que ella residiera en el extranjero para estudiar una carrera a la que, a los hechos se remitía, no le dedicaba el esfuerzo y el cariño necesarios para terminarla.

Un sentimiento similar al que percibía en su matrimonio.

Le vino una palabra a la cabeza que quizá lo resumía bien: desgaste. Sintió rabia y, al mismo tiempo, ahora, sin saber por qué, notaba el corazón acelerado.

Se preparó rápido y, pese a ello, a conciencia. El contacto con el agua fresca lo espabiló y la ropa limpia lo hizo sentir mejor. Las molestias pasaron a ser secundarias, a no ser percibidas con claridad.

Tocó a la puerta de Sara, que abrió al instante.

—Estabas cerca.

—Estaba aburrida.

Guasch le ofreció el brazo, que ella tomó, y, entrelazados, bajaron a la planta principal para, después de advertirle al posadero que para cualquier comunicación urgente estarían en el centro, salir a la calle.

—Decías que tenías conocidos aquí —dijo Guasch, mirando a un lado y a otro.

—¿Te preocupa?

—¿A mí? Lo decía por ti.

—Si me vieran mis amistades no podrían poner en duda mi respetabilidad, si te refieres a eso. Respecto a los desconocidos, no hay nada de qué preocuparse, ¿no crees? Podríamos pasar por un matrimonio bien avenido.

—Y si necesitáramos una carabina, siempre la podríamos despertar.

Ella se cubrió la boca con la mano.

—Oía los ronquidos desde mi habitación —reconoció.

Rieron con complicidad.

Se dirigieron a la plaça des Born.

Una docena de farolas de petróleo iluminaban con tacañería a su alrededor, sumiendo los espacios colindantes en una negrura apenas regada por la pálida luna de julio.

Las calles estaban vacías de viandantes, apenas un par de familias, un grupo de elegantes caballeros que mantenían una animada conversación y varias parejas que, como ellos, caminaban cogidos del brazo en actitud íntima.

Sara le explicó que, al igual que en Maó, los ciudadelanos también tenían la costumbre de veranear en los *llocs* que poseían en las afueras y abandonar la ciudad. Los que tenían el privilegio de tener uno, claro.

Dos edificios de fachada neoclásica y apariencia imponente y armoniosa, casi simétricos, se elevaban a ambos lados de una calle. Según Sara, eran los palacios de Torre-Saura y Salort, pertenecientes a dos de las familias aristocráticas más poderosas de Ciutadella. Se adentraron en aquella calle envueltos en la penumbra de los faroles dispersos hasta llegar a una plaza discreta dominada por la majestuosa figura de la catedral de Menorca, que los ciudadelanos habían defendido con uñas y dientes y logrado conservar de las avariciosas embestidas de los mahoneses. Cruzaron por Cal Bisbe, cuya fachada de piedra se alzaba solemne, con las ventanas enrejadas y el portalón de madera cerrando el paso a un mundo ajeno a los noctámbulos.

—No sabía que en Menorca hubiera aristocracia —comentó Guasch en un determinado momento—. Pensaba que esta isla era como Ibiza.

—La nobleza menorquina tiene mucho más arraigo y fuerza en Ciutadella que en Mô. Nosotros decimos que aquí hay lacayos que

rinden pleitesía a unos terratenientes que han comprado sus títulos a Fernando VII o a Isabel II.

—¿Y es cierto?

Guasch sintió que Sara sonreía en la penumbra.

—No del todo. Algunos linajes provienen directamente de la conquista aragonesa, como los Salort. Aunque eso no quita que haya otros, diría que la mayoría, que son mucho más recientes.

—¿Qué opinas de los nobles?

—Yo soy más del pueblo llano y de la meritocracia, Marc, pensaba que ya lo sabías. Creo en las ventajas obtenidas con el propio esfuerzo y el sudor de la frente.

Deambularon sin rumbo por Ses Voltes y otras calles porticadas de la ciudad, envueltos en su sucesión de arcos, columnas y soportales de piedra. Guasch escuchaba ensimismado la voz de Sara, que le contaba la historia de los edificios antiguos y de las familias que los erigieron años atrás.

Los pasos del sereno resonaban sobre las losas. Un gato cruzó en silencio el umbral de una casa de contraventanas entornadas. La noche en Ciutadella era una mezcla de piedra y penumbra, fachadas dormidas y ecos de otros tiempos agazapados en los rincones.

Regresaron a la plaça des Born y dirigieron su caminar pausado hacia el muro que se divisaba junto a un cuartel de caballería. Frente a ellos quedaba el ayuntamiento, un edificio ecléctico y señorial que, según Sara, había sido un real alcázar que, a su vez, se había construido sobre los restos de un castillo musulmán. Una gran bandera de España yacía flácida en el mástil, imbuida por la placidez de la noche estival.

Les envolvió el agradable aroma del mar amenizado con el canto de los grillos.

Se cruzaron con una pareja que les dirigió una mirada curiosa, como si se preguntaran quiénes eran esos dos forasteros. La mujer se volvió a observarlos de nuevo y acercó la cabeza a su acompañante para hacerle una confidencia.

Guasch suspiró incómodo y se dijo que debía quitarle importancia a la situación.

¿Acaso estaban haciendo algo malo?

El muro resultó ser el parapeto de un lienzo de muralla al que se asomaron para descubrir, gracias a la plácida luz de la luna, una panorámica deliciosa: la silueta de un puerto que, lejos del poderío y la grandiosidad de su equivalente mahonés, presumía de una serenidad sin estridencias, de una delicada elegancia natural. Decenas de embarcaciones amarraban en sus orillas sinuosas en un ambiente sosegado, opuesto al ajetreo de la capital.

Le gustó el encanto reposado de aquella ciudad ilustre.

Miró a su amiga y cicerone y vio que esta observaba la ensenada con una sonrisa enigmática.

—¿En qué piensas? —preguntó Guasch.

Los ojos verdes de ella centellearon bajo la luz de la luna.

—No creo que lo quieras saber.

Guasch se oyó a sí mismo reír con una risa seca.

—¿Algo que no me puedes contar? Vamos, Sarita, no me dejes con la intriga…

—Como quieras —replicó ella—. Luego no digas que ha sido culpa mía.

—Asumo mi responsabilidad.

—¿Recuerdas esa vez que me bañaba en las rocas y tu hermano Claudio y tú me espiabais desde los arbustos?

Guasch enarcó las cejas. ¿Cuánto tiempo había pasado?

No tuvo que esforzarse para rememorar la escena: una Sarita de catorce o quince años acompañada por dos criadas enlutadas que aguardaban en la orilla, junto al embarcadero de la casa que los padres de ella tenían en Gandía. Guasch y su hermano Claudio jugaban en el jardín cuando vieron salir a la comitiva por una de las puertas traseras de la villa y decidieron entretenerse con un nuevo juego: seguirlas sin ser descubiertos.

Avanzaron en cuclillas y, agazapados tras unas matas, apartaron las ramas para seguir las evoluciones de la chica de cabello rubio ondulado y figura espigada. El juego cambió de tono en el momento en que la adolescente empezó a desnudarse y a entregar las prendas a las doncellas hasta quedarse con un sencillo y fino camisón blanco. A Guasch se le aceleró el pulso, en especial cuando Sarita, que les daba la espalda, se sumergió en el agua para emerger casi al instante unos metros más allá. Y se giró. Recordaba los brillos mágicos e intermitentes del sol en la superficie del mar; recordaba su melena, lisa y mojada, cayendo sobre sus hombros desnudos y recordaba, por encima de todo, aquel camisón semitransparente adherido a su torso y a las formas curvas de unos pechos generosos que no podía ni imaginar.

Quizá porque a esa tierna edad nunca había pensado en los secretos que escondían las mujeres.

Hasta ese momento.

Su mirada aunaba curiosidad, fascinación y también confusión, pues jamás hasta entonces había sido plenamente consciente de las reacciones reflejas del cuerpo masculino ante la todopoderosa erótica femenina.

La imagen que contemplaron él y su hermano, de la que nunca hablaron, le acompañó en los albores de su despertar sexual.

Guasch rio de nuevo, ahora incómodo.

Hasta que cayó en la cuenta de algo.

—Oye, ¿y tú cómo sabes que te estábamos espiando?

—Por Dios, Marc, os vi desde que nos empezasteis a seguir por el camino del embarcadero. No erais unos espías muy hábiles.

Aquello sí era una revelación.

—¿Lo dices en serio?

—¿A ti qué te parece?

No se atrevió a preguntarle si se desnudó adrede, la respuesta caía por su propio peso. En lugar de eso, optó por emplear una fórmula neutra para salir del paso:

—Éramos unos niños…

—En efecto, Marc. Lo éramos.

Sara calló y le miró de nuevo con aquellos ojos en los que cualquier hombre decente podría perderse para no encontrarse jamás. Y comprendió lo que llevó a ese afortunado estadounidense a unirse a la mujer que tenía frente a él.

—¿Ya no soy Marquitos? —murmuró.

—Bien sabes que no.

Sus rostros se aproximaron despacio. Sara se acercó a él, o tal vez fuera al revés.

Sintió el cálido aliento de ella en sus labios temblorosos. ¿O era suyo el temblor?

Aquello no podía estar sucediendo. Y estaba completamente seguro de que no quería que sucediera. Pero no se apartó.

Le vino a la mente la redondez de aquellos pechos adolescentes mojados en el mar y recordó la primera vez en que su cuerpo reaccionó con una intensidad desconocida, tan espontánea e involuntaria como la que experimentaba en ese mismo instante.

La agarró por la cintura.

La atrajo lentamente hacia sí, sin dejar de mirarla a los ojos, hasta sentir su cuerpo trémulo junto al suyo y el roce de su boca contra la suya.

Y, más que caer en la tentación, Guasch y Sara se hundieron de lleno en ella.

Toni Petit permanecía tumbado en penumbra en la cama con la ropa puesta, los dedos entrelazados en la nuca y la mirada perdida en la densa oscuridad del techo mientras rememoraba su infructuosa pero inolvidable jornada.

Infructuosa porque Santiago Sintes y él no lograron averiguar nada sobre el negro de cala de Sant Esteve, pese a preguntar a los amigos que Sintes tenía en el ejército y al propietario de un *lloc* cercano al castillo de Sant Felip. Nadie sabía, nadie había visto, nadie había oído.

Nadie nada de nada.

Inolvidable porque siguió jugando y divirtiéndose con Lissie. Nunca hubiera esperado semejante desempeño en una niña. Era fuerte, resistente y habilidosa. Aunque en los lanzamientos de piedras no se acercaba a la maestría de Toni Petit, en uno de sus últimos intentos logró once meritorios saltos. Quizá algún día podría plantarle cara. También demostró no andarse con remilgos a la hora de cazar lagartijas: capturó tres por las cinco de Toni Petit. Muchos de sus amigos de Vila o Ciutat se verían humillados por aquella americana atrevida que no dudaba en arremangarse las faldas y ponerse de rodillas o descalzarse para meter los pies en el agua.

A última hora de la tarde la acompañó a clase de canto y, embelesado, escuchó su voz melosa subir y bajar con maestría. Estaba asombrado ante su capacidad por hacer tantas cosas y hacerlas todas bien, con independencia del nivel de vulgaridad o sofisticación de la actividad en cuestión.

Le preguntó si su madre no la regañaría por escupir desde el mirador y, para su sorpresa, le dijo que un día, asegurándose de estar las dos a solas, compitió contra ella. Sara no había demostrado ser particularmente diestra en ese arte, pero ¿qué importaba eso? Intentarlo ya la encumbraba, a su modo de ver, a los altares de las grandes madres de la historia de la humanidad.

No imaginaba a la mujer de Riera ocupada en tales menesteres.

Su mente dejó de divagar y se concentró de nuevo en Olives, ese truhán que, bien pensado, no dejaba de ser una versión menorquina de sí mismo.

Dudaba sobre si acudir o no a su llamada. Lo veía inquieto y voluntarioso, por decirlo con suavidad, y eso le gustaba porque él era igual. El mundo es de los curiosos, de los que se mueven y, en definitiva, de los que tienen hambre. Sin embargo, le resultaba sorprendente que un supuesto líder como Olives no fuera capaz de encontrar acólitos que lo ayudaran entre los miembros de su cuadrilla en lugar de tener que recurrir a un desconocido recién llegado a la ciudad.

Algo en todo aquello olía mal.

Se encontraba sumido en sus cábalas cuando escuchó una piedra golpear el cristal de su ventana. Bajó de la cama de un salto y se asomó a la calle.

—¿Se puede saber qué haces? —le recriminó el menorquín con grandes gestos—. ¡No sé cuántas piedras te he tirado ya!

En el alféizar se acumulaban varias chinas.

Las conjeturas y los recuerdos lo habían despistado.

Y pensar en Lissie. Sobre todo Lissie.

—¡Baja de una vez!

Toni Petit no se lo hizo repetir más. Se calzó, abrió la puerta de su

habitación procurando no hacer ruido y, después de asegurarse de que la calma era total, salió al *replà.* Se deslizó escalera abajo sigiloso y se dirigió al zaguán a oscuras pisando con tiento el suelo de madera de la planta baja.

Olives le esperaba en la entrada.

No le hizo ninguna recriminación adicional y se pusieron en marcha.

—¿Vas a decirme qué vamos a hacer?

—Ten paciencia.

Cruzaron Es Barrio esquivando a la fauna nocturna habitual, continuaron por el descampado que les separaba de Cala Figuera y bajaron al puerto por la rampa que quedaba al lado de La Industria Mahonesa. Caminaron un trecho más por el camino que conducía al borde del mar por un muelle que Olives llamó El Fonduco.

El mar subía y bajaba a su lado, pausado como la respiración cadenciosa de un lactante o, mejor dicho, de un monstruo durmiente que en cualquier momento pudiera despertar y ponerse a rugir.

El camino moría en una edificación construida directamente sobre el mar y, para su sorpresa, vio que Olives se dirigía a un bote de dimensiones medianas. Junto a este esperaban las sombras de cuatro adultos vestidos con ropajes grises que a la pálida luz de la luna apenas se distinguían del entorno fantasmagórico.

Seguía sin saber qué querían de él, pero la aventura empezaba a no gustarle demasiado. Los adultos tienen tendencia a pensar poco y a meterse en problemas de los que luego solo saben salir a las bravas.

Se planteó dar media vuelta y regresar a la seguridad de su casa. Era ahora o nunca. Y fue nunca, pues, en lugar de salir corriendo, sin saber bien por qué, embarcó con el resto de sus misteriosos compañeros.

Permanecían callados y concentrados en lo que fuese que se disponían a hacer.

Dos de los hombres empezaron a remar. Hundieron sus palas en la superficie plana del mar sin levantar una sola gota, emitiendo unos chasquidos rítmicos casi imperceptibles. La embarcación se deslizaba suave en el espejo del mar y dejaba una estela que se abría a popa.

Los rayos lunares se introducían en la membrana transparente del agua para iluminar unos pocos metros antes de ser absorbidos por el abismo líquido en un juego de luces y sombras irreal. Como en un sueño, tenía la sensación de que si se dejaba caer por la borda volaría en aquella enigmática claridad.

Toni Petit miró a Olives. También él estaba callado, abducido por sus pensamientos. Al reparar en su mirada le guiñó un ojo con complicidad, un gesto cercano que consiguió calmarle y le hizo pensar que el menorquín no era tan mal cabecilla como él se cansaba de

repetir.

La barca dejó atrás s'Illa del Rei y el cementerio inglés que quedaba tras ella y en el que habían enterrado al negro asesinado.

Hubo cambio de remeros y los nuevos mantuvieron el ritmo inalterable.

Se acercaron por fin a la península alargada en la que se ubicaba el lazareto.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó en un susurro.

Los demás se llevaron el dedo a los labios para que mantuviera la boca cerrada.

Obedeció con la incertidumbre de no comprender por qué merodeaban unos edificios sanitarios cuya función principal era, precisamente, la de aislar a las tripulaciones provenientes de puertos no seguros. Si existía un lugar en España en el que alguien podía enfermar de cualquier mal incurable era aquel.

Pero allí nadie parecía preocupado por ello.

La luna dibujaba los muros altos e interminables que se prolongaban en paralelo a la orilla hasta que, por fin, alcanzaron una zona despejada. Frente a ellos, en la punta, se distinguía la silueta de la torre de vigilancia que recordaba haber visto días atrás, cuando hizo el mismo recorrido a plena luz del día, en compañía de Riera.

Alcanzaron la bocana del puerto, viraron a babor y entraron en la bahía cerrada y segura en la que se encontraba Cala Teulera.

No menos de dos docenas de naves dormían amarradas a las instalaciones del lazareto o ancladas en las inmediaciones de la orilla.

Se aproximaron con sigilo y se colocaron al lado de una polacra-goleta de pabellón español que, según le susurró Olives al oído, acababa de llegar desde Bahía cargada de algodón.

—¿Y qué hacemos nosotros aquí? —repitió Toni Petit.

—¿Todavía no lo has entendido? —cuchicheó el otro—. Apropiarnos de una pequeña parte de la carga.

—¿Vamos a robar algodón?

El silencio por respuesta equivalía a un sí.

—¿No hay vigilancia en el barco?

—Hoy no, según nos ha asegurado un compañero que tenemos dentro. Mañana bajarán la carga a los almacenes del lazareto para que se airee durante los días de cuarentena.

—¿Y en los demás barcos tampoco hay nadie?

—Están vacíos de carga y tripulación: se encuentran todos en el interior del lazareto.

—¿Y cuál es nuestra función?

—¿La tuya y la mía? Colarnos en el barco los primeros, abrir la bodega y comprobar que la carga está ahí y que, en efecto, no hay vigilancia. Somos pequeños y sigilosos y podemos ocultarnos en

cualquier sombra.

—¡No me fastidies! ¿Y si hay alguien?

—Te repito que nos han dicho que no. Y si la hay, nos escondemos y, cuando podamos, salimos corriendo, saltamos al agua y nos salvamos. Pero eso no ocurrirá, confía en mí.

—¡Vete al diablo! ¡Ahora ya sé por qué nadie quería acompañarte!

—Estás muy equivocado, todos querrían estar en tu lugar y sacar un buen pellizco. Roc, sin ir más lejos, me lo suplicó de rodillas, pero es demasiado pequeño para estas cosas. Ya llegará su turno de poder sacarse unas buenas monedas.

—¿Y por qué recurriste a mí?

—Porque voy a apropiarme del pellizco que te correspondería. Ya sabes, me quedo tu parte a cambio de…

—… tu valiosa ayuda en mi investigación

Olives le señaló con el dedo.

—¿Ves como eres muy listo?

—Tú sí que no tienes un pelo de tonto.

Uno de los adultos los hizo callar y señaló la cubierta. Ese y otro hombre pegaron las manos al casco del barco y presionaron con las rodillas para inmovilizar el bote. Otro juntó las manos a la altura de la rodilla y Olives colocó la punta del pie en el hueco. Luego, con un movimiento ágil, sin impulsarse apenas para no mover la barca, subió a la nave.

—Te toca.

Toni Petit imitó a su compañero y sintió cómo lo empujaban hasta el piso superior de la embarcación.

Olives lo esperaba agazapado.

La cubierta central se bañaba en una capa de luz plateada. Más que amplia, era inmensa. Los aparejos oscilaban con el vaivén imperceptible del casco. El aroma terroso del algodón húmedo se entremezclaba con la brisa salina. Solo el crujido puntual de la madera y el susurro suave del mar rompían aquel monstruoso mutismo.

Hasta los grillos parecían contener el aliento.

Uno de los barqueros les lanzó un cabo y Olives fijó al pasamanos, con movimientos seguros, una escalera de cuerdas. Deslizó la mirada por la superficie que se abría ante ellos e hizo un gesto para que le siguiera. Se puso en cuclillas y avanzó rápido hacia el palo mayor seguido como una sombra por Toni Petit.

La escotilla principal estaba tapada por una lona bien tensada.

Olives estudió los cabos que la sujetaban. Los nudos parecían firmes.

—¿Qué hacemos ahora? —susurró Toni Petit—. No creo que podamos aflojarlos.

El menorquín se llevó la mano al bolsillo y sacó un objeto alargado.

La hoja de una navaja centelleó bajo la luz de la luna.

Olives estudió los extremos de la lona y, en el punto que consideró apropiado, empezó a cortar. No tardó demasiado en rasgar la tela, que, al momento, perdió tensión. Con la ayuda de Toni Petit lograron levantar parte del lienzo por uno de los laterales. Olives se deslizó debajo y, presionando con pies y manos, la terminó de destensar.

Retiraron la lona entre los dos.

No hacía calor, pero Toni Petit se quitó las gotas de sudor que le perlaban la frente.

La tapa de la escotilla era una rejilla hecha con gruesos listones de madera.

Un pasador la mantenía fija y firme, y, de nuevo, la navaja del menorquín salió a relucir. Hizo cuña con el cierre para manipularlo con gracia y retirarlo.

Olives miró a su alrededor y, siempre de cuclillas, se dirigió a la zona de proa para regresar con un cubo.

—Ayúdame con esto.

Uno de cada lado, haciendo toda la fuerza de la que eran capaces, lograron levantar la batayola para, con el pie, acercar el cubo de madera. Apoyaron la rejilla encima con cuidado y dejaron una rendija suficiente para permitir el acceso de sus cuerpos menudos.

—Vía libre —anunció el menorquín.

Una escalera de madera se hundía en la oscuridad.

—No se ve nada —dijo Toni Petit asomando el morro.

Olives sacó un encendedor del bolsillo.

Saltaba a la vista que no era la primera vez que él y sus acompañantes dedicaban sus noches de vigilia a aquellas correrías.

—Tenemos que ir con mucho cuidado de no quemar nada —advirtió el menorquín—. El algodón prende con facilidad y no me haría mucha ilusión morir achicharrado ahí abajo.

—Te lo repetiré una vez más, Olives: tienes que aprender a motivar al personal.

El menorquín soltó una risita, divertido.

—Bajo yo primero —se ofreció Toni Petit—. Cuando esté dentro, me pasas la luz.

Se lanzó al suelo, giró sobre sí mismo y apoyó los dedos de un pie sobre el primer escalón de madera. Agarrado a la rejilla, se afianzó en la escalera y descendió con sigilo.

Olives encendió la mecha y se la entregó.

Toni Petit movió la llama arriba y abajo para descubrir dónde se había metido.

Lo que vio a continuación le impresionó.

Frente a él se apilaban fardos y más fardos de algodón cuidadosamente amontonados. Habían dejado pasillos para poder

circular entre ellos y, supuso, para que se airearan y la humedad no los dañara y permitiera la proliferación de moho.

Cuando se dio cuenta, Olives ya se encontraba junto a él, observando a su alrededor.

Toni Petit se acercó a uno de los fardos y empujó. Era como una roca.

—Pensaba que el algodón era ligero —dijo.

—Está prensado —explicó Olives—. Así ocupa menos espacio y puede transportarse una mayor cantidad. Eso hace, por supuesto, que los bultos pesen mucho más.

—¿Y cómo los vamos a mover?

—Ahora lo verás…

El menorquín cogió la lumbre y se sumergió en aquel laberinto.

A medida que avanzaba, la llama perdía intensidad hasta que desapareció. Toni Petit quedó a oscuras en compañía de su propia y entrecortada respiración. Sintió que estaba en las entrañas de un inmenso pez.

La luz reapareció al fin por otro pasillo y se fue acercando hacia él.

—Ya está —dijo Olives—. Vamos a avisar a los demás.

—¿Qué has hecho?

—Buscar si había otra escotilla grande a babor, pero no hemos tenido tanta suerte. Vamos a tener que conformarnos con esta.

A partir de entonces todo se desarrolló con celeridad.

Los hombres treparon a cubierta y en un santiamén ya habían abierto la bayatola y colocado una polea en el palo mayor. Iban descalzos. No hablaban. Tampoco lo necesitaban, pues todos sabían qué hacer y lo ejecutaban de manera coordinada, con movimientos rápidos y seguros.

Uno de ellos bajó a la bodega y ensartó un fardo con un gran gancho mientras los otros, desde arriba, empezaban a izarlo. Con la ayuda de la roldana no resultó fatigoso dejarlo en cubierta. Repitieron la operación nueve veces más.

Después instalaron la polea a babor, arrastraron los fardos hasta allí y los fueron bajando a la barca, donde uno a uno los distribuyeron del modo apropiado para que la embarcación no volcara.

Toni Petit se encontró pensando en Williamson y en cómo un grupo de hombres invisibles como esos pudo organizar una operación parecida para hacerlo desaparecer sin que nadie reparara en ellos.

Se dijo que no sabía quiénes eran esos individuos ni qué caras tenían.

Sintió que Guasch y Riera no darían nunca con los culpables.

Olives le chitó desde la barca.

—¿Piensas quedarte aquí ensimismado o regresas con nosotros?

VII

Tambores de guerra

Primero vinieron unos hombres a revisar la plantación. Una semana después llegó el nuevo amo. Era más joven. Iba a caballo y llevaba un sombrero negro. Tenía la piel pálida y brillante. Portaba un látigo en la montura y una escopeta colgada del hombro. Parecía no vernos. O ver demasiado. Nos reunió a todos en el campo. Dijo que había nuevas reglas. Que no le gustaban los rezos. Que en sus campos se trabajaba desde que el gallo cantaba hasta que caía el sol. Que no quería quejas y que no toleraría errores. Luego se marchó sin más. Pasó junto a mí. Olía a tabaco y a cuero.

Sacaron nuevos sellos. Nos volvieron a marcar. Esta vez en el costado. No lloré, ni tan solo grité. El corazón de un anciano se detuvo antes de que le aplicaran el hierro candente.

Nos agruparon en cuadrillas. Me tocaron cuatro chicos y una mujer vieja que no levantaba la vista del suelo. El capataz que nos asignaron era un mulato flaco de dientes amarillos.

—Si hacéis las cosas bien —dijo—, no os pasará nada.

Nos dio nuestras herramientas y no volvió a hablar. Nos vigilaba con un látigo que no usaba. Nos despertaba con golpes en la puerta. Comíamos lo justo para seguir respirando. Agua caliente con grumos por la mañana. Por la noche, pan duro y una cucharada de algo parecido a caldo.

Pasó un tiempo y la mujer mayor no volvió al campo. Dijeron que se cayó. Nadie la enterró. El capataz escupió al suelo y pidió otra para reemplazarla. El sol no perdonaba. El trabajo tampoco. Algunos tenían fiebre, pero les hicieron trabajar. Uno se abrió la palma con una azada y le forzaron a continuar. Si parabas, te gritaban. Si rechistabas, te golpeaban.

Esas eran las nuevas normas.

Nos acostumbramos, porque al final te adaptas a cualquier cosa. Imagino que nos debe pasar a todos, ¿verdad?

Al cabo de un par de años cambiaron al capataz. El nuevo era más joven. Blanco. Llegó con botas altas, un látigo más largo y un caballo al que le gustaba pisarnos los pies. Empezó marcando los ritmos con su voz. Luego con golpes. Siempre

sin motivo. Una vez alcé la mirada y me tocó a mí. Se entretenía con los más flacos. Con los más jóvenes. Con las mujeres. Con los débiles. Decía que no éramos personas. Que no sentíamos. Que solo entendíamos el miedo. En una ocasión tiró al suelo a un chico y lo pateó hasta que perdió el sentido. Uno se acercó a ayudarlo. Le arreó diez latigazos. El resto nos quedamos mirando a tierra. Otro día violó a una muchacha entre las cañas. La que me sonreía. La escuchamos llorar. Él se levantó sonriendo mientras se abrochaba los pantalones. Ella tardó una semana en volver a hablar. Tiempo después dejó de comer. Murió en su rincón sin que nadie la tocara.

Yo me transformé. Aprendí a endurecer la expresión. A comer rápido. A callar. A hacerme invisible. Sabía cuándo agachar la cabeza. Una noche escuché pasos en el barracón. Me tapé con el saco de arpillera. Hice como que dormía. Sentí cómo alguien era arrastrado fuera. No abrí los ojos. Nadie lo hizo. Era lo más inteligente. Otra chica joven apareció muerta en mitad de la plantación. El capataz nos ordenó dejarla allí.

—Así recordaréis quién manda. —Y agregó—: Mataré a quien la toque.

Un buen día, los vigilantes empezaron a hablar de una guerra. No sabíamos bien qué significaba. Discutían entre ellos.

—Si perdemos, los del norte vendrán a quitarnos la tierra y las armas —dijo uno.

—También liberarán a los negros —añadió otro.

Levantamos la cabeza al escuchar aquello.

Al día siguiente hubo más golpes que de costumbre. El capataz gritó que a él no le importaban ni los yanquis ni los traidores. Que aquí seguíamos siendo de su propiedad. Vertió su rabia en un compañero. Lo dejó tuerto.

El tiempo pasaba.

El amo venía de vez en cuando. Siempre acompañado por varios hombres. Paseaba con su caballo, su sombrero negro y su mirada cruel. Los otros le vigilaban de lejos. Se movían en silencio a nuestro alrededor. Controlaban nuestros movimientos. Uno de ellos pasó un día a mi lado. Me empujó sin razón. Caí. Me volví.

—¿Por qué lo ha hecho, señor? —le pregunté.

Sacó una fusta y me empezó a golpear. Yo me protegí como pude con los brazos y con las piernas. El capataz se acercó. El otro dijo que me había quejado.

No necesitaron más.

Me ataron al poste. No dijeron cuántos latigazos. El sol me quemaba la nuca. Me arrancaron la camisa. Sentí la sangre de la primera herida antes que el dolor. Después fue fuego. Apreté la mandíbula para no gritar. El capataz y el amo se turnaban. Pensé en padre y madre. Pensé en Lemba y en Kofi.

Perdí la cuenta y me desmayé.

Desperté en el barracón. Alguien me había cubierto con un saco. No podía moverme. Una mujer me curó con hojas calientes y oraciones dulces. No sé cuánto tiempo estuve así. El capataz me visitó una noche y me dijo que dejaba que me curaran porque quería seguir castigándome. Empezó a manosear a mi cuidadora. La violó delante de mí. Aparté los ojos, pero me obligó a mirar.

Un día volví al campo. El capataz lo celebró dando palmas e hizo que mis compañeros se pusieran a aplaudir. Me confesó que estaba deseando volver a azotarme. Cuando mis heridas cicatrizaron del todo, cumplió sus amenazas y lo repitió.

No sé cómo sobreviví a aquella segunda sesión de azotes ni por qué decidí resistir.

Habría tenido que dejarme morir.

Una noche de lucidez comprendí que no soportaría un tercer castigo.

O me escapaba, o me matarían igual que a los demás.

Llegaban noticias desde el norte. Unos vigilantes murmuraron que había negros libres luchando en el ejército. Otros se reían y decían que eso eran cuentos. Pero el amo mandó reforzar las cercas. Pusieron más hombres armados. En sus ojos vimos temor. Por primera vez nos miraron como si pudiéramos ser otra cosa, como si un día fuéramos a recordar todo lo que nos hicieron.

Y mientras el viento gemía entre los cañaverales, empecé a planear mi huida.

13

Ciutadella

El sol de la mañana entraba radiante por los amplios ventanales del Palau Olivar de Davant l'Església. La imponente y sobria fachada de la catedral de Menorca, a pocos pasos, ocupaba la totalidad de la vista que les brindaba la ventana principal de la planta noble de aquella privilegiada edificación.

El aristócrata se sentaba con las piernas cruzadas en un confortable sillón de desgastado terciopelo rojo y gesticulaba con las manos mientras balanceaba, en un movimiento reflejo, el pie que le colgaba.

El hombre lo miraba con el mismo aire grave que mostraban sus antepasados desde los cuadros que poblaban las paredes, y movía los labios como si explicara algo trascendente a lo que Guasch no prestaba demasiada atención.

Sus pensamientos seguían anclados en la noche anterior, cuando el posadero le había entregado dos notas en respuesta a sus solicitudes. La primera, del noble frente al que se encontraban ahora, amigo íntimo de Carlos María y anfitrión frustrado; la segunda, de Jaume Mascaró, el violinista del USS Constitution que disfrutaba de unos días de permiso junto a su familia. Ambos se ponían a su disposición para reunirse con él cuando quisiera.

El poco sentido común le había gritado antes, durante y después de leer las misivas que saliera corriendo a entrevistarlos para, a primera hora del día siguiente, reunirse con los guardias y partir a la caza del prófugo. Pero la víspera anterior su cabeza no razonaba del modo habitual, y menos mientras recordaba la mirada de Sara al despedirse de ella en la puerta de su habitación donde, luego, la sabía sola. Esperándolo.

Retribuyó con generosidad al posadero por su ayuda, plegó las cartas y las introdujo en el bolsillo de la americana, dispuesto a olvidarlas por un tiempo.

Subió de nuevo a la primera planta.

Apoyó las manos en la repisa de la ventana. Su suspiro empañó el cristal que, sin prisa, recuperó su transparencia habitual. Vio el reflejo de su rostro, cruzado por las sombras que proyectaba un candil solitario que iluminaba el rellano.

Preguntó al hombre del cristal si era consciente de lo que podía suceder y este asintió. Al menos le quedaba un mínimo de consciencia. Estaba serio, y sus ojos ardían de algo que se asemejaba

peligrosamente al deseo. Quiso advertirle que fuera cauteloso, pero sus palabras murieron antes de nacer.

Aquellos besos, primero dubitativos, después apasionados, los habían sorprendido a ambos por igual. Lo sabía. Al igual que sabía que ella, como él, no los había buscado. Y, sin embargo, allí estaban. Solo una puerta los separaba de un camino de no retorno que sabía que no debía cruzar.

A veces basta dar un paso a un lado, uno solo, para salir de la línea de rectitud por la que se ha caminado toda la vida. Quizá convencidos de estar comprometidos con unas causas o unas creencias que juzgamos justas e inquebrantables, pero que, a la hora de la verdad, se demuestran volátiles, cuando no directamente fallidas.

Escuchó la respiración profunda y entrecortada de Riera en su habitación. Calmada, pausada. Envidió su serenidad, su total falta de remordimientos y de dolores de cabeza.

¿De verdad quería seguir adelante?

Se acercó a la puerta de Sara y apoyó la frente en la lama.

Estaba fresca. O tal vez era él, que estaba demasiado caliente.

Se dijo que no lo podía hacer.

Si se abandonaba al instinto que lo dominaba y cedía, sería como despeñarse por un acantilado. Quizá sobreviviera, pero con secuelas demasiado importantes. Ya nunca volvería a ser el mismo. Lo echaría todo a perder.

Y él no quería eso.

Se arrastró a su cuarto, echando un pulso consigo mismo.

Riera dijo algo al señor De Olivar y carraspeó de manera exagerada para sacarlo de su ensimismamiento. Al no conseguirlo, tomó la iniciativa por Guasch, que se esforzó por apartar aquellos pensamientos y centrarse en la conversación.

—Veamos si lo he entendido bien —decía en ese momento el subinspector, dubitativo—. En su opinión, el señor Carlos María ha desaparecido por culpa de alguna facción progresista y anticatólica de Maó. Ha mencionado a anglicanos, republicanos y…

—Y masones, por supuesto —completó el aristócrata—. Existe una logia masónica desde hace años y me han llegado rumores de que es inminente la creación de otra. ¿A dónde vamos a ir a parar? ¿Qué será lo próximo? Hablen con Tudurí de la Torre, ese individuo es una mala pieza…

—¿Quién?

—Francisco Tudurí de la Torre. El anticristo vive en nuestra isla. No le falta de nada a ese hombre: es republicano, protestante y, además, jefe masón o como sea que se llamen entre ellos esos bárbaros. Maestro, maestre… Algo así.

Riera llenó sus pulmones con calma.

—Disculpe —dijo—, pero no entiendo cómo relaciona esto con la desaparición…

—Esos irreverentes están en contra de nuestra monarca y de la Santa Iglesia Católica en la que tanto se apoya nuestra bienamada reina. Llevan tiempo buscando el modo de desestabilizar a la corona, ¿y qué mejor manera que atacando a los seres queridos de las personas más cercanas a palacio? La solución a este dilema se encuentra en Maó, se lo aseguro. Busquen en las logias masónicas ¡y en el fondo de ese maldito puerto!

Guasch, que ya prestaba atención, tuvo un instante de lucidez. Tenía que alejar la conversación de semejantes conjeturas y centrarse en cuestiones prácticas.

—¿Cómo sabía que Carlos María vendría a visitarle? —preguntó—. ¿Por qué medio se lo hizo saber, o se presentó sin más?

—Me mandó un cable desde Madrid.

—¿En qué fecha?

—Lo recuerdo bien, el 24 de junio.

—¿Puedo verlo?

El aristócrata tardó un momento en asimilar su petición.

—¿Acaso no me cree?

—La manera de expresarse podría revelarnos algún mensaje oculto. Tal vez no haya nada, pero los matices suelen ser muy importantes.

—Le repito que es un telegrama y, como tal, es bastante indescifrable e impersonal. No es una misiva en la que uno pueda explayarse y transmitir su estado de ánimo. Además, se trata de una comunicación personal, caballero.

Guasch optó por permanecer callado mientras se alisaba una arruga invisible de la pernera del pantalón. Como solía repetir su padre Gaspar Tur, el Gran Picaflor, a menudo no hay mayor presión que un buen silencio bañado de indiferencia.

En esa ocasión, al menos, funcionó.

El noble agarró de un zarpazo una campanita dorada y la hizo sonar con vehemencia. Todavía vibraban las ondas expansivas en el aire cuando la puerta se abrió para dar paso a un mayordomo con rictus apurado. El señor dio las instrucciones oportunas y, un pestañeo después, el sirviente regresaba con el cable solicitado.

—Aquí lo tiene —dijo el aristócrata, que se lo tendió.

Guasch se recostó en el respaldo de su sillón.

Madrid, 24 junio de 1866

Excmo. Sr.:

Obligado abandonar Madrid por asuntos personales. Arribo Menorca en breve. Apelo a su hospitalidad para alojarme. Ruego máxima discreción. Agradezco de

antemano su generosidad.

Su afmo. S. S. Q. B. S. M.,

CARLOS MARÍA DE CAMPOS

Carlos María lo había enviado solo dos días después de la ardorosa, caótica y sangrienta sublevación del cuartel de San Gil, reprimida con dureza por el siempre patriota general O'Donnell. Los ánimos en las calles de Madrid, convertidas en un auténtico campo de batalla, estaban exaltados hasta el punto de que la integridad física del hijísimo, o hijastrísimo, podía verse fatalmente comprometida. Carlos María tardó poco en organizar su salida de la capital y ponerse a buen recaudo del ambiente bélico en aquella isla remota.

Tendría que encontrar el modo de saber si el joven recibió amenazas personales o si detectó alguna señal de peligro entre el 22 y el 24 de junio. O antes, tal vez. De ser verdad, se entendería que enviara ese mensaje que, sin parecer desesperado, sí mostraba cierta urgencia.

Cuando Guasch mantuvo la tensa reunión con su superior en presencia de Marfori, este último lo conminó a partir cuanto antes hacia Menorca, sin darle tiempo de hacer las indagaciones necesarias en la capital.

—¡Viaje usted ahora mismo y averigüe qué ha sucedido en esa isla del demonio! —Fueron sus palabras exactas—. ¡Encuentre a mi hijo!

No era un ruego. Era una orden.

Don Francisco Serrano le dio la razón a su socio, amigo y, seguramente, valedor, y Guasch tuvo que partir rumbo a la costa mediterránea casi sin poder enviar el habitual telegrama a Lucía para informarle de su partida o preparar el equipaje.

A menudo, las urgencias son malas consejeras y ahora, aislado, a centenares de kilómetros de Madrid, iba a tener que averiguar, sin saber bien cómo, qué había sucedido en la capital que había motivado la huida urgente de ese hombre.

Sin nada más que tratar con el señor De Olivar, le agradecieron su ayuda y se despidieron de él.

Jaume Mascaró resultó ser un joven práctico que les puso las cosas fáciles para entrevistarlo y que, además, se ofreció a guiarlos por los parajes desconocidos del poniente menorquín.

Sara propuso ser ella quien les condujera por el territorio, a pesar de no dominar aquellos parajes, lo que Guasch rechazó al instante. Nada le apetecía más que seguir disfrutando de su compañía, pero se negaba a ponerla en peligro ante un fugitivo de comportamiento imprevisible.

A esas alturas tenía bastante claro que no era Carlos María, aunque

habiéndose desplazado desde la otra punta de la isla a propósito para eso, ahora debían corroborarlo. El viaje no estaba siendo demasiado provechoso en lo referente a las pesquisas.

Otra cosa era en el ámbito personal, que dudaba cómo catalogar.

Se encontraba en un profundo estado de confusión.

Siempre cuesta reconocer los propios errores, en especial cuando el placer los disfraza de aciertos. La noche anterior había logrado de manera inexplicable quedarse dormido y no había tenido tiempo todavía de reflexionar ni de enfrentarse al tribunal inapelable de su propia conciencia, cuya sentencia intuía demoledora.

Era imposible esquivar eternamente aquella realidad incómoda que, antes o después, tendría que afrontar.

Pero, por ahora, mantenía la mente ocupada.

Se citaron con Mascaró en la puerta de la posada. El joven de nariz portentosa y mirada inquieta llegó a lomos de un extraordinario semental negro que hizo las delicias de Sara. El ciudadelano y la mahonesa, pese a las conocidas reticencias de sus respectivas poblaciones, se saludaron con afecto y se pusieron al día de sus experiencias personales con los estadounidenses.

Sara los conminó a emplear sus caballos y a que Lluís los acompañara.

De nada servía oponerse. El ofrecimiento era más que sensato, habida cuenta de que tardarían una eternidad desplazándose a pie. Irían por tanto a caballo, con la particularidad de que esta vez cada uno cargaría a lomos de su montura con un guardia civil.

Riera, en contra de lo previsto, no lamentó la nueva cabalgata pese a los dolores físicos que decía sentir, sino que se mostró animado por volver a montar.

Al final, el pronóstico optimista de Sara resultó acertado.

Ver para creer.

Se reunieron con los guardias y con Mascaró alrededor de un mapa de la isla y el cabo indicó el lugar exacto donde habían avistado al sospechoso.

—Puede estar escondido en cualquier sitio —apuntó Riera con voz mortecina.

—Cuando le dimos el alto corrió a ocultarse y perdimos su pista. A nuestro favor he de decir que desconocíamos el terreno y que ya anochecía. Apenas regresamos, dimos la voz de alarma.

—Hicieron un buen trabajo que hoy remataremos —aseveró Guasch—. Es posible que el sujeto cuente con la ayuda de un tercero que le suministre lo que necesita para vivir. En caso contrario, los campesinos o viajeros de la zona habrían denunciado robos y asaltos.

—No es el caso.

—El dueño de un *lloc*, cerca de Es Mercadal, nos advirtió de que por

allí sí los había habido.

Uno de los guardias negó con la cabeza.

—Eso queda muy lejos de aquí, señor.

—Mi teoría es que todavía sigue en la zona —dijo Guasch, poniéndose en situación—. Supongamos que el individuo no sea Carlos María…

—¿Por qué lo dice?

—Porque su comportamiento es extraño en alguien como él, a menos que esté escapando de alguna amenaza que desconocemos. Una testigo se refirió a dos individuos que, en apariencia, lo seguían la noche de su desaparición. Eso podría justificarlo todo.

—En cualquier caso —valoró Riera—, ¿por qué no solicitar auxilio a las autoridades?

—Es imposible saberlo. Lo que puedo decirles es que dudo que sea él y que…

Los labios de Sara se cruzaron en su pensamiento, dejándolo ensimismado.

—Qué iba a decirnos, Guasch —suplicó Riera—. Prosiga, por favor.

—Decía que, si no es Carlos María, ¿quién es? ¿Hay fugitivos en búsqueda y captura en la isla, desertores, algún crimen reciente sin resolver…?

—El compañero de cocina y habitación de Williamson.

—¿Brown?

—Exacto. Todavía continúa desaparecido, que yo sepa —apuntó el subinspector, que miró al cabo—. ¿Saben si el huido era de raza negra?

—Estaba lejos, pero diría que no, señor.

Guasch chascó la lengua.

—Lo tiene complicado un marine negro que no habla el idioma local para esconderse y sobrevivir en esta isla. Es muy poco probable que se trate de él.

—¿Y dónde está?

Guasch negó con la cabeza y se dirigió a Mascaró.

—Centrémonos en la faena de hoy. ¿Dónde podría ocultarse nuestro prófugo?

—¿Qué lugar escogería usted? —preguntó Riera.

El violinista dio unas cabezaditas de asentimiento, se rascó la barbilla con sus dedos virtuosos y meditó un rato en silencio. Aquel detalle terminó de conquistar a Guasch. Le gustaba la gente que ordenaba sus ideas, que se tomaba un tiempo antes de responder.

—Hay muchas opciones —contestó el menorquín, señalando dos puntos en el plano—, y también varios *llocs* abandonados, pero si yo tuviese que desaparecer cerca de donde fue visto iría a las cuevas de Cala Morrell o a las *pedres velles*, piedras viejas, de Torretrencada.

Ambas quedan más o menos a la misma distancia del lugar en el que fue avistado.

—Están muy alejadas entre sí —lamentó el cabo.

El joven sonrió como si pidiera disculpas.

—Solo he tratado de responder a la pregunta que me han hecho los señores.

—No hay más que hablar. —Guasch se incorporó—. Por proximidad, creo que lo más sensato será que vayamos primero a la cala del norte.

Mascaró dio su visto bueno.

Guasch ordenó que se dirigieran a sus monturas y rápidamente, antes de que se le olvidara, escribió una nota que entregó al dueño de la posada junto a unas monedas. Quería que el telegrama saliera cuanto antes hacia Madrid.

Necesitaba la ayuda de su hermano.

Cubrieron el trayecto a Cala Morrell en dos tandas, con una pausa a medio camino en un *lloc* derruido que consideraron oportuno registrar. Guasch aprovechó que los guardias examinaban la ruina y los alrededores para acercarse a Jaume Mascaró y conversar al fin con tranquilidad. Riera se aproximó a ellos apenas advirtió el conciliábulo.

Mascaró cambió el semblante al oír el nombre de Williamson. El joven parecía sinceramente afectado por su pérdida.

—¿Qué puede contarnos de él? —preguntó Guasch.

—Para serle sincero, no éramos lo que se dice amigos.

—Eran compañeros de orquesta y tenían trato.

—Sí, eso sí…

—¿O se refiere a que tuvo algún problema con él? —preguntó Riera.

—No, no, en absoluto. Gracias a Dios, me mantengo al margen de las disputas.

Calló.

—Pero portaba usted el féretro —prosiguió Guasch—. ¿Cómo explica eso?

—Lo traté más que el resto. Es que los marinos…, me refiero a los blancos, no tienen en mucha consideración a sus camaradas negros, ¿sabe?

—Ya nos vamos dando cuenta —dijo Riera.

—¿Y usted sí? —masculló Guasch.

—Salta a la vista que más que ellos.

—¿Entonces…?

El violinista contestó sin pensarlo demasiado.

—Williamson sentía un gran resquemor hacia los blancos. Es normal, todo sea dicho. Bastaba con fijarse en las situaciones cotidianas. Cuando no se burlaban de él o lo humillaban, lo trataban

con indiferencia. Como si no existiera. Fuera como fuese, lograba controlarse y no saltar, algo que le debía de resultar difícil.

—¿Por qué lo dice?

—Fui testigo de alguna escena en la que estuve tentado de salir en su ayuda y replicar a los agresores.

—Pero no lo hizo —subrayó Riera.

Mascaró apretó los labios.

—Dicho así suena muy duro.

—¿A qué escenas se refiere? —siguió Guasch, que lanzó la primera mirada de advertencia al subinspector.

La mejor manera de lograr que alguien deje de expresarse con libertad es transmitirle la sensación de que está siendo juzgado y sentenciado por su interlocutor. Ya solo quedaba ejecutarlo. Riera tenía que aprender a controlar ese pronto justiciero con que solía apretar los testigos.

—Podría poner como excusa que no quería enfrentarme, como extranjero, a los militares de la embarcación que me están regalando esta experiencia inolvidable, pero el motivo último es otro.

—¿Y cuál es?

—Que callé por cobardía, por miedo a que me acusaran de ser amigo de los negros, a que me estigmatizaran y, al final, me trataran como a ellos.

—Pero ¿qué tontería está diciendo? —replicó Riera—. ¡Si usted es blanco!

—Como el irlandés.

—¿Patrick O'Brien?

—El mismo. El trato con él no es tan extremo como con los negros, pero poco les falta. Se mofan de su acento, del color de su pelo, de su religión y de cuanto pueden. Y si no, se lo inventan.

—Y los altos mandos, ¿qué hacen? —preguntó Guasch—. El comandante Eastman parece un hombre sensato.

—Si se trata de un hecho flagrante sí actúan, pero nunca les he visto imponer un castigo severo, como mucho dan una simple amonestación verbal. Prefieren no entrometerse en lo que ellos denominan diferencias entre compañeros, o meras bromas sin trascendencia. Ya ve usted el eufemismo. La realidad es que, a pesar de sus galones, piensan de modo similar a sus subalternos.

El joven de nariz portentosa hizo una pausa para refrescarse el gaznate.

—¿Sabía usted que Williamson había sido esclavizado? —preguntó Guasch.

Mascaró le miró con extrañeza.

—¿Qué haría si no un africano en Estados Unidos? Ninguno, que yo sepa, ha llegado al país como hombre libre.

—¿Vio usted su espalda alguna vez?

—No, pero he escuchado lo que decían los demás.

—¿Acaso era otro motivo de mofa? —inquirió Riera, seco.

—Decían que algo habría hecho para merecer los azotes.

—Querrá decir latigazos.

—Sí, por supuesto.

—¿Escuchó algo más que le resultara de interés? —siguió Guasch.

El músico se tomó la pregunta a pecho y se quedó pensativo un momento.

—Después del funeral regresé a Mô en la barca de la oficialidad —dijo por fin—. El *surgeon* y el capellán mantuvieron una conversación a media voz sobre los otros asesinatos que sufrió el Mediterranean Squadron durante sus invernadas en el puerto.

—¿Perdón? —dijo el subinspector—. ¿Qué otros asesinatos?

—Creo que nos hemos perdido algo. ¿Qué es el Mediterranean Squadron?

—Era la flota estadounidense destacada en estas aguas para proteger las rutas comerciales de los piratas y asegurar la importación de grano del mar Negro, así como otros alimentos y bienes. También les servía para mantener a raya y presionar al Imperio otomano y a los estados berberiscos. Como anécdota les diré que la primera base naval de Estados Unidos fuera de su territorio fue en el port de Mô. De hecho, para ellos el puerto, la ciudad y la isla entera es todo lo mismo: Port-Mahón.

—Lo desconocía por completo —reconoció Guasch.

—Entre 1815 y 1848 la escuadra venía a invernar al port de Mô. Gracias al diario del capitán Roca conocemos todos los sucesos y acontecimientos protagonizados por los marinos norteamericanos y del resto de los países. Las tripulaciones permanecían en sus embarcaciones, recibían instrucción y disfrutaban de permisos puntuales en los que moraban en casas particulares de mahoneses, iban al teatro, participaban en las fiestas benéficas que se celebraban en la antigua iglesia de los griegos y hacían excursiones a caballo por la isla. No era extraño que organizaran bailes de sociedad en los propios buques. Las flotas holandesa, inglesa o francesa pasaron también muchos inviernos en el puerto.

—¿Y coincidían unas con otras?

—Eso es. Era común que durante esas invernadas cohabitaran en el puerto cerca de cuatro mil marines, a los que había que sumar los alrededor de quince mil mahoneses. La convivencia generaba rivalidades sanas, como las carreras de botes que se organizaban en la ensenada y otras no tanto que terminaban en reyertas entre las distintas tripulaciones o con los jóvenes locales.

—De ahí los asesinatos a los que se refería antes.

—El capellán del Constitution recordaba un par de casos que llegaron a sus oídos y decía haber descubierto en el *cementiri anglès* las tumbas de aquellos desdichados jóvenes y haber rezado junto a ellas.

—¿Sabe cómo se produjeron esas defunciones? —se interesó Riera.

Era una excelente pregunta.

—No tienen ningún paralelismo con la de Williamson, si se refiere a eso: riñas nocturnas y muertes por herida de arma blanca en las que enseguida se detuvo al culpable. Nada que ver.

Se quedaron los tres en silencio, sumidos en sus pensamientos.

—¿Y qué hay de la música? —preguntó finalmente Guasch—. ¿Aprendió Williamson a tocar a bordo o…?

—En el ejército, durante la guerra. Sé que heredó la corneta de un compañero caído y demostró enseguida tener oído musical. De ahí pasó a la trompeta. Interpretaba de manera instintiva, como la mayoría, pero lo hacía bien. Hay gente que tiene habilidad, y él era uno de ellos. Yo le enseñé el lenguaje musical y lo asimiló rápido. Era inteligente y curioso.

—¿En qué sentido?

—Me hacía muchas preguntas relacionadas con la música, sobre nuestro país y Menorca y sus gentes. Se interesaba por nuestras costumbres, por nuestro espíritu aventurero o por algunas palabras que, tras mucho probar, llegaba a pronunciar bastante bien. Me resultaba chocante escuchar a una persona de su raza vocalizar de manera más que razonable expresiones como *Això és més bo que sa sobrassada!* o *Ser un camestortes*.

—¿Cuándo se incorporó usted a la disciplina del USS Constitution, Jaume?

—En la anterior visita al puerto, un par de meses atrás.

—Es cierto, estuvieron aquí hace un tiempo. Explíquenos esa estancia.

—No puedo decirle mucho. Yo me uní a la orquesta en esa parada.

—¿Sabe algo de Williamson y su retraso?

—Sé que le estuvieron buscando porque no llegó a la hora y que pagaron una recompensa a alguien. Yo lo conocí cuando salió del calabozo, fue entonces cuando empecé a tocar con él.

Los guardias regresaban ya del bosque que rodeaba las ruinas con las escopetas colgadas del hombro y semblantes de no haber encontrado nada.

Guasch se levantó y los otros dos hicieron lo mismo.

—¿Cree que el asesino puede ser algún miembro de la tripulación? —preguntó.

—Visto el perfil de algunos marines estadounidenses podría ser, pero deshacerse del cuerpo de esa manera me parece muy complicado.

—Están repartidos en casas particulares por el puerto de Maó.

Mascaró arrugó el entrecejo.

—Sí, ¿por qué?

—Porque los culpables, suponiendo que fueran compañeros del USS Constitution, podrían haber empleado un bote cualquiera para transportar el cuerpo y emparedarlo.

—La cala de Sant Esteve queda muy lejos. ¿Quiere decir que unos extranjeros que desconocen la zona porque apenas llevan aquí unos pocos días cruzaron todo el puerto cargando un cadáver en una barca que a saber de dónde sacaron para, después, tapiarlo tras un muro que encontraron casualmente por ahí? Me parece, como poco, muy improbable.

El planteamiento era lógico.

—Para el caso, da lo mismo —insistió Riera—. Imagine que el culpable es un miembro de la tripulación, si tuviera que apostar el sueldo de un año, ¿cuál sería su caballo ganador?

—Yo nunca haría una apuesta de ese estilo.

—Es una manera de hablar, Jaume. ¿Quién es la persona de esa fragata que, a su modo de ver, sería capaz de cometer una atrocidad de este tipo?

—Le repito que es difícil dar un nombre…

—Deme uno solo —insistió, tajante.

El menorquín se encogió de hombros.

—El suboficial que le reprendió duramente por haber enjabonado demasiado la cubierta y provocado que resbalara.

—Defina *duramente*.

—Le arreó dos patadas en el costado que es probable que le rompieran varias costillas. Ser testigo de aquello, sin que Williamson pudiera defenderse, fue repulsivo.

—¿No lo vio nadie más?

—Era de noche y yo estaba en cubierta por casualidad.

—¿Puede darnos el nombre de ese suboficial?

—Ya lo conocen, vi que los acompañaba el día del funeral vestido de *cowboy*.

Guasch no supo reaccionar. Riera sí.

—*Me cago en el dimoni a grapes!* ¿El sargento John Harper?

—Ese mismo, señor. Desde que embarcó con nosotros en Francia me he fijado en que muestra buen talante con sus superiores, pero trata mal a la tropa. Y en especial a los negros, con los que es muy despectivo. Esa noche, su comportamiento con Williamson fue excesivo y estuvo fuera de lugar, pero creo que demuestra a la perfección el tipo de persona que es.

La inspección de Cala Morrell y sus alrededores fue mucho más lenta y ardua de lo que Guasch imaginaba. Y comprendió lo que le repetían

unos y otros sobre la dificultad de rastrear el territorio menorquín.

El violinista había acertado al escoger aquel paraje.

La cala, enmarcada por unos acantilados imponentes, presentaba infinidad de cuevas, grietas y recovecos en los que esconderse. A diferentes alturas. Algunas de muy difícil acceso. Entre todos los posibles escondites destacaban unas grutas artificiales excavadas en la roca por la mano del hombre, en apariencia, muchísimo tiempo atrás.

Bajaron a la playa para preguntar a un grupo de pescadores, pero no habían visto ni oído nada. Se dividieron en cuatro parejas, otearon por los acantilados y registraron todas las cuevas que encontraron a su paso. Algunas, la mayoría, estaban deshabitadas; otras, cubiertas de polvo y ceniza vieja, seguramente utilizadas por pastores o habitantes locales mucho tiempo atrás.

Solo dejaron de revisar alguna gruta natural que consideraron impracticable.

El camino hacia las *pedres velles* de Torretrencada, como las llamaba Mascaró, era áspero y polvoriento y estaba flanqueado, como siempre, por muros de piedra seca y tierras agrestes donde la vegetación crecía con desgana y desorden. Las terneras espantaban moscones con las colas y comían hierbajos a la espera de tiempos lluviosos y pastos más sabrosos.

Hicieron buena parte del trayecto en silencio.

Al cansancio y al calor había que añadir la falta de resultados y el consiguiente e inevitable desánimo. El canto de las cigarras fue una vez más la monótona sinfonía que guio sus pasos.

Las moscas zumbaban a su alrededor.

Mascaró les explicó, a resultas de un comentario de Guasch, los lazos familiares que le unían a Guillem, o Guillermo, Forbes, el profesor de inglés de su amigo Andreu. Sus madres eran hermanas, y Guillem, que era una veintena de años mayor que él, había viajado por todo el mundo trabajando de marinero primero y de piloto después para, finalmente, terminar regresando a su hogar.

—Desde entonces, él y su esposa se han dedicado a impartir clases.

Llegaron a las proximidades del antiguo poblado cuando el sol empezaba a escorarse en el horizonte. Guasch calculó que todavía tendrían una hora de luz antes de verse obligados a regresar a Ciutadella.

Entre los lentiscos y acebuches emergía una estructura ciclópea, una mole de piedra desgastada por los siglos cuya base se mantenía firme. La cúspide estaba en parte desmoronada.

Riera señaló aquella montaña de pedruscos mientras descabalgaban.

—¿Qué es? —preguntó.

—Un *talaiot* —respondió Mascaró, con una mezcla de admiración y orgullo—. Un tío abuelo mío, *es conco Joan*, se dedica a estudiarlos y

asegura que son obra de druidas celtas.

—¿Cómo dice…?

—Eran unos sabios de la antigüedad que erigieron menhires y templos en Europa y que, como pueden ver, estuvieron también en Menorca.

—¿Y qué es un menh…?

Guasch lanzó una exclamación al divisar unas grandes piedras que componían una T. Se trataba de una obra de apariencia sencilla que, vista de cerca, resultaba imponente. Quién sabe con qué medios se había colocado esa enorme roca horizontal sobre una columna monolítica que, a su vez, contaba con un segundo pilar de refuerzo. El lugar estaba abandonado y repleto de matojos.

Mascaró se apresuró a explicar que la *taula* era, según su ilustrado familiar, un altar en el que los druidas realizaban sacrificios religiosos de animales, quizá también humanos. En toda la isla existían al menos dos docenas documentadas y, si no se equivocaba, estaban siempre orientadas al sur.

—Pero ¿cómo han subido eso ahí arriba? —preguntó Riera, torciendo el cuello.

—Según el *conco* Joan…

El cabo chistó y se llevó un dedo a los labios.

Se tocó la nariz dos veces y señaló hacia delante.

Guasch aguzó el oído, pero no escuchó nada más allá del sempiterno canto de las cigarras. Olisqueó el aire y, ahora sí, distinguió un leve aroma a madera quemada.

El cabo exageró los gestos para ordenar que se separaran. Sus hombres se descolgaron los mosquetones del hombro y, agazapados, se dispersaron para cubrir un área mayor. Riera extrajo su *catxorrillo* y Guasch su pistola. Mascaró no iba armado y Guasch le tendió la suya. El joven la rechazó y se acercó a él para susurrarle que fueran juntos. Esta vez el músico sí dio su aprobación.

Lluís se quedó al cuidado de las bestias, a las que tranquilizó con mano experta.

El terreno era pedregoso, estaba repleto de matorrales altos y surcado de largos muros de piedra. Algunos de ellos mostraban derrumbes totales o parciales. A simple vista, era sencillo en ese tramo identificar qué lugares habían sido pisados recientemente y cuáles no.

El conjunto parecía extenso, y Guasch lamentó no haber organizado mejor la batida.

Quizá pensar un poco menos en Sara le habría permitido centrarse en sus responsabilidades.

Guasch y Mascaró avanzaron en línea recta. Él abría el camino y el menorquín le seguía detrás, con su señora nariz a la altura de las rodillas. El olor a humo se hizo más intenso. Se acercaban a su origen.

Nada indicaba que ningún ser humano hubiera pasado por allí en los últimos tiempos.

Se volvió y preguntó a Mascaró en un susurro si sabía qué había delante de ellos. El joven respondió que una cueva. Una gota de sudor le resbalaba por la frente rojiza. Su expresión era de determinación.

Un músico valiente.

Oyó el sonido de piedras al frotarse y un canturreo casi inaudible.

El individuo debía de encontrarse una veintena de pasos delante de ellos.

Era imposible atravesar esa maleza densa con rapidez sin hacer ruido ni trastabillar.

El factor sorpresa jugaba a su favor, pero echó en falta apoyo armado. Estiró el cuello y se asomó entre la masa vegetal para entrever la entrada de una covacha. En su interior distinguió una gran columna hecha con piedras apiladas frente a la que vio pasar una sombra con forma humana.

Fuera quien fuese, parecía que estaba solo.

Detectó un movimiento por el rabillo del ojo y apuntó el arma hacia allí por instinto. El dedo sobre el gatillo, listo para disparar. No demasiado lejos vio que brotaba entre el follaje la cabeza entrecana de Riera. Bajó el arma.

Chasqueó la lengua. El subinspector se volvió alarmado, le reconoció y le hizo señas para que se acercara.

Guasch obedeció, seguido como una sombra por el violinista.

Riera le mostró un paso estrecho que se abría entre la espesura, seguramente el empleado para acceder a la gruta. Se organizaron rápido: Guasch iría delante y Riera le escoltaría. Al llegar a la caverna entrarían y reducirían al hombre misterioso. Sin más. Mascaró les esperaría allí mismo, no tenía sentido ponerlo en peligro.

Advirtió a los demás de que necesitaban estar bien alerta.

Inspiró con fuerza e hizo un gesto al subinspector para que se preparara. Se agachó una vez más y avanzó por el sendero con pasos cortos y rápidos, atento a no tropezar con las raíces. Durante el último tramo se incorporó y aceleró el paso hasta ponerse a correr.

Emergió con grandes zancadas de entre la maleza y se encontró en un pequeño claro frente al que se habían colocado, quién sabe cuántos siglos atrás, unas piedras verticales de gran dimensión. La falta de un par de ellas, como una dentadura mellada, creaba un espacio amplio que permitía el acceso. Sin pararse a pensar, apuntó hacia el interior y, con la cabeza gacha, se adentró en aquel espacio prehistórico.

La sombra alargada se detuvo, emitió un grito de sorpresa y se volvió cuando Guasch se abalanzaba sobre ella mientras lanzaba un puño demoledor hacia su cabeza.

Le resultó imposible esquivarlo.

El golpe la alcanzó de lleno y la figura se derrumbó.

Riera chillaba y apuntaba su *catxorrillo* a la silueta, que se encogía en el suelo en medio de una nube de polvo y se protegía el rostro entre quejidos entrecortados.

Las voces de unos y otros rebotaban en las paredes con un eco sobrenatural.

La fogata crepitaba con brío.

Se materializaron a su lado tres siluetas armadas con los mosquetones reglamentarios de la Guardia Civil, y la voz castrense del cabo ordenó a todos que cesaran en sus movimientos.

Mandó a sus subalternos levantar al individuo y sacarlo al exterior.

El hombre caído se dejó hacer sin oponer resistencia.

El sol naranja consumaba su fuga. Los rayos les alcanzaban en horizontal.

Uno de los guardias retiró las manos con las que el tipo se cubría el rostro, dejándolo a la vista de todos.

Temblaba.

Guasch observó su tono de piel, su cabello y su barba mal rasurada. Se cubría con unos harapos que tiempo atrás pudieron tener un mínimo de dignidad.

No se trataba de Carlos María de Campos y Fernández de Córdoba.

Tampoco era Samuel Brown.

—¿Es la persona que vieron anteayer? —preguntó a los guardias.

Uno de ellos asintió.

—Sí —confirmó—, estoy seguro de que es él.

—¿Es Carlos María? —preguntó Riera que, ante el gesto negativo de Guasch, se dirigió directamente al detenido—. ¿Sería tan amable de explicarnos quién cojones es usted?

—Soy… Martín de Ugarte y Echevarría, señor —respondió en un susurro.

—¿Y qué hace aquí escondido?

—Vivo como puedo, señor…

El tal Ugarte bajó la vista al suelo y calló.

—Llévenlo a Ciutadella —ordenó Guasch— y averigüen todo lo posible sobre él.

VIII

Siempre al norte

El capataz estaba más tenso. También menos pendiente de nosotros. En sus momentos de crueldad, sin embargo, seguía siendo despiadado. La guerra centraba todas las conversaciones. Se decía que llegaban soldados del norte. Que saqueaban las granjas. Que los esclavos huían y mataban a sus amos. Los vigilantes estaban más nerviosos. Se quedaban cerca de la casa, con los rifles en la mano. Alguno había sido llamado a filas. Otro se había largado con su familia.

El amo llevaba un tiempo sin venir.

Un día tanteé a un compañero cercano. Le comenté que alguien podría escapar de allí. Me miró como si hubiera enloquecido. Comprendí que no podía contar con nadie. Que debía hacerlo solo. Yo observaba en silencio. Dormía menos. Comía deprisa. Dejé de hablar con los demás. Esperaba. Contaba los pasos. Vigilaba los cambios de turno. Escuchaba a los perros.

Imaginaba mi escapada cada noche.

Una tarde, el capataz estaba borracho. Llevaba a rastras a una muchacha.

—Mañana me encargaré de ti —me advirtió.

Bajé la mirada. Era la señal que necesitaba. Al anochecer escondí una herramienta en el establo, una pequeña azada que usaba para desbrozar. Nadie la echaría de menos. La envolví detrás de un saco.

La noche era ventosa. Casi no se veían las estrellas. Cuando sonó el tañido de la última campanada entré en el barracón con los demás. Me acosté. Esperé. Oía respiraciones. Suspiros. Alguien hablaba en sueños. Cuando todo quedó en calma, salí del camastro. Pisaba con las puntas de los dedos. Crucé por detrás del pozo y llegué al establo. Cogí la azada y agarré la empuñadura con fuerza.

Avancé bajo la sombra del cobertizo. El vigilante estaba adormilado en una silla. Lo observé desde detrás. El corazón me retumbaba en el pecho. Sentí el mango de la azada. Mi poder. Me acerqué sin saber si podría hacerlo. El hombre se movió como si fuera a incorporarse. Levanté el brazo sin pensar y descargué con fuerza sobre la sien. Cayó al suelo

con un quejido. Alzó la mirada consternado. No entendía nada. Lo reconocí, era el que aquel día ya lejano me fustigó. Volví a golpearle, esta vez en la frente. El viento disimuló el crujido. No me paré a comprobar si lo había matado.

Corrí hacia el bosque. Las ramas me arañaban la piel. Llevaba solo mi camisa y mis pantalones viejos. Oía mi respiración. Estaba ya lejos cuando escuché los gritos. El ladrido de un perro. Seguí corriendo. Más rápido todavía. Me metí en un arroyo. Caminé un buen tramo a contracorriente. Confiaba en que el agua se llevara mi rastro. La luna iluminaba mis pasos. Tropecé varias veces. Me rasgué los pantalones. Continué. Subí una loma. La bajé por el otro lado.

Llegó el amanecer. Los pies me dolían. Me detuve y presté atención. No oí nada. Dudé si pararme a descansar. Estaba exhausto. En lugar de eso, miré al cielo y me puse a correr. Al norte. Siempre al norte.

Durante los tres días siguientes comí raíces. Bebí agua de los charcos. Me cubría con ramas el poco rato que descansaba por las noches. El cuarto día me torcí el tobillo. El dolor era punzante. Me senté y apoyé la espalda en un tronco. Levanté la vista. El cielo azul asomó entre las copas de los árboles.

Por primera vez, fui consciente de mi soledad y de lo que aquello significaba.

Y lloré. De alegría. De haber sido capaz.

Me acordé de los míos. De Malembe. Quise pensar que se sentirían orgullosos.

Me obligué a levantarme. Cojeaba. Me dolía. Seguí.

A media tarde, cuando el sol bajaba, llegué a un claro.

Olí la sangre. Conocía bien su aroma.

Vi un cuerpo. Después otro. Soldados con uniforme azul. Uno tenía el rostro hundido en el barro. El otro estaba de lado, el torso apoyado en el tronco de un ciprés. Me quedé inmóvil sin saber qué hacer. Decidí registrarlos en busca de comida. El primero solo tenía tabaco en los bolsillos. Me acerqué al segundo. Me sintió. Abrió los ojos.

Era blanco. No era joven. Me miró de lado sin hablar. Levantó una mano sucia.

Temblaba. Estaba malherido. Tenía una mancha de sangre en un costado. Otra en la pierna.

Hubiese tenido que escapar de allí.

En lugar de eso, me arrodillé. Le quité la chaqueta y le rasgué el pantalón. Las heridas eran profundas. La sangre fluía lenta y oscura. Rasgué su chaqueta y se la anudé con

fuerza alrededor del muslo. Le apreté las heridas del costado con trapos y tierra.

El hombre gimió. Intentó hablar.

Aproximé el oído.

—Tengo sed…

Me levanté y lo miré desde lo alto. Fui cojeando hasta el arroyo más cercano. Me quité la camisa, la sumergí en el agua y regresé. La coloqué por encima de su cabeza. Él abrió la boca y la fui estrujando para darle de beber. Se atragantó. Lo volvimos a intentar un par de veces más.

El hombre se me quedó mirando.

—¿Quién eres? —murmuró.

No supe qué decir. ¿Quién o qué era yo en realidad? Solo se me ocurrió una respuesta.

—Soy Samba, ¿y usted?

El soldado sufrió un repentino ataque de tos. De las heridas brotó sangre negra.

Le limpié la cara manchada. Me dirigió una mirada de gratitud.

—Me llamo Williamson —respondió—. James Sterling Williamson.

14

Call me Samba

Las noches avanzan al ritmo que marca nuestro más riguroso inquisidor: el remordimiento. Siempre a punto para recordarnos las consecuencias de nuestras debilidades, hurgar en las heridas abiertas y complacerse, cruel, de nuestra frágil miseria. Durante el día puede resultar sencillo distraerlo con las ocupaciones cotidianas pero, astuto y paciente como un perro viejo, espera a que nos envuelvan las tinieblas y la soledad nos acompañe. Es entonces cuando emerge en la oscuridad, sostiene nuestra mirada turbia y nos castiga sin piedad.

Aquella noche Guasch fue incapaz de conciliar el sueño.

Y no fue por los ronquidos desaforados de un Riera exhausto, ni por el silencio suplicante del deseo que se filtraba por los poros del muro de su habitación, sino por la losa de culpa que le aplastaba el cuerpo contra el colchón de paja sobre el que estaba tendido y que parecía relleno de ortigas.

Habían cruzado el Portal de Maó, en las murallas de Ciutadella, con un manto estrellado sobre sus cabezas.

Sara dormía en su cuarto, o eso imaginó.

Guasch dio por sentado que también ella albergaba cierto sentimiento de culpa, por mucho que la noche anterior dejaran sin culminar lo que sus besos ardientes hacían presagiar.

Cenó un bocado frugal en una tasca del puerto en compañía de un Riera dicharachero al que no logró prestar demasiada atención y subieron a descansar a sus aposentos.

El día había sido muy largo.

El subinspector cayó rendido al instante.

Él se desnudó con desgana, poco dispuesto a afrontar su previsible tormento.

Las luces de la mañana lo encontraron vestido, aseado y derrotado.

El viaje de regreso a Maó tampoco se inició con los ánimos deseados. Riera y Lluís lideraban la marcha en esta ocasión, charlando con camaradería y rememorando los acontecimientos más deslumbrantes de la atípica jornada anterior.

Tras ellos cabalgaban Sara y Guasch con un talante menos festivo.

Ella dio el primer paso.

—Marc, lamento lo que sucedió la otra noche. No supe parar a tiempo. Siento haberte puesto en esta situación…

—La culpa fue mía. Fui yo quien debió detenerlo. Sabía lo que me

estaba jugando.

—Supiste hacerlo, te detuviste. —Ella miró al frente y Guasch la observó de soslayo; estaba más atractiva que nunca —. Te sentí detrás de mi puerta. Casi podía escuchar tu lucha interior.

—Entonces permanecías despierta…

—Desde luego.

—¿Y?

Ella esbozó una sonrisa nostálgica.

—No soy particularmente religiosa. Creo que los mahoneses en general somos poco practicantes —elucubró—. Sin embargo, admito que recé con todas mis fuerzas para que no tocaras a la puerta. Me alegra que supieras reprimirte.

—Tengo la sensación de que tampoco me habrías permitido ir más allá.

—Me temo que llegamos todo lo lejos que podíamos.

—Bastante más allá —admitió Guasch.

—Y que lo digas. —Sara le miró de reojo—. ¿Quién podía imaginar que Marquitos besara tan bien?

Rieron.

Necesitaba hacerlo. Escuchar la risa de ella para rebajar el peso de su propia culpa. Demostrarse que era posible quitarle importancia.

Llegaron a Maó a media tarde y, en cierto modo, reconciliados el uno con el otro y con ellos mismos.

La actividad era la habitual, lo que demostraba que la ciudad, la isla y el mundo en general, en su ausencia, habían continuado su camino sin prestar la más mínima atención a ellos o a su ridículo arrepentimiento.

Fueron a la casa de Anuncivay a dejar las monturas y Guasch, sin asearse siquiera, se despidió y partió rumbo a la Casa de Gobernación. Riera anunció que ahora que era un consumado jinete aprovecharía el caballo para visitar a su hermano y a su cuñada. Le buscaría después.

Fulgencio Parra estaba, según lo previsto, en su despacho. Se despedía en aquel momento de una pareja de soldados de expresión mustia que le saludaron con poco entusiasmo.

—¿Y bien? —preguntó el de Guijuelo en cuanto quedaron a solas.

—El supuesto Carlos María resultó ser Martín de Ugarte y Echevarría —respondió Guasch, tomando asiento. Empezaba a notar la falta de sueño. Parra le miró con el ceño fruncido—. Entiendo su expresión. Hasta anoche, yo tampoco sabía quién era. Pues bien, se lo cuento: un carlista que huía de Cataluña y al que ayudaba a ocultarse su cuñado, un párroco de Ciutadella. ¿Qué le parece?

El cabo suspiró.

—¿Puedo serle sincero, señor?

—Expláyese…

—Frustrante —respondió.

—¿Qué tenemos por aquí? —preguntó Guasch—. ¿Hicieron lo del pregonero?

—Así es, señor, y hemos descubierto algunos pasos que dio Williamson durante los días que precedieron a su muerte. Solía ir de cantinas, como el resto de las tripulaciones. Los testigos coinciden en destacar, sin embargo, su actitud seria y distante. Iba en compañía del otro negro, Brown. Alguien lo vio, solo… —consultó sus notas— el día 5 de julio bien entrada la madrugada. ¿Sabe dónde? Subiendo a una barca cerca de Es Castell.

—Muy interesante, pero ¿cómo saben que era Williamson y no Brown?

—Ni idea, señor, y tampoco creo que ningún testigo los sepa diferenciar. Supongo que les hará más gracia pensar que se trata de la víctima y no de un desaparecido. Seguro que todo el mundo verá a Williamson, señor.

—Bien, entonces diremos que uno de ellos fue visto en una barca por Es Castell el día cinco.

—Algunos vecinos declaran que estuvo en la calle Nueva.

—¿Por el carrer Nou? —Guasch trató de ubicarse en el plano mental que se había hecho de la ciudad—. Es la calle de los comercios, ¿verdad? La que desemboca en el Pla de la Parròquia…

—Así es, señor.

—¿Y qué hacía Williamson, o Brown, por ahí?

—Dicen que deambulaba y que lo vieron más de un día.

—¿Hay algún prostíbulo?

—No, que yo sepa. Es una calle honorable, por decirlo de alguna manera. Ya me entiende, de gente de aquí.

—Me acercaré. ¿Ha preparado un calendario con las fechas de los testigos? —Parra puso cara de interrogación—. Permítame.

Cogió la pluma y un cuaderno y organizó los días de la semana.

—A ver, váyame dictando las fechas en que los diferentes testigos dicen haber visto a los marinos.

Parra los fue desgranando uno a uno y Guasch los anotó de manera diligente. También incluyó las fechas que tenía en la cabeza de lo declarado por Miquel Mesquida. Cuando terminó, se quedó mirando el esquema.

—Las conclusiones son claras —dijo—: Williamson o Brown, en ocasiones los dos juntos, han sido vistos por lo general entre el 1 de julio, el día que llega el USS Constitution a puerto, y el 5 del mismo mes. A partir de ahí, solo se les ha visto en casa de los Mesquida.

—¿Y eso qué significa?

—¿Que quizá dejaron de frecuentar el puerto o Es Barrio? —Meditaron un momento en silencio. Tendría que valorar otras posibles

opciones—. ¿Dónde está el capitán Febrer?

—¿Ahora? Entre putas y borrachos, con al americano.

—¿Harper?

El guardia asintió.

Después le buscaría para conversar a solas con él. Tenían mucho que hablar sobre la paliza que le propinó a Williamson y que, casualmente, se le olvidó contarle.

—¿Algo más?

—Contactamos con un meteorólogo y le comentamos su idea de lanzar las tablillas numeradas en distintos puntos del puerto para comprobar si las corrientes las arrastraban al mismo lugar de Baixamar en que apareció la bota de Williamson.

—¡Ah, sí! ¿Y qué respondió?

—Dijo que era una solución muy imaginativa, pero que los vientos y las corrientes no serían los que aquellos días y que, por tanto, el resultado del experimento nos llevaría a conclusiones erróneas.

—Vaya, qué lástima. Descartado, pues.

—Consultamos también a varios maestros de obra para revisar las muestras de mortero que trajo usted del muro de Sant Esteve. Su conclusión es que la mezcla se asemeja a la empleada habitualmente.

—¿Eso significa que la ha preparado alguien entendido en construcción?

—Al contrario, han venido a decirnos que el preparado carece de misterio y que tanto la fórmula como los materiales son de uso común y accesibles para cualquiera.

Guasch tardó un momento en digerir aquello.

—Qué pena. Pensaba que podría darnos alguna pista. No damos una. De las famosas sombras tampoco tenemos novedades, ¿verdad?

—No, señor.

—Lo imaginaba. ¿Dónde dice que está Harper exactamente?

—En Es Barrio.

Optó por ir primero a la calle comercial para, después, ir a por el estadounidense. La conversación prometía ser tensa.

—Imagino que de la mujer del funeral y de la pareja sombras que buscaba a Carlos María seguimos sin tener noticias…

—Así es, señor. Lo lamento.

—Solo faltaría, Parra —dijo—. Hace todo lo que está en su mano. Más tarde me reuniré con usted para organizar las actividades de mañana. Gracias por su ayuda.

Y, haciendo un gesto de despedida con la mano, se encaminó hacia la puerta.

Guasch paseó sin rumbo por el Carrer Nou, atento a cuanto le rodeaba, en busca de alguna pista que le permitiera comprender qué

había inducido a Williamson, o a Brown, a visitar esa zona a simple vista tan ajena a la marinería extranjera. La calle era, pese a su escasa longitud, una de las arterias comerciales más importantes de Maó, y en ella estaban abiertos algunos de los establecimientos más emblemáticos de la capital, como la Confitería de la Real Casa, la sastrería del señor Vidal, la zapatería del número 17, especializada en botines de becerro y de charol y, por encima de todos, como pregonaba cada día *El Diario de Menorca*, la tienda de don Domingo Orfila, un activo comerciante mahonés que anunciaba con insistencia todas las novedades que llegaban a su insigne negocio.

Identificó un par de locales vacíos, para nada mal ubicados, que supuso serían los que trató de encasquetarle Mariano Sintes, padre de Santiago y socio capitalista de La Industria Mahonesa. Era justo reconocer que en el hipotético caso de que alguien quisiera abrir un negocio en el barrio, encontraría en esos inmuebles un excelente emplazamiento.

Una pequeña placa anunciaba la imprenta de don Joan Fábregas y Pascual en la que se imprimía el periódico local. En la esquina con la calle portal de Mar se situaba Es Dinaret, una casa de comidas poco activa a esas horas y en las calurosas fechas en las que muchos mahoneses acomodados se mudaban a sus *llocs*.

Se adentró en Es Dinaret y se encontró en una sala de mediana dimensión en la que se repartían un buen número de mesas y sillas, además de varios butacones enfrentados. El espacio, acogedor, hubiese estado vacío de no ser por un solitario camarero que hacía guardia tras una barra. Guasch le preguntó por Williamson, y este reconoció haber oído hablar de él entre los vecinos, pero nunca haberlo visto en persona. Fue incapaz de aportar ninguna información relevante.

A la salida se dio de bruces con Riera.

—Parra me ha dicho que lo encontraría aquí.

—¿Cómo está su hermano?

—Tranquilo y muy agradecido con usted. Aunque no más que yo. Creo que nunca le podré transmitir lo mucho que significa para mí que intercediera por él ante el juez. —Hizo una pausa—. ¿Le he dado ya las gracias…?

—Solo ochocientas veces…

Rieron.

Guasch le quitó importancia con un gesto.

—Lo hice porque consideré que era justo, Riera. No había más pruebas que el testimonio de un hombre que decía haberle reconocido en la penumbra. Retenerlo en prisión era insostenible. De otro modo, el juez no lo hubiese liberado.

Un grupo de señoras risueñas salió de la tienda de don Domingo Orfila en la plaça de l’Arravaleta, en el extremo sur de la calle Nueva,

y Guasch y Riera aprovecharon para entrar y descubrir, esparcidos en largas estanterías laterales y vitrinas de caoba, una oferta ecléctica entre la que destacaban un surtido interminable de abanicos, infinidad de objetos de decoración, publicaciones varias en papel de periódico, figuras de santos de diferentes tamaños, cuberterías de plata y delicadas vajillas de las fábricas de porcelana de La Cartuja.

Un dependiente de cabello encerado y crencha trazada con tiralíneas salió a su encuentro mostrando una expresión angelical y una sonrisa refulgente. El empleado los escrutó con mirada experta, buscando adivinar los anhelos y necesidades que habían llevado a esos desconocidos a cruzar el umbral de aquel templo de la abundancia.

—¿En qué puedo ayudar a dos caballeros tan distinguidos? —preguntó para, sin esperar contestación, chasquear los dedos y responderse a sí mismo—. ¿Acaso desean un florero de cristal tallado para decorar su hogar? ¿Un paraguas para protegerse de las inesperadas tormentas de verano? ¿Una…?

—No tiene pinta de que vaya a llover —cortó Riera.

—¡Pues para resguardarse de los rayos abrasadores del sol!

—La verdad, buen hombre, es que nosotros… —empezó a explicar Guasch.

—Permítanme sugerirles unos abanicos de seda de última moda que acabamos de recibir de Italia y que fascinarán a sus señoras o, mejor todavía, unas bandejas de plata tallada con las que deslumbrarán a las visitas. ¡Después de usarlas no comprenderán cómo han podido vivir sin ellas! ¡Yo tengo una en casa y desde entonces soy mejor persona!

—¿Lo dice en serio? —preguntó Riera.

—Que me caiga un rayo encima si miento.

—No deseamos adquirir nada, muchas gracias —dijo Guasch rápido.

El dependiente quedó con la boca entreabierta. El párpado le empezó a temblar. Todo en él daba a entender que le costaba asimilar esa contradicción. ¿Cómo podía alguien entrar en esa prodigiosa cueva de Alí Babá sin intención de comprar? ¿En qué cabeza cabía semejante disparate?

—Díganme —se recompuso, profesional—, ¿qué puedo hacer por ustedes?

—Me llamo Marc Guasch y este es mi ayudante, Toni Riera. Estamos investigando el crimen de la cala de Sant Esteve…

—¿El del negro?

Guasch asintió.

—La víctima fue vista en esta calle, ¿sabe usted algo al respecto? —dijo.

—Pues fíjese que sí —dijo, frotándose las manos—. Cuando tengo clientela que atender, mis esfuerzos y atenciones se vuelcan en satisfacer sus deseos, pero, en caso contrario, permanezco ojo avizor

en la entrada para identificar posibles compradores. Se sorprendería usted de las ventas que he logrado hacer en la calle… Siempre en beneficio del necesitado cliente, naturalmente.

—Naturalmente —repitió Riera.

—Celebro su tenacidad y sus éxitos que, a buen seguro, seguirán incrementándose. Y bien, díganos, ¿qué puede contarnos?

—Que, en efecto, lo vi rondando por la calle un par de días y que, como bien apunta usted, astuto investigador, parecía buscar algo o esperar a alguien.

—¿Podría mostrarnos dónde estaba?

El comerciante se acercó a la puerta y señaló una zona de la calle.

—Estuvo un rato sentado en aquellos escalones.

—¿Está seguro?

—Segurísimo.

—¿Hay algo más ahí aparte de la imprenta?

—Un par de casas en alquiler, pero el propietario está fuera de la ciudad y dudo que quisiera contactar con él.

—Tendríamos que acercarnos a la imprenta a preguntar —sugirió Riera.

—Desde luego —convino el vendedor, dando un paso hacia el interior y estirando el brazo para agarrar un objeto al azar—. Pero antes, deben adquirir este extraordinario… hum… ¡florero con el que deslumbrar a su señora esposa!

El subinspector lanzó un grito de admiración.

—¿Cree que le gustará?

—Riera, creo que deberíamos…

—¿A qué mujer no le maravilla que su marido piense en ella? —interrumpió el otro, que había olido la sangre.

—¡Me lo llevo!

El hombre que les abrió la puerta de la imprenta vestía un delantal de un color indefinido cubierto de manchas negras de tinta idénticas a las que se repartían en sus antebrazos y en su rostro. Un cigarrillo sobresalía de sus dientes amarillentos. Un hilo humeante se elevaba juguetón frente a los anteojos de montura metálica y cristales gruesos que amplificaban unos ojillos inquisidores.

—¿Sí?

—¿Es usted don Joan Fábregas, propietario de la imprenta? —preguntó Guasch.

—No, yo soy Joan Fábregas, cajista o, si lo prefiere, tipógrafo. Conmigo puede ahorrarse el don.

—¿Es usted hijo del impresor?

Joan Fábregas pasó con habilidad el pitillo al otro lado de la boca y bufó una nube de humo que envolvió sus cabezas.

Guasch empezó a toser.

—Solo somos tocayos. ¿Qué quieren?

—Hablar con don Joan —respondió Guasch con un hilo de voz.

—Ha salido.

—Pues en ese caso, hablaremos con usted —dijo Riera.

El subinspector llevaba bajo el brazo el flamante florero envuelto en papel de estraza y atado con cuerda de esparto. Guasch pensó que el sentimiento hubiera sido idéntico de haber comprado una cacerola, una azada o cualquier otro producto que el habilidoso vendedor hubiese plantado ante sus narices.

—Ustedes dirán…

Guasch miró a un lado y a otro de la calle para descubrir que, además del sonriente vendedor del negocio de Orfila, también les dedicaban miradas furtivas, con mayor o menor disimulo, varios transeúntes.

—¿Hablamos dentro? —propuso.

—Sin problema, pasen —respondió Fábregas haciéndose a un lado —. Pero vayan con cuidado si no quieren mancharse.

El local estaba dominado por una tenebrosa máquina de hierro en reposo, un gran mueble de madera con infinidad de cajones y una mesa de composición en la que Joan-sin-don debía armar las páginas con los tipos móviles. El espacio olía a tinta aceitosa, plomo caliente y papel seco, además de a cera, grasa y tabaco. Dos ayudantes jovencitos apilaban el montón de pliegos blancos que se disponían a estampar. Tenían una edad y una complexión similares a las de Toni Petit.

—Queríamos preguntarle por Williamson.

Fábregas arrugó su poblado entrecejo.

—¿Quién es ese?

—Le recordará si fue usted quien compuso los artículos que se referían a su fallecimiento.

El tipógrafo levantó una ceja poblada.

—¡Ah, sí! —exclamó—. Ya lo recuerdo. ¿Qué pasa con él?

—Estamos investigando su muerte y nos ha llegado por varias fuentes que fue visto en este tramo de calle.

—Es la primera noticia que tengo al respecto —respondió, subiéndose las gafas y lanzando humo por los agujeros de la nariz—. ¿Quién se lo ha dicho?

—Es irrelevante. ¿Está usted seguro?

—Completamente.

Guasch se fijó en que uno de los chavales mantenía la mirada fija en el otro y que este se la devolvía para, enseguida, desviarla sin alterar el gesto o, mejor dicho, esforzándose por no alterarlo.

Decidió que valía la pena arriesgarse.

—Miente —dijo, volviendo a mirar al cajista—. ¿Ha hablado con la Guardia Civil?

—Ni miento, ni he hablado con los guardias ni tampoco, ya puestos, tolero que ponga en duda mi palabra. —Cruzó los brazos sobre el pecho—. ¿Se puede saber quién es usted para irrumpir en esta casa lanzando acusaciones infundadas tan a la ligera?

—Lamento la confusión —respondió Guasch, plegando velas.

—O no… —intervino Riera, agarrando con fuerza el jarrón—. ¿Podría decirnos dónde ha adquirido ese tabaco tan aromático, tan especial? Nunca había olido nada parecido.

El tipógrafo le dirigió una mirada helada.

—¿Acaso no puedo fumar lo que me venga en gana?

—Responda a mi compañero —dijo Guasch, dando un paso hacia él.

Los aprendices detuvieron su actividad y se centraron en el inesperado espectáculo que les brindaban los adultos.

Fábregas torció el gesto.

—Vivimos en el mayor puerto del Mediterráneo, repleto de tripulaciones de múltiples nacionalidades. En esta isla todo el mundo intercambia cosas. Yo incluido. Este tabaco me lo dieron unos marineros extranjeros.

—¿Quiénes y dónde?

—En una taberna de Es Barrio, no lo recuerdo bien…

—¿A cambio de qué se lo dieron?

—De unas monedas.

—Miente otra vez —insistió Guasch, todavía más serio.

Le sacaba media cabeza a su interlocutor. Apretó los puños y dio otro paso hacia él.

El otro retrocedió y golpeó la cajonera con la espalda. Un par de piezas de plomo cayeron al suelo.

—¿Se han vuelto locos? —gritó, levantando las manos—. ¡Déjenme en paz!

En ese momento se abrió la puerta del local.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó una voz desde el umbral.

Guasch se volvió para descubrir a un hombre de cabello entrecano, camisa arremangada y ojos redondos. El impresor don Joan Fábregas, el original, acababa de hacer acto de presencia en aquellos sus dominios de papel y tinta.

—Poca cosa —respondió Riera, rápido—. Solo manteníamos una amigable conversación con su tocayo.

—¿Amigable? —exclamó el cajista.

—Mañana regresaremos —añadió Guasch, afilando la lengua—. Y confío en que aproveche para hacer memoria y concluir que le conviene decirnos la verdad. ¿Qué le parece?

Joan-sin-don negó lentamente con la cabeza.

—¡Me parece que pueden irse al infierno!

Toni Petit se despertó en el momento en que Riera, recién llegado de Ciutadella, abrió la puerta de la habitación.

—¿Quieres explicarme qué haces durmiendo a estas horas de la tarde? —preguntó su padre, sentándose a su lado en el colchón—. ¡Es la primera vez que haces siesta!

Toni Petit desconocía en qué momento del día se encontraba ni a qué hora exacta de la madrugada regresó después de sus correrías nocturnas. Lo que sí sabía es que hubiese dormido dos días más.

Se sentía agotado.

Los hombres les dejaron en el Fonduco antes de zarpar de nuevo a un destino indeterminado en el que almacenar los fardos de algodón. Toni Petit no preguntó adónde iban, en primer lugar porque sabía que no le convenía y, en segundo, porque más allá de satisfacer la curiosidad, le importaba muy poco.

—¿Cuánto ganáis con cada fardo? —interrogó a Olives.

—Lo suficiente para sobrevivir una temporada. Piensa que hay más gente a la que retribuir, sobre todo personal del lazareto.

—¿Y quién compra el algodón?

Formuló la pregunta cuando pasaban frente a La Industria Mahonesa.

—¿Tú qué crees?

—¿De verdad? ¿Y no les importa que sea producto robado? ¿O no lo saben?

—¡Claro que lo saben! ¿De dónde sino vamos a sacar nosotros semejante cantidad de algodón de primera calidad?

—¿Entonces?

—El tipo al que se lo vendemos hace la vista gorda, él lo consigue más barato y así ganamos todos. Te aseguro que, pese a llevar traje y corbata, los de ahí dentro tratan de ganar dinero como el resto. O más. Por eso ellos tienen esa fábrica y yo no.

—Ya veo que lo tenéis bien organizado.

El crío asintió satisfecho.

Al llegar a la calle Anuncivay, Olives le tendió la mano.

Se la estrechó.

—Te debo una —dijo el menorquín—. Mañana nos ponemos con lo tuyo.

Lo tuyo.

En realidad cada vez se sentía más alejado de la investigación. Lo ideal hubiera sido más bien pasar otro día entero con Lissie haciendo cualquier cosa de las suyas. Sí, eso era lo que deseaba de verdad.

Cuando Toni Petit volvía a entrar por la puerta, sigiloso, el cielo empezaba a clarear.

Se durmió apenas tocó la cama.

Hasta ahora.

—¿Cómo ha ido por Ciutadella? —le preguntó a Riera—. ¿Ha aparecido por fin el Carlos María de las narices?

—No.

Su padre le contó los movimientos de la jornada anterior para capturar a un fugitivo carlista.

Terminó de vestirse y le preguntó si quería acompañarle a visitar a su hermano.

—Puedes montar conmigo en el caballo.

Toni Petit se disculpó.

Tenía pensado salir en busca de Olives y, si no daba con él, regresaría para ver a Lissie y hacer algo con ella. O para escucharla cantar. O lo que fuera, pero con ella.

¡Hacía una eternidad que no la veía!

Se vistió rápido y salió a la calle cuando Riera partía.

Preguntó a varios jovenzuelos sin éxito hasta que, por fin, reconoció a uno. Su única y larga ceja lo hacía inconfundible.

—Hola, Roc —saludó Toni Petit—, ¿has visto a Olives?

—Seguro que está en Baixamar. Yo iba para allá, ¿vienes conmigo?

—Vale.

Bajaron dando saltitos. El menorquín era de su misma edad.

Por lo que sabía, Roc Mesquida vivía en la casa en la que se alojaban los negros. Se lo preguntó.

—Pues sí, estaban en mi casa. Es increíble…

—¿El qué?

—¿Cómo que el qué? ¡Que lo mataran!

—Ya lo creo. ¿Cómo eran?

Llegaron al muelle y Roc continuó hacia el Moll de Llevant. Toni Petit le siguió.

—Muy negros…, muy ruidosos. Olían raro…

—Porque son diferentes —convino Toni Petit, que no tenía la menor idea.

Vieron a lo lejos a Olives que, como bien había supuesto Roc, estaba donde siempre. En su área natural de influencia. El espacio en el que se movía a su antojo. Supuso que como la mayoría de los mahoneses.

Olives no se hizo de rogar. Tampoco fue necesario darle muchas explicaciones.

El menorquín sabía qué hacer, adónde ir y con quién hablar.

—Sígueme, anda…

—¿Y yo? —preguntó Roc.

—*Ho sent molt, petitot* —dijo Olives revolviéndole el pelo—. Tengo que ayudar un momento a Toni Petit. ¿Te busco luego?

Se despidieron.

Esta vez, para sorpresa de Toni Petit, se alejaron de Es Barrio, el lugar en el que parecía que ocurrían todos los hechos inenarrables de la ciudad, y caminaron hasta la puerta de una muralla antigua flanqueada por dos robustas torres a las que Olives se refirió como el Pont de Sant Roc. Un zigzagueo después se encontraron en una amplia explanada, S'Esplanada, en la que, según su cicerone, los militares hacían instrucción. Luego adentraron en una calle lateral y se detuvieron frente a una vivienda de dos plantas y era de apariencia humilde.

Sus paredes, sin embargo, al igual que las del resto de los vecinos, resplandecían en un blanco inmaculado.

Tocaron a la puerta.

—¿Quieres darme otra sorpresa?

Olives sonrió.

Toni Petit se preguntó por qué sonreía tanto y pensó que era porque callaba cosas que los demás, él en este caso, deseaban averiguar. Tenía información que su interlocutor quería y ello le situaba en una posición privilegiada. Jugaba con ventaja.

Aquel truco ya lo había pillado.

Se dijo que le quedaba todavía mucho por aprender.

—Vamos a visitar a alguien que tuvo tratos con tu negro —confesó —. Ahora te lo contará él mismo.

—¿Quién es?

—Uno que atiende en la taberna de Salcedo.

—¿En Es Barrio?

—En el Moll de Llevant, en Baixamar junto a la Costa de l'Abundància. Hemos pasado por delante ahora mismo.

Sabía a cuál se refería. Empezaba a estar familiarizado con Maó.

El anciano que abrió la puerta tenía mala cara. En realidad, parecía que estaba enfermo o, más exactamente, que fuese a desplomarse y estirar la pata ahí mismo. En ese preciso momento. Frente a ellos. Tampoco parecía ver bien.

Se encorvó y entornó los ojos.

—¿Eres tú, pequeño Olives?

—Sí, señor García.

—Y esta mata de pelo roja, ¿de quién es?

—De un amigo. Venimos a hablar con su hijo, ¿está en casa?

Toni Petit respiró aliviado. Mal testigo hubiese sido un anciano ciego.

El señor García los invitó a pasar.

Al final de un largo pasillo accedieron a un patio interior.

El ambiente en aquel espacio era fresco. Un puñado de macetas con unas plantas de hojas grandes se repartían por los rincones. El espacio era agradable y, en principio, llamativo para un tabernero.

—Esperad aquí. Ahora le aviso.

La espera duró poco.

El hombre que entró en la sala era una versión mejorada del viejo: más joven, más alto, más fuerte, más saludable y, confiaba, como consecuencia de lo anterior, poseedor de una mirada mucho más nítida.

—¡Hombre, Olives! —exclamó el recién llegado, risueño—. ¿Cómo estás?

—Traigo al amigo del que te hablé.

El tipo saludó con un gesto a Toni Petit y les invitó a tomar asiento.

—Mira, muchacho —dijo sin más preámbulos—. Sé quién eres, con quién has venido a Menorca y qué buscáis. Lo que voy a contarte no lo reconoceré nunca fuera de estas cuatro paredes, y si hablo contigo es únicamente por la amistad que me une a la familia de tu amigo Olives.

Toni Petit tragó saliva.

—¿Por qué no lo reconocerá? —acertó a preguntar.

—Porque quiero seguir siendo amigo de la gente de esta isla con la que voy a tener que convivir, si Dios quiere, muchos años. Por eso, si sale a colación esta conversación, nunca debes mencionarme ni señalar hacia esta casa, ¿entendido?

El hijo del señor García miró a Olives, que tomó la palabra.

—Puedes estar tranquilo —respondió—. Sabe mantener la boca cerrada.

Toni Petit asintió.

—¿Por qué me lo cuenta, entonces? —preguntó.

Olives le lanzó una mirada de advertencia, pero el otro no pareció tomárselo a mal.

—Porque conocí al tal Williamson y creo que es una salvajada lo que le hicieron.

—¿Cuándo lo vio?

—Una noche, al poco de llegar su fragata, entraron dos negros muy negros en la taberna. Llamaba la atención el color de su piel, negra como el tizón. Como te imaginarás, en un puerto como este es habitual tener clientela variada, pero aun así eran llamativos, incluso eran bien parecidos. —El hombre adelantó el trasero hasta sentarse en la punta de la silla y bajó el tono de voz—. Uno de ellos vino a pedir algo a la barra. Estaba serio y escrutaba cuanto tenía a su alrededor, como si buscara a alguien entre los parroquianos. Pidió un par de ginebras y, cuando le daba el cambio, preguntó de manera que pareciera casual si conocía a Mongomó.

—¿A quién?

—Dijo esto, tal cuál te lo estoy diciendo: Mongomó.

—¿Qué es… o quién es?

—Es una persona, yo le hice la misma pregunta.

—Deduzco que no le conoce.

—No tenía la menor idea de quién era, y eso es exactamente lo que le hice saber. El tipo insistió: «Are you sure?». Le dije que sí, que estaba seguro, pero que si quería podía preguntar con discreción y que, si averiguaba algo, se lo haría saber.

—¿Qué le respondió?

—Que le gustaba eso de la discreción. Sacó dos dólares de plata, me los entregó y me dijo que si le decía dónde encontrarlo me daría veinte más.

—¿Veinte dólares? ¡Eso es una fortuna!

—Eso es lo que yo pensé.

—¿Qué pasó después?

—Me presenté, le dije que me llamaba García y le tendí la mano. Añadí que me gustaba saber con quién hacía tratos.

—¿Y?

—Él se quedó mirando la mano, como si le extrañara que alguien como yo, un blanco quiero decir, se la ofreciera como un igual. Al final la estrechó y fue entonces cuando se presentó: «Call me Samba».

—¿Quién es Samba? Pensaba que hablábamos de Williamson.

—Espera, hombre. Después de decirlo pronunció su nombre completo: James Samba Williamson. Se llevó el dedo a la sien a modo de despedida, agarró las dos ginebras y se marchó al rincón con su colega.

—Muy interesante —admitió—. ¿Le volvió a ver? ¿Averiguó quién era ese Mongomó?

—Pregunté en un par de sitios, por supuesto, siempre sin dar detalles —negó con la cabeza—. Nadie me supo decir nada. Samba regresó las dos noches siguientes, la última sin la compañía del otro negro. Yo no tenía novedades y no lo volví a ver. Pensé que había perdido el interés, pero después de enterarme de su muerte… Quién sabe, quizá fue esa misma noche cuando lo mataron.

Se encogió de hombros.

—¿Qué día fue eso?

—¿El último día? Calcula… —pero quien calculó fue él—. Diría que el día 5.

Toni Petit observó fijamente a García.

—¿Y dice que debo callarme lo que me acaba de contar?

—No. Lo que digo es que no puedes explicar que te lo he revelado yo.

Toni Petit respiró aliviado.

—Menos mal, si no, ¡creo que me hubiese estallado el cerebro!

IX

Así sea

—¿En qué bando lucha?

Williamson puso cara de no comprender.

—¿No sabes qué uniforme es este? ¿Me has ayudado sin saberlo? —Yo bajé los ojos—. Esto es una guerra, muchacho, no puedes ser tan ingenuo.

Empezamos a caminar con los primeros rayos del sol. Williamson se apoyaba en mí. Por momentos lo llevaba casi en brazos. Otros, a rastras. Yo tampoco podía caminar bien. Teníamos que parar a menudo. Cada paso era un sufrimiento para los dos. El primer día apenas avanzamos. Preparé una camilla con ramas. Lo coloqué encima. Lo arrastraba como podía. Marchábamos despacio. Descubrimos que el mejor modo de llevarlo era volcado sobre mi espalda. Recordé que llevaba así a Kofi. Las puntas de sus pies se arrastraban por el suelo.

Curaba sus heridas con lo que encontraba. De algún modo iba sanando. Comíamos raíces y frutas. Bebíamos de los arroyos. A veces, de los charcos. Williamson hablaba poco. Yo todavía menos.

Él marcaba el camino a seguir. Decía que los suyos estaban cerca.

Caminamos durante días.

Una tarde oímos voces. Nos resguardamos tras unos helechos. No llevábamos armas. A Williamson le habían robado las suyas en el ataque. Vestían uniformes azules. Les dimos la voz de aviso. Gritaron y nos apuntaron con los fusiles en alto. Levanté las manos. Williamson dijo su nombre y su rango: capitán James S. Williamson. Le reconocieron. Algunos habían luchado a su lado.

Les contó que le había salvado la vida.

El teniente me miró con recelo.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

—Samba Iyanga, señor.

Frunció el ceño.

—Chico, necesitas un nombre que podamos entender todos.

Sus hombres rieron la ocurrencia. Tumbaron al capitán en una camilla de verdad. Lo izaron entre cuatro y se pusieron

en marcha. Me los quedé mirando. Qué sencillo resultaba de aquel modo. El capitán Williamson les ordenó que se detuvieran. Me hizo un gesto para que me acercara, me tendió la mano y la estreché.

—Si lo necesitas, háblales de mí —dijo—, y haz caso a lo que te dice el oficial. Te convendría adoptar un nuevo nombre. Es algo habitual. Sería un honor para mí que tomaras el mío.

Asentí.

Se lo llevaron.

Los acompañé hasta el campamento. Era inmenso. Uniformes y más uniformes haciendo cualquier cosa. Cargando carretas. Rodando barriles. Corriendo en grupo. Me llevaron frente a un teniente. Le explicaron mi historia. Él me observaba. Asentía despacio, pensaba rápido. Quiso saber si me habían maltratado. Mostré mi espalda. Como Whipped Peter, murmuró uno. El teniente me habló de los Corps d'Afrique. Preguntó si quería alistarme y ganar mi libertad.

Contuve las lágrimas y acepté.

Cuando fui a apuntarme tomaron mis datos.

—¿Nombre?

Solo conocía uno en ese nuevo mundo.

—James Samba Williamson —respondí.

Así sea. Me llevaron a un barracón de soldados negros. Miradas heridas y decididas. Me recibieron como a un igual. Me asignaron una litera. Me tocó con Peter Gordon, Whipped Peter. Vio mi espalda.

—Eres Whipped Samba —dijo, sin emoción.

Yo solo era uno más. Como él, en el fondo. Tenía el alma rota. Cuando dormía, gritaba. Me reconocieron que yo a veces también.

Nos entrenaron durante varias semanas. Grupo. Formación. Marchas. Disciplina. Armas. Disparo. Me esforcé. Me dije que, como en el barco, podía morir, pero que ahora podría devolver los golpes.

Un día dijeron que estábamos listos para entrar en combate, y nos pusimos en marcha.

Subimos y bajamos colinas. Pasamos cauces estrechos. Montamos y desmontamos campamentos. Avanzamos campo a través entre la niebla y el barro. Yo sentía miedo, y, al mismo tiempo, el fusil me transmitía tranquilidad. Cruzábamos un páramo cuando tiros empezaron a silbar. El corneta cayó derribado junto a mí. Me lancé cuerpo a tierra. No veía de dónde venían los disparos. Me cubrí la cabeza con

las manos. Después de todo lo vivido, no quería morir allí a las primeras de cambio.

Alcé el fusil por encima de mi compañero caído. Apreté el gatillo. Volví a disparar. Una y otra vez. Los cuerpos se desplomaban como sacos de tierra. Uno me apuntó desde una colina, pero yo disparé primero. Y acerté.

Recogí la corneta. Enterramos a los muertos. Seguimos avanzando.

Pasamos por campos calcinados. Granjas arrasadas. Niños muertos. Caballos degollados. Un soldado negro prendió fuego a una casa con gente dentro. Otro disparó a una anciana. Dijo que así pagaba la deuda con sus hijos. Lo comprendí. A mí también me reconcomía el odio.

Tocar la corneta me relajaba, su sonido estridente me hacía olvidar la podredumbre que se acumulaba a mi alrededor. Y también en mi interior. Poco a poco fui mejorando. Después me hice con una trompeta. Tampoco se me dio mal.

Un día gris y lluvioso llegamos a un lugar que me resultó familiar. Los campos, la arboleda, el establo al fondo. Mi plantación. Todo era ceniza. Los surcos habían desaparecido. El almacén todavía humeaba. De la rama de un árbol colgaba el cuerpo sin vida del capataz. Se mecía al ritmo suave que marcaba el viento. La cuerda tensa. Los ojos desorbitados. El pantalón manchado de negro en la entrepierna.

Alguien se había llevado sus botas de caña alta.

Escupí a sus pies sin dejar de mirar su rostro azul y pensé que había llegado tarde.

15

Tensión

—¿Por qué no hemos detenido a Fábregas ? —preguntó Riera, que tenía que apretar el paso para no quedarse atrás.

—Carecemos de motivos fundados, ¿no cree?

—Le hemos pillado en falta. Es obvio que oculta algo.

—Opino como usted, pero no me preocupa demasiado. Ya volveremos a por él.

—Entonces ¿era cierto cuando le dijo que le dejaba un tiempo para reflexionar?

—Muy cierto.

Dejaron a su espalda la iglesia de Santa María.

Un farolero encendía una farola encaramado a una escalera.

El cielo empezaba a perder luminosidad y la temperatura era más llevadera. La luna lucía ya a cierta altura en el firmamento, quizá para comprobar que el sol cumplía sus obligaciones y desaparecía por el horizonte.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Riera.

—Me gustaría localizar al cobarde de Harper para que me cuente qué cojones sucedió con Williamson y por qué no nos lo contó. Quiero averiguar de una maldita vez qué oculta.

—Si dice «cojones» y «maldita vez» es que está realmente enfadado…

—¡Señor Guasch! —gritó una voz aguda a lo lejos.

Los transeúntes se detuvieron y escrutaron a su alrededor.

Guasch y Riera se volvieron a un lado y a otro para identificar el origen del chillido. Y en ese momento lo supieron: de un guardia que bajaba a la carrera por la cuesta del Príncipe, junto al muro meridional de la iglesia del Carmen.

El joven trastabilló y cayó al suelo sobre un costado.

—¡Uf! —Riera apretó los dientes—. ¡Vaya costalada!

Se incorporó y apretó a correr de nuevo, ahora más despacio. Llegó a su altura sin resuello, cojeando y con expresión dolorida.

Era el guardia joven de aspecto infantil y voz aflautada que en ocasiones acompañaba al cabo Parra.

—Señor Guasch…

—Respire, hombre, recupérese…

Lejos de obedecer, trató de explicarse.

—… mujer… reloj…

Guasch y Riera se miraron sin descifrar el mensaje.

El chico apoyó las manos en las rodillas e inspiró con fuerza varias veces antes de volver a la carga y explicarse, ahora sí, con voz más clara.

—Hemos detenido a una mujer que trataba de vender un reloj de bolsillo, señor.

—¿A quién? —preguntó Riera.

—¿De quién? —preguntó Guasch.

—A un usurero del puerto que se dedica a comprar y vender objetos de todo tipo. —El guardia inhaló otra bocanada de aire—. El reloj pertenece, o pertenecía, según se mire, al caballero que andamos buscando desde hace semanas, Carlos María de Campos.

—¿Cómo lo sabe? ¿Está seguro?

—Completamente, señor. Las iniciales grabadas no dejan lugar a dudas.

—¿Dónde está la mujer?

—De camino a prisión. La hemos detenido en su casa, en Cos de Gràcia. El capitán Febrer ha ordenado dar con usted y estamos callejeando por toda la ciudad mientras él se dirige al Carme.

Se encaminaron hacia allí.

Si Guasch hubiese tenido fe en el Altísimo, en aquel momento se habría arrodillado a rezar un puñado de padrenuestros y avemarías.

El subinspector llevaba todavía el florero bajo el brazo.

Cesáreo Santos, el carcelero, estaba también hoy en la entrada de las instalaciones. No reconoció a Riera, al que apenas prestó atención y, sin embargo, se puso en pie apenas vio a Guasch.

—¡Buenas noches, señor! ¿Qué le trae por aquí a estas horas?

Le explicaron la situación y el guardián los acompañó escaleras arriba hasta una celda para que esperaran. Se disponían a tomar asiento cuando escucharon pasos y voces en el pasillo.

Febrer subía las escaleras seguido de dos de sus hombres, que flanqueaban a una mujer que, cual mártir, cabizbaja, representaba la viva imagen de la derrota: los cabellos lacios se derramaban sobre sus hombros caídos; restos de un torrente de lágrimas surcaban sus mejillas y bajaban por la barbilla y el cuello. Vestía un sencillo vestido negro que le cubría las piernas hasta los talones.

El capitán se acercó hasta ellos y estrechó sus manos antes de extraer de su bolsillo un objeto que entregó a Guasch. Era una cadena de oro de la que pendía un disco dorado de algo más de dos dedos de diámetro.

Guasch lo acercó a una de las lámparas que colgaban de los muros del claustro. La luz provocó destellos áureos que se reflejaron en el techo y en las paredes de la galería. En la parte trasera de la caja se leían las iniciales, perfectamente visibles, de un nombre compuesto: C.

M. C. F. C.

Carlos María de Campos y Fernández de Córdoba.

—No cabe duda respecto a su propiedad —confirmó Guasch.

—Lo que no cabe ahí son más letras —apreció Riera.

—¿Cómo ha aparecido?

—El comprador se ha dado cuenta enseguida de a quién pertenecía y lo ha denunciado.

Guasch señaló la espalda de la mujer, a la que conducían a una de las celdas.

—¿Quién es?

—Francina Ferragut, catalana y prostituta. No ha dado todavía ninguna explicación.

Guasch le dio una palmada de camaradería al capitán.

—Es toda suya.

—En absoluto, Guasch. Está a su disposición.

—En ese caso, le ruego que me acompañe. Y también usted, Riera.

Entraron en la celda en la que ya se había sentado Francina. Guasch dio indicaciones para que trajeran una jarra de agua fresca y vasos. Febrer se apoyó en uno de los muros y cruzó los brazos, dispuesto a presenciar el espectáculo. Riera colocó el jarrón en un rincón, rellenó los vasos de cristal y puso uno frente a la mujer, que no hizo gesto alguno y continuó cabizbaja y muda.

Cerraron la puerta.

—¿Sabe usted por qué está aquí? —preguntó Guasch.

Silencio.

—¿De dónde ha sacado el reloj? Lo único que no admitiré es que diga que…

—Lo encontré —dijo ella, recuperando la pose y al mismo tiempo la voz.

Francina no era joven, pero tenía una hermosura añeja que mantenía vivo el eco de su belleza anterior: facciones regulares y ojos grandes y oscuros que con seguridad hicieron perder la cordura a más de un caballero de cartera gorda y corazón espeso.

—Lo lamento, eso es justo lo que no voy a admitir. Intente otra cosa… ¿Qué tal si nos dice la verdad?

—Es la verdad.

Guasch negó con la cabeza.

—No tome ese camino, Francina, sobra que se lo diga. Parece usted una mujer inteligente. Espero que se dé cuenta a estas alturas de que le conviene colaborar. La hemos detenido porque se la relaciona con Carlos María de Campos ni más ni menos que por poseer su reloj de oro. Si tuviera usted alguna relación con su desaparición y posible muerte comprendería su mutismo, pero si no es así…

—*Per l'amor de Déu!* —exclamó—. *Jo no he mort a ningú!*

Guasch hizo una pausa generosa para que las palabras calaran en ella.

—Explíquese entonces. ¿Qué puede perder si es inocente?

La mujer se secó una lágrima indiscreta.

Guasch tomó el vaso, le dio un largo sorbo hasta casi apurar el contenido y decidió que Francina ya había tenido tiempo suficiente para meditar. Se disponía a apretarla cuando por fin arrancó a hablar.

—Me lo dio —dijo, lacónica.

—¿El reloj?

Francina asintió.

—¿Quién? —dijo Riera.

La mujer le dirigió una mirada fría.

—¿De verdad quiere que hable?

—Para eso estamos aquí, ¿no cree?

—¿Qué tal si nos lo cuenta desde el principio? —probó Guasch.

Francina Ferragut hizo un gesto afirmativo.

—Lo haré —accedió mojándose los labios y rodeando el vaso con las manos—. A ver, tengo un amigo, un *bon amic*, que conocía a Carlos María y que a petición suya decidió ocultarlo y…

—Un momento —interrumpió Guasch—, ¿quién dice que quería esconderse?

—Carlos María.

—¿Por voluntad propia?

—Eso mismo. Mi amigo le quiso auxiliar, pero no tenía ningún lugar donde llevarlo. Vino a mi casa en plena noche, me despertó y me pidió ayuda. Me dijo que no supondría ningún riesgo, que haríamos un favor a ese caballero y, también, que podríamos sacarnos un buen dinero.

—¿Está tratando de decirnos que le ocultó en su casa? —preguntó Febrer.

—Exacto.

—¿En serio?

Ella le miró con una expresión devastada.

—¿Cree que estoy para bromas?

—Quiero decir que mientras nosotros nos volvíamos locos registrando toda la isla, ¿él estaba tranquilamente instalado en su casa?

—Le repito que sí.

La prostituta permanecía tranquila, como si de repente, una vez tomada la decisión de sincerarse, ya todo diera lo mismo. Como si aquella charla fuera una liberación.

—¿Le explicó por qué o de quién huía?

—Le buscaba alguien que él no quería que le encontrara.

—Eso es lógico, señora, pero no resuelve nuestras dudas de quién y

por qué.

La mujer hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Eso sí que yo no lo sé.

—Es imposible que en todos estos días no le haya contado nada. ¿No conversaban?

—¿Le da la impresión de que yo, míreme bien, tengo poder sobre un hombre como ese como para convencerle de que me cuente lo que sea?

—Las mujeres saben hacernos hablar —dijo Riera—. Y más todavía…

Calló.

—¿Las furcias? ¿Es lo que iba a decir?

Francina iba ganando confianza y se iba soltando de la lengua.

Eso era bueno.

Riera se encogió de hombros.

—¿Qué hacía él durante el día? —continuó Guasch.

—Leía la prensa. De hecho, yo le compraba *El Diario de Menorca* cada día y cualquier otro periódico que encontrara. También le conseguí libros.

—¿Qué más?

—De las cosas íntimas no entraré en detalles. —Esbozó una sonrisa traviesa—. Solo diré que las hacía muy bien y que le gustaba hacerlas muy a menudo. Le procuré algo de ropa y salió un par de días a la calle.

Guasch se dio cuenta de que estaba boquiabierto.

—¿Quiere decir que Carlos María se disfrazaba y salía a la calle?

Francina Ferragut asintió sin más.

—Bueno, ¿y qué pasó con él? ¿Dónde está?

—No lo sé. Un día al anochecer salí a comprar comida y al regresar ya no estaba.

—Quizá alguien lo descubrió —sugirió Riera—. ¿Había signos de lucha?

—No. Se marchó él por su propia cuenta. Dejó el reloj y algo de dinero junto a una nota en la que me daba las gracias.

—¿Sabe usted leer? —se extrañó Guasch.

—No, pero distingo algunas palabras…

—¿Podríamos ver la nota?

—Supongo que estará en casa.

—¿Cómo que *supone*? No le escribirán cartas tan importantes todos los días. Espero por su bien que la haya guardado, porque es su mejor coartada. Ya registraremos nosotros su casa. ¿Algo más que recuerde?

—Me pidió material para escribir. Papel, tinta, pluma… Esas cosas.

—¿Sabe si se dirigió a alguien en concreto?

Nuevas negaciones de cabeza.

—¿Quién entregó las misivas a su destinatario?

—A mí no me lo pidió, por lo que imagino que lo haría él mismo en sus salidas.

—¿Dónde podemos encontrar a su amigo? —preguntó Riera.

Francina cruzó los brazos sobre el regazo y le miró con el ceño fruncido.

—No hemos hecho nada malo.

—Interferir en una investigación ocultando a una persona que la autoridad está buscando sí es hacer algo malo, señora —dijo Guasch —, pero, como comprenderá, necesitamos asegurarnos de que no hay nada más grave detrás de todo esto. Sin pruebas, su declaración no es más que una fábula bien enlazada.

—¡Les he dicho la verdad! Además, ¿qué delito hay en dar cobijo a quien lo pide de manera voluntaria? ¿Dónde está la culpa?

De ser cierta su narración, no le faltaría razón.

Entonces vio claro qué pretendía ocultar la mujer.

—¿Puede darnos el nombre de su compinche? —siguió apretando Riera.

—Joan —dijo Guasch, sin apartar los ojos de ella—. Es Joan, ¿verdad?

Francina dio una sacudida.

—¿Joan Fábregas, el de la imprenta? —dijo Riera—. ¿Ve cómo sí que ocultaba algo?

Se lo quedaron mirando todos, también Febrer, que parecía haber atado cabos por su cuenta. Y no es que Riera no fuera capaz de hacerlo, sino que siempre, a cualquiera, le resulta complicado razonar cegado por los sentimientos.

Y no existe sentimiento más poderoso y condicionante que el amor.

—No, subinspector —explicó Guasch—. La persona de la que nos habla la señora Francina no es Joan Fábregas, sino Joan Riera Riera, su hermano y sospechoso de ser visto con Carlos María de madrugada, después de la famosa timba nocturna. Se acaba de demostrar que Joan nos mintió a todos.

Joan Riera Riera hizo acto de presencia en el claustro del Carmen dos horas después de que, pese a las quejas reiteradas de Riera, Guasch ordenara su detención. El *mestre d’aixa* lucía un aspecto deplorable cuando llegó: manos atadas a la espalda, ropas rasgadas y un ojo a la virulé que indignó al subinspector hasta el punto de encararse con Febrer.

—¡Esto es intolerable! —gritó—. ¿Así es cómo trata usted a los sospechosos?

El menorquín se lo tomó con filosofía.

Hizo una seña a la pareja de guardias para que permanecieran en la

sala. Se apostaron detrás del detenido con cara de pocos amigos.

—Nadie me había informado de que fuera usted hermano del sospechoso, Riera —dijo dirigiendo una mirada de reproche a Guasch—. En cualquier caso, no hemos tenido alternativa. Su hermanito ha opuesto la máxima resistencia.

—¡Haré que le degraden, capitán!

—No se altere, subinspector —dijo Guasch, incómodo—, vamos a mantener la calma.

—Yo estoy muy tranquilo.

—¿Sabe qué es lo que menos nos gusta a los menorquines de los ibicencos? —dijo Febrer, que era un hombre apacible mientras no le tocasen las narices—. Que los civiles de aquí no llevan armas porque históricamente lo han tenido prohibido y, por tanto, no tienen esa costumbre. En cambio ustedes, ¡ay, los ibicencos!, son *cavalls desfermats* y van siempre pertrechados con una, cuando no con varias, siempre listos para sacar la cuchilla o el *catxorrillo* y amenazar a quienquiera que se enfrente a ustedes. Es algo…, ¿cómo le diría?…, muy cansado.

—¿Y a santo de qué me cuenta esta entrañable historia costumbrista?

—Pregúntele a su hermano.

—¡Yo solo me he defendido! —exclamó el aludido—. ¿Me desatan?

Riera clavó los ojos en Joan antes de volverse hacia Guasch.

—Desátelo —exigió el subinspector—. Es mi hermano.

Febrer lanzó una mirada interrogativa a Guasch, que hizo un gesto de negación.

—¿Cómo que no? —continuó Riera—. ¿Qué le sucede hoy?

—Sucede que su hermano es un caradura que nos ha mentido a todos, incluido a usted, y que hoy no solo se ha resistido a la autoridad, sino que la ha atacado cuchillo en mano.

—¡Yo no he mentido! —Joan acudió a su hermano—. Toni, ¡tienes que creerme!

—*Tu calla, tros d'ase!* —soltó Riera—. Desátelo, le aseguro que no hará nada.

Guasch chascó la lengua repetidamente.

—Que siga atado y bien atado, ¿me he explicado con claridad?

—Meridiana, señor.

El cutis de Riera estaba adquiriendo un tono verdoso.

—¿Se puede saber qué pasa aquí? —exigió Joan—. ¡No me han dicho nada!

Guasch sacó el reloj de Carlos María del bolsillo y lo colocó sobre la mesa.

—¿Lo reconoce?

El prisionero se quedó petrificado.

—No lo he visto en mi vida…

—Hace unos días mentía mejor —dijo Febrer.

—No tenemos manera de comprobar que las patrañas de esa mujerzuela sean ciertas —replicó Riera.

Guasch no alcanzaba a comprender por qué, por mucho que el detenido fuera su hermano, el subinspector no era capaz de poner en contexto la situación y reprender al sinvergüenza de Joan en lugar de defenderlo a capa y espada.

—¿Qué mujerzuela es esa? —preguntó Joan.

—Francina Ferragut —respondió Riera—. ¿La conoces?

El carpintero de ribera apretó los labios.

—Hum… Ahora no caigo…

—Pues se ha quedado usted blanco al oír su nombre. Francina nos lo ha contado todo —dijo Guasch, mirando a Riera—. ¿Por qué no deja de mentir?

—A saber qué se ha inventado esa lunática —musitó Joan.

—Ah, ¿ahora es una desequilibrada? ¿En qué quedamos, la conoce o no?

Riera explicó a Joan con voz monótona la declaración de la prostituta y este trató de aprovechar la confesión a su favor.

—¡Es cierto lo que ella dice, no hemos cometido ningún delito!

Daba palos de ciego.

Guasch lo sintió por su amigo, pero al mismo tiempo se sentía utilizado por aquel mamarracho que lo había puesto en evidencia y le había obligado a interceder ante la máxima autoridad judicial de la isla.

—Usted mintió a la Guardia Civil y a su señoría.

—A mi señora… ¿qué?

—A su mujer, por lo que intuyo, también, pero yo me refería al juez, el que le encerró y le tomó declaración. Y eso, se lo recuerdo, es un delito que puede ser penado con severidad. Me encargaré en persona de que reciba su merecido.

Joan ignoraba sus amenazas.

Los ojos le brillaban y lo imaginó valorando los pros y contras de la situación, pensando qué pasos le convenía dar para salvarse.

Guasch calló, dispuesto a dejar que ese impresentable siguiera cavando su propia tumba.

Joan se llevó la mano a la barbilla y entrecerró los ojos.

—Ya empiezo a recordar… —murmuró—. Sí, es cierto que el tipo de la partida me pidió ayuda. Le dirigí a casa de Francina y eso fue todo, hasta ahí llegó mi colaboración con él.

—¡Tuvo usted la sangre fría de negarlo ante el juez y ante mí! —saltó Febrer.

—¿Por qué? —preguntó Guasch—. ¿Qué le ofreció?

—Dinero, ¿qué si no?

—¿Y a qué viene la venta del reloj? ¿No tenían suficiente para repartir con el dinero que les pagó?

Ahora sí el carpintero pareció molesto.

—Francina se ha vuelto loca —masculló—. *Fa cadufos sa catalana aquesta!*

—Me extraña que les regalara un reloj como este, que vale una fortuna…

—… una fortuna que no necesitábamos —añadió Joan—. Nos dejó dinero como para que no hiciera falta tocarlo.

—¿Cuánto?

Joan respondió y Riera enarcó ambas cejas.

—Caray…

Su hermano asintió y agachó la cabeza.

—Soy de la teoría de que secuestraron a Carlos María con alguna triquiñuela, le robaron, lo mataron, se deshicieron del cuerpo y, en un error clamoroso, decidieron vender esta joya. Fin de la historia.

—Eso no solo es mentira, sino que además es una estupidez.

—Aquí el único mentiroso es usted y el único estúpido, también.

Joan se levantó de un tirón empujando la mesa y la pareja de guardias tuvo que esforzarse para contenerlo. Riera no supo cómo reaccionar.

—Es usted muy valiente así, ¿eh? Libéreme las manos y atrévase a repetírmelo…

Guasch permanecía sentado en su silla sin alterar el gesto.

—Gracias por sus amenazas —dijo—. Son muy ilustrativas. ¿Ve el tipo de hombre que es su hermano, Riera? Pretende convencernos de que no ha matado a Carlos María cuando por esta nimiedad estaría encantado de rebanarme el cuello.

—¡Me ha ofendido usted adrede!

—Me he limitado a devolverle su insultito indirecto.

Riera calmó a su hermano por lo bajo.

Un guardia entró con discreción para entregar una nota doblada a Febrer. El capitán le echó un vistazo rápido, miró a Guasch e hizo unos círculos con el dedo. Ya se lo comentaría después.

—¿Entonces? —prosiguió—. ¿Qué dice de la declaración de Francina Ferragut?

—¿Es tu amante? —preguntó Riera—. Estás a punto de tener un hijo con una buena mujer y resulta que…

—No estás tú, *germanet*, después de haber perdido la finca familiar, en posición de darme lecciones de nada, ¿no crees?

—Que yo cometiera un error no justifica los tuyos.

—*Ves-te'n a cagar.*

—*Ves-te'n tu a pendre pes…!*

—No podemos dar por buena su versión —cortó Guasch—. No tiene usted ninguna prueba que la confirme. Me temo que van a tener que pasar usted y su querida amiga mucho tiempo encerrados.

—¡Eh, oiga! —gritó el subinspector, superado por la situación—. ¡No emplee esos trucos con mi hermano! ¡Que sea un imbécil no significa que haya matado a otra persona! ¡Tiene que sacarlo de aquí!

—Subinspector, ya sabe usted que…

—¡Sáquelo! —Riera se acercó a él y le dio un empujón.

Guasch levantó las manos y se dirigió a Febrer sin apartar los ojos de su amigo.

—Capitán, saque al subinspector Riera de aquí, si es tan amable.

—¿Cómo? —Riera se revolvió cuando los dos guardias trataron de agarrarle de los brazos—. ¡Me niego! ¡Suéltenme!

En el forcejeo volcaron una silla, que cayó con un crujido sobre el paquete del jarrón. Entre chillidos y empellones, casi a rastras, lograron sacarlo de la celda.

—¡Maldita sea, Guasch! —vociferó todavía desde el pasillo—. ¡Usted sabe que esto puede hacerse de otra manera!

Solo al cerrar la puerta se amortiguaron sus alaridos.

Guasch sintió que le temblaba el cuerpo y necesitó un tiempo para serenarse antes de dirigirse de nuevo al prisionero. Lo hizo procurando no alterarse para que su mensaje calara bien.

—Hace unos días di la cara por usted ante el juez para que le sacaran del calabozo porque, en efecto, creía que no había pruebas sólidas en su contra. El motivo principal para que me involucrara en esto fue el respeto y el cariño que me merece su hermano, quien, se lo garantizo, hizo cuanto estuvo en su mano para convencerme de su inocencia. Nos ha hecho usted quedar en una muy mala posición frente al juez y a su hermano frente a mí. —Apuntó con el pulgar hacia la puerta—. Ahí lo tiene, indignado con usted y, pese a ello, defendiéndolo a ultranza.

—Era inocente antes y ahora.

—Pues yo solo distingo a un maldito egoísta al que no le importa poner a los demás en evidencia con sus mentiras y su ineptitud —le señaló—. Esta vez tendrá que esforzarse mucho para hacerme cambiar de opinión. Le conviene ofrecernos pruebas claras que confirmen lo que nos cuentan.

—Me temo que será difícil dárselas cuando precisamente nuestra intención era actuar con discreción.

—¿Y la nota de agradecimiento de Carlos María?

—A saber qué habrá hecho con ella la estúpida de Francina…

—Ya… —Guasch se puso en pie y le hizo un gesto a Febrer—. Pues en ese caso le repito lo que le decía antes: póngase cómodo, porque pasará una buena temporada encerrado entre estas cuatro paredes.

El mensaje garabateado en la nota recibida por Febrer era conciso:

Señor Guasch, pase con urgencia por mi casa.

Lo firmaba Francisco Vinent quien, en un alarde de formalidad, había estampado su ovalado sello personal al pie de la hoja.

Salió a la plaça del Carme cuando el reloj del Ayuntamiento marcaba la medianoche.

No había ni rastro de Riera en la calle.

—¿No es tarde para ir de visita? —comentó Guasch—. Vinent deja clara su voluntad de encontrarse conmigo cuanto antes, pero ¿a estas horas?

—A saber lo que querrá…

—Dudo que escriba una nota como esta para tirarnos de las orejas. —Hizo una pequeña pausa—. Quizá quiera contarnos algo. Tal vez tenga novedades sobre Carlos María. ¿Me acompañaría usted?

—¿Acaso puedo negarme?

Guasch miró de reojo a Febrer, que le correspondió.

También el menorquín estaba cansado, quizá tanto o más que él, pero el deber lo empujaba a continuar. Siempre el deber, el maldito deber.

Le asustaba cuando, en los últimos tiempos, se imaginaba desentendiéndose de sus responsabilidades, dejando el Cuerpo de Investigación del Crimen y haciendo lo que le viniera en gana. En esos momentos de debilidad se planteaba a qué dedicaría su tiempo de no consagrarlo a su sacrificada profesión, de qué manera disfrutaría de su privilegiada vida libre de la carga autoimpuesta de hacer propios los problemas de los demás. ¿Se mudaría con Lucía a París y viviría con ella su aventura universitaria? Irían a conciertos, al teatro, donde les apeteciera. ¿No estaría ahí la verdadera felicidad? La tenía al alcance de la mano y estaba renunciando a ella. Pensó en el motivo que le impulsaba a hacer esos sacrificios: el esfuerzo continuo, las pesadillas y las noches sin dormir, o el trato con monstruos recubiertos de piel humana pero carentes de remordimiento, compasión o de un mínimo de humanidad. A eso había que sumar, para más *inri,* discutir con amigos tan queridos como el subinspector Riera. Y se dijo que la única recompensa que justificaba ese vía crucis era que los culpables de un horrible crimen pagaran por sus maldades. Si era necesario, con su propia vida.

Sí, sin duda bien valía el esfuerzo, al menos hasta que su mente dijera basta.

Pero que tuviera que recordárselo tan a menudo era que algo fallaba en todo aquello.

Se centró.

La casa de Vinent quedaba a tiro de piedra.

Un orfeón de marinos extranjeros entonaba una canción lejana que apenas les alcanzaba como una caricia sutil y que se sumaba al habitual runrún nocturno en las animadas callejuelas de Es Barrio. La función de aquella velada estaba en marcha.

—¿Qué opina del asunto del reloj? —preguntó el capitán cuando cruzaban la plaça del Príncep—. ¿Cree que mienten?

Guasch comprendió que no tenía ningún veredicto que emitir.

—No tengo la menor idea.

—Ni yo. Solo le pedía su opinión.

—El condenado Joan me tiene despistado —admitió—. Me crispa. Por embustero, cosa que en condiciones normales no me afectaría, y por provocar que Riera no razone y se ponga de su lado contra viento y marea. Por cierto, le pido disculpas por no haberle informado de los lazos que unían a Riera con Joan. No lo consideré oportuno y me equivoqué.

—No le dé más importancia.

—Y volviendo a su pregunta, pensaba que Francina podía estar diciendo la verdad, pero, después de escuchar a Joan, no estoy tan seguro. Miente más que habla, y no me merece confianza alguna. Sea como sea, quiero que reflexionen, que se esfuercen por salvar el pellejo.

—¿Qué espera que digan?

—Lo que sea que nos ponga en la pista de Carlos María.

Llegaron a la puerta del comerciante y naviero.

Febrer agarró la aldaba y arreó, siguiendo su costumbre, tres zambombazos cuyo eco resonó en toda la calle Cos de Gràcia.

—Que se enteren todos de que hemos llegado —dijo el capitán.

El rostro somnoliento de un vecino asomó por un ventanal cercano.

—Creo que lo ha logrado —confirmó Guasch.

La criada que tan parsimoniosamente les abrió la vez anterior estaría descansando, porque quien atendió la puerta esta vez fue un individuo de cuello grueso, mandíbula ancha y ojos turbios. Vestía un traje de buen paño negro que se ajustaba a la perfección a su cuerpo compacto y bien esculpido.

Guasch tuvo que echar un vistazo a la fachada para comprobar que no se habían equivocado.

—Esta es la casa de don Francisco Vinent, ¿verdad? —preguntó.

El recepcionista de aspecto, mirada y modales de matón se hizo a un lado.

—Les están esperando.

—¿Quién?

—Entren y lo sabrán.

Obedecieron.

Todas las lámparas de la casa estaban encendidas y Guasch se preguntó qué acontecimiento justificaba semejante derroche, pues no había orquesta, ni murmullo de conversaciones, ni invitados. Era obvio que allí no se celebraba ninguna fiesta. Del fondo del pasillo, donde se encontraba el despacho de Vinent, emergía una voz grave que expresaba con vehemencia un mensaje que no logró entender.

—¿Qué se celebra esta noche? —bromeó Febrer—. No oigo música…

El guía le observó como si fuera un mosquito molesto para, después, formar una maza con el puño y tocar a la puerta con una delicadeza impropia de su sospechoso porte. Guasch se fijó de nuevo en él y se dijo que le resultaba familiar. No sabía qué se iban a encontrar, pero intuía que no le agradaría lo más mínimo.

La voz autoritaria cesó y se oyó una silla al arrastrarse seguida de unos pasos.

La figura de Francisco Vinent se perfiló en el marco de la puerta. Cuando reconoció a Guasch se apartó sin pronunciar palabra. Su rictus, más que serio, parecía mostrar una emoción más elevada, impropia de la persona autosuficiente con la que departió días atrás en aquel mismo despacho repleto de carpetas y cuadros.

Parecía un inocente corderillo.

Si tuviera que apostar, diría que tenía miedo.

Un brazo sobresalía del reposabrazos de una de las butacas. El respaldo impedía distinguir la identidad del misterioso visitante, que sostenía entre los dedos un puro de gran calibre. El invitado soltó una bocanada de humo, descruzó las piernas y se puso en pie.

A Guasch no le costó reconocer ese cuerpo alto y fornido, la calva reluciente y las desproporcionadas y pobladas patillas. Pese a estar de medio lado y a lo inconcebible de su presencia en aquella isla. En aquella casa. En aquella habitación.

Don Carlos Marfori y Callejas, amante de la reina Isabel II de España y supuesto padre de sus últimos hijos, recién nombrado gobernador civil de Madrid apenas unos días atrás y reconocido por unanimidad como el hombre más poderoso e influyente del país, se giró y clavó sus ojos en él.

—¿Qué diablos está pasando aquí, Guasch?

Guasch y Febrer desanduvieron cabizbajos el breve tramo que separaba la casa de Francisco Vinent de la de Andreu Orfila. Se detuvieron frente a la puerta. Guasch estaba todavía desconcertado, pese a que había pasado más de una hora desde que el favorito empezara a pedir explicaciones y a arengar exigiendo resultados inmediatos.

—No lo entiendo —dijo.

—¿No entiende qué hace Marfori en Menorca?

—Eso es.

—Buscar a su hijo, ¿no?

Guasch chascó la lengua mientras ordenaba las ideas que le asaltaban desde que cayó en aquella encerrona.

—Usted no conoce a Marfori…

—En eso he de darle la razón. Lo único que le puedo decir por lo que acabo de ver es que es un arrogante.

—Con sus inferiores suele serlo, pero con los que le conviene le aseguro que es un tipo apacible que sabe ganarse su favor por las buenas. Me extraña que esté en Menorca cuando acaba de ser nombrado hace dos días gobernador civil de Madrid. ¿Cómo es capaz de desatender sus obligaciones en un momento en el que todavía, literalmente, se está fusilando a los sublevados de San Gil? Si hay una plaza en España que necesita una cabeza pensante en estos momentos difíciles es sin duda la capital.

—No entiendo por qué no le cuadra que sea un padre responsable preocupado por la desaparición de su hijo.

—Para empezar, no es su hijo, por mucho que lleve casado con su madre desde que era un crío. Es solo que no me convence en alguien tan frío, calculador y poco dado a romanticismos o sentimentalismos. —Guasch hizo sus cálculos—. Es prácticamente imposible llegar a la isla tan rápido si ha pasado tan poco tiempo desde su nominación. Tuvo que partir justo después de su toma de posesión, e incluso así, me parece demasiado precipitado.

Febrer rio por lo bajo.

—¿Qué he dicho que sea tan gracioso?

El capitán obvió su tono seco y respondió con naturalidad.

—Que es el favorito de la reina y que disfruta a su antojo del coño real.

—Yo diría que el coño real tiene vida propia y que es él quien dispone cuándo le place disfrutar de la verga de Marfori o de cualquier otra que le venga en gana.

Febrer hizo un gesto con la mano.

—A lo que voy es que si este hombre es capaz de beneficiarse a la reina, también tendrá a su disposición los carruajes más veloces, propios o de palacio, y al llegar a la costa, la embarcación más rápida con la tripulación más preparada. Guasch, si alguien está capacitado para moverse raudo en este país, dentro de lo posible, es él.

—Sí, pero ¿para qué?

—Para encontrar a su hijo. No creo que haya que darle más vueltas.

—Además —prosiguió Guasch, ignorando el comentario del menorquín—, casi no me ha dado ni tiempo de coger las riendas de la investigación. Es decir, Marfori tomó la decisión de venir cuando yo

estaba, como quien dice, desembarcando en Maó. No tiene sentido.

Suspiró. Era tarde, la jornada parecía no terminar nunca y le costaba pensar con claridad. Ya había tenido suficientes sorpresas en lo que iba de día.

Tenían que descansar. El día siguiente prometía ser largo y pesado.

—Capitán, gracias por su ayuda y su esfuerzo.

—¿Bromea? Esto es lo más entretenido que he hecho desde que regresé a Menorca. Encerrar marineros borrachos por desorden público no tiene nada de apasionante.

Se emplazaron a la reunión matutina a la que, de manera inevitable y muy a su pesar, acudiría Marfori como invitado especial para, no tenía duda, ponerse al frente de las acciones de campo.

Le dejaría hacer. Quizá incluso lo organizara mejor que él.

Guasch tocó a la puerta que, inesperadamente, abrió Andreu en persona.

Tenía una expresión forzada.

Aquello no le gustó nada.

—¿Qué sucede?

—¿Por qué has tardado tanto? —le regañó.

Su amigo le hizo entrar y cerró la puerta tras de él.

Después, sin mediar palabra, lo tomó del brazo y de esa guisa lo guio con pasos rápidos hacia la biblioteca.

Si algo no le apetecía ahora era ponerse a charlar frente a una copa de ron.

Pero dudaba que aquella espera fuera para sentarse a conversar.

—Andreu, ¿vas a decirme qué pasa?

No comprendía nada, y su amigo seguía sin abrir la boca.

Sintió que se le encogía el corazón.

Su primer pensamiento fue para el subinspector. ¿Le había sucedido algo a Riera después de haberlo echado de mala manera de la prisión? Confiaba en que no. ¿A Sara, tal vez? ¿Acaso le había contado lo de Ciutadella? Se dijo que fue algo entre dos adultos y que Andreu no tendría que actuar así. Desde luego, no era algo de lo que sentirse orgulloso, pero…

Abrió la puerta de su santuario de libros y dejó a la vista dos baúles de distinto tamaño y aspecto robusto que descansaban en mitad de la estancia.

Los conocía.

Los conocía muy bien.

Empezó a faltarle el aire.

Andreu esbozó la sonrisa del que se ha conchabado para dar una sorpresa inolvidable.

—¡Cucú! —exclamó Lucía, que se asomó riendo desde detrás de una estantería—. Dios mío, Marc. ¡Cualquiera diría que has visto un

fantasma!

Y su esposa, desparramando su adorable risa cristalina, se echó a sus brazos.

TERCERA PARTE

X

El dueño de la funeraria

Decían que ganábamos. Que las tropas del norte avanzaban. Que los esclavistas huían. Que en breve se rendirían y suplicarían que firmáramos la paz. Nosotros seguíamos luchando y muriendo. Creíamos en la victoria. Una noche de insomnio junto a una hoguera comprendí que la guerra no me necesitaba, pero yo a ella sí. ¿Qué haría cuando terminara? Me miré las manos manchadas de sangre. ¿Sabría vivir sin disparar, sin matar? Traté de contar los hombres que había derribado en combate. Diez veces diez y me faltaban dedos.

Un día triste cayó Whipped Peter. Nuestro estandarte. La llama fría de sus ojos se apagó entre mis brazos mirando a la nada. Se marchó sin dejar una última frase memorable, un legado para la posteridad. Tan solo se apagó. A los pocos días nos retiraron del frente para reagrupar a las fuerzas. Un oficial blanco me palmeó la espalda. Dijo que éramos héroes. Me pidió mi nombre. «James S. Williamson», respondí. Me dio las gracias y me sonrió. Yo no correspondí.

Bajamos de los carros frente al cuartel. Nueva Orleans olía a humedad y a mar. Nuestro regimiento desfiló por la ciudad. Los nuestros aplaudían. Las mujeres blancas se volvían para recibirnos de espaldas. Nos dieron unos días de permiso. Paseé por el Vieux Carré. Música de fondo. Risas. No me importaba estar solo. Deambulé hasta el muelle.

Me senté en el entarimado en el que me subastaron. En el mismo sitio en el que estuve en pie frente a esos caballeros blancos. Pasé la mano por los tablones. Parecían nuevos. Los habrían cambiado hacía poco. El agua lanzaba destellos intermitentes al atardecer. Los barcos amarraban en el mismo lugar. Unos hombres descargaban cajas. Un niño corría tras una paloma. Yo tenía las muñecas libres, las piernas fuertes y las manos callosas, pero en ese momento sentí que seguía siendo aquel chico delgado que contaba con los dedos y buscaba a su madre y a su hermana entre los supervivientes. Apoyé la frente sobre las rodillas y cerré los ojos. Me acordé de las palabras sabias de Malembe. Pronuncié los nombres de los míos en voz baja uno por uno, como un rezo.

Creí identificar una cara entre los estibadores. Un negro de

nariz partida y expresión de hastío. Cabello ceniza. Era él, uno de los marineros de Mongomó. Recordé su olor agrio. Su aliento fétido. Su mirada vacía. Y a la niña que viajaba a mis pies y de la que también abusó. Recordé a Mongomó. El diablo blanco. El monstruo que visitaba mis pesadillas. Recordé el cuerpo de padre derrumbarse tras los latigazos y cómo aquel negro de nariz rota se rio, ese mismo que ahora tenía frente a mí. Recordé cuando lanzaron a padre por la borda. Los muslos sangrantes de madre. La desaparición de Lemba. La última sonrisa de Kofi. Y la profecía de Malembe de que algún día entendería por qué los espíritus me permitieron sobrevivir.

Me acerqué a él. Seguía apestando, como si no pudiera desprenderse del olor a muerte y a sudor. Se volvió. Observó mi uniforme con desconfianza.

—Te conozco —dije—, pero tú no te acuerdas de mí.

—No sé quién eres, negro, lárgate de aquí.

Vi temor en sus ojos. Fuera de la manada era cobarde y yo ya no era una criatura indefensa.

Sus compañeros detuvieron la faena para mirarnos. Bajé la vista y me alejé con discreción dispuesto a esperar.

Si algo se aprende en el ejército es a ser paciente.

Le seguí al final de la jornada. Se alejaba del centro arrastrando los pies. Tomó un camino solitario rumbo a ninguna parte y me puse a silbar una canción del batallón. Se giró.

—¿Por qué me sigues, negro de mierda? ¿Qué cojones quieres de mí?

Me puse a su lado.

—Busco a Mongomó.

—No sé de quién hablas. Déjame en paz.

Se dispuso a continuar. Le agarré del brazo y se volvió. Me empujó y comprobé que, felizmente, una nariz rota años atrás puede volverse a partir. Me miró desde el suelo con la cara ensangrentada y un velo de pánico en la mirada.

Apoyé una rodilla junto a su cabeza.

—Busco a Mongomó —repetí.

—Pregunta a Pepe Llulla, el dueño de la funeraria y que también posee varios cementerios. Si alguien le conoce tiene que ser él. Yo también fui un esclavo, hermano. No tuve más remedio que hacer aquello. Tenía que sobrevivir.

El cráneo de un hombre es más duro de lo que a simple vista aparenta, pero con empeño y una buena piedra se quiebra igual que un coco. Y con un ruido similar. Todo en la

vida es cuestión de ganas, y yo tenía muchas.

Dejé sus restos a la luz de la luna confiando en que los coyotes estuvieran hambrientos y se dieran un festín.

Fui en busca del tipo aquel.

Pepe Llulla. Español. Unionista respetado. Una institución. Un hombre que no perdía sus duelos y al que, aseguraron, no convenía enfrentarse. Fui a su casa en plena noche. Me abrió un hombre en bata. Llevaba un libro en la mano. No era alto ni parecía fuerte, pero sus ojos me inspeccionaron a mí y a cuanto había a nuestro alrededor en apenas un parpadeo. Supe que era cierto lo que decían de él, que debía ir con tiento. No reconocí en sus rasgos a ninguno de los tripulantes.

—¿Mongomó? —pregunté.

—No conozco a nadie que responda a ese nombre. Lo siento, muchacho, pero no te voy a poder ayudar.

—Sé que le conoce.

—No te digo que no, pero si es el caso, yo no lo llamo así.

Examiné sus ojos y vi que decía la verdad.

Cuando daba media vuelta añadió algo más.

—¿Sabes dónde está Mô? Está en Menorca, mi tierra. Es una isla de hombres de mar. Algunos venían por aquí.

Conocía la palabra *mongo* y él me enseñó el significado de Mô.

Asentí, le di las gracias y me marché.

Quise creer que tenía razón. Me había proporcionado un objetivo.

16

Gente nueva

—Sara —llamó Lucía—, ¿serías tan amable de pasarme la cesta del pan, por favor?

—Por supuesto, querida.

Guasch vio absorto cómo la menorquina le tendía la canasta a su esposa, que agradeció la deferencia con un sutil gesto de cabeza y una sonrisa. Todavía le costaba creer que Lucía estuviera desayunando con ellos en el carrer Anuncivay de Mô, que apenas recibido el habitual telegrama informando del lugar de su próximo destino hubiese decidido visitarlo. Había viajado en tren de París a Marsella. Al llegar a la Provenza había descubierto que el puerto marsellés presentaba la bandera sanitaria amarilla y, con buen criterio, consideró que no valía la pena ir hasta Menorca desde allí para verse obligada a cumplir cuarentena en el lazareto. Decidió probar suerte en Toulon, donde, para su fortuna, logró embarcar en una goleta rumbo a Maó.

Y ahí estaba.

Para verle a él.

Porque, como reconoció ya a solas en su habitación aquella primera noche, ella también lo necesitaba.

Habían hecho el amor hasta caer rendidos. Recuperaron la complicidad, esa que se pierde cuando el tiempo y la distancia imponen su ley, y las ansiosas lecturas de las cartas y, sobre todo, de los impersonales y detestables telegramas, provocan malas interpretaciones que a la larga generan dudas y malestar.

En compañía de Lucía, ninguna Sara le podía despistar.

Sabía que era una frase vacía porque, aunque fuera cierta, lo suyo era no despistarse nunca.

No tener debilidad.

Recordó a su hermano y a su cuñada, distanciados desde lo sucedido en Palma y con dos hijos pequeños.

Él no quería acabar así.

Estuvo tentado de confesarle su desliz, sus dudas, pero en el último suspiro optó por no estropear aquella feliz noche de reencuentro. O tal vez se acobardó, las palabras no le salieron, y esa era una buena excusa para no contárselo.

Sí aprovechó la noche en cambio para, con sus cuerpos entrelazados, ponerla al día de la doble investigación. Le explicó hasta el menor de los detalles y, por supuesto, las últimas novedades del

caso de Carlos María: la segunda detención de Joan Riera, su triste altercado con el subinspector y la reciente llegada de Carlos Marfori. Lucía, como siempre, le dejó hablar, le preguntó cuanto consideró oportuno y se ofreció para hacer lo que estuviera en su mano para ayudarle en las pesquisas o para calmar los ánimos de Riera.

Apenas durmieron y, sorprendentemente, Guasch se despertó con el ánimo renovado.

Prestó atención a la conversación, que en ese momento giraba en torno a una noticia publicada en *El Diario de Menorca* que se hacía eco de la llegada inminente, el próximo sábado a media tarde, del acorazado imperial francés Solferino, un prodigio náutico dotado de artillería de gran calibre y revestido con blindaje de hierro y doble puente. Una embarcación única en el mundo que había recibido infinidad de loas por parte de la prensa naval extranjera.

—Franceses —comentó Andreu, poniendo los ojos en blanco—, siempre vienen en son de paz, pero no desaprovechan la ocasión de enseñar los dientes.

—¡Coincidirá con la celebración de tu aniversario! —exclamó Sara —. Habrá que citar a los invitados después de la llegada del vapor para que puedan disfrutar tranquilos del espectáculo. Imagino que el capitán general y el subgobernador civil harán los honores y llegarán más tarde. ¿Crees que deberíamos invitar también al comandante y a los oficiales del Solferino?

—Sería lo suyo…

La conversación se centró en los preparativos de la celebración.

Se oyó a Toni Petit que bajaba corriendo por la escalera dando voces para, al entrar en el comedor y encontrarse con Lucía, detenerse pasmado y lanzarse a sus brazos.

—¡Estás más alto y todavía más guapo! —exclamó ella revolviéndole el pelo.

—¿Todavía más? —respondió él con guasa—. ¡Pensaba que era imposible!

Lissie rio desde su asiento.

Riera hizo entonces su aparición y Guasch respiró aliviado de verle sano y salvo. El subinspector le lanzó una mirada recelosa y después, sonriendo a su esposa, rodeó la mesa y la saludó con cariño.

Toni Petit observaba a Guasch. Inesperadamente el niño dejó de sonreír.

—¿Podemos hablar fuera un momento? —murmuró el crío.

—¿Es muy urgente? ¿No podemos esperar un rato?

—Sí, es muy urgente, y no, no podemos esperar un rato.

Guasch lo observó extrañado y comprendió que no bromeaba.

Cuando fuera mayor, ese mocoso sería de armas tomar.

—Salgamos, pues —sugirió.

Se alejaron del alboroto del comedor y tomaron asiento en las dos mullidas butacas del vestíbulo. El sol de la mañana atravesaba limpio los cristales que una mujer del servicio se esmeraba en dejar aún más transparentes.

—Tú dirás.

—Tenemos que averiguar quién es Mongomó.

—¿Quién?

—La persona por la que preguntaron en una taberna James Samba Williamson y el otro, Samuel Brown, nada más llegar. El tabernero se comprometió a indagar a cambio de un dineral, pero no descubrió nada y Williamson de repente, al tercer día, desapareció. Seguramente fue cuando lo mataron.

—¿Samba? ¿Esa es la S de su nombre? ¿Se llamaba Samba?

—Ajá…

—Vaya, no me había preguntado qué significaba. ¿Y dices que después de la tercera noche no volvió a aparecer?

—Exacto.

Guasch rumió un rato.

—¿En qué piensa?

—En las fechas y en lo que me acabas de decir. No pongo en duda las fechas que te han dicho, pero lo de la muerte no encaja con lo que sabemos hasta ahora. Mesquida los alojó hasta el 9 o el 10, que fue cuando los estadounidenses fueron a buscarlos a su casa y descubrieron que se habían ido. En cualquier caso, se confirma de nuevo que hasta el día 5 fueron vistos en varios sitios y que después pasaron desapercibidos.

—Ah, pues sí…

—De todos modos, ¡buen trabajo, Toni! Hay que hablar con ese hombre cuanto antes.

—No le puedo dar el nombre del tabernero.

—¿Y eso?

—Di mi palabra y no puedo fallar. —Levantó las manos—. Por eso me lo contó. Además, estoy seguro de que no hay más de lo que me dijo a mí.

Es importante preservar la voluntad de discreción de quien ha decidido dar el paso de confesar a la policía aunque sea de forma indirecta, pues eso incrementa la probabilidad de lograr nuevas confidencias en el futuro. Lo difícil para los testigos es dar el primer paso o, como solía decir su compañero el inspector Sardina, perder la virginidad.

—¿Me lo has contado todo?

—Así es, señor Guasch.

—¿Has indagado por tu cuenta?

—Un poquito, ya me conoce.

—¿Y…?

Negó con la cabeza.

—Ninguno de los niños con los que he hablado sabe nada. Tampoco la Ramona, que me ha prometido que hablará con sus chicas y procurará que averigüen por ahí. Si alguien en Es Barrio o en el muelle ha preguntado por Mongomó, o si saben quién es, lo descubriremos.

—¿Y qué día dices que fueron a la tasca por primera vez?

—Nada más llegar.

—Qué curioso.

—¿El qué?

—Que fueran tan rápido. O es alguien que ya conocían de su anterior visita, o trataron con él nada más llegar. Habría que preguntar en el puerto y de nuevo en la casa de los Mesquida. Haré que Febrer vuelva a interrogarles.

—Y quizá incluso le conocían de antes de venir a Menorca.

Todavía se le hacía extraño hablar en términos tan profundos con un crío de tan tierna edad. La mayoría de los adultos no sería capaz de argumentar, rebatir y defender determinados conceptos en un enfrentamiento dialéctico con él. Toni Petit era especial en todos los sentidos.

—También. —Guasch se levantó y se abotonó la chaqueta—. ¿Vamos a comer algo? El día será largo.

—No tengo mucha hambre.

—Entonces vamos a ver a nuestras chicas.

Toni Petit esbozó una sonrisa radiante.

—¡Eso ya me gusta más!

En ese momento recordó algo de la jornada anterior que había quedado a medias.

—Por cierto, Toni, me gustaría encargarte un trabajito que para ti será pan comido.

El pequeño hizo una mueca de satisfacción.

—Esto se pone interesante.

La sala de reuniones estaba abarrotada y el ambiente era más denso de lo habitual. Sin duda, el ingrediente principal que compactaba aquella salsa matutina no era otro que don Carlos Marfori y Callejas. El favorito de la reina acudió al encuentro en compañía de dos escoltas. Uno era alto, cuadrado y tenía el cabello terriblemente encerado peinado hacia atrás; el otro, el matón de mandíbula ancha que la noche anterior les había abierto la puerta en casa de Francisco Vinent y que ahora le dedicaba una sonrisa arrogante que Guasch ignoró.

No le gustaba perder el tiempo con bravuconadas.

El subgobernador civil de la isla, don Agustín Sevilla y Manero, se

frotaba las manos con fruición. El pobre hombre había perdido el buen tono cutáneo que le caracterizaba en aras de un poco favorecedor color lechoso.

Fue Riera quien, a su manera, hizo la observación.

—El subgobernador parece una sepia fuera del agua, ¿no le parece?

—No le faltan motivos de preocupación. De repente se le ha complicado bastante la situación. Necesitará un milagro para no salir escaldado de este embrollo.

Guasch estaba seguro de que mientras él departía con Toni Petit, Lucía había charlado con el subinspector para reconfortarlo. La podía imaginar con la mano apoyada en su antebrazo murmurándole que Guasch siempre estaría de su lado, que debía confiar en él, que todo esto serviría para que Joan madurara y aprendiera la lección…

Y tendría razón en todo, pero ella lo diría con más tacto y cariño del que Guasch podría reunir jamás.

Pese a que Riera le había pedido disculpas, se mostraba todavía dolido con él. Había recuperado una brizna de su talante habitual, pero saltaba a la vista que le costaría asimilar su expulsión de la noche anterior.

Febrer fue a su encuentro.

—¿Cómo quiere que enfoquemos la reunión de hoy, Guasch? —preguntó.

—Pues como siempre, capitán. Solo faltaría.

—*Morning, boss!* —saludó la voz de Harper a su espalda.

Ahora ya estaban todos.

Guasch se giró para descubrir la dentadura completa del rumiante de acento mexicano. Había escuchado una vez decir a Lucía que un adulto tiene treinta y dos dientes. En la boca del sargento daba la sensación de que había al menos un centenar.

—Con usted quería yo hablar.

—Pues aquí me tie…

Lo agarró del brazo y tiró de él para sacarlo de la sala. Riera les acompañó.

—¿Por qué no me dijo que conocía a Williamson? —le soltó nada más salir.

—Pero ¿qué está disiendo?

—¿No recuerda la paliza que le dio en cubierta? —espetó el subinspector—. ¿Trata siempre así a sus subordinados, o lo reserva solo para los negros?

—¿Me devuelve el braso, *boss*? —El estadounidense seguía sin perder su aborrecible sonrisa—. Me va usted a dejar sin sangre.

Guasch reparó en que todavía lo tenía sujeto. Y que lo agarraba con fuerza.

Lo liberó.

—¿Aquel era Williamson? —dijo Harper—. ¡Híjole!

—¿Pretende decirme que no lo sabía? —preguntó Guasch—. No me tome por estúpido…

Harper esbozó una nueva sonrisa que Guasch se sintió tentado de golpear.

Apretó el puño de manera instintiva, pero, como solía, prosiguió por la vía pacífica.

—¿Qué sucedió? —preguntó.

—Hiso mal su pinche trabaho y se lo mostré nomás.

—¿Dándole una paliza en la que le rompió varias costillas?

—La dissiplina es importante, *boss*. En cualquier caso, no fue para tanto. Creo que es una manera muy fantasiosa de contar lo que susedió.

—Hay testigos que los vieron.

—Entonses los fantasiosos son ellos y usted, si me lo permite, muy crédulo.

—Pues no, no se lo permito. —Guasch supo que no se arrepentiría de lo que iba a decir, con plena consciencia de cuáles serían las consecuencias de aquella decisión—. Desde este momento está usted fuera de la investigación, Harper.

—¿Cómo dise?

Por fin dejó de mostrar los dientes.

—Que se largue y regrese con los suyos. No quiero volver a verle.

—El *commander* me recomendó expresamente para…

—… para trabajar en mi equipo, así es. Pero no tolero que mis hombres me mientan, ni tampoco que no sepan controlar su temperamento. O su odio, como es el caso. ¿Y ahora pretende hacerme creer que desconocía que la persona que maltrató es la víctima del asesinato que investigamos? Es ridículo. No me gusta usted, Harper. Nunca me ha gustado.

—No es eso lo que…

—Escúcheme bien, porque le hablo con la autoridad que me confiere mi cargo: fuera de aquí. Largo.

Chascó los dedos en su cara y entró en la sala dejando al estadounidense con la palabra en la boca. Cerró la puerta tras de sí.

Marfori sostenía el reloj en la mano para dejar patente que no se cumplían los horarios. Su expresión venía a decir que si no era capaz de empezar a la hora, mucho menos estaría capacitado para encontrar a su hijo.

Guasch pensó en la llegada de Lucía y en el despido de Harper.

Sintió que se estaba animando, quizá incluso demasiado.

Se acercó a Marfori con dos zancadas rápidas.

—¿Puedo hablar un momento con usted, don Carlos? A solas.

El favorito guardó su reloj de bolsillo, se levantó e hizo un gesto

para apaciguar a sus dos fieras, que se disponían a seguirles. Le acompañó con parsimonia hasta uno de los rincones. El prohombre olía a una sofisticada mezcla de afeites caros y tabaco.

Rezumaba poder.

—¿Cómo quiere que lo hagamos? —planteó Guasch sin tapujos.

—¿A qué se refiere?

—Le pregunto si quiere usted dirigir la reunión.

—En absoluto.

—¿Y la investigación?

—Tampoco es mi intención.

Guasch se preguntó por qué diablos entonces había desatendido sus responsabilidades como gobernador de la exaltada provincia de Madrid y se había desplazado a Menorca.

—Pues si ese es el caso, cosa que celebro, he de pedirle dos cosas: la primera es que me deje llevar la reunión a mi manera y…

—Su manera ha demostrado ser muy poco eficaz hasta la fecha.

—Tenemos a una pareja de sospechosos en prisión.

—¿Se refiere a los que liberó usted mismo hace unos días?

—No teníamos nada contra Joan Riera en aquel momento.

—Pues es obvio que se equivocaba. ¿Y la segunda petición?

—Que no me desacredite delante de mi equipo. Para que sigan obedeciendo mis órdenes conviene que me tomen por una figura respetada. Si quiere hacer algún comentario, le pediría que fuera dentro de los cauces de la…

—Escúcheme bien, Guasch. —El amante de Isabel II sonrió con condescendencia y enderezó la espalda como si pretendiera ganar en prestancia—. El respeto se gana, no se mendiga. No me pida que le perdone la vida solo para quedar bien delante de su equipo. Haré lo que tenga que hacer y diré lo que tenga que decir, ¿me he expresado con claridad?

—Meridiana.

—Pues en ese caso, empecemos de una maldita vez. Estamos perdiendo el tiempo.

Y se dirigió a su asiento sin volver la vista atrás.

Guasch sonrió para sí. Si le pretendía intimidar, estaba lejos de conseguirlo.

Aquella reunión prometía ser inolvidable.

Poco a poco, las voces se fueron atemperando hasta quedar todos en silencio. Los gritos remotos de un chiquillo entraron por la ventana abierta, seguidos de unas risas femeninas.

Guasch expuso las novedades de Ciutadella con respecto al carlista y falso Carlos María y explicó en detalle la aparición de su reloj y las detenciones de Joan y de su amiga catalana.

Riera vació el aire de sus pulmones y Guasch sintió pena por él.

—¿Qué pasos piensa dar ahora? —preguntó Marfori.

—El primero, por lo pronto, es registrar la casa de Francina Ferragut, en la que, según su testimonio, se ocultó su hijo durante los primeros días.

—De manera voluntaria —murmuró el subinspector.

—Me extraña que Carlos María se escondiera en casa de una fulana —manifestó Marfori.

—Veremos qué encontramos. Francina Ferragut se refirió a una supuesta nota que dejó su hijo junto con el reloj.

—No tiene ni pies ni cabeza. Su madre le regaló esa joya por su mayoría de edad. Esos sinvergüenzas mienten, y estoy seguro de que están confabulados con alguien. ¡Debe sonsacárselo! Si no es capaz, mis hombres lo harán sin que les tiemble el pulso.

—También hay que inspeccionar la casa de Joan Riera para comprobar que no haya nada más —Guasch consultó sus notas—, así como averiguar qué movimientos han hecho estos dos durante las últimas semanas por si hay algo sospechoso.

—Joan seguro que poca cosa, porque estaba en prisión hasta que usted lo sacó. Tiene que centrarse en lo que ha hecho ella. Parece mentira que sea yo quien tenga que decírselo…

—En esto he de darle la razón.

—Solo faltaría —respondió—. ¿Eso es todo?

—No, don Carlos, tenemos que seguir rastreando la isla. —Señaló el mapa e indicó las pocas zonas que quedaban por sombrear—. Hay que completar eso, así como seguir recorriendo y preguntando en el área que ya hemos visitado.

Se generó un silencio incómodo.

Parra y Riera miraban a Marfori de reojo, a la espera de su próxima intervención.

—¿Qué hay de los sectores progresistas de la isla? No ha hecho nada, y me consta que aquí en Mahón hay mucho antimonárquico, anticlerical y antiespañol. Son antitodo. En otras palabras, que no estamos en la ciudad del archipiélago más fiel a Su Majestad. Estoy convencido de que hay mucha gente deseosa de que haya un cambio en las riendas del país. ¿Qué piensa hacer?

Don Agustín levantó la mano antes de hablar.

—Señor Marfori, le puedo asegurar que en Maó en particular, y en la isla de Menorca en general, se siente un fervoroso amor por…

—Ya es suficiente, Agustín, déjelo estar. ¿Puede responderme, Guasch?

Tenía una anotación sobre ello.

—Me gustaría hablar con Francesc Tudurí de la Torre, un reconocido masón responsable desde hace varios años de Los Amigos de la Humanidad, la única logia masónica de la isla y, al mismo

tiempo, fundador de la Sociedad Evangélica Libre de Mahón…

—¿Y ya está? ¿Solo con él? Busque a cualquier progresista que pueda ser sospechoso. No se limite solo al masón protestante ese.

—¿Le gustaría sugerirme algún nombre?

—No estoy aquí para hacer su trabajo.

Guasch no perdió la calma.

—En ese caso, esto es todo por ahora respecto a la investigación de Carlos María —anunció—. Según lo que averigüemos en los registros y en la entrevista a Tudurí, decidiremos cómo continuar. Parra, termine de organizar con los muchachos la batida del día.

—¡A sus órdenes, señor!

—Continuemos con Williamson. Tenemos dos pistas. La de Fábregas, el tipógrafo de la imprenta, está encarrilada. Y después está el asunto de Mongomó, a quien buscaban Williamson y Brown. Hagamos su trabajo y preguntemos por él; tenemos que indagar por nuestra cuenta, dar con ese hombre e interrogarlo.

—Espero que no desvíe a ninguno de sus hombres de la búsqueda de mi hijo para investigar la muerte de un esclavo, no es ese el trabajo que se le encomendó desde la dirección del Cuerpo de Investigación del Crimen, ¿recuerda? Debería usted revisar sus prioridades, Guasch.

—Lo sé, don Carlos, pero tengo también un compromiso con el comandante Eastman y con el vicecónsul Ládico. Me permito recordarle que no se trata de un esclavo, sino de un hombre libre y un marine de la US Navy y que…

—Es un negro, un antiguo esclavo. Llámelo como quiera, pero esa es la realidad.

—Don Carlos, viendo las necesidades de uno y otro caso me veo capaz de gestionar ambas investigaciones.

—Y yo le veo capaz de no resolver ninguna. —El favorito se levantó, se abotonó la chaqueta y le dirigió una mirada gélida—. Céntrese, Guasch. No se lo repetiré. —Hizo un gesto a sus esbirros—. Mis hombres se quedan con usted para acompañarle en sus andanzas. Buenos días.

Lo dijo sin mirar a nadie.

Uno de sus lacayos le abrió la puerta y el favorito desapareció de su vista.

El ambiente en el carrer Nou era bastante animado a aquellas horas de la mañana. Las mujeres del servicio encargadas de comprar los ingredientes para las comidas del día habían madrugado para evitar los sofocos del abrasador sol de julio y hacerse con los mejores productos de los puestos del mercado.

Toni Petit y Olives tomaron asiento en una escalera desde la que tenían una buena perspectiva de la calle. El menorquín señaló el

portal con el número veintiuno.

—Esa es la imprenta de Fábregas —aclaró—. ¿Me dirás ya lo que necesitas o no?

—Haré como tú el otro día y no te contaré nada hasta el último momento.

—Eso sería muy apropiado si lo que quieres es que no te ayude en nada.

Toni Petit soltó una risita.

—¿Conoces a los dos chavales que trabajan ahí? —preguntó.

—¿Tú qué crees?

—Cuéntame.

—Son de la pandilla de Llabrés.

—¿Y eso qué puñetas significa?

—Que no son enemigos, pero que tampoco son de los míos.

—Entonces ¿qué? ¿Sumas o restas?

El otro se lo quedó mirando.

—¿Cómo?

—Si es mejor que me acompañes o que vaya yo solo.

—¿Cómo quieres que lo sepa si no tengo ni idea de lo que quieres hablar con ellos?

—Tienes razón, pero lo que te diré tiene que quedar entre tú y yo, ¿entiendes?

—Como lo del algodón.

—Eso es. Resumiendo, quiero que me digan si el negro asesinado tuvo tratos con un tal Fábregas. No con el dueño de la imprenta, sino con otro que trabaja allí.

—Conozco a ese otro Fábregas.

—¿Y qué tal es?

—Raro. Va siempre manchado de tinta y fuma pota todo el santo día. No sé qué tratos podría tener con el muerto. —Se encogió de hombros—. Y volviendo a tu pregunta con respecto a esos dos, ¿qué les dirías si fueras tú solo?

Todavía no lo había pensado y le convenía hacerlo rápido para que no le pasara como en su accidentada visita a La Industria Mahonesa.

—No puedo preguntárselo directamente ni decir la verdad —razonó en voz alta—, pero sí que quizá podría…

Un par de niños accedieron al carrer Nou por Santo Cristo. Empujaban una carretilla en la que se apilaban varias cestas de mimbre. Eran un poco mayores que él. Bromeaban y reían.

—Ven conmigo y sígueme el juego, ¿de acuerdo?

—Como quieras —accedió Olives expectante—, yo no tengo nada que perder.

Toni Petit partió en su dirección a buen ritmo. Quería alcanzarlos antes de que llegaran a la imprenta.

—No perderás nada y además quedarás como un buen samaritano.

—¿Qué es eso?

—Tú no vas mucho a misa, ¿no?

—¿Tú sí?

—Estás ante el mejor monaguillo de Ibiza.

Olives rio por lo bajo.

—Pues cómo serán los otros. —Y añadió en un susurro—: A ver cómo sales de esta.

Estaban ya casi a su altura.

—Salúdalos, haz como que te alegras de verles y preséntame — murmuró Toni Petit.

—¿Qué…? *Ey, com estau al.lots? Què bé veure-us! Volia presentarvos a un amic: en Toni Petit, que està per Mô uns dies…*

La introducción había sido perfecta.

Los pequeños impresores dejaron las chanzas y les miraron sin saber a qué atenerse.

—*Molt bé, Olives, què vols?*

Ahora le tocaba a él.

Toni Petit señaló hacia la puerta de la imprenta.

—Trabajáis aquí, ¿verdad?

Sus expresiones eran de suspicacia.

El más bajo hizo un gesto de asentimiento. Casi imperceptible, pero suficiente para lograr su primer objetivo: encontrar el eslabón más débil.

A partir de aquel momento se dirigiría solo a él.

—Me lo ha dicho Olives cuando os hemos visto, y también que sois buenos chicos y que sería una pena que os metieran en la cárcel también a vosotros.

—¿En la cárcel? —Se miraron el uno al otro—. ¿De qué hablas?

Toni Petit paseó la vista a un lado y a otro de la calle de manera bien visible para que no dejaran de reparar en el detalle de que lo que iba a decirles no podía escucharlo cualquiera.

—¿Tenéis mucho trato con Fábregas, el tipógrafo?

—Solemos trabajar para él. —El chico bajó también la voz de manera instintiva—. ¿Por qué? ¿Qué le sucede?

Toni Petit negó con la cabeza, hizo un gesto a Olives y amagó con irse.

—No, no… Nada… Si sois tan amigos no, bueno…, no os lo puedo contar…

El pequeño dirigió al otro una mirada de soslayo.

—Eh, oye, dinos qué sucede.

—¿No ves que nos toma el pelo? —soltó el más alto.

Lo dijo con un punto de indecisión.

Toni Petit bajó la voz todavía más y adoptó un tono de máxima

confidencia.

—¿Y cómo sé que la policía preguntó a Fábregas por el negro de Sant Esteve?

—Porque lo escuchó media calle y lo sabe toda la ciudad.

—Es verdad, pero lo que los demás no saben es que Fábregas sí tenía relación con él.

—¿Con quién?

—Vamos, hombre, con el negro. No me digáis que no los visteis. ¡Si estáis siempre con él ahí dentro!

—Sí —reconoció el pequeño—. Esperaba a que el señor Fábregas se marchara.

—Pues eso. —Toni Petit se encogió de hombros—. La policía también lo sabe. Lo que no he podido oír bien es qué clase de negocios se llevaban entre manos. ¿Lo sabéis vosotros?

De nuevo, el pequeño volvió a asentir.

—Yo vi algo un día de casualidad.

Toni Petit trató de contener la euforia.

—Prometo guardar el secreto, así como avisaros de cuándo vendrán a detenerle para que no os coja por sorpresa. Uno nunca sabe cómo acaban estas cosas. —Dedicó al bajito una mirada afectada—. Cuéntame, por favor.

XI

The Mediterranean Squadron

El campamento de desmovilización del ejército de la Unión quedaba cerca de Baton Rouge. Una vez ganada la guerra, tocaba licenciar o redistribuir a las tropas. Algunos de los regimientos de los Corps d'Afrique, más tarde integrados en el ejército federal con la etiqueta de US Colored Troops, también estábamos allí.

Un compañero vino corriendo a decirme que en las instalaciones había otro James S. Williamson. Uno de los supervisores de las operaciones se llamaba así. Pedí permiso y salí a la carrera. El alto mando se encontraba en una gran carpa de lona blanca. Junto a ella ondeaba una deshilachada bandera de la Unión. La tienda estaba rodeada de oficiales, ayudantes, cajas de suministros polvorientas y soldados esperando órdenes o papeles de licenciamiento. Me abrí paso esquivando las habituales caras de desconfianza y de repulsión.

Me salieron al paso dos soldados de espaldas anchas.

—¿Qué haces tú aquí?

—Quiero hablar con el capitán James S. Williamson.

—¿Capitán? —Sonrisas de condescendencia—. ¿Para qué quieres ver tú al teniente coronel?

—Un asunto personal.

—¿Quién pregunta por él?

—James S. Williamson.

Cruce de miradas.

—Mueve tu culo negro fuera de aquí ahora mismo y haremos como que no hemos escuchado nada.

Me enderecé.

—¿Sería tan amable de decirle al teniente coronel James S. Williamson que el soldado raso James S. Williamson está aquí?

Las conversaciones menguaron a nuestro alrededor. Se volvieron hacia nosotros.

Alguien escupió al suelo.

—¿Sabes que puedo detenerte ahora mismo por insubordinación, *nigger*?

—Estoy deseando hacerlo —añadió el otro.

Tendí los antebrazos para que procedieran sin desviar la

mirada. Estuvo fuera de lugar, lo sé, no es mi manera de hacer las cosas, pero no lo pude evitar.

—¿Qué sucede aquí fuera?

James Sterling Williamson asomó por la abertura. Me cuadré. También los demás. Los años de guerra no habían hecho mella en él. Más bien al contrario. La buena salud y las hojas de roble plateadas que brillaban en sus hombreras mejoraban su porte. De primeras no me reconoció. Pero entonces vi el brillo en sus ojos.

—¿Tantas ganas tienen de arruinar su hoja de servicios a estas alturas, caballeros? —Dejó que la pregunta flotara en el aire. Nadie respondió. Esbozó una sonrisa discreta y se hizo a un lado para franquearme el paso—. Yo no tengo el honor de recibir todos los días la visita del héroe que me salvó la vida, ¿ustedes sí?

Más silencio.

Sterling prolongó aquel momento todavía un poquito más para mi deleite.

—Adelante, soldado Williamson —ordenó.

La tienda olía a tierra húmeda, tabaco rancio y café recalentado. Era más amplia de lo que parecía desde fuera. Varios escritorios cubiertos de mapas mal doblados. Un puñado de lámparas encendidas. Media docena de sillas desfondadas. Otra más firme junto a la mesa. Sterling cerró la lona tras de sí y volvió a mirarme, ahora con más calma.

—No eres fácil de olvidar, Samba. —Me tendió la mano. El apretón fue firme, breve. Sincero—. Me alegra verte con vida. —Señaló una silla con la barbilla y se sentó frente a mí—. Has cambiado.

—Todos lo hemos hecho, señor.

—Supongo que sí. —Calló unos segundos, quizá recordando aquellos días de supervivencia que compartimos en el bosque—. No imaginé que volveríamos a cruzarnos en este lugar. Y menos con este uniforme aún puesto.

—Yo tampoco lo planeé, señor, pero aquí estamos.

Sterling se desabotonó la chaqueta y entrelazó los dedos bajo la barbilla.

—Si has venido es por algo, así que dime, ¿qué puedo hacer por ti?

Le hablé de mi idea de enrolarme en el Mediterranean Squadron.

Había aprovechado el tiempo desde aquella ya lejana charla con Llulla y me había informado sobre Port-Mahón y de las opciones que tenía para llegar allí. Al final, todo se

reducía a dos caminos: dejar el ejército e ir por mi cuenta, o que me destinaran a la US Navy en la escuadra que navegaba por el Mediterráneo y que me llevaran de la mano hasta Mongo Mô.

James Sterling Williamson me escuchó con atención. Cuando terminé, se rascó la barbilla y se levantó. Fue hasta el escritorio y me ofreció tabaco, que rechacé. Extrajo un encendedor y prendió la mecha. Soltó una nube de humo.

—¿Tienes experiencia naval de algún tipo?

—Estuve cerca de tres meses en las entrañas de un barco negrero, señor. No he vuelto a subir a una nave. A mi favor he de decir que logré sobrevivir.

Sterling me observó con atención un buen rato y asintió despacio antes de hablar.

—Lo cierto es que la Marina está saturada de solicitudes desde que terminó la guerra. Hay más de cincuenta hombres por plaza vacante y estas, además, suelen reservarse para veteranos con rango o formación naval previa porque, no te engañaré, los oficiales aprovechan sus conexiones para colocar a amigos o protegidos.

—Eso significa que es imposible, ¿verdad? —pregunté decepcionado, a lo que me apresuré a añadir—: Es lo que esperaba, señor, pero no quería dejar de intentarlo.

—En realidad, estaba pensando que tengo un amigo que a su vez tiene un amigo que… —El teniente coronel dio otra larga calada, valoró las brasas de su cigarro y me contempló a través de la columna danzante de humo—. Samba, creo que estoy en condiciones de garantizarte que puedes contar con ello.

17

That’s a deal!

El subinspector Toni Riera tocó a la puerta otra vez y se volvió con el ceño fruncido.

—Aquí no hay nadie —dijo.

Guasch se alejó unos pasos y escudriñó la primera planta para comprobar si se distinguían signos de vida humana tras las persianas cerradas.

—Eso parece.

Se habían informado bien antes de partir. La logia masónica *Els Amics de la Humanitat* se había fundado seis años atrás por el controvertido Francesc Tudurí de la Torre, un hombre en mitad de la cuarentena, de familia burguesa, viajado, ilustrado, políglota, republicano, anglicano y masón. No le faltaba de nada para ser etiquetado por las fuerzas conservadoras de la isla como la versión menorquina de Belcebú.

Les acompañaba uno de los esbirros de Marfori, que había permanecido todo el trayecto con la boca cerrada. No hablaba la lengua local, lo que limitaba su comprensión, cuanto menos, de las conversaciones que mantenían entre ellos en ibicenco.

El tipo, que era el elemento de mandíbula ancha, cuello de toro y mirada ridículamente desafiante, dio un paso dispuesto a arreglar aquello a su manera y arreó dos golpes portentosos que hicieron temblar el portón de madera y que resonaron en toda la calle.

Una pareja de viandantes se detuvo y los observó con curiosidad.

El matón, impermeable a los espectadores, volvió a repicar con más fuerza.

En una casa vecina se abrió una ventana por la que asomó la cabeza de una mujer.

—¡Si buscan al señor Tudurí, lo encontrarán en el número cuatro! —chilló.

Y se volvió a meter.

Se dirigieron al número en cuestión. La puerta estaba abierta. Del interior emergía ruido de muebles al arrastrarse y voces apagadas.

Guasch se asomó.

—*Bon dia!* —gritó—. *Senyor Tudurí?*

Se produjo un silencio repentino y, después, se oyó la risa estridente de un par de personas. Luego, chirridos de sillas seguidos de unos pasos que anunciaban la aparición de un hombre de andares pausados

y expresión risueña. Iba en mangas de camisa que, además, llevaba arremangadas.

—*Bon dia! Som en Francesc Tudurí. Què desitgen?*

—¿Puede hablar en español?

—Por supuesto, caballero. *Even in English if you wish! Également en français!*

—Español va bien.

Tudurí dirigió la vista hacia Guasch.

—¿En qué les puedo ayudar?

—Soy Marc Guasch, estamos investigando la desaparición de Carlos María de Campos. ¿Tendría un momento que dedicarnos?

—Por supuesto. —Se hizo a un lado para dejarlos pasar—. Diríjanse a la primera habitación a la derecha, por favor.

El cuarto, luminoso y fresco, estaba vacío, salvo por la presencia de unas sillas pequeñas que se apilaban en una esquina.

Tudurí se aproximó raudo a ellas y preparó los cuatro asientos antes de que pudieran reaccionar.

—Ustedes dirán.

Se sentaron todos a excepción del matón, que se quedó de pie.

A Guasch le rebosaban las piernas por todos lados. Eran sillitas para niños.

Decidió no andarse por las ramas.

—Imagino que sabrá de la búsqueda que, desde hace semanas, se está llevando a cabo para dar con Carlos María.

—Es imposible no saberlo, señor Guasch. El hijo de don Carlos Marfori, nada más y nada menos. Ya es casualidad que estuviese en Menorca y que, encima, desapareciese aquí.

—¿Lo conocía en persona?

—No, nunca tuve el placer. Me dijeron que era un joven de vida desordenada.

—¿Sabe de alguien que pudiera quererle mal?

—Naturalmente nosotros. Republicanos, antimonárquicos y anticlericales, para conseguir que triunfen nuestros lúgubres objetivos de derribar a la corona y etcétera, etcétera, ¿no? Está aquí tan bien acompañado por eso.

Hizo un gesto poco sutil hacia el guardaespaldas, que endureció la mandíbula como un perro de presa listo para atacar.

—¿Es así? —preguntó Guasch.

—Estoy acostumbrado a que me acusen de cualquier barbaridad. Es lo que tiene diferir de la ideología gobernante. Nadie podrá culparme nunca de usar la fuerza o mecanismos extraños para imponer mis ideas. Mi primera opción es siempre convencer a mis congéneres mediante el uso de la razón. Si no les sé hacer comprender mis motivos para pensar de una determinada manera, ¿de qué me vale

ganar? Tardarán poco en rebelarse y abandonar el camino de la verdad.

—Cualquier cosa vale para alcanzar el poder —dijo el Mandíbulas —, por eso se pasan ustedes la vida entre alzamientos y sublevaciones.

—Eso es cosa de Prim. No todos pensamos ni actuamos del mismo modo, caballero.

—Ahora toca replegar velas, ¿no? —continuó—. ¿Dónde está Carlos María?

No sonreía. Guasch supo que era el tipo de persona a la que le costaba hacerlo.

—Le repito que, me crea o no, nunca he visto a ese señor. —Tudurí mantenía el temple.

—En efecto, no le creo.

El masón extendió las palmas de las manos en una imagen que le recordó a Jesucristo contando una parábola en el monte de los Olivos.

—¿Qué sugiere entonces? —preguntó Tudurí.

—Registrar las instalaciones de la logia, esta vivienda y todas sus propiedades.

—Pues va a necesitar un buen rato, porque tengo unas cuantas.

—Aun así.

—Esta decisión no le compete —cortó Guasch.

El matón le dedicó otra de sus miradas.

Empezaba a aburrirle ese juego.

—Seguro que el señor Marfori logrará que mis deseos se hagan realidad —masculló.

Guasch valoró la amenaza y supo que era creíble.

Pero no pensaba ceder.

—Eso ya lo veremos —aseveró antes de volver con su verdadero interlocutor, un hombre que, a todas luces, al margen de su cercanía o lejanía ideológica, parecía sensato—. Señor Tudurí, ¿podría usted orientarnos de alguna manera? ¿Qué cree que puede haberle sucedido a Carlos María en una isla tan pacífica como esta?

El menorquín le dedicó una mirada valorativa que en parte le tranquilizó.

—Yo diría que ese caballero ha desaparecido por voluntad propia y que, en ese caso, no darán con él.

El matón se despegó de la pared, dio dos pasos y plantó un dedo a escasos centímetros del rostro de aquel menorquín ilustre.

—Usted tiene información que se niega a compartir con nosotros —escupió—. Lo sé.

Guasch le miró. Recordó al compañero que iba con él y, a continuación, a las dos sombras que siguieron a Carlos María después de despedirse de la joven amiga de la Ramona.

—¿Desde cuándo está usted en Menorca? —preguntó sin pensar.

El matón le miró sin comprender.

—¿Habla conmigo?

—Sí.

—¿Qué cuándo he llegado? —Se encogió de hombros—. Por si no se ha dado cuenta, soy guardaespaldas de don Carlos. ¿Cuándo cree usted que llegué?

El tipo de la mandíbula ancha volvió a centrarse en el maestre masón.

—Le aseguro que averiguaré lo que esconde, ¿me oye?

—Perfectamente. —Tudurí se levantó de la silla con gesto firme y se plantó frente a su contrincante—. Si a algo estoy acostumbrado en esta vida y en este país es a ir contracorriente y a sufrir la desconfianza y la inquina ajena. Sus amenazas no son nuevas para mí. Le estaré esperando. —Contempló a Guasch—. Y ahora, si me disculpan, voy a proseguir con mis tareas. Ya saben dónde está la salida.

Francina Ferragut y Joan Riera esperaban en Cos de Gràcia maniatados y custodiados por varios guardias. La vivienda de la prostituta no quedaba muy lejos de la de Francisco Vinent, en un entorno visiblemente más humilde. Varios transeúntes se detuvieron a curiosear y cuchicheaban entre gestos de reprobación. «¿Qué habrá hecho el ibicenco?, ¿qué se puede esperar de una mujerzuela?». La meretriz les lanzaba miradas desafiantes mientras Joan, con los moratones de la cara adquiriendo tonalidades amarillentas, permanecía cabizbajo.

Apenas llegaron a su altura, el Mandíbulas se reunió con su compinche de cabello encerado, con el que se puso a intercambiar opiniones y, seguramente, a organizar sus próximos y retorcidos pasos. Riera fue con su hermano y Guasch se dirigió hacia Febrer.

—¿Cómo estamos, capitán?

—Sin novedades destacables. Los detenidos mantienen las declaraciones de ayer.

—¿Cómo ha sido el feliz reencuentro de la parejita?

—Ella ha pasado peor noche que él. Nada más reunirse le ha recriminado haber llegado a esta situación, a lo que Joan ha respondido, en línea con lo que declaró ayer, que todo es culpa suya por haber tratado de vender el reloj cuando no había necesidad. Se han lanzado varios reproches más y después no se han vuelto a dirigir la palabra.

—¿A qué esperamos para entrar?

—Nada. Estábamos por ustedes.

El apartamento se encontraba en el primer piso, al que se accedía por una escalera estrecha y oscura que olía a lejía de ceniza, como si

estuviera recién limpiada. Al final de los escalones se abría un pequeño rellano en el que se ubicaba una única puerta pintada de verde oscuro. Al introducir la llave en la cerradura se llevaron la primera sorpresa: no estaba echada.

—No lo entiendo. —Febrer se rascó la sien—. Estoy seguro de que anoche, después de detener a Francina, la cerramos con llave a la espera de saber si ordenaba realizar esta mañana el registro.

Al empujar la hoja vino el segundo imprevisto, que venía a justificar el primero: los escasos muebles y enseres que poblaban la cocina recibidor estaban traspuestos. La mesa volcada, las sillas derribadas y restos de platos y vasos de loza esparcidos por el suelo. Fuera quien fuese el que había hecho el registro, no había sido en absoluto cuidadoso.

El capitán se adentró escoltado por Guasch, que miraba taciturno aquel espectáculo desolador. Un pasillo breve conducía a tres puertas entreabiertas. Dos de ellas pertenecían a sendos dormitorios, y la tercera, a un pequeño cuarto de aseo. Las telas de los colchones estaban rajadas, las mesitas tumbadas, y había hojas en blanco, papeles de periódico y prendas de vestir y demás objetos diseminados de cualquier manera por el suelo.

Desde el rellano de la escalera se escuchó un chillido agudo.

Febrer dio orden de que dejaran pasar a Francina Ferragut, que entró a la carrera para asomarse a la primera de las dos habitaciones antes de llevarse las manos a la boca, caer plegada sobre sus rodillas y emitir un llanto largo y quedo.

Guasch comprendió su pesar.

La morada no era grande, pero sí holgada para una persona sola como la que vivía allí. El ambiente caluroso estaba dominado por el olor fermentado y dulzón de un puñado de higos que se repartían por el suelo; alguno de ellos, ya maduro, estaba chafado y había iniciado un rápido proceso de putrefacción.

Guasch levantó una silla del suelo y ayudó a la mujer a incorporarse y tomar asiento. Cortó las cuerdas que atenazaban sus muñecas mientras Febrer lograba rescatar un vaso y llenarlo de agua.

Francina lo tomó entre las manos temblorosas y se mojó los labios. Estaba pálida y parecía tener veinte años más que la noche anterior, durante un interrogatorio que, saltaba a la vista, le había resultado traumático. Encontrar ahora su casa saqueada no había sino multiplicado su sensación de pesar.

—¿Nota algo en falta, Francina?

Las lágrimas habían abierto nuevos surcos verticales en su rostro enrojecido.

Joan y Riera, y por encima de sus cabezas la pareja de matones, asomaban las narices desde la puerta de entrada. Accedieron al

interior y se repartieron por la estancia, que ahora lucía abarrotada. El tamaño de los sirvientes de Marfori y la altura de Guasch ayudaban a empequeñecerla todavía más.

Guasch hizo un gesto a Febrer para registrar cuanto antes la vivienda mientras la dueña se rehacía. El capitán y él se dirigieron a los dormitorios. Colocaron las prendas de vestir masculinas del primer cuarto sobre una silla. Los bolsillos estaban vacíos; los paños con que las habían confeccionado eran excelentes y el corte todavía mejor. Eran muy costosas, tanto o más que los zapatos de cuero reluciente que habían tirado por la habitación. Levantaron entre los dos un escritorio y una silla. Recogieron una decena de cuartillas en blanco que se distribuían por el suelo, infinidad de hojas de periódico y los enseres necesarios para la escritura y el secado de los papeles que, de milagro, no resultaron dañados por aquella tormenta de verano. Colocaron dos libros, que hojearon sobre la mesa. En la otra cámara encontraron vestidos de mujer. Los palparon y los devolvieron al interior de un baúl de madera de pino labrado.

Hurgaron en el interior de los colchones y las almohadas y revisaron cajones, cestas y demás elementos de ambos dormitorios y del baño. También las baldosas del suelo, una de las cuales, en el cuarto del baúl en el que dormía ella, estaba levantada y dejaba a la vista un hueco oscuro y vacío como la cuenca de una calavera.

Guasch se acuclilló frente a la propietaria.

—¿Quién ha sido, Francina?

—No tengo la menor idea —murmuró ella antes de volverse hacia la puerta de entrada y gritar—. ¡Maldito seas, Joan! ¡Me lo pagarás el resto de tu vida, y aun así no lograrás saldar la deuda que tienes conmigo!

El ibicenco bajó la mirada.

—¿Qué sucede con él? —preguntó Guasch, dispuesto a tirarle de la lengua.

No hizo falta mucho más.

—¡Todo esto es culpa suya! ¡Se han llevado mi dinero! ¡Todo! Estaba bajo esa baldosa.

Francina se cubrió el rostro con las manos y entre hipos se echó a llorar de nuevo.

—Parece que sabían lo que buscaban —dijo Febrer.

—Sabrían qué, pero no dónde. Si no, no hubiesen armado este desbarajuste —matizó Guasch—. ¿Cuánto tenía ahí escondido?

—Los ahorros de toda mi vida, incluyendo mi parte de Carlos María…

—¿Y la nota? —preguntó Joan a sus espaldas.

—No la hemos encontrado —respondió Febrer—. Tampoco entre las hojas de los libros. Me temo que se han quedado sin coartada.

—¿No sirven de coartada las ropas de hombre que hay ahí dentro? —dijo Joan—. Y los enseres de escritura, y los periódicos y libros en casa de una persona que no sabe leer ni escribir.

—Será un atrezo.

—¿Qué es eso?

—Un decorado, un engaño —respondió Guasch—. En definitiva, un ardid por si llegábamos a esta situación.

Joan se estaba enfadando.

—La ropa es fácilmente reconocible como la de Carlos María —dijo —. Su padre lo podrá confirmar. Seguro que tiene bordado su nombre o algo en algún sitio. Eso no lo hemos podido inventar.

—Por supuesto que puede ser suya, pero podrían haberlo hecho subir aquí con cualquier triquiñuela y, a partir de ahí, le arrean un golpe en la cabeza, lo desvisten, compran esos enseres de escritura con su propio dinero. Se deshacen del cuerpo y listo.

—Nada de eso que ha dicho es verdad —masculló el ibicenco.

—Necesitamos la nota, Joan —dijo Guasch—. ¿Llegó usted a verla?

El hermano de Riera negó con la cabeza.

El Mandíbulas acercó la cabeza al detenido y murmuró algo que Guasch no escuchó, pero que hizo saltar a Riera.

—¿Quién se cree usted que es para amenazar de esta manera a mi hermano?

—¿Su hermano? —exclamó el Ceras arrugando el morro—. Es el principal sospechoso de la desaparición de don Carlos María. ¿Quién se cree usted que es para defenderlo?

La situación amenazaba con complicarse.

Guasch se acercó a ellos.

—Oigan, vamos a dejarlo aquí, ¿les parece?

—A mí lo que me parece es que ya hemos descubierto el motivo por el que la investigación no avanza —sugirió el Mandíbulas—. Este policía encubre los tejemanejes del hermano.

Y se complicó.

Si le hubiesen abofeteado, el subinspector no se habría sentido más ofendido.

Todo sucedió a gran velocidad.

Riera se llevó la mano al bolsillo en el que llevaba la cuchilla, pero la reacción del Mandíbulas fue instantánea. Le agarró la muñeca, se la retorció y le obligó a inclinar el cuerpo hacia delante al tiempo que le daba un golpe seco en el estómago con el puño. El subinspector cayó de rodillas mientras Joan embestía con el hombro al Ceras con la fuerza de un toro y le empujaba hacia el hueco de la puerta, haciéndole trastabillar y caer escaleras abajo. El ibicenco se giró con las manos atadas y los dientes apretados y lanzó un rodillazo a la entrepierna que el Mandíbulas, retrasando una pierna, logró ladear. El

matón levantó el puñazo dispuesto a cebarse con él, pero Guasch, gritando, logró agarrarlo por el antebrazo para desviar la descarga.

—¡Deténganse de una maldita vez!

El alarido, enérgico y desesperado, era de Francina Ferragut.

Los actores quedaron petrificados en mitad de la escena, con Guasch agarrando con ambas manos aquel brazo poderoso, Riera plegado en dos en el suelo, Joan tambaleante y rabioso y el Ceras reapareciendo en el umbral lanzando llamaradas por los ojos.

—¡Lárguense! —oyó Guasch que articulaban sus labios—. ¡Fuera de mi vista!

El Mandíbulas plegó el brazo y se arregló la pechera del traje.

—Creo que no ha entendido usted nada de cómo funciona esto, señor Guasch.

—Será eso, pero ahora los quiero fuera de aquí. ¡He dicho que largo!

Y, curiosamente, sus deseos se hicieron realidad.

No por esperada, la visita del vicecónsul de Estados Unidos don Teodoro Ládico le dejó de importunar. El diplomático, de expresión apacible, le esperaba sentado en un banco junto a la puerta de la sala de reuniones de la Casa de Gobernación que empleaban como cuartel general. Apenas le vio aparecer, el menorquín de origen griego se incorporó y se dirigió hacia él.

El prohombre extendió la mano y estrechó la suya con delicadeza.

Febrer le había explicado en un receso, unos días atrás, la peculiar historia de los Ládico, una familia griega que, junto a otras muchas del mismo origen, llegaron a la isla durante la primera dominación británica atraídos por las oportunidades económicas que brindaba el puerto bajo su nuevo pabellón. Su habilidad en la navegación y el comercio les permitió integrarse y prosperar en la sociedad menorquina de la época y, con los años, consolidar un importante patrimonio que ahora gestionaban don Teodoro y sus hermanos.

—Señor Guasch, ¿podemos hablar un momento a solas?

Guasch suspiró y le acompañó a una sala anexa.

Esa mañana, revitalizado tras el encuentro con Lucía y la maravillosa noche compartida, entre caricias y confidencias, Guasch había tenido la tentación de sentirse optimista. Quizá ese estado se mantuvo unos minutos, puede que horas, al hablar con Toni Petit, retomar la investigación, calmar las aguas con Riera… Pero ahora, con el sol del mediodía castigando las ventanas de la Casa de Gobernación y varios tropiezos acumulados después por culpa de los estúpidos matones de Marfori, Guasch volvía a sentirse sobrepasado. O tal vez no sobrepasado, sino harto. De bravuconerías, medias verdades, intereses ocultos y grandes nombres y personajes que, lejos de

allanarle el camino y facilitar su labor, lanzaban piedras a sus pies.

Era la hora de comer y estaba hambriento. Procuraría que la entrevista con Ládico no durara demasiado.

Abrió la ventana con la vaga esperanza de que entrara una brisa que les ignoró.

—El verano no da tregua —dijo Ládico, echando mano de la tan manida temática climatológica para llenar silencios embarazosos.

El empresario se secó la frente con un impoluto pañuelo de algodón blanco.

—¿Qué puedo hacer por usted, don Teodoro?

—Creo que no es necesario que le explique el motivo de mi visita.

Guasch tuvo que sonreír.

Le gustaban las maneras y el ritmo pausado que destilaba por lo general el diplomático. Solo lo había visto alarmado el día que descubrieron el cadáver del súbdito estadounidense James Samba Williamson.

—Dígame que no viene a exigirme la reincorporación del sargento John Harper a la investigación, por favor.

—De acuerdo, se lo diré: no vengo a exigirle la…

—¿Lo dice de verdad?

—¡Por supuesto que no!

Rieron, a su pesar.

Porque no quería reincorporar a ese racista faltón, porque no quería mantener aquella incómoda conversación y porque sintió que tenía abandonado a Riera después de la paliza que acababa de propinarle el indeseable matón de Marfori.

Había dejado al subinspector en la casa de Anuncivay a los cuidados de Lucía y de Sara que, juntas, le prometieron atenderlo como un príncipe.

No podía estar en mejores manos.

—Don Teodoro, le aseguro que he aguantado mucho más de lo que en condiciones normales hubiese soportado en un ayudante: mala educación, nulo respeto a la autoridad, actitud soberbia con sus subordinados y un racismo vomitivo, curiosamente en la investigación del asesinato de un compañero negro. La gota que ha colmado el vaso ha sido una mentira flagrante. ¿Sabe usted que Harper le dio una paliza al finado? Espero que haya tenido la decencia de contárselo.

—Estoy al corriente de ese hecho desafortunado.

—Qué metáfora tan suave y tan curiosa, señor Ládico: *desafortunado*. En cualquier caso, ¿no considera que he hecho bien al apartarlo?

—Por supuesto que sí. Y no sabe cuánto le agradezco la paciencia.

—¿Vuelve a ser irónico?

—En absoluto. Como la persona inteligente que me consta que es,

comprenderá las dificultades de la labor diplomática aunque esta se desarrolle en un espacio tan remoto e irrelevante como esta humilde isla.

—Me parece que el humilde es usted y no la isla en la que ejerce sus funciones.

Ládico agradeció el halago con una cabezada.

El empresario había logrado calmar la tempestad que Guasch sentía que le atormentaba y solo por eso ya sintió un afecto sincero hacia él.

—¿Puedo ser honesto con usted? —pidió Guasch.

—No concibo otra cosa en alguien de su categoría.

—Soy incapaz de comprender por qué el comandante Eastman ha asignado este caso a un individuo como Harper, tan… tan…

—¿Despreciable?

—Reconozco que el adjetivo no es tan diplomático como el empleado por usted, pero es justo el que buscaba.

Ládico cruzó las piernas y se acomodó en su asiento.

—No tengo la menor idea de qué le llevó a escoger al sargento John Harper. Seguro que el hecho de hablar español debió de ser un factor importante a la hora de tomar la decisión. En cualquier caso, viendo el panorama que tiene a bordo, quizá se decantó por la opción menos mala. En ocasiones, las decisiones hay que tomarlas así.

—Me cuesta creerle.

El vicecónsul hizo un mohín.

—Me consta que al menos un par de oficiales de la fragata provienen de familias esclavistas de algún estado confederado como Tennessee.

—¿De verdad? ¿Y por qué esto no salió en los interrogatorios a la tripulación? —Ládico se encogió de hombros—. ¿Qué puede contarme del USS Constitution y de sus tripulantes?

—¿Sospecha que pueda haber cometido el crimen un estadounidense?

—*A priori* diría que no, pero sería muy osado por mi parte descartarlo del todo.

—Coincido con usted.

—¿Entonces?

El menorquín de origen griego negó con la cabeza.

—Me pregunta usted si sé algo de la fragata y de sus tripulantes, pero, por desgracia, no sé nada relevante más allá de que los negros sufren las más variadas y crueles humillaciones por parte de sus compañeros y que el alto mando no les protege en absoluto.

Guasch se acarició las sienes.

—¿Qué sugieren sus dotes diplomáticas que haga con respecto a Harper?

—Si lo plantea de una manera tan transparente, me fuerza a

responder en consonancia.

—Se lo agradecería.

—Mi obligación en este caso sería lograr su satisfacción, ofrecerle una salida honrosa que le permita justificar su cambio de opinión, lograr que sienta que obtiene algo a cambio, que no cede sin más y pierde, por tanto, esta negociación.

—¿Estamos negociando ahora?

—Siempre, señor Guasch. No hay nada en la vida que no sea una negociación.

Aquel hombre hubiese hecho buenas migas con su padre.

—¿Alguna sugerencia?

—Dígame qué quiere a cambio de reincorporar a Harper en la investigación. Yo fingiré que me lo pienso un momento para, al final, terminar accediendo y, eso se lo garantizo, hacer cuanto esté en mi mano por lograrlo.

—No mentía con respecto a la transparencia…

Ládico entrelazó los dedos de las manos y esbozó una sonrisa bondadosa.

Guasch se tomó a pecho la propuesta y meditó un instante sobre qué solicitud hacerle.

—¿Recuerda que una vez terminado el funeral de Williamson les preguntamos a usted y a don Agustín sobre una misteriosa dama que siguió las exequias desde el exterior del cementerio y que logró darnos esquinazo? Pues bien, no la hemos encontrado. Confío en que tenga usted más suerte que nosotros.

—Ahora soy yo quien debe pedirle consejo a usted. ¿Qué debo buscar exactamente?

—Una mujer de edad incierta y cabello negro con la suficiente capacidad económica como para disponer de una barca y de unos remeros propios. Quizá sea viuda o *fadrina*…

—Y *fadrina* significa…

—En ibicenco es una mujer soltera.

—¿Y considera que no tiene marido y por eso puede tomarse la libertad de acercarse a un funeral como este?

—Es una hipótesis.

—Ya veo. —El menorquín de origen griego se pasó la palma de la mano por la amplia y reluciente frente y sonrió—. Cuente conmigo, señor Guasch.

—En ese caso, como dicen los estadounidenses, *that's a deal!*

—No sabe cuánto me alegro —admitió el vicecónsul—. Cuando he visto su cara nada más entrar, he llegado a pensar que no le convencería.

—La situación que hemos vivido esta mañana con los hombres de Marfori ha sido muy desagradable. El caso de Carlos María estaba

enquistado, y justo ahora que, gracias al reloj, tenemos una pista sólida, aparecen esos matones para imponer su ley e impedirnos trabajar con normalidad.

—Sí, Marfori es un tipo que a las buenas es excelente, pero que no conviene tener en contra. Es innecesario que le diga que es un hombre plenamente consciente de su poder y que sabe sacar el máximo provecho de su posición, tiene pocos escrúpulos, por no decir ninguno, y es capaz de pasar por encima de quien sea para lograr sus objetivos. Es lo que vendríamos a llamar un animal político.

—E imagino que también sexual. Si no, no se entiende semejante favoritismo.

Ládico se sorprendió primero de la apreciación para, acto seguido, soltar una carcajada.

Guasch le acompañó hasta que, poco a poco, recuperaron la compostura.

—Aunque intente quitarle hierro, señor Ládico, he de reconocer que tengo un serio problema con él. Y no le hablo de las consecuencias personales que pueda tener para mí, sino para la investigación. Para ambas investigaciones, en realidad. No logro entender cómo Marfori ha podido abandonar Madrid en estos momentos para venir aquí a jugar a los detectives con una aportación real nula o casi nula. ¿Qué opina usted de esta visita?

Don Teodoro Ládico le miró fijamente a los ojos.

Había dejado de reír y casi se diría que también de respirar.

—Sé que no tendría que decirle esto, pero, en mi opinión, Carlos María desapareció porque quiso, sin rendir cuentas a nadie, ni a su propia familia. Se marchó y reaparecerá cuando le venga en gana.

—¿Usted cree? Tudurí de la Torre me ha dicho lo mismo.

—No he hablado con Tudurí, pero sí, es lo que creo, aunque me temo que esta resolución no será del agrado de su señor padre, que les seguirá exigiendo a usted y a sus hombres que den con él. Quién sabe, a lo mejor me confundo y le han asaltado, acuchillado y lanzado su cuerpo al mar.

—Marfori apunta a los progresistas menorquines en cualquiera de sus versiones.

—Por supuesto —Ládico suspiró—, ¿a quién si no podría acusar un hombre como él?

—Es lógico, van en contra de su figura y, por ende, de la reina.

—Mire, Guasch. Yo mismo soy republicano, como la inmensa mayoría de los mahoneses. Ciutadella es más conservadora. En cualquier caso, ¿me hace eso sospechoso de la desaparición?

Se oyeron unas voces infantiles en el pasillo y el vicecónsul se levantó.

Guasch le imitó.

—Estamos en el mundo de las cábalas en el que todo es posible, señor Guasch. —Ládico le tendió la mano y estrechó la suya con calidez—. Le agradezco que haya reconsiderado su postura y hayamos mantenido esta charla tan amigable. Si tengo alguna novedad de la mujer del cementerio, le informaré al instante.

Tocaron a la puerta con sutileza.

Cuando Guasch la abrió descubrió allá abajo, en el subsuelo, una cabellera naranja.

—¡Por fin! —gritó Toni Petit con los brazos en jarras—. ¿Dónde se había metido?

—Estaba ocupado. Y tú, ¿has ido a la imprenta?

—¿Y si se lo cuento de camino mientras vamos a detener a Fábregas?

XII

Volver al mar

Volver al mar. Volver al vientre oscuro que casi me devoró.

No sé si ha tenido alguna vez la sensación de enfrentarse a una situación que le resulta familiar, que cree haber vivido antes. Eso me sucedió durante apenas un instante. Por supuesto, enseguida comprendí las diferencias, que esa vez era yo quien controlaba la realidad a la que me iba a enfrentar. Lo hacía por voluntad propia, tranquilo y en paz.

Me senté en la borda del transporte militar que me conducía desde Norfolk hasta el Mediterráneo y cerré los ojos. Respiré hondo. La brisa salada no era tan distinta de la que recordaba, pero esta vez no olía a miedo. O sí, pero no al de entonces, al de la bodega oscura y pestilente, al de los gritos y los cuerpos sin aire y sin vida. Este miedo era nuevo e inevitable por desconocer lo que me esperaba más allá de aquel horizonte azul.

El agua, esa misma que casi me mató cuando crucé el océano encadenado, me mecía ahora con suavidad. No podía evitar observar las cuadernas del barco, la madera, los pasillos estrechos. Todo me hablaba del pasado. No exactamente del dolor, aunque lo recordaba bien, sino de la soledad.

Porque también ahora, pese a ser un hombre libre, pese a haber sangrado por la bandera que flameaba sobre mi cabeza, seguía solo. Los marineros blancos me saludaban con desdén, con desconfianza o con desprecio. A menudo se esforzaban en ignorarme. No me insultaban, no me golpeaban, pero tampoco me llamaban por mi nombre. Para ellos era el africano, el negro, el que habla mal inglés… Había sobrevivido a la plantación, a la guerra, a la huida por el bosque o a la muerte misma. Había salvado a un oficial blanco. Le debía mi nueva vida a eso. A un instante de compasión. A una decisión que en su momento ni yo mismo alcancé a comprender.

James Samba Williamson. Samba. Ese era mi nombre y mi orgullo. Mi única pertenencia, junto con la placa de identificación que me regaló Sterling.

—La guerra ha terminado y no la voy a necesitar —me dijo cuando nos despedimos—. Quédatela como recuerdo del

nombre que nos une.

Y volví al mar. No porque quisiera. Sino porque tenía que hacerlo. Lo sabía. Lo sentía en las entrañas. Había sobrevivido al viaje de ida. Ahora tenía que hacer el de regreso, aunque fuera a un destino incierto.

El USS Constitution me recibió con su silueta altiva de barco escuela, de orgullo nacional. A ojos de los europeos sería un símbolo del poder de aquel joven país, pero para mí era otra cosa. Un animal dormido con dientes de hierro y alma de pólvora. En cubierta, los oficiales no me miraban. Un negro más asignado a la cocina. Era carne de cañón, no servía para las maniobras de exhibición. O tal vez sí. Ponte ahí detrás, donde no molestes. Negro.

No importaba que tuviera experiencia de combate.

No importaba mi hoja de servicio.

Solo importaba el color de mi piel.

—Cerca de las ratas —observó un joven cabo de ojos turbios.

Mi día a día consistía en encontrar esas ratas y matarlas, tirar la basura por la borda, limpiar los cubos de excrementos de los marines. Cargar los productos del comandante cuando el barco atracaba. Abrir y cerrar compuertas. Pelar patatas. Fregar suelos. Cumplir órdenes que a veces ni comprendía, aunque fingiera que sí.

Aprendía rápido, pero no bastaba y, fuera como fuera, daba igual, porque al margen de mis méritos, seguiría haciendo el mismo trabajo.

Había otros negros a bordo. Uno de ellos, de Nueva York, tocaba la armónica por las noches. Otro trabajaba conmigo en la cocina, Samuel Brown. También compartíamos litera en la cubierta inferior. Un tipo reservado. Como el resto. Cada uno había llegado allí por una herida distinta. Y cada uno tenía temor de hablar más de la cuenta. La solidaridad era peligrosa. Llamaba la atención.

Dormía mal. Pero dormía.

Fuimos tocando puerto tras puerto. Cádiz, Argel, Malta, Túnez. Cada ciudad era un misterio que apenas podía acariciar. A veces nos daban permiso para bajar. Otras no. A mí solían dejarme salir.

Descubrí olores nuevos. Lenguas distintas. Ojos que no me miraban con el mismo desprecio. Tampoco con compasión. En algunos puertos me perdía por callejuelas donde nadie entendía quién era. Ese anonimato me daba algo parecido a la paz.

En Nápoles pagué por el cuerpo de una mujer. Fue rápido y triste. No porque ella no se hubiese entregado, sino porque no hubo nada más. «La ternura no se compra», pensé mientras se vestía. Igual que el futuro.

En Marsella volví a bajar. Caminé solo hasta un muelle de pescadores. Olía a red mojada y a sardina podrida. El mar estaba en calma. Pensé en Mongo Mô. Pensé en Port-Mahón y en esa isla de la que me había hablado el tipo de la funeraria de Nueva Orleans. Tarde o temprano pisaría ese puerto oscuro y lo encontraría.

La venganza no era una idea, era una meta.

Aunque aún no supiera cómo alcanzarla.

18

La, la, la

Restaban unos minutos para las seis de la tarde cuando logró reunir a sus hombres y partir hacia el carrer Nou. Guasch entró en el local de la imprenta escoltado por Febrer, Parra y dos guardias civiles de aspecto intimidante.

El tipógrafo, que estaba en compañía de sus dos pequeños ayudantes, se les quedó mirando alelado, con la boca entreabierta, como si hubiese presenciado una aparición de la virgen del Toro. No opuso resistencia ni trató de huir, algo que, por otra parte, no le hubiese servido de nada más que para recibir algún golpe coercitivo.

—Pero ¿qué hacen? —exclamó—. ¡Yo no tengo nada que ver con esa muerte!

Lo llevaron a la prisión municipal ante las miradas curiosas de los viandantes.

Estaban empezando a llenar las celdas del claustro del Carmen.

Guasch recordó con rabia a los secuaces de Marfori y su actitud prepotente, su agresividad desmedida y, por encima de todo, la ausencia total de consecuencias ante aquellas conductas abusivas.

Se preguntó qué estarían tramando ahora y comprendió que no podía hacer nada por evitar aquel atropello. No tenía influencia sobre Marfori, tampoco el director del Cuerpo de Investigación del Crimen, ni siquiera su padre. La figura del Gran Picaflor se empequeñecía al lado del todopoderoso amante de la reina Isabel II. Era indiferente la fortuna ingente de su progenitor, seguramente muy superior a la del favorito. La supremacía del poder del gaditano no tenía parangón.

Las órdenes que Guasch impartió a sus hombres sobre cómo tratar a Fábregas fueron claras: apretarlo en prisión y registrar su domicilio. Febrer y Parra dirigirían el interrogatorio mientras él regresaba a casa para comprobar cómo estaba Riera y ver a Lucía.

Se merecía una pausa.

La vivienda de Anuncivay estaba en silencio. Toni Petit y Lissie habían salido; Andreu y Thomas, el hijo de Sara, permanecían en sus respectivos dormitorios; Riera dormía en su habitación y Sara se encontraba a su cuidado. La menorquina le dijo que Lucía se despejaba en la biblioteca.

—Puedo entender qué te ha llevado a enamorarte de ella, Marc —reconoció la viuda.

El halago inesperado le llenó de orgullo y, al mismo tiempo, le

generó un borroso sentimiento de culpa.

Guasch encontró a su esposa subida en una escalera baja. Hojeaba un tomo de tamaño imponente que sostenía con ambas manos. Se había descalzado y por debajo de la falda roja asomaban sus delicados y finos tobillos. La recordó en una posición similar en la biblioteca de su hogar en Ibiza, a los pocos días de conocerla. Llevaba un vestido del mismo tono, sencilla y deslumbrante como ahora.

Lo visualizó como si fuera ayer, así como el libro que le entregó: el *Cantar de mio Cid*.

La vida les había unido y también, paradójicamente, distanciado durante aquellos dos años de convivencia intermitente. Se dijo que en ese momento debía disfrutar de su compañía en lugar de lamentar las prolongadas ausencias.

Ella advirtió por fin su presencia y despegó los ojos del volumen.

—No te he oído llegar. ¿Llevas mucho tiempo espiándome?

—Ya querrían los espías disfrutar de esta panorámica.

Su mujer cerró el libro y bajó a tierra firme.

—Riera está descansando —explicó—. Está muy dolorido. La mejor medicina en estas circunstancias es un buen reposo.

—Entonces no me preocupo. Tiene un talento natural para dormir.

—Sara está cuidando de él.

—Ya lo he visto.

—He podido hablar con ella largo y tendido y he de admitir que es una mujer extraordinaria. Me ha explicado su vida en Estados Unidos, la muerte de su esposo… También hemos comentado la obra de Poe y de otros autores locales menos conocidos que me afanaré en buscar.

Guasch desvió la conversación con un dardo que impactó en el centro de la diana.

—¿Conoce a tu amigo Baudelaire?

—Ya tardabas en nombrarlo. —Lucía suspiró y por primera vez desde su llegada pareció cansada—. ¿No puedes olvidarlo ni siquiera cuando estás conmigo? ¿Haber cruzado Francia y medio Mediterráneo para venir a verte no calma tu resentimiento? —El silencio de Guasch fue suficiente respuesta—. No te comprendo, Marc. Ya te expliqué mis motivos, así como que seguía haciendo prácticas en la clínica en la que…

—Te estás desviando de tus estudios, estás descentrada.

Guasch sabía en el fondo que su acusación era injusta, pero no se retractó.

Una sombra de tristeza emborronó la mirada de su esposa.

—Lamento que lo sientas de ese modo —murmuró—. Voy a subir a descansar un poco. Estoy todavía agotada por el viaje…

—Te acompaño.

Su esposa le detuvo con un gesto brusco.

—No es necesario, no querría que te… descentraras de tus investigaciones.

—*Touché.*

Ella no sonrió esta vez y Guasch vio cómo devolvía el ejemplar a su sitio, tomaba sus zapatos y desaparecía por la puerta sin hacer ruido ni volver la vista atrás.

No supo qué decir para retenerla y, de haberlo sabido, seguramente tampoco lo hubiese dicho. El orgullo es un mal compañero de viaje. Se planteó si, de manera más o menos consciente, había provocado aquella situación adrede. ¿Qué le sucedía? Era injusto con Lucía, que no merecía ese trato.

Sintió un regusto amargo bajo la lengua.

Salió a la calle y dirigió sus pasos encendido hacia la penitenciaría.

La temperatura era menos extrema, como solía en las horas anteriores a la puesta de sol. El cielo hacía prever otro atardecer de colores intensos. Un gato lo observaba desde un balcón.

Guasch se obligó a no pensar en su mujer y, a traición, su imagen se fue difuminando hasta transformarse en el rostro pecoso de ojos esmeralda de Sara.

Le enfureció su propia debilidad.

Entró en la prisión dando vigorosas zancadas. Santos departía distendido en la puerta con un conocido.

—Buenas tardes, señor Gu…

—¿Están Febrer y los guardias con el detenido?

—¿A cuál de ellos se refiere?

—Al nuevo.

—Parra sí está. De vez en cuando he oído gritos provenientes del interior.

—¿Quiere decir que se exceden en su cometido?

—Quiero decir que hablan fuerte.

Subió las escaleras y alcanzó la celda del tipógrafo.

Entró sin más.

Parra y un guardia continuaban sentados frente al impresor, que mantenía la barbilla alta, retadora.

—… hay testigos que confirman sus tratos con el negro, señor Fábregas.

—En ese caso, tal vez pueda explicarme usted a mí en qué consistía esa relación.

El guijuelense apretó la mandíbula. Guasch supo que el cabo se habría levantado con gusto para aplacar a las bravas la gallardía del impresor, pero se aguantó. Quien no lo hizo, en cambio, fue él, que con rapidez estiró el brazo para agarrarle de la nuca y, sin darle tiempo a reaccionar, lo empujó hacia delante con brusquedad.

Su nariz golpeó con fuerza el tablero de la mesa con un crujido

desagradable.

Las gafas se le desprendieron de una oreja y la sangre empezó a chorrear.

—Pero ¿qué…?

Le dio un bofetón rápido que hizo que sus anteojos cayeran al suelo. Lo agarró de las solapas de la camisa y lo levantó del asiento, que volcó. Lo impulsó hacia atrás, haciéndole trastabillar, hasta que su espalda golpeó contra el muro. Sosteniéndolo en alto, Fábregas tuvo que hacer equilibrios, de puntillas, para permanecer en pie.

—¡Sé ha vuelto loco! —exclamó el tipógrafo.

Tenía razón. Parra y el guardia lo miraban boquiabiertos.

—¡Díganos qué relación tenía con Williamson!

Como antes con Lucía, no se reconoció.

Se sentía fuera de sí.

En un instante de lucidez pasajera comprendió que no estaba actuando correctamente y que le empezaba a pasar factura el cúmulo de pequeñas o grandes tensiones a las que se estaba enfrentando. La falta de avances en las investigaciones, el desliz con Sara, las discusiones con Lucía, la decepción de tener que reincorporar a Harper o la repulsión que le provocaban todos los poderosos que de un modo u otro querían imponer su voluntad a su costa. Le fastidiaba tener que tragar con todo aquello. Se vio y no se sintió orgulloso de sí mismo, sin embargo, en lugar de detenerse, apretó con más fuerza.

La puerta se abrió para dar paso a Febrer, quien sin mediar palabra lanzó una bolsa gruesa y pesada que resonó con un golpe metálico y seco sobre la mesa. Debió fijarse por fin en la sangre del detenido y lanzó una mirada interrogativa.

Guasch le ignoró y preguntó:

—¿Qué tenemos aquí?

—Una pequeña fortuna.

Si el detenido ya tenía antes mala cara, ahora era mucho peor.

Febrer desanudó el cordón y desparramó sobre la mesa una generosa montaña de monedas de diferentes diseños, diámetros y aleaciones.

Guasch soltó al detenido y tomó varias al azar.

—Dólares estadounidenses, francos franceses, guldens neerlandeses…

—¿No le pagan el salario en reales? —preguntó Febrer—. ¿De dónde sale esto?

Guasch le habría dado con gusto un nuevo bofetón, pero, esta vez sí, se contuvo.

Acercó el rostro a la nariz sangrante y olió el aliento fétido del detenido.

También le había partido el labio.

—¿Quiere que siga? —murmuró.

Lo hubiera hecho sin dudar.

—No hemos encontrado nada más, Guasch —dijo Febrer, apoyando la mano en su hombro.

—¿Cómo han entrado en su casa?

—Con la llave, por supuesto.

—¿Tiene alguna otra, además de esa?

—Así es, y será de la imprenta. Me consta que tiene carta blanca para entrar y salir a su antojo. ¿Me equivoco?

El temor que mostraron los ojos del copista probaron que iban por buen camino.

Guasch extendió la mano y Febrer colocó sobre ella una llave de buen tamaño.

—¿Me acompaña?

—Por supuesto.

Guasch se fijó por primera vez en la cara del menorquín, que desvió los ojos en un acto reflejo en lo que interpretó como un poso de decepción. Era muy probable que el capitán se sintiera decepcionado con el otrora siempre recto inspector Marc Guasch. Como si le acusara sin decirlo de traspasar una línea invisible que, como el caballero que se suponía que era, no debía cruzar jamás.

No le importó un comino.

—¿Lo dices en serio? —preguntó Lissie.

—Yo nunca miento —respondió Toni Petit.

Ella soltó una carcajada espontánea y él se dejó empapar de su risa.

Los dos bajaban por la Costa Vella dando saltitos con pasos largos y acompasados. El cabello rubio de ella subía, flotaba un instante en el aire, atravesado por los rayos moribundos del sol, y volvía a caer con suavidad sobre sus hombros desnudos. Llevaba una pequeña bolsa de tela con varias manzanas que habían decidido comerse en el puerto, con los pies en el agua, quizá mientras lanzaban algunas piedras.

La bostoniana decía que había estado practicando y que le pensaba superar.

Toni Petit bajaba mentalizado para mantener su reinado.

Pensó que le gustaba aquel puerto prodigioso a la hora mágica del atardecer, con la temperatura atemperada y los trabajadores, en cualquiera de sus variantes portuarias, regresando felices a sus hogares para descansar de la jornada laboral. Los pescadores de langostas, a contracorriente de los demás, preparaban sus artes para dar comienzo a una nueva jornada de pesca.

—Pues a partir de ahora tendré que llamarte señor detective, ¿no? —dijo ella.

—Mejor inspector Toni Petit…

—¡A sus órdenes, inspector Petit!

Se cruzaron con varios niños que correteaban gritando por la orilla. Algunos se lanzaban al mar desde los norays de piedra encogiendo las piernas, apretándolas contra el pecho y provocando voluminosas salpicaduras mientras eran engullidos por el mar.

Un par de críos mojados saludaron a Toni Petit con familiaridad.

—¿Los conoces? —preguntó Lissie, sorprendida.

—De vista. Son de la pandilla de Olives, el amigo del que te he hablado alguna vez.

—¿Y saben quién eres?

—Se ve que sí. Les habrá hablado de mí igual que yo te hablo a ti de él. Mi pelo color sobrasada, como imaginarás, no me ayuda a pasar desapercibido.

—Puede ser… Entonces, ¿el señor de la imprenta está ahora en la cárcel?

Toni Petit hizo un gesto de asentimiento.

—Ocultó que tenía tratos con Williamson, el negro asesinado.

Ella señaló un carro lejano con un burro que descansaba junto al camino.

Se dirigieron hacia allí.

—¿Y lo han detenido gracias a ti?

—El inspector Guasch ya se lo olía, yo solo se lo he confirmado.

—No digas tonterías, ¡eres un héroe!

Toni Petit se sintió exultante ante aquel inesperado halago.

Le encantó escucharlo en boca de la adorable Lissie. ¡Un héroe!

—No sé si tanto —admitió—. Los héroes salvan princesas. ¿Tú lees cuentos de esos?

—¡Yo leo cualquier libro que caiga en mis manos! ¡Me apasiona leer! ¿Y a ti?

Toni Petit se alegró de haber seguido los consejos de su amigo Pere Pau y de haberse esforzado por aprender a leer y a escribir con cierta soltura y a hacer cálculos mentales con rapidez. Se lo debía todo a él, su mentor, y a las Agustinas Hermanas del Amparo, por supuesto, por mucho que a menudo las desobedeciera e hiciera rabiar. Sabía de buena tinta que cuando Riera acudió a la Casa de la Misericòrdia de Ciutat para tramitar su adopción, en la congregación se alegraron por su suerte y, al mismo tiempo, aunque solo fuera un poquito, respiraron aliviadas por perder de vista a un interno tan inquieto y revoltoso como él.

—No sé cómo conseguir libros —respondió Toni Petit—. En Ibiza no hay donde adquirirlos y, además, estoy seguro de que son muy caros.

Se acercaron al carro. El asno los miraba con cara de aburrimiento, seguramente a la espera de que su amo terminara de realizar alguna gestión en las proximidades para regresar a casa.

Más adelante, en la curva, asomó otro carromato con cabina. Era de buen tamaño y llevaba pintadas unas grandes letras de colores que Toni Petit reconoció enseguida.

—¡Es el dentista Ticoulat! El que curó a mi padre del dolor de muelas. ¡Es un genio!

—¡Sale publicado cada día en el periódico!

La niña se detuvo a pocos pasos del burro y, con una sonrisa traviesa, sacó una de las manzanas que llevaba en la cesta y la tiró con un movimiento rápido hacia la cabeza del animal. Lento de reflejos, el equino recibió el impacto en un ojo. Rebuznó, levantó las patas delanteras y arrancó a correr hacia adelante, tirando con fuerza del carro. Lissie quedó paralizada en mitad del camino, con la mano con la que había arrojado la manzana todavía en alto.

Toni Petit se lanzó hacia ella dispuesto a apartarla del camino cuando, inesperadamente, trastabilló.

El burro se volvió hacia él, le dio un topetazo que lo lanzó contra uno de los norays y prosiguió su huida en medio de una nube de polvo, disparando proyectiles de piedra con las pezuñas.

Lissie dejó caer la cesta y acudió corriendo en su ayuda entre gritos de auxilio. O eso es lo que Toni Petit entrevió, abotargado como estaba, del revuelo que se armó a su alrededor. La tierra le escocía los ojos y sentía un sabor a óxido en la boca.

Su amiga le examinó la cara e hizo unos aspavientos hacia el carromato del dentista.

—¡Señor Ticoulat, señor Ticoulat! ¡Toni Petit se ha partido la boca en el noray!

—Gl…gl… —balbuceó.

El sacamuelas saltó raudo del pescante, pateó una de las manzanas, se arrodilló junto a él, le examinó la boca con ojo experto y giró la cabeza hacia su carromato.

—*Madame Pomme, s'il vous plaît!* —chilló—. ¡Tgaigá mi maletín! ¡Gápido!

La mujer que días atrás hacía guardia desde la ventana de la consulta bajó de la caja con el susodicho y se acercó hasta ellos dando pequeños saltitos. El doctor lo apoyó en el suelo, lo abrió y extrajo una especie de garfio con empuñadura de madera como un mago que saca un conejo de la chistera.

—Gl… gl… —repitió Toni Petit para dejar constancia de que se negaba a que el dentista le metiera ese *hierrajo* en la boca.

Incomprensiblemente, el dentista no lo entendió.

—¡Abgá la bocá, pequeño hégoe!

Toni Petit se encontró con la boca entreabierta, el arpón en su interior y una creciente sensación de dolor a medida que iba recuperando la consciencia.

En su paladar se incrementaba el sabor metálico y a sal.

El afrancesado se las apañó para introducir en la cavidad bucal una especie de copo de algodón que previamente había empapado con el contenido verdoso de un tarro de cristal y Toni Petit sintió un alivio inmediato que celebró con un par de gloriosos lagrimones.

Una voz interior le dijo que aquello no mermaba su heróico acto de salvación.

Entonces Mister Ticoulat hizo un movimiento brusco que provocó un crujido desagradable.

—¡¡Glllll…!!

El dentista desparramó su sonrisa de dientes contundentes y mostró orgulloso un colmillo rojizo en el momento en que Lissie sacaba un pañuelo y le limpiaba la comisura de los labios.

—¡Ha pegdidó usted un dienté en esta valegosa misión, pequeño caballegó!

El hombre recogió sus enseres con celeridad y se reincorporó.

—¡Señoguitá! ¡Si alguna ves busca tgabajó y está dispuesta a viajag, segá un plaser contag con sus amogosas manós! —Miró a Toni Petit—. Y usted, joven, guecuegde que… ¡los hégoes también nesesitán un buen dentistá! ¡No hay nada de qué avergonsagse!

Y dicho esto, dio media vuelta y se marchó.

Guasch, Parra y Febrer esperaban impacientes a que el alguacil responsable de encender el alumbrado público terminara con el farol que había sobre el portón de la imprenta.

Habían hecho el breve trayecto hasta el carrer Nou en un silencio que en cualquier otro momento Guasch hubiese catalogado como incómodo. Pero no esta vez, en la que era él quien, enfadado, generaba aquel ambiente crispado.

Consultó la hora en su reloj de bolsillo bajo la llama creciente de queroseno.

Había tenido la deferencia de mandar llamar a Joan Fábregas, el propietario, para que estuviese presente durante el registro. Justo cuando el empleado municipal agarraba la escalera para marcharse apareció don Joan en compañía del aniñado guardia civil.

Apenas llegaron le explicó cuál era la situación.

El impresor pareció encogerse.

—Pero ¿qué está usted diciendo? —exclamó—. ¡Es inconcebible que mi cajista haya cometido ninguna irregularidad!

—¿Por qué está tan seguro?

—¡Porque hace muchos años que trabaja para mí!

—¿Y eso qué tiene que ver con que esté o no implicado en actividades ilegales?

—Que nunca he apreciado nada extraño en su comportamiento.

Puede tener un aspecto descuidado, eso no lo niego, pero de ahí a delinquir y, sobre todo, ¿asesinar? ¡Es impensable! Es un tipógrafo excelente, me atrevería a decir que el más dotado que he tenido nunca.

—Nada de eso quita que haya tenido tratos con James S. Williamson.

—¿Qué hay de malo en ello?

—En otras circunstancias quizá nada, pero que ese hombre haya sido asesinado hace que todo sea diferente. ¿Por qué ocultaba que tenía relación con el finado? Nos ha mentido, y eso es algo, además de grave, sospechoso.

El hombre dirigió una mirada lúgubre al portón de su negocio.

—¿Y qué hacemos aquí? —preguntó.

—Buscar si su fiel empleado esconde algo. ¿Sería tan amable de abrir la puerta, por favor? En su casa hemos encontrado dinero en no sé cuántas monedas extranjeras. Casi diría que de cualquier país. ¿Alguna idea de qué hace para ganarlo?

El impresor negó con la cabeza mientras sacaba con mano temblorosa su juego de llaves. Los nervios le llevaron a errar un par de veces. A la tercera acertó y, esta vez sí, la cerradura giró.

El olor dulzón a tinta, papel y aserrín los envolvió en cuanto cruzaron el umbral.

El espacio, un cubículo negro, era tan solo violentado por la franja de luz oblicua que generaba la lámpara exterior.

—¿Tiene usted algo para alumbrar ahí dentro?

—Por supuesto, señor —dijo el hombre, adentrándose en la negrura —. ¿Puedo pedirles, por favor, que no rompan nada? Se lo agradecería muchísimo y…

—No queremos destrozar el local —zanjó Guasch.

Fábregas respiró, visiblemente aliviado.

Cuatro luces encendidas después se dispusieron a explorar las instalaciones.

Guasch señaló una puerta interior.

—¿Cómo está distribuido el espacio?

—Esa es mi oficina —respondió Fábregas—. También hay un cuchitril con un camastro y dos almacenes, uno grande en el que guardamos el grueso de las materias primas y otro más pequeño en el que tenemos las publicaciones impresas.

Las últimas palabras apenas fueron un susurro incomprensible, como si el mecanismo interno de aquel hombre hubiera ido perdiendo cuerda a medida que se explicaba.

—Febrer, vaya usted al almacén; Parra, revise el despacho y el cuartito, y usted —añadió señalando al joven—, quédese aquí conmigo. El primero que termine, que ayude a los demás, ¿entendido?

—¿Qué buscamos exactamente, señor? —preguntó el de Guijuelo.

—Cualquier cosa que consideren irregular.

—¿Por ejemplo?

—Lo que sea, cabo. No tengo la menor idea. ¡Vamos! ¡En marcha!

Parra hizo un gesto afirmativo y Febrer le dedicó un desganado saludo militar.

El capitán había perdido parte de la gallardía que siempre le acompañaba, por mucho que su cabello y su barba siguieran luciendo perfectos, al igual que su uniforme de planchado impecable. Su mirada era menos luminosa. Se preguntó si se debía tan solo al cachete que le había endosado al embustero del tipógrafo. Bueno, un cachete y una nariz rota.

Sí. Había cruzado una línea roja.

No. No se sentía orgulloso de ello.

Pero no estaba dispuesto a entrar en un bucle de lamentos.

Fábregas tomó asiento mientras se abanicaba con unas galeradas descartadas. El hombre resoplaba y se secaba con el dorso de la mano las gotas de sudor, reales o imaginarias, que le resbalaban por la frente.

La sala de trabajo constaba de tres zonas bien delimitadas: composición tipográfica, en la que se empleaba el cajista; impresión y encuadernación y secado.

Guasch señaló una gran mesa y una alacena repleta de pequeños cajones.

—El tipógrafo se mueve por aquí, ¿verdad?

Era una pregunta retórica.

El impresor hizo un gesto distante que lo confirmaba.

Se acercó a aquella cajonera inmensa. Cada casilla tenía una etiqueta en la que se indicaban la fuente, el tamaño y el uso habitual que se le daba.

—Comience por aquí —ordenó Guasch.

—¿Tengo que revisarlos todos, señor? —respondió la voz infantil.

La mirada severa que le dedicó equivalía a un contundente sí.

—¡A sus órdenes, señor!

Mientras el guardia empezaba a escarbar en los cajones, él juntó las manos a la espalda y paseó la vista por la sala preguntándose qué ocultaría el cajista, un hombre de apariencia normal con una vida legal al que, quién sabe por qué motivo, buscaban marinos de cualquier nacionalidad para darle sus monedas a puñados. ¿Qué podía ofrecer que tuviera tanto valor? ¿Tabaco o algún otro producto de contrabando? Desde el primer momento lo descartó. No creía que ese hombre pusilánime cumpliera el perfil, además, era probable que los viajeros tuvieran más acceso que él a productos extraños.

El guardia-muchacho fue a apoyar un par de cajones en el tablero

cuando uno de ellos se volcó y desparramó sobre la mesa un millar de pequeñas letras móviles de plomo.

—¡Vayan con cuidado! —lloriqueó el impresor.

Guasch observó las letras y se dijo que había que ser muy habilidoso para realizar aquellas composiciones y para maquetar las hojas de los libros, diarios y demás publicaciones que se le encargaran al maestro impresor.

Y entonces lo comprendió.

Ese era el gran valor de aquel individuo de nariz rota que tenían encerrado en prisión. Lo que se le daba bien. El campo en el que destacaba por encima de los demás y, en consecuencia, el motivo por el que unos y otros le iban a buscar.

«El mejor cajista que he tenido nunca», había dicho don Joan.

—¡Lo encontré! —oyó que gritaba Febrer desde el almacén—. ¡Lo he descubierto!

Y Guasch supo, sin necesidad de verlo, qué había encontrado el capitán.

La taberna estaba a rebosar a aquellas horas de la noche, y además con unos parroquianos que nada tenían de elegantes, cultos ni moderados. Ríos de alcohol corrían por sus cuerpos, en especial en el de un guitarrista que, en una esquina, amenizaba la velada con rasgueos y gorjeos.

La mezcla de olores era una explosiva amalgama de cualquier aroma imaginable.

Nada de todo eso le importó a Lucía, que lo animó a entrar.

Al regresar a la casa de Anuncivay, Guasch la encontró leyendo en su butaca, vestida y lista para salir a pasear con él. Afirmó que lo necesitaban y Guasch, pese al cansancio, a las ganas de asearse y tumbarse a descansar, pese al malhumor, aceptó.

No podía negarse.

Les vendría bien a ambos.

Era noche cerrada y, aunque las calles cercanas estaban casi desiertas, el ronroneo gatuno de Es Barrio les alcanzó.

Lucía le contó que había descubierto en *El Diario de Menorca* una sección que se llamaba «Movimiento del Puerto», con las entradas y salidas diarias, y que daba la casualidad de que ese día hacían noche en la rada, fuera del lazareto, pocas embarcaciones.

Algo atípico en la mastodóntica ensenada mahonesa.

Bajaron al muelle del brazo, esquivando los temas personales.

Una voz en su interior exigía a Guasch que pidiera disculpas. Pero de nuevo, no encontró las palabras justas. O de nuevo no las quiso encontrar.

¿Qué le sucedía?

¿En qué se estaba convirtiendo?

Lucía se interesó por sus últimas pesquisas.

—Resulta que Fábregas es un falsificador de documentos. De todo tipo: pasaportes, licencias de mar, cartas de libertad, certificados de buena conducta o de vacunación… Y hay que admitir que es excepcional. Disponía de sellos de goma y en seco que imitaban a los originales y que podían pasar por verdaderos. Todos hemos visto un pasaporte emitido en España, pero ¿y uno de Martinica o de Haití? ¿Qué elementos tenemos para valorar si son o no válidos? Eran indetectables. Fábregas empleaba papeles oficiales reciclados u otros desgastados de alta calidad. Su empleador lo definió como un buen profesional en lo suyo. Acertó. Y además está en Maó, el lugar ideal para una persona con sus habilidades.

—¿Cómo sabía la gente que podían acudir a él?

Guasch se encogió de hombros.

—Al final, estos rumores siempre se mueven y llegan a los oídos de quien lo necesita.

—¿Y has encontrado esas falsificaciones?

—Unas pocas, de clientes que no las habían recogido.

—¿Alguna a nombre de Williamson?

—Hay un par de pasaportes y cartas de libertad que podrían corresponder a él o a Brown por el tono de su piel y su descripción física. También un pasaporte de nacionalidad francesa a nombre de Jean-Baptiste Grenouille y una carta de libertad española, emitida en Cuba, a nombre de Samuel Moreno.

—El compañero se llamaba Samuel Brown, ¿no?

—Exacto.

Permanecieron un rato en silencio.

—¿Y cómo se ha defendido Fábregas?

—No le hemos interrogado todavía. Solo le hemos dicho que lo sabemos todo y que aproveche la noche para reflexionar. Mañana queremos que nos ayude. La pena que le imponga el juez puede ser importante.

Se habían acercado hasta una taberna ubicada junto al Moll de Llevant. Parecía que toda la gente que se echaba de menos en las calles de Maó se acumulaba en el interior de aquel establecimiento. Y no era pequeño.

Lucía no le hizo ascos, e incluso pareció aliviada por encontrar un lugar concurrido en el que perderse entre la gente. Guasch se preguntó si su mujer podría no encontrarse a gusto estando a solas con él.

Confió en que no fuera verdad.

Algunos de los clientes se volvieron hacia ellos al entrar para, al instante, ignorarlos y regresar a sus exaltadas conversaciones. El descubrimiento de una dama como Lucía y de un caballero de buena

planta y elegantemente vestido como Guasch no les despertaban el más mínimo interés.

Se abrieron paso hacia la barra.

El guitarrista concluyó la pieza que venía maltratando entre los vítores y los aplausos de la concurrencia y Guasch se preguntó si celebraban el final de la agonía o al sincero disfrute de la profunda interpretación.

Después de valorar el nivel del público se decantó por la segunda opción.

Alguien gritó en inglés el título de una canción y una mesa de marinos de cabelleras rubias y pieles rojizas estalló en una ovación. El cantante levantó la mano para bendecir la moción, apuró el contenido de una jarra de un largo sorbo y empezó la nueva melodía.

Los acordes iniciales de una balada melancólica arrancaron pausados. La mesa del fondo hacía los coros al cantante, y Guasch dejó de prestarles atención para pedir un par de rones dominicanos para él y su animada esposa.

Cuando el tabernero regresaba con las bebidas, los cantantes entonaron el estribillo, mucho más vivo. Y en ese momento, boquiabierto, Guasch sí afinó el oído y se volvió hacia ellos.

Hizo un gesto al tabernero para que se acercara.

—¿Cómo se llama usted?

—¿Yo? —El tipo le miró con suspicacia—. García, ¿por qué?

—¿Conoce esta canción, García?

El otro se encogió de hombros.

—Una canción inglesa, no entiendo muy bien la letra.

—¿No sabe de qué trata?

—Le repito que no. No recuerdo haberla oído nunca.

El estribillo volvió a resonar a su alrededor.

Y entonces lo escuchó con claridad: «Mongo John la la lá, Mongo John la la lá».

Se acercó hasta Lucía, le tendió el vaso de ron y la agarró del brazo.

No se atrevía a dejarla sola rodeada de esa fauna.

—¿Qué sucede, Marc? —gritó ella mientras se abrían paso entre la multitud—. ¿Por qué no nos quedamos en la barra?

—¡Necesito hablar con ellos!

Alcanzó la mesa de los cantores ingleses después de propinar varios empujones, de recibir un salivazo en la mejilla y de que alguien volcara media jarra de ginebra en su espalda. En aquel breve trayecto había olido un generoso espectro de pestazos inhumanos.

Los ingleses elevaron al cielo sus jarras medio vacías mientras sus gargantas se desgañitaban entonando, por llamarlo de alguna manera, la letra de esa especie de himno.

Plantó las manos en el tablero mojado y captó la atención de uno de

ellos.

—*What did you say?* —preguntó.

El tipo le hizo un gesto diciéndole que esperara.

Les prestó la máxima atención.

> *Oh Mongo John, your name won't drown.*
> *The sea remembers, town by town.*
> *Chains still echo where you stood,*
> *no gold can wash away that blood!*

Se quedó petrificado.

Sí, lo había escuchado bien, estaba seguro: Mongo John.

Se dirigió a uno de los coristas:

—*Ey, Sir! Who's this Mongo John you're singing about?*

Pero el tipo y sus compañeros le ignoraron y, poniéndose en pie y agarrándose por los hombros, continuaron con la segunda estrofa de la letra:

> *Down by the shore where the black ships moan.*
> *Lived Mongo John on a bloody throne.*
> *He smiled with gold, but his hands were red.*
> *He sold the living, he spoke with the dead!*

Tendría que armarse de paciencia hasta que acabara la canción.

Lucía le agarraba del brazo y miraba a su alrededor. Una pareja de tipos rudos que había a su lado la miraban con los ojos entornados. Guasch se dijo que tenía que darse prisa, antes de que se liaran las cosas.

Zarandeó a uno y, por fin, logró que focalizara en él sus pupilas nubladas.

Volvió a la carga:

—*Who's this Mongo John you're singing about, sir?*

—*John Ormond* —respondió destilando un vomitivo aliento a alcohol—. *It's the nickname of John Ormond.*

—*Who is he and where can I find any information about him?*

Uno de sus compañeros empezó a chapurrear un español cochambroso.

—John Ormond murió hase años…

—¿Quién era?

—Esclavista que tenerr *factory in Afrika*.

—¿Qué es un *factory*?

—Aquí se desir una fábrica de esclavos…

Chascó los dedos en el aire varias veces.

—Factoría —aclaró Lucía, que seguía la conversación.

Guasch no entendía nada de lo que decían los beodos esos y pensó que estaban incluso más ebrios de lo que su apariencia daba a entender.

—¿Y Mongo es su nombre?

Uno de ellos, el mayor, negó con la cabeza lentamente. Tenía la mirada hechizada.

—Mongo is the name given on the African coast, precisely, to those ruthless men who oversaw the trade in human flesh along the shore.

El compañero advirtió su expresión de desconcierto.

—Dise que Mongo es el nombrre que se da en la costa africana a quienes trafican con esclavos, los jefes de los *factories*…

—¿Saben de alguien llamado Mongo Mô? ¿Han oído su nombre alguna vez?

Se miraron unos a otros y negaron con mayor o menor intención.

—Ni idea, señorr, perro dudo que fuerra tan popular y despiadado como Mongo John.

Asintieron todos, alegres.

Y, acercándose de nuevo el estribillo, abrazados, le ignoraron, se giraron hacia el cantante y comenzaron a berrear de nuevo aquel pegadizo fragmento.

XIII

La mujer del libro

El Constitution enfilaba la bocana de Port-Mahón cuando sentí que por primera vez mi vida tenía una razón de ser. Nunca antes había tenido esa sensación. Enseguida comprendí que Mô, en el dialecto de los lugareños, era un lugar diferente. Algo en el aire, en la forma en que el sol caía sobre el puerto, en el inesperado civismo de sus gentes.

Era una escala programada de cinco días, con dos o tres de permiso para la tripulación.

Sabía lo que tenía que hacer.

Bajé solo, sin prisa, con los ojos bien abiertos. Pregunté por él en cuanto pisé tierra: Mongo Mô. Así, sin más. Igual que quien busca a un viejo amigo. Repetí el nombre varias veces, con distintas entonaciones, buscando provocar el recuerdo en la mente de alguien. Me miraban sin comprender. Algunos se encogían de hombros. Otros fruncían el ceño. Nadie le conocía. O eso decían.

Y sin embargo, yo lo notaba cerca.

Percibía que aquellas viejas piedras aún conservaban el recuerdo de sus pasos.

La rada era la más grande, viva e internacional que había visto. Lugar de encuentro de tripulaciones de medio mundo: franceses, ingleses, sardos, tunecinos, malteses, incluso escandinavos. Las lenguas se cruzaban, se mezclaban. Y en medio de todo eso, por una vez, no me sentí observado. Ni temido. Ni rebajado. Subí a la ciudad alta. Recorrí sus calles atemporales cruzándome con gentes de expresión amable y de andares pausados.

Me sorprendió encontrar alivio en aquel puerto que, en mis obsesiones recurrentes, había imaginado sombrío y opresivo. Como el final de un túnel ahogado en tinieblas que descendía hasta el corazón mismo del abismo.

Y sin embargo, por más que se mostrara luminoso y fértil ante mis ojos, me repetía que no debía bajar la guardia, que no podía dejarme engañar por esa apariencia amable. Sabía que bajo la piel limpia de aquel puerto se escondía algo oscuro. Quien se confía cava su propia tumba, me decía, mientras observaba a los hombres de cierta edad: rostros curtidos por el sol, pasos torcidos por piernas rígidas o

espaldas vencidas. Buscaba un gesto, un rasgo, lo que fuera que encendiera la llama de la memoria. Alguna pista del hombre que me lo arrebató todo.

Pero no encontré nada. Solo ancianos fatigados, hombres que parecían haber tenido una vida dura, sí, pero no cruel.

Ninguno parecía un monstruo.

Las noches eran distintas. Las tabernas se llenaban de marineros, música y cuerpos que se tocaban sin disimulo. Yo no buscaba eso. Caminaba de una tasca a otra en silencio, sin beber. Me sentaba cerca de la pared, observaba. Analizaba los rostros. Cruzaba miradas. Nadie me desafiaba. Nadie se reía de mí. En algunos ojos vi pena; en otros, curiosidad, pero no encontré odio. No allí.

Me dije a mí mismo que, si Mongo Mô vivía en esa isla, se escondía bien.

¿O tanto había cambiado?

El último día salí temprano. El barco zarpaba al anochecer. No esperaba encontrar nada ya. Caminaba sin rumbo por el muelle cuando vi que a una joven se le caía un libro. Lo recogí antes de que lo pisaran. Se lo tendí.

—*Thank you, sir* —me respondió—. *That's very kind of you.*

Su inglés era claro, suave. La miré. Me miró y no apartó los ojos.

Se llamaba Guida, según me explicó una derivación local del nombre Margalida.

Nos pusimos a hablar. Al principio fueron frases cortas, preguntas simples. Después la conversación fluyó. Me habló de la isla, de su familia, del libro que leía. Le hablé del barco, de los puertos, de la música. Quiso saber mi nombre. «Samba», respondí. No se sorprendió.

Me trató como a un igual.

Caminamos por el puerto mientras el cielo empezaba a oscurecer. Yo sabía que tenía que volver, que el permiso terminaba, que en breve empezarían a buscar a los rezagados. Pero no me moví. Porque no me quería ir. Quería conocerla. Decirle que había cruzado medio mundo para buscar a un diablo. Que buscando a un hombre había encontrado a una mujer.

A ella.

Entonces escuchamos los alaridos.

El oficial de guardia había dado la orden de buscar a los que no habían regresado. No era algo raro. Siempre alguno se emborrachaba o se perdía con una mujer. No era mi caso. Yo me había descubierto a mí mismo y estaba donde quería

estar.

Me encontraron. Se acercaron con paso firme. Uno de ellos me tomó por el brazo. Guida se interpuso, dijo algo en inglés. No entendí bien las palabras, pero sí que quería protegerme.

De nada sirvió.

La barca esperaba junto al muelle. Me empujaron hacia allí. Ella gritó mi nombre. Me volví. Le prometí con los ojos lo que no podía decir en voz alta: que no sería la última vez. Me arrancaron de su lado como si fuera un desertor. Como si no tuviera derecho a un instante de libertad.

Volví al barco dispuesto a cumplir el castigo.

No protesté, porque fui consciente de que tenía un nuevo y maravilloso motivo para regresar.

19

Confesiones

Riera, plenamente recuperado de los golpes del día anterior, quiso acompañarle en los interrogatorios previos a la reunión matutina. Guasch, visto el comportamiento impulsivo del subinspector en los últimos envites, estuvo tentado de prohibirle visitar a su hermano, pero al final cedió, diciéndose que no podía ser tan cruel con él.

No solo sentía que se lo debía, sino que él mismo tampoco había sido un ejemplo de templanza y saber estar.

De camino al claustre del Carme, sumergidos todavía en la oscuridad de la noche, le informó sobre los documentos falsos de Fábregas, del significado de la palabra «mongo» y del regreso de Harper a la investigación; también del apoyo que había recabado en el vicecónsul Ládico para que le ayudara a encontrar a la misteriosa dama del funeral.

—Cuántas cosas —masculló—. No me puedo despistar ni un momento.

Lo dijo a su manera, refunfuñando, seguramente pensando en su hermano.

—Ya era hora de avanzar un poco, ¿no cree?

—Desde luego. ¿Qué piensa de Mongomó?

Guasch lo tenía claro.

—Que es probable que sea un esclavista originario de Mô que en algún momento de su vida se cruzó con Williamson. Si preguntó por él utilizando su apodo nada más poner pie a tierra no parece descabellado, ¿no cree?

—Tiene razón. Tal vez deberíamos hablar de nuevo con los americanos para averiguar más cosas sobre su periplo desde África a Estados Unidos. O si directamente saben algo de este Mongo Mô.

—Es una buena idea. Sara me explicó que bastantes menorquines, por una serie de circunstancias adversas, tuvieron que emigrar y buscarse la vida en ultramar.

—No entiendo…

—Que en pasadas épocas de crisis, décadas atrás, fueron muchos los que se echaron a la mar para sobrevivir. Me gustaría conocer nombres y aventuras concretas. Anécdotas.

—De ser así, el tal Mongo Mô no es un jovencito.

—Eso dependerá del momento en que se cruzó en la vida de Williamson.

—Desde la guerra podría decirse que es un hombre libre, por lo que

tuvo que ser antes.

—Un mongo es alguien que dirige una fábrica de esclavos en África y…

—¿Una fábrica? —exclamó Riera—. ¿Cómo se puede fabricar un esclavo?

Era una buena pregunta.

—Tenemos que comprender en qué consistían esas factorías. Me atrevería a decir que son los negocios que se encargan de capturarlos, o comprarlos, para después revenderlos a los barcos que han de transportarlos a América. Mascaró, el músico, nos explicó algo de la historia de Williamson: que era originario de Corisco y que, cuando lo raptaron y vendieron, era poco más que un joven adolescente.

—¿Qué edad tenía ahora? —preguntó el subinspector.

—Alrededor de la treintena. —Cayó en la cuenta de que esa era su propia edad y comprendió lo privilegiada que, en comparación con aquel infeliz, había resultado su vida—. Tenemos que buscar a alguien que haya vivido en África o que haya estado involucrado en el negocio negrero a finales de la década de 1840 o principios de los cincuenta.

Una voz cantarina les llegó cercana.

—¡Las seis y sereno…!

Guasch se detuvo en la puerta del claustro y Riera le imitó.

—¿Y qué opina de los documentos falsos? —inquirió el subinspector.

—Que es posible que quisieran fugarse después de lo que fueran a hacer. ¿Quién sino necesita papeles de ese tipo?

—Ya… Por cierto, ¿hay alguna novedad de Carlos María?

—Ayer no se encontró ninguna pista nueva, por lo que la causa se centra en exclusiva en su hermano Joan y en Francina Farregut. Esperemos que haya recordado algo esta noche. Marfori y sus secuaces no dieron señales de vida desde el rifirrafe que tuvieron con ustedes.

Riera se palpó la barriga.

—¿Y eso es bueno o malo? —preguntó.

—No sabría decirle, no me fío nada de esos tres. Ya los veremos en la reunión.

Riera tiró de humor mientras observaba la fachada tenuemente iluminada del edificio.

—Y a ver también cómo se porta el gañán de Harper…

—Era inevitable que volviese. Lo único que quiero es que no entorpezca la investigación.

—¿Cree que puede estar relacionado con la muerte de Williamson?

Guasch negó con la cabeza.

—No lo veo. Este hombre no conoce el puerto de nada, ¿por qué encerrarlo allí? Lo considero un tipo práctico que si tuviera que eliminar a alguien le daría una cuchillada y lo dejaría en cualquier

sitio.

El subinspector fue a hablar, pero dejó el gesto a la mitad.

—Dígame, por favor —lo animó Guasch.

—Es igual —negó con la cabeza—. Yo solo…

—Vamos, hombre, me interesa. ¿Qué iba a decir?

Riera lo contempló un instante antes de decidirse a hablar.

—Es una cuestión personal. —Guasch esperaba que fuera a hablar de su hermano. Erró—. ¿Se encuentra usted bien? Si me permite, a diferencia de otras veces le he visto distante con Lucía. Está más serio y más susceptible. No sé bien cómo decirlo, más impulsivo quizá. Lo siento, no quiero parecer indiscreto.

Guasch se lo quedó mirando sin saber qué responder.

—Olvídelo —el policía levantó ambas manos—, ¿ve como era mejor callarme?

—Le agradezco de corazón que esté pendiente, Riera. Nadie conoce nuestra historia como usted, y por eso me alegra que se haya avenido a compartirlo conmigo. —Suspiró—. Creo que la distancia nos está afectando más de lo que imaginaba, y reconozco que quizá no soy tan abierto de mente o generoso como pensaba. No sé bien cómo expresarlo. A menudo no soy capaz de calibrar ni de explicar bien lo que siento, ¿sabe? Me temo que no soy muy bueno en eso.

Riera quiso infundirle ánimos.

—¡Es imposible ser bueno en todo! Además, no sé si los hombres estamos muy capacitados para esas cosas —sonrió—. Bueno, me alegra que no sea nada demasiado grave, ¿verdad? Porque supongo que tiene solución…

Guasch se preguntó si estaba dispuesto a solucionarlo.

Se dijo que sí.

Le dio al subinspector una palmada en el hombro y se sintió más animado.

—Irá bien, Riera, no se preocupe por nosotros.

—No me diga eso…

—¿Por qué?

—Porque cuando alguien dice que no hay que preocuparse de algo es cuando uno debe empezar a hacerlo.

Joan Fábregas, tipógrafo profesional y excelso falsificador, tenía mala cara. Su pelo enmarañado, la barba sin afeitar y las ojeras liliáceas daban a entender que había pasado una noche de perros, por no hablar del lamentable aspecto de la nariz rota por obra y gracia de Guasch o la ropa arrugada y manchada de tinta, sudor y sangre.

El conjunto no podía ser más desolador.

Fábregas le dirigió una más que comprensible mirada de rencor.

—No tema, no pienso tocarle —anunció Guasch.

—Ayer ya me dejó bien servido…

Riera miró de soslayo a Guasch. El subinspector no sabía nada de la *deferencia* que la jornada anterior tuvo con el detenido.

Seguro que después le pediría explicaciones.

—¿Ha pasado una buena noche?

—Cojonuda…

—Me alegra oírlo. Espero que la haya aprovechado para valorar su situación, más ahora que hemos descubierto los documentos que escondía en el almacén de la imprenta.

—No sé a qué se refiere, pero ya le adelanto que no son míos.

—¡Claro que no! —Guash rio con suficiencia—. Le explicaré la situación para que no se lleve a engaño: no tengo intención de entrar en este juego. Todo lo que ha aparecido es suyo, lo sabe usted y lo sabemos nosotros.

—Lo que crean saber al juez le importará un carajo. Él querrá que le presente usted pruebas. Muchas pruebas. ¡Toneladas de pruebas! Y ni las tiene hoy ni las tendrá mañana. ¿Y sabe por qué? Porque no puede demostrarse algo que no es cierto.

Aquella conversación estaba tomando un camino que no le gustaba.

—Hemos encontrado en su casa un dineral en moneda de infinidad de países.

—Me gusta comprar y vender objetos de segunda mano que fascinan a ciudadanos de *infinidad de países* hasta el punto de que pagan cualquier precio que les quiera pedir.

—¿Qué objetos? —preguntó Riera con curiosidad.

—Antigüedades, muebles… Lo que sea.

—Está mintiendo, Riera, habla por hablar. Se refería hace un momento a nuestras pruebas. Imagino que podrá usted demostrar la existencia y la legalidad de estas compraventas…

El otro se encogió de hombros.

Guasch calló y buscó el mejor modo de derribar aquel muro que, por momentos, se iba enrocando.

—Si me permite, Guasch —dijo Riera, con voz dulce—, me veo obligado a corregirle. Los documentos no han aparecido en el almacén de la imprenta, sino en el domicilio del señor Fábregas, ¿no lo recuerda?

El tipógrafo frunció el ceño.

—Mentira —dijo.

El subinspector se quitó una mota de polvo de la pernera del pantalón.

Guasch chascó los dedos.

—Vaya —exclamó con el mismo tono sarcástico—, ¿cómo he podido confundirme? Tiene usted razón, Riera. El capitán Febrer me explicó que los encontró en casa del señor Fábregas. En un baúl, a los

pies de la cama, si no me equivoco. Era así, ¿no? ¡Qué pruebas tan sólidas! ¡El juez estará encantado y dictará sentencia al instante!

—¡Pero eso es falso!

—Son los riesgos de llevarse el trabajo a casa, señor Fábregas. —Riera negó con la cabeza mientras hacía un sonidito con la lengua, como si lo regañara—. ¡No se me ocurre una incriminación más evidente!

—¡Les voy a denunciar!

Riera se rascó una oreja y puso los ojos en blanco.

—Quizá —siguió Guasch— podríamos pasarlo por alto si usted nos dice la verdad sobre el encargo que le hizo Williamson: cuándo le visitó, cómo y cuánto le pagó… Cualquier cosa que nos permita dar con los asesinos.

—Si nos ayuda, le ayudamos —concluyó Riera—, es así de fácil.

—¡Pero están mintiendo y están manipulando las pruebas!

—Y usted también —concluyó Guasch, tranquilo—. Quien tiene todas las de perder en esta situación no somos ni Riera ni yo, y le aseguro que los magistrados tienden a creer a los miembros de la autoridad antes que a los supuestos maleantes.

—Ojo por ojo —sentenció Riera—. Ya sabía cómo funcionaba esto.

—No lo sabía.

—Pues ahora sí.

Fábregas permaneció en silencio y Guasch supo que aquel era el momento en el que el interrogado se veía entre la espada y la pared y se debatía entre confiar, colaborar y obtener los beneficios que se le brindaban o mantenerse en su posición, callar y mandarlos al diablo. Imaginaba siempre aquella situación como una balanza romana de dos platillos y los argumentos a favor y en contra perfectamente colocados sobre cada uno de ellos. Para decantarla a su favor convenía añadir un peso adicional en el lado oportuno, y a aquellas alturas, tanto daba si esa pieza complementaria no era del todo limpia.

—¿Sabe qué pienso, Riera? —dijo con tono desenfadado—. Que Williamson no le pagó el dinero convenido y decidió eliminarlo. Seguro que podemos encontrar pruebas de que Fábregas, un asesino cruel y despiadado, cometió el crimen y emparedó al pobre africano con la ayuda de algún compinche.

El tipógrafo abrió los ojos como platos.

—¿Cómo? —masculló—. No lo dirá en serio…

Hasta sus ojeras perdieron color.

Riera asintió con la cabeza.

—Estoy de acuerdo. Este tiparraco tiene pinta de asesinar en sus ratos libres.

—No caeré en su trampa —murmuró el tipógrafo.

Si no le hubiese temblado el labio, quizá podrían haberle creído.

La balanza se inclinaba a su favor.

—¿De verdad es necesario tomar ese camino, Fábregas? —apretó Riera.

—Los jueces suelen mostrarse benévolos con un testigo que colabora.

—En especial, si lo hace por iniciativa propia, porque, si no recuerdo mal, ha sido usted quien ha venido de manera voluntaria a contarnos lo que sabía.

—O sus sospechas.

Guasch extendió las manos en señal de transparencia.

Callaron.

No podían vestirlo más ni mejor y, tal y como había dicho Ládico en su conversación del día anterior, estaban procurando al detenido una salida muy honrosa.

Tampoco podía partirle otra vez la nariz.

Fábregas pasaba la vista del uno al otro con aire circunspecto.

—No les entiendo —dijo por fin—. ¿Van a acusarme en falso o a ayudarme a salir?

Riera miró a Guasch, que emitió un largo y disimulado suspiro.

Lo habían conseguido.

—Sus falsificaciones son un tema grave —dijo Guasch—, no se lo voy a negar. Podríamos hacer como que no hemos visto algunos de esos documentos falsificados, pero algo habrá que darle al juez, que a estas alturas está al corriente de su detención. No saldrá de rositas de esta, aunque haré lo posible para que se le apliquen cuantas eximentes quepan.

—¿Qué quieren de mí?

—Que nos cuente lo que sepa de Williamson.

El impresor echó la cabeza hacia atrás y se mesó el pelo con ambas manos.

Guasch percibió de nuevo su profundo olor a sudor. Haría que le permitieran asearse, que le trajeran una muda limpia y lo que necesitara para adecentarse.

—Vino a verme apenas el USS Constitution llegó a puerto. Sabía de mí por algún compañero suyo. Procuro ser discreto, realizar bien los encargos y no cobrar en exceso por ellos. No soy barato, pero tampoco un ladrón. Eso hace que mis clientes queden satisfechos, regresen cuando lo necesitan o me recomienden cuando toque. Me atrevería a decir que nadie en la isla está al corriente de que me dedico a esto y que solo lo saben marinos y tripulantes de embarcaciones de fuera.

—¿Qué le encargó Williamson?

—Cuatro juegos de pasaportes, cartas de libertad, licencias de embarque y certificados sanitarios. Lo que yo califico como el juego completo. A dos nombres y de dos nacionalidades diferentes. Ya les

entregué algunos documentos.

—¿A qué nombres?

—Uno francés y otro español.

—¿Sabe qué pretendían hacer con ellos?

—Ni se me pasa por la cabeza preguntar a nadie. Yo me limito a hacer los encargos, cobrar y si te he visto no me acuerdo. Y siempre pido lo mismo: «I'd rather you won't speak of me too freely».

—¿Y eso qué significa? —preguntó Riera.

—Que sean discretos —tradujo Guasch—. ¿Le preguntó si conocía a Mongo Mô?

Fábregas levantó una ceja.

—No. Y tampoco sé de quién se trata, no lo había escuchado en mi vida. Sé lo que es un mongo e imagino que Mô significa que el tipo es originario o tiene alguna relación con esta ciudad, aunque eso, honestamente, es quizá mucho suponer.

—¿Por qué dice eso? —interrumpió Riera.

—En Argelia, donde hay muchísimos menorquines que han echado raíces, se llama mahoneses no solo a los originarios de Mô, sino también al resto de los menorquines, e incluso a los ibicencos y los mallorquines. Para ellos no hay distinción y nos meten a todos en el mismo saco: si eres balear, entonces eres mahonés.

Aquello podía complicarlo todo.

—¿Qué iba a decir antes? —retomó Guasch.

—Ah, sí, que sea como sea, hay muchas opciones.

—¿Opciones de qué?

—Que hay muchos mahoneses de verdad que tiempo atrás, de manera más o menos directa, tuvieron relación con el esclavismo. La gente aquí tenía hambre y sed de aventura, y seguramente mucha ambición.

Guasch y Riera cruzaron una mirada rápida.

—¿Conoce usted a alguno?

—No son cosas de las que les guste hablar, por supuesto. Hay quien se arruinó en el negocio y quien se enriqueció sobremanera. Son muchos los que se intuye que estuvieron en el ajo y no lo reconocen, otros que ni se presume y alguno, a modo excepcional, que no tiene reparos en admitirlo en público.

—¿Nombres?

Fábregas empezó a enumerar contando con los dedos.

—Jaime Moysi, Joan Sagrera, Costa… —Hizo un gesto vago con la mano—. Pero por encima de estos destaca un *molt honorable maonès* cuya familia al completo estuvo implicada en el tráfico de esclavos. Y es bien sabido porque no solo no se preocupa en ocultarlo, sino que, como le decía, hace alarde de ello. Aparte de fletar barcos negreros, tuvo durante varios años una factoría en la costa africana.

Guasch se incorporó en la silla.

—¿Quién es? —voceó Riera.

—Don Antonio Vinent, vive en Madrid y es senador. O era, mejor dicho, antes de que Narváez ordenara la disolución de las cortes.

—Es el hermano de Francisco Vinent —dijo Guasch.

—Que fue quien se responsabilizó de la factoría durante varios años.

Guasch hizo que lo repitiera.

—¿Perdón?

—Lo que le decía, que Francisco Vinent era el mongo que dirigía la factoría de la familia Vinent en África.

Todavía no lo podía creer.

—¿Estamos hablando del que vive en la calle Anuncivay, el que acogía a Carlos María y que ahora aloja a su padrastro, Carlos Marfori?

—No conozco otro —confirmó Fábregas—. Y, si no me lo han explicado mal, se aloja usted en casa de Andreu Orfila, al que imagino que le unirá una buena amistad. —Fábregas arrugó ahora el entrecejo —. ¿He de deducir por su expresión de sorpresa que desconoce los negocios del padre?

—¿Del padre de Andreu? —Guasch sintió que la saliva se le atascaba en la garganta—. ¿De… de qué negocios habla?

—También el señor Orfila hizo buena fortuna con el tráfico de personas y, o mucho me equivoco, o diría que el joven Andreu, durante los últimos años de vida del viejo le ayudó a llevarlos. Le sugiero que hable con él. Es obvio que, como expertos, ambos conocen ese mundo muchísimo mejor que yo.

Guasch no se vio con ánimos de acompañar a Riera a la celda de su hermano ni de comentar con el subinspector las sorprendentes revelaciones de Fábregas. Tampoco podía centrarse en Francisco Vinent. Su mente se había quedado encasquillada en la idea que relacionaba a Andreu y a su respetable estirpe con la despreciable trata de seres humanos. Una estirpe que creía conocer bien y un hombre, el padre de Andreu, al que había considerado un tío lejano y muy querido.

Durante una época de su vida, los veranos de su infancia y adolescencia, sus hermanos y él habían vivido bajo su ala protectora.

Eran casi familia.

¿Traficantes de seres humanos? ¿Ellos?

No podía ser.

Se despidió de Riera después de exhortarlo a sonsacar a Joan cualquier información relevante para que, de una vez por todas, dijera lo que sabía sin alterar la realidad.

Salió de las antiguas instalaciones de los carmelitas menorquines y

se encaminó a la casa de Anuncivay.

El firmamento clareaba en levante. Las sombras de los mahoneses se deslizaban sigilosas por las calles de la ciudad rumbo a sus trabajos o, tal vez, de regreso a sus hogares tras una noche de perdición guiados por sus almas pecadoras.

Entró, subió los escalones de la escalinata principal y se empapó del silencio reinante. Lucía seguiría durmiendo. Y Sara y sus hijos. Y Toni Petit.

Imaginó que también Andreu.

Se dirigió a su dormitorio y pegó el oído a la hoja en busca de alguna señal de vida cuando la puerta se abrió de golpe.

Guasch y Andreu dieron un brinco y quedaron encarados el uno al otro.

—¿A dónde vas tan temprano? —preguntó Guasch.

El menorquín iba vestido de calle, listo para salir.

—Y tú, ¿qué haces aquí?

Aquello era más elegante que preguntar si le estaba espiando.

—Necesito hablar contigo con urgencia —dijo Guasch.

—¿Te importa si lo dejamos para otro momen…?

—Sí, me importa. Tiene que ser ahora.

Su amigo fue a replicar, pero se limitó a hacer un gesto con la mano hacia la escalera.

Bajaron a la biblioteca.

Esta vez, Andreu no se acercó a las *bòtils*. Era demasiado temprano para regar la conversación con alcohol. Seguramente, su instinto de sagaz hombre de negocios le sugería atender con los cinco sentidos a aquella inesperada conversación.

—Tú dirás —dijo el anfitrión mientras cerraba la puerta.

Tomaron asiento en sus butacas habituales y Guasch se sorprendió al sentir un temblor en el cuerpo. Estaba más rabioso que nervioso. Y decepcionado. Decidió que convenía seguir la vía diplomática, menos directa pero mucho más prudente y, sin duda, más apropiada.

—¿Qué puedes contarme de la trata de personas?

—¿Perdona?

Quizá la pregunta no había sido todo lo diplomática que pretendía. Le quedaba mucho por aprender de Ládico.

—Me refiero a la relación de los menorquines con este comercio.

—¿A qué viene esto, Marc?

—A que Williamson era un esclavo liberado que buscaba a un antiguo traficante mahonés. Necesito identificarlo porque creo que este individuo está implicado en su muerte.

Andreu cruzó las piernas y se acomodó en la butaca mientras se inundaba los pulmones del aire denso de la sala.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

—Que eres un hombre de negocios, además de mahonés…

—¿Estás siendo sarcástico?

—Más bien estoy tratando de ser educado para no preguntarte de cara por la implicación de tu familia en la trata de esclavos. Vaya, ya lo he dicho. ¿Participasteis también vosotros, Andreu? ¿Os enriquecisteis a costa de comerciar con negros africanos?

Los dedos del menorquín tamborilearon en el brazo de la butaca mientras lo observaba con detenimiento. Guasch hubiese pagado una fortuna por descifrar sus pensamientos.

—Pregunta lo que quieras saber —dijo Andreu.

—¿Quién es Mongo Mô?

—¿Quién?

Guasch se removió en la butaca hasta que quedó sentado en la punta del asiento. Se inclinó hacia delante y apoyó los codos en muslos.

—Eso mismo es lo que quiero averiguar. Las evidencias indican que es un traficante de la ciudad que dirigió una factoría en la costa africana. Si no lo conoces, necesitaré los nombres de los antiguos esclavistas de la isla.

—Hay varios…

—Los quiero todos.

—No los sé todos.

Andreu se levantó y, ahora sí, se acercó al bar para servirse una copa. Le temblaban las manos. Alzó la cabeza para preguntar si él también quería un trago. Guasch hizo un gesto negativo. Necesitaba estar sobrio.

—Que conste que te ayudaré por la amistad que nos une y el aprecio que te tengo.

—Y de no existir esta amistad y este aprecio, ¿me lo contarías?

Andreu detuvo el suministro alcohólico y alzó la vista.

—No.

—¡Qué privilegio!

Su amigo obvió la ironía.

—Quien te hubiese informado mucho mejor que yo era mi padre.

—Se conocían todos en ese mundillo, ¿eh? —replicó Guasch, cortante.

Se mordió el labio. Tenía que calmarse.

—Me refería a que los implicados pertenecían a su generación más que a la nuestra.

El menorquín regresó con su copa y con un azucarero de vidrio tallado y pomo de plata que colocó en la mesita que se extendía frente a ellos. Lo destapó para dejar a la vista un pequeño montículo de granos blancuzcos del que brotaba el mango de una cucharilla.

—¿Te gusta el azúcar? —preguntó.

Guasch lo miró sin comprender.

—¿A qué viene eso ahora?

—¿Sí o no?

—Sí —admitió—, me gusta echar varias cucharadas al café.

—¿Sabes cómo se recoge el azúcar? Tienes estudios superiores de economía. Deberías estar al corriente de cómo funciona y qué implicaciones tiene que tu azucarero esté colmado de este delicioso oro dulce.

—Sé, como cualquiera, que la economía cubana, la puertorriqueña y la de otros países caribeños se basa en la recolección de azúcar, y que los ingenios de esas tierras funcionan con mano de obra esclava, que supongo que es adonde quieres llegar.

—¿Admites pues que estás alimentando el sistema? Si no fuera por los cautivos, tu azucarero estaría vacío o, para ser justos, rellenarlo te costaría un dineral.

—¿Esto intenta ser una justificación? ¿Ese es el consuelo que te queda, que todos, a través del consumo, formamos parte del engranaje esclavista? Por favor, Andreu, seamos serios.

—Llámalo como quieras. Lo que nosotros hicimos en su día, como otros menorquines, fue sobrevivir a la nueva y empobrecida situación económica de la isla. Nos introdujimos de una forma u otra en una vieja estructura que llevaba siglos funcionando. Era muy arriesgado y, al mismo tiempo, si eras valiente y astuto y tenías también un poco de fortuna, extraordinariamente rentable.

—Como negocio es despreciable y me decepciona que tú no lo veas así.

—Por supuesto que no era agradable, pero, de no hacerlo nosotros, lo habrían hecho otros: portugueses, brasileños, andaluces o catalanes, cualquiera con dinero, ambición y buenos contactos podía entrar…

—Y pocos escrúpulos.

—Muchos se arruinaron, diría que la mayoría, pero alguno de los que triunfaron lograron amasar grandes fortunas.

—Como vosotros…

Andreu le dirigió una mirada indescifrable.

—Es indudable que nos fue bien, pero hubo quien se enriqueció de verdad, como…

Dejó la frase a medias.

Guasch fue a replicar de nuevo, pero optó por seguir su ejemplo y callar.

Tenía que dejar de juzgar a Andreu y comprender el funcionamiento de aquel sector desconocido. Obligarse a olvidar que hablaban de seres humanos y no de licor, calzado o cualquier otro producto manufacturado.

—Cuéntame cómo funcionaba y de qué modo se involucraron tus

paisanos.

—¿Mis paisanos? Y los tuyos, Marc, ¿o crees que no había ibicencos o mallorquines? Los isleños éramos corsarios, y el corso, en realidad, no dejaba de ser un negocio que consistía en capturar barcos y gestionar cautivos. La línea que separa un negocio del otro, en especial para la última generación corsaria, es casi inexistente. En la trata había gente de cualquier origen, y entre ellos también algunos menorquines. Comparativamente, muy pocos. Pídele a tu buen amigo Riera que te cuente la historia de Ramón Ferrer, el capitán del Amistad.

—¿Quién es?

—Ya te lo explicará él, es probable que lo conociera en persona.

—Lo haré, y tú, ¿me cuentas de una vez cómo se organizaba el tinglado?

—Pero ¿de verdad no lo sabes?

Guasch se puso serio. ¿A qué se venía eso?

Cruzó los brazos y permaneció en silencio esperando a que continuara.

Y lo hizo.

—El primer eslabón de la cadena son las factorías, que son los lugares donde se agrupa a los cautivos que los pobladores locales van consiguiendo en las zonas colindantes.

—¿Locales? ¿Quieres decir que no son los blancos quienes los capturan?

Andreu negó con la cabeza.

—Eso sucedió en los primeros tiempos, cuando se organizaban batidas de caza. Duró poco, porque el sistema era lento, caro y poco eficiente. Y se cambió de modelo. Se erigieron factorías en la costa cuya función era la de comprar y aglutinar los prisioneros que hacían los diferentes reyezuelos de la zona. Los que gestionaban las factorías solían ser, en este caso sí, blancos o mulatos.

Guasch necesitó un momento para asimilar aquello.

—Entonces ese primer eslabón del que me hablas no son las factorías, sino unos negros que salen a capturar a otros negros.

—Cometerías una equivocación si creyeras que son todos iguales. Es un error habitual del hombre blanco. Una etnia considera esclavizables a los miembros de las tribus rivales y estas a su vez piensan lo mismo de las demás. Son al mismo tiempo depredadores y víctimas potenciales. Fíjate que tienen la dinámica tan asimilada que no es extraño que esclavicen, o capturen y vendan, a miembros de la misma etnia por luchas internas de poder. El botín más valioso cuando se lucha contra la aldea vecina no son sus reses o su oro, sino los habitantes de dicho pueblo. Puedo extenderme en detalles menores, pero permíteme que insista en que esto no es más que un negocio para

quienquiera que esté dispuesto a mancharse las manos con él, incluso, o sobre todo, para los propios africanos. Tienes que olvidarte de la idea maniqueista y engañosa de que los negros, sin excepción, son víctimas inocentes, y los blancos, sin excepción, malvados esclavistas. La vida no es nunca tan sencilla, y menos en este mundo.

—Ahora resulta que hay esclavistas blancos buenos…

—En un barco negrero podían convivir marinos blancos que trataban con respecto a los esclavos y tripulantes negros que, desde una posición de superioridad, los maltrataban y humillaban peor que si fueran animales.

La conversación se estaba desviando.

Ya había entendido lo suficiente.

—Los responsables de esas factorías eran los famosos mongos, ¿verdad?

—Exacto. Un título local que venía a significar jefe o gran hombre. Es imposible que no hayas oído hablar de Pedro Blanco.

—Cómo no…

—Él era el gran Mongo Blanco. Había otro inglés muy conocido.

—¿John Ormond, Mongo John?

Andreu frunció los labios.

—Así es, ambos personajes crueles, controvertidos y extravagantes muy dados a cualquier tipo de exceso. Se les atribuyen las mayores atrocidades, hasta el punto de que es difícil distinguir la fábula de la realidad. En cualquier caso, basta con que sea cierta una pequeña parte de su leyenda para considerarlos unos seres deleznables.

—Háblame de los menorquines.

—Como te decía, no había tantos como te imaginas y, además, la mayoría eran meros tripulantes, marinos que hacían el viaje desde África hasta América a cambio de un buen sueldo y por regla general de una recompensa por cada cautivo que sobreviviera. Algunos llegaron a pilotar naves y otros, a dirigirlas. Era habitual y necesario que los capitanes fueran personas de la máxima confianza del armador, pues eran ellos los responsables de negociar la compra de esclavos en la costa africana y de cuidar del transporte, y podían engañar de múltiples maneras a quien financiaba la expedición.

Las preguntas se acumulaban en la mente de Guasch.

—¿Había muchas bajas durante las travesías?

—De media moría un quince por ciento de la carga.

Un ¡quince! por ciento. De la carga.

Lo dijo sin alterarse, como quien se refiere a vasijas de cerámica quebradas durante un trayecto desafortunado. Una molestia, una merma con la que cuentas cuando haces los números antes de iniciar el negocio.

Guasch sintió que desconocía al hombre frío que tenía frente a él.

—¿Cuántos viajes llevasteis a cabo vosotros?

—Financiamos, todo o en parte, doce barcos, de los cuales cinco llegaron a buen puerto, tres fallaron por distintos motivos y cuatro terminaron en los tribunales de Sierra Leona. De esos cuatro barcos capturados pudimos recuperar dos.

—Cinco de doce, ¿y pese a ello seguíais? ¿Por qué?

—Los márgenes eran extraordinarios, Marc. Un viaje exitoso cubría sobradamente tres o cuatro fallidos, contando incluso con que algún barco fuera confiscado en el tribunal de Sierra Leona. Cada vez que España firmaba, siempre a regañadientes, un nuevo acuerdo con los ingleses para restringir el tráfico, los precios se disparaban y llegaban nuevos actores brasileños o portugueses… e ingleses, por supuesto, no nos olvidemos de la legendaria hipocresía anglosajona. Te diría que uno de cada tres esclavos que cruzaron el Atlántico fue transportado por un barco inglés. La actividad de los españoles, en comparación, fue ridícula.

—Pero por lo que he entendido abolieron la esclavitud antes que nadie y forzaron a las demás naciones a seguir sus pasos.

—Se vieron obligados a acabar con el transporte de esclavos por las presiones internas de los abolicionistas. Su cruzada de las últimas décadas contra los tratantes se debía a que no querían que sus plantaciones en América perdieran competitividad con respecto a las cubanas y puertorriqueñas que seguían funcionando con mano de obra esclava. Lo que nos quieren vender como un factor moral no es más que una cuestión económica. Como te decía, la falsedad que los caracteriza…, y, ya puestos, ¿a qué no sabes quién introdujo el esclavismo en Cuba? ¿Los españoles? No, los ingleses durante el único año en que controlaron La Habana un siglo atrás… Cuando los españoles recuperaron la ciudad, a cambio de entregarles La Florida, se encontraron con un sistema esclavista que los convenció…

Andreu hizo una pausa que Guasch aprovechó para reencauzar la conversación:

—¿Sigues en ello? —preguntó.

Andreu negó con la cabeza.

—Solo ayudé a mi padre durante los últimos años de su vida, y cuando faltó, organicé los viajes que teníamos comprometidos con los otros socios. Y lo dejé, por supuesto. Hay que estar muy mentalizado para trabajar en ese mundo.

Guasch cerró los ojos y se acarició las sienes.

—¿Por qué no me lo has contado antes?

—¿El qué, Marc?

—Que habíais estado involucrados en este comercio.

—¿Y por qué debería haberlo hecho? Por un lado, daba por supuesto que lo sabrías, y por otro, lo supieras o no, no es algo de lo

que me enorgullezca hablar, como imaginarás.

—Deberías habérmelo dicho, sobre todo ahora que ha ocurrido lo de Williamson.

—¿Y cómo podía adivinar que te interesaría el tema? Además, ¿no lo estamos hablando ahora? Pregunta y trataré de ayudarte.

—Quiero saber qué menorquines han dirigido factorías en África.

—Yo solo conozco a uno.

—Francisco Vinent.

Andreu frunció el ceño.

—No comprendo por qué preguntas tanto si parece que lo sabes todo. Sí, es él.

—Te aseguro que no sé nada.

—Pues ese nombre lo has acertado. ¿Es la persona que buscas?

Guasch negó con la cabeza.

—No tengo la menor idea. Quizá sí. Sé que nada más llegar el USS Constitution, Williamson preguntó por Mongo Mô. El hecho de que escondieran su cuerpo refuerza mi teoría de que Mongo Mô no quería que lo encontraran, porque sin cadáver no hay garantía de que lo hayan quitado de enmedio. Y así nadie los podía relacionar.

Andreu enarcó las cejas.

—¿Y ya está? ¿Crees que ha sido Francisco Vinent?

—¿Cómo es él, además de un malcarado y el perro faldero de Marfori?

—¿La verdad? Alguien de fiar en los negocios que ha estado involucrado en política local. Está en una categoría diferente a la de su hermano Antonio, por supuesto, el senador que debes conocer y que vive en Madrid removiendo cielo y tierra para que la reina le nombre marqués. Él fue el primero en emigrar a Cuba y quien convenció al resto de los hermanos para que lo acompañaran. Los Vinent empezaron pilotando y capitaneando sus propias embarcaciones o, mejor dicho, las de un primo suyo que vivía en La Habana, y poco a poco al principio, más rápido tras el fallecimiento de su familiar, fueron incrementando su imperio. El líder era Antonio, y Francisco y los otros hermanos se limitaban a seguir sus pasos. Francisco se libró de varios ataques ingleses muy sonados en la factoría y también como capitán de sus barcos.

—¿Sabes dónde estaba?

—¿La factoría? En Corisco.

No podía ser más evidente.

Guasch se levantó dispuesto a marcharse. Ya tenía suficiente. Necesitaba respirar aire fresco. El que flotaba en aquella habitación estaba demasiado viciado.

Del comedor llegó el ruido de una silla al arrastrarse y unos murmullos.

—¿Conoce Sara vuestro pasado negrero?

Su amigo asintió con pesar.

—¿Por qué crees que huyó a Estados Unidos?

—¿Huir?

—Así es. —Andreu Orfila soltó una risa amarga antes de agotar el contenido de su copa—. Hizo lo posible por alejarse de nosotros. Y no la culpo.

Guasch salió a la calle. Lo hizo sin pasar por el comedor para no tener que hablar con quién fuera que hubiese bajado a desayunar. Ni se lo planteó. Sentía que la ira hervía en sus venas y se encaminó hacia la casa de Francisco Vinent sin prestar atención a la figura borrosa del hombre que se detenía a su lado.

El sol mostraba ya el músculo que pensaba lucir durante la jornada. Se avecinaba otro día de bochorno.

No le importó.

—Guasch, ¿se encuentra bien?

La voz que escuchó a su lado era la del muy honorable capitán Febrer.

Se le notaba preocupado.

—¿Por qué lo dice?

Se oyó responder.

Caminaba sin bajar el ritmo, forzando al guardia a acelerar para seguir sus pasos.

Tenía la sensación de contemplarse a sí mismo desde lo alto, como si su mente se hubiese dividido en dos.

—Acabo de saludarle en mitad de la calle y casi ha chocado conmigo sin tan siquiera reparar en mí. ¿Qué sucede? ¿Para qué va a estas horas tan tempranas a casa de Vinent y con estas formas tan…?

—¿Furiosas?

—Hum… Es una buena manera de definirlo.

—He descubierto que Francisco Vinent fue el gran jefe, el mongo, de una factoría esclavista de su familia en la isla de Corisco. ¿Qué le parece? El mismo lugar del que procedía Williamson.

Llegaron al carrer de Gràcia y, siguiendo el más puro estilo de Febrer, descargó dos gloriosas aldabadas en la puerta de aquel rastrero esclavista mahonés. Para dar más énfasis a la llamada arreó dos golpes con la palma de la mano.

—Me parece que no debería visitarlo usted solo en este estado de crispación. ¿Por qué no ha venido a buscarme?

En lugar de responder, Guasch agarró la aldaba de nuevo.

Cuando la levantaba para reventarla, la hoja se abrió y se la arrebató de las manos.

El rostro malcarado del matón sin cuello plantó en él su absurda

mirada de pocos amigos. El Mandíbulas tenía aspecto de haber permanecido toda la noche al acecho en el recibidor de la vivienda.

Eran los gajes del oficio de perrito faldero.

—¿Qué sucede? —espetó el guardaespaldas.

—Quiero hablar con el señor Vinent. Ahora.

—¿Tan urgente es que…?

—No, me gusta montar espectáculos en la vía pública.

Dio un paso al frente para entrar, pero el otro le plantó la manopla en el pecho y Guasch la apartó con un sonoro manotazo. Le señaló con el dedo.

—Comprendo que se debe a su amo y señor —dijo—, pero mi visita es para el señor Vinent. ¿Me deja pasar de una maldita vez o prefiere que llevemos este desacuerdo a otro nivel?

Febrer trató de interponerse sin éxito entre los dos.

—Me está usted dando muchos argumentos para ponerme cariñoso, señor Guasch.

—A ver si resultará que…

La voz autoritaria de Marfori resonó desde el vestíbulo.

—¿Se puede saber a qué viene este escándalo?

El Mandíbulas abrió la boca, pero Guasch se le adelantó.

—Quiero ver a Francisco Vinent.

—Estamos tratando de desayunar.

—Pues me gustaría…

—Espere aquí —cortó el favorito, señalando un par de butacas y dando la vuelta—. Lo verá en cuanto terminemos.

Se disponía a replicar cuando sintió que Febrer posaba una mano firme en su hombro.

Aquel gesto insignificante y amistoso tuvo el poder de traerlo de vuelta a la realidad.

Marfori dio media vuelta y se perdió en la penumbra del pasillo. El Mandíbulas se hizo a un lado, ahora sí, para dejarles pasar mientras volvía a mostrar su sonrisa altanera.

—¿A él no le replica, *señor*? ¿Tan rápido pierde usted el ímpetu?

Guasch se obligó a llenar los pulmones de aire y a contar hasta cien mientras tomaba asiento junto a Febrer. Cuando terminó el conteo, comenzó de nuevo hasta calmarse y obviar la figura retadora de aquel matón de pacotilla.

El otro guardaespaldas de cabello encerado y espaldas cuadradas salió al cabo de un buen rato para indicarles que podían entrar. El Ceras les cedió el paso y les siguió como una sombra. El Mandíbulas se unió a él para escoltarlos hasta el despacho de Vinent. Entraron, cerraron la puerta y se apostaron en la parte trasera.

Marfori se sentaba en una de las butacas de invitados, y Vinent, a su lado del escritorio, esta vez libre de papeles y documentos.

—Creo que quería verme, señor Guasch —dijo el comerciante haciendo un gesto para que tomaran asiento en las dos butacas disponibles.

Su voz denotaba tranquilidad.

El modo en que se colocó el nudo de la corbata echó por tierra la representación.

El tiempo de espera le había sentado bien a Guasch para sosegarse, aclarar las ideas y preparar el encuentro.

—Usted fue un mongo —atacó, directo a la mandíbula.

Francisco Vinent le miró primero sin comprender para, a continuación, sonreír.

—Si con ese apelativo pretende decir que gestioné una factoría en Corisco, la respuesta es que sí. No la llevé mucho tiempo, porque las circunstancias fueron las que fueron y los ingleses son muy dados a cambiar las reglas del juego y tomarse la justicia por su mano cuando les conviene. Sea como sea, no es mi intención ocultar algo que, en efecto, sucedió. ¿En qué le puedo ayudar?

—¿Y lo reconoce así, de una manera tan desenfadada?

—Pensaba que quería que le dijera la verdad. —Francisco Vinent entornó los ojos—. ¿Acaso es usted abolicionista? No le hacía tan romántico o, si me lo permite, sin ánimo de ofender, tan ingenuo. La economía cubana está basada en mano de obra esclava, ¿acaso cree que es posible cambiar el sistema sin más? Al problema de la gestión económica de la provincia se uniría el de decenas de miles de esclavos liberados campando a sus anchas por la isla.

—No he venido a hablar de economía, sino de usted.

—Me parece bien. Prosiga, por favor.

—El hombre que encontramos emparedado, James S. Williamson, originario de la zona de Corisco, iba detrás de un tal Mongo Mô. Pensamos que es el responsable de una factoría y que es originario de Maó… como usted.

—Pensamos… —repitió lacónico.

Marfori encendía un habano dando grandes chupadas mientras se mantenía al margen de la conversación que se desarrollaba ante sus narices.

—Quizá su suposición sea cierta, señor Guasch. O tal vez no. Pero demos por bueno que el tal Mongo Mô sea un mahonés que durante un tiempo dedicó su vida a dirigir una factoría de esclavos en la costa africana. Lamento decirle que, para su desgracia y mi fortuna, no soy el hombre que persigue. Le aseguro que a estas alturas de mi vida no me paso las noches asesinando y emparedando soldados extranjeros, independientemente de su raza.

—Podría haber dado la orden a alguno de sus colaboradores o amigos.

El menorquín se encogió de hombros.

—Podría, pero no lo hice.

Guasch reaccionó rápido.

—Quiero nombres.

—¿Nombres de qué?

—De colaboradores suyos. ¿Quién le ayudaba en la factoría y con sus barcos? Marineros, capitanes o pilotos.

—No —Vinent negó con la cabeza y cruzó las piernas—. No se los daré.

—¿Por qué?

—En primer lugar, porque no soy un chivato, y en segundo, porque si ese negro era un antiguo esclavo y vino a nuestra bendita isla, a nuestra casa, a tocar los cojones a las familias que se han dedicado en algún momento al negocio, pues qué quiere que le diga, me parece que él se buscó acabar así.

Febrer se recolocó en la butaca, visiblemente incómodo.

Marfori dio unas cabezadas afirmativas y dedicó a su anfitrión una mirada de respeto antes de soltar una densa bufarada de humo por la boca.

—Lamento escuchar eso —dijo Guasch.

—Yo lo que lamento —comentó el amante real— es que esté usted tan poco centrado y que no dedique tiempo ni recursos en buscar a mi hijo.

—La mayoría de mis hombres están entregados en cuerpo y alma a ello, señor.

—A ver si me explico bien, que parece que le cuesta entenderlo: quiero su mente fija en Carlos María y no dispersa en otros entretenimientos.

—¿Desentrañar un asesinato tan cruel como este le parece un mero pasatiempo, don Carlos? —escupió Guasch—. Mi deber como investigador y como ser humano es encontrar al culpable, con independencia de su raza o de su posición en el escalafón social.

—Ya sabe qué órdenes recibió de Paco… Francisco Serrano, su superior en el cuerpo.

—Así es, pero al mismo tiempo soy consciente de esta nueva realidad. Es cierto que Williamson no es más que un antiguo esclavo y que Carlos María es poco menos que un príncipe, pero el negro también merece justicia. Y yo se la pienso brindar.

—Como bien acaba de decir don Francisco Vinent, es usted un romántico. —Marfori dio una nueva y ruidosa chupada a su habano—. Lo cual no deja de ser curioso. Siendo usted hijo de quién es, eso lo desacredita para mantener posiciones de pretendida superioridad moral sobre nadie.

Guasch calló, no esperaba recibir un golpe tan bajo de alguien

situado tan arriba.

Al parecer el amante también estaba al corriente de que la fortuna de su padre tenía su origen en el contrabando de tabaco, una actividad que desde ninguna óptica podía compararse al tráfico de seres humanos.

—Pues eso, Guasch —prosiguió Marfori—, que nadie tiene las manos del todo limpias y hay incluso quien las tiene terriblemente sucias. No hace falta que se lo diga. Así funciona el mundo real al que se jacta usted de despreciar —y concluyó, antes de volver a pelearse con su puro—: Se lo repetiré de nuevo: encuentre a mi hijo.

—Hago lo que puedo.

—Pues es a todas luces insuficiente.

Guasch hizo un gesto hacia sus guardias personales.

—¿Y si me permite hacer mi trabajo sin que esos dos bravucones lo entorpezcan?

—Fíjese que yo lo veo al revés: es usted quien es incapaz de obtener resultados pese a contar con la ayuda de mis colaboradores.

—Sus *colaboradores* pueden quedarse en esta casa o regresar a Madrid.

La brasa del puro emitió un largo destello rojizo.

—Mis hombres harán lo que yo les diga, no lo que le venga en gana a usted. Es la última vez que se lo digo: espabile y averigüe qué le ha sucedido a Carlos María. Si no lo hace, aténgase a las consecuencias. —Consultó el reloj de péndulo que traqueteaba en el salón—. Le veré dentro de un momento en la reunión matutina. Estoy ansioso por descubrir qué pasos piensa dar a continuación.

XIV

Segunda oportunidad

La infracción disciplinaria era grave. El castigo, también. Me confinaron en el *brig*, un cuartucho sin ventilación en la bodega inferior. Caluroso. Húmedo. Pestilente. Volvía a estar en el interior de un vientre oscuro en mitad del mar.

Y sin embargo, los días se me hicieron cortos.

Porque podía pensar en ella de manera constante y sin interrupción.

Nunca había sentido algo así. No era solo deseo. No era solo ternura. Era mucho más. Algo que no podía nombrar, que me desbordaba. Una ráfaga de aire fresco en una vida vivida bajo fuego. Recordaba su manera de mirarme. Que no se apartó cuando los soldados me arrastraron por la calle. La imagen de ella en medio del muelle, inmóvil, desafiándolos a todos, se me había quedado grabada.

La belleza existía.

Aún podía pasar algo bueno.

Pensaba en Port-Mahón y quería más.

Al salir del calabozo descubrí que un joven violinista menorquín se había incorporado a la orquesta del buque. Jaume Mascaró. Demostró ser un virtuoso en lo suyo y amable con la soldadesca. Incluso con los negros, si bien pronto comprendió que le convenía mantener cierta distancia con nosotros si no quería que los *white boys* la tomaran con él. Los ensayos me sirvieron de excusa para acercarme. Quería conocer detalles de su isla, de sus gentes, de sus costumbres, de su lengua. Yo hablaba poco y escuchaba mucho. Intenté averiguar algo sobre los tratantes de su tierra. Pero Mascaró venía del oeste, tierra ajena a las historias de almas oscuras que acechaban en las sombras de Port-Mahón. Era joven. Inocente aún.

Y no insistí.

Vivía contando los días.

Sediento de venganza. Hambriento de Guida.

Todo lo que me importaba, lo malo y lo bueno, concentrado en un mismo lugar.

Y entonces ocurrió.

Una maniobra mal hecha durante un ejercicio nocturno. Una vía de agua abierta en el casco. Cuando vi las ratas

escapar en tropel supe que era grave. La sentina se llenó en un abrir y cerrar de ojos. Los oficiales se alarmaron y empezaron a gritar órdenes. El carpintero de a bordo estaba desbordado. El calafateo de emergencia fue inútil. Se movilizó a toda la tripulación.

—¡Necesitamos arribar a puerto! —voceó el comandante—. ¡Esto no es un ejercicio de prácticas, señores, es cuestión de vida o muerte!

La fragata viró al momento y apuntó la proa hacia Port-Mahón.

Se organizaron dos cadenas humanas: la primera para subir los cubos llenos, y la otra para restituirlos vacíos. Brown, O'Brien, otro marine y yo nos lanzamos a la bodega inferior para extraer agua con las bombas de achique. El agua nos llegaba por las rodillas y subía con cada crujido de madera. Los barriles flotaban a nuestro alrededor. Las bombas gemían como animales heridos. Parecían a punto de partirse. Trabajábamos a oscuras conscientes de que, si parábamos, nos ahogaríamos. Las manos me ardían. Sentía los dedos despellejados sobre el hierro áspero de la manivela. De pronto, oímos un cubo rodar por los escalones y golpear contra las paredes con golpes secos. Un grito desgarró la negrura. Alguien se había desvanecido y hundido no muy lejos de nuestra posición. Un par de hombres se lanzaron al agua a rescatarlo. Oímos chapoteos y gritos desesperados. Nosotros no podíamos detenernos. Si dejábamos de achicar, el barco se nos vendría encima. El miedo era espeso como la brea.

Y seguimos bombeando.

Nos dieron el relevo para que pudiéramos reponer fuerzas y, después de un buen rato que se hizo muy corto, volvimos a incorporarnos.

Se escuchó un alarido de júbilo desde arriba. La silueta de Port-Mahón se recortaba en el horizonte.

Aquello nos daba esperanzas.

Pensé de nuevo en Guida y recordé a Mongo Mô. La cara y la cruz de la misma moneda.

Pensé que la palanca se partiría en mis manos.

Volvía, y Guida, si aún me recordaba, vería que no había mentido.

Volvía, no como prisionero, fugitivo ni esclavo.

Volvía en calidad de hombre libre, dispuesto a vengarme y a luchar por un nuevo destino.

Si llegábamos vivos.

Apreté los dientes y achiqué todavía con más fuerza.

20

Muy agradecidos

Antes de dirigirse a la casa del gobernador para dar inicio a la reunión matutina, Guasch decidió pasar a ver a Lucía. Se dijo que tenía tiempo suficiente y que, si no llegaba puntual, empezaría tarde por una vez. Y le dio lo mismo. ¿Qué pasaba con la metodología y la rigurosidad que habían guiado su carrera hasta la fecha? Estaba dinamitando todos sus principios, las bases que lo habían llevado a, mejor o peor, ser quien era en el endogámico mundo de la investigación policial española. Pero en ese momento necesitaba hablar con su mujer, abrazarla y coger fuerzas para continuar con un día que había empezado torcido. Sabía por experiencia que no todos los pasos de una investigación eran agradables, en especial cuando había conocidos o seres queridos implicados.

Tenía que asimilar y sobreponerse a la decepción de conocer la participación de Andreu y su familia en algo tan despreciable como el tráfico de esclavos. Por supuesto que como bien había subrayado Marfori la fortuna de su propio padre, el Gran Picaflor, se había basado en el ilícito contrabando de tabaco, del que era una de las figuras más destacadas del Mediterráneo occidental, si no la que más. Pero una cosa era engañar al fisco con la producción y comercialización de un bien y otra jugar con la libertad, el sufrimiento desmedido y, en último término, la vida y la muerte de otros seres humanos.

Escuchó voces en el comedor y se asomó. Toni Petit y Lissie bromeaban con complicidad sobre algo que en apariencia uno había hecho mejor que el otro. Le saludaron con educación y el niño le preguntó si todo iba bien.

—¿Necesita algo más de mí? —se ofreció Toni Petit.

A Guasch no se le pasó por alto que ella contenía la respiración.

—Todavía no, Toni, pero si se da el caso te lo pediré sin dudar —y añadió, para lucimiento de su pequeño amigo—: ya sabes que eres uno de mis mejores ayudantes. Por cierto, ¿habéis visto a Lucía?

—No ha bajado, señor Guasch —respondió Lissie—. Todavía estará en su habitación.

Iba a subir las escaleras cuando se le ocurrió qué podía hacer Toni Petit por él.

Se lo pidió. El crío hinchó el pecho agradecido por la nueva responsabilidad y Guasch subió los escalones de dos en dos para

reencontrarse con su mujer.

El cuarto seguía sumido en la oscuridad. Las tupidas cortinas de terciopelo estaban corridas, y las contraventanas que daban al patio interior, atrancadas. El ambiente era agradable, pese a la ascendente y empalagosa temperatura exterior.

Guasch esperó a que sus pupilas se adaptaran a la penumbra, se quitó la chaqueta y la lanzó sobre una silla. Se sentó en la cama al lado de su esposa y contempló con deleite su cabello moreno revuelto, sus facciones relajadas, su respiración acompasada…

Le calmó verla tan tranquila y en paz, y sintió que, en parte, se estaba apropiando de un momento de máxima intimidad. Lo saboreó y lo quiso llevar más allá. Se inclinó hacia ella para olerle el cuello y, sin pretenderlo, movió el colchón.

Lucía abrió un párpado y sonrió. Apoyó una mano cálida en la mejilla de él.

—Te he invocado… —susurró.

—¿Ah, sí? —dijo Guasch—. ¿Cómo se hace eso?

—Soñaba que estábamos juntos en el apartamento de París…, dormíamos…, estábamos desnudos…, y yo me despertaba y allí estabas tú, tu rostro perfecto sin rasurar frente al mío.

—Casi igual que ahora. —Guasch le colocó un mechón rebelde tras la oreja—. Solo que estamos vestidos… y en Menorca…

Ella le acarició la cara con delicadeza.

—Lo siento —dijo él.

—¿El qué?

—Muchas cosas…

Calló. Como casi siempre que tenía que buscar las escurridizas palabras para dar explicaciones o pedir disculpas. Y decidió que tenía que hablar sin pensar.

—Siento recriminarte lo de Baudelaire una y otra vez, no saber entenderlo o, peor todavía, comprender tu razonamiento pero obviar tus aclaraciones y continuar echándotelo en cara.

—Yo también lo siento.

—No sé bien por qué lo hago. Quizá soy menos bueno y comprensivo de lo que los dos pensábamos; o, sencillamente, pienso más en mi bienestar que en el tuyo. También te echo de menos y veo que no avanzas en los estudios. Me da miedo pensar que esto se eternice…

—Mientras sigas recorriendo España de muerto en muerto será difícil que, por mucho que yo esté quietecita en Madrid, podamos estar juntos, Marc. Eso ya sabemos que es así.

Guasch recordó la primera vez que le había escuchado decir esa frase. En Ibiza. En su primera comida juntos. En compañía de su padre, el eminente cirujano don Ricardo Lequerica. En aquel momento

le gustó aquel punto de humor negro; ahora le gustaba, o más bien le fascinaba, además de aquel detalle, la realidad al completo que envolvía a aquella extraordinaria mujer que había tenido la fortuna de encontrar y a la que, sin embargo, estaba fallando. El poeta francés no era más que una excusa burda.

—También tengo que pedirte disculpas y confesarte algo más…

Calló, sin saber cómo continuar. Fue Lucía quien rompió el silencio.

—¿Con respecto a Sara?

¿Tanto se le notaba?

Estaba convencido de que tras la llegada de Lucía había ignorado a la menorquina o, cuanto menos, que no había dado pie a que su esposa pudiera malinterpretar nada.

Su mujer había demostrado otras veces tener buenas intuiciones para las cosas del corazón. También esta vez, si bien, pensándolo mejor, en esta ocasión no era necesario ser un lince para reconocer la belleza y el encanto personal de la viuda Sara Orfila. O la buena sintonía que Guasch tenía con ella. Y es que, en ocasiones, un ojo avizor puede detectar la verdad en los detalles más nimios sin que los involucrados sean conscientes de su actitud demasiado desenvuelta, de su complicidad excesiva.

Y Lucía tenía ese ojo avizor.

Guasch asintió.

—No me explico bien cómo sucedió, pero…

Ella le puso un dedo en los labios.

—Prefiero no conocer los detalles —murmuró—, sería más de lo que puedo soportar. Me basta con que seas sincero conmigo y lo admitas.

Se incorporó sobre un brazo.

—¡Pero te lo quiero contar, lo necesito!

—Te conozco bien, Marc, y estoy segura de que le habrás dado muchas vueltas a lo ocurrido. Sé que si estás aquí conmigo es porque me amas y que, a pesar de la distancia, de nuestras últimas diferencias o de… de esto que te ha sucedido, lo que siempre nos ha unido sigue firme. Quién sabe si quizá sea más fuerte que antes.

Guasch asintió de nuevo, despacio, y sintió que al hacerlo se liberaba de un peso abrumador y, también, que le quedaba el poso de un profundo sentimiento de culpa por haber hecho daño a quien más quería. Confiaba en que el tiempo le ayudaría a borrar aquella mancha, aunque dudaba que llegase a desaparecer del todo.

—¿Y eso es todo? —se extrañó Guasch.

—¿Prefieres que grite como una histérica? Te quiero. Confío en ti y en el hecho de que me lo hayas querido contar.

—Escucha, pero no hicimos… No llegamos a…

Ella volvió a apoyar el dedo en su boca.

Guasch rio, le retiró la mano y le dio un largo e intenso beso en los

labios. Lucía le agarró la nuca y lo atrajo hacia sí, y él notó con placer cómo su sexo reaccionaba con violencia.

Las campanadas del reloj del comedor dieron las nueve. La hora en la que se suponía que empezaba la reunión de seguimiento. Esa que él debía dirigir.

Levantó la cabeza y lanzó una ojeada hacia la puerta.

—No me digas que me vas a dejar así… —susurró Lucía en su oído.

Su aliento era cálido.

Su deseo, voraz.

Guasch se abalanzó sobre ella y le mordió el cuello.

Lucía lo apartó entre risas.

—Vale, vale. Tienes que marcharte. Yo estaré en casa. Espero que encuentres un momento durante la mañana y vuelvas a terminar lo que has empezado. Ya sabes que es de muy mala educación dejar según qué cosas a medias.

—Soy muy obediente y tengo una educación exquisita.

—Te lo recordaré.

Guasch se incorporó y recogió la chaqueta de la silla.

Resopló.

—Si dejarte me frustra, ni te imaginas las pocas ganas que tengo de meterme en otra reunión con Marfori, el tirano y soberbio favorito de nuestra fogosa monarca.

—¿Qué sucede con él?

—Que es un hueso duro de roer. Es consciente de su posición y la aprovecha para aplastar a quienes están debajo de él. Yo entre ellos. Cuesta emplear la lógica con él, que además, neutraliza con gusto mi habitual posición de privilegio. Da lo mismo ser hijo de quien soy o la autoridad que me confieren los galones del Cuerpo: él está por encima de todo y de todos.

—No entiendo de qué se queja exactamente, si haces cuanto está en tu mano.

Guasch se puso la chaqueta.

—Se queja de que haya hombres en la isla que no estén asignados a su caso o de que mi mente esté dividida y no se centre de manera exclusiva en la búsqueda de su hijo. Hoy agotaremos el mapa de la isla, mañana no quedará ni un solo rincón en el que no hayamos husmeado y la verdad es que no sé bien qué pasos dar a continuación. A ver lo que le ha contado Joan Riera a su hermano esta mañana, pero tanto él como Francina Ferragut, hasta ahora, mantienen sus declaraciones inalterables. —Suspiró—. Acepto sugerencias y consejos.

Lucía se tumbó y miró a las alturas difusas del techo.

—No sé, Marc, ya sabes que soy de la opinión de que a veces es necesario saltarse las normas para lograr los objetivos.

—Define *saltarse las normas*.

—Quizá deberías plantearte hacer algo que no se te ocurriría en condiciones normales, algo que en otra situación descartarías por descabellado, inmoral o quizá incluso por no ser del todo legal.

—Me encantan tus consejos revolucionarios. Como hace unos meses en Mallorca, cuando me animaste a investigar por mi cuenta, ¿recuerdas?

—¿Cómo olvidarlo? Vamos, ¡sal de aquí de una vez y piénsalo por el camino!

—*Gràcies, carinyet.*

Guasch le dio un beso rápido a su mujer.

Se sentía más ligero.

Se sentía más fuerte.

Salió de la habitación y se lanzó a la carrera escalera abajo.

La sonrisa aborrecible del sargento John Harper esperaba, adherida como acostumbraba al resto de su cuerpo, en el pasillo que desembocaba en la sala de reuniones. El sonido de fondo de las voces de los hombres brotaba desde el interior como el zumbido de un abejorro mareado.

—Me alegra volver a verle —saludó el estadounidense cuando le vio subir por la escalera. Guasch no le correspondió—. ¿Algún problema, *boss*?

—¿Con usted? —Ahora sí le lanzó una ojeada indiferente—. Sabe que sí, así como los motivos por los que está de vuelta. De no ser por su comandante y por el vicecónsul Ládico, seguiría agrediendo a negros en la cubierta de su embarcación con total libertad al margen de esta investigación.

—Para ganarme su confiansa le diré que he hecho mi trabajo —se justificó.

—Fascinante —comentó Guasch sin ninguna *confianza*.

—He descubierto algo que le interesará.

Guasch cruzó el umbral mientras consultaba su reloj de bolsillo. Pasaban doce minutos de la hora de inicio prevista.

—Mejor si me lo explica más tarde.

—Como guste, *boss*.

El panorama en el interior era el esperado: un Marfori de mirada afilada seguro de sí mismo sentado en posición distendida y con la sombra de sus dos secuaces al fondo, de pie, atentos a cuanto se cocía a su alrededor; el subgobernador, con tono de calamar fuera del agua; Riera, cariacontecido después de la charla con su hermano que más tarde le contaría, y Febrer, Parra y el puñado habitual de guardias en actitud de tensa espera.

Harper entró detrás de él y cerró la puerta tras de sí.

—Ya era hora —masculló Marfori.

Guasch no solo le ignoró, sino que decidió no pedir disculpas por el retraso.

—Buenos días, caballeros, agradezco su presencia hoy aquí.

Silencio y miradas de reojo al favorito, que no disparó de primeras.

—¿Tenemos novedades de don Carlos María, cabo?

—Lamentablemente no, señor.

El de Guijuelo se levantó diligente y señaló las áreas inspeccionadas durante la larga y calurosa jornada anterior. Después, concretaron las próximas zonas a reconocer. Como Guasch había previsto, ese día completarían la revisión de toda la isla en un trabajo titánico que quedaba demostrado que no había servido para nada.

—Espero que la pareja de detenidos, el tal Joan Riera y su fulana, hayan confesado algo que nos permita continuar —señaló el amantísimo.

—El detenido —se afanó en aclarar Riera— está más centrado que los días pasados.

Marfori fue a replicar, pero el subinspector continuó rápido para impedirlo.

—Y es plenamente consciente de las consecuencias que tendría para él no colaborar con la justicia.

—Muy inteligente por su parte —razonó Guasch—. ¿Qué le ha contado?

—Confirma la versión dada hasta ahora.

Marfori fingió una risa irónica antes de comentar:

—¿Cuál de todas?

—Yo creo que es sincero.

—Quiero que mis hombres le hagan una visita —decidió Marfori—. Son muy buenos consiguiendo que la gente recupere la memoria.

—No será necesario —defendió Guasch, que reparó en la expresión de pánico de Riera—. Si el subinspector ha hablado con Joan, estoy seguro de que le habrá contado la verdad.

—Me parece que no lo ha entendido —dijo Marfori—, no le estoy pidiendo permiso.

—En ese caso, tengo dos condiciones: el capitán Febrer estará con ellos y no le pondrán una mano encima al detenido.

Marfori hizo un gesto a sus guardaespaldas.

El Ceras hizo crujir los dedos de las manos y el Mandíbulas sonrió con suficiencia.

Eran ridículos.

—Así será —confirmó el favorito, mirando a Guasch—. ¿Qué más?

—Cuando terminemos, me gustaría que revisáramos las pertenencias personales de su hijo, por si echa alguna en falta o si algo le llama la atención; también querría que me explicara cómo fueron los últimos días de Carlos María en Madrid, en especial los anteriores

a su salida urgente de la capital. Su huida coincidió con la sublevación del cuartel de San Gil, ¿cree que ambos hechos están relacionados?

—Ya comprobé los efectos de Carlos María nada más llegar, y no comprendo qué conexión puede tener lo acontecido en Madrid con su desaparición aquí en Menorca.

Guasch se inclinó en su asiento.

—¿Quiere usted encontrar a su hijo, don Carlos?

—¿A usted qué le parece?

—Entonces le ruego que me ayude.

El favorito se reclinó en su asiento, cruzó las piernas y tamborileó con los dedos en el muslo sin apartar la vista de él.

Guasch no entendía a santo de qué venía tanta reflexión. Debía colaborar, darle armas para seguir investigando con garantías. Si no, a esas alturas poco o nada podría hacer.

Marfori dio su beneplácito con un breve asentimiento de cabeza.

Por fin.

—Pasemos a Williamson —dijo Guasch con rapidez, para que su alivio no fuera tan evidente—. He hablado con un menorquín ilustre para que nos ayude a buscar a la misteriosa mujer que vimos en el cementerio inglés. Creo que ha de estar relacionada con alguna casa bien posicionada para tener una barca con dos remeros a su disposición. Confío en que nos sea de ayuda.

A continuación les explicó el funcionamiento de la siniestra cadena del tráfico esclavista y cómo, una vez capturados los negros por alguna etnia rival, eran conducidos a alguna de las factorías ubicadas en la costa africana; comentó que estas eran dirigidas por una figura llamada mongo y les relató la conversación mantenida en la taberna del Moll de Llevant con los borrachos ingleses y su hipótesis, lógica, de que ese gran jefe negrero debía tener una estrecha relación con la isla que justificara su apodo.

—Hay que averiguar qué mahoneses estuvieron relacionados con el tráfico de esclavos —dijo Riera— y quiénes han trabajado en esas factorías.

—Ese trabajo ya está hecho y, según me consta, solo hay una persona que encaje en ese perfil: don Francisco Vinent.

Parra y los guardias murmuraron por lo bajo.

El favorito de la reina recogió el guante.

—Creo que don Francisco ha sido lo suficientemente claro esta mañana…

—En efecto —admitió Guasch, mirando a los presentes—, el señor Vinent no ha negado su pasado esclavista ni tampoco sus años como gran jefe de una factoría propiedad de su familia en Corisco.

—¿Dónde está Corisco?

—No le sabría decir con exactitud, Riera, pero por lógica le diría

que en la costa occidental de África. —Se dirigió de nuevo al amante—. Al mismo tiempo, como apunta el señor Marfori y como era de esperar, Vinent ha defendido no tener ninguna relación con el crimen de James S. Williamson.

—¿Le cree, *boss*?

—Parecía sincero, pero, como es obvio, tiene motivos importantes para negarlo. Tendremos que comprobarlo.

—¿Cómo? —inquirió Marfori.

Guasch tenía que estar alerta con aquel hombre, que seguramente tardaría poco en contárselo a su anfitrión.

—No lo sé todavía.

—¿Por qué no me sorprende? —mascculló el gaditano.

Se produjo un silencio en la sala que terminó rompiendo Harper.

—Tengo una novedad —anunció.

Cierto, Guasch se había olvidado de lo que daba por supuesto que sería una nimiedad con la que limpiar su imagen o hacer méritos que justificaran su reincorporación al equipo.

—Cuéntenos.

—Hablé con los dos negros que todavía tenemos en la tripulasión y me comentaron algo que no coinside con lo que en su día nos diheron. Parese que se encontraron con Brown y que les habló de las condisiones en las que vivían en su casa de acohida…

—¿Y?

—Brown les explicó que discutieron con el dueño de la casa nada más llegar la primera noche y que este los envió a dormir a los establos y dijo que a partir de entonses dormirían ahí.

Riera frunció los labios.

—¿Eso es importante? —preguntó el subinspector.

Guasch le mantuvo la mirada mientras recordaba la visita al pequeño *lloc* de la familia Mesquida en la afueras de Maó, no demasiado alejado del camí des Castell.

—A ver…

Examinó sus anotaciones de aquel día.

El padre de familia, su mujer y sus hijos trillaban la cebada cuando llegaron. El padre les mandó recoger a todos y se fue a asear. Se descamisó. Físicamente estaba fuerte. Después les mostró el cuartito en el que, dijo, lo recordaba y tenía bien apuntado, durmieron los soldados americanos antes de desaparecer: la primera a la derecha junto a la puerta de entrada. Era austera, apenas tenía dos catres sencillos y un ventanuco que daba al exterior. Olía bien. Nada especial.

—No sé si es importante o no, subinspector —respondió—, lo que sí sé es que no coincide con lo que Mesquida nos dijo en su día. ¿Está seguro de estas declaraciones, Harper?

—Totalmente, *boss*.

—¿Y por qué no lo dijeron en su día?

—Quisá porque nadie les preguntó justo por eso, *boss*. Ya sabe cómo son los ne…

—Hablamos con ellos de todo lo relacionado con Williamson y Brown.

—Lo único que puedo desirle es que ha salido ahorita.

—¿Y dijeron algo más o tendremos alguna otra sorpresa más adelante?

Negó con la cabeza.

—Solo esto me llamó la atensión.

—Entendido sargento, gracias. En cuanto sea posible, visitaremos de nuevo el *lloc*.

Un guardia tocó a la puerta, entró, dejó sobre la mesa la caja con las pertenencias de Carlos María encontradas en el apartamento de Francina Ferragut, hizo el saludo marcial y desapareció de su vista. Tiempo en la sala: doce segundos.

Ojalá todas las gestiones se resolvieran con aquella celeridad.

Solo Guasch y don Carlos Marfori y Callejas seguían allí. El resto de los asistentes se había dispersado para cumplir con sus obligaciones: los guardias y los soldados partieron hacia poniente, y el capitán Febrer, Parra, Riera y los guardaespaldas se dirigieron al claustro para interrogar de nuevo a Joan. Como Guasch temía que la situación se les pudiera ir de las manos, advirtió de nuevo a los matones de que no se excedieran, exhortó a Febrer a poner templanza entre las partes y a Riera a moderar su temperamento fogoso.

El capitán recibió la orden de abortar el interrogatorio al más mínimo altercado.

El amante de la reina se puso en pie, cruzó las manos a la espalda y observó con gesto neutro los objetos y las prendas que Guasch iba sacando y colocando sobre la mesa: una chaqueta de buen paño oscuro con el forro interior roto; un pantalón de sarga gris con la basta deshilachada, un sombrero de fieltro abollado y un par de camisas sencillas y arrugadas de algodón crudo; material de aseo casi por estrenar y herramientas de escritura, como un plumín de uso corriente, un tintero seco, un puñado de hojas en blanco y varios sobres de esquinas arrugadas sin sellar. Lo último que Guasch extrajo fue un libro, el *Manual de urbanidad y buenas maneras*, y varios periódicos arrugados: un ejemplar atrasado de *La Esperanza*, de Madrid, y varios de *El Diario de Menorca* de fechas sucesivas.

Guasch ojeó el periódico madrileño.

—Un periódico y un libro muy apropiados para un joven conservador —observó.

—Según la fulana que supuestamente lo alojaba es lo único que encontró. No sé si van muy de acuerdo con la ideología de Carlos María o que, simplemente, no tuvo otra opción con la que entretenerse, además de salir a pasear disfrazado o fornicar con esa señora.

Le resultó paradójico escuchar aquellas palabras en boca del copulador real.

—Si damos por buena la versión de Francina Ferragut, ¿qué conclusión saca de esto?

—Es llamativa la ausencia de cualquier objeto personal.

—Al margen del reloj, así es. La lógica es que, o bien los dejó en casa de Francisco Vinent, o bien, si los portaba consigo la noche que desapareció, después se llevó cuando se marchó.

—Supuestamente —repitió Marfori.

—Así es, siempre suponiendo que la versión de Francina y Joan sea verdadera. La otra opción es que mientan y secuestraran a Carlos María, le quitaran todos sus objetos de valor y después se deshicieran de él de alguna manera. Yo tengo mis dudas.

Marfori habló por primera vez de un modo que no podía considerarse soberbio ni dictatorial. Su tono demostraba que en algún lugar dentro de ese corpachón se escondía una persona que, cuando se lo proponía, era capaz de comportarse como un ser humano con sentimientos. O, por lo menos, con educación.

—¿Cree que dicen la verdad? —preguntó.

—Para serle sincero, sí. Puede que se hayan guardado alguna cosa, pero… —asintió con ligereza—, si tuviese que apostar, diría que sí. Les creo.

Marfori asintió lentamente y Guasch consultó sus notas una vez más.

—Francina Ferragut declaró que entre los papeles que había dejado Carlos María y que no se atrevía a tirar había varios borradores de cartas no enviadas «con palabras que yo no entiendo porque no sé leer».

—¿Qué quiere decir con eso?

—Que aquí no hay ningún borrador a medio escribir y que, por tanto, quien entró a robar en casa de Francina, además del dinero, se los llevó. Eso incluye la famosa nota sobre el reloj.

—Quizá se quedaran en su casa.

—Di orden de que la registraran de modo exhaustivo. Conozco a Febrer y trabaja bien. Esos borradores no estaban en el cuarto de Francina después del robo.

Marfori lo miró con estudiada calma.

—Lo que plantea parte de la base de que su declaración es cierta. Y eso es mucho suponer. En mi opinión, está dando demasiada

credibilidad a las palabras de una vulgar ramera.

—Es una mujer derrotada que ha perdido todo el dinero que tenía y que ha tomado la inteligente decisión de decir la verdad. —Mientras hablaba, observó las fechas de los ejemplares de *El Diario de Menorca* —. Lo que podemos asegurar es que Carlos María estuvo en su casa, salvo sorpresa, entre el 4 y el 14 de julio.

—¿Por qué salvo sorpresa?

—Porque a lo mejor hay aquí algún periódico anterior a su encierro que Francina le pudo conseguir o que falte alguno de los últimos porque su hijo se los llevara.

Guasch desplegó uno de los ejemplares y lo ojeó por encima antes de restituirlo al montón.

—Don Carlos —dijo—, necesito que me explique qué sabe de los últimos días de Carlos María en Madrid.

—Como comprenderá, no es un crío que esté bajo mi tutela. Él tiene su propia vida.

—¿Quiere decir con eso que desconoce qué hizo esos días?

—Exacto.

—¿Y durante la sublevación?

—Fue todo muy confuso. Bastante ocupado estaba yo con lo mío…

—¿Sería tan amable de explicarme qué sucedió ese día?

—¿No estaba usted en Madrid?

Guasch negó con la cabeza.

Marfori se desabrochó el botón de la chaqueta y se sentó de nuevo.

—No hemos esclarecido del todo qué ocurrió entre los sublevados. Lo que sí sabemos es que el motín estaba previsto para el 26, pero que existía cierto temor entre los sargentos de que Leopoldo…, Leopoldo O'Donell, fuera informado de los movimientos militares que se estaban produciendo en torno al cuartel. La cuestión es que los hechos se precipitaron el día 22, que alguno de los oficiales opuso resistencia cuando los encerraban y que se armó la de San Quintín en el cuartel. En otras palabras: fue una carnicería. Un millar de soldados salieron con varias docenas de piezas de artillería y vagaron por las calles de Madrid sin orden ni criterio. Se levantaron barricadas y algunos ciudadanos, más de los que me gustaría reconocer, empezaron a enfrentarse a la Guardia Civil. Los generales destinados en Madrid se repartieron por las principales arterias al mando de las tropas no sublevadas. Otros se apostaron frente al Palacio Real para defender a su Majestad.

—¿Se encontraba usted entre ellos?

—Yo estaba en palacio.

¿Montando a su Majestad?

—Por supuesto.

—Nos apostamos en las ventanas y desde el interior disparamos a

los amotinados cuando intentaban entrar. Atacaban por todos lados… Unos pocos lograron acceder por un portón de servicio que, gracias a Dios, logré cerrar a tiempo.

Marfori quedó sumido en sus recuerdos de aquel terrible día.

—Debió ser una experiencia dura —dijo Guasch.

El favorito salió de su letargo para regresar al presente.

—Vivimos tiempos convulsos, Guasch…

—Entiendo por tanto que no vio a Carlos María antes, durante o después del motín.

—Correcto.

—¿Y cuándo lo echó de menos?

—La primera vez que tuve noticias de él una vez terminado el alzamiento fue la noticia de su desaparición en Maó cuando recibí el telegrama de Francisco Vinent. Es en ese momento cuando acudí a Paco…, a Francisco Serrano quiero decir, su superior, para que diera la máxima prioridad a su búsqueda.

—Eso son… —Guasch hizo unos cálculos rápidos— cerca de dos semanas desde la sublevación hasta el envío del telegrama. ¿No se preocupó por su hijo durante este tiempo?

—Por supuesto, pero mis obligaciones con la Corona y con España me reclamaban.

—Hasta que, apenas es nombrado gobernador de Madrid, abandona la capital para cruzar el país, montar en una embarcación y acercarse hasta Menorca. ¿Puedo preguntar por qué?

Marfori se levantó despacio y se abotonó de nuevo la chaqueta con parsimonia.

—¿A usted qué le parece? —Ahora tenía cara de pocos amigos—. Porque usted no hace bien su trabajo y porque quiero encontrar a mi hijo.

Guasch comprendió, tarde, que el periodo de fraternización había tocado a su fin. Ni tan siquiera le había podido preguntar por Francisco Vinent. Hizo un último esfuerzo para recuperar a su interlocutor.

—Imagino que no es habitual en Carlos María este tipo de desapariciones…

—Por supuesto que no.

—Ni que desatienda sus negocios, ¿verdad?

—Trabaja en una de las compañías, así es. —Marfori se encaminó hacia la puerta y recuperó sus modales más contundentes—. Espero que mañana tenga buenas noticias de una maldita vez. Mi paciencia está llegando al límite.

Lo que Guasch esperaba, por su parte, era que Toni Petit cumpliera con el encargo: seguir al favorito y averiguar a qué demonios dedicaba el tiempo cuando no se lo pasaba apretándole las clavijas a él.

Guasch descartó dirigirse al claustro del Carmen, prefería no inmiscuirse en el tema de Joan. Ya tenía suficientes ingredientes aquella salsa como para todavía añadir un nuevo aderezo. Que se apañaran entre ellos.

En lugar de eso, optó por ir a la calle Anuncivay y buscar a Sara.

Necesitaba pedirle consejo y, tal vez, si fuera posible, un favor importante.

Sara no se encontraba en casa y sí, en cambio, su querida esposa.

Lucía estaba, para no perder las buenas costumbres, sentada en una butaca de la biblioteca con un libro contundente apoyado en el regazo: *Traité des Poisons, Tirés des Règnes Minéral, Végétal et Animal* de, Guasch también alcanzó a leer el nombre del autor, Mathieu Orfila. Su mujer alzó la vista apenas oyó la puerta abrirse.

—¿Vienes a cumplir con lo que tenemos pendiente? —dijo ella, pícara.

—Ya me gustaría. En realidad estaba buscando a Sara.

—¿También tienes cosas pendientes con ella?

Guasch notó que enrojecía.

—Hum… No, bueno, yo… verás…

—Marc, te tomaba el pelo.

Estaban las cosas como para no tomárselo en serio.

—Naturalmente.

—Me han dicho los niños que Sara ha salido hace un buen rato. ¿Quieres que salgamos a buscarla? Te acompaño, si no te importa.

¿Por qué no?

Salieron por la puerta cogidos del brazo.

Se dijo que le gustaba aquella manera de trabajar.

Ahora solo le faltaba cruzarse con Marfori.

—¿Qué leías? —preguntó Guasch—. He visto que el autor se apellidaba Orfila, ¿algún familiar de nuestros anfitriones?

—Pues fíjate que sí, ¿no es asombroso? De hecho, el libro, una obra maestra y un manual de referencia, está firmado y dedicado por el gran Mateu Orfila a su sobrinos nietos. ¡Ni más ni menos!

—Pero su nombre de pila era francés, ¿no?

—Bueno, ya sabes cómo son nuestros vecinos. A la que pueden y les conviene, te afrancesan rápido para que seas uno de los suyos.

—Entonces ¿algún día serás Lucie Lequèric?

Rieron de buena gana.

Según las mujeres del servicio, Sara había salido a hacer algunos encargos y a ultimar los preparativos para la celebración del día siguiente. Después tenía idea de acercarse a la iglesia de Santa María. Ante la cara de extrañeza de Guasch, la sirvienta se apresuró a aclarar que no había ido a rezar, sino a hablar con el organista.

Le costaba imaginar a Sara Orfila rezando al Todopoderoso.

—¿Sabes quién fue de verdad Mateu Orfila?

—No.

—Un gigante de la medicina moderna, por ser breve. Fue el toxicólogo que revolucionó la detección de venenos y fundó la toxicología científica como tal. Gracias a sus métodos, hoy se desenmascaran crímenes que parecen irresolubles y los tribunales europeos condenan a asesinos que antes hubiesen quedado impunes.

Guasch la miró de reojo para valorar si se seguía burlando de él.

No lo parecía.

—Había oído hablar sobre alguno de esos avances, pero ¿me estás diciendo que el descubridor de todo esto fue un menorquín, un tío abuelo de Sara y Andreu?

—Que además fue decano de la Facultad de Medicina de París, miembro de la Academia de Ciencias y médico personal del rey Luis Felipe. Imagínate, un menorquín llevando la ciencia de la vida y la muerte a las más altas cátedras de Europa. ¿Cómo no admirarle?

El sol trepaba en el firmamento y reducía la inclinación de las sombras que se proyectaban en el suelo. Un olor hediondo les alcanzó antes de torcer en la esquina de la plaça del Príncep donde casi se dieron de bruces contra un *carro des sucs*, que era como había oído llamar a los carruajes que evacuaban las aguas sucias de los pozos negros de las casas. Un ejército de moscas revoloteaba dichoso en torno a los bidones que contenían aquella apestosa carga en su camino a algún huerto cercano.

Pasaron a la carrera, conteniendo la respiración y las ganas de reír, hasta alcanzar la plaça del Carme.

Guasch no oyó gritos ni alboroto en el claustro y se dijo que el interrogatorio de Joan Riera iba por buen camino, si no había terminado ya. En cualquier caso, nada sabía de Riera, de los guardias o de sus damas de compañía.

La sobria fachada de la iglesia de Santa María se elevaba majestuosa frente a ellos.

Bajaron la pendiente de la desnivelada plaça de Espanya para, enseguida, ascender por el Portal del Mar.

Accedieron a la iglesia por la puerta lateral.

El ambiente en el interior era fresco y agradable.

Guasch recorrió con la vista la nave amplia y despejada, sostenida por gruesas columnas y arcos apuntados que daban al espacio un aire sobrio, casi frío. Pensó que, más que un lugar de recogimiento, el edificio estaba concebido para imponer respeto y silencio. Entonces se fijó en la tribuna, en la que descubrió, admirado, el mayor órgano que había visto jamás. Tenía miles de tubos de metal en una obra prodigiosa digna de un artesano magistral.

Lucía también estaba boquiabierta.

—¿De dónde sale esta maravilla?

En lo alto reconocieron la cabellera castaña de Sara junto a la de un hombre de edad.

La menorquina advirtió su presencia, los saludó con la mano e hizo un gesto para que la esperaran. Tardó poco en despedirse de su interlocutor y desaparecer de su vista.

Les alcanzó al instante.

—Qué sorpresa veros por aquí —dijo tendiendo la mano a Guasch y dando dos besos discretos a Lucía.

Su esposa le dirigió una mirada fría.

—Ahora mismo estábamos admirando el órgano —reconoció Guasch.

—Es una joya, desde luego —afirmó, elevando la vista—. Mi padre nos contó que siguió el proceso de montaje en 1809, de pequeño. Lo construyeron dos organistas suizos, y el transporte hasta la isla fue muy dificultoso por la guerra del francés.

—¿Quieres aprender a tocar el órgano? —preguntó Guasch.

—Venía a preguntar para Lissie. Me encantaría que ingresara en el coro de la iglesia y quería pedir consejo. —Pasó los ojos de uno al otro —. ¿Y vosotros? ¿Paseando?

—En realidad —reconoció Guasch— quería hacerte una consulta. ¿Te parece si salimos?

Procedieron.

—Tú dirás.

Guasch pensó que no valía la pena andarse por las ramas, en especial a sabiendas de que la relación que unía a Sara y a Andreu con Francisco Vinent no era de íntima amistad.

—Necesito averiguar lo que pueda sobre Vinent —admitió.

—¿Crees que está involucrado en la desaparición de Carlos María?

—Peor aún, con la muerte y emparedamiento de Williamson.

Las mujeres se sobresaltaron al escuchar aquello.

—¡Francisco Vinent! —exclamó Sara.

—Por supuesto, no hay nada seguro.

—¿Qué te hace suponer que un prohombre local tenga alguna relación con un soldado estadounidense de paso en el puerto?

—Y antiguo esclavo, no lo olvides.

Una sombra cruzó sus ojos verdes.

—Ya veo. Dime, ¿qué necesitas?

—Qué hace, si actúa de un modo extraño, si ha estado alterado o preocupado por algo las últimas semanas, no ya tanto ahora con Marfori en casa, sino cuando llegó Carlos María o incluso los días anteriores.

Sara meditó un instante antes de responder.

—Una mallorquina que sirve en casa es hermana de una criada de Vinent.

—¿Una señora de aspecto pesado que camina muy despacio?

—Esa misma. Si quieres, le puedo pedir a mi sirvienta que se las apañe para hacer la consulta a su hermana de un modo discreto. ¿Qué te parece?

—Pues una idea maravillosa que no sabes cuánto te agradezco.

Guasch le sonrió y ella le correspondió.

—Así es, querida Sara —intervino Lucía, tomando a Guasch con fuerza del brazo—, te estamos muy agradecidos. Los dos.

XV

Después de la tempestad

«The sea can't stay wild forever», dijo el *commander* apenas amarramos el Constitution al muelle del Arsenal. El barco llegó con las entrañas abiertas y medio inundadas, pero habíamos logrado contener la vía de agua. Alguien pagaría muy caro aquel error cuando se depuraran responsabilidades: el *officer of the deck* y el *navigation officer* no pegarían ojo durante varias noches a la espera de que mister Eastman estudiara la situación y emitiera su veredicto.

Rodarían cabezas.

Preparamos el barco para el calafateo y se nos repartió en las casas particulares en las que nos alojaríamos mientras duraran los trabajos de reparación. Nos concedieron varios días de permiso. Me tocó compartir hogar con Samuel. Después de la experiencia vivida, reconozco que me alegré. Nada une más que superar de la mano de otra persona una situación adversa. Nos tocó una casa en el campo, en las proximidades de Port-Mahón. Una familia con tres niños iguales de diferentes edades y alturas. Eran gente cerrada. Nos recibieron con frialdad.

No esperaba más.

Pese a estar agotados, la primera noche convencí a Samuel para acercarnos al muelle a despejarnos, en mi caso con intención de preguntar por Mongo Mô e indagar sobre Guida. Dudaba coincidir con ella en las tabernas del puerto. Una dama elegante que lee libros no se prodiga por las noches en tascas portuarias repletas de marineros en celo con aliento a fracaso y a alcohol.

Estaba más decidido que nunca a dar con ellos. Tenía claro que no me marcharía de la isla sin encontrarlos a ambos. Costara lo que costara.

De regreso a casa, mi compañero y yo nos sinceramos el uno con el otro. Él me habló de una mujer que había conocido en Marsella, yo le hablé de Guida y de Mongo Mô. Admitió que se estaba planteando muchas cosas.

—¿Cómo cuáles? —pregunté.

—Abandonar el barco e ir a buscarla.

Me habló de un hombre en la isla que tenía fama de ser bueno falsificando documentos.

Al llegar, encontramos nuestras pertenencias en el corral. Una degradación inesperada que tampoco nos sorprendió.

No nos afectó. Tampoco nos quejamos.

A la mañana siguiente despertamos temprano y regresamos a Port-Mahón. Paseamos por sus calles tranquilas.

Le pedí que encargara también documentos para mí.

—No es barato —me advirtió.

—El dinero está para gastarlo —respondí.

Tenía una buena cantidad guardada de los meses que llevábamos navegando. Lo bueno de no haber tenido nunca cuartos es que no sabes bien cómo gastarlos.

Le dije que estaba convencido. No sabía bien qué uso les daría, pero quería tenerlos para, llegado el momento, hacer lo que más me conviniera.

Disparar primero y preguntar después.

Como en la guerra.

Nos separamos. Él en busca de su falsificador. Yo, a perseguir mis fantasmas.

Pregunté en el muelle. Un carpintero de ribera reconoció haberme visto meses atrás en compañía de una mujer. Dijo saber dónde vivía. Me lo indicó.

Me las arreglé para llegar a su casa.

Toqué a su puerta. Fue ella quien la abrió.

Se me quedó mirando.

Contuve el aliento a la espera de su reacción. Estaba en sus manos. Su veredicto marcaría el rumbo de mi vida a partir de ese momento.

—No has tardado tanto —dijo—. Me alegro mucho de verte.

Entré. Hablamos. Nos conocimos. Comprobé que su vida tampoco había sido sencilla. La muerte de sus padres. Una joven sola. Entró al servicio de una buena familia. Se ganó su confianza. Encontró las herramientas para formarse. Para crecer.

La cosa terminó mejor que bien. Ya me entiende. No voy a entrar en detalles. Cuando dos personas que se buscan toda la vida al final se encuentran, pueden pasar cosas maravillosas.

Yo regresé a dormir con Samuel o, mejor dicho, a despertarme junto a él.

No quería dejarlo solo. Y quería averiguar si había podido conseguir los papeles que le había encargado. Después de la experiencia con Guida estaba más convencido de volar, de desertar, de hacer mi propio camino.

Al día siguiente seguí buscando a Mongo Mô. No tuve

éxito.

Hacía demasiado tiempo. La sombra de su recuerdo se había difuminado.

Cuando no estaba con Samuel ni persiguiendo a mis demonios, me escapaba con Guida.

La última noche se alargó demasiado.

Regresé bien entrada la madrugada.

Crucé la barrera de la finca y tomé el sendero que llevaba a nuestra humilde vivienda.

Escuché un sonido extraño y me lancé al suelo tras unos matorrales.

El corazón empezó a latirme con fuerza. Sentí los ecos de un peligro lejano, igual que lo pude percibir aquella vez en mi poblado. La misma voz que en su día quiso advertirme de aquel mal agüero y que no supe interpretar.

Tampoco esta vez supe qué hacer.

Me incorporé despacio y me volví a asomar.

21

Admiradores

Cuando Guasch vio el grupo esperando en la escalinata de la iglesia del Carme, hizo una seña para que el sargento Harper se volviera hacia él. Febrer impartió una orden y fueron en su dirección. Sus expresiones eran en general neutras, por eso lo más llamativo, al margen del semblante risueño fuera de lugar y la indumentaria chabacana del estadounidense, era la actitud derrotada de Riera. El subinspector caminaba serio, con los hombros encogidos. Cabizbajo.

Aquello podía significar muchas cosas, pero *a priori* no le gustó nada.

Se esperaba lo peor.

—¿Qué sucede, subinspector? —dijo cuando llegaron a su altura—. ¿Ha ocurrido algo durante el interrogatorio? ¿Ha surgido algún problema con los armatostes de Marfori?

Riera tardó en reparar en su presencia.

—No, no, para nada —dijo—. Hay que reconocer que han hecho bien su trabajo y cumplido su palabra de no golpear ni maltratar a Joan. No es que no hayan representado ser unos inconscientes, pero, a la hora de la verdad, no hay nada que objetar.

—¿Entonces?

—Han logrado que Joan hablara y que reconociera algo que hasta ahora callaba.

—¿Vamos caminando mientras tanto? —propuso Febrer.

Arrancaron a andar en dirección al camí des Castell.

Fue Riera quien lo narró.

—Lo que ha desvelado no se contradice con su versión anterior, la diferencia es que ahora ha puesto más cartas sobre la mesa. Joan viene a decir que cuando salió a la calle después de visitar, solo, a Francina Ferragut, ya bien entrada la madrugada, oyó unos gritos. Estaba lejos de Cos de Gràcia. No era el típico ulular de borrachos, sino gritos de socorro. Alguien estaba en problemas. Joan escuchó los pasos de alguien que corría. Sacó su cuchilla y se acercó en aquella dirección…

—Algo muy poco prudente.

—Y al mismo tiempo, muy propio de mi hermano, que se caracteriza por desenfundar primero y preguntar después.

—Como buen ibicenco —apuntilló Febrer.

—Esta se la he puesto fácil, capitán —aceptó Riera, que se iba animando—. La cuestión es que de un chaflán salió una sombra que se

movía a gran velocidad y Joan levantó el arma dispuesto a emplearla, pero, para su fortuna, y allí aquel hombre volvió a nacer, enseguida distinguió al jugador adinerado de la partida.

—Carlos María.

—Exacto. Dice que el tipo se abalanzó sobre él pidiéndole auxilio.

—Joan argumenta que actuó sin pensar —dijo el capitán.

—De eso estoy seguro —masculló Riera antes de proseguir—. Se agachó junto a la esquina y cuando apareció el primer perseguidor le soltó un navajazo en la pierna. Todavía no había caído este al suelo cuando apareció el otro, al que golpeó con el puño en el rostro y, ya en el suelo, lo remató con varias patadas. Agarró a Carlos María del brazo y se lo llevó de ahí.

—¿Adónde?

—Zigzaguearon sin rumbo para dar esquinazo a esos dos.

—Más que perseguirles, debían estar buscando un hospital —masculló Guasch—. A saber dónde clavaría la hoja al primero y qué daño le haría. ¿Distinguió sus facciones?

—No —dijo Febrer—. Joan supo que eran dos hombres solo por cómo gritaban y gemían, pero dice que no se quedó a auxiliarles ni a hacer comprobaciones. Le faltó tiempo para poner tierra de por medio.

—¿Nacionalidad?

—Lo mismo le he preguntado yo, y me ha respondido que los alaridos no tienen idioma.

Callaron un momento mientras alcanzaban la últimas viviendas de Maó y salían a campo abierto. Estaban ya cerca del *lloc* de Miquel Mesquida.

—Y vamos a lo de siempre: ¿por qué no contó antes toda esta historia?

—Porque no sabía si había matado a alguno de los dos. Sobre todo, temía por el de la cuchillada —aclaró Riera—. Supone que no, porque los días posteriores no oyó nada en la calle, pero prefirió no decirlo por prudencia.

Era creíble.

—¿Y en qué nos afecta esto? —preguntó Guasch.

Más que una cuestión abierta, se disponía a reflexionar en voz alta, pero antes de que pudiera proseguir respondió Febrer.

—Nos abre nuevas líneas de investigación. Podríamos comprobar si algún hombre herido por arma blanca acudió al hospital la noche del 5 de julio. De encontrarlo, habríamos identificado a uno de los perseguidores de Carlos María.

Guasch asintió despacio ante las nuevas perspectivas.

Eran excelentes noticias.

—Así es, capitán. Para empezar tendríamos que…

—Ya he mandado a varios hombres a indagar a los diferentes hospitales y consultas privadas de la ciudad.

Guasch le dio una palmada de reconocimiento en el hombro.

Daba gusto trabajar con gente tan responsable, leal y eficiente.

Llegaron a las proximidades del *lloc* de Mesquida con buen paso y mejor ánimo.

Hasta Harper parecía más agradable, su vestimenta menos hiriente y su dentadura menos repulsiva.

El sol estaba en su cénit cuando atravesaron la *barrera* que daba acceso a la parcela.

Se escucharon unas voces infantiles que hablaban en voz alta y reían.

Los críos enmudecieron al percatarse de que tenían visita.

Y numerosa.

—*Bon dia, al·lots!* —saludó Febrer—. *Que hi és es vostro pare?*

El hermano mayor cuchicheó algo al oído del menor, que como mucho tendría una decena de años, y este se marchó corriendo hacia el interior de la casa.

—*Un moment, senyor* —dijo el que en aquella situación era el máximo representante de la familia.

La madre apareció al cabo de un rato seguida del hijo pequeño, que se escondía tras su falda. Se secaba las manos en un delantal grisáceo.

Se detuvo a cierta distancia de ellos.

Sus otros dos hijos se colocaron alrededor de ella, creando dos grupos contrapuestos.

—*En què els puc ajudar?* —preguntó la madre—. *Es meu homo no hi és.*

—*I on el podem trobar?*

La mujer se refirió a un amigo y dio el nombre de un *lloc* lejano.

—¿Qué dise? —preguntó Harper.

—Que su marido no está en casa y que está visitando a un conocido —tradujo Riera—. ¿Y ahora qué hacemos?

—Pues ir a mirar en los corrales, por supuesto —respondió Guasch —. *Senyora, hem de registrar es seus corrals.*

—*Per qué? No poden…*

—Fíjese bien y ya verá cómo sí —respondió Febrer.

Guasch se esforzó por mantenerse impertérrito. No le conocía aquella vertiente irónica al capitán.

—¿En qué cobertizo dormían los negros? —preguntó.

—En ninguno, ¡ellos no estuvieron allí!

—Regístrenlos todos —ordenó Guasch—. ¿Qué animales tienen ahí, señora?

—Los nuestros…

El capitán hizo un gesto a sus hombres para dirigirse, junto a Riera

y Harper, a los tres cobertizos. En breve sacaron dos cerdos jóvenes, tres cabras de mirada torva y una docena de gallinas cantarinas que empezaron a picotear el suelo con frenesí.

Guasch permanecía junto a la mujer viendo la acción desde la distancia.

—Pero ¿por qué lo hacen? —lamentó ella.

Sus hijos la rodearon de nuevo para reconfortarla.

—Porque hemos descubierto que su marido mintió y queremos conocer el motivo. Hablaremos con él para que nos dé una explicación… Si es capaz, por supuesto. Todo a su debido tiempo.

—Miquel es un buen hombre, un buen esposo y un buen padre —proclamó con el mentón levantado—. Haría cualquier cosa por nosotros.

—No seré yo quien diga lo contrario, señora, pero, como comprenderá, mentir a la autoridad en una investigación de asesinato no está bien. Ni tampoco es muy inteligente, a no ser que se tenga algo grave que ocultar.

La mujer bajó los ojos, dejando claro que comprendía la gravedad del asunto, y Guasch anotó mentalmente que prefería callar antes que dar una explicación que justificara las inexactitudes del marido.

El hijo mayor la rodeó con los brazos y dedicó a Guasch una mirada de rencor.

Eso estaba bien. Le gustó aquel muchacho, pero él estaba allí para averiguar la verdad, no para empatizar con adolescentes protectores.

—¿Sucedió algo con los soldados americanos? —preguntó.

—Se marcharon…

—Uno de ellos se marchó al otro mundo, correcto, y el otro, a saber. No lo tendrán ahí encerrado, ¿verdad?

—¿Ha perdido el juicio? Nosotros los acogimos y no hicimos nada para que se fueran.

—Siendo así, no termino de entender por qué los sacaron de casa y los metieron en los corrales. Ni, sobre todo, por qué nos mintieron a nosotros y nos hicieron creer, en nuestra visita anterior, que los alojaron en la casa principal. ¿Qué pretendían ocultar?

Un nuevo silencio.

Los ruidos y las voces de Riera y sus compañeros sacando aperos y demás objetos caseros les llegaban con total claridad. También gemidos y resoplidos, en especial de los guardias que registraban el oloroso corral de los gorrinos.

Guasch cruzó los brazos y miró al cielo, donde el sol apretaba sin compasión en la jornada más calurosa que recordaba hasta la fecha en la isla. Las cigarras omnipresentes cantaban su gloriosa sinfonía de verano y avivaban la sensación de bochorno. A lo lejos se escuchaba el graznido de las gaviotas.

La cabeza de Harper asomó desde el primero de los corrales, el de las cabras.

—¿Puede asercarse, *boss*?

El corral no era pequeño. Harper y Parra habían apilado la paja en un rincón y liberado el suelo, de tierra seca batida, y el resto de las paredes.

El cabo estaba en cuclillas en un lateral y señalaba algo en el pavimento.

Guasch trató de adaptar la mirada a la semipenumbra y se agachó.

Una mancha oscura, del tamaño de un puño, se extendía en el suelo terroso.

La palpó con las yemas de los dedos y comprobó que estaba seca.

No tenía ningún olor especial.

—¿Sangre? —preguntó.

—Podría ser.

—Tendríamos que iluminar el espacio un poco más.

Riera trajo su encendedor y Guasch alumbró las paredes contiguas, hechas con unas erosionadas y ennegrecidas piedras de marés.

La llama danzante permitió identificar unas manchas marrones de diferentes tamaños superpuestas al fondo negruzco de la piedra. No supo calcular si eran o no recientes.

—¿Sangre? —repitió Guasch.

—Podría ser —respondió Parra de nuevo.

—¿Humana o de algún animal?

—Eso no tenemos manera de saberlo, señor.

Se incorporó.

—Saquen toda la paja y despejen el corral.

Dicho y hecho.

Volvieron a entrar con un par de quinqués de la casa.

Los dos hijos más pequeños asomaron la nariz para curiosear.

La voz de la mujer le llegaba tamizada desde el exterior.

—¿Ha regresado ya Mesquida?

—No, señor. La esposa habla con uno de los guardias.

—¿Y qué le cuenta?

—Que ellos no han hecho nada.

—Nunca me he encontrado con alguien que de buenas a primeras diga lo contrario. —Miró a la chiquillería—. Niños, ¿os importaría ir con vuestra madre, por favor? Seguro que le gustará que le hagáis compañía.

Los pequeños asintieron y se marcharon sin rechistar, abrazados.

Continuaron con el registro y descubrieron que en el suelo había varias manchas más. Una de ellas se prolongaba hacia la puerta, como si hubieran agarrado un objeto y lo hubiesen arrastrado sobre el pavimento en aquel tramo libre de paja.

¿Un cuerpo humano?

Guasch se incorporó y se pellizcó el labio.

Parra acariciaba el suelo con las yemas de los dedos.

—Tengo la sensación de que la bota de cuero que apareció flotando en el puerto podría dejar una marca similar a esta en un suelo terroso.

Guasch asintió.

Había pensado lo mismo.

—Busquen y detengan a Mesquida, háganme el favor.

—¿Y a la esposa?

—También. Así daremos mucho más rápido con el marido.

Regresaron a prisión acompañados de la esposa de Mesquida solo cuando Guasch se aseguró de que el propietario del *lloc* vecino estaba al corriente de que los tres chicos de la casa se quedaban temporalmente solos. No quería que les sucediera alguna desgracia en ausencia de los padres y que el responsable último fuera él.

Entre una cosa y otra era ya la hora del almuerzo y el subinspector lamentaba, arrastrando los pies al lado de Guasch, el hambre espantosa que le hacía rugir el estómago.

—Tendría que ser obligatorio comer seis veces al día —exclamó—. Menos no es sano…

Lo miró de reojo. Estaba delgado. ¿Dónde metía toda esa comida el glotón ibicenco?

—No tardaremos en llegar a casa.

—Eso espero…

Se cruzaron con un pescador a los mandos de un carro cargado de *nanses* para pescar langostas que observó con curiosidad a la prisionera y, después, las caras de los guardias que componían la comitiva, probablemente en busca de algún conocido al que preguntar.

No debió reconocer a nadie, porque los dejó pasar sin más.

Guasch cayó en la cuenta de algo.

—¿Conoce usted a Ramón Ferrer?

Riera arrugó el entrecejo para dejar constancia de que hacía memoria en serio.

—Hum… ¿Debería?

—Me comentó Andreu que le preguntara por él para que me contara su historia. Ibicenco, marinero o capitán de un barco, no recuerdo el nombre, algo así como…

—¿Amistad?

—¡Ese mismo!

Riera dio unas cabezadas de asentimiento.

—Caray, no pensaba que se refiriera a ese Ramón Ferrer. Sí, le conocía, por supuesto. Era una veintena de años mayor que yo.

Mantengo relación con su sobrino Pere.

—¿Y con él?

El subinspector enarcó las cejas.

—Como comprenderá ahora, con él va a ser un poco difícil. Doy por supuesto que Andreu quería que le contara que Ramón era armador y capitaneaba una goleta negrera propia, la Amistad. Los esclavos que transportaba se amotinaron durante un trayecto, lograron tomar el control de la nave y lo asesinaron a él, al sobrecargo Ruiz y a un cocinero negro que le acompañaba y que respondía al nombre de Celestino. Después de deambular durante unos días, una patrulla de Estados Unidos capturó la embarcación y los llevó a su país. Allí juzgaron a los negros por asesinato y fueron declarados inocentes.

—¿Cómo puede ser?

—Porque el tribunal consideró que habían sido capturados de manera ilegal y que, por tanto, eran hombres libres que podían luchar por recuperar su libertad. —Riera se aclaró la voz antes de proseguir—. Ramón era nacido y criado en el puerto de Ibiza, en concreto en el carrer de la Mare de Déu. Es probable que usted haya paseado frente a la que era su casa en alguno de sus viajes. Marchó al Caribe y, antes o después, navegó con otros marineros ibicencos: Gabriel Matutes o Joan Prats, de La Marina. Ya ve en qué suerte de comercio se metieron.

—Y que lo diga…

—No entiendo por qué quería Andreu que le contara esta vieja historia.

—Quería demostrarme que no solo existen esclavistas menorquines, sino que también los había en nuestra tierra, en Ibiza.

—Ya ve que sí, el que quiere meterse en este negocio solo necesita pocos escrúpulos y mucha ambición o desesperación, y eso me temo que tiene poco que ver con el lugar de origen de cada cual.

La barriga del subinspector emitió otro de sus característicos rugidos.

Caminaron un buen rato en silencio hasta que embocaron la calle des Castell, ya en el interior de la ciudad.

—Le he pedido a Sara que averigüe lo que pueda de Francisco Vinent a través de su criada —explicó Guasch—. Me gustaría saber qué sucede dentro de su casa.

—Ese tipo oculta algo.

—Necesitamos husmear en ese gran archivador que tiene en su despacho. Según Febrer, es un tipo serio y organizado en los negocios, y creo que ahí guardará información de su pasado negrero. No creo que la haya tirado.

—¿Usted cree?

—No apostaría mi sueldo, pero…

Riera empezó a abanicarse con un pañuelo empapado.

—Pues deberíamos encontrar el modo de hacerlo cuando él no esté —dijo.

—Esperemos primero a las averiguaciones de Sara.

—¿Qué opina de lo de hoy?

Guasch observó de refilón a la esposa de Mesquida, que caminaba cabizbaja. Cuando se cruzaban con alguien, volvía la cabeza para que no la reconocieran. Una vez que los viandantes dejaban atrás el grupo, se volvían para observarlos de nuevo. No era habitual llevar a una mujer detenida y, con toda probabilidad, conocida de muchos de ellos.

Si no de todos.

—Esta mañana han pasado muchas cosas, pero imagino que se refiere al descubrimiento de la sangre en el corral de Mesquida, hecho que me resulta sorprendente y representativo de la situación.

—O es culpable, o por fuerza ha de saber qué ha sucedido en su casa —observó Riera.

—Eso mismo pienso yo, no hay alternativa.

—¿Y ahora qué hacemos?

—De momento dejaremos a esta señora a buen recaudo y después mandaremos a los muchachos en busca de su marido. Tenemos que dar con él cuanto antes y apretarlo como Dios manda. No puede ser que comience con lo de que no vio ni escuchó nada.

Guasch oyó ruidos y se volvió. Una pareja de militares se aproximaba por la espalda. Venían al trote y también por el camino de Es Castell.

—¿Quiénes son? —preguntó.

—Tal vez se trate de algunos de los hombres que Febrer ha enviado a preguntar por el cojo.

—Podríamos tener suerte por una vez y descubrir que algún cirujano lo ha curado.

—No sé si eso sería bueno o malo para Joan —lamentó Riera.

—Yo diría que sería muy bueno para todos.

—Esperemos que no se le haya ido demasiado la mano…

Guasch conocía de vista a uno de los militares.

En efecto, provenían de La Mola. Se habían desplazado a pie hasta Calesfonts y, desde allí, cruzado en barca hasta Cala Teulera.

—¿Y bien? —les preguntó Riera—. ¿Tienen alguna novedad o no?

—Los cirujanos de la fortaleza no han atendido a ningún paciente con herida de arma blanca en esa fecha, ni tampoco en las posteriores.

—Han consultado los registros internos para asegurarse, señor —añadió el otro.

Era de esperar que el herido no acudiera a doctores tan lejanos al lugar de los hechos y, además, militares. Tenía más esperanza en el centro hospitalario de la Illa del Rei, más cercana a la Ciutat de Maó.

O en el Hospital de Caridad.

Guasch pensó entonces en el doctor Josep Font, el facultativo que realizó la autopsia de Williamson, que ejercía en aquel centro sanitario y, de manera simultánea, pensó también en su ayudante, aquel médico de mayor edad al que en un primer momento había considerado el titular forense.

Y recordó algo que en su día le pidió que hiciera.

Unos dibujos.

—Riera, vaya a comer tranquilo y después reúnase con el capitán para buscar a Mesquida. Nos vemos por la tarde.

—¿Y usted qué va a…?

—¡Febrer! —gritó Guasch cuando desembocaban en la plaça del Príncep—. ¿Le importa hacerse cargo de la detenida y tramitar su ingreso en prisión?

—Por supuesto, Guasch. ¿Ordena algo, aparte de capturar al marido?

—No, capitán. Con eso ya tendríamos suficiente.

Y apretó a correr por la calle Anuncivay en dirección a la casa de Andreu.

La proa de la barca apuntaba hacia el noreste en su trayecto hacia la Illa del Rei. Los remeros, dos soldados de la dotación, bogaban con fuerza por el canal principal, como si pretendieran no alcanzar el islote, sino atravesarlo a las bravas.

Ya se distinguían las estructuras rectas y elegantes del Hospital Naval, con su torreón alzándose por encima del escaso arbolado de la isla.

Divisaron un *corb marí* en lo alto de una roca, inmóvil y sombrío, con las alas abiertas como un manto mojado. Sin alzar el vuelo ni agitarse, se dejó caer con precisión en el agua, y al cabo de unos segundos emergió entre remolinos con un pez menudo y palpitante atrapado en el pico.

El gesto limpio del ave le pareció cruel en su eficacia y le hizo pensar en la caza como un arte viejo y silencioso, donde el cazador no siempre ruge ni corre, sino que espera. Y en la presa, que nunca sabe, hasta que es tarde, que alguien la ha elegido.

Aquello bien valía también para los humanos.

El sol empezaba su declive más allá de El Toro sobre un cielo rojo que provocaba destellos en el mar. Unas nubes pasaban en lo alto a gran velocidad. Lucía había cerrado los ojos para dejarse acariciar por la brisa que provocaba en su avance la pequeña embarcación. Las salpicaduras de espuma refrescaban su rostro relajado en una demostración de que, pese a las circunstancias, era capaz de evadirse para gozar de aquel momento nimio y fugaz.

Guasch la miraba en silencio, feliz de nuevo de poder disfrutar de su compañía y, también, en breve, de su sabio consejo.

Superaron la rocosa Illa de Ses Rates y dejaron que les rebasara una goleta por babor para, cuando se encontraron a la altura del islote, virar y hacer el último tramo en un agua mansa que apenas mecía el bote.

Les alcanzaron unas voces apagadas desde el hospital.

Un par de soldados charlaban distendidos en un pequeño muelle.

—Esta era la mejor ubicación para construir la plataforma —explicó uno de los remeros—, no ya porque esté en el lado de Mô y de Es Castell, sino porque protege el embarcadero del azote del viento.

—De la temida y ausente tramontana —dijo Guasch.

—¿La echa de menos? —preguntó el militar. Después hizo un gesto con su prominente barbilla hacia poniente—. Pues mañana creo que estará de buenas y podrá disfrutar de un buen vientecito.

—¿Por el cielo rojo?

—*Cel vermell, senyal de vent!* —proclamó—. Y por las nubes altas, ¿no se ha fijado?

—¿En qué?

—Se mueven muy rápido. Esas corrientes estarán aquí abajo en unas horas. Y qué quiere que le diga, con este calor será de agradecer.

Guasch le preguntó por el vendaval del día que encontraron el cuerpo de Williamson.

—Eso era una *tramuntaneta*, señor. Me temo que todavía no ha *sufrido* usted una buena *tramuntanada*. Ya verá mañana, a ver si el vapor imperial francés puede entrar a puerto.

—¿Es usted de aquí?

—¡Dios nos libre! Yo soy de Lô, de Alaior, tierra de zapateros y de buena gente.

—Disculpe usted —Guasch continuó con la mofa—, no quería ofender.

El muelle estaba construido con piedras toscas y losas irregulares. Guasch se agarró con fuerza al bote, esperó a que los remeros pusieran pie a tierra y amarraran la embarcación en una de las argollas ancladas en la roca.

Luego bajó de un salto y tendió la mano a Lucía, que la tomó.

Los militares volvieron a lo suyo, en este caso hablar de las maravillas técnicas del Solferino, el barco acorazado de cuya llegada se hacía eco toda la ciudad. El sábado, si como bien decía el *alaiorenc* lo permitía la tramontana, sería un día grande que los menorquines seguirían con la máxima expectación.

La orilla del islote estaba plagada de chumberas, o *figueres de moro,* como las llamaban en Menorca. Algún pino bajo había crecido aquí y allí. En varios puntos había bancos construidos con cantos de marès.

Alguno estaba ocupado por un enfermo solitario con la vista fija en la costa de Es Castell y la mente añorando tiempos mejores.

El *alaiorenc* preguntó a uno de sus compañeros dónde podían encontrar al doctor Josep Font y este señaló hacia la torre del edificio principal y les dio unas instrucciones rápidas.

Guasch y Lucía se despidieron de sus acompañantes y se dirigieron hacia allá.

Un par de *sargantanes* de buen tamaño y colores resplandecientes se cruzaron rápidas en su camino.

Ascendieron por una rampa corta y empedrada flanqueada por unas zonas ajardinadas.

Dejaron a su izquierda la Governor's House en la que se habían reunido, hacía lo que parecía una eternidad, con el oficial Lechuga y Lechuga, el comandante Eastman y el vicecónsul Ládico, y alcanzaron el cuidado jardín que se abría frente al edificio principal, con sus tres pozos y sus aromáticas plantas medicinales.

—¿Qué te parece? —preguntó Guasch a su versada esposa.

Lucía asintió sin ocultar su admiración.

—Desde un punto de vista funcional, responde a un modelo anterior a los criterios actuales: ventilación limitada, iluminación dependiente de la orientación, y la distribución quizá no facilite la apropiada separación de pacientes. Pero, dicho esto… —oteó a su alrededor con una sonrisa creciente—, ¡qué entorno! Si alguna vez tengo que recuperarme de alguna dolencia pido hacerlo aquí.

Se dirigieron a la farmacia y fueron en busca de la sala de operaciones.

Caminaron por un largo corredor porticado. Algunas puertas estaban abiertas y los convalecientes, escasos, se repartían en las camas que, pegadas unas a otras, se distribuían a ambos lados de las salas abovedadas.

Se asomaron a la última puerta del soportal.

El joven y apuesto doctor se sentaba tras un escritorio mientras consultaba unas notas.

Al reconocer a Guasch levantó las cejas y se quitó las gafas.

—Qué alegría verle —dijo Josep Font tendiéndole la mano.

Guasch la estrechó con agrado.

El cirujano contempló a Lucía, tomó su mano e hizo el gesto de acercarla a los labios.

Su mujer inclinó la cabeza con educación.

—¿Avanzan sus pesquisas? —preguntó el mahonés.

—Lentamente, por desgracia. Quiero creer que vamos cerrando el círculo, pero desconozco alrededor de quién. No tenemos la menor idea de la identidad de la persona que se oculta detrás de todo esto, pero sé que cada vez falta menos para darle alcance.

—¿Y en qué puedo ayudarle yo?

—Venía a pedirle un favor. —Miró a su mujer—. Dos, en realidad. Por un lado, que me entregara los bocetos que pedí a su compañero durante la autopsia. Le indiqué que copiara los dibujos de los sellos que el antiguo esclavo llevaba marcados en la piel.

—Lo recuerdo. Están en el informe. Ahora se lo traigo. ¿Y lo otro?

—Que comente la autopsia con mi esposa.

Josep Font echó una mirada rápida a Lucía y frunció el ceño.

—Comentar con su esposa dice… ¿la autopsia…?

—Lucía está estu…

—Ya lo explico yo, Marc —le cortó ella, apoyando la mano en su brazo—. Lo que mi esposo iba a decirle, doctor Font, es que estudio la carrera de medicina en París y que me estoy especializando en la rama forense de la mano del doctor Cruveilhier, o que a menudo me desplazo a Viena para colaborar con el maestro Karl…

—Karl von Rokitansky —completó un boquiabierto Josep Font—. Y usted es Lucía Lequerica, naturalmente.

Ahora fue su esposa quien arqueó una ceja.

—Naturalmente… —repitió Guasch por lo bajo.

—¿Nos conocemos?

—Usted a mí seguro que no, pero yo sí que la conozco. Por supuesto. No en persona, quiero decir. —Font sonrió con timidez, pero mantuvo la compostura—. En ciertos círculos ya se habla de su brillantez… y de su atrevimiento.

—¿Atrevimiento por qué?

—Por abrirse paso donde a otros no llegamos ni a asomar la nariz —respondió Font— y, sin ánimo de ofender, ¡siendo una mujer! Lo mire por donde lo mire, es asombroso. ¿Por qué no toman asiento? Les ruego que me disculpen. ¡Enseguida vuelvo!

Y salió por la puerta corriendo.

Guasch necesitó un momento para reaccionar.

—No sabía que tuvieras admiradores —dijo observando a su esposa.

Lucía estaba tan sorprendida como él.

—No sé yo si diría tanto…

—Lo acaba de decir

—No lo ha dicho.

—Es más que evidente.

Se oyó el ruido de pasos que llegaban a la carrera y el doctor apareció por la puerta con una carpeta de color cremoso en las manos. Llevaba el pelo revuelto y le brillaban los ojos.

—Disculpe la tardanza —dijo tomando asiento de nuevo sin apartar los ojos de Lucía.

—No se preocupe.

Guasch cruzó los brazos.

Josep Font se puso los anteojos y abrió la carpeta.

—Si me permite la curiosidad —dijo el mahonés mientras ojeaba los papeles—, ¿ha tenido ocasión de estudiar los últimos casos que publicó el doctor Rokitansky sobre lesiones hepáticas *post mortem*?

—Incluso asistí a una de sus demostraciones —especificó—. Es fascinante la precisión con la que distingue entre congestión pasiva y cirrosis incipiente solo con un corte transversal.

Font levantó los ojos del informe.

—Y mientras, nosotros, simples mortales, nos conformamos con distinguir si el órgano aún está en su sitio, ¿no es cierto?

Su esposa rio la ocurrencia y Guasch carraspeó con suavidad.

Una broma excelente.

Señaló los papeles.

—¿Tiene por ahí los dibujitos, por favor?

El doctor levantó un dedo, se arregló el pelo y le entregó una hoja.

A simple vista, parecían buenos, o al menos se ajustaban bastante a lo que recordaba de los sellos esclavistas estampados en el cuerpo devastado del pobre Williamson.

Serviría para su propósito.

—¿Puedo llevármelos?

—Por supuesto —dijo el doctor desplegando una nueva sonrisa—. Eran para usted.

Guasch dio una cabezada de agradecimiento.

—¿Y bien? —preguntó Font reclinándose en el respaldo y clavando los ojos en los de Lucía—. ¿Qué desea saber de la autopsia?

—Cuénteme y vamos viendo.

—Será un placer. —Font se acomodó los anteojos—. El cuerpo presentaba antiguas cicatrices queloides en la espalda y en el costado derecho, marcas inconfundibles de azotes y hierros candentes. Pero lo más llamativo fueron las heridas recientes.

—¿Por qué?

—Detecté tres heridas de arma blanca en el costado izquierdo: una más profunda, que atravesaba la carne hasta el músculo, aunque sin llegar al revestimiento del pulmón; las otras dos eran más leves, con un trazo sesgado, tal vez resultado de un forcejeo. El rostro presentaba además lesiones traumáticas recientes: varias contusiones en la región frontal derecha y un golpe más severo en la parte posterior del cráneo, compatible con el impacto de un objeto contundente. Ninguna bastaba por sí sola para causar la muerte. La lengua aparecía prácticamente seccionada en su base, mordida con una violencia desesperada. Los pulmones estaban inundados de sangre, lo cual refuerza la hipótesis de que la causa inmediata de la muerte fue la asfixia secundaria a hemorragia masiva por vía aérea. Ahora le mostraré mis anotaciones, si gusta.

Guasch se colocó bien el nudo de la corbata.

Lucía alzó la vista, concentrada.

—¿Mordida de manera voluntaria, doctor? ¿Hasta producir la asfixia por hemorragia?

El galeno asintió y Lucía hizo un mohín como si algo no le terminara de encajar.

—¿Observó signos de contracción tetánica en los músculos maxilares o fue un acto consciente sin intervención espástica previa?

Josep Font se acomodó en su asiento como si estuviera encantado de que le hicieran esa pregunta y Guasch levantó las manos en señal de rendición.

—Yo salgo a tomar el aire —anunció—. Seguid tranquilos hablando en arameo y ya si acaso luego, cariño, me comentas tus impresiones.

Dejó caer la hoja sobre la mesa y se encaminó hacia la puerta.

—Portaos bien —dijo desde el umbral.

Salió al soportal y cruzó el jardín central.

Los jilgueros cantaban jubilosos a su alrededor. Él no estaba de tan buen humor.

El apuesto doctor Font le gustaba un poco menos ahora.

Al volverse vio la torre del Hospital Naval y, sin pensarlo, miró a un lado y a otro y se acercó a curiosear. La escalera de madera ascendía en tramos adosados a la pared. En un santiamén alcanzó la cúspide y se asomó al mirador.

Desde allí, a vista de pájaro, la panorámica era espectacular.

Sintió que estaba en la cofa de un gran navío.

Vio la chimenea poderosa de La Industria Mahonesa que sobresalía humeante sobre un pequeño acantilado, la raquítica Illa de Ses Rates y la población de Es Castell; observó, a lo lejos, la bocana del puerto y la estructura defensiva de La Mola, en plena construcción; paseó la mirada por S'Altra Banda hasta dar con el cementerio inglés en el que habían dado sepultura a Williamson.

Se encontraba en la orilla norte, a la misma altura de la Illa del Rei.

Buscó el lugar en el que reposaban los restos del soldado americano y se preguntó si habrían colocado ya la lápida correspondiente. Se planteó por un momento si el comandante Eastman consideraría que un subordinado negro merecía tal honor y creyó distinguir una gran mancha blanca allí donde se ubicaba la tumba. Le agradó pensar que se habían dado prisa en prepararla y colocarla.

Pero entonces, de modo incomprensible, la supuesta lápida se movió.

O mejor dicho, se incorporó.

Guasch dio un respingo que le hizo perder pie y que a punto estuvo de hacerle caer por el hueco de la escalera. Se sujetó con fuerza al muro y se puso de puntillas para observar mejor.

Aquello era una persona, no una lápida. Sin duda. Había alguien junto a la tumba de James S. Williamson, alguien que ahora se desplazaba hacia el muro sur del camposanto y se perdía de vista.

¿Qué estaba haciendo? ¿Iba hacia la puerta?

La entrada se encontraba en una esquina que daba a la pequeña cala.

Imaginó que iría hacia allí.

Y la vio aparecer, con total claridad. Por fin. Era una dama vestida de blanco.

Iba sola.

Cerró el portón del cementerio tras de sí y con paso sosegado se dirigió hacia el oeste. La misma dirección que, en su día, tomó la mujer misteriosa que había seguido el funeral desde el exterior.

No tenía duda de que era ella.

Valoró si seguir sus movimientos desde la atalaya o bajar, buscar una barca, cruzar aquel tramo del puerto y tratar de darle alcance.

Tenía que tomar una decisión rápida y la tomó: haría las dos cosas a la vez.

Se lanzó corriendo escaleras abajo.

Febrer sabía cómo llegar al *lloc* en el que, según la esposa, estaba Miquel Mesquida. Partieron hacia allí Riera, cuatro guardias y el propio capitán, que antes de salir aclaró que no quería sorpresas.

—¿Teme que pueda resistirse? —preguntó el subinspector.

—Nunca se sabe.

No faltaba demasiado para llegar a su destino cuando vieron acercarse a un hombre que resultó ser el conocido de Mesquida a cuya casa se dirigían.

—¿Miquel? —dijo al ser interpelado por el capitán y mirando al resto de refilón—. Regresó a su casa hace un buen rato. ¿No se han cruzado con él por el camino?

Pues no, no lo habían hecho.

Giraron sobre sus pasos y se dirigieron de nuevo al *lloc* del campesino.

—Prefería capturarlo aquí que en su casa —lamentó Febrer.

—¿Por qué?

—Porque verá que nos hemos llevado a su mujer y eso le puede poner violento.

—Pero si la idea era precisamente esa, que viera que está detenida y se entregara.

—La idea es de Guasch, a mí no me parece tan obvio.

Llegaron a las proximidades del *lloquet* al atardecer, en un entorno que a Riera le empezaba a resultar familiar. En mitad del puerto, a su izquierda a lo lejos, distinguió la Illa del Rei. Supuso que Guasch ya

estaría allí en compañía de Lucía.

Se acercaron a la casa. Escucharon una mezcla de voces infantiles y adultas provenientes del interior. Discutían fuerte. Sus palabras no se entendían con claridad.

—Pero ¿quién hay ahí dentro? —preguntó Febrer haciendo un gesto a los guardias para que estuvieran atentos.

Los hombres agarraron los fusiles y se dispersaron de manera natural.

—Los hijos estaban en casa del vecino, ¿no? —preguntó Riera.

De repente, la puerta de la vivienda se abrió y de ella salió el hijo mayor de Mesquida seguido por sus dos hermanos pequeños y, detrás, el padre con otro hombre.

—Es el vecino con el que dejamos a los chiquillos —dijo un guardia.

Se quedaron mirándose unos a otros.

El campesino no se alteró al verlos. No hizo amago de huir ni de esconderse. Tampoco se acobardó. Más bien al contrario. Dio una palmada en el hombro al otro hombre y se aproximó hacia Febrer.

—¿Por qué han detenido a mi mujer y no a mí? —Su voz sonó tranquila.

—Porque no le encontramos a usted.

—Pues aquí me tiene. Vamos al claustro, la dejan marchar y me encierran a mí. Sea lo que sea lo que tengan es en mi contra y no de mi esposa. ¿Ha quedado claro?

—Haremos lo que tengamos que hacer, no lo que quiera usted.

—¿Me está buscando las cosquillas? —dijo el payés acercándose un poco más.

—Eh, eh, tranquilo —advirtió uno de los guardias—. Aléjese del capitán.

Riera se percató de que los pequeños miraban la escena con ojos llorosos.

La situación se les podía ir de las manos.

—Imagino que sus hijos le habrán explicado lo ocurrido—dijo.

—Me han dicho que han registrado los corrales y que se han llevado a su madre.

—Ya sabe lo que queremos de usted, Mesquida —dijo Febrer—. Acompáñenos y nos explica por qué nos mintió.

—¿Cómo que he mentido?

El niño pequeño se acercó a su padre y lo abrazó por la cintura.

Empezó a llorar.

—*Ja està Roc, no passa res…* —musitó el padre, acariciándole la cabeza.

Los otros dos hijos se acercaron y se abrazaron también a ellos.

A Riera se le hizo un nudo en el estómago.

Mesquida los estrechó con fuerza, se los entregó al vecino y se giró.

—Cuanto antes partamos, antes regresaremos —dijo.

—Eso lo dirá usted —rebatió Febrer, que estaba combativo.

—Yo no he hecho nada, capitán. Por eso mismo no tengo nada que temer y no me atemoriza usted. ¿Nos vamos?

Guasch sintió que tenía la situación bajo control cuando de un salto desembarcó del pequeño bote en la orilla frente al muro encalado del cementerio inglés. El joven militar de Lô le imitó fusil en mano mientras otro compañero agarraba un cabo y amarraba la embarcación a una rama cercana dispuesto a esperar en la retaguardia.

Se giró hacia la torre del Hospital Naval, a la que, siguiendo sus instrucciones, se había encaramado uno de los militares para guiarlos desde las alturas. El soldado levantó y zarandeó el brazo en el que sostenía un trapo bermellón.

Guasch deseó que se hubieran entendido. No tuvo más que un instante para darle unas indicaciones rápidas e instintivas: la posición del pañuelo con respecto a su cabeza les señalaría si tenían que moverse hacia un lado o hacia otro, subir o bajar. Sus instrucciones les dirigirían por las intersecciones que encontraran por el camino.

Comprobó que no hubiese ninguna barca en la costa a la que, como la vez anterior, pudiera subirse la dama misteriosa. En esta ocasión, la única vía de escape de la mujer sería si dispusiera de un brioso corcel escondido bajo un acebuche, pero lo dudaba.

Se encaminó raudo por el sendero que quedaba frente a la puerta del camposanto seguido como una sombra por el *alaiorenc*. Desde el torreón, el pañuelo les indicaba que la mujer se encontraba hacia poniente, en la ladera de la colina, a una altura superior. Guasch levantó la vista en aquella dirección, pero no la distinguió; la maleza y los árboles le impedían ver más allá.

El canto constante de los gorriones los acompañaba. Avanzaban en silencio, con pasos cortos y rápidos. Agazapados, tanto para evitar ser detectados y asustar a su presa como para evitar lastimarse con alguna de las ramas de los acebuches y pinos que crecían de modo irregular a ambos lados del senderillo.

Llegaron a una encrucijada, un punto en el que el camino se bifurcaba y les obligaba a tomar una decisión a cara o cruz: izquierda o derecha. Buscó el torreón. No lo vio. Retrocedió unos pasos hasta encontrar un claro desde el que poder otear.

El trapo rojo indicaba que debían tomar la ruta de la derecha. Además, no quedaba demasiado por encima de su cabeza, lo que significaba que, desde su posición, la mujer no se encontraba muy lejos de ellos.

Procedieron. Y Guasch se preguntó qué haría una señora sola en

aquel paraje recóndito tan alejado de la civilización. La única huella del ser humano en las cercanías era la casa rojiza que, al oeste, desde lo alto, dominaba el puerto.

La desconocida no iba a escapar.

Esta vez no.

Aceleró más el paso hasta echar a correr y, al llegar a una curva cerrada, tras un breve zigzagueo, a punto estuvo de darse de bruces con ella.

La mujer se volvió con la mirada desbordada y lanzó un chillido.

—¿Quiénes son ustedes? ¿Qué quieren de mí?

No era normal, ni grato, que dos hombres aparecieran de la nada en aquel paraje desolado y se abalanzaran sobre uno.

Guasch tomó aire un par de veces antes de estar en condiciones de responder.

—Lamento el sobresalto, señora —dijo por fin—. Hemos visto que se hallaba usted en el *cementiti anglès*…

—¿Supone algún problema?

Era de figura esbelta y no particularmente joven. Vestía un humilde vestido de lino de un color blanco luminoso. Su cabello, castaño y ondulado, estaba recogido de un modo que parecía listo para desparramarse. Tenía la belleza antigua y reposada de quien conoce su atractivo y lo administra con naturalidad.

—Depende del motivo que la haya llevado a visitarlo, por supuesto.

La mujer levantó la mirada hacia la mansión rojiza que se ubicaba en la cima.

—Trabajo en el *lloc* de Sant Antoni, la *Golden Farm,* para el señor De Vigo —lo pronunció con un elegante acento inglés—. Como comprenderá, poco entretenimiento puedo tener en este lugar más allá de visitar el cementerio o bajar a la playa a refrescarme los pies.

—La vi también en el funeral —lanzó Guasch a bocajarro—. Aquel día se marchó en una barca y no la pudimos alcanzar, pero no me cabe duda de que era usted. Y hoy se encontraba frente a la tumba del soldado James S. Williamson.

—Yo no…

—Sí —repitió—, era usted. ¿Por qué fue al entierro? ¿Por qué ha regresado hoy?

—Como le decía, aquí tengo poco que hacer. Fui el otro día por curiosidad y hoy he regresado por el mismo motivo. Suelo bajar al camposanto con frecuencia. No hay nada malo en ello, señor.

La mujer elevó la barbilla y lo miró. La sorpresa inicial había sido reemplazada por un amago de tristeza y esta a su vez por una actitud prudente y reflexiva y un control moderado de las emociones.

Todo ello en un instante.

Guasch la valoró con detenimiento.

Su atuendo modesto dejaba claro que no se trataba de una gran señora; su postura comedida, su porte elegante y su dominio del inglés permitían deducir, al mismo tiempo, que no era una simple criada. Se dijo que tal vez fuera la encargada de administrar aquella privilegiada y solitaria residencia.

Eso no solo no resolvía sus dudas, sino que le planteaba otras muchas nuevas.

La supuesta gobernanta examinó al *alaiorenc* que le acompañaba para volver a centrarse en él. Guasch la imaginó debatiéndose entre callar o decir la verdad. Lo que no hubiese adivinado jamás fue la pregunta que le formuló.

—Es usted Marc Guasch, ¿verdad?

Guasch enarcó las cejas.

El primer pensamiento fue ridículo. ¿Acaso tenía también él, como Lucía, una admiradora?

—Lo soy —alcanzó a responder—. ¿Cómo lo sabe?

Ella pareció debatirse todavía un poco antes de tomar una decisión.

—Me gustaría pedirle un favor.

—Si está en mi mano…

—Le ruego que me acompañe. Usted solo. A la casa.

Guasch sintió la mirada del soldado clavada en la nuca.

¿Qué pretendía aquella mujer?

No tenía la menor idea.

Se volvió hacia el menorquín.

—Por favor, si es tan amable de esperarme en la barca…

—A sus órdenes, señor.

Y se marchó dejando a Guasch a solas con aquella misteriosa desconocida que, sumida de nuevo en sus pensamientos, retomó su andar pausado por aquel sendero estrecho.

Guasch le hizo varias preguntas que ella respondió con vaguedad.

Lo único que sacó en claro fueron un par de cosas al azar: que el recorrido a pie hasta la casa era largo y sinuoso y que, según la leyenda, lord Nelson y lady Hamilton vivieron sus amores prohibidos en aquel *lloc* durante el verano de 1800.

Llegó a la cumbre sudoroso, con la chaqueta bajo el brazo y las mangas de la camisa arremangadas mientras su guía lucía impasible al calor y a la aspereza del camino.

Había empezado a oscurecer.

Un patio rodeado por una balaustrada blanca precedía una fachada de composición clásica. Accedieron por una escalera frontal y Guasch se permitió volverse para admirar aquella panorámica inigualable que abarcaba desde la Colàrsega hasta la mismísima bocana. Desde aquel mirador se controlaba el movimiento de todo el puerto.

Se disponía de información, y la información era poder.

Se volvió a centrar.

Entraron en el edificio por una puerta lateral que daba a un pequeño cuartito de servicio, seguramente la antesala de un espacio mayor.

La mujer señaló una sencilla silla de madera.

—Espere aquí, por favor.

Guasch obedeció, lamentando el curso que había tomado aquel encuentro. Se suponía que era él quien debía llevar las riendas y descifrar hasta el último detalle de esa desconocida en lugar de ponerse en sus manos y dejarse hacer. ¿En qué momento se habían intercambiado los papeles?

No comprendía nada de lo que estaba sucediendo, y sin embargo algo le decía que hacía lo correcto, que esa mujer que conocía su nombre y por lógica su identidad, después de haber valorado todas sus opciones, había tomado la decisión de llevarlo a su casa por algún motivo.

Cuando regresara le exigiría una explicación.

Escuchó unos pasos tras la puerta, a los que siguieron unos murmullos.

Unos murmullos que se prolongaron un buen rato.

Guasch se puso en pie al empezar a abrirse la puerta y dio un brinco cuando, en lugar de la mujer, se encontró frente a la inesperada figura de un hombre corpulento de mirada profunda y actitud recelosa.

Tenía los puños cerrados, la mandíbula apretada y la piel de un tono marrón oscuro casi negro.

Se observaron el uno al otro durante un instante eterno.

—¿Samuel Brown? —preguntó Guasch con voz dubitativa.

—*No, sir, my name is Samba. James Samba Williamson.*

CUARTA PARTE

22

La mía no es una historia que merezca ser contada

James Samba Williamson estaba sentado en una butaca de madera de roble, respaldo reclinado y tapicería de chenilla color granate digna de un príncipe. También lo era la ubicación, el salón principal de la planta noble del privilegiado *lloc* de Sant Antoni. Sin embargo, mantenía la espalda rígida, la expresión tensa y los ojos inquietos que delataban que no se sentía cómodo con la compañía, con la situación, con la vida.

¿Quién podía sentirse a gusto teniendo que esconderse y huir?

Tampoco Guasch, cuyas nalgas reposaban en ese instante en una poltrona idéntica, se encontraba del todo a gusto, seguramente debido a su escasa pericia en el trato con seres humanos recién resucitados.

La mujer, que respondía al muy menorquín nombre de Guida y que, como bien había intuido, era la gobernanta de la casa, les conminó a tomar asiento y sirvió sendos vasos de agua aduciendo que «tienen ustedes mucho de lo que hablar».

Una brisa ligera entraba por los grandes ventanales abiertos.

El cielo era ya una bóveda estrellada. Al otro lado del puerto, a *s'altra banda* de S'Altra Banda, el alguacil había encendido ya los faroles de queroseno. Los puntos de luz titilaban con timidez en el soberano espejo del agua.

Guida se percató de que Guasch hablaba un inglés aceptable, pero aun así se ofreció para traducir cualquier pasaje que necesitara. Guasch se lo agradeció, consciente de que lo necesitaría para que la comprensión fuera máxima.

Las preguntas se apelotonaban en su cabeza, todas indispensables para comprender los detalles de un relato que preveía excepcional. Daba vueltas a qué preguntar cuando su boca cobró vida y verbalizó, a traición, el primer gran interrogante.

—¿Asesinó usted a su compañero Samuel Brown?

—Por supuesto que no.

—¿Por qué se esconde entonces?

—Porque quién mató a Samuel quería acabar conmigo.

—Ocultándose no ha facilitado las cosas. No creo que le hubiesen procesado y, de haberlo hecho, sin pruebas concluyentes sin duda habría sido usted absuelto.

Williamson negó con la cabeza.

—Quizá no se ha fijado bien en el color de mi piel, señor Guasch. Usted no sabe las dificultades que conlleva vivir aquí dentro. Yo sí, y no tengo intención de arriesgarme a que me sienten frente a un juez blanco para comprobar si es solo racista o, lo más habitual, muy racista. —Un velo oscuro nubló su mirada—. Y luego está el asesino. Si mató a Samuel pensando que era yo y descubriera que sigo vivo, puedo darme por muerto. Prefiero que crea que ha acabado conmigo.

—¿Y su buque?

—¿Qué quiere decir?

—¿No piensa regresar al USS Constitution?

El soldado miró de refilón a Guida, que se acomodó en su asiento.

—No.

Guasch inspiró con fuerza antes de poner sobre la mesa la gran incógnita.

—¿Conoce la identidad del asesino? ¿Ha descubierto quién es Mongo Mô?

Williamson suspiró y negó con la cabeza.

—Todavía no.

—¿Y cómo está tan seguro de que es él?

—Porque sabe que le ando buscando.

Guach se apoyó en el respaldo y cruzó las piernas. Poco a poco se iba haciendo a la idea de que estaba interrogando a un muerto viviente.

Se pinzó los labios.

—¿Para qué busca a Mongo Mô?

—¿Usted qué cree?

—Yo no creo nada, Williamson.

—Llámeme Samba.

—De acuerdo, Samba. Le pido por favor que responda a mis preguntas con la máxima sinceridad. Yo no soy quién para juzgarle, y si Guida, que sabía quién soy, ha confiado en mí para traerme hasta usted, es para que me cuente la verdad. Solo así, quizá, pueda serle de utilidad. ¿Lo comprende?

Samba asintió.

—Lo busco para hacer justicia.

—Su justicia.

El africano lo miró con sorpresa para, por primera vez, permitirse reír. Primero con una risita moderada que después fue incrementando hasta terminar desternillándose.

Se secó las lágrimas y todavía tardó un momento en serenarse.

—Por supuesto que mi justicia —dijo con rabia—. No espero que nadie más la considere como tal en un país que se niega a abolir la esclavitud. Es mi justicia porque soy el único que conoce, recuerda y

siente la culpa por lo que nos hicieron a mi familia y a mí. Esa injusticia, lo que nos pasó a nosotros y a infinidad de hombres, mujeres y niños en nuestra situación, lo que hoy en día sigue pasando casi a diario es algo que a usted y al resto de los hombres blancos les importa bien poco, por no decir nada. A mí sí. Más que nada en este mundo. —Samba se incorporó en su butaca y acercó la cabeza hacia Guasch—. Esa venganza es el motivo por el que sobreviví. ¿Y sabe qué?

—Dígame.

—Que este ajuste de cuentas nunca podrá acercarse ni remotamente al dolor que él nos causó. No es posible igualar aquello.

—¿Cree que es esa la única solución?

—Sí.

Guasch dio un sorbo de agua para aclararse la boca y ordenar las ideas.

—Veamos si lo he entendido bien. Usted cree que Mongo Mô, por error, como represalia por el hecho de que usted le andaba buscando para vengarse, asesinó a Samuel Brown. Para adelantarse.

—Sí —repitió.

—Que se cruzó con usted cuando lo capturaron, que lo transportaron de África a América y que él hizo daño, o mató, a algunos de sus familiares. ¿Es así?

Samba asintió.

—De eso hará entre quince y veinte años. ¿Se ha asegurado de alguna manera de que ese hombre sigue vivo y que reside aquí?

—No.

Guasch extendió las manos.

—Entonces ¿cómo puede estar seguro de nada? ¿Y si alguien mató a Samuel Brown por otro motivo?

La mirada de Samba se endureció.

—Ha sido él, señor. Estoy seguro.

—Ya veo, ¿y por qué me lo cuentan a mí? ¿Por qué ahora?

Fue Guida quien tomó la palabra.

En lugar de emplear el menorquín se expresó en su elegante inglés británico para que Samba pudiera comprender sus palabras.

—Seguimos los periódicos…

—¿Sabe usted leer? —se extrañó Guasch.

Lo preguntó de manera espontánea y seguramente sin venir a cuento.

—Por supuesto. Y escribir de manera correcta en castellano y en inglés. Volviendo al asunto, como le decía, estamos al corriente de las noticias y, por tanto, de su presencia en la isla para investigar la desaparición de Carlos María, del descubrimiento del cuerpo de Samuel Brown, a quien se confundió con Samba, y del seguimiento del

caso que va haciendo *El Diario de Menorca*.

—Eso no explica por qué confían en mí.

—He preguntado a mis conocidos, que siempre son amigos de amigos, ya sabe, y todos ellos me han hablado bien de Marc Guasch. Dicen que es inteligente, trabajador y justo. Incluso alguna vez, Samba y yo hemos hablado de la posibilidad de ir a buscarle, y al final, mire por dónde, ha sido usted quien ha venido a nosotros.

Samba y yo: nosotros.

Prosiguió.

—Cuando he respondido a su pregunta sobre mi visita al cementerio y he visto que dudaba he sabido que me había descubierto o, en el mejor de los casos, que sospechaba de mi versión y que tarde o temprano vendría aquí a preguntar. Por eso he decidido adelantarme a los hechos y… Y aquí estamos.

—Y aquí estamos. —repitió Guasch.

—Estoy en sus manos —reconoció Samba.

Guasch meditó largo rato sobre aquel hombre que había cruzado el Atlántico primero en una dirección, como cautivo, y después en sentido contrario, rodeado de hombres blancos que, como hombre libre, lo seguían despreciando y humillando.

—Como bien dice, confundimos a Brown con usted. Él llevaba encima una placa de identificación con su nombre.

—Era mía, en efecto —afirmó—. Un bonito detalle de un hombre agradecido y, para mí, un recuerdo inolvidable. Era mi único objeto personal.

—¿Y por qué la tenía Brown en el bolsillo?

Samba negó con la cabeza.

—Yo no la portaba siempre encima, ni mucho menos. Se debió caer en algún momento y, o bien él la recogió, o bien la encontró el asesino y se la puso en el bolsillo para eliminar rastros. Eso ya no lo sé.

—Y Brown ¿no tenía placa?

—Ni placa, ni ropa marcada, ni nadie que le esperara y pudiera reclamar por él. Yo, de hecho, tampoco tengo la ropa marcada.

Guasch quería conocer el pasado de aquel hombre, qué pasos había dado a lo largo de su vida para llegar hasta allí.

Cuál era su historia.

Se lo pidió.

Samba tragó saliva y carraspeó.

—Es muy larga, y usted tendrá cosas que hacer, como buscar a un asesino despiadado. Además, hay dos hombres esperándole en la playa, y si tarda demasiado en regresar se pondrán nerviosos y vendrán a husmear por aquí. Y eso no me conviene.

Guasch desvió la mirada hacia un pequeño escritorio que reposaba en una esquina del inmenso salón. Se puso en pie, se acercó, tomó un

pedazo de hoja y garabateó unas palabras rápidas que entregó a Guida.

—Soy consciente de que hay un buen trayecto hasta la costa, pero ¿sería tan amable de entregárselo a mis hombres para que regresen sin mí a la Illa del Rei?

—Le diré al guardés que lo entregue ahora mismo.

—¿A quién?

—Además de mí hay un hombre, un viudo, que vive en la casa junto con su hijo.

—¿Son ellos los que iban con usted en el bote el día del funeral?

—Así es.

—¿Y por qué fue con la barca y hoy en cambio iba a pie?

—Muy observador. Porque aquella mañana íbamos al mercado de Mô. Vi que se celebraba la ceremonia y quise acercarme para después contárselo a Samba.

—Entiendo. —Guasch cayó en la cuenta de algo—. Discúlpeme un momento.

Volvió al escritorio y redactó un mensaje para su esposa en el que le informaba de la situación y le pedía que, por favor, regresara a casa con los soldados que les habían acompañado al hospital.

Desconocía cuánto tiempo se quedaría allí.

Guida salió con las notas por una puerta lateral y desapareció de su vista. Guasch le hizo un gesto a Samba que venía a decir que, aunque estuvieran solos y sin traductora oficial, podía empezar su relato.

—La mía no es una historia que merezca ser contada —dijo él—, porque en poco o nada difiere de otras pequeñas e insignificantes que nadie recuerda. Excepto en que, y eso es una diferencia importante con respecto a muchos de ellos, yo sobreviví.

—Quizá conocer la suya me ayude a imaginar las demás.

—No sé muy bien por dónde empezar…

—¿Por el principio?

—El principio es el ataque que sufrimos en el poblado.

—Adelante entonces, comience por allí.

El hombre desvió la vista hacia el cielo estrellado para, con voz monótona y la mente volcada en su pasado, comenzar a narrar la historia de su vida:

—El bosque dejó de hablar. Lo recuerdo bien. No era el silencio del que calla, sino la completa ausencia de unos sonidos que debían estar ahí: los aullidos de los monos, los zumbidos de los insectos o el borboteo del agua del río al golpear contra las rocas. Los perros del poblado enmudecieron, se quedaron quietos esperando una orden que no llegaba. Alguno empezó a lloriquear. Madre dijo que era por el calor, que iba a llover, pero la leña no prendía y ella siempre decía que cuando el fuego no quería arder significaba que los muertos

andaban cerca. Eso no me gustó y tuve un mal presentimiento…

Guasch entró en la casa de Anuncivay mucho después de la medianoche. Lo hizo arrastrando los pies y el alma, paladeando el sabor amargo de la derrota bajo la lengua. Quería ir a su habitación, darle un beso a su mujer, abrazarla, cerrar los ojos y despertar en la próxima vida.

Había escuchado el testimonio de Samba concentrado, con el respeto que merecía un relato como aquel, sin interrumpirlo con preguntas que entorpecieran el libre fluir de sus pensamientos. Cada nuevo capítulo de aquella vida desdichada, por llamarlo de manera suave, lo sumía en un estado de desasosiego mayor, como si un peso lo oprimiera y lo aplastara contra el suelo.

El marine narró su historia con naturalidad, de manera ordenada pese a que, según explicó, nunca se lo había contado a nadie de corrido. Ni siquiera a Guida, con quien era evidente que compartía momentos de los que dan pie a realizar confesiones íntimas. Guasch había quedado más que impactado, herido, y él no era un ser cándido e inocente que no comprendiera la verdadera esencia de la que estaban hechos los seres humanos: la ambición, la mentira, la traición y la crueldad. Lo que escuchó esa noche iba más allá de cualquier sentimiento que hubiese experimentado antes. Aquel retrato reflejaba bien la incomprensible capacidad del hombre para causar daño y odiar al prójimo por el simple hecho de ser diferente, de ondear otra bandera, tener otra ideología, idolatrar a otro Dios o pertenecer a otra raza o condición. Aquello hablaba de maldad, de herir solo por placer, por el simple hecho de tener el poder para hacerlo.

Samba acertó al decir que la historia era larga, pero se equivocaba si de verdad pensaba que no merecía ser contada.

Guasch había decidido no delatar a Samba ni a su amada y seguir trabajando como hasta la fecha en la resolución del asesinato del supuesto James S. Williamson. Como si nada hubiera cambiado, pese a que, en realidad, todo era ahora diferente.

Mantendría su secreto.

Correspondería a su confianza.

Ya entrada la noche, el guardés y su hijo lo acercaron en barca hasta el Fonduco. Caminó en una nebulosa por el muelle, esquivando trasnochadores hasta llegar a la Costa de la Miranda y alcanzar la privilegiada calle Anuncivay sin ganas de hablar con nadie.

No tuvo tanta suerte, ya que Sara, Andreu y Riera estaban todavía despiertos, esperándole y hablando de nimiedades en la biblioteca. Solo Lucía y los chiquillos descansaban en sus aposentos.

Lucía.

Sentía haberla abandonado a su suerte en la Illa del Rei. Por

fortuna, estaba en compañía del doctor Josep Font. El apuesto galeno era ahora, después de conocer la historia de Samba, unos pequeños celos y una inseguridad insignificante y pasajera de la que reírse con su mujer.

No hay como conocer casos verdaderamente trágicos para poner en contexto las pequeñas ridiculeces a las que solemos llamar problemas.

Sara se levantó al verlo entrar.

Algo debió detectar su instinto femenino, pues puso cara de extrañeza y le preguntó si todo iba bien. Si charlar con un resucitado que te cuenta una historia dantesca es ir bien, entonces todo iba de fábula.

La viuda dijo tener información sobre Francisco Vinent. Las hermanas criadas habían tenido ocasión de charlar y de intercambiar chismorreos acerca de los señores de sus respectivas casas.

—Prefiero no imaginar lo que contarán de nosotros a nuestras espaldas —dijo Sara.

Según la sirvienta, don Francisco estaba últimamente muy nervioso y se exasperaba con todos. Tras la llegada Carlos María se encontraba inquieto, cuando este desapareció se subía por las paredes, y desde que llegó don Carlos Marfori no era capaz de conciliar el sueño por las noches. No salía nunca de casa y tenía unos dolores recientes que le agriaban todavía más el carácter.

—¿Y de Carlos María qué contó? —preguntó Riera.

—De él comentó que era muy zalamero, que al principio tenía mala cara, como si conviviera con una gran preocupación, pero que con el paso del tiempo se le pasó. De primeras salía durante el día, y más adelante solo por las noches, y se pasaba las mañanas durmiendo.

—Lo que viene a ser un zángano de toda la vida —concluyó Guasch —. ¿Alguna pista sobre su marcha?

—Ninguna. Se lo ha preguntado directamente. La noche que desapareció se despidió de ellas con una chanza de las suyas. Fue una sorpresa que no regresara al día siguiente, y mucho más todavía que el posterior tampoco estuviera ahí. Se preocuparon.

—¿Explicó qué hacía cuando estaba en la casa?

—Escribía, leía, fumaba y bebía. También charlaba con el señor Vinent de política y de esas cosas de señores. Hizo algún comentario sobre Marfori y los dos tipos que le acompañan, que siempre están serios y que uno de ellos duerme junto a la puerta de entrada.

Calló, dando a entender que aquello era cuanto había podido recabar.

Muchas cosas, pero, por desgracia, nada con el poso suficiente para iluminar las tinieblas en las que se sumía la investigación.

—Muchas gracias, Sara, te agradezco mucho las molestias que…

—¿Qué le duele? —preguntó Riera sin venir a cuento. Guasch miró

al subinspector sin comprender—. Ha dicho que Vinent siente molestias últimamente. ¿Le han dicho de qué?

—Tiene algo en la boca. Por lo que he entendido que se trata de un dolor de muelas.

Riera clavó la mirada en Guasch.

—Me decía ayer que necesitábamos consultar unos papeles, ¿verdad?

—¿Cómo dice? —Guasch recordó el despacho de Vinent—. Ah, sí. El gran archivador en el que imagino que guardará los documentos de sus múltiples negocios. ¿Por qué?

—Porque tengo una idea. —El subinspector dio un vistazo al gran reloj del despacho—. Y no es demasiado tarde.

—Riera, son casi las dos de la madrugada.

—Sí, pero mañana tenemos trabajo.

Y, dicho esto, se levantó y salió apresurado por la puerta dando un soberano portazo.

Todavía reverberaban en el aire las ondas de la lejana campana del ayuntamiento, que había tocado las ocho de la mañana, cuando se abrió la puerta principal del número 46 de la calle de Gracia para permitir el paso a las siluetas de don Carlos Marfori y sus dos aplicados guardaespaldas. Torcieron a la izquierda y se perdieron calle abajo camino de la reunión que Guasch, como acostumbraba, llevaría a cabo en las dependencias del subgobernador.

Aquella ventosa y desapacible mañana Riera no los acompañaría. Tenía otra misión por cumplir.

—No hemos tenido que esperar demasiado —comentó Riera, oculto en un portal.

—Mejog paga todós —dijo Ticoulat, estirando el cuello por encima de él—. Le recuegdó que solo tenemos hasta las nuevé y que después me tendgé que magchag a mi consultá.

—No esperemos más —instó Toni Petit dirigiéndose hacia la casa de Francisco Vinent.

Riera agarró el maletín con los bártulos del dentista y su *senalló*, un capazo vacío, y siguió a su hijo.

Julian Ticoulat cerraba la procesión con las manos en la espalda.

El hombre parecía divertirse con aquella aventura.

Riera había llamado a su puerta la noche anterior para sacarlo de la cama y hacerle una propuesta incomprensible, acudir a la vivienda de un cliente que no sabía que lo iban a curar. Tendrían que hacerlo pasar por una visita casual a domicilio.

El dentista, que vestía un cómodo y amplio camisón de algodón, levantó el farol para iluminar el rostro de Riera, que sonrió con torpeza.

—Le gecuegdó —dijo—. Esas ensías me son familiagués. Yo a usted le he atendido, ¿vegdad?

—Así es, Mister Ticoulat. Y necesito que nos ayude con ese señor. Me envía un amigo suyo que está, hum… muy preocupado por sus dolores y que prefiere permanecer en el anonimato.

Ticoulat lo miró sin, en apariencia, comprender de qué iba aquello.

—¿Pog qué no prueba a desirmé la vegdad?

Quizá estaba más despierto de lo que parecía.

Riera se resignó a sincerarse.

—Soy policía y estoy investigando un crimen terrible. Sabemos que ese hombre miente y está obstaculizando la instrucción del caso. Espero encontrar en su casa alguna prueba que nos ayude a identificar al asesino.

El dentista le observó con atención.

—¿Ve como no es tan difisil? Ahoga sí le cgeó.

—¿Puedo contar con usted? —suplicó.

—¡Pog supuestó que sí! Ahoga bien, como compgendegá, mis…

—¡Le pagaré el triple de lo que cobraría por un trabajo así!

—Muy agadesidó, le tomo la palabgá, pego yo queguía decig que mis clientés no pueden espegag y que a las nuevé debegué volveg a mi consultá.

—Así sea.

Concretaron la cita y Ticoulat cerró la puerta para continuar descansando.

Riera se encontraba ahora frente a la puerta de Francisco Vinent. Agarró la aldaba y tocó. Nunca había estado allí, por eso pidió aquella mañana a Guasch que le dibujara un boceto de la planta baja. El plan era sencillo: Toni Petit y él se harían pasar por los ayudantes del dentista y en cuanto tuvieran ocasión, se escabullirían al despacho para buscar documentos con nombres de tratantes, barcos, lugares, fechas…, lo que fuera que les pudiera iluminar.

La puerta se abrió y la mujer del servicio pasó la vista del uno al otro hasta posarla en un sonriente Riera.

—¿Qué desean? —preguntó.

—Visita rutinaria del dentista, cirujano y excelentísimo doctor Mister Julian Ticoulat, señora. ¿Por casualidad hay alguien en este ilustre hogar que sufra de mal de muelas y requiera de sus prodigiosas dotes de sanador? ¡Hoy a mitad de precio!

La criada necesitó un momento para asimilar aquel mensaje inusual.

—¿Dentista, ha dicho? Don Francisco sentía molestias estos últimos días —admitió—. Anoche nos llamó de madrugada para que le lleváramos algo que le aliviara el dolor.

Riera chascó los dedos.

—¡Pues aquí estamos! ¡La sanación llama a su puerta!

—Esperen aquí un momento, voy a consultar al señor.

—¡Amable señoguitá! —intervino Ticoulat, deteniendo a la asistenta y sacando su reloj de bolsillo—. ¡Dese prisá! No tenemos mucho tiempó.

La pobre mujer hizo un gesto de asentimiento y desapareció de su vista contoneándose por el pasillo.

—No aceptará —auguró Riera, cenizo.

—¡Natugalmenté que lo hagá, hombgé de poca fé!

El bravo dentista demostró ser, también, un excelente pitoniso, pues en apenas un par de minutos se encontraron frente a frente con el comerciante de triste pasado en su famoso y bien abigarrado despacho. Riera miró de reojo las formidables estanterías cargadas de archivadores.

—¿Qué historia es esta que me cuentan? ¿Qué puedo hacer por ustedes, caballeros?

—La pgeguntá coguectá es qué puede haser Mister Ticoulat por su dentadugá, señog.

Vinent arqueó las cejas.

—No necesito sus servicios, gracias —sentenció.

—¿Puedo preguntar por qué? —preguntó Riera.

—Porque no me gustan los charlatanes. ¿Y usted quién es para…?

—Asistente personal de Mister Ticoulat, por la gracia de Dios.

El dentista dio un paso adelante, arrugó el entrecejo y señaló la mandíbula de Vinent.

—Le duelé la muela infegiog del lado deguechó desde hase un pag de días, tgés tal ves… El dolog es agudó e intermitenté. No se ha hecho ningún tratamientó todavía, no sé bien pog qué… Si lo desea, las manos mágicas de misteg Ticoulat le cugagán.

Francisco Vinent se llevó la mano a la mandíbula de manera instintiva.

—Ticoulat, ¿eh? —dijo—. Creo que me han hablado de su trabajo.

—¿Y…?

El comerciante asintió.

—Dicen que es bueno en lo suyo.

Julian Ticoulat hizo una vistosa reverencia a modo de agradecimiento.

—¡Empecemos, entonces! —exclamó Riera—. ¡Mister Ticoulat necesita luz natural!

—¿Qué les parece aquí, en mi despacho? —sugirió el comerciante, ya más convencido—. Tiene un gran…

—¡Mejog en el patió! —sentenció Ticoulat, dando instrucciones rápidas a sus ayudantes para que hicieran los preparativos oportunos.

Riera y Toni Petit, raudos, colocaron en el patio una butaca, un reposapiés, una mesita auxiliar y una jarra de agua. El sacamuelas

extrajo cuidadosamente su instrumental y lo colocó sobre la mesita. También varios frascos con ungüentos y líquidos de contenido verdoso.

Riera se dirigió a la mujer del servicio que espiaba desde el pasillo.

—Esto será doloroso y desagradable, señora —susurró con cara de circunstancias—. Si le gusta la idea de ver mucha sangre y una boca abierta en canal, le recomiendo que se quede para disfrutar del espectáculo. Será inolvidable, se lo aseguro. Si es aprensiva, en cambio…

—¿Ha dicho abierta en canal?

—Es un tratamiento de impacto, señora.

La mujer dibujó una expresión de pánico y corrió a esconderse en la cocina.

—Siéntese y tranquilisesé —decía Ticoulat al paciente mientras sacaba un antifaz de tela del maletín y le guiñaba un ojo a Toni Petit —. Y póngase esto, si es tan amablé…

—¿Lo dice en serio?

—¡Pog supuestó! Tengo clagó que es un caballegó valegosó, pegó me gusta que los pasientes no vean cómo tgabajó con las hegamientás. A menudó se asustan sin motivó. Le asegugó que no lo lamentagá.

Sin mayores quejas, el dentista logró su objetivo y Vinent estuvo sentado y cegado.

Ticoulat palpó la mandíbula y logró que Vinent emitiera un gemido.

—Abgá la bocá y saque la lenguá, pog favog… Ahá, así así… Ahogá le suministragué un calmante paga evitag el dolog.

En dos minutos tuvo a Vinent adormilado y se acercó al oído de Riera.

—Veinte minutós —musitó—. No se demoguen demasiado.

Riera asintió, agarró el *senalló* y salió al pasillo tras comprobar que no había nadie al acecho.

Toni Petit le siguió.

Se colaron en el despacho del comerciante mahonés y cerraron la puerta con cuidado.

El archivero ocupaba una pared entera detrás del escritorio.

Era imposible que pudieran revisarlo todo en tan poco tiempo.

Una luz tenue entraba por la ventana que se abría al patio interior. Ticoulat agarraba una de sus herramientas diabólicas e introducía la punta en la boca del anfitrión. Riera corrió la cortina fina para que no pudieran ser vistos desde fuera.

—¿Cómo lo hacemos? —preguntó Toni Petit.

—Miremos si en algún sitio especifica el año o tipo de negocio.

—¿Qué espera que ponga, certificados de esclavos?

—Qué gracioso eres…

Examinaron los lomos de los archivadores.

—Cada volumen tiene un número —observó el niño.

—Ahora solo nos falta descubrir qué significan —dijo Riera abriendo el primer cajón—. Tiene que haber una lista en algún sitio, es imposible que tenga en la memoria lo que contiene cada uno de los archivos.

Un par de cajones después, esforzándose por dejar los papeles igual que los encontraban, dieron con el documento que buscaban: un índice completo.

—¡Lo tengo! —exclamó Toni Petit.

El listado era un compendio de los tesoros que escondían aquellas carpetas, pero se toparon con un pequeño problema añadido: estaba repleto de abreviaturas incomprensibles escritas en unos términos únicamente al alcance de quien hubiese ideado aquel sistema de almacenamiento de información.

Riera resopló y se rascó el cogote.

—¿Qué sucede? —preguntó Toni Petit

—Que no entiendo nada.

En el pasillo se oyó un crujido seguido de un ruido de pasos arrítmicos.

La maldita señora del servicio había salido de su escondrijo.

—¡Escondámonos! —susurró el chiquillo, metiéndose en el hueco del escritorio.

Riera hizo lo propio detrás de una cortina, cargado con el listado y lamentando al instante no haber ocultado la carpeta que había dejado sobre la mesa. Dudaba de si tenía tiempo de salir a recogerla cuando oyó que se abría la puerta del despacho.

Contuvo la respiración.

Las pisadas traspasaron el umbral y se extendieron por el interior del despacho para detenerse, según sus cálculos, en mitad de la sala. En el patio se oía el trasteo de Ticoulat y los gemidos leves del boquiabierto paciente.

Riera bajó la mirada y alcanzó a ver el texto superior de la parte trasera de la hoja que apretaba contra el pecho. Era un número ocho seguido de un nombre que le resultó familiar: Corisco.

Lo había escuchado no hacía demasiado, pero ¿dónde?

Corisco, Corisco, Corisco.

La memoria le fallaba, se estaba haciendo mayor.

Y por fin lo recordó. ¡Era la isla donde la familia Vinent tuvo la factoría!

¡Guasch le había hablado de ella hacía poco!

El bombeo alocado de su corazón le retumbaba en los oídos, pero no era suficiente para tapar el ruido de la respiración de la mujer al otro lado de la cortina. Se preguntó qué diantres hacía allí parada.

Sentía que el cerebro se le quedaba sin sangre.

Tenía una necesidad imperiosa de respirar.

Y de orinar.

Decidió buscar ayuda divina, desempolvó la ristra de avemarías y padrenuestros que llevaba tiempo sin rezar y oró con todas sus fuerzas para que la doncella se largara de allí cuanto antes.

Y Dios Todopoderoso debió alegrarse de recibir aquellas plegarias inesperadas, desesperadas y por una vez sinceras, porque en un alarde de magnanimidad le concedió a su insignificante e inconstante discípulo el deseo que tanto anhelaba.

La criada salió por la puerta y sumió la habitación en un silencio abismal.

Riera se atrevió a respirar primero, y después, a sacar un ojo más allá de la tupida tela aterciopelada.

—¿Toni? —susurró—. ¿Estás ahí?

La cabeza naranja del pequeño emergió al otro lado del escritorio.

—¡Nos hemos salvado! —exclamó.

Riera no las tenía todas consigo y actuó sin pensar, apremiado por los pocos minutos de los que disponían. Se aseguró de que en el listado ponía que el archivador número ocho contenía la información de la factoría esclavista. Luego regresó al escritorio, guardó la hoja en la carpeta, que restituyó al correspondiente cajón, agarró el archivo ocho, lo abrió y volcó el contenido en su *senalló* antes de devolverla, vacía, a su estante.

—Nos vamos —dijo.

—¿Se lo va a llevar así? ¿En serio?

Riera obvió el comentario, se acercó a la puerta y pegó la oreja a la lama.

No oyó nada.

Abrió, acechó desde el hueco de la puerta y, al no detectar ningún movimiento, apretó a correr hacia el patio seguido de un sigiloso Toni Petit.

El dentista le hizo unos aspavientos señalando el reloj y dijo, con la máxima naturalidad:

—… y señog Vinent, me complase desiglé que, paga su fogtuná, el tgatamientó ha concluidó con la máxima satisfacsión.

Riera cubrió con un trapo ensangrentado el cargamento requisado y Mister Ticoulat retiró el antifaz del rostro de su todavía adormecido paciente.

23

Lágrimas y papeles

Guasch se apoyaba en el marco de la puerta mientras esperaba en la sala de reuniones de la Casa de Gobernación a que diera comienzo la reunión matutina. Harper se encontraba fuera, cabizbajo, deambulando con las manos hundidas en los bolsillos y con cara de pocos amigos. Sumido en sus pensamientos, Guasch le daba vueltas al hecho irrefutable de que, con la aparición de Samba, las piezas que componían el rompecabezas de la investigación habían cambiado de forma, orden y prioridad. Se hacía necesario enfocarlo todo desde una nueva perspectiva.

La noche anterior, antes de descansar por fin unas pocas horas tras un día que se le antojó interminable, había compartido con Lucía el sorprendente descubrimiento y el emotivo y doloroso relato de Samba. Su esposa, como no podía ser de otro modo, se había conmovido ante semejante historia de vida y le pidió permiso para visitarlo y brindarle toda la ayuda que pudiera necesitar. Guasch se negó al principio, para, al final, ante su insistencia, terminar cediendo. Decidieron que irían a verle juntos.

Guasch se interesó por la reunión que Lucía había mantenido con el doctor Font, y su esposa admitió que no era capaz de ir más allá de lo expuesto por el diligente galeno menorquín. No existían fórmulas milagrosas ni atajos que, en aquel momento, permitieran descubrir algún secreto oculto.

No sin cierta inocencia, y pese a sus muchos años de servicio, Guasch había creído que, a la luz del nuevo día, las emociones que le había transmitido aquel pobre renacido se habrían ablandado y le resultarían más fáciles de digerir. Como el avestruz que esconde la cabeza bajo tierra para huir de los problemas o el niño que se oculta bajo las frazadas para vencer el miedo. Nada más lejos de la realidad, pues, de hecho, ahora todo cuanto lo rodeaba le parecía superfluo o distorsionado en comparación con aquella vida truncada por hombres codiciosos, espíritus desalmados y gobiernos sin escrúpulos, carentes de la más mínima humanidad.

La reunión con el equipo estuvo marcada por el malestar de Marfori, particularmente desagradable después de constatar lo que hacía tiempo que se venía venir, que el rastreo oficial de su hijastro en la isla de Menorca había finalizado sin haber obtenido pistas destacables. Habían registrado hasta el último rincón y preguntado a

todos los campesinos, ganaderos y ciudadanos con los que se habían cruzado. No existía persona, caballo o ternera en la isla que no hubiera oído de Carlos María de Campos y Fernández de Cordoba.

Pero nadie sabía nada, más allá de las pistas falsas que ya habían descartado.

La investigación se centraría ahora en Joan y Francina Ferragut, supuestos salvadores y compinches de Carlos María. Se abrían infinidad de interrogantes. Dando por buena su versión, ¿quiénes eran los atacantes?, ¿qué suerte corrió el hombre herido, que no había sido visto ni tratado en ninguno de los hospitales y consultas privadas de la ciudad?, ¿por qué desapareció el gaditano sin avisar ni dejar rastro?, ¿qué hacía en sus salidas nocturnas?, ¿a quién escribió esas notas misteriosas?, ¿por qué no pidió ayuda a Francisco Vinent en lugar de desaparecer? De considerar falsa su confesión, las preguntas seguían otros derroteros: ¿cómo llevaron a Carlos María hasta su guarida?, ¿qué le ocurrió y dónde estaba él ahora o, en el peor de los casos, sus restos?

En cualquier caso, Marfori había abandonado la reunión hecho una furia y se había dirigido a las dependencias del magistrado para exhortarle, con sus artes más persuasivas, a apretar como tocaba a los detenidos. Según su teoría, estaban conchabados con algún destacado progresista de la ciudad.

Guasch celebró que Riera no estuviera presente, pues aquello probablemente habría acabado como el rosario de la aurora.

Toni Petit le había informado antes de marcharse con Riera y el dentista de las escasas salidas de Marfori el día anterior. El reporte del crío venía a decir que el hombre había salido de su casa, seguido de sus guardaespaldas, justo antes de comer y a última hora de la tarde para pasear por las calles de la ciudad y asomarse a alguno de los miradores del puerto para observar las idas y venidas de las embarcaciones.

Caminaba despacio con las manos enlazadas a la espalda.

—Ha sido muy aburrido —concluyó el pequeño—. No ha hecho nada interesante.

Guasch no supo qué pensar de aquello: ¿a qué había venido ese hombre a Maó?

Una pareja de guardias corpulentos asomó por el pasillo escoltando a Miquel Mesquida, orgulloso padre de familia, humilde campesino y mentiroso anfitrión de los dos desaparecidos y muy oscuros marines estadounidenses.

—¿Dónde está mi mujer? —preguntó Mesquida cuando se acercaba —. Más le vale no haber faltado a su palabra.

Los guardias lo hicieron sentar en una silla y se colocaron tras él de brazos cruzados.

Mesquida seguía maniatado y Guasch respondió en sentido negativo cuando este solicitó que lo desataran.

No insistió.

—No solo la dejé marchar, sino que hice que la escoltaran hasta su *lloc* y esperaran a que se reuniera con sus hijos. No tiene motivo de queja ninguno y…

—¿Y cómo está?

—Bien —respondió uno de los guardias, a su lado—. Abrazó a sus hijos y se metieron en casa. Solo entonces nos marchamos mi compañero y yo.

Mesquida asintió agradecido y miró de nuevo a Guasch, que prosiguió.

—Ahora le toca corresponder y contestar con sinceridad a todas las preguntas que le vamos a hacer. Cuéntenos qué sucedió en realidad entre los marines y usted.

—Quiero saber por qué estoy detenido exactamente —pidió el mahonés por sorpresa.

—En primer lugar, por mentir a la autoridad y, después, por las sospechosas manchas de sangre que encontramos en sus corrales. El mismo en el que se alojaban los marines estadounidenses que usted se había comprometido a hospedar en su casa. Espero que haya aprovechado esta noche para reflexionar y convencerse de que debe dejarse de patrañas. ¿Por qué dijo que los africanos se hospedaban dentro?

Mesquida respondió sin meditar. Al parecer, sí había cavilado al respecto.

—Porque no quería que los americanos nos obligaran a devolver el dinero que en su día nos adelantaron.

—¿Sabía usted cuando aceptó el trato que eran negros? —Lo dijo de modo pretendidamente despectivo, dando a entender que a él le habría desagradado la idea—. ¿O se los encontró metidos ahí en su casa, sin más?

—No, no me lo dijeron.

—¿Qué le pareció cuando los vio? Debió de ser chocante.

—Pensé que tendría que haber pedido el doble.

—¿Fue ese el verdadero motivo por el que los echó? ¿Por su piel? ¿No quería que estuvieran bajo el mismo techo que su mujer y sus hijos? A saber lo que podrían hacer por las noches, ¿verdad?

Miquel Mesquida dudó un momento.

—No le diré que me agradase la idea, pero la primera noche, de madrugada, llegaron bebidos. Nos despertaron a todos con sus malas formas. Lo siento, pero yo no tolero ese comportamiento. Es mi casa y son mis reglas. Esto funciona así.

—Y los mandó al corral esa misma noche.

—Sí.

—Qué sensibilidad —exclamó Harper—. ¿Y descartó darles una segunda oportunidad?

Era paradójico que quien formulara esa pregunta fuera el miembro más racista del equipo, el que pateaba negros a la menor ocasión.

Guasch recordó la versión de Samba en la que decía que, al llegar por la noche, ya habían encontrado sus bártulos en el corral.

—¿Está seguro de que los hechos fueron como nos ha contado?

—Desde luego —respondió convencido—. Ya les había advertido cuando llegaron por la mañana que no quería ruido, gritos ni malas conductas. La vida del campesino es dura, ya sabe. —Mesquida se fijó en las manos limpias y poco callosas de Guasch—. Bueno, quizá no lo sabe del todo bien. Lo menos que pido es poder descansar por las noches.

Guasch se dijo que tal vez hubiera malinterpretado el relato de Samba.

—Ha hecho referencia al dinero que le habían adelantado los americanos —prosiguió.

—No quería verme obligado a devolverlo. Por eso oculté la realidad, eso es todo.

—Se confunde, eso es solo el principio. Mintió en un primer momento y también más tarde, cuando apareció el cuerpo emparedado de Williamson.

—¿Por qué dice que mentí entonces?

—Porque siguió sin admitir que se alojaban en el corral.

—A esas alturas, ¿qué sentido tenía reconocerlo? No podía cambiar mi versión después de haber dicho antes lo contrario, ¿no cree? Además, ¿qué más daba? ¿Cómo iba yo a saber que habría esas manchas en el gallinero y que ustedes las encontrarían y sacarían cualquier conclusión errónea?

—Ese es otro debate interesante. Debió de encontrar usted la paja ensangrentada al día siguiente. Y señales de lucha.

—Esas manchas serán viejas, de cualquier cosa. Ahí mismo parió una vaca no hace mucho. No entiendo qué tiene de extraño que haya manchas de sangre en un establo. Barro, sangre y mierda hay toda la que quiera. Otra cosa sería que hubieran aparecido en la alfombra del marqués de Torre-Saura, pero ahí… En cualquier caso, yo no vi nada extraño en el establo cuando desaparecieron esos dos. Estaba vacío. Simplemente.

—Un parto de ternero no deja ese reguero de sangre.

El campesino le miró con curiosidad.

—¿Ah, no? ¿Ha asistido usted a muchos partos de terneros?

Guasch le mantuvo la mirada.

¿Decía la verdad aquel hombre?

—¿Conose a Mongo Mô? —preguntó Harper.

El americano estaba muy callado, pero parecía no perder detalle de la conversación.

Mesquida negó con la cabeza.

—¿Debería?

Guasch vació el aire que llenaba sus pulmones y los rellenó despacio.

No sabía cómo seguir. El campesino mantenía su versión con solvencia y Guasch se dijo que parecía sincero. ¿Lo sería?

¿Ganaba algo manteniendo a Mesquida encarcelado?

¿Liberarlo implicaba el riesgo de que cometiera una insensatez? ¿Se fugaría igual que los herreros de Sant Climent? Ellos también tenían familia que dejaron atrás para salvar la vida.

Lo descartó y se dirigió a los guardias.

—Déjenlo marchar. —Miró al menorquín—. Y respecto a usted, si tengo alguna pregunta adicional le mandaré llamar. No se vaya muy lejos.

—¿A dónde voy a ir?

Guasch no añadió nada más.

Se levantó, recogió sus bártulos y se dirigió a la celda del tipógrafo Joan Fábregas.

Guasch aguardó impaciente a que el vigilante se peleara con la cerradura de la celda de Joan Fábregas mientras se recordaba a sí mismo que Joan Riera y Francina Ferragut seguían encerrados en sus respectivos calabozos.

Era responsable directo de haber privado de libertad a un buen puñado de seres humanos. Unos con pruebas suficientes, otro con sospechas razonablemente probadas y un último con meras suposiciones.

Tal era su capacidad.

Y su responsabilidad.

—Hay que engrasar un poco eso, ¿eh? —sugirió cuando, por fin, Cesáreo Santos logró abrir el portón.

—Sí, señor —respondió—. Hace días que lo ando diciendo.

—No es necesario que se quede, gracias —dijo cuando este le franqueó el paso.

El funcionario desapareció de su vista después de realizar un perezoso saludo marcial.

El tipógrafo esperaba expectante sentado en su camastro con un pestilente cigarrillo de pota en los labios. Con la nariz rota, tenía mala cara.

Se incorporó.

—¿Viene a sacarme de aquí?

—Me temo que no tengo ni tan buenas noticias ni semejante potestad. —Guasch comprobó en su expresión que el ánimo de Fábregas se derrumbaba—. Pero le aseguro que haré todo lo posible para conseguirlo.

—Eso y nada es lo mismo. Algo parecido me dijo la otra vez, pero aquí me tiene, sin saber qué me pasará. Además, acaba de admitir que no tiene capacidad para sacarme. ¿Qué quiere que le diga? No es usted muy bueno transmitiendo esperanza.

—Lo lamento.

—Yo más que usted, créame. —Levantó la barbilla—. ¿A qué debo su visita?

Guasch señaló el camastro y el otro hizo un gesto afirmativo.

Tomó asiento.

—Creo que no le pedí disculpas por romperle la nariz.

—Yo también creo que no lo hizo. Es más, le veía con ganas de partírmela otra vez.

—Lo siento —repitió—. Nunca había hecho nada parecido.

—Qué dudoso honor…

—Espero sacarlo de aquí cuanto antes.

—Ya… —Fábregas dio una nueva calada a su pestilente tabaco—. Yo también lo espero. Bueno, dígame a qué ha venido entonces.

—En nuestra anterior conversación me dio el nombre de la persona que gestionó una factoría negrera en Corisco.

—Francisco Vinent.

—La cuestión es que en cuanto me habló de Vinent y de su pasado como mongo ya nos olvidamos, o al menos yo, del resto de los marineros y navegantes que me estaba listando.

—Me acuerdo, sí.

—Necesito conocer la identidad de los demás tratantes.

—No sé si un marinero podría ser considerado como tal.

—Llámelos como quiera. Me refiero a otros hombres que hayan estado de algún modo metidos en el negocio. Me interesan capitanes y pilotos de embarcaciones, y también marineros que hayan podido ascender en el escalafón de mando y capitaneado una nave.

—No le puedo garantizar que fueran *mongos*, que es lo que me pareció que buscaba. No era sencillo llegar a ese nivel de responsabilidad o, también hay que decirlo, tener el estómago para llevar ese tipo de vida, aunque bien pensado, lo de los barcos era seguramente peor. Desde cualquier punto de vista.

—A estas alturas me da lo mismo que llevaran factorías o no. Me gustaría conocer sus identidades para decidir cómo proseguir. Quizá alguno de ellos pueda indicarme quién es Mongo Mô.

—No creo que colaboren con usted —dijo sin rodeos—. Hay pocos como los Vinent que reconozcan abiertamente haberse dedicado a

traficar con seres humanos. Lo habitual es que lo nieguen y renieguen de su pasado. Imagínese si además les pide que señalen a otro. Es muy difícil.

Guasch encogió los hombros y sacó los bártulos de escritura de su *senalló*.

No tenía más remedio que intentarlo.

—Y usted ¿cómo sabe todo esto? —preguntó Guasch.

—Un *conco* mío se dedicó también a traficar durante unos años —contestó sin ambages—. Recuerdo lo que hablaba con mi padre cuando paraba por casa entre viaje y viaje. Yo me escondía y les escuchaba hablar sobre todas aquellas aventuras fascinantes y truculentas…

—¿Y su tío está vivo para que le pueda…?

El tipógrafo negó con la cabeza.

—Se suicidó hace años.

Un final muy lógico.

—Dígame lo que sepa y yo ya veré cómo sigo.

Fábregas asintió y apoyó la espalda en el muro fresco de marés.

Inhaló profundo el pestilente cigarrillo de pota y la llama cobró vida ante sus ojos.

—Joan Sagrera, Joan Costa, Jaime Moysi, Pere Vanrell… —Contaba con los dedos a medida que los listaba, y entre uno y otro expelía humo por la nariz—. Joaquín Andricaín también, Toni Capó… Miquel Abella… Hum… Guillermo Forbes y Mari…

—Un momento —Guasch levantó la mano—. ¿Ha dicho Guillermo Forbes?

Fábregas asintió.

—¿Se refiere al profesor de inglés, el marido de la pianista?

—Me refiero a ese hombre, sí. También es profesor en el colegio de Álvarez. ¿Por qué se sorprende?

—Parecía una persona… Hum… no sé cómo llamarla…

—¿Ilustrada? ¿Inquieta? ¿Normal?

—Por ejemplo.

—En esta isla, doy por hecho de que ya se habrá dado cuenta, somos muchos los que sabemos leer y escribir, los que tocamos instrumentos, los que salimos en busca de aventuras y los que tenemos, más que un contacto superficial, fuertes vínculos con extranjeros e incluso vivimos periodos más o menos largos fuera de nuestras fronteras.

—Por supuesto que me he dado cuenta.

—Pues Guillermo o Guillem Forbes es uno de ellos. Vivió un tiempo en Gibraltar, es anglicano y miembro de Los Amigos de la Humanidad.

—¿También es masón? Esa es la logia de Tudurí de la Torre, ¿verdad?

—Por ahora no hay otra en toda la isla.

—Es posible que estos dos estén confabulados…

—Lo dudo: Francesc Tudurí de la Torre es un tipo con mucho empuje y grandes ideas, pero con una actitud tiránica que le genera muchas antipatías incluso entre los de su propio credo. Guillem Forbes no comulga mucho con él, sin ir más lejos.

—¿Entonces Forbes trabajaba como capitán de algún barco negrero?

Se escucharon ruidos y gritos desde el patio del claustro.

Una parte de su cerebro se preguntó por el origen de aquella algarabía, pero procuró no descentrarse en este punto de la conversación. Ya tendría tiempo de averiguarlo. Ahora debía aclarar todo lo relacionado con aquella sorprendente revelación.

¿Habría trabajado Guillermo Forbes con la familia de su amigo Andreu Orfila en el negocio esclavista y por eso ahora le ofrecía aquel trabajillo de profesor de inglés en contraprestación por los servicios brindados?

—Forbes era piloto. Él comandaba las naves, no las capitaneaba.

Guasch asintió.

Recordó a Forbes, un tipo gris de mirada huidiza, reservado y siempre a la sombra de su mujer, la virtuosa pianista y reconocida profesora de canto.

Oyó el ruido de pasos acelerados que se acercaban a su puerta.

Los obvió.

—Quizá llegó algún día a capitanear un barco.

—Por lo que sé, no fue así. Siempre iba de la mano del mismo hombre.

—¿Qué quiere decir?

—Que formaba equipo con otro, que era quien capitaneaba sus embarcaciones.

—¿Quién?

—Mariano Sintes, ¿lo conoce? Tiene participaciones en varias empresas, además de poseer distintos locales comerciales bien ubicados. Alguno cerca de la imprenta.

La puerta se abrió de repente y Guasch se volvió, abrumado, para encontrarse cara a cara con el subinspector de la policía de Ibiza Toni Riera.

—Guasch ¡por Dios! ¡No sabía dónde diablos estaba!

—¿Qué ocurre?

Riera lanzó a sus pies un *senalló* lleno a rebosar de papeles.

—Vamos, rápido, salgamos de aquí y vayamos a examinar esto. ¿Por qué me mira así? ¿Por qué no se mueve?

El subinspector recogió sus trastos, lo agarró del brazo y lo sacó casi a rastras de la celda ante la mirada imperturbable de Joan Fábregas.

El tipógrafo estaba curado de espanto.

Guillermo Forbes y Mariano Sintes. Mariano Sintes y Guillermo Forbes. Capitán y piloto de embarcaciones negreras. Hombres de confianza de los armadores que, desde sus cómodos despachos de Madrid, Barcelona, La Habana o Cádiz, financiaban aquellas operaciones clandestinas en las que unos barcos cargados de cadenas, grilletes y demás enseres de hierro zarpaban a la caza de pescados de ébano que luego revenderían a precios desorbitados en las provincias españolas del Caribe o, en caso de necesidad y asumiendo unos riesgos adicionales, en las costas estadounidenses.

Guasch meditaba sobre aquello mientras escuchaba a medias la rocambolesca aventura de Riera en la que se habían hecho con un sinfín de documentos privados de la familia Vinent sobre la gestión de su negocio africano.

El subinspector había atrancado por dentro la puerta de la sala de interrogatorios del claustro que ya habían hecho propia y ahora, sin dejar de cotorrear, cubría el escritorio con una montaña de papeles y cuadernos amarillentos cuidadosamente numerados.

—Señor Guasch —dijo Toni Petit—, ¿qué le sucede?

El subinspector y el crío lo miraban expectantes.

—¡No se ha enterado de nada de lo que le he contado! —lamentó Riera.

—Lo siento —se excusó Guasch, extendiendo las manos—. Sí que lo he escuchado.

—No sé yo…

Guasch se obligó a regresar al presente y centrarse en sus compañeros.

—Tomen asiento y pónganse cómodos —les pidió—. Voy a contarles un par de cosas que no se van a creer.

Y les narró con el máximo detalle el sorprendente encuentro con James Samba Williamson en la Golden Farm y la historia que el africano había compartido con él. Riera y su hijo hicieron alguna pregunta al principio para, después, escuchar la narración sin interrumpir.

—Y yo que lamentaba mi suerte… —masculló Toni Petit, cuando hubo terminado.

—Qué espanto —añadió Riera, con actitud derrotada.

Guasch les explicó a continuación todo lo relativo al caso que había hablado con el soldado: su búsqueda de Mongo Mô nada más poner el pie de nuevo en Maó y su convulso alojamiento en la casa de Mesquida.

—¿Así que el muerto es Samuel Brown? —preguntó el subinspector.

—Exacto.

—¿Entonces al llegar a casa, la noche del asesinato, oyó ruidos y se

escondió tras unos matorrales? ¿No salió en su ayuda?

—Dice que tuvo un mal presentimiento. Parecido al que le asaltó en la aldea cuando fue raptado junto a su familia. Aquella vez no le hizo caso. Esta vez sí, y estaba atenazado por un miedo atroz.

—¡Pero si ha matado un centenar de hombres en la guerra! —exclamó Riera.

—¡Los podía haber cogido por sorpresa! —añadió Toni Petit.

Guasch se encogió de hombros.

—Vuelvo a repetir lo del presentimiento, además no siempre se reacciona de modo racional. Ni siquiera un soldado. Ante determinadas situaciones es imposible prever cómo se actuará —respondió—. Yo no entro en esas cosas. La cuestión es que pensó que le buscaban a él y que ya nada podía hacer por Brown.

—Se equivocaba —matizó acertadamente Toni Petit—. Si hubiera sabido que todavía estaba vivo quizá le hubiera podido salvar.

—Es cierto —reconoció Guasch.

—¿Y no vio a los asesinos?

—Solo unas sombras.

Permanecieron un rato en silencio.

—Caray, Guasch —musitó Riera sarcástico—. ¿Y ya está? ¿No tiene más novedades?

—Pues sí, todavía queda alguna.

—¿Ah, sí?

Y expuso las revelaciones que acababa de hacerle Fábregas.

—¿Mariano Sintes, el padre de mi amigo Santiago?

—El mismo, Toni.

—Pero si nos invitó a cenar y era un señor normal.

—Tienes razón.

Guasch no supo qué responder ante aquel comentario inocente. ¿Qué era ser normal?

—¿Quiere decir que cualquiera de esos señores puede ser Mongo Mô?

—Algunos ya habrán fallecido. Tendremos que averiguar quiénes siguen con vida y residen aquí, en Menorca.

Riera asintió y fijó la mirada en los papeles que se desparramaban frente a él.

—Habrá también que ponerse con esto, ¿no?

—Ha hecho usted un buen trabajo, Riera. Enhorabuena.

Y, por fin, Guasch se fijó en los documentos: fajos de hojas sueltas y media docena de cuadernos con centenares de apuntes, tablas con datos de naturaleza variada y anotaciones sobre fechas, compras y cargas y, por supuesto, valores económicos. También un grueso diario de a bordo de Francisco Vinent que abarcaba varios años.

Iba a llevarles una eternidad comprenderlo todo, pero solo se le

ocurría una manera de lograr este tipo de cosas: comenzando.

—Intentemos establecer un orden cronológico —propuso.

—¿Qué significa eso? —preguntó Toni Petit.

—Por años, del más antiguo al más reciente.

Fue sencillo, porque Riera había volcado el contenido del archivador tal y como estaba guardado y apenas se había desordenado.

—¿En qué año se llevaron a Williamson a América? —preguntó el subinspector.

—Según mis cálculos, entre 1845 y 1850. Si tuviera que afinar más, me centraría en la segunda mitad, a partir de 1848.

—Empecemos por ahí, entonces.

Y procedieron.

Como advirtió Riera, y él mismo pudo comprobar a simple vista, las anotaciones estaban escritas de manera muy esquemática, a menudo con siglas o simples iniciales.

—Perdón —dijo Toni Petit mientras hojeaba un cuaderno—, pero no sé qué buscar.

—Intentemos encontrar la población, la región o el clan al que pertenece Samba, el nombre del barco en el que los cargaron y su destino. No sabemos si los armadores son los propios Vinent y si, de serlo, hay aquí algún registro sobre el mismo.

—Estos papeles son solo de la factoría de Corisco —recordó Riera—. Hay docenas de archivadores en esos estantes, ya sabe, por lo que imagino que el transporte negrero lo tendrán guardado en otra carpeta.

—Tiene razón. Centrémonos en lo que tenemos aquí y dejemos de hacer cábalas.

Guasch y sus compañeros se sumergieron en aquella información confusa de otra época y otro mundo con la sensación de que esas palabras de caligrafía comprimida habían sido escritas por el mismísimo Satanás con sangre en lugar de tinta.

Perdieron la noción del tiempo.

Compartían las dudas para, lentamente, ir resolviendo algunas hasta que llegó un momento en el que la letra cada vez más familiar de Francisco Vinent anotó un nombre conocido: Iyanga.

El clan de Samba.

Según las anotaciones, el 12 de septiembre de 1848 Francisco Vinent compró treinta y dos cautivos de ese clan a un tal Ekom Ndobe. La nota rezaba así:

> Pagado a Ekom Ndobe en la playa de Mbidi: 4500 pesos fuertes en plata sellada y géneros por valor de 2850. Satisfecho.

Acto seguido se incluía una tabla con una descripción de cada uno

de los cautivos adquiridos entre los que Guasch encontró a Samba.

Constaba su nombre, Samba Iyanga. Edad aproximada quince años. Complexión fuerte y dentadura sana. Procedencia Kombe/Iyanga. En las observaciones hablaba de brazo firme, apto para faena en campo o almacén. Pagaron por él doscientos pesos de plata.

Guasch sintió que se le empañaban los ojos y que un par de lágrimas le resbalaban por las mejillas. No se molestó en secarlas. Una de ellas cayó sobre el papel, diluyendo las palabras sobre aquellos hombres de triste destino. Rápidamente, aturdido ante aquella falta de respeto, sacó el pañuelo del bolsillo y la secó.

Riera y Toni Petit lo miraban absortos.

—Lo encontré —susurró.

Samba y sus familiares fueron embarcados en la fragata La Constancia el 3 de octubre de 1848 después de pasar veintiún días en la factoría. Vinent ingresó por aquel pequeño negro nada más y nada menos que seiscientos pesos de plata. El armador respondía a las siglas GT y el capitán…

—Dios mío… —murmuró Guasch.

—¿Qué sucede? —Riera asomó por encima de su hombro—. ¿Lo ha encontrado?

Toni Petit estiró también el cuello.

Guasch señaló una anotación.

—Es el capitán del barco, quien lo llevó hasta Cuba, pero que en último término, huyendo de la flota inglesa, se desvió a la costa sur de Estados Unidos para acabar vendiendo su carga en Nueva Orleans.

—¿Qué pone? —preguntó el niño, que veía el texto del revés.

—Capitán: Mariano Sintes.

—¿Él es Mongo Mô?

Se hizo un nuevo silencio.

Guasch sintió que se le secaba la garganta.

—Así es, subinspector: Mariano Sintes es nuestro misterioso Mongo Mô.

24

Encinta

Cuando Guasch salió a la plaça del Carme en compañía de sus hombres fue consciente de que había pasado mucho tiempo en el claustro y que a aquella hora de la tarde las calles eran una auténtica fiesta. Los mahoneses habían sacado sus mejores galas para dar la bienvenida al Solferino que, a media tarde, haría su entrada en el puerto de Maó. El gran día había llegado y la expectación era máxima entre los mahoneses por admirar de cerca aquel prodigio de la ingeniería naval. Los chiquillos lamían sus helados con lengüetazos apasionados; las mujeres cuchicheaban con los brazos entrelazados y los caballeros analizaban las virtudes que se le presuponían al barco y discutían sobre el futuro de la armada española que, en opinión unánime, debía adaptarse rápidamente a la nueva realidad armamentística.

Guasch había organizado un contingente reducido: Febrer, tres guardias, el subinspector Riera y él mismo. Nadie más. No quería sorpresas, pero tampoco llamar demasiado la atención y espantar a su presa, Mariano Sintes. Mongo Mô debía caer en sus redes sin montar un espectáculo circense.

Sabía que el antiguo navegante y esclavista, inversor y presunto asesino de Samuel Brown, no esperaba su detención. ¿Por qué temerla si hasta ahora estaban perdidos?

Subieron por Portal del Mar, cruzaron el Pla de la Parròquia y se encaminaron hacia la calle de Isabel II esquivando grupos y procurando en la medida de los posible pasar desapercibidos. Cuando se acercaban a la vivienda de Sintes, Guasch ordenó a Febrer que esperaran a cierta distancia, insistiendo una vez más en la importancia de mantener la discreción.

Guasch y Riera caminaron solos el último tramo y tocaron a la puerta.

—Sintes está en casa —auguró el subinspector.

—¿Por qué está tan seguro?

—Porque desde su terraza la llegada del Solferino se verá fenomenal.

La puerta se abrió y una criada los condujo ante la esposa de Mariano Sintes, que estaba acompañada por un nutrido grupo de amigas. La anfitriona los informó, rompiendo los pronósticos de Riera, de que su marido estaba ausente.

—Está con los accionistas de La Industria Mahonesa —dijo ante los gestos de aprobación de sus compañeras.

Vestían ropas confeccionadas con paños finos. Eran amables y educadas. Pertenecían a diferentes estratos de edad, pero al mismo nivel económico y social: acomodado. Guasch supuso que el resto de los maridos de las allí presentes aglutinarían un buen número de acciones de tan magna empresa.

Después de agradecer debidamente a las señoras su atención y de rechazar su ofrecimiento de compartir con ellas la llegada del buque, salieron por la puerta rumbo a Cala Figuera.

—¿Estará la esposa al corriente de las andanzas esclavistas de su marido? —se preguntó Riera, que meditaba en voz alta—. Y de las cosas que les hacía a las esclavas que transportaba…

—A saber cómo era su vida antes de aquello —dijo Guasch.

—Una cosa muy respetable es sacarse un dinero para sobrevivir, y otra dar un trato inhumano a otras personas de manera innecesaria. Es increíble.

El subinspector empleó un tono cortante.

—Riera, a mí no tiene que convencerme.

—Parecía que lo justificaba.

—Nada más lejos de la realidad.

—¿Y lo sabrá Santiago, su hijo? Es un joven atento y encantador. Lo siento por él.

—Apuesto a que no.

—Yo también. ¿Para qué querría sino matar a Williamson? ¿Qué tenía que perder?

—Estatus, imagen de respetabilidad o, incluso, la vida. No olvide que Samba buscaba venganza, y supongo que Sintes lo sabía.

Regresaron por el mismo camino y descendieron a Baixamar por la Costa de l'Abundància, que se había convertido en un río humano que se movía en ambas direcciones. Un grupo de chiquillos jugaba entre chanzas y risas frente a la ermita de Sant Pere. No le costó distinguir al cabecilla por las miradas de respeto que le dirigía el resto. Con los adultos sucedía otro tanto, y lo mismo debía ocurrir en la tripulación de una embarcación, quizá de manera más acentuada, dada la dependencia de los marineros de su líder para, y nunca mejor dicho, llegar a buen puerto sanos y salvos.

También en un barco negrero con su capitán.

Vieron a muchos mahoneses que embarcaban en sus *llaüts* de diferentes tamaños y se adentraban en las aguas agitadas del puerto para recibir al Solferino desde el mar y admirar su estampa de cerca. Otros se habían encaramado en los muretes de las *tanques* del muelle. Los comerciantes avispados aprovechaban la riada de gente para mostrar sus productos e intentar hacer caja.

La explanada de Cala Figuera estaba abarrotada, y la chimenea de la fábrica continuaba escupiendo un humo negro que la tramontana empujaba hacia el sur. Al parecer, los proletarios del textil no merecían disfrutar del espectáculo del puerto.

Siguieron la táctica anterior y Guasch entró en el vestíbulo en compañía de Riera mientras los guardias esperaban apostados en el exterior.

—Lo lamento, caballero —informó el recepcionista con expresión de pesar—, los señores accionistas han organizado una salida en barco para disfrutar del espectáculo desde el puerto.

La expresión de Guasch debió evidenciar su decepción.

—¿Es muy urgente? —siguió el hombre—. Si lo desea, puedo darle un recado al señor Sintes a su vuelta.

Guasch se lo agradeció, pero se negó y se reunió de urgencia con su equipo.

—¿Subimos a una nave y vamos a detenerlo? —preguntó Riera, ansioso.

El subinspector tuvo que elevar el tono para imponerse al alboroto.

—No creo que valga la pena —respondió Guasch—. Le esperaremos en tierra y lo detendremos a su regreso. No tenemos más remedio que ser pacientes.

—Si algo no tengo ahora mismo es paciencia —masculló el subinspector.

Guasch organizó el grupo que dejó a cargo de un cabo para que detuvieran a Sintes apenas pusiera el pie en el muelle. Le importaba poco que lo hicieran frente al resto de los accionistas. Era lo menos que se merecía.

Regresaban a la ciudad por una de las *costes* cuando Guasch escuchó que alguien vociferaba su nombre a gritos. En lo alto, en Maó, distinguió a un hombre uniformado que gesticulaba entre las cabezas de los civiles para hacerse ver.

—¿Ese no es Parra? —inquirió Febrer.

El de Guijuelo desapareció de su vista entre la multitud para presentarte ante ellos en un abrir y cerrar de ojos. Llevaba la frente perlada de sudor y los ojos brillantes del cazador que ha capturado una buena presa.

—¿Qué sucede? —preguntó el capitán.

—¡Lo tenemos!

—¿A quién, Parra?

El cabo esbozó una amplia sonrisa.

—Al hombre que recibió la cuchillada en la pierna de Joan Riera cuando perseguía a Carlos María. Hemos encontrado a nuestro cojo.

El cabo Fulgencio Parra guio a Guasch y al resto de los hombres

escaleras arriba, cruzó la sala a grandes zancadas, ignorando al resto de los convalecientes, y se detuvo frente a un camastro arrinconado que custodiaba un guardia de aspecto amodorrado. En el jergón se sentaba con la espalda apoyada en la pared un hombre de mediana edad y gesto afectado que parecía un cordero a la espera de ser degollado.

Se encontraban en la segunda planta del Hospital de Caridad, en Cos de Gràcia, un edificio que, saltaba a la vista, necesitaba de una importante y urgente remodelación.

El ayuntamiento andaría escaso de recursos.

—¿Y cómo puede ser que este hombre aparezca hoy en el hospital civil de la ciudad si ya hace un tiempo que di la orden de buscarlo? —había preguntado Guasch de camino—. Deberíamos haberlo encontrado al momento.

—Porque no ingresó en el hospital hasta ayer por la tarde.

—Pero si hace casi tres semanas desde la cuchillada de Joan…

—La herida no se le terminaba de curar con los remedios caseros que estaba empleando. Esperó todo lo que pudo para venir.

Guasch se situó frente al convaleciente.

—Buenas tardes, ¿cómo va?

—Estoy vivo y no ha sido necesario amputar la pierna, ¿qué podría ir mejor?

—¿Está siendo sarcástico? —preguntó Riera.

—Sospecho que sí —respondió Guasch, que agarró una silla y se sentó a horcajadas.

Señaló la pierna.

—¿Podemos verlo?

—¿No prefieren ir a recibir el barco de hierro que viene al puerto?

—Se lo ruego…

A regañadientes, apartó la sábana que le cubría de cintura para abajo y dejó a la vista un muslo cubierto por un vendaje con manchas color carmesí.

—Quiero ver la herida —insistió Guasch.

—Esto no es un espectáculo —respondió el paciente, volviendo a cubrirse la pierna.

Guasch suspiró.

—¿Cómo se llama? —preguntó.

—Tomeu.

El hombre hablaba con un marcado acento mallorquín.

—Muy bien, Tomeu. ¿Está seguro de que mantener una actitud beligerante es lo más conveniente para usted? Si me permite una sugerencia, está muy equivocado.

El otro le mantuvo la mirada un instante antes de destaparse la pierna y, con los dientes apretados, quitarse la venda hasta dejarla a la

vista. La herida era terrible. Estaba cosida de manera poco profesional. No había secado bien ni cicatrizado, quizá porque era demasiado profunda —Eso está muy feo —admitió Guasch.

—¿Me lo dice o me lo cuenta?

—¿Cómo se la ha hecho?

—Un tipo me asaltó una noche, sin venir a cuento, y me hirió.

—Hace casi tres semanas, ¿verdad?

Tomeu hizo un gesto afirmativo.

—¿Y por qué no vino antes al hospital o lo denunció? —preguntó Riera.

Fue Guasch quien expuso los hechos.

—Usted y otro hombre siguieron a Carlos María de Campos la noche de su desaparición cuando salió de una taberna de Es Barrio. Él se dio cuenta y trató de escapar. En su huida se encontró con Joan Riera, un tipo con el que había coincidido en una timba de *munti* y que se avino a socorrerlo. Cuando se encontraron con ellos, usted iba delante y fue cuando recibió esta puñalada brutal, ¿me equivoco?

En ocasiones, el silencio es la más estruendosa de respuesta afirmativa.

—¿Por qué le seguían? —preguntó Febrer—. ¿Quién se lo ordenó?

—Vamos, Tomeu —dijo Parra—. Antes con nosotros estaba más parlanchín, ¿qué le sucede? ¿Ya no piensa en su mujer y en sus críos?

Guasch estuvo tentado de pedir una aclaración, pero se limitó a observar al convaleciente y a esperar a que este comenzara su relato. El cabo había hecho un buen trabajo previo de zapa.

—El catalán —empezó— embarcó en el mismo barco que Carlos María en Barcelona. Al principio se limitó a seguir sus pasos para enterarse de lo que hacía. Contactó conmigo un buen día para que le diera relevos en la vigilancia y deduje que había enviado un cable a alguien y que estaba a la espera de instrucciones. Cuando las órdenes llegaron fueron claras: teníamos que retenerlo con discreción hasta que él llegara.

—¿Quién es *él*? —preguntó Riera.

—No tengo la menor idea.

—¿Y cómo se llama el catalán?

—Nunca lo he sabido. Siempre le he llamado *català* a secas.

—Prosiga, por favor —rogó Guasch.

—Eso fue lo que teníamos previsto hacer la noche que fuimos a por él y que tan bien ha narrado usted. No esperábamos que Carlos María se diera cuenta de que le seguíamos, por descontado, ni mucho menos encontrar una resistencia armada tan feroz.

—No espere otra cosa de un ibicenco —farfulló Febrer.

Riera, hinchado de orgullo, no entró al trapo.

—¿Qué puede contarnos del catalán? —se interesó Guasch—.

¿Cómo se conocieron?

—Me encargó algún trabajo tiempo atrás. Sabe dónde encontrarme. Paga bien y es discreto.

Guasch le hizo un gesto para que siguiera.

—Es un tipo reservado. Desconozco dónde se alojaba, si es que lo hacía en algún sitio. El *català* es como una sombra. Siempre he pensado que es un soldado retirado. No es joven, ni tampoco demasiado viejo, y logra pasar desapercibido.

—¡Pero si Carlos María borracho y yendo de putas lo descubrió al momento!

Guasch levantó un dedo de advertencia al subinspector, que se encogió de hombros.

—¿Dónde podemos encontrarlo? —preguntó Febrer.

—Se marchó —Tomeu negó con la cabeza—. Me pagó el doble de lo que acordamos por hacer el trabajo, se aseguró de que me curaran la herida en casa y regresó a Barcelona al poco de conocer la desaparición de Carlos María.

—Seguramente tendremos algún modo de averiguar su identidad —auguró Parra.

—Viendo el perfil, lo normal es que viajara con documentos falsos —apuntó Febrer.

Los guardias siguieron debatiendo sobre el mejor modo de descubrir quién era aquel soldado desconocido.

Guasch desempolvó sus teorías conspiratorias: el catalán había viajado en el mismo barco que Carlos María, a lo mejor le seguía desde Madrid o, quizá, lo identificó en el mismo puerto de Barcelona. Envió un cable al llegar a Menorca y esperó órdenes. Cuando las recibió, fueron a por Carlos María y en ese momento es cuando él desapareció. Eso permitía dar continuidad a su suposición de que todo giraba en torno a la sublevación del cuartel de San Gil y al resto de los alzamientos y ataques que los progresistas, en cualquiera de sus variantes, dirigían contra la monarquía de Isabel II y sus satélites. Y Carlos Marfori era sin lugar a dudas uno de los personajes más significativos que orbitaban alrededor de la magna figura real, un elemento apetitoso con el que intimidar, debilitar o chantajear en pos de un objetivo mayor.

El amante de la reina parecía no ir desencaminado cuando ponía el punto de mira en sus rivales políticos, si bien ese telegrama parecía eximir de responsabilidades a Tudurí de la Torre y al resto de los cabecillas locales. El entramado parecía moverse a un nivel superior.

Aunque, bien pensado, ¿y si…?

Guasch se puso en pie y se alisó el cabello con las manos mientras meditaba sobre aquella nueva hipótesis.

—Sea sincero, Tomeu —dijo—, con lo poco que asegura conocer de

él y sabiendo los trabajos que este le encargó con anterioridad, ¿sería capaz de valorar si la ideología del catalán es muy progresista o muy conservadora?

—Lleva al cuello una medalla de la Virgen del Pilar, no falta a misa de domingo y habla de la reina con veneración. Yo diría que es muy conservador, señor. Mucho.

La casa de Andreu era un hervidero de actividad. Las criadas ultimaban los preparativos en el comedor y en el salón distribuyendo sillas y mesas para que los invitados pudieran moverse cómodamente sin tropezar; dos mozos desplazaban el piano hasta el lugar indicado por la profesora de Lissie, vestida para la ocasión, y desde la cocina llegaba el ruido de cacharros, voces y el aroma de los manjares que se preparaban para la cena.

Guasch preguntó a una de las empleadas si algún guardia había pasado a buscarlo. Respondieron que no, lo que significaba que Mariano Sintes, Mongo Mô, todavía no había sido capturado.

Cruzó el vestíbulo y atravesó la planta baja sin prestar mayor atención al guirigay que se desplegaba a su alrededor. Riera se había adelantado y estaría ya en sus aposentos, acompañado por Toni Petit.

No vio ni rastro del anfitrión ni del resto de su familia, y supuso que estarían preparándose para la velada. Lo mismo que Lucía, que se encontraba en su habitación y se acicalaba para la fiesta. Cuando lo vio entrar en el dormitorio supo que Guasch traía novedades importantes.

Siempre le costaba poco o nada comprender su estado de ánimo.

Y Guasch se lo contó todo: que Mariano Sintes, el respetado inversor capitalista, era Mongo Mô, el esclavista despiadado y asesino de Samuel Brown, y que Guillermo Forbes, el esposo de la profesora de canto, había sido su lugarteniente en tan despreciables actividades; que tenía a varios hombres esperando a Sintes en el puerto para detenerlo apenas pisara el muelle y, finalmente, que habían dado con una de las sombras, los hombres que perseguían a Carlos María la noche de su desaparición.

—Esto corrobora la versión de Joan, el hermano de Riera, ¿no?

—Reconozco que hoy parece más inocente que ayer —convino Guasch mientras entraba en la bañera.

Mientras se refrescaba y se secaba le explicó la información que había desvelado el tal Tomeu y su nueva interpretación de la huida de Carlos María. Su esposa le escuchó con la atención habitual mientras le miraba con descaro. Algo también habitual cuando estaban juntos y uno de los dos, desnudo.

Se dijo que no quería dejarla regresar sola a París.

Eso no iba a pasar.

Se buscaron sin necesidad de decir nada. Se encontraron e hicieron el amor con urgencia y pasión, sin importarles la piel húmeda de él o el sofisticado peinado que se había preparado ella.

Y Guasch se sorprendió una vez más de la incomprensible capacidad del ser humano para dejarse llevar por los instintos más básicos en unos momentos en los que deberían estar sumidos en la indignación y la pena, en el dolor por la injusticia y el sufrimiento ajeno.

—¿Y qué has pensado hacer? —preguntó Lucía sin dejar de abrazarle.

—¿Con respecto a qué?

—A lo que has deducido a raíz de las explicaciones de Tomeu.

Guasch compartió con ella la idea que germinaba en su mente y que su mujer se encargó de mejorar. Porque, como solía, ella estaba de vuelta cuando él todavía cavilaba qué dirección tomar. La miraba, dejándose contagiar por su entusiasmo, mientras escuchaba su propuesta de revisar algo que él había pasado por alto y lo intentaba convencer de la viabilidad de ejecutarlo de manera inmediata.

Solo les llevaría un momento y no entrañaba riesgo alguno.

¿Por qué no intentarlo?

Terminaron de prepararse con rapidez y se lanzaron escaleras abajo a la calle cuando los primeros invitados empezaban a llegar.

La luz dorada del sol de poniente alumbró el breve trayecto que les separaba del claustro del Carmen. La tramontana seguía apretando y molestando a los profanos como ellos, poco familiarizados con el furor del viento norteño. Las inclemencias del tiempo, sin embargo, no hacían mella en los mahoneses, eufóricos tras la memorable experiencia de aquella tarde con la llegada del Solferino, que había podido acceder por la bocana del puerto pese a la ventolera. Todos los comentarios giraban en torno al acorazado, la orquesta con la que, desde cubierta, los franceses amenizaron su llegada o el cortejo de barcos y *llauts* que lo había escoltado en su entrada y hasta su amarre en el Moll de Llevant.

Guasch sentía que iban a contracorriente.

Accedieron al claustro y pidieron al sempiterno Santos, el hombre que nunca descansaba, la caja que contenía los folios en blanco, los periódicos y el resto de los objetos de Carlos María que habían recogido en el apartamento de Francina Ferragut. El carcelero los acompañó a la celda en cuestión, encendió un par de lámparas y los dejó a solas para regresar a la entrada a continuar con su anodina vigilancia.

Los presos permanecían en silencio, aburridos en sus solitarios cubículos de marés.

—Vamos a ver si encontramos algún artículo subrayado o alguna anotación entre las hojas y los periódicos.

—Yo solo ojeé por encima un par de diarios, no recuerdo cuáles.

Dejaron las cuartillas a un lado y se repartieron la prensa, que empezaron a repasar.

Columna por columna, artículo por artículo, palabra por palabra.

El primero de Guasch no tenía nada apuntado, tan solo las palabras articuladas por el tipógrafo falsificador, que seguía encerrado un par de celdas más allá.

Tampoco el segundo periódico tenía nota alguna.

Ni ninguno de los demás.

Lucía no tuvo mejor suerte.

Se miraron.

—No nos ha llevado tanto tiempo y valía la pena intentarlo, ¿no? —dijo ella.

Guasch miraba el puñado de hojas vacías.

Agarró una y la observó con curiosidad. Era fina y de un color blanco imperfecto.

Muy fina.

La olisqueó y la colocó cerca de la lámpara para examinarla a contraluz.

—¿Miras si han escrito algo con zumo de limón, como cuando éramos niños?

—A estas alturas, me puedo esperar cualquier cosa.

Guasch dejó aquel pedazo de papel y probó con el siguiente.

Lucía siguió su ejemplo.

Cuando apenas quedaba una cuartilla sobre la mesa, Guasch hizo una observación.

—Aquí se ven unas marquitas de tinta, ¿ves? —Las señaló con el dedo—. Carlos María debió colocar esta hoja debajo de otra en la que escribiría una misiva.

Lucía se acercó para comprobarlo e hizo un gesto que le daba la razón.

No eran líneas con un trazo concreto, sino de una serie de puntos más o menos concentrados en la parte superior de la cuartilla.

—¿Y si probamos de unirlos con una línea continua? —propuso Guasch.

—Las marcas más gruesas son aquellas en las que se ha detenido más tiempo —razonó Lucía.

Tenía sentido.

Llamó a Santos para que les procurara pluma y tintero.

Tardó poco en regresar.

Mientras Guasch empezaba con el ejercicio, Lucía comprobó el resto de los folios e informó de que había otro con los mismos puntitos, infinidad de ellos, repartidos por toda la superficie.

—Nos servirá menos —sentenció Guasch.

—¿Por qué?

—Porque en esta, las marcas están en la parte superior, que es donde suele estar…

—… el encabezamiento y el nombre del destinatario.

Guasch sonrió.

—*Touché, mon amour* —dijo, concentrado, mientras seguía con las pruebas en otro pedazo de papel—. ¿Con qué letra crees que empieza?

Sostenía la hoja de nuevo a contraluz.

Lucía asomó la nariz.

—¿Una ce… una te…? —probó—. No… ¿es una ele, quizá? ¡Una ele!

Guasch hizo un gesto afirmativo y, acto seguido, la prueba correspondiente.

—Puede ser —convino—. ¿Reconoces alguna otra? Diría que esto es una de…

Lucía asintió y Guasch escribió un apellido que tuviera la misma extensión que las marcas con las que lo comparaban y se lo tendió a su mujer para que hiciera la comparación.

Puso una hoja sobre la otra para después desplazarla ligeramente hacia abajo.

Los puntos se escondían por completo bajo el texto recién escrito.

—Encajan —reconoció Lucía—. Me atrevería a decir que demasiado para que sea casualidad.

Guasch recuperó el pedazo de papel y lo leyó en voz alta:

—¿Ládico? ¿Señor Ládico? —hizo una mueca—. ¿Qué pinta el vicecónsul de Estados Unidos en la trama de Carlos María?

De regreso a la fiesta pudieron comprobar que habían llegado la mayoría de los asistentes, entre los que Guasch distinguió varias caras conocidas: la del subgobernador civil, acompañado de su atildada esposa, o Thomas H. Eastman, comandante del USS Constitution, junto con un puñado de oficiales que departían amigablemente con Sara. La menorquina lucía un entallado vestido de muselina color marfil que era evidente que hacía las delicias de los estadounidenses. Guasch y Lucía se acercaron a saludar a don Agustín y a su esposa, que enseguida congenió con la suya y se pusieron a charlar. El político le hizo un gesto a Guasch y se retiraron a una esquina en la que un criado envarado servía bebidas a los invitados más sedientos.

—Andreu sabe organizar buenas fiestas —alabó don Agustín.

—¡Qué menos! —respondió Guasch, sin apartar la mirada de la puerta del salón—. No todos los días se cumplen treinta y dos años. Por cierto, ¿sabe si vendrán los señores Ládico y Marfori?

—Raro sería si no lo hicieran, están invitados los prohombres más notables de la ciudad. —El subgobernador no se demoró más para

entrar en materia—. ¿Cómo van sus investigaciones?

Guasch valoró rápidamente su respuesta. Le convenía ser impreciso, no era el momento de revelar demasiado, y menos aún sin haber despejado ciertas dudas.

—Avanzando poco a poco.

—¿No tiene novedades?

Guasch compartió con el mandamás una versión edulcorada y moderadamente pesimista de la realidad y, para terminar, trató de sacar algo en claro de la conversación.

—¿Qué puede contarme de don Teodoro?

—¿Ládico? Es un hombre muy competente y de una inestimable valía para la comunidad desde cualquier punto de vista. Le auguro un futuro brillante más allá de las fronteras de esta isla. —Bajó el tono de voz—. Imagino que estará al corriente, porque él tampoco lo oculta, de que defiende los valores de la república y, entre usted y yo, tal como está el clima político, no sería en absoluto descabellado pensar que los de su línea acaben por conseguir lo que se proponen.

Guasch recordó la declaración de Tomeu, la *sombra herida* por Joan Riera durante la persecución en la que, según el catalán, alguien, *él*, tenía que venir a la isla para encontrarse con Carlos María y con ellos. ¿Quién era ese hombre?

—¿Lo considera capaz de saltarse la legalidad en pos de sus ideales?

El subgobernador empezó a negar con la cabeza antes de detenerse.

—¿Qué sucede? No pondría usted la mano en el fuego por nadie, ¿verdad? —razonó Guasch—. Ni siquiera por alguien en apariencia tan cabal.

—Posee usted artes adivinatorias.

—¿Cree que Ládico saldría beneficiado con la instauración de un nuevo régimen?

Don Agustín dio un sorbo a su copa.

No necesitó meditar demasiado la respuesta.

—Sin duda.

Guasch reparó en que Thomas H. Eastman le observaba de manera furtiva e imaginó que, en breve, se desgajaría de su grupo y se acercaría para preguntarle en qué punto se encontraba de sus pesquisas.

Decidió que seguiría manteniendo en secreto el descubrimiento de Williamson.

De repente, la atmósfera se agitó, las conversaciones se atemperaron y las miradas confluyeron en la entrada del gran salón. El siempre serio don Carlos Marfori y un más desenvuelto Francisco Vinent prestigiaron el acto con su presencia, seguidos, como no podía ser de otra manera, por los dos armarios roperos del favorito. El Mandíbulas y el Ceras escrutaban con profesionalidad a un lado y a otro en busca

de posibles peligros.

Guasch dudaba de que existieran amenazas de peso más allá de alguna señora demasiado efusiva que manchara a Marfori con su carmín o de algún caballero torpe que derramara licor sobre su regazo.

Se fijó en que Lucía lo observaba y que hacía un gesto afirmativo con la cabeza.

—Discúlpeme, don Agustín —dijo Guasch—, me ha surgido una urgencia.

Llegó hasta su esposa, la cogió del brazo y, esquivando a unos y a otros, lograron salir a la calle. Se dirigieron hacia el carrer de la Infanta y tras un rápido serpenteo se plantaron frente a la señorial vivienda de Francisco Vinent.

—No sé muy bien de qué forma podemos colarnos para… —empezó Guasch.

Lucía le dio un beso en los labios y tocó con los nudillos a la puerta.

—Estoy encinta, tengo sofocos y pedimos auxilio.

—¿Y luego?

—Improvisamos, esa es la base. No sé, pido un vaso de agua y me tumbo mientras tú haces como que vas a por un médico.

Mucho mejor y más sencillo de lo que él habría ideado jamás.

Y rápido. No tenían tiempo que perder.

El viento silbaba y removía el cabello de su esposa.

—Así que encinta, ¿eh? —musitó.

Oyeron unos pasos y Lucía se colocó junto a él, que al instante la rodeó con sus brazos para comenzar la actuación. La puerta se abrió cuando su esposa fingía perder el sentido.

—¡Por favor! —gritó Guasch a la mujer del servicio—. ¡Necesitamos ayuda! ¿Tiene un vaso de agua? ¡Mi esposa está en estado y se ha encontrado indispuesta!

La criada puso cara de espanto, pero enseguida se hizo cargo de la situación. Colocó el brazo de una desfallecida Lucía alrededor de su cuello y, con la ayuda de Guasch, la llevaron a la salita en la que le habían hecho esperar en su primera visita a Vinent.

Por suerte, la atribulada mujer no lo reconoció.

Tumbaban a la mujer en un canapé cuando una segunda doncella más joven, alarmada por el alboroto, entró en la habitación.

La situación se complicaba. Iban a tener que despistar a dos personas.

—A… agua, por favor —suplicó Lucía.

La joven sirvienta salió disparada a por el líquido elemento y Guasch aprovechó la ocasión de vérselas con una única rival.

—Señora, por favor ¿dónde puedo encontrar un médico?

—El Hospital de Caridad está bastante cerca de aquí.

—¿Le importa si voy en su busca mientras usted se hace cargo de mi esposa?

—Vaya usted tranquilo.

Guasch le lanzó bendiciones varias mientras se dirigía a la entrada. Abrió y cerró dando un portazo justo cuando Lucía emitía unas cacofonías que confió en que acapararan la atención de aquella alma caritativa.

Desanduvo sus pasos de puntillas, obviando el sentimiento de culpa, y se dirigió a la carrera escaleras arriba cuando un sonido de goznes daba a entender que la joven asistenta regresaba con la bebida requerida.

Llegó al rellano del primer piso con el corazón bombeando con fuerza.

La luz amarillenta de una farola se colaba con timidez por las rendijas de las contraventanas, transmitiendo al espacio un aire fantasmal.

Varias puertas se repartían a lo largo de un pasillo profundo. Confiaba en dar con la que quería en el poco tiempo de que disponía y esperaba también que esas bisagras estuvieran mejor engrasadas que las de la cocina.

No podía permitirse ningún ruido.

Fuera silbaba el viento, y ese ruido le daba cierta seguridad.

Probó con la primera maneta, que cedió.

El cuarto estaba a oscuras. Sacó el encendedor que se había procurado y, tras varios intentos, conteniendo la respiración, logró prender la mecha. La llama envolvió un breve espacio a su alrededor.

Guasch tardó poco en comprobar que aquella habitación estaba desocupada.

Igual que las dos siguientes.

La cosa cambió en la cuarta. Un baúl grande colocado en un rincón; documentos, periódicos y papeles varios repartidos sobre el escritorio; el armario entreabierto y varias camisas bien colgadas que asomaban. Sobre el escritorio resaltaba un retrato enmarcado con una imagen de Isabel II garabateado con unas palabras escritas con una caligrafía vulgar. Se confirmaban los rumores de que la reina tenía serias dificultades para escribir.

Sin duda eran las dependencias de Carlos Marfori que, además, tenían su olor.

Sacó su reloj de bolsillo y lo acercó a la lumbre. Disponía de unos minutos.

Afinó el oído pendiente de algún sonido procedente del pasillo exterior, que no captó.

Se aproximó al buró y apoyó el encendedor en el tablero superior.

Cogió la primera hoja que contenía anotaciones varias con un

listado de decisiones inmediatas que el recién nombrado y ausente gobernador de Madrid pensaba adoptar cuando volviera a tomar las riendas del gobierno de la capital. No le interesaron lo más mínimo.

Los destellos danzantes de la llama le permitieron identificar documentos singulares, como una carta dirigida al ministro de Gobernación, otra al todopoderoso presidente del Consejo de Ministros de España, don Ramón María Narváez, y una última, de un carácter mucho más íntimo y personal, escrita para las muy reales y tórridas pupilas de doña María Isabel Luisa de Borbón y Borbón.

Leyó un par de frases sueltas y sintió que se ruborizaba ante esas regias marranadas.

Devolvió las misivas a su lugar, revisó por encima el resto de los papeles que ocupaban el tablero y miró a su alrededor mientras, concentrado, tarareaba por lo bajo.

No era eso lo que esperaba encontrar.

Y sabía que tenía que estar allí.

A no ser que Marfori lo hubiera tirado, que lo dudaba.

Registró la papelera, pero no encontró nada más allá de los borradores descartados de la correspondencia anterior.

Examinó el armario y también el baúl.

Sabía que se le agotaba el tiempo y que en breve debía regresar. Lucía estaría agotando todo su repertorio onomatopéyico.

Entonces vio que la mesita de noche tenía un cajón e intuyó que su secreto se ocultaba en su interior.

Lo abrió y encontró papeles arrugados a medio escribir y una nota breve perfectamente legible con un mensaje que no dejaba lugar a dudas.

Tenía que bajar ya, se estaba demorando demasiado.

Pero quería leerlo, no se podía llevar aquellos documentos sin delatarse.

Y leyó, y leyó.

Y comprendió.

25

Celebración

No es sencillo aceptar que le han tomado el pelo a uno, y menos aún cuando el engaño lo orquesta quien se supone que debe guiarte por el camino de la verdad. Guasch le explicaba a Lucía, afortunadamente recuperada de los achaques de su *estado*, de regreso a la celebración de Anuncivay, el contenido de los documentos encontrados en la mesita de Marfori, entre los que se hallaba la nota de agradecimiento dejada por Carlos María a Francina Ferragut. El hallazgo confirmaba sus sospechas más recientes de que el favorito les había mentido desde el primer momento y que sus hombres, siguiendo sus órdenes, eran quienes habían perpetrado el saqueo en la vivienda de la desdichada prostituta.

Al cruzar el umbral de la casa de Andreu se dieron de bruces con Febrer.

—¿Dónde estaba? —preguntó el capitán.

—Realizando unas averiguaciones.

Lucía los dejó a solas y Guasch le contó, sin guardarse nada, lo descubierto con respecto a Marfori.

—*Déu meu!* Pero esto…

—Da un giro radical a la trama de Carlos María. ¿Ha llegado Ládico?

—Está ahí con los estadounidenses.

—¿Me acompaña, Febrer? Necesito un escudo para entretener al comandante mientras yo hago un aparte con don Teodoro.

—Cuente conmigo.

—¿Sabemos algo de Sintes?

—Sigo sin novedades.

—Esto no me gusta nada. El Solferino lleva un tiempo amarrado en el Moll de Llevant y dudo mucho que el barco de La Industria Mahonesa no haya regresado ya al muelle.

No comprendía por qué los guardias no habían detenido al antiguo tratante.

Un cuarteto improvisado había traído sus instrumentos de cuerda y tocaba una mazurca con brillantez. No mentían sobre la sensibilidad artística y, en general, la inquietud intelectual de los menorquines. Toni Petit y Lissie reían en un rincón, y según escuchó decir a unos invitados, en breve la americana empezaría su recital.

No había rastro de Guillermo Forbes.

Como imaginaba, Thomas H. Eastman se acercó por fin a ellos y el capitán Febrer se adelantó para atenderlo. Guasch aprovechó la maniobra para llevar al vicecónsul a un lateral en busca de un asiento. No lo encontraron y optaron por ir a la biblioteca, lejos del bullicio y, claramente, un lugar más apropiado para mantener una conversación pausada.

—¿Cómo se encuentra, Guasch? Si me lo permite, se le ve alterado.

—Hábleme de su relación con Carlos María de Campos.

¿Para qué andarse con rodeos?

El diplomático no alteró el gesto.

Un hombre de su calibre no podía cometer la estupidez de fingir sorpresa. En cambio, como era de esperar, mantuvo la compostura y se desenvolvió con la templanza que se le conocía.

—Desconozco qué le hace suponer que ese hombre y yo tengamos algún trato. No es así, nunca le he visto ni hablado con él.

—Si me lo permite, don Teodoro, ese es un excelente ejemplo de lo que es una verdad a medias. Verlo o hablar no lo sé, pero recibir cartas suyas me atrevería a decir que sí. Y que usted le haya respondido por escrito, seguramente también. En una de esas misivas, Carlos María le explicaba su papel durante la sublevación del cuartel de San Gil y sus vínculos, sorprendentes cuanto menos, con determinados líderes progresistas.

Ládico permaneció callado y le observó con atención.

Aquello animó a Guasch a exponer su teoría y observar la reacción de su interlocutor.

—Don Carlos Marfori es el favorito de la reina Isabel II y, por tanto, una persona particularmente poderosa e influyente en palacio. Hay quien opina que la que más. Podríamos decir sin temor a equivocarnos que hay pocas personas más interesadas que él en mantener el *status quo* y continuar haciendo y deshaciendo a su antojo a lo largo y ancho del territorio nacional. —Ládico asintió con prudencia. Todos sus poros destilaban cautela y moderación—. Esto nos podría hacer presuponer que su entorno personal, familiar en este caso, pensara del mismo modo para, de forma indirecta, seguir nutriéndose de esta ventajosa posición: capacidad de influencia sobre la monarca, información privilegiada, adjudicación de cualquier facultad pública, desvío de fondos, nepotismo y cualquier otro chanchullo imaginable e inimaginable. En definitiva, que todo es posible si se forma parte del núcleo duro que mueve los hilos de la nación, y todavía más si se está por encima del poder político que la rige. Pues bien, Carlos María, por idealismo, por rebeldía, por imprudencia o quién sabe por qué otro motivo, piensa diferente que su progenitor y sale de su abrazo protector en busca nada más y nada menos que de un cambio de gobierno o, más ambicioso todavía, de régimen. ¿Me he expresado con

claridad hasta ahora?

Ládico asintió con tibieza.

—Carlos María, repito que desconozco a través de qué cauces, forma parte de manera activa de la sublevación, hasta el punto de que, cuando esta se inicia, él se encuentra en el Palacio Real. Es factible, tiene la venia para moverse con cierta libertad. También su padre está allí, pues él mismo me dijo haber defendido a tiros a su Majestad desde una de las ventanas del edificio, y eso sí me lo creo. Sospecho que allí descubrió a su hijo tratando de ayudar a los insurgentes. —Meditó un instante antes de convencerse a sí mismo—. Sí, tiene sentido. Es posible que su función en ese episodio fuera permitir el acceso de los sublevados al palacio para que pudieran tomarlo. Desde luego, no era un papel menor. Al contrario, más bien diría que era vital para el éxito de la sublevación.

Los invitados prorrumpieron en vítores en el salón y Guasch aprovechó para hacer una pausa y aclararse la garganta. Una voz femenina se dirigió al público y, acto seguido, comenzó a sonar el piano.

—Como le decía, Marfori debió descubrir a su hijo —prosiguió—. Estoy seguro. Por eso, Carlos María, al convencerse de que el alzamiento no prosperaría, decidió huir y mandar sendos cables a Francisco Vinent y al señor De Olivar en Ciutadella anticipando su llegada y pidiendo alojamiento.

—No entiendo qué sentido tiene alojarse en casas de conocidos de su padre si lo que pretendía, según su ingeniosa teoría, era precisamente escapar de él.

—En los telegramas pedía máxima discreción. Desconozco el contacto que tendrían estos dos hombres con Marfori, pero me atrevería a aventurar que escaso. Además, si mi invitado me pidiera prudencia y discreción, lo último que yo haría sería ir a la oficina de telégrafos a enviar un telegrama a nadie, ni una carta si me apura, y esta, en cualquier caso, tardaría mucho tiempo en llegar a su destinatario, el suficiente para que Carlos María hubiese decidido el destino último al que escapar. ¿Y para qué escribir a nadie si no sospechas que suceda nada extraño?

—¿Cree usted que vino a Menorca con la idea de después pasar a otro lugar?

—Sí.

—¿Y por qué no se marchó nada más llegar?

—Quizá necesitaba un tiempo para organizarse o, tal vez, se relajó. Empezó a salir por la noche por Es Barrio y la vida disoluta le llevó a minimizar los acontecimientos de Madrid o a considerar que se encontraba suficientemente seguro aquí. Hasta que aparecieron dos perseguidores inesperados, y cuando estos fueron tras él para

retenerlo, supo que su padre le había descubierto y decidió ocultarse de manera definitiva. Para ello tuvo que apoyarse en un desconocido que de ningún modo podía ser relacionado con él ni con nadie de su círculo. Una persona escogida al azar. Si bien, un testigo inesperado les vio juntos y delató a Joan Riera, que terminó en prisión.

—Marfori tardó poco en llegar.

—Porque para él este embrollo tenía la máxima prioridad. Imagínese qué escándalo y qué vergüenza que uno de los instigadores de esta rebelión en contra de su amadísima reina fuera ni más ni menos que su hijastro. Debía dar con él como fuera y hacerle callar, evitar que la cosa fuera a más. ¡A saber la que podía todavía liar ese cabeza hueca!

—¿Qué cree que le llevó a apoyar a los progresistas? Según su teoría, claro.

—Coincidí un tiempo con Carlos María en la escuela de secundaria. Lo recuerdo muy echao p'alante, poco reflexivo y, en cierto modo, detrás de esa fachada de confianza y bravuconería, a mi modo de ver, un chico inseguro. Apuesto a que los progresistas vieron algo parecido y le convencieron de que para su padrastro era un cero a la izquierda, que ellos sí valoraban su talento y sus cualidades y que juntos lograrían grandes cosas y lucharían por un ideal mayor, más justo, más libre, más de todo.

—¿Eso cree?

—Es una idea. —Se encogió de hombros—. Quizá sea cierto que en el fondo era un idealista cansado de vivir en un estado corrupto y ultraconservador y, por mucho que él pudiera beneficiarse de manera indirecta de numerosas prebendas, soñaba con una España más ilustrada y mejor. Lo veo improbable, pero nunca se sabe. Tampoco lo conozco demasiado.

Lissie acabó su aria en la sala contigua y el público estalló de nuevo en aplausos.

Al momento empezó una segunda pieza.

—Una historia muy fantasiosa, señor Guasch —admitió Ládico—. Le felicito. ¿Y cómo encaja mi persona en toda esta ilusión?

—Carlos María le escribió una carta desde la casa de Francina Ferragut. ¿Por qué? Una explicación que se me ocurre es que le visitó en alguna de sus salidas nocturnas, usted no lo atendió por el motivo que fuera, quizá ni siquiera se encontraba usted en su casa, y él decidió explicarle en detalle toda esta historia, por escrito, para que le socorriera.

Ládico esbozó una sonrisa de condescendencia.

—Ajá… ¿y por qué acudiría Carlos María a mí?

—Porque usted es un reconocido republicano y es probable que tengan amigos o conocidos en común en Madrid. Y apeló a su

generosidad, a sus contactos, a su corazón o a su ideología para que le ayudara a escapar de esta situación. A huir a un lugar más seguro.

El vicecónsul se levantó y se colocó los puños de la camisa justo cuando alguien tocó a la puerta de la biblioteca con timidez.

Guasch se puso también en pie.

—Estoy en lo cierto, ¿verdad?

—Las cosas son lo que son, no lo que parecen, y mucho menos lo que uno fantasea.

—Llámelo como quiera, pero dígame que no me he equivocado.

Ládico iba a responder cuando la hoja de la puerta se entreabrió. Por la rendija asomó, de manera inesperada, media cabeza de Lucía.

—¡Por fin! —exclamó su esposa desde el umbral—. ¡Te he buscado por toda la casa!

—¿A mí? ¿Y por qué me…?

—Mariano Sintes ha llegado a la celebración.

Una nueva salva de aplausos inundó el salón de los Orfila mientras Lissie saludaba a su audiencia con expresión de satisfacción y unas bien ensayadas reverencias. El reconocimiento de tan entendido público era una prueba palpable de su indudable talento.

Lucía dio un beso rápido en la mejilla a Guasch y lo dejó en compañía de Febrer.

El capitán le esperaba junto a la puerta del salón con cara de concentración y sin apartar la vista de un grupo de elegantes caballeros que, en la zona de copas, charlaban con desenvoltura.

—Lo siento, no le había visto salir del salón —se excusó Febrer, haciendo un gesto con la cabeza en dirección al grupo.

—Ahí lo tiene, Mariano Sintes en compañía de Taltavull y del resto de los grandes accionistas.

—¿Y los guardias?

—Me gustaría entender cómo ha llegado ese hombre hasta aquí sin que el cabo lo haya detenido. Habrán desembarcado lejos de Cala Figuera, si no, no me lo explico. En cualquier caso, que haya venido a la fiesta significa que está tranquilo y que lo último que sospecha es que le buscamos.

—Eso seguro —convino Guasch, mirando a su alrededor—. ¿Y Riera? Por mucho que Sintes esté relajado, sería mejor que no fuéramos a por él usted y yo solos.

—Riera se ha marchado hace un momento.

—¿Perdón?

—Un ibicenco ha venido a buscarle desde Es Castell porque su cuñada iba a dar a luz.

—¿Justo ahora? ¿Lo dice en serio?

—Sí, ¿por qué?

Guasch suspiró.

—Hágame un favor, ¿quiere? Vaya al claustro y saque de su celda a Joan Riera. Búsquele una mula, un carro o lo que sea para que pueda llegar cuanto antes a su casa.

El capitán miró a Mariano Sintes, el asesino al que buscaban desesperadamente desde hacía días y, después, a Guasch.

—¿Está bromeando?

—No tengo a nadie más a quién pedírselo y es importante. Vaya y regrese cuanto antes, capitán. Y no tema por mí. Sé cuidarme solo.

Febrer negó con la cabeza.

—¿Y el juez? Sin su autorización no podemos…

—Asumo todas las consecuencias.

El capitán se lanzó hacia la entrada.

Marfori, del brazo del orgulloso anfitrión, había desempolvado su sonrisa más campechana y se comportaba con aparente naturalidad en el salón de aquella mansión que ya había hecho suya. El carisma le convertía en el polo de atracción y hacía que el resto de los elementos de la sala convergieran hacia él.

Como una estrella, todos los planetas orbitaban a su alrededor.

Guasch deambuló por la sala mientras esperaba el momento de atacar a su presa. Se fijó en que Lucía departía con Sara en un rincón. Se le hacía extraño verlas juntas, charlando en apariencia de forma amigable. Su maravillosa mujer y aquella tentación menorquina en la que había estado a punto de caer. Se alegraba de no haber cometido un error que no se hubiese perdonado jamás. Vio por el rabillo del ojo que el grupo de socios de La Industria Mahonesa se diseminaba. Ese era su momento. Se dirigía hacia ellos cuando interpretó, por las expresiones tensas de las dos mujeres, que la conversación no era tan amable como había imaginado. ¿Debía preocuparse también por eso? Mariano Sintes lo descubrió entre los invitados y se encaminó hacia él, abortando cualquier intento de aproximarse a las mujeres.

—¡Hombre, Guasch! —comentó risueño—. ¿Cómo se encuentra?

—Don Mariano, ¿tendría un momento para atenderme?

—Será un placer.

Aquel hombre no era consciente de nada. Guasch le hizo un gesto con la mano para que le siguiera y lo guio hasta la biblioteca en la que acababa de departir con don Teodoro Ládico. Tomó asiento en la misma butaca que antes, que todavía mantenía su calor.

El olor a códices antiguos lo envolvió y por un momento se imaginó sentado en su cómodo y tranquilo despacho de la capital en compañía de Lucía. En su casa. Alejado de muertos y de asesinos sin corazón.

—¿Cómo van sus pesquisas?

El tratante cruzó las piernas distendido. Se le veía relajado y seguro, como quien siente que está por encima del bien y del mal y que puede

disponer a su antojo de la vida de quienes le rodean.

—Estupendamente. Hemos desenmascarado al asesino de James Samba Williamson.

Mariano Sintes descruzó la pierna y se incorporó en la silla.

Enarcaba las cejas y su rostro mostraba una expresión de asombro que parecía sincera.

—Pero… ¡es una noticia excelente! —exclamó—. ¡Enhorabuena! ¿Y cuándo ha sido? No he oído nada al respecto.

—Normal, hace apenas un momento que hemos descubierto su identidad.

—Es asombroso, y ¿puedo preguntar quién es?

Era de justicia reconocer que el tipo sabía mantenerse en su papel.

Guasch sacó del bolsillo y lanzó sobre el regazo del menorquín la hoja con los dibujos de los sellos esclavistas que Samuel Brown tenía en el cuerpo y a los que había añadido los bocetos hechos por él mismo de los dos que lucía Samba en el suyo.

—¿Sabe qué es esto? —preguntó.

Mariano Sintes cogió la hoja y la examinó con cuidado.

—No tengo la menor idea.

—¿Qué le parece si nos dejamos de juegos, Sintes?

—¿Perdón?

—Sé que usted es, o era, Mongo Mô. Usted, Mariano Sintes. Usted, el capitán de la fragata negrera La Constancia, que el 3 de octubre de 1848 cargó, en la factoría de Francisco Vinent de Corisco, un par de centenares de esclavos entre los que se encontraban Samba Iyanga y varios familiares suyos. Usted abusó de ellos, en especial de su madre, mató a latigazos con sus propias manos al padre, y permitió que su hermano pequeño muriera en la bodega.

Calló.

La expresión afable y relajada de don Mariano Sintes era ahora fría, cortante.

—¿A qué viene esta perorata, Guasch? ¿Qué pretende decirme?

—Lo sabe bien. Usted es el responsable de la muerte de Williamson. ¿Por qué? Porque él le buscaba para ajustar cuentas, unas cuentas que eran muy claras: acabar con usted, asesinarle. Motivos no le faltaban. Llegó a sus oídos que preguntaba por Mongo Mô y usted decidió adelantarse a sus movimientos. La mejor defensa es un buen ataque.

—¡Lo está diciendo en serio! —resopló—. De verdad que por un momento he pensado que había encontrado al asesino de verdad. Está completamente perdido, ¿me oye? ¡Completamente!

—Es un ser despreciable, Sintes, pero a pesar de todo lo imaginaba más valiente o, al menos, capaz de asumir la responsabilidad de sus actos, por muy crueles y vergonzosos que estos hayan sido.

—Me está juzgando por mi pasado como capitán de barcos negreros,

Guasch, y lo puedo entender. Visto en perspectiva, desde la elegancia y la comodidad de este lugar —paseó la vista por las estanterías repletas de libros y pasó el dedo por el suave reposabrazos de la butaca—, parece increíble que alguien pueda hacer semejante trabajo, ¿verdad? Ya le digo que el Mariano Sintes que capitaneaba aquel bajel tiene poco que ver con el actual. No estuve nunca a cargo de ninguna factoría, yo era un marino y no sabía de esas cosas. Lo de Mongo Mô fue una especie de broma que me hizo aquella tripulación, duró ese trayecto y no tuvo más recorrido. De hecho, no había vuelto a oírlo hasta escuchárselo a usted…

—Eso no le exime de sus actos. ¡Abusó, violó, maltrató y asesinó!

—Era una realidad que usted desconoce…

—Se equivoca, Sintes, conozco muy bien la maldad humana, y usted es de lejos la peor persona con la que he tenido la desgracia de cruzarme jamás.

—¡Habla sin saber! —gritó—. ¿Me oye? ¡No tiene ni idea!

Guasch se permitió una sonrisa de desprecio.

—Es usted un asesino y me dan arcadas solo de mirarle a la cara. —Se puso en pie y le señaló con el dedo—. ¿Están al corriente su esposa y su hijo de sus correrías esclavistas, de los abusos a los que sometía a su carga, de que seguramente tiene usted una montaña de hijos mulatos esclavizados en las plantaciones de ultramar?

Sintes se levantó de la butaca y se abrochó la chaqueta.

—Ya he escuchado suficientes barbaridades por hoy.

Guasch lo agarró del brazo y el otro se liberó de un manotazo.

—Ni se le ocurra volver a ponerme la mano encima —masculló.

—Usted saldrá conmigo ahora mismo e iremos juntos a prisión, y de ahí, como no puede ser de otra manera, irá al cadalso. Me encargaré en persona de ajustarle el lazo alrededor del cuello.

Mariano Sintes se arregló el pelo con la mano y con el gesto recuperó el temple.

—Es usted un inepto, Guasch —gruñó—. Lo tenía por alguien capaz, pero ya veo que me equivocaba.

Guasch echó de menos a Febrer y a sus hombres. Al final, se vería en la obligación de reducirlo él solo.

—Acompáñeme.

—Escúcheme bien, porque será la primera y última que lo diga, a ver si así deja de decir sandeces de una puta vez. —Acercó su cara a la de Guasch—. Yo no maté a ese pedazo de caoba, ¿me entiende?

—He dicho que me…

—¡Y yo que se calle! —bramó antes de recuperar la templanza—. Se lo explicaré de una manera sencilla: cuando mataron al negro, yo no estaba en la isla. Es así de sencillo, y si va a decirme que pude encargar el trabajo a alguien, le responderé que cuando la fragata

estadounidense llegó a Port de Mô, yo ya hacía días que me encontraba fuera. Por negocios. En Barcelona. Hay decenas de testigos. Le pasaré mi agenda para que los entreviste uno por uno si lo desea. También puede preguntar a los meseros de Can Culleretes o del Set Portes para que le confirmen que comía allí con frecuencia. Regresé bastante después de la fecha en la que se supone que mataron a su africano, apenas un par de días antes de que mi hijo Santiago volviera en compañía de su colega y falso empleado, Riera. Todo esto hace que me pregunte, ¿por qué inexplicable motivo querría yo matar a alguien que ni sabía que me buscaba ni conocía de su existencia? ¿Me lo explica usted con alguna de sus brillantes deducciones?

Guasch empezó a dar una réplica vaga, pero sus palabras naufragaron por el camino.

—¿Me ha acusado de cometer un asesinato sin tan siquiera hacer una puñetera comprobación? —Soltó una carcajada burlona—. Vaya a Baixamar y consúltelo en la aduana, solo le llevará unos minutos.

—No voy a dejar que…

—¡Le he dicho que baje a consultarlo! —rugió Mariano Sintes con los ojos encendidos—. Áteme a esta silla si considera que tengo intención de escaparme. Esperaré aquí sentado a que haga su trabajo de una puta vez.

Una campanita sonó en el salón contiguo y una voz monótona anunció a los invitados que había llegado la hora de la cena.

—O mire, ¿sabe qué? —añadió—. Mejor le espero cenando, porque le confieso que tanta palabrería y tantas estupideces me han abierto, y mucho, el apetito. Buenas noches.

El accionista de La Industria Mahonesa se alisó la chaqueta y, sin esperar respuesta ni autorización, salió por la puerta, dejando a Guasch hundido en su propia incompetencia.

26

¿Qué se puede hacer cuando no hay nada que hacer?

No era la primera vez en los últimos tiempos que Guasch se despertaba con la sensación de haber sido derrotado. Tenía que empezar a asumir que los fracasos son algo habitual en la propia vida, y no solo en la de los demás.

Que él también era un perdedor.

Se volvió dispuesto a seguir durmiendo.

Carlos María, Marfori, Ládico, Mariano Sintes, Mongo Mô, Samuel Brown, Samba, James S. Williamson…

Al diablo con todos y cada uno de ellos.

Agarró la almohada y se cubrió la cabeza, como si así pudiera evitar que la sensación de culpa le siguiera atosigando. Estiró el brazo y palpó el lado izquierdo de la cama.

Estaba vacío.

—¿Me buscas? —Oyó que preguntaba Lucía desde algún lugar de la habitación.

Guasch retiró el cojín y elevó un párpado que parecía de plomo.

La cabeza le iba a estallar.

—¿Se puede saber qué sucedió anoche? —preguntó.

Lucía estaba sentada en una butaca con las piernas cruzadas. Miraba por la ventana que daba al patio. La cortina ligeramente descorrida. No tenía ningún libro en las manos, ni siquiera cerca, algo extraño en una devoradora de literatura como ella.

Se pasó la mano por las mejillas, se volvió y respondió.

—Podríamos decir que las cosas no salieron del modo que esperábamos —respondió.

Se levantó, se acercó a la cama, todavía en la penumbra, y tomó asiento junto a él.

Le apartó un mechón de pelo de la frente.

—Bonito eufemismo para decir que hice el ridículo delante del esclavista Mariano Sintes. Tendría que haberme ido a la cama justo después de sufrir la humillación. ¿Cuántas botellas de ron vacié a continuación? Perdí la cuenta.

Lucía le acariciaba la mejilla con la palma de la mano.

Olía a leche fresca, canela y limón.

—Hoy el sol ha vuelto a asomar por el horizonte, Marc. No importa

lo que sucediera ayer, un nuevo día te espera.

—Que me espere sentado entonces.

Su esposa no desparramó su risa cristalina y se limitó a esbozar una sonrisa distante.

La miró de reojo.

—¿Qué sucede, Lucía? ¿A qué vienen estos mensajes tan profundos? —Entonces cayó en la cuenta de algo—. Oye, ¿cómo fue el parto de la cuñada de Riera? ¿Llegó Joan a tiempo? ¿Sabes algo?

—Fue muy bien. Es una niña y, según el eufórico *conco* Toni Riera, preciosa. Me contó que Joan le pidió perdón a su mujer y se comprometió a ser, de ahora en adelante, el mejor marido y padre.

—Que así sea. —Al menos, una buena noticia—. Y a ti, ¿cómo te fue la fiesta anoche? No coincidimos demasiado.

—Bien, ¿por qué lo dices?

—Te vi hablando con Sara antes de que diera comienzo mi ópera bufa con Sintes.

—Ah, sí, qué observador —respondió—. Estuvimos charlando un rato.

—¿Y…? —Guasch se fijó mejor, ¿había llorado?—. Eh, ¿qué sucede?

Ella negó con la cabeza y abortó la caída de una nueva lágrima.

¿Qué estaba ocurriendo ahí? ¿Qué se había perdido?

La abrazó e hizo que se tumbara junto a él.

—Cuéntame qué te pasa, por favor. ¿Es algo que hablaste con Sara?

Lucía meditó un buen rato antes de decidirse.

—Reconozco que no quería contártelo, lo siento, pero no lo puedo asimilar y ahora ya no me puedo callar.

—No entiendo a qué te refieres, y admito que me estoy empezando a asustar.

Ella necesitó todavía un momento más.

—Intercambié con ella unas impresiones sobre el respeto a los matrimonios ajenos.

—¿Cómo? —Guasch se incorporó en un movimiento reflejo—. Pensaba que eso ya lo habíamos hablado y que era un capítulo cerrado.

—Ya ves que no.

—No te creo —suspiró, dejándose caer de nuevo—. Lucía, lo que sucedió entre Sara y yo no solo no fue culpa suya, sino que, en realidad, ¡fue una niñería, una estupidez! ¿No lo entiendes? No se lo puedes recriminar…

—Eso fue solo el principio, Marc. De hecho, me respondió con un discursito muy parecido a este tuyo y admito que me enfadé. Mucho. Todo lo que no sea nada ya es demasiado. Le recriminé la falsedad de su vida, tan cómoda, tan burguesa, tan impropia de alguien con los

valores que ella y su hermano dicen tener, tan socialmente comprometida con las mujeres, con los negros, con las causas perdidas, pero, en el fondo, viviendo de rentas gracias al dinero que en su día ganaron con el tráfico de esclavos.

Guasch sintió que no respiraba.

Lucía continuó con voz monótona y fría.

Quizá porque era la única manera de verbalizarlo.

—Ella también tenía algo que decir, y ya lo creo que lo dijo. Sé que después se arrepintió, y no porque yo no mereciera aquellas palabras, sino porque Sara no quería hacerte daño a ti. Ni ella ni Andreu querían. —Hizo una pausa para darse fuerzas—. Lo que estoy tratando de decirte es que tu padre estaba asociado con ellos en los negocios de la trata, y no solo eso, sino que fue él quien animó al suyo a introducirse en un comercio en el que llevaba años invirtiendo con unas rentabilidades sin sentido. Así lo dijo, con esas mismas palabras. Primero, con participaciones pequeñas con el dinero que sacaba del contrabando de tabaco; después, de la mano de unos socios catalanes, entró con participaciones más grandes, hasta que llegó un punto en el que no partía expedición negrera a Cuba en la que de un modo u otro no estuviera involucrado. Es… es terrible, Marc. Lo siento de verdad, yo no…

Calló.

Guasch estuvo todavía una eternidad conteniendo la respiración.

Escurrió el brazo de debajo del cuello de ella y se vistió con lo primero que encontró.

—Marc, ¿adónde vas?

Se marchó sin responder.

¿Qué se puede hacer cuando no hay nada que hacer? Cuando el suelo sobre el que has construido cada certeza se desintegra bajo tus pies. Cuando la estirpe que representas es una mentira, un disfraz de honor tejido con hilos de sangre.

Guasch caminaba sin rumbo.

Las calles estaban desiertas aquel domingo enmarcado en un cielo gris. El viento no daba tregua. Inclinaba los árboles, golpeaba las fachadas y sacudía los postigos como si quisiera derribarlos. Hacerlo todo añicos. Se detuvo bajo un alero frente al portón de una tienda cerrada.

Le lloraban los ojos.

Tal vez no solo por culpa del viento.

Pensó en su padre, un hombre hecho a sí mismo salido del campo de Ibiza. De la miseria. De la nada. Había sido su referente y el de sus hermanos en la vida. Pese a sus prolongadas ausencias, pese a tener el foco en sus negocios, pese a todo. Recordó su carisma, sus frases

lapidarias, su inteligencia y, cuando tocaba, su cercanía, su capacidad para hacerte sentir importante con una simple mirada, un gesto, una palabra…

Escuchó su voz: «La moral cambia, el oro permanece».

Cuánto veneno ocultaban esas palabras que ahora sonaban a sentencia.

Pensó que todo había estado siempre ahí, delante de sus ojos, desde el principio, pero que no lo supo o no lo quiso ver. Desconocía si sus hermanos lo sabrían, se dijo que no. Una cosa así no se la ocultarían. Su padre sí, sin remordimientos.

Su empuje y su saber hacer podían con todo.

Un hombre capaz de cargar, por sí solo, el peso del mundo sobre sus hombros.

Y ahí estaba él, que sin conocer aquella realidad había sabido labrar su propio camino y que, al mismo tiempo, se sentía dichoso, orgulloso, de pertenecer a ese linaje. Recordó las discusiones con su padre para convencerle de que le dejara marchar. «Tú vales mucho —le decía—. Eres el mejor de todos, podrás hacer lo que quieras en la vida». «Precisamente eso es lo que estoy tratando de hacer», le había respondido. El Gran Picaflor claudicó, pese a la decepción personal que dijo sentir. En el fondo, debía de pensar que se cansaría pronto, que no sería capaz de ensuciarse las manos, que regresaría al redil, a la vida cómoda, a los bailes de salón.

El hombre que nunca erraba se equivocó.

Sintió el alma partida, porque aquella no era la historia de un desconocido, sino la de su propia familia. Y su fortuna venía del dolor, de cadenas oxidadas, de cuerpos vendidos, de vidas rotas como la de Samba. El oro que tintineaba en sus arcas llevaba el eco de gritos apagados, de embarques clandestinos, de banderas de conveniencia, de noches oscuras sin cielo ni patria. Y aunque no lo hubiera sabido antes, ahora lo sabía. Y eso bastaba para pudrirlo todo.

Llegó hasta Baixamar. Se detuvo frente al muelle. El agua golpeaba la orilla con rabia, con rencor. Las embarcaciones subían y bajaban. También el Solferino, una imponente e iracunda mole de metal. Los faroles y los cabos oscilaban al ritmo que marcaban el viento y el mar. Los mástiles crujían a lo lejos, como si también ellos cargaran un peso antiguo y se quisieran quebrar.

Pensó en Lucía. Pensó en lo que quedaba de sí mismo. Pensó en Sara y en la sorpresa de Andreu: pero ¿de verdad no sabes nada? En su silencio, en su discreción, en su pesar. «No querían hacerle daño». Lo sabía. Y comprendió que las palabras de Marfori al referirse a las manos sucias de Picaflor no aludían al inocuo contrabando de tabaco. También él lo sabía.

Todos a su alrededor conocían aquella realidad.

Menos él.

Observó sus manos y sintió que estaban sucias.

Qué ingenuo había sido.

«¿Qué se puede hacer cuando no hay nada que hacer?», se preguntó de nuevo. No podía cambiar lo que su padre había hecho, lavar tantos años de ignominia. Vio la Golden Farm a lo lejos, en lo alto. Solitaria, igual que la vida del hombre que se ocultaba tras sus muros. Y entonces supo cuál era la respuesta a aquella pregunta: debía asimilarlo, apretar los dientes y continuar. Porque había al menos dos hombres cercanos que merecían un gesto final. Una verdad, un acto reparador.

Aunque llegara tarde.

Aunque doliera.

Debía hacerlo por la vida de sufrimiento de James Samba Williamson, por su familia, y también por Samuel Brown. Un hombre que tenía derecho a saber quién firmó su condena. A que se cerrara el círculo y el culpable pagara la culpa.

Y aquello sí estaba en sus manos, sí dependía de él.

Inspiró hondo y se volvió. Lucía lo estaba esperando. Y buscaría también a Riera y a Toni Petit. Porque aquella era la familia que había escogido. Su gente.

Juntos visitarían a Samba.

La responsabilidad no se hereda, se elige.

Y aquella era suya.

Guida abrió con recelo cuando Guasch y su esposa tocaron a la puerta de la Golden Farm cogidos del brazo y acompañados por el subinspector Toni Riera y Toni Petit.

—Son de la familia. —Ella lo fulminó con la mirada. Guasch se justificó—. Usted confía en mí, por eso me trajo aquí. Puede estar tranquila con respecto a ellos, si les he pedido que vengan conmigo es porque disfrutan de mi máxima confianza. Me gustaría hablar con Samba delante de todos y que repasemos sus impresiones desde el principio. Hay mucho de qué hablar.

Tras un leve titubeo, la mujer se hizo a un lado y les permitió entrar.

—Aguarden aquí —dijo antes de ausentarse por una de las puertas laterales.

El sol brillaba pálido a través de una fina tela de nubes desteñidas. La tramontana silbaba y azotaba con su ira constante. Se preguntó por qué no se agotaba de una vez. ¿Acaso la furia de Eolo era ilimitada en aquella isla? ¿Qué habían hecho los menorquines para merecer ese castigo?

El guardés y su hijo arrancaban hierbajos en los márgenes del patio

central. Saludaron a Guasch con la mano al reconocerlo para después proseguir con su tarea como si la presencia de aquel grupo heterogéneo fuera normal, dando por buena cualquier decisión que tomara su brava gobernanta.

Tuvieron que esperar todavía un buen rato hasta que, por fin, la puerta volvió a abrirse para dar paso a Guida y a un Samba de expresión avinagrada.

—*Why you bring all these people? You said you don't tell anybody.*

—No tema por nosotros —respondió Lucía en un inglés excelente, uno de los idiomas que dominaba—. Si mi marido ha compartido su historia con nosotros es porque sabe que somos dignos de ello. Sé que confía usted en él, Samba. Le ruego que se fie también de nosotros.

El antiguo esclavo miró a Lucía y después a los demás antes de asentir de mala gana.

—*I trust you* —dijo. Les creía—. ¿Qué opción tengo? ¿Qué desean?

—He descubierto la identidad de Mongo Mô, Samba —comenzó Guasch—, y después de varias comprobaciones he de admitir que él no es el asesino de su compañero Samuel Brown.

Guasch había constatado las fechas en las que estuvo ausente de la isla, desde antes de la llegada a puerto del USS Constitution hasta su regreso bastante después de la fecha estimada de la muerte de Brown. Para terminar de asegurarse había enviado un telegrama a Barcelona para que la Guardia Civil de allí hiciera las verificaciones oportunas. No tenía dudas de que terminarían corroborando la declaración de Mariano Sintes.

Samba permaneció impertérrito durante y después de su explicación.

—Me está diciendo que Mongo Mô sigue vivo y que está en Menorca —dijo.

—Sí.

—Entonces mis presentimientos eran buenos.

—Esos sí.

—Bien, ¿qué quiere? —preguntó Samba.

—Quiero que vuelva a contarnos lo que recuerde de la noche que desapareció Samuel.

—La noche que lo asesinaron, querrá decir.

Guasch reparó en que Riera y Toni Petit miraban a Samba ojipláticos, como si estuvieran frente a una figura sobrenatural. Lucía les traducía en voz baja la conversación y ellos iban dando ligeras cabezadas de asentimiento.

Samba obviaba su expresión de sorpresa como si estuviera acostumbrado a aquellas reacciones ofensivas.

—Sí, naturalmente, disculpe.

—Apenas tuvimos trato directo con la familia, ya se lo dije. Se nos

prohibió dormir en la casa y nos mandaron a los corrales. Dormíamos sobre paja vieja.

—¿Cómo fue su encuentro?

—¿El día que nos conocimos? El habitual. La mujer se tapó la boca con la mano cuando nos vio entrar en su casa por primera vez, por repulsión o por miedo, seguramente las dos cosas. El marido se acercó para consolarla. Por los gestos dedujimos que decía algo así como que esto no es lo que acordamos o que nos han engañado. Dejamos nuestros petates en una habitación, salimos y al regresar por la noche los habían sacado y dejado en los establos. Nos quedamos allí.

—¿Qué más?

—Cuando coincidíamos en la finca, no nos dirigían la palabra. El hijo mayor nos traía la comida y el agua y evitaba mirarnos a los ojos; los pequeños nos espiaban agazapados desde la distancia. Nada nuevo para unos negros viviendo en un mundo de blancos, ni tampoco, también hay que decirlo, nada demasiado grave. De hecho, es de los tratos más suaves que nos suelen brindar. —Guida posó una mano sobre la de Samba y este se volvió hacia ella y añadió—: Con alguna maravillosa excepción.

—¿Qué recuerda de aquella noche?

—Yo había salido para encontrarme con Guida. De hecho, solía ir con Samuel al muelle o al barrio de las tabernas. Yo preguntaba por Mongo Mô con discreción y escogiendo a quién me dirigía, bebíamos y pasábamos un rato los dos juntos. Me sabía mal dejarlo solo. Después, yo visitaba a Guida y pasaba con ella un tiempo antes de regresar.

—¿Por qué no se quedaba a dormir?

—Le repito que no quería dejar solo a Samuel.

—¿Por algún motivo en especial?

Samba negó con la cabeza.

—Por camaradería. En cierto modo, solo nos teníamos el uno al otro. Hasta ahora. —Apretó de nuevo, de manera perceptible, la mano de Guida—. Los otros dos negros del Constitution, sin ir más lejos, son de otra etnia. La convivencia entre nosotros no siempre es sencilla, ¿sabe? Y eso hace que a menudo estemos muy solos. Aquella noche no regresé demasiado tarde, desconozco qué hora sería exactamente, pero era bastante antes del alba. Iba caminando por la senda que lleva a la casa cuando vi una luz tenue en el interior del corral. Me extrañó a aquellas horas. Me hice a un lado y me agazapé tras unos arbustos. Agucé el oído y escuché murmullos.

—¿Estaba iluminada la casa principal?

Samba meditó un instante.

—Diría que no. Imagino que ellos dormirían ya. Como la mayoría de la gente del campo, tenían costumbre de acostarse temprano. En esos momentos, como ya le dije, tuve malas sensaciones. Es difícil de

explicar. Una voz me decía que corría serio peligro, como la otra vez. Esta vez sí obedecí a mi instinto y me mantuve al margen. Cuando me volví a asomar me fijé mejor y distinguí que en el establo había una figura tumbada en el suelo y que una sombra la incorporaba y la arrastraba hacia fuera. Una segunda silueta apareció para agarrar el cuerpo por el otro extremo y lo izaron entre las dos. Lo cargaron en una carreta que esperaba junto a la puerta de los corrales.

—¿La carreta estaba pintada de algún color?

—No, diría que era de madera. —Hizo memoria un rato—. Sí, lo era.

—¿Vio sus rostros en algún momento?

—Tampoco.

—Pero usted dio por sentado que era Mongo Mô con un ayudante.

—¿Quién más podría ser? Samuel no tenía problemas con nadie. No era problemático, no se enfrentaba jamás. ¡Jamás! Mongo Mô descubrió que yo le buscaba para vengarme, averiguó dónde me alojaba y se adelantó.

—Ahora sabemos que Mariano Sintes, Mongo Mô, estaba fuera de la isla.

Samba levantó una mano y permaneció un instante en silencio.

—Mariano Sintes —murmuró—. Se me hace extraño llamarlo por su nombre. ¿Está seguro de que es él?

—Completamente.

—Entonces, si no lo hizo él, encargó el trabajo a alguien.

—Samba, escúcheme bien. Ese hombre desconocía su existencia, que estuviera usted en la isla y que fuera detrás de él. Es imposible que encargara nada a nadie. Quién asesinó a Samuel Brown no fue Sintes, no fue Mongo Mô. ¿Lo entiende?

—¡Se equivoca!

El africano apretó los labios carnosos hasta hacer que perdieran el color.

No valía la pena insistir. Una cosa es no entender un mensaje y otra no querer hacerlo.

—¿Quién pudo cometer el crimen, Samba? ¿Qué más recuerda? ¿Algún detalle?

—Uno de los hombres iba descalzo, de eso estoy seguro.

Lucía se las apañaba para seguir la conversación y traducírsela a Riera y Toni Petit, que no dejaban de asentir.

—¿Algo más?

El antiguo esclavo se rascó el mentón mientras pensaba.

Guasch le dejó hacer.

—¿Había luna llena aquella noche? —preguntó Riera después de escuchar a Lucía.

Samba esperó a que Guida le aclarara la cuestión.

—No —respondió el marine sin dudar—. Recuerdo muy bien que durante el regreso en barca desde la Golden Farm apenas distinguía las siluetas de los remeros.

—¿Entonces cómo sabe que uno de los hombres iba descalzo? ¿O que la carreta era de madera y no estaba pintada de ningún color?

—Ya les he dicho que había un resplandor en el interior del corral.

—Sí, pero es imposible que, si la luz hubiese estado dentro, distinguiera el color del carro. ¿Lo entiende? Usted tenía que verlo a oscuras porque la luz, que además dice que era tenue, estaba detrás. No sé si me explico. Las ruedas del carro serían solo una sombra.

—Es cierto… —reconoció Guasch, mirando al marine.

—Para que viera el color de los radios de la rueda —continuó Riera —, la luz debería estar fuera y a ese lado del carro.

Samba calló un buen rato y Guasch lo imaginó repasando y ensartando todas las imágenes sueltas, más claras o difusas que le venían a la memoria.

Asentía despacio.

Guasch contenía la respiración.

—Tiene razón. Había un par de faroles que iban iluminando a las figuras. Repito que la luz era muy débil y que enfocaba al suelo, porque me fijé en los pies y no en el rostro de ese hombre.

—Es imposible que los porteadores cargaran las luces porque tenían ambas manos ocupadas llevando el cuerpo de Brown —añadió Guasch.

Lucía terminó la traducción y se miraron unos a otros con caras interrogativas.

—Siendo así —tanteó Toni Petit—, ¿quién llevaba los faroles?

Llegaron a casa de los Mesquida a la hora del almuerzo, después de pasar por el claustro del Carmen y liberar a Francina Ferragut y al tipógrafo Joan Fábregas. Amnistía para todos. Ya se las apañaría con el juez. Guasch reclutó al capitán Febrer, a Parra y a los cuatro guardias civiles que quedaban destinados en Maó y que no se habían reincorporado aún al cuartel de Ciutadella.

El viento, imponiendo su ley, entorpeció su llegada al *lloc* del camino de Es Castell.

Las órdenes de Guasch fueron claras: Toni Petit esperaría en el exterior de la propiedad y los guardias fuera de la vivienda, repartidos por los alrededores. Los quería fuera para no tensar los ánimos y al mismo tiempo cerca por si tenían que actuar. Mientras él, junto con Riera y Lucía, examinarían el carro de Mesquida y después entrarían a conversar con la familia.

A ver cómo se desarrollaba la conversación.

—Está en muy buen estado —observó Lucía una vez en el establo.

No se apreciaban manchas ni ningún detalle que levantara sospechas.

—De hecho, está más limpio que cualquier otro carro que haya visto hasta ahora en la isla. Me atrevería a decir que lo han tratado y rehabilitado hace poco —añadió Riera, que acercó la nariz y olisqueó—. Se lo confirmo: huele a aceite de linaza.

—Preguntaremos en el negocio en el que hayan comprado los materiales.

Llamaron a la puerta de la vivienda. Estaba entreabierta.

Era llamativo que su presencia en la finca hubiera pasado inadvertida y que ninguno de los moradores hubiera salido de la casa. Miquel Mesquida, al verlos, fue a su encuentro y les dirigió una mirada torcida. Después de pasar por prisión, no se alegraba demasiado de tenerlos de vuelta.

—¿Qué hacen aquí?

No se escuchaban voces desde el interior, pero sí les alcanzó el olor de un guiso.

La familia estaría comiendo.

El silencio pesaba como una losa.

—¿Podemos pasar?

—Estamos comiendo.

—Miquel —dijo Guasch sin alterarse—, vamos a entrar y lo haremos por las buenas.

—Pues me apetece bien poco…

—La alternativa es detenerlos a los cinco, encerrarlos en celdas individuales e ir pasando de una a otra para interrogarlos a cada uno y encontrar dónde están las incoherencias. Se sorprendería de lo que se descubre con este método tan sencillo, y más si hay niños implicados. Usted mismo. Si lo desea, doy la orden ahora mismo y nos ahorramos la discusión.

Si iban a las malas, Mesquida tenía mucho que perder.

Lo tenía que comprender.

—Pasen.

Los tres hijos de Miquel Mesquida estaban sentados a la mesa alrededor de una cazuela con un guiso de lentejas. Los miraban expectantes. La esposa permanecía de pie en el umbral de la puerta de la cocina y se secaba en el delantal unas manos que no parecían mojadas. De camino al lloc Toni Petit le había comentado que había coincidido un par de veces con Roc, el hermano menor. Apenas le pudo contar nada de él aparte de que era un niño espabilado y «con ganas de hacer cosas».

—¿Qué quieren? —repitió Mesquida, rodeando a su mujer con el brazo, protector.

—Que nos cuenten la verdad. Cuanto antes empecemos, antes

acabaremos.

El hijo mayor bajó la vista, los pequeños cruzaron una mirada rápida antes de desviarla al padre, que, como cabeza de familia, fue quien tomó la palabra:

—Nosotros no hemos hecho nada.

—Y en cambio, nosotros estamos convencidos de lo contrario —rebatió Guasch, señalando al mayor y convirtiendo la hipótesis en acusación—. De hecho, tenemos un testigo que les vio a usted y a su hijo cargando el cuerpo de Samuel Brown en el carro mientras los dos pequeños les iluminaban con los faroles. —Buscó por la habitación y señaló las lámparas—. Esos dos de ahí. Por supuesto que el carro no estaba tan limpio. Imagino que tuvieron que rascar un buen rato para eliminar los restos de sangre. Una vez en la orilla, cargaron el cuerpo en una barca y se dirigieron a la cala de Sant Esteve, ¿verdad?

—Tiene usted mucha imaginación.

—No es el primero que me lo dice. ¿Qué sucedió, Miquel? ¿Hizo algo Samuel que le desagradó y se lo hizo pagar caro? ¿Cómo era eso que me dijo? Mi casa, mis reglas. ¿Qué norma incumplió el negro ese por el que tenía que haber cobrado el doble de lo que pidió para hacerle enfurecer de esa manera?

La mujer de Mesquida a duras penas podía contener el llanto.

Se iba a derrumbar.

Lucía debió de pensar lo mismo porque, rápida, agarró una silla, se acercó a ella y la ayudó a sentarse. Llenó un vaso de agua de la jarra y le cogió la mano.

Y entonces comenzó a llorar.

Mesquida había bajado la mirada en lo que parecía una grieta en la muralla.

Los hijos le miraban con ojos llorosos.

—Fue un accidente —admitió.

—No se me ocurre qué clase de accidente puede destrozar el rostro de una persona, atarla de pies y manos y hundirle tres navajazos en el costado. ¿Me explica qué ocurrió?

Mesquida levantó el mentón decidido. Había tomado una decisión.

—Lo descubrí dentro de casa —reconoció—, quería robarnos. Salió corriendo y lo seguí. Se metió en el corral. Me encaré con él y me golpeó. Después me…

—Ni una —le cortó Guasch—. No ha dicho ni una sola verdad entre toda esa palabrería. —Miró a Riera—. Subinspector, por favor, ¿sería tan amable de pedirle al capitán Febrer que entre con sus hombres para detener a estos caballeros?

—A la orden.

—Un momento…

Mesquida alzó la mano para detenerle.

Era la primera vez que Guasch lo veía de verdad apurado.

Por fin.

—De acuerdo, les diré qué ocurrió realmente. —Bajó la mirada y suspiró—. Fue al revés, fui yo quien entró en el corral para robarles a ellos. Él me sorprendió. Estaba enfurecido. Sacó un cuchillo y nos peleamos. Logré esquivar sus embestidas y lo golpeé hasta quitárselo de las manos. Tuve suerte. Lo conseguí agarrar y clavárselo en el costado. No quería matarle. Lo até para impedir que pudiera volverse de nuevo contra mí, hasta que… descubrí que estaba muerto. O eso creí. Le juro que pensé que su pecho no se movía. —Levantó el mentón y también el tono de voz—. Lo admito, Guasch, fui yo quien mató al marine. Nada de todo eso tendría que haber pasado, pero fue lo que sucedió. Y fue por mi culpa.

La esposa de Mesquida se cubrió el rostro con las manos y emitió un gemido que esta vez no tenía nada de cauteloso. El hijo mayor, posible cómplice en el emparedamiento, apretaba la mandíbula y tenía las mejillas surcadas de lágrimas que dejaba caer. Se contenía de algo que no parecía tristeza, sino rabia.

Los pequeños empezaron a llamar a su padre a gritos.

Había un desequilibrio en aquella escena, una tensión sin nombre.

Y advirtió que algo no encajaba.

Al igual que Samba, él también tenía una sensación. Que la verdad aún se resistía a salir, como si unos y otros ocultaran alguna cosa.

Pero ¿qué?

¿Qué había peor que admitir haber asesinado a un hombre de un modo tan cruel? Mesquida acababa de confesar con una facilidad pasmosa, del tirón y casi sin respirar, en presencia de sus hijos y de su esposa, unos hechos que en el mejor de los casos implicaban una condena a cadena perpetua y, en el peor, la pena capital.

Miró a Lucía, que consolaba a la esposa.

Miró a Riera, que sujetaba a los críos para que no escaparan.

Miró a los pequeños y se dijo que el pálpito que sentía era cierto.

Agarró una silla y tomó asiento lentamente mientras asimilaba las implicaciones de todo aquello. Miquel Mesquida había asumido una culpa que le era ajena para proteger a alguien más débil. ¿A quién? Sin duda, a las únicas personas por las que un buen padre de familia sería capaz de dar la vida una y cien veces.

Y recordó el informe de la autopsia en referencia a las incisiones del cuchillo.

—Lucía —la llamó Guasch—. Nos puedes explicar qué te comentó exactamente el doctor Font sobre las heridas de arma blanca. En lenguaje comprensible, por favor.

—Tres cuchilladas de diferente nivel de gravedad: una profunda y otras dos más superficiales, como si la víctima se hubiese defendido o

dificultado la agresión…

—Las que impactaron con las costillas. ¿Podría ser que las hubiera provocado un niño?

Los cinco miembros de la familia se miraban los unos a los otros sin saber qué decir o qué hacer.

—En efecto, la herida profunda se cuela entre dos costillas, las otras dos chocan con ellas sin llegar a romperlas. Si las hubiese asestado un adulto con un mínimo de fuerza, las habría roto. Sin duda.

—¿Entonces?

—Sí. Es perfectamente plausible que esas cuchilladas las diera un crío sin todavía demasiada fuerza.

Guasch clavó los ojos en la cazuela para abstraerse y no mirar a nadie.

—Fueron los niños, ¿verdad? —Era una pregunta retórica—. Ellos son los culpables. Uno tenía la navaja y el otro un objeto contundente con el que le golpeó la cara. Les tenían miedo, los vigilaban de lejos, no se atrevían a acercarse a ellos. ¿Qué hicieron aquella noche? ¿Intentaban robarles o hurgaban en sus cosas cuando Brown apareció y los descubrió? Montó en cólera y se enfrentó a ellos, que tuvieron un ataque de pánico. Le atacaron entre los dos, estaban asustados y se les fue de las manos. Lo hirieron de gravedad con la navaja y le asestaron otras dos puñaladas más superficiales mientras lo golpeaban con ese otro objeto. Fueron los dos menores, el mayor no estaba allí ni tuvo nada que ver, aunque después ayudara a deshacerse del cuerpo. Usted, Miquel, debió de escuchar los gritos desde el corral y acudió en su auxilio. Seguramente ayudó a reducirlo, a atarle las manos y a organizar el traslado y la desaparición del cuerpo. Decidieron no enterrarlo aquí. ¿Quién podría vivir en esta casa sabiendo que en algún lugar hay un cadáver bajo tierra?

La mirada de rencor que el hermano mayor dedicó al más pequeño, culpándole de lo sucedido, nunca valdría como prueba ante un juez, pero a Guasch, en calidad de testigo privilegiado, le pareció la más contundente acusación que había visto jamás.

Supo que había acertado.

La madre empezó a chillar que sus hijos eran inocentes. Los dos pequeños se soltaron de Riera y corrieron a abrazar a Miquel, que, cabizbajo, derrotado, fue incapaz de reaccionar. El mayor se quedó inmóvil mirando a la nada. Estaba seguro de que era quien menos responsabilidad tenía en lo ocurrido.

Guasch se levantó despacio, se dirigió a Riera e hizo un gesto a Lucía para que salieran todos fuera. Los rostros de ambos reflejaban bien la tristeza de la escena que estaban presenciando.

Se aproximó a Mesquida y apoyó una mano en su hombro.

—Tómese su tiempo. Le espero fuera. Le llevaremos a declarar ante

el juez y que sea él quien decrete qué pasará con su familia.

El campesino, que abrazaba a sus hijos, le dirigió una mirada nublada.

—No soy un asesino —murmuró—. Nadie en esta casa lo es.

Guasch asintió y se dijo que, en cierto modo, podía tener razón.

—Es posible, Miquel, pero el resultado es que, entre todos, le han quitado la vida, y de una manera inhumana y cruel, a un hombre inocente, y que por mucho que quieran no se la van a poder devolver.

Guasch observaba, abstraído, desde el mirador del antiguo convento de Sant Francesc, el vaivén de las luces de las embarcaciones y su reflejo tembloroso sobre la superficie erizada del mar. La oscuridad se había adueñado del Port de Maó, reclamando por unas horas el poder que la naturaleza le otorgaba. Lejos de atenuar la fuerza de la tramontana, las sombras parecían acentuarla. El viento se enroscaba en las esquinas, embestía los tejados y desafiaba con sus tentáculos invisibles a cualquiera que le osara rechistar.

En el ocaso habían acompañado a Miquel a prisión.

Después, Guasch se había separado de Lucía y de los demás para dirigirse a la señorial vivienda del vicecónsul Ládico en la plaça de la Miranda. Era su deber notificarle el triste e inesperado desenlace de la investigación. No se ahorró ningún capítulo. No hubiera sido justo con Samuel Brown. Aprovechó la ocasión para encomendarle la tarea de notificar formalmente lo sucedido a Thomas H. Eastman, comandante del USS Constitution, y a John Harper, a quien agradecía de manera expresa su pequeño gran hallazgo. Aquel indicio mínimo que había permitido reconducir el caso y centrar la atención en el *lloc* de los Mesquida. La reincorporación del sargento a la investigación había dado sus frutos, y aquello, en buena medida, era mérito del diplomático.

Le felicitó.

Ládico se excusó, innecesariamente, por no haber logrado encontrar ninguna pista de la misteriosa mujer del cementerio. Guasch le quitó importancia y le dijo que se olvidara del asunto, que no siempre las investigaciones fluyen como uno desearía y que, a esas alturas tanto daba ya, pues habían encontrado al asesino del pobre Williamson sin necesidad de dar con ella.

Al interpelarle sobre la conversación del día anterior durante el festejo de Andreu, el prohombre, sin mediar palabra, se levantó, abrió el primer cajón de una gran cómoda y tomó un sobre, que le entregó.

—¿Es para mí? —preguntó Guasch—. ¿Puedo leerlo?

—Yo diría que sí.

La nota era breve, pero reveladora: un nombre y una dirección.

—¿Quién es Jaume Vidal? ¿Debería conocerlo?

—Es un antiguo empleado mío de la máxima confianza ya retirado. Si se decide a hablar con él, dele recuerdos de mi parte. He de hacerle una confesión adicional en referencia a don Carlos Marfori. Apenas llegó a Mô, vino a visitarme. No solo a mí, sino también a otros líderes progresistas de la ciudad.

—¿Con qué objeto?

—Presionarnos para que admitiéramos nuestra implicación en la desaparición de su hijo. Por supuesto, nadie pudo darle ninguna información.

—Porque nadie sabía nada. Aparte de usted, claro.

Guasch sonrió y el vicecónsul se levantó.

Le imitó, se guardó el valioso sobre en el bolsillo y estrechó la mano que Ládico le tendía antes de encaminarse hacia la salida.

—Guasch, le auguro serios problemas personales a corto plazo, al más alto nivel, si sigue usted teniendo el arrojo que ha demostrado estas últimas semanas. Ya me entiende…

—Siento que soy demasiado mayor como para cambiar a estas alturas mi forma de ser.

De regreso a Anuncivay consultó *El Diario de Menorca* y se informó de los barcos que zarpaban los próximos días. A la mañana siguiente partía el pailebote que le interesaba y en el que tenía intención de embarcarse en compañía de su adorada esposa. Riera y Toni Petit esperarían todavía unos días para salir rumbo a Ibiza en una balandra, Caballo, que hacía escala en la pitiusa mayor antes de proseguir su navegación hasta el puerto de Sevilla.

Toni Petit celebró con los puños en alto poder disfrutar unos días más de la compañía de Lissie, a la que, dijo, había invitado a Ibiza cuando quisiera para conocer a sus amigos y que les enseñara a escupir como una auténtica bostoniana. Riera, más moderado, también lo agradeció. Ahora que las cosas habían vuelto a su cauce quería disfrutar del hermano recuperado y de la preciosa sobrina que acababa de nacer. Su cuñada había perdonado los traspiés de Joan y Riera confiaba en que, de una vez por todas, se centrara en lo que tocaba.

Guasch mantuvo una triste conversación con Andreu en la que este corroboró todo lo que Lucía le había contado con respecto a su padre y su implicación en la trata de seres humanos. Para probarlo, ante la insistencia de Guasch, le mostró una antigua carta escrita de su puño y letra en la que el Gran Picaflor animaba a su padre, el señor Orfila, a invertir en uno de estos viajes.

Después de cenar había acudido a la habitación de Riera. Los documentos de Corisco seguían en el *senalló* y Guasch pidió permiso para consultarlos. El subinspector le entregó el capazo tal cual. «Haga con esto lo que le plazca», dijo sin más. Fue a su habitación, se sentó

en la butaca y buscó los documentos que se referían a la travesía de Samba para confirmar lo que creía recordar y que en su día pasó por alto.

Nombre del armador: GT. Gaspar Tur, Picaflor.

Su padre, el gran inversor esclavista, el hombre que había hecho fortuna con la trata de seres humanos entre África y los sedientos ingenios de Cuba era quien había organizado y financiado la travesía de La Constancia el 3 de octubre de 1848 y, por tanto, quien, directa o indirectamente, había contratado a Mariano Sintes como capitán y el culpable último de todo el sufrimiento que habían padecido Samba y los suyos.

Podía haberse hundido, pero en cambio mantuvo la calma, ordenó los papeles y los restituyó al *senalló*. Después, abrazó y besó a su mujer, que preparaba su equipaje, y salió a la calle a airearse.

Nunca mejor dicho.

Paseó sin rumbo fijo y sin ningún destino predefinido.

No solo le era indiferente la *tramuntanada,* sino que, para su sorpresa, deseaba sentirla con toda su fuerza para que despedazara su memoria y se llevara con ella aquellos últimos descubrimientos.

Acabó merodeando por los alrededores de la casa de Mariano Sintes.

La jornada anterior ya le había dejado claro cuánto desprecio le inspiraba, aunque después el antiguo capitán se vengara tirando por tierra sus infundadas acusaciones de asesinato. Una cosa era la opinión que a Guasch le merecía su pasado de tratante de esclavos y otra muy distinta su implicación en un crimen real y presente.

Ahora, conociendo todos los hechos, Mongo Mô no resultaba ser más que un peón en la gran partida de ajedrez que jugaba su padre, el Gran Picaflor, a un nivel superior. Peón de blancas, por supuesto.

Se alzó el cuello de la chaqueta y echó a andar por el carrer de Isabel II que, inevitablemente, le recordó al favoritísimo de la reina. Guasch no se había acercado al carrer de Gracia para informar a Marfori o a Francisco Vinent de su marcha y no tenía intención de hacerlo. El diablo, cuanto más lejos, mejor.

Un par de lámparas de petróleo arrojaban su luz tibia y temblorosa sobre la calle desierta. En la penumbra, una persiana mal cerrada batía rítmicamente contra la pared, un eco apagado que marcaba el paso del viento.

Un metrónomo salvaje. Un latido del mal.

Dos figuras se materializaron en el otro extremo de la calle por el Pla de la Parròquia. Las sombras mortecinas proyectadas en los muros revelaban que los dos hombres llevaban los sombreros en la mano para evitar que la tramontana los arrastrara.

Guasch reconoció en una de ellas la silueta y los andares de Mariano Sintes.

Al final sí iban a encontrarse.

Se resguardó del viento en un portal y se dispuso a esperarlo.

Los caminantes se detuvieron en el cruce con el carrer del Rosari, intercambiaron unas palabras breves y, acto seguido, el compañero desapareció calle abajo mientras Mariano Sintes, Mongo Mô, retomaba el camino a su hogar.

Su esposa lo estaría esperando en el lecho conyugal. Su hijo, quizá, se encontraría compartiendo alguna celebración con sus amistades. Los evocó durante la cena en su casa: formales, bien avenidos, privilegiados y felices, cada uno cumpliendo sin desvío el papel que le había sido asignado y alejados, en su conjunto, de los problemas mundanos que afectaban al grueso de la población.

El pasado, pasado está, y bien que se justifica si la dicha es buena.

Sintes pasó frente al edificio de la Capitanía General.

Se encontraba a tiro de piedra de su posición y Guasch consideró que era un buen momento para salir a su encuentro. Dio un paso al frente para abandonar el portal y Mariano Sintes levantó la cabeza hacia él cuando llegaba a la desembocadura de la Costa des General.

La sombra salió de la nada y se abalanzó sobre él como un animal feroz.

Hambriento.

Sediento de sangre.

El antiguo esclavista no pudo reaccionar. Forcejeaba tumbado en el suelo, incapaz de plantar cara a su atacante, que, encima de él, le inmovilizaba los brazos con las piernas mientras le oprimía la garganta con puño de acero.

El otro brazo, estirado hacia atrás, amenazaba en lo alto.

Debería haberse lanzado en su ayuda, detener al agresor y evitar aquel ataque brutal. Pero no lo hizo y, en lugar de eso, se quedó inmóvil, paralizado, observando hipnotizado cómo el brazo descargaba su cólera sobre el rostro de Mongo Mô.

Una y otra vez.

Una y otra vez.

El ritmo de los golpes, con sus chasquidos picando carne y rompiendo huesos, se acompasó con el de la persiana que percutía, incansable, contra aquella pared olvidada, con el silbido agudo que la ventolera arrancaba en aquel túnel que formaba la Costa des General.

Y cuando Guasch pensaba que el asalto había finalizado, que el hambre de la bestia había quedado colmada, distinguió el fulgor metálico de un arma blanca con la que remató lo que pudiera quedar de vida en aquel cuerpo inerte.

La ventolera arrancó el sombrero que todavía sostenían los dedos de Mariano Sintes y lo hizo girar sobre sí mismo y a su alrededor antes de escupirlo hacia las sombras tenebrosas del carrer del Rector Mort.

I ben mort.

El atacante se puso en pie de un salto y observó el resultado de su labor. Tal vez con la satisfacción que le procuraba haberla llevado a cabo o, quizá, con el sabor agridulce que le provocaría comprobar que, pese a haber hecho realidad el sueño de toda una vida, a la hora de la verdad ese crimen no había logrado satisfacer por completo el odio y la sed de venganza que corría por sus venas. Aquel ajuste de cuentas, tan esperado, no trajo de vuelta a sus seres queridos y ni siquiera, supuso Guasch, se ejecutó en los términos sangrientos y dolorosos con los que habría fantaseado una y mil veces en sus noches de soledad y dolor. Y es que, como paradójicamente solía repetir su padre, el Gran Esclavista Picaflor, casi nunca las revanchas cumplen con las fantásticas expectativas que generan.

Guasch continuaba inmóvil, sin apartar los ojos de aquella escena infernal, cuando Samba Iyanga se volvió y se quedó petrificado al verlo allí, de pie, observándole.

Entonces lo reconoció.

—*I'm so sorry you had to see that, sir* —dijo antes de fundirse con las sombras.

Guasch se dio cuenta de que le temblaba el cuerpo.

También él sentía haber sido testigo de aquel asesinato despiadado y cruel. Por mucho que fuera el de alguien a quien despreciaba desde lo más profundo. Y por mucho, también, que quien lo había ejecutado tuviese motivos más que justificados para llevarlo a cabo.

Se acercó con pasos lentos al cadáver de Mongo Mô y se inclinó para verlo mejor bajo la tenue luz de la farola. Su rostro se había transformado en un amasijo de carne ensangrentada. Tenía varias puñaladas en el pecho y la garganta cruzada por una raja de la que brotaba, despacio, un maná negruzco.

Se reincorporó. La calle seguía desierta y las ventanas cerradas y sin señales de albergar vida humana. Se dijo que su máxima se había cumplido también en aquella ocasión, que siempre hay un testigo que ve algo.

Esta vez, el testigo era él.

El viento del norte lo envolvía todo en su silbido eterno. Cerró los ojos y llenó los pulmones de aquel aire alborotado. Metió las manos en los bolsillos y arrastró sus pasos hacia la casa de Anuncivay.

Epílogo

Una nueva vida

Guasch sintió que Lucía lo abrazaba por detrás y apoyaba la mejilla en su espalda justo cuando la proa del Galgo superaba la península de La Mola y se lanzaba, temeraria, mar adentro y rumbo sur. El viento y el oleaje hacían presagiar un viaje movido, y Guasch y Lucía se mentalizaron de la aventura que se les brindaba por delante.

Todo había ido demasiado rápido aquellas últimas horas.

Noche de hacer equipajes y de despedidas sentidas.

Había aprovechado para charlar y saludar a solas a Sara. Se pidieron disculpas mutuamente por el daño que de manera indirecta e involuntaria se habían hecho el uno al otro. Como había dicho Mesquida antes: «nada de todo eso tendría que haber pasado, pero fue lo que sucedió». Las cosas no salen siempre como uno desearía.

Maó se despertó bañada en sangre. La aparición de otra víctima desfigurada, apuñalada y degollada había causado una gran consternación entre los ciudadanos de la capital, que se habían acercado en tromba a los alrededores de la calle de Isabel II para curiosear y mostrar su indignación a las autoridades. Que el muerto fuera un respetable mahonés enardecía todavía más los ánimos.

La alarma era máxima, y el capitán Febrer y el cabo Parra solo pudieron pasar un momento a saludarles en el muelle antes de regresar al lugar del crimen.

—Le necesitamos aquí —suplicó el menorquín—. ¡No puede marcharse ahora!

Guasch le explicó sus planes y el otro, sorprendido, no supo reaccionar.

—No hablará en serio…

—Me temo que sí, capitán. Le ruego máxima discreción.

Rompiendo las formas y el protocolo, se despidieron con un abrazo sincero y con pesar. La pena de Febrer se debía a lo abrupto de aquel adiós precipitado; la de Guasch, por la culpa de no poder desvelar la autoría de un crimen que, haciendo caso omiso de su deber, había decidido silenciar.

Riera, Lissie y Toni Petit bajaron a despedirse al Moll de Llevant y en mitad de buenos deseos, besos y abrazos vieron aparecer a un enfurecido Carlos Marfori bajando casi a la carrera la Costa de l'Abundància.

El favorito de la reina estaba fuera de sí y tuvo que ser contenido por sus apurados guardaespaldas cuando se encaró con Guasch y, a

voz en grito, le acusó de ser un inepto, un irresponsable y un traidor a la patria. Los viandantes se congregaron a su alrededor para presenciar aquel ataque desaforado y las amenazas que el indignadísimo *miembro real* vertió sobre él: que a partir de entonces trabajaría en las caballerizas de palacio limpiando mierda, que le degradaría al puesto de sereno o que dinamitaría toda posibilidad de ascenso futuro. En definitiva, muy a las bravas venía a informarle de que su carrera estaba acabada.

Guasch, cual prestidigitador, sacó una misiva del bolsillo de la chaqueta y se la tendió.

—No es necesario que se tome tantas molestias, don Carlos. Basta con que, si es tan amable y visto que tiene intención de hablar con mi superior, le entregue esta carta en la que presento mi dimisión irrevocable como inspector del Cuerpo de Investigación del Crimen.

—¿Cómo dice?

Marfori observó el pliego lacrado como si una cucaracha hubiera brotado en su mano.

Guasch no perdió la calma.

—Tenía usted razón —dijo—. Menorca ha confirmado que no soy la persona apropiada para realizar este trabajo ni para asumir las responsabilidades que conlleva. Lamento haberle fallado y dejar sin cumplir su deseo de encontrar a su hijastro.

Marfori miró el sobre con desprecio y, a la vista de todos, lo rompió en pedazos.

La tramontana esparció los fragmentos por Baixamar.

—De verdad que no sabe con quién está tratando, Guasch. —El favorito se acercó todavía más—. Su caída será lenta y dolorosa. Le doy mi palabra de que estaré muy pendiente de sus pasos. Esto es una afrenta personal.

Y, dando media vuelta, regresó por donde había venido dando grandes zancadas seguido de sus guardaespaldas.

El cielo estaba despejado. El Galgo empezó a cabalgar las olas.

La proa subía volátil para, enseguida clavarse con furia en el mar.

Guasch se volvió hacia La Mola y pensó que los trabajadores de la nueva fortaleza parecían disciplinados insectos que, pese a las adversidades de la climatología, trabajaban con esfuerzo y esmero en pos del bien común.

Recordó el telegrama recibido en el que su hermano Claudio respondía al cable, ya olvidado, enviado desde Ciutadella en el que le consultaba sobre Carlos María. Esta vez, su ayuda no había llegado a tiempo ni tampoco su contenido suponía ninguna novedad: sus fuentes le informaban de que semanas atrás, el hijastro de Marfori había sido visto repetidamente en compañía de destacados líderes republicanos de la capital.

Algo que ya había descubierto él por su cuenta.

Guasch y Lucía decidieron encerrarse en su camarote para llevar lo mejor posible aquella travesía tortuosa. Por suerte, todo sabe diferente cuando lo compartes con la persona que amas y, por fin, dos días y medio después de zarpar de Maó, avistaron la costa africana. Con los estómagos revueltos y las cabezas abotargadas, pero sanos y salvos.

El último tramo lo hicieron con viento moderado y la mar más calmada.

El pailebote se dispuso a atracar en el puerto de Argel pasada la medianoche envuelto en una bruma cálida que mezclaba el olor del salitre con humo de leña y el aroma dulzón de especias desconocidas. Guasch y Lucía contemplaron la ciudad blanca, que trepaba por una colina como un enjambre de luces dormidas.

Bajaron sin prisa y guardaron cola para pasar el control aduanal.

Un oficial francés los miró de refilón y revisó sus papeles con desgana.

Atravesaron el muelle transitado por estibadores árabes y soldados somnolientos y se dirigieron a una fonda próxima que les recomendó el patrón. Pasaron la noche entre sábanas ásperas, zumbidos de mosquitos y ecos de tambores lejanos. Lucía apenas pudo dormir. Guasch todavía menos y, asomado por el ventanuco de su habitación, se entretuvo observando el puerto que se extendía frente a él, enteramente bañado en sombras y que se abría al mar sin temor a nada. Lo comparó con el de Maó, que habían dejado atrás. Una herida larga y silenciosa, profunda, resguardada. Uno disimulaba su contenido, el otro lo mostraba sin pudor. Se dijo que, en el fondo, su esencia era la misma: embarcaciones de paso que iban y venían y personas que durante sus breves estancias tenían el poder de, con sus actos, transformar la ensenada más luminosa en el puerto más oscuro que uno alcanzara a imaginar.

Partieron hacia el este a la mañana siguiente en una carreta desvencijada tirada por dos mulas escuálidas. Las guiaba un cochero argelino con dientes de oro y un mosquetón oxidado colgado a la espalda que mascaba algo negruzco y no hablaba francés. A Guasch se le antojó una versión bronceada y desmejorada del sargento Harper.

La ruta costera era lenta y polvorienta. Cruzaron aldeas adormiladas, llanuras calcinadas por el sol y bosquecillos de eucaliptos y palmeras. Dormían donde podían, cubiertos por mantas de olores largamente macerados y rodeados de ruidos ajenos a su realidad cotidiana. Bebían agua templada y de un sabor sospechoso.

No podían sufrir más incomodidades ni, tampoco, ser más felices.

Hablaron mucho de todo, y muy en especial, de sus planes de futuro ahora que Guasch afrontaba una nueva vida sin trabajo y sin familia, pero con Lucía.

—Iré a París contigo —confesó una noche, acampados bajo un manto de estrellas—. Nada me hace más ilusión que estar juntos a partir de ahora.

Iba a bromear diciendo que él también podría curar las heridas al chabacano de Baudelaire, pero con buen criterio se ahorró el chiste y mantuvo la magia del momento. Aunque, bien pensado, ¿por qué no? Podía hacer lo que le viniera en gana.

Se abría un mundo de posibilidades.

—Quizá puedas trabajar como investigador en París —propuso Lucía.

Guasch meditó sobre las palabras de su esposa.

Vio pasar una estrella fugaz.

—¿La has visto?

Pero ella tenía los ojos cerrados y respiraba de manera pausada.

En paz.

—No —concluyó Guasch al fin—. No puedo seguir, Lucía. Ya está. Han sido unos años duros y satisfactorios. No lamento haberme dedicado a esta profesión, pero en Menorca he cruzado una línea que no me permite dar vuelta atrás. ¿Cómo puedo moralmente perseguir criminales si yo mismo he sido testigo de un crimen atroz y he decidido callar? ¿Quién soy yo para buscar criminales cuando uno de los más grandes reside en mi propia casa? No podría soportar tanta hipocresía. La fortuna de mi familia está bañada en sangre.

Negó con la cabeza.

—Has hecho lo que es justo.

—No, he hecho lo que yo creo que es justo, pero ¿quién soy yo para decidir qué es correcto y qué no, para dictar sentencia sobre la vida y la muerte de una persona?

Su esposa abrió los ojos y se incorporó.

—Eres un hombre recto, Marc. Eres honesto.

—No soy nada de…

—¡Lo eres! ¡E hiciste lo que debías!

El carretero abrió un ojo en el pescante de la carreta y lo cerró de nuevo.

—Sé que eres compasiva conmigo, porque me quieres. Y no sabes cuánto agradezco tus palabras y apoyo. Pero he permitido que un buen chico quede huérfano y que una mujer enviude, Lucía. Lo siento, pero esto no se puede rebatir. Sé que esta herida, si al final llega a hacerlo, tardará mucho tiempo en sanar.

—Sabes que no es así… —murmuró ella al cabo de un rato.

Guasch sonrió y sintió más ternura de la que nunca había sentido por ella.

Los ojos se le empañaron y las estrellas se difuminaron en lo alto.

Se volvió hacia Lucía y la besó rápido en la mejilla.

Sus lágrimas eran saladas.

—Sabes que tengo razón, *carinyet* —sentenció.

Después de una pausa prolongada, ella volvió a hablar.

—Lo que sé es que solo somos responsables de nuestros actos, nunca de los de los demás. Y eso, en tu caso, incluye a tus padres. Lo importante no es la mácula con la que nacemos, sino el camino que trazamos con nuestros propios pies; lo que hacemos con aquello que se nos ha dado. Creo que has demostrado con creces la clase de persona que eres. Te has jugado la vida, tu posición y tu carrera una y otra vez en pos de la verdad. Para que los inocentes descansen y los culpables paguen por lo que hicieron.

Guasch no supo qué rebatir y optó por abrazarla con fuerza, cerrar los ojos y callar.

Dos días después, al atardecer, Fort de l'Eau se dejó ver al fondo: un puerto pequeño, casi vacío salvo por unas barcas de pesca y una bandera tricolor raída por el sol, el viento y la sal que ondeaba al borde de un espigón de piedra. La población era poco más que una lengua de casas bajas entre una colina menuda y el mar, salpicada de edificios de piedra blanca construidos por los franceses para uso administrativo o militar.

Se acercaron a su ritmo pausado, bromeando no solo con que las mulas hubiesen sobrevivido al viaje sino que, ahora, tuvieran mejor aspecto que en Argel. Dejaron al carretero de dientes dorados a cargo de sus pertenencias en una caseta de pescadores al borde mismo del mar.

El agua se mecía suave y besaba la orilla con su palpitar sereno.

Les alcanzaron las risas tamizadas de unos niños que se lanzaban al agua desde unas rocas lejanas.

Se acercaron paseando hasta dos ancianos que oteaban el horizonte sentados en una piedra. Al llegar a su altura, Guasch sacó del bolsillo la nota que le había entregado el vicecónsul y cuyo contenido se sabía de memoria. Les preguntó en ibicenco por Jaume Vidal y especificó: el que hasta hace poco trabajaba para el señor Teodoro Ládico en Maó, y que emigró aquí con sus hermanos. Uno de los hombres esbozó una sonrisa cercana y confirmó que él era quien buscaban. Guasch le dio recuerdos del diplomático, le mostró la nota y le expuso lo que andaba buscando. El hombre lo miró con detenimiento, hizo un gesto afirmativo y, por fin, le dio las indicaciones oportunas.

Guasch y Lucía giraron abrazados por una calle de suelo dorado cuando el sol naranja se hundía en el horizonte a sus espaldas. Una mujer tendía la ropa en un balcón cercano. Se detuvieron frente a una puerta sencilla de color añil sobre la que habían colocado un azulejo con un número ocho.

—Es aquí —dijo su mujer.

—¿Quieres llamar tú?

Ella negó con la cabeza.

—Creo que te lo has ganado.

Guasch no se hizo de rogar. Inspiró y golpeó con los nudillos tres veces.

Unos pasos pausados se acercaron a la entrada desde el interior.

—¿Si?

El hombre que les abrió era algo más bajo que Guasch y más obeso, pero de una edad similar. Piel bronceada, casi negra, ojeras viólaceas, cabello revuelto y barba de varios días sin rasurar. Llevaba la camisa abierta hasta el ombligo, pantalones de lino anchos atados con un cordel a la cintura e iba descalzo. Sus ojos interrogativos pasaban del uno al otro sin comprender quiénes eran ni qué hacían allí.

Hasta que clavó la mirada en Guasch y se quedó con la boca entreabierta.

—¿Marc Guasch? —dijo—. ¿Qué haces tú aquí?

—Carlos María de Campos y Fernández de Córdoba. Qué alegría verte. —Guasch posó una mano delicada en la espalda de su mujer—. Te presento a mi esposa, Lucía Lequerica. Llevamos tiempo buscándote. No te imaginas cuánto nos ha costado dar contigo.

Nota del autor

El día que presenté *Mala mar* en la Fundació Rubió i Tudurí de Maó junto con mis queridas lectoras cero María des Pou y María José Amengual, dije, medio en broma, medio en serio, que habría sido complicado ambientar la novela en Menorca porque allí «no había asesinatos». Fue entonces cuando Guida Llull, bibliotecaria de la fundación, levantó la mano de entre el público y dijo: «Yo tengo muertos». Y doy fe de que los tenía y de que eran muchos: marines estadounidenses fallecidos en territorio o aguas menorquinas por enfermedad, por accidente o en reyertas a manos de la población local u otra marinería. La época no encajaba con mis lúgubres propósitos (encontrar un muerto real en el que basar la novela), pero las apasionadas explicaciones de Guida me permitieron entender que el puerto de Maó había sido la base naval mediterránea de las flotas de varios países, entre ellos, y quizá por encima de todos, Estados Unidos, un Estado joven que acababa de salir de una sangrienta guerra civil con la que se puso fin a la esclavitud. Yo sabía, como todos, imagino, que Menorca había sido colonia inglesa (y francesa) durante el siglo XVIII, pero… ¿treinta años de convivencia de menorquines con estadounidenses? ¡Eso sí era una novedad!

Tuve claro que la trama principal debía girar en torno al Mediterranean Squadron, la esclavitud y la trata transoceánica, un mundo para mí desconocido, triste y cruel, y en el que os animo a profundizar. Os recomiendo *Traficants d'ànimes*, de Gustau Nerín, que analiza la actividad de los negreros españoles en África; *Barco de esclavos*, de Marcus Rediker, o, para abordar la cuestión de una manera amena, la extraordinaria novela *Mongo blanco*, de Carlos Bardem (publicada asimismo en Plaza & Janés de la mano de mi querido editor Alberto Marcos).

También quería mostrar de algún modo la tumultuosa vida política española en los últimos años del reinado de Isabel II. Me fijé en la figura de Carlos Marfori y Callejas, amante de la reina, y estudié de qué modo podría involucrarlo en la historia. La biografía de su hijastro real, un militar, no me cuadraba, por lo que creé un hermano de nombre Carlos María. Las conspiraciones progresistas y la sangrienta sublevación del cuartel de San Gil hacía tiempo que me atraían y decidí convertirlas en el eje de esta segunda subtrama.

Hay infinidad de temas que me han llamado la atención durante el proceso de documentación: (a) la emigración masiva de menorquines a Argelia en la década de 1830, auspiciada por el Gobierno francés (conocedor de su bonhomía), que llegó al extremo de que algunas

poblaciones, (como Fort de l'Eau, estaban compuestas únicamente por menorquines (desde el principio imaginé este epílogo para la trama de Carlos María); (b) la involucración de algunos armadores y marineros menorquines en la trata negrera atlántica, algo que pronto comprobé que afectaba a marineros de todas las Baleares (y en realidad de cualquier parte del mundo). Me sorprendió descubrir que el armador y capitán del barco Amistad que inspira la película homónima de Steven Spielberg fuera ibicenco. Hay un excelente estudio de Antoni Ferrer Abarzuza, Pere Vilàs y mi querido Joan Planells Murtera sobre su persona); (c) el inmenso número de ilustrados, como Mateu Orfila, o aventureros menorquines repartidos por el mundo, como Pepe Llulla, Josep Llull, un personajazo que os animo a investigar…, si me diera la vida, me plantearía seriamente escribir una novela que mostrara sus hazañas; (d) el nivel cultural, el carácter inquieto de los menorquines y su permeabilidad a toda influencia del exterior que les pudiera enriquecer, no ya solo económicamente, sino también a nivel intelectual y laboral. El caso de Menorca no tiene parangón en el resto de las Baleares. Si Ibiza era la isla salvaje y Mallorca la aristocrática, Menorca era desde luego la internacional.

Tanto *Isla negra* (ambientada en enero de 1864) como *Mala mar* (febrero de 1866) transcurrían en invierno. Basta. Ya estaba bien de mostrar unas Baleares frías y lluviosas. Esta vez tocaba pasar calor. Tuve acceso a ejemplares digitalizados de *El Periódico de Menorca* del verano de 1866 (un lujo con el que no conté en las dos novelas anteriores) que me permitieron conocer el día a día de la isla y, en concreto, de Maó y de su privilegiado puerto. Las noticias, los comunicados oficiales y los anuncios locales, además de una gran riqueza costumbrista, me descubrieron dos personajes que me llamaron particularmente la atención: el teniente coronel Salvador Lechuga y Lechuga, oficial al mando de la plaza el domingo 15 de julio de 1866 (fecha en la que dispuse que apareciera el cadáver de Samuel Brown) y el dentista mister (así se publicitaba) Julian Ticoulat, un hombre de nombre maravilloso y, al parecer, buenas artes, que anunciaba su amplia gama de productos y servicios durante su estancia de aquellos meses en la isla. Apenas leí de mister Ticoulat lo imaginé con una sonrisa radiante haciendo de caballo de Troya para Riera y Toni Petit en alguna casa (todavía por definir). Después supe para mi sorpresa (gracias a unas poesías cantadas de Ramón Mayol y al talento rastreador de Guida) que Ticoulat se terminó estableciendo en Menorca donde al menos tuvo un hijo dentista y que es bisabuelo de la poetisa Anna-Maria Ticoulat (que espero disculpe la excéntrica forma de ser que, cariñosamente, he atribuido a su antepasado).

Los periódicos incluían también información detallada del

movimiento diario del puerto: tipo de embarcación, bandera, carga, origen (para las entradas) o destino (para las salidas), nombre del capitán o número de tripulantes y pasajeros. Para las entradas solían mostrarse además los días empleados en realizar el itinerario desde el puerto de origen y si la nave en concreto debía hacer cuarentena o no en el lazareto. A modo de ejemplo diré que el pailebote Galgo con el que Guasch y Lucía viajan a Argel o la balandra Caballo que parte rumbo a Sevilla (que hiciera escala en Ibiza es cosecha mía) eran barcos reales que por esas fechas hacían esas travesías.

En 1866 la Guardia Civil en Menorca tenía un único cuartel en Ciutadella, pero no disponía de tantos efectivos como doy a entender en la historia.

La frase «No podemos ir más rápidos que el tiempo» es de Maria Riera Sendic y me la chivó Maria des Pou, que la encontró muy apropiada para ese momento del diálogo.

El Mediterranean (European en los últimos años) Squadron se convirtió desde 1868 en la Sexta Flota y el USS Constitution fue un barco escuela solo a partir de 1878. Lo escogí porque de ese modo era más sencillo acoger en su seno a Samba y porque a día de hoy sigue estando en activo y puede visitarse (cosa que no he hecho y me encantaría hacer). El museo de la Illa del Rei (visita obligada en vuestro próximo viaje a Menorca) custodia una maravillosa maqueta de esta fragata.

La Industria Mahonesa fue (tal y como la describo) una gran fábrica textil ubicada en Cala Figuera cuya junta de accionistas, según anunciaba la prensa, tenía lugar a finales de julio de 1866. Supe del caso de un barco que, después de hacer la cuarentena preceptiva en el lazareto de Maó, amarró en el puerto de destino final (creo que Barcelona) y al descargar los fardos de algodón descubrieron que les faltaba una buena parte de la carga. Estas sustracciones, más grandes o más pequeñas, no eran excepcionales, y la operación nocturna de Olives tan solo pretendía fantasear sobre cómo podían haberse llevado a cabo.

Con respecto a los personajes me gustaría aclarar que todos los que tienen un asterisco en el *dramatis personae* son reales: Mariano Sintes (su pasado como esclavista es verídico, no así su perfil como inversor en 1866); el antiguo piloto esclavista y profesor de inglés anglicano y masón Guillermo Forbes; el subgobernador civil don Agustín Sevilla; el vicecónsul don Teodoro Ládico; Francisco Vinent o Francesc Tudurí de la Torre. También son personajes históricos, como ya he dicho, mister Ticoulat, Lechuga y Lechuga o el impresor Joan Fábregas (que no el tipógrafo). También el *commander* Thomas H. Eastman era por esas fechas comandante del USS Constitution, aunque, repito, sin ser buque escuela (ni estar destinado en el Mediterráneo). Policarpo

Trinidad (con dos asteriscos) era el dueño de una taberna en Es Barrio a mediados del siglo xx, pero me encantó su nombre y lo quise aprovechar; el guijuelense Fulgencio Parra está inspirado en un cabo de la Guardia Civil familiar de una miembro del club de lectura de Guijuelo.

Como siempre, los clubes de lectura y las charlas con lectores críticos (en el buen sentido) me ayudan a reflexionar sobre las tramas y los personajes. En Formentera, Maite Ferrer (gran lectora) y Lluís Ferrer (escritor y coordinador de clubes de lectura) me preguntaron con segundas para cuándo estaba prevista la canonización de san Marc Guasch, investigador de comportamiento siempre intachable. En cierto modo no me importaba que tuvieran esa imagen de Guasch porque esa era precisamente la identidad que quería darle: un buen tipo alejado del investigador bebedor y amargado tan habitual en otros investigadores del siglo xx, que hace su trabajo con cierto idealismo y sin grandes dramas. Tengo la sensación de que Guasch lo ha pasado mal en *Puerto oscuro*, ha debido tomar decisiones difíciles que le han hecho traspasar líneas rojas de las que no ha salido indemne. Y no solo él. También Riera y Lucía han atravesado momentos difíciles, situaciones incómodas, fricciones, dudas y decepciones. Y, aun así, creo, ninguno ha perdido su esencia. Como resultado de todo lo vivido, Guasch y Lucía se enfrentan ahora a un futuro muy distinto del que habían imaginado. Quizá Toni Petit haya sido el único que, de la mano de Lissie, ha vivido en Menorca una experiencia más amable. Después de lo ocurrido en *Mala mar*, se lo merecía, ¿no creéis?

Ya veremos cómo sigue la cosa.

Agradecimientos

No puedo estar más agradecido a Guida Llull por regalarme sus muertos y compartir conmigo sus libros, sus apuntes y su tiempo, por explicarme con detalle las invernadas de las flotas extranjeras en Port-Mahón y sobre todo por su generosidad sin límites. Guida se volcó en ayudarme con entusiasmo y dedicó incontables horas a buscar cualquier dato que pudiera necesitar (confieso que fueron muchos y de lo más variados). Durante mi última visita a Maó, se quedó conmigo hasta pasada la medianoche en la biblioteca de la Fundació Rubió i Tudurí varios días, ¡incluido el de su cumpleaños! *Moltes gràcies per sa teua ajuda, Guida*!

Gracias a ella conocí a Toni Tudurí, historiador, quien me informó sobre la relación entre los ibicencos y Es Castell durante la construcción de la fortaleza de La Mola y me facilitó una valiosa documentación: listados de población, historias locales o árboles genealógicos como el de la familia Ládico. También me presentó a Luis Alejandre, que nos permitió visitar la Illa del Rei, donde nos explicó con pasión la historia de la isla, de sus instalaciones y de la presencia de las Hijas de la Caridad como enfermeras en el hospital. A los tres, gracias de corazón.

Gracias por supuesto a Toni Juaneda y a Lito Mercadal por implicarse con tanta generosidad en el proyecto de la saga Balear Negra. A Toni, por ejercer de cicerone y ponerme en contacto con Dolors, de la librería Va D Llibres de Ciutadella, y con el propio Lito, de la Fundació Rubió i Tudurí. También por compartir conmigo su sabiduría gastronómica y elaborar la carta de platos que se sirven en casa de Andreu durante el *berenar* y la cena descritos en la novela. Si os interesa la cocina menorquina, os animo a visitar su web: www.cometemenorca.com A Lito Mercadal le quiero agradecer toda la ayuda brindada desde la fundación y declarar mi más sincera admiración por la pasión con la que dirige una institución que, honestamente, envidio no tener en Ibiza (asistiría encantado a todos los actos que organizaran). Su trabajo es, sin duda, reflejo de esa inquietud intelectual menorquina que también late en *Puerto oscuro*. Mi gratitud es, por supuesto, extensible a Sonia. *Moltes gràcies as dos!*

Gracias a Maria Luisa Huguet Vinent, del Arxiu Històric de l’Ajuntament de Maó, por la completísima información sobre las antiguas murallas de Maó y al amable grupo de jugadores de joc maonès (Ignasi, Paco y compañía), que me atendieron con entusiasmo durante mi visita. Lamentablemente, ni las viejas murallas mahonesas (derribadas con anterioridad) ni este juego tradicional que ahora están

recuperando con la máxima ilusión (y cuyas primeras referencias históricas datan de finales del siglo XIX) tienen cabida directamente en esta historia. Esperemos que sí lo sean en alguna otra.

Gracias, como siempre, a mis presentadoras y lectoras cero, Maria des Pou y María José Amengual, por su pasión, su tiempo, su sabiduría y su sentido del humor. Agradezco de corazón su compañía en este camino largo y difícil, y por ayudarme a mejorar esta historia.

Gracias a mi familia: Toya, María, Mateu y Toni, por quererme, apoyarme y permitirme seguir con esta pasión, a pesar del tiempo y los sacrificios que exige. *Vos estim molt!* Y también a mi padre, Toni Juan Ferrer Montserrat, víctima paciente de mi reclusión casi monacal para escribir. A los Varon Dandy's, que llevan meses sin verme el pelo, anunciarles que ya estoy listo para *espellar-los a tots!* Gracias al resto de mis familiares y amigos, por vuestra fuerza y compañía!

Estoy muy agradecido a Alberto Marcos, mi editor, por su guía y sus sabios consejos. No es una frase hecha: su visión de la historia y su comprensión de la psicología de los personajes hacen que sus sugerencias sean siempre acertadas. Si yo soy el padre de los protagonistas, él es, como poco, el padrino. Gracias a Gonzalo Albert por seguir confiando en mí, a Sofía Lecumberri por su apoyo y a Aurora Mena y al resto del equipo de edición de Plaza & Janés, así como al equipo comercial y de marketing y a los miembros de la oficina del autor por pelear estas novelas en los hipercompetitivos mercados internacional y audiovisual. Lo conseguiremos.

A los distribuidores y libreros, por confiar en esta saga y apoyarla con sus pedidos y recomendaciones. Y a los directores de festivales y certámenes de novela negra e histórica que me han invitado a sus eventos: Pablo Lozano (Certamen de Novela Histórica de Úbeda), Jorge García y Nancy (Morella Negra), Lorenzo Silva y Maica Rivera (Getafe Negro), Juan Bolea (Aragón Negro) y Alejandro Martín y José Zoilo (Tenerife Noir). Compartir esos días con ellos y con otros autores o conversar con lectores de cualquier lugar de la geografía española es, sin duda, una de las experiencias más gratificantes de esta aventura literaria.

Y, por supuesto, gracias a los compañeros de oficio con los que me voy cruzando. Por vuestros consejos, vuestro apoyo, vuestra ayuda. Sabéis bien cómo funciona este mundo, porque habéis recorrido el camino antes que yo, y sois muy conscientes de lo mucho que vale un empujón para quienes estamos empezando.

Gracias a los clubes de lectura (presenciales y online) que habéis escogido alguna de mis novelas como lectura grupal y luego me habéis invitado a comentarlas con vosotros. Es un auténtico placer (y muy divertido) charlar abiertamente sobre la historia, las motivaciones de los personajes, y obtener vuestras siempre interesantes impresiones.

Gracias a la maravillosa comunidad de bookstagrammers, por vuestro seguimiento, vuestros ánimos, comentarios y reseñas, por compartir con los demás esta pasión por los libros. No sabéis lo importante que es vuestro feedback, y cómo este da sentido al esfuerzo que hay detrás de cada una de estas novelas.

Y desde luego, gracias a ti, querido lector, por acompañar a Marc Guasch en esta nueva aventura y llegar hasta este último párrafo. Si la novela te ha gustado, el mayor favor que me puedes hacer es recomendarla: a tu familia, a tus amigos… o incluso a algún desconocido.

Muchas gracias, una vez más.

Nos *leemos* en la siguiente novela.

Toni Montserrat (Instagram: @tonimontserrat / Facebook: Toni Montserrat)

Glosario de palabras y términos varios

Això és més bò que sa sobrassada! (Cat.) ¡Esto es más bueno que la sobrasada!

Alaiorenc: (Cat.) Natural de Alaior.

Amitger: (Men.) En el campo menorquín es la persona que cultiva y trabaja una finca ajena a cambio de una parte de la cosecha, según un acuerdo tradicional de *mitges* (medias partes).

Ara us hi fixareu: (Cat.) Ahora os fijaréis.

Are you serious? (Ingl.) ¿Habla en serio?

Are you sure? (Ingl.) ¿Está/s seguro?

Arredefotrinat! (Ibz.) Expresión empleada para mostrar sorpresa, siendo otra variantes fotre/fotri o arredefotri… Cuánto más larga, más sorpresa se pretende mostrar. (*Fotre* significa exactamente «joder»).

Avarques: (Men.) Calzado rústico menorquín con suela de cuero y tiras de piel cosidas a mano.

Ay, es meu nin! (Mall.) ¡Ay, mi niño!

Balons: (Ibz.) Pantalones típicos del campesino ibicenco, anchos de la cintura a la rodilla y estrechos hasta los talones.

Barrera/ barreres (pl.): (Men.) Portón hecho con travesaños curvados y separados medio palmo que pueblan el campo menorquín.

Berenar: (Mall. & Men.) Desayuno. También se llama así a la merienda.

Boínder: (Men.) Mirador acristalado en voladizo, generalmente de madera, que sobresale de la fachada de una casa y se encuentra sobre todo en el casco antiguo de Maó.

Boletins de bifestecs: (Men.) Lonchas finas de carne de res rellenas, rebozadas y guisadas lentamente en salsa con ajo, perejil y vino.

Bon amic: (Cat.) Buen amigo.

Bon dia al.lots: (Cat.) Buenos días, muchachos.

Bon dia i salut! (Cat.) Buen día y salud.

Bon dia que Déu mos do! (Cat.) Buen día nos dé Dios.

Bon dia! Som en Francesc Tudurí. Què desitgen? (Cat.) Buenos días, soy Francisco Tudurí. ¿Qué desean?

Bona tarda tengui! (Cat.) Buenas tardes tenga (usted).

Boss: (Ingl.) Jefe.

Bòtil: (Men.) Botella.

Brossat: (Mall. & Men.) Queso fresco, blanco y blando, que se obtiene del suero sobrante de la elaboración del queso curado.

Bufa-canyes: (Men.) Instrumento menorquín de caña con lengüeta simple, usado en el ámbito rural para acompañar bailes o

celebraciones populares.

Call me Samba: (Ingl.) Llámame Samba.

Carinyet: (Cat.) Cariño. Apelativo cariñoso.

Carro des sucs: (Men.) Carruaje empleado para evacuar los pozos negros de las casas.

Castanyoles: (Cat.) Castañuelas.

Catxorrillo: (Ibz.) Pistola básica empleada por la gente de pocos recursos y muy habitual entre los campesinos ibicencos.

Cavalls desfermats: (Cat.) Caballos desatados.

Cel vermell, senyal de vent: (Men. proverbio) Cielo rojo, señal de viento.

Cementiri anglès: (Cat.) Cementerio inglés.

Civil war: (Ingl.) Guerra civil estadounidense.

Ciutadellenc: (Cat.) Ciudalelano, natural de Ciudadela de Menorca.

Ciutat: (Mall.) Ciutat de Mallorca o Palma. Capital de la isla de Mallorca.

Com Déu mana: (Cat.) Como Dios manda.

Commander: (Ingl.) Comandante.

Conco: (Men.) Tío.

Corb marí: (Cat.) Cormorán (tipo de ave acuática).

Curro: Portero de un garito.

De sa bona: (Cat.) De la buena.

Déu meu, Sarita! Ets tu? (Cat.) Dios mío, Sarita. ¿Eres tú?

Également en français! (Fra.) Igualmente, en francés.

En què els puc ajudar? (Cat.) ¿En qué puedo ayudarles?

Es meu homo no hi és: (Men.) Mi marido no está.

Espardenya: (Ibz.) Alpargata hecha con fibras vegetales muy habitual entre la gente del campo.

Espasí: (Ibz.) Instrumento tradicional ibicenco: espada percutida con una lámina metálica, usada en bailes y celebraciones populares rurales.

És negre com un fumall: (Men.) Es negro como un *fumall* (mecha de fibra natural sin traducción directa al castellano).

Es pot saber d'on surt aquesta puta boixarella? (Cat.) ¿Se puede saber de dónde sale esta puta chiquillería?

Estic buscant en Santiago Sintes: (Cat.) Estoy buscando a Santiago Sintes.

És veritat, Olives! Anem per avall o no arribarem a temps! (Cat.) ¡Es verdad, Olives! ¡Vamos hacia allí o no llegaremos a tiempo!

Even in English if you wish! (Ingl.) Incluso en inglés, si lo desea.

Ey, com estau al.lots? Què bé veure-us! Volia presentarvos a un amic: en Toni Petit, que està per Mô uns dies: (Cat.) Ey, ¿cómo estáis, chicos? ¡Qué bien veros! Quería presentaros a un amigo: Toni Petit, que está en Mahón unos días.

Ey, Sir! Who's this Mongo John you're singing about? (Ingl.) ¡Señor! ¿Quién es este Mongo John del que está usted cantando?

Fa cadufos sa catalana aquesta: La catalana esta chochea.

Factoría (factory): Establecimiento en la costa africana en el que se compraban y acumulaban esclavos para, después, embarcarlos en las naves con las que cruzarían el Océano Atlántico hasta llegar a América.

Fadrí/ fadrina: (Ibz.) Soltero/soltera.

Fer vinachus: (Ibz.) Ir a tomar unos vinos.

Figuera de moro: (Men.) Chumbera.

Formatjada: (Men.) Pastelito tradicional relleno de brossat, típico de la repostería de la isla, especialmente durante la Semana Santa.

Fumerals: (Men.) Chimeneas de múltiples formas construidas con placas de marés.

Germanet: (Cat.) Hermanito.

Gimme a penny for bread, sir! (Ingl.) ¡Deme un penique para pan, señor!

Good morning, Sirs: (Ingl.) Buenos días, caballeros.

Great, man! (Ingl.) ¡Excelente, hombre!

Greixera de llagosta: (Men.) Guiso tradicional menorquín de langosta troceada, cocinada al horno con patata, cebolla, tomate y a veces pan rallado.

Guisat d'ous: (Ibz.) El guiso de huevos es un plato típico de Ibiza que se hace con huevos escalfados y verduras varias.

He's like Whipped Peter: (Ingl.) Él es como Peter el Azotado.

Ho sent molt, petitot: (Cat.) Lo siento mucho, pequeñajo.

I bé, germanet. Què hi fas aquí? (Cat.) Y bien, hermanito, ¿qué haces aquí?

I ben mort: (Cat.) Y bien muerto.

I'd rather you won't speak of me too freely. (Ingl.) Espero que hable usted de mí con discreción.

I'm so sorry, but my Spanish is very bad. (Ingl.) Lo siento, pero mi español es muy malo.

I on el podem trobar? (Cat.) ¿Y dónde podemos encontrarlo?

It's the nickname of John Ormond: (Ingl.) Es el apodo de John Ormond.

I trust you: (Ingl.) Confío en usted/es.

I tu qui ets, polit? (Men.) ¿Y tú quién eres, guapo?

Ja està, Roc. No passa res: (Cat.) Ya está, Roc. No pasa nada.

Ja n'hem tingut prou per avui: (Cat.) Ya hemos tenido suficiente por hoy.

Joan, hi ets? / Toni, ets tu? (Cat.) Joan, ¿estàs? / Toni, ¿eres tú?

Jo no he mort ningú! (Cat.) ¡Yo no me matado a nadie!

Llaüt: (Cat.) Laúd.

Llista: (Cat.) Tela de algodón sencilla y resistente, con listas (rayas) verticales, fabricada en telares baleares para uso cotidiano o campesino.

Lloc: (Men.) Finca rural tradicional de Menorca.

Madame Pomme, s'il vous plaît! (Fra.) Señora Pomme, ¡por favor!

Maonès: (Cat.) Mahonés, originario de Mahón/Maó/Mô.

Me cago en el dimoni a grapes: (Ibz.) Me cago en el demonio gateando.

Me cago en Sant Pere coronat: (Ibz.) Me cago en San Pedro coronado.

Mem, que jo som mallorquí! (Mall.) A ver, ¡que yo soy mallorquín!

Mercant i porc, no es sap lo que té fins que és mort: (Men, proverbio) De manera literal *Comerciante y cerdo, no se sabe lo que tiene hasta que ha muerto* y, en otras palabras, que es difícil saber en realidad lo que tiene un comerciante.

Mèrvels: (Men.) Del inglés, en Menorca, canicas.

Mestre d'aixa: (Cat.) Carpintero de ribera.

Mitgera: (Men.) Pared alta de piedra que separa dos fincas.

Molt bé, Olives, què vols? (Cat.) Muy bien, Olives, ¿qué quieres?

Molt honorable maonès: (Cat.) Muy honorable mahonés.

Morning, boss: (Ingl.) Buenos días, jefe.

Munti: (Cat.) Juego de naipes catalogado como «prohibido» por la autoridad en el siglo XIX.

Nanses: (Men.) Artes de pesca tradicionales menorquines hechos con cañas o mimbre, usado para capturar pulpos, langostas y diferentes tipos de peces.

Nigger: (Ingl.) Término despectivo de llamar a una persona negra.

No corre tant un cavall com una mala nova: (Men.) No corre tanto un caballo como una mala noticia.

No he entès ni una paraula: (Cat.) No he entendido ni una palabra.

No sap que aquí no es pot pujar? (Cat.) ¿No sabe que aquí no se puede subir?

No, sir, my name is Samba. (Ingl.) No, señor, mi nombre es Samba.

Of my utmost trust: (Ingl.) De mi máxima confianza.

Olla esperada, mai bull: (Ibz, proverbio) De manera literal *Olla esperada nunca hierve* y, en otras palabras, que aquello que se espera con muchas ganas parece no llegar nunca.

Panada: (Cat.) Empanada.

Pedres velles: (Cat.) Piedras viejas.

Perdoni, senyora. Què passa avui? (Cat.) Perdone, señora. ¿Qué sucede hoy?

Per l'amor de Déu! (Cat.) ¡Por el amor de Dios!

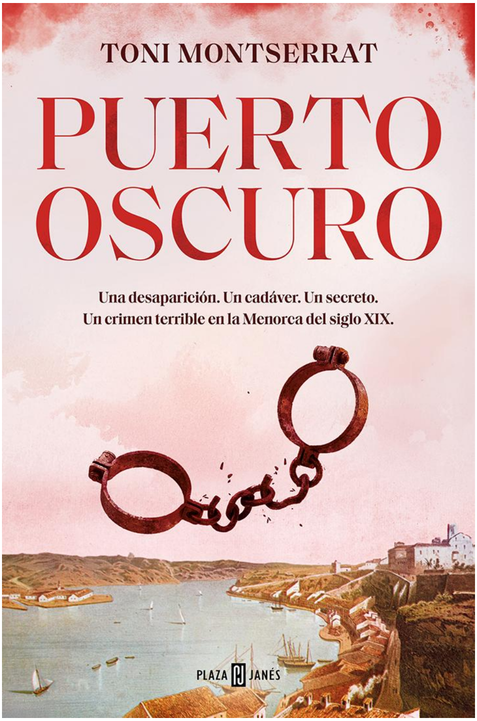
Polit: (Men.) Guapo.

Port de Mô: (Cat.) Puerto de Mahón (Port-Mahón).

Porxo: (Ibz.) Porche de una casa y de algunas otras edificaciones.
Puta boix des ous! (Ibz.) ¡Puto niño de los huevos!
Què desitgen vostès? (Cat.) ¿Qué desean ustedes?
Què fa vostè, jove? (Cat.) ¿Qué hace usted, joven?
Que hi és es vostro pare? (Cat.) ¿Está vuestro padre?
Què passa, Toniet? (Cat.) ¿Qué tasa, Toniet?
Quina fumassa! (Men.) ¡Qué humareda!
Ramona, no puc respirar: (Cat.) Ramona, no puedo respirar.
Raó: (Ibz.) Cuchillo.
Replà: (Cat.) Descansillo.
Roqueta: (Bal.) *Roquita*. Modo cariñoso con el que los isleños solemos llamar a nuestra isla.
Sargantana: (Cat.) Lagartija.
Senalló: (Cat.) Capazo.
Senyora, hem de revisar es seu corrals: (Cat.) Señora, hemos de registrar sus corrales.
Ser un camestortes: (Men.) Ser un torpe.
Sí, home, pots pensar: (Cat.) Sí, hombre, puedes pensar.
Surgeon: (Ingl.) Médico cirujano.
Talaiot: (Cat.) Talayot. Estructura de piedra prehistórica, en forma de torre troncocónica, típica de la cultura talayótica balear (en Mallorca y, sobre todo, Menorca).
Tanca (Tanques (pl.): (Men.) Cercado, parcela o terreno delimitado con paredes de piedra seca (o vallas).
Taula: (Men.) Monumento megalítico en forma de T, exclusivo de Menorca, asociado a rituales religiosos de época talayótica.
That's a deal! (Ingl.) Tenemos un trato.
That's very kind of you: (Ingl.) Es muy amable por su parte.
The sea can't stay wild forever: (Ingl.) El mar no puede estar embravecido eternamente.
Tramuntaneta: (Men.) Tramontana de escasa fuerza.
Tramuntanada: (Men.) Tramontana fuerte.
Trast: (Men.) Solar urbano menorquín, especialmente en Maó, de proporciones regulares usado como unidad básica para edificar casas o almacenes.
Truites italianes: (Men.) Plato menorquín tradicional que consiste en tortillas individuales o pequeñas hechas con verduras variadas, especialmente de temporada, como berenjenas, calabacines, pimientos, cebolla o patata.
Tu calla, tros d'ase: (Cat.) Tú calla, trozo de asno (literal), equivaldría a estúpido.
Ves-te'n a cagar: (Cat.) Vete a cagar.
Ves-te'n tu a pendre pes…: (Cat.) Vete tú a tomar por…
Vila: (Cat.) Ciutat d'Eivissa. Capital de la isla de Ibiza.

What did you say? (Ingl.) ¿Qué has/habéis dicho?
What does that mean? (Ingl.) ¿Qué significa eso?
What else? (Ingl.) ¿Qué más?
White boys: (Ingl.) Chicos blancos. Despectivo.
Who is he and where can I find any information about him? (Ingl.) ¿Quién es y dónde puedo encontrar información sobre él?
With all due respect: (Ingl.) Con el debido respeto.
Why? (Ingl.) ¿Por qué?
Why you bring all these people? You said you don't tell anybody. (Ingl.) ¿Por qué trae a toda esta gente? Dijo que no se lo diría a nadie.
Xicolati: (Men.) Chocolate.
Xueta: (Mall.) Apelativo despectivo con el que, en Mallorca, se refieren a los descendientes de los judíos conversos.

Port de Maó, julio de 1866.
El verano transcurre caluroso y rutinario para los menorquines hasta que una cadena de terribles sucesos quiebra la calma habitual de la isla.



La desaparición del hijastro de Carlos Marfori, amante de la reina Isabel II, obliga al subinspector Toni Riera a viajar con urgencia a Menorca para socorrer a su hermano, principal sospechoso de este inexplicable incidente. La búsqueda parece resolverse con el hallazgo de un cadáver que presenta signos evidentes de maltrato, pero este descubrimiento no será más que el inicio de una investigación mucho más compleja que avanzará por derroteros insospechados y que obligará a los protagonistas a sumergirse en el oscuro pasado de una isla plagada de secretos. La amistad entre Guasch y Riera será puesta a prueba, y los hechos que irán desentrañando marcarán sus vidas y cambiarán para siempre su destino.

Tras la excelente acogida de *Isla negra* y *Mala mar*, Toni Montserrat continúa con su serie histórica balear con una vertiginosa trama policial ambientada en la isla de Menorca del siglo XIX.

TONI MONTSERRAT (Ibiza, 1974) es licenciado y máster en Administración y Dirección de Empresas por ESADE, y ha trabajado como consultor de negocios en Barcelona, Ciudad de México, Milán y Turín, donde también ha residido. Apasionado del arte, lector precoz, inquieto, curioso y emprendedor, se inició en la música siendo un niño, ha experimentado con la pintura y ha diseñado su propia marca de camisas durante quince años, pero ha sido en la literatura donde ha encontrado su verdadera vocación artística. Publicó su primera novela, *Isla negra*, en Plaza & Janés en 2023, a la que siguió *Mala mar* en 2024. Ahora continúa con su serie negra ambientada en las Baleares del siglo XIX con *Puerto oscuro*.

Penguin Random House Grupo Editorial

Primera edición: septiembre de 2025

© 2025, Toni Montserrat © 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona Mapa: Nacho García Benavente
Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial Fotografías de portada: Josep Dolç a partir de la litografía de Die Balearen in Wort und Bild geschildert (1869-1891), del archiduque de Austria Luis Salvador. Cedida por Die Balearen(«Les illes Balears, abans i després») e iStock
Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com
ISBN: 978-84-01-03476-3

Compuesto en Comptex&Ass., S.L.

Facebook: penguinebooks X: @penguinlibros
Instagram: @plazayjanes YouTube: penguinlibros Spotify: penguinlibros TikTok:

penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

Emily Dickinson

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin
Random House
Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

1. Puerto oscuro
2. Nota al contenido
3. Dramatis personae
4. Prólogo. Toque de difuntos
5. Primera parte
    1. 1. De camino
    2. 2. Reencuentro
    3. 3. Puesta al día
    4. 4. Manos a la obra
    5. 5. La Ramona
    6. 6. Negro
6. Segunda parte
    1. I. Nos llevaron vivos
    2. 7. Gusanos
    3. II. Una nueva realidad
    4. 8. Esclavos
    5. III. Mongomó
    6. 9. La mujer misteriosa
    7. IV. *Speculum oris*
    8. 10. Los compañeros
    9. V. ¿Por qué yo?
    10. 11. ¡Por fin!
    11. VI. No movía la cola
    12. 12. Asumo mi responsabilidad
    13. VII. Tambores de guerra
    14. 13. Ciutadella
    15. VIII. Siempre al norte
    16. 14. *Call me Samba*
    17. IX. Así sea
    18. 15. Tensión
7. Tercera parte
    1. X. El dueño de la funeraria
    2. 16. Gente nueva
    3. XI. The Mediterranean Squadron
    4. 17. *That's a deal!*
    5. XII. Volver al mar
    6. 18. La, la, la
    7. XIII. La mujer del libro
    8. 19. Confesiones
    9. XIV. Segunda oportunidad
    10. 20. Muy agradecidos
    11. XV. Después de la tempestad
    12. 21. Admiradores
8. Cuarta parte
    1. 22. La mía no es una historia que merezca ser contada
    2. 23. Lágrimas y papeles
    3. 24. Encinta
    4. 25. Celebración
    5. 26. ¿Qué se puede hacer cuando no hay nada que hacer?
9. Epílogo. Una nueva vida
10. Nota del autor
11. Agradecimientos
12. Glosario de palabras y términos varios
13. Sobre este libro
14. Sobre Toni Montserrat
15. Créditos